

HISTORIA UNIVERSAL
LOS SIGLOS
DEL
GOTICO



CARL GRIMBERG

Fotografía de la carátula: Retrato de un joven. Escuela veneciana del siglo XV (Museo de Agen, Francia).

HISTORIA UNIVERSAL

CARL GRIMBERG

TOMO 5

LOS SIGLOS DEL GÓTICO

Un puente entre dos conceptos:
Del universalismo espiritualista al humanismo

TABLA DE CONTENIDO:

RELIGIÓN E INTELLECTUALIDAD.....	11
LAS IDEAS Y LA VIDA RELIGIOSA.....	11
La escolástica.....	11
Tomás de Aquino.....	12
Abelardo y Eloísa.....	14
Un idilio dramático.....	15
LA VIDA ESTUDIANTIL EN LA EDAD MEDIA.....	17
Las universidades.....	17
Evolución y planificación universitarias.....	18
Los estudiantes.....	18
Epistolario y anecdótica estudiantiles.....	19
Intelectuales bohemios y pintorescos.....	20
LAS ALMAS SELECTAS.....	22
San Francisco, el "pobrecillo de Dios".....	22
Un amor universal.....	24
El franciscanismo.....	25
Las órdenes mendicantes.....	26
El maestro Eckhart y sus discípulos.....	29
Suso y Tauler.....	30
LOS SIGLOS DEL GÓTICO.....	33
RÁPIDA EVOLUCIÓN DEL ARTE OCCIDENTAL.....	33
El románico y su transición.....	33
Compostela, hito artístico.....	34
La expansión ojival.....	36
Participación del pueblo en el arte.....	36
Las grandes catedrales.....	37
El gótico civil.....	38
AL MARGEN DEL IMPERIO.....	42

El interregno y Rodolfo de Habsburgo.....	42
La lucha contra Bohemia.....	43
Guillermo Tell.....	45
La Confederación helvética.....	47
Los suizos y el arte militar medieval.....	48
La Liga hanseática.....	49
La expansión de la Hansa.....	50
Navegantes y almacenistas.....	51
Una edad dorada mercantil.....	52
EL CISMA ECLESIAÍSTICO.....	55
LA DECADENCIA DEL PODER PONTIFICIO.....	55
Bonifacio VIII y Felipe IV el hermoso.....	55
El atentado de Anagni.....	57
El proceso de los templarios.....	59
Perfidia y tragedia.....	61
El desenlace.....	62
EL GRAN CISMA DE OCCIDENTE.....	63
Los papas en Aviñón.....	63
La "cautividad de Babilonia".....	64
Papas y antipapas.....	64
LA ÉPOCA OJIVAL HISPANICA.....	67
LA EXPANSIÓN CASTELLANA.....	67
Fernando III el Santo: Conquista del valle del Guadalquivir.....	67
Alfonso X el Sabio.....	68
Política sombría y esplendor cultural.....	70
Estatuto de los judíos.....	70
La Escuela de Traductores.....	71
El dominio del estrecho.....	73
El imperio de la muerte.....	73
La dinastía de Trastámara.....	74
LA CONFEDERACIÓN CATALANO-ARAGONESA.....	76
Pedro II y el problema albigense.....	76
Jaime I, el conquistador de Baleares y Valencia.....	77
Proyección política y cultural.....	80
Los Trastámara en la corona de Aragón.....	81
Turbulencias y cambios de plano.....	82
LAS MÁRGENES PENINSULARES.....	82
La afirmación nacional portuguesa.....	82
El reino granadino.....	84
LA GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS.....	85
RIVALES EN LITIGIO.....	85
Eduardo III de Inglaterra y la unificación nacional.....	85
La aventura escocesa de Eduardo III.....	87
Los Valois en el trono de Francia.....	87
El litigio anglo-francés.....	88
SE PREPARA LA GUERRA.....	89
Los preparativos ingleses.....	89
Eduardo III, en Alemania.....	89

La burguesía en Flandes.....	90
La situación en Francia.....	91
LOS DIEZ, PRIMEROS AÑOS: 1337-1347.....	92
La batalla naval de La Esclusa.....	92
El dinero, nervio de la guerra.....	93
Batalla de Crécy.....	95
Toma de Calais.....	96
Un paréntesis macabro: la peste negra.....	97
Procesiones y fanatismo.....	98
Los judíos en la Edad Media.....	99
Religiosidad y negocio.....	100
Orígenes de la banca judía.....	100
La persecución antijudía.....	101
Una "diáspora" dramática.....	102
LA RIVALIDAD CABALLERESCA.....	103
Juan II el Bueno y el Príncipe Negro.....	103
La batalla de Poitiers.....	104
Triunfo del Príncipe Negro.....	105
La paz de Brétigny.....	106
FEUDALISMO E INQUIETUD SOCIAL.....	109
AMBIENTE SOCIAL FRANCÉS.....	109
Francia a asediados del siglo XIV.....	109
Los Estados generales.....	110
Marcel y Le Coq.....	111
Un golpe de Estado.....	111
"Jacques Bonhomme" se subleva.....	112
La "jaquería".....	114
Muerte de Etienne Marcel.....	114
Carlos el Sabio.....	115
Beltrán Duguesclin, guerrillero bretón.....	116
La guerra fratricida en España.....	117
UNA ÉPOCA DE CONTRASTES.....	118
La sociedad inglesa a mediados del siglo XIV.....	118
La muerte de Eduardo III.....	118
Campesinos, obreros y nobles.....	119
Resultados del "Estatuto de los trabajadores".....	119
La rebelión de Wat Tyler.....	120
Los campesinos en Londres.....	121
El rey y los rebeldes.....	122
Un minuto histórico.....	122
DOS PRÍNCIPES DESEQUILIBRADOS.....	123
Ricardo II de Inglaterra.....	123
De una a otra generación.....	124
Carlos VI de Francia.....	125
El fantasma de la locura.....	125
GUERRAS CIVILES EN FRANCIA Y EN INGLATERRA.....	127
Duques franceses luchan por el poder.....	127
Felipe el Atrevido, duque de Borgoña.....	127
Armañagues y borgoñones.....	128
La casa de Lancaster.....	129

LA GUERRA EN SU ÚLTIMA FASE.....131

OTRA VEZ LA LUCHA.....131

El derrumbamiento francés.....	131
Las luchas en París.....	131
Triunfo y muerte de Enrique V.....	132
La monarquía borgoñona.....	133
Arte y política en Borgoña.....	134
“El rey de Bourges”.....	135
La guerra cambia de signo.....	137
Juana de Arco.....	137
Juana en acción.....	138
De Orleáns a Reims.....	140
Prisión de Juana de Arco.....	141
Proceso y muerte de una santa.....	142

EL EPÍLOGO DE LA GUERRA.....145

La recuperación francesa.....	145
Jacques Coeur, un financiero.....	145
El gran duque de Occidente.....	146
Carlos el Temerario.....	147
El halcón y la araña.....	148
Luis XI y los nuevos tiempos.....	149
Burguesía y fortalecimiento regio en España.....	150
De las Cortes que se hicieron en Toledo.....	150

LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS151

Enrique VI de Lancaster: la guerra civil.....	152
La locura cambia de trono.....	152
Margarita de Anjou y el conde de Warwick.....	153
El "hacedor de reyes".....	153
El cínico y brillante Eduardo IV de York.....	154
Ricardo III, un personaje de Shakespeare.....	155
"Mi reino por un caballo".....	157

ASIA Y ÁFRICA.....159

LA CRUZ Y LA MEDIA LUNA159

Fundación del Imperio otomano.....	159
Bizancio y su decadencia.....	160
El mosaico balcánico.....	161
Amurates I y los jenizaros.....	162
Occidentales, bizantinos y turcos.....	163
El fracaso de otra cruzada.....	164
Bayaceto el Rayo y el Imperio bizantino.....	165

EN TORNO AL ASIA OCCIDENTAL165

Tamerlán, príncipe de los mongoles.....	165
Tamerlán y Bayaceto.....	166
Desaparecen vencedor y vencido.....	166
Restauración del Imperio turco.....	167
La resistencia húngara.....	168
La caída de Constantinopla.....	169
Un cerco de hierro y fuego.....	171
Las últimas horas.....	172

EXPANSIÓN DEL ISLAM EN ÁFRICA174

Nuevas milicias.....	174
El comercio árabe.....	175

Proselitismo religioso.....	177
Un imperio en el Níger.....	177
En el corazón del África Negra.....	178
FLUJO Y REFLUJO MONGOL EN EXTREMO ORIENTE.....	179
La China de los Song.....	179
Más allá del río Azul.....	180
Una nueva filosofía china.....	181
La China yuan: Kubilai, el «gran señor».....	182
Marco Polo y Oderico de Pordenone.....	183
La China autárquica de los Ming.....	186
Fracaso mongol en Java, Indochina y Japón.....	186
La secta Zen.....	187
EL OCASO DE LAS IDEAS MEDIEVALES.....	189
CISMA, REFORMA Y HEREJÍAS.....	189
Crisis de autoridad.....	189
El universalismo.....	190
Los albigenses.....	190
Los "observantes".....	191
Discusión filosófica. Guillermo de Occam.....	192
Juan Wiclef, un precedente.....	193
La Biblia, único guía religioso.....	195
Los "lolardos".....	195
Juan Hus, el precursor.....	196
Una guerra sorda y enconada.....	198
Concilio de Pisa.....	199
El concilio de Constanza.....	200
Epílogo del Gran Cisma.....	202
El concilio contra Hus.....	203
Interrogatorios.....	204
Muere el "quinto evangelista".....	205
Jerónimo de Praga.....	206
Las guerras husitas: Ziska el Tuerto.....	207
Últimas campañas husitas.....	208
ESTERTORES DEL IMPERIO UNIVERSAL.....	210
Los emperadores en el siglo XIV.....	210
Debate y cuestión de poderes.....	210
Carlos IV y la "Bula de Oro".....	211
Maximiliano I, último emperador medieval.....	212
Un soberano popular.....	213
LITERATURA CULTA EN LENGUAS VERNÁCULAS.....	215
PARALELISMO LITERARIO: ESPAÑA, INGLATERRA, FRANCIA.....	215
Los primitivos en la literatura española.....	215
Un precursor de la novelística.....	216
Un Arcipreste y un grave Canciller.....	217
El marqués de Santillana y Juan de Mena.....	219
La familia Manrique.....	221
La predicación y la vida religiosa popular.....	223
Elocuencia narrativa.....	224
Godofredo Chaucer.....	226
Una galería de tipos humanos.....	227
El camino de Canterbury.....	229
François Villón: una vida aventurera y bohemia.....	231

La obra literaria de Villon.....	234
EL APOGEO DE LA LITERATURA ITALIANA.....	235
REACCIÓN ANTIGÓTICA EN ITALIA.....	235
El Renacimiento, según Burckhardt.....	235
El retorno al mundo antiguo.....	236
El medio ambiente italiano.....	237
DANTE ALIGHIERI.....	238
Floencia en la época de Dante.....	238
Dante y Beatriz.....	239
Matrimonio y destierro.....	242
"La Divina Comedia".....	242
La ciudad doliente.....	244
El monte de la purificación.....	245
Sentido y valor de la obra.....	246
Dante y el Renacimiento.....	247
PETRARCA Y DI RIENZI.....	248
Petrarca y Laura.....	248
Una pasión absorbente.....	249
El padre del humanismo.....	249
Cola Di Rienzi, un tribuno malogrado.....	250
La nostalgia del pasado.....	251
Retorno y caída.....	252
Desengaño y muerte de Petrarca.....	254
Carácter de dos poetas.....	255
GIOVANNI BOCCACCIO.....	255
El escritor y el hombre.....	255
"Fiametta", el fuego amoroso.....	256
El "Decamerón".....	257
Origen de la novela moderna.....	261
AURORA HISPÁNICA.....	263
LOS REYES CATÓLICOS.....	263
Una "mujer fuerte".....	263
Fernando e Isabel, dos personalidades.....	266
Los reinos de Castilla y Aragón.....	267
El problema sucesorio y su solución.....	268
ESPAÑA EN MARCHA.....	269
Política de puertas adentro.....	269
Problemática racial y religiosa.....	271
La expulsión de los judíos.....	272
El Santo Oficio: hogueras y sambenitos.....	274
Demografía y vida social.....	276
Agricultores y ganaderos.....	277
Los enfoques económicos.....	278
CAMPAÑAS MILITARES Y POLÍTICA INTERNACIONAL.....	280
Política de puertas afuera.....	280
Granada: se cierra un paréntesis.....	281
La aurora de un mundo nuevo.....	283
Milicia española en Italia.....	285
Alianzas y política matrimonial.....	286

Muerte de Isabel y época de las regencias.....	288
La proyección norteafricana.....	290
El caso de Navarra.....	292
DEL GÓTICO AL RENACIMIENTO	292
La irrupción renacentista.....	292
Movimiento científico y artístico. El plateresco.....	294
Las universidades. Salamanca y Alcalá.....	294
Cisneros, un fraile excepcional.....	296
Dos humanistas: Nebrija y Vives.....	297
Humanistas italianos en España.....	300
PORTICO AL SIGLO DE ORO.....	301
Literatura política y social.....	301
La polémica religiosa en las Letras.....	302
Los libros de caballerías.....	304
Literatura de viajes.....	306
Un libro precursor: "La Celestina".....	306
Significación de la obra.....	307
INDICE CRONOLÓGICO.....	311

RELIGIÓN E INTELECTUALIDAD

LAS IDEAS Y LA VIDA RELIGIOSA

La escolástica

La escolástica —literalmente: ciencia de la escuela— es el método intelectual que tendía a fusionar la filosofía antigua con la doctrina cristiana, entre los pensadores medievales. Esta palabra "escolástica" acabó adquiriendo —y no siempre con justicia— una reputación peyorativa como el vocablo "sofística". Se debe sin duda a las logomaquias y juegos sutiles de las que abusaron los seguidores de esta doctrina. Solventes sabios medievales consagran extensos tratados en latín para examinar cuestiones como éstas o similares: “Un cerdo conducido al mercado, ¿es retenido por el campesino o por la cuerda?” “¿Cómo se habría multiplicado la especie humana si no se hubiera cometido el pecado original?” “¿Por qué Jesús fue niño y no niña?”

Sin embargo, no puede juzgarse la filosofía de una época por las aberraciones a que haya dado lugar. En líneas generales, la escolástica fue, a través de San Agustín, la heredera de Platón y en especial de Aristóteles, cuyo sistema filosófico incluía, según las concepciones de la época, todas las verdades que una inteligencia natural es capaz de adquirir por sus propios medios. La escolástica representa un intento de armonizar la filosofía con la doctrina evangélica y dotar al pensamiento cristiano de una estructura filosófica. Incluso las sutilezas verbales pueden remontar su origen a las ideas de Platón, si se simplifican éstas hasta convertirlas en esquemas.

La escolástica confiere a la lógica tanta importancia como Aristóteles. En sus definiciones y conclusiones, los escolásticos se manifiestan un tanto pedantes, si bien ejercitaron el pensamiento lógico con exactitud y asentaron las bases formales de la libre investigación de la verdad.

Es comúnmente considerado "padre de la escolástica" el arzobispo Anselmo de Canterbury, lombardo de origen y contemporáneo de Guillermo el Conquistador. Anselmo estudió a fondo las ideas de san Agustín, las sistematizó y expresó en términos escolásticos. La mayor dificultad radicaba en armonizar la fe religiosa con la razón y la ciencia. Como hijo obediente de la Iglesia, dio preferencia a la fe, posición que expresó con una frase: *Credo ut intelligam* (creo para entender mejor). El objeto de la ciencia consistía en confirmarle al hombre su fe religiosa, proporcionándole motivos de creencia: tenemos derecho a filosofar sobre los dogmas de la Iglesia mientras sea para entenderlos mejor y no para ponerlos en duda. Los escolásticos nunca admitieron que los dogmas cristianos pudieran ser demostrados por la razón, pero sí sostenían que podían computarse las razones que se dieran para calificarlos de opuestos a las ciencias o a la lógica. No compartían, pues, la postura expresada por Tertuliano con estas

palabras: *Credo quia absurdum* (creo porque es absurdo). "Si la fe no estuviera en *contradicción* con la razón, no tendría fe, me bastaría con la razón".



Santo Tomás de Aquino. Tabla del siglo XV que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Tomás de Aquino

En cuanto al sistema filosófico y teológico de santo Tomás de Aquino, puede compararse a la arquitectura sagrada de la época: cuanto más se profundiza en sus partes, más admirable es su ingenioso conjunto y más evidentes parecen las leyes que lo rigen. Tomás, nacido en Aquino, Calabria, estudió en Montecassino y en la Universidad de Nápoles. A los veinte años de edad ingresó en la Orden de los dominicos, contra la voluntad de los suyos. Prosiguió sus estudios en la Universidad de París, estudió a fondo el neoplatonismo y la filosofía de Aristóteles. Fue profesor en Roma y en París.

Con la mayor gratitud, la Universidad de París lo denominó "la gran lumbrera de este siglo". En todas partes causaba profunda impresión por su gran claridad de ideas y por su modestia e indulgencia hacia cuantos no pensaban como él. Nunca perdió la calma y la amabilidad en sus discusiones. Tomás de Aquino era conciliador, prefería convencer y unir antes que refutar y desunir. Tenía en alta estima el pensamiento humano; lo creía con capacidad para elevarse al mundo de lo trascendente. Sobre el horizonte alcanzado por el pensamiento natural, se eleva la bóveda de algo que se pierde en el infinito: el mundo sobrenatural de la fe, a donde no puede llegarse sino mediante la revelación divina. La razón sola no basta para captar las verdades de la fe: "la razón es la esclava de la fe".

En varias ocasiones ofrecieron a Tomas de Aquino altas dignidades eclesiásticas. Las rechazó: prefería la vida conventual y la calma de su celda. Su obra capital consistió en interpretar y compatibilizar el pensamiento de Aristóteles con el conjunto de la doctrina e ideología cristianas en un sistema que desde entonces ejercería profundísima influencia en el pensamiento filosófico y religioso de la Iglesia Católica.

Para mostrar cómo argumentaba el "doctor angélico", se ha escogido de la *Summa contra gentes*, la siguiente tesis a probar:

En Dios no hay pasiones afectivas.

No hay pasión procedente de la afección intelectual, sino solamente de la sensitiva, como se prueba en el libro VII de la *Física*. Pero en Dios no puede haber afección tal, porque no tiene conocimiento sensitivo, como se evidencia con lo dicho.

Toda pasión afectiva impone una transformación corporal, tal como la contracción o dilatación del corazón o algo parecido. Pero en Dios es imposible un fenómeno de este género, ya que se demostró que ni es cuerpo ni potencia corporal.

En toda pasión afectiva, el paciente es llevado, hasta cierto punto, fuera de su condición común, normal o natural. Pero no es posible llevar a Dios de ningún modo fuera de su condición natural, porque es absolutamente inmutable, como anteriormente se demostró.

Toda pasión es propia de un ser potencial. Y Dios está absolutamente exento de potencia: es puro acto. Es, pues, solamente agente, y de ningún modo tiene lugar en Él una pasión.

Así, pues, se excluyen de Dios todas las pasiones en su acepción genérica. Pero hay algunas que se excluyen no sólo en su acepción genérica, sino también cuando el objeto de una pasión en modo alguno le conviene. Tal pasión se excluye de Él incluso por razón de su propia especie.

Tal es la tristeza o el dolor, cuyo objeto es el mal inherente. Y aun la esperanza, por más que tenga por objeto el bien, no es el bien poseído, sino por poseer; cosa, ciertamente, que no puede convenir a Dios en virtud de su perfección, que es tal que no admite adición alguna.

Ahora bien, el temor mira a un mal inminente, como la esperanza a un bien de posible obtención. Por la doble razón pues, de su especie, el terror se excluye de Dios. Porque no es propio sino del ser potencial y porque tiene por objeto el mal posible.

El arrepentimiento supone cambio de afecto. Por tanto, la razón de arrepentimiento repugna a Dios, no solo porque es una especie de tristeza, sino también porque implica un cambio de voluntad.

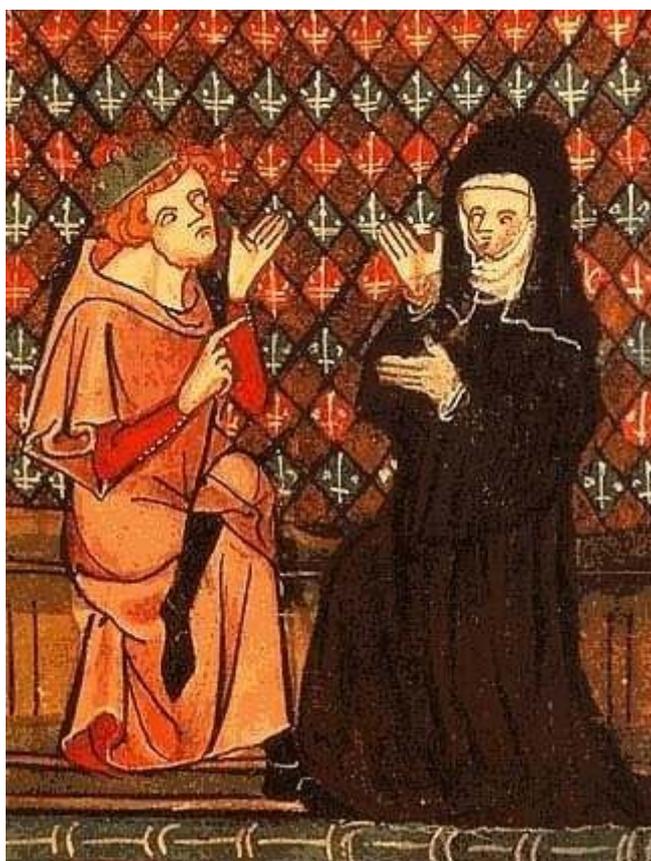
La envidia es imposible en Dios no solo porque es una especie de tristeza, sino porque se entristece del bien ajeno, que ve como mal propio. Ahora bien, Dios es el bien universal, y todos

los demás son buenos porque participan de su semejanza. El mal, pues, de un ser no puede ser bien para Él. Ni es posible que aprehenda como mal lo que es bien absoluto, porque su ciencia no es sujeto de error, como ya demostramos.

Por la misma razón causa tristeza el bien y se desea el mal; debiéndose lo primero a que el bien se estima como mal, y lo segundo, a que el mal se estima como bien. Ahora bien, la ira es desear por venganza el mal ajeno. La ira, por lo tanto, no existe en Dios, por razón de su especie. No solo porque es efecto de la tristeza, sino también porque es deseo de venganza por la tristeza nacida de una injuria recibida.

Abelardo y Eloísa

Pedro Abelardo nació en 1079, en un castillo sito en los confines meridionales de Bretaña, a unos veinte kilómetros al este de Nantes. A los dieciséis años, fue a estudiar a París, con los mejores dialécticos de Francia. Como buen escolástico, la dialéctica era su manjar favorito. Muy joven aún, fundó escuela propia y su reputación llegó a tal extremo que se agolpaban los discípulos en torno suyo, mientras en los demás maestros disminuía el número de oyentes. Su prestigio se acrecentó al enseñar teología.



Abelardo y Eloísa. Miniatura del manuscrito del *Roman de la rose* de Jean de Meung (ca. 1240 - 1305/15) conservado en el Museo Condé de Chantilly - departamento del Oise, Francia.

Sin embargo, al llegar a los cuarenta años, se cruzó en su camino con una muchacha bella e inteligente, Eloísa, que le presentaron como discípula. La muchacha había sido educada por su tío, el canónigo Fulberto, y las relaciones entre esta familia y Abelardo se hicieron tan amistosas que el profesor fue invitado a vivir en casa del

canónigo. Abelardo se expresa con mucha franqueza al referirse a esta época de su vida: "Primero nos reunimos bajo un mismo techo, luego se unieron nuestros corazones. Bajo pretexto de estudiar, nos entregamos por entero a nuestra pasión. Los libros permanecían abiertos ante nosotros, pero nuestras palabras eran más numerosas que las explicaciones de los textos".

Esta intimidad entorpeció el trabajo intelectual. A la larga, Abelardo no podía resistir tantas noches dedicadas al amor y a la labor de sus duras jornadas. Sus cursos resultaron menos interesantes: la inspiración le abandonó y se volvió rutinario.

Pronto toda la ciudad estuvo al corriente de la aventura y, cuando se enteró Fulberto, arrojó a Abelardo de su casa en el acto. Poco después, Eloísa le reveló que esperaba un hijo y decidieron casarse. El matrimonio se celebró en París, en presencia de Fulberto y algunos amigos. Un matrimonio público hubiera imposibilitado a Abelardo la carrera eclesiástica; con todo, este enlace secreto no satisfacía al canónigo Fulberto. No cesaba en sus insistencias y en amargar la vida a Eloísa. Al fin, Abelardo la llevó al convento donde se educó. Fulberto imaginó que el filósofo intentaba zafarse de sus deberes. El odio acumulado contra Abelardo estalló entonces de modo terrible: una noche, asesinos a sueldo secuestraron al sabio profesor y le privaron de su virilidad.

Un idilio dramático

El águila altanera se convirtió en un pobre mutilado. No obstante, a ruegos de sus alumnos, reemprendió los cursos y sus discípulos fueron más numerosos que nunca. Entonces, podía consagrarse por entero al estudio. Pero sus enemigos no le dejaron en paz. Le acusaron de herejía, mas la calumnia se volvió contra sus adversarios. Trataron de eliminarlo mezclando veneno en el vino de la misa. Por fin, pagaron a unos espadachines para suprimirlo, pero logró huir.



Abelardo y Eloísa sorprendidos por Fulberto
Pintura de Jean Vignaud, 1819.

Eloísa lo amaba con más pasión que antes. Le escribía sin cesar las más inflamadas cartas. Él replicó con una epístola paternal exhortándola a resignarse con su suerte. "Si en las cosas divinas sientes necesidad de mi dirección y consejos escritos, pregunta cuanto desees saber; responderé en la medida de la inspiración que Dios quiera concederme." Nada queda ya del amante apasionado: reaparece el antiguo dialéctico. El doliente corazón de Eloísa no esperaba tan mesuradas palabras. En otra carta insiste en su apasionado amor, que no logra reprimir, aun siendo ya priora de su convento.

La respuesta de Abelardo fue una severa homilía. Si Eloísa deseaba unirse a él un día en la felicidad eterna, debía apartar de su alma la peligrosa amargura que la consumía: "Llora por tu Salvador y no por tu seductor". Luego, sólo la calidad de priora se relacionó con su maestro y sometió su correspondencia a las reglas conventuales. Con todo, Abelardo no había llegado aún al límite de sus sufrimientos. Se vio mezclado en una violenta disputa teológica con Bernardo de Claraval, que lo acusó de hereje en un concilio. Fue condenado a la hoguera. Abelardo, anciano y fatigado, se retractó de sus afirmaciones condenadas y pudo recuperar la paz.

Murió dos años después, en 1142. Conforme a su última voluntad, fue sepultado en el recinto conventual de Eloísa. Ella le sobrevivió veintidós años y sus despojos mortales fueron colocados junto a los de quien tanto amó. En 1817, sus restos fueron transferidos por el Padre Lachaise, para que reposasen en el mismo sarcófago. Su tumba común ha sido siempre lugar de peregrinación para enamorados y para quienes lloran un amor perdido. Eloísa constituye un símbolo del amor capaz de sacrificarlo todo a un ideal. En la poesía y en la imaginación popular, Eloísa y Abelardo aparecen junto a otros célebres amantes: Tristán e Isolda, Dante y Beatriz, Romeo y Julieta.



Tumba de Abelardo y Eloísa.

LA VIDA ESTUDIANTIL EN LA EDAD MEDIA

Las universidades

Las universidades constituyen el más impresionante monumento legado por la escolástica. En la Edad Media, la enseñanza aparecía dividida en estudios superiores e inferiores, clasificación válida en nuestros días. Las universidades modernas proceden en línea directa de los "Estudios" de Salerno (siglo IX) y Bolonia (1088), a los que siguieron las universidades de Oxford (1200), Palencia (1209), París (1213), Salamanca (1239). Valencia (1245), Sevilla (1256), Cambridge (1284) y otras creadas como éstas en el siglo XIII. No debe olvidarse tampoco, como lejano precedente, la enseñanza practicada en todos sus grados en Córdoba, durante el califato, aunque este núcleo cultural constituya un mundo aparte.

Gracias a las universidades, la ciencia asumió el tercer poder después del Estado y de la Iglesia. Además de Italia, Inglaterra, España y Francia, se fundaron universidades en el imperio germánico, que siguió el ejemplo a mediados del siglo XIV, época de las fundaciones universitarias de Praga y Viena. A finales del mismo siglo se fundó la universidad de Heidelberg y, algo más tardía, en 1425, la de Lovaina.



Las primeras universidades italianas y francesas surgieron por haber reunido algunos célebres sabios muchos discípulos en torno suyo. En París, la enseñanza de Abelardo fue tan atractiva y fecunda que se considera un factor decisivo en el desarrollo de la célebre universidad. En su tiempo, el número de estudiantes hizo al *Alma Mater*¹ de París la más célebre de Europa. Cierto es que el éxito en parte era debido a ser la única universidad sita en una gran capital, y ofrecía a sus estudiantes de Derecho y

¹ Desde la Edad Media, se aplica esta frase —“madre nutricia”— a la Universidad.

Teología la posibilidad de darse a conocer más fácilmente en el campo de la política. En los conflictos entre el Papa y el rey, la universidad adhería a uno o a otro, según los casos. En períodos de conmociones políticas y sociales, la universidad desempeñó a menudo el papel de árbitro o fue portavoz del pueblo ante la corte.

En las ciudades donde se asentaba cierto número de maestros—como Bolonia, célebre centro de estudios jurídicos, y París, baluarte de la escolástica—, maestros y discípulos acabaron por constituir una comunidad científica, llamada *studium generale* o *universitas magistrorum et scholarum*, de aquí el nombre de "universidad".

Evolución y planificación universitarias

Los maestros se agrupaban por facultades: la facultad de Teología, la más importante de la Edad Media; la facultad de Derecho; la de Medicina, y la de Filosofía. Los estudiantes tenían sus corporaciones. La Iglesia y los monarcas otorgaron privilegios a las universidades. Éstas fueron al fin una especie de gremios de sabios. Una de las cláusulas constantes en los privilegios regios a las universidades es la protección que el príncipe concedía a profesores y estudiantes durante su residencia en la ciudad universitaria y mientras iban o venían de la misma. Las universidades estaban capacitadas para ejercer poder disciplinario, e incluso legal, dentro de sus recintos.

Sólo las universidades más antiguas evolucionaron orgánicamente del modo citado. Más tarde, lo corriente fue que las universidades surgieran según planificación de sus fundadores. En los siglos XIII y XIV, el Papa, los soberanos y las propias ciudades rivalizaban en crear nuevas universidades y concederles edificios, donaciones y privilegios. Tal tendencia obedecía, desde luego, a la creciente necesidad que sentían las ciudades libres de formar nuevos funcionarios administrativos. El vigoroso desarrollo de urbes y negocios incitaba a la burguesía a ocupar los cargos que creía le pertenecían por derecho. Ciertamente es que muchos de estos centros intelectuales desaparecieron; aun así, al comenzar el siglo XV, había en Europa unas cuarenta universidades.

Al principio, la Iglesia ejercía considerable influjo en la vida universitaria. Los profesores y la mayoría de los estudiantes vivían juntos en los edificios universitarios, como aún ocurre en Inglaterra. En ellos, la vida ofrecía un aire monacal y estaba reglamentada hasta el menor detalle: la hora de levantarse y acostarse, la manera de vestir y de comportarse en público, las horas de comida, los cursos, e incluso el tiempo que debía dedicarse al estudio de cada materia enseñada. Luego, con los años, la enseñanza a cargo de religiosos pasó a profesores laicos y la disciplina conventual dio paso a la libertad académica, con todo el prestigio que este privilegio ha tenido en todo tiempo. Los escolares se convirtieron en estudiantes.

Los estudiantes

El apelativo de "estudiante" puede ser mal interpretado en cuanto a la madurez intelectual y física de los escolares que se trata. La edad de los estudiantes medievales no correspondía completamente a la de los nuestros, pues si bien la edad misma para obtener el grado de doctor, que exigía siete años de estudios, era de veinte años, frecuentaban muchos adultos las universidades, además de niños y adolescentes, e incluso asistían hombres maduros que ocupaban ya funciones administrativas. En especial, esto sucedió en los estudios de Derecho. En Bolonia—por citar un célebre ejemplo—, las clases diarias parece que duraban en conjunto de cinco a seis horas. Empezaban hacia las siete de la mañana, a veces más temprano. La base de la pedagogía

eran las prolongadas discusiones de complejos problemas de escolástica. La prontitud de la respuesta en el debate constituía uno de los principales objetivos de esta enseñanza.

Las universidades continuaron siendo largo tiempo baluartes de la escolástica, aún después que esta filosofía descendió al grado de simple curiosidad. En Padua, por ejemplo, resistió tenaz hasta el siglo XVII la escolástica más árida que pueda imaginarse.

Defender una tesis representaba un momento cumbre en esta vida estudiantil. El doctor recién graduado, con su anillo en el dedo y el birrete redondo o cuadrado en la cabeza, era paseado a través de la ciudad por sus compañeros y amigos, y aclamado por la multitud, en un cortejo precedido por los pífanos y trompetas de la universidad. Tales regocijos le costaban su dinero al flamante doctor, pues entre otros gastos tenía que pagar un copioso banquete a sus profesores y amigos.

Pero no era tan sencilla la vida cotidiana de los estudiantes medievales, a juzgar por su correspondencia. Sólo el viaje al Alma Mater presentaba ya sus dificultades. Cierto es que el rey o el emperador prometían protección al estudiante, pero, como cualquier otro, podía ser atacado por bandidos que le despojaban del dinero, efectos, libros y cabalgadura. Llegado sano y salvo a la universidad, debía ante todo buscar alojamiento si no lo tenía en el recinto universitario. Para ello, y para costearse la manutención, necesitaba dinero. El "novato" no era admitido sin más ceremonias en el mágico mundo de la libertad universitaria. Al principio, se le hacía pasar por una especie de purgatorio, llamado *depositio*. La "novatada" variaba de estilo según los países. La *depositio* le costaba asimismo cierta cantidad de dinero, que pagaba a escote con sus compañeros de promoción.

"La primera canción del estudiante es una petición de dinero y cada carta suya es una demanda de dinero", se lamenta un preocupado padre italiano, en un documento medieval que se ha conservado.

Epistolario y anecdótica estudiantiles

Leyendo los centenares de cartas de estudiantes medievales que aún se guardan en archivos o bibliotecas, se comprueba que tales quejas no estaban desprovistas de fundamento. Por lo general, el joven cuenta que está bien alojado en tal o cual universidad, pero que le faltan los medios necesarios para proporcionarse libros y otros útiles de primera necesidad. Desde Orleáns, dos buenos muchachos escriben a sus *queridos y honrados* padres: "Por ahora, con la ayuda de Dios, nos dedicamos por entero al estudio, reconociendo la verdad de aquellas palabras de Catón que dicen: 'Conocimiento es honor'. Estarnos bien alojados, muy cómodos, junto a la escuela, de forma que podemos asistir cada día a las clases sin mojarnos los pies. En esta casa tenemos también muy buenos amigos, todos muy versados en las materias que estudian, y muy bien vestidos, lo que hay que estimar en su justo valor, según las palabras del Eclesiástico, que dice: "Ante un hombre irreprochable, muéstrate irreprochable tú también". Pero para que la escasez de medios económicos no nos obligue a interrumpir nuestra labor tan bien comenzada, os rogamos, querido padre, que nos mandéis algún dinero para comprar pergaminos, tinta, una mesa y algunos otros objetos que necesitamos para acabar nuestros estudios y regresar con honor a casa".

Otro estudiante de la misma ciudad, satisfecho de sus estudios, anuncia alegre a su padre que goza de excelente salud y que ha hecho "tales progresos en dialéctica, que tanto estudiantes como maestros afirman de él que llegará a ser un gran filósofo y tendrá lugar destacado en las discusiones de los sabios". Por el momento, desea consagrarse al

estudio de la Teología y pide a su padre, por consiguiente, que le mande dinero para comprar una Biblia. La respuesta de su padre rebosa de alabanzas por el celo y ardor de su hijo en el estudio, pero añade que le es imposible enviarle dinero, pues le han dicho que la adquisición de esa Biblia cuesta una fortuna. Termina aconsejando a su hijo que se dedique a "ciencias más lucrativas".

Es evidente que muchos de estos jóvenes ávidos de saber eran tan pobres que se veían obligados a proveer a su subsistencia como si fueran frailes mendicantes. Lo que, según la mentalidad medieval, no era deshonoroso, pues la mendicidad proporcionaba al donante ocasión de hacerse agradable a Dios. Por ejemplo, en la Universidad de Oxford, los estudiantes pobres no podían sentarse a la mesa hasta que sus compañeros ricos habían terminado de comer. Y si algún estudiante, escaso de dinero, podía sentarse a la mesa con los ricos, debía acudir él mismo a buscar su ración a la cocina.

Un estudiante de París echó la cuenta de lo que necesitaba para vivir: diez panes y unos cincuenta "francos" por semana; pide además un colchón. En cuanto a ropa de cama, otro estudiante francés se queja así: "La ropa, que a la vez me sirve de lecho, se ha gastado con el tiempo de tal forma, que ya está completamente consumida". Pide que le manden otro equipo para presentarse con decoro ante sus amigos. Al mostrarse el padre duro en la respuesta, procura ablandarle dándole a entender que la vida en la ciudad universitaria era tan cara que el pobre joven tenía que empeñar sus libros de estudio. Hay cartas desgarradoras, en que aparece el estudiante pasando tanto frío, que ha de soplarse sus ateridas manos para poder coger la pluma; no se olvida añadir que, desde hace dos años, no ha bebido un vaso de vino. Otro escribe a su hermana, diciéndole que duerme sobre la paja, sin manta siquiera, que está sin zapatos ni camisa, y prefiere no contar los bocados de pan que come. Tal clamor de angustia le proporciona un poco de dinero, dos pares de sábanas y diez varas de excelente tela. "Pero —le escribe su compasiva hermana— no digas nada a mi marido, que me mataría."

Las cartas llegan a las consecuencias más diversas. A veces, el estudiante recibe respuestas de este cariz: "Sería mejor que retrasaras los estudios algunos años antes de salirnos con semejantes peticiones". Añadía que a sus años, su tío tuvo que contentarse con mucho menos. Más valía que el joven ayudara a vivir a su padre en vez de arrebatarle el dinero. A lo que el estudiante responde: "Los que se quedan en casa juzgan como les parece a quienes salieron de ella, y mientras comen buenas ollas de carne, no piensan que los estudios obligan a morir de hambre, sed y frío".

Intelectuales bohemios y pintorescos

Otras veces, el padre o el tutor recibía informes desfavorables del estudiante. Un padre apesadumbrado y preocupado escribe a su hijo, de quien ha sabido que es "un vagabundo y despilfarrador, desobediente y obstinado con sus maestros, muy dado a juegos y otras distracciones inútiles que no quiero mencionar aquí". Se ignora la respuesta del estudiante. Se conserva, en cambio, la carta de otro estudiante en que se defiende, como gato acorralado, acusado de llevar vida disipada, y dice que todo son mentiras inventadas por sus enemigos, que quieren perderle: "Si pudiérais ver mis ropas usadas y mi camisa agujereada, comprobaríais que no gasté el dinero en comprarme buenos vestidos y ricas pieles para galantear mujeres".



Estudiantes siguiendo una lección. Siglos XIV-XV. Dalle Masegne. Museo municipal, Bolonia.

He aquí otra carta modelo de amonestación dirigida a un alumno de Orleáns: "Me he enterado que llevas vida de desenfreno y que tocas la guitarra, mientras los demás se dedican al estudio; de modo que apenas consigues aprobar una sola disciplina, mientras tus compañeros han estudiado varias. Por eso me veo obligado a exhortarte a que enmiendes tu vida y a que ceses de ser un despilfarrador".

Se trata, sin duda, de uno de esos escolares que entran en la categoría de eternos estudiantes, de los que se daban no pocos casos; hubo escolares que pasaron veintiocho años en la universidad. Al ver que algunos insistían en "servir más tiempo aún en las legiones de Palas", es difícil saber si se trata de "eternos estudiantes" o de jóvenes sinceramente ávidos de saber. Jóvenes hay que sin cesar descubren nuevas obras "tan útiles que no puede descuidarse su lectura sin grave daño de sus estudios". A un estudiante de Siena, lo requieren en su casa para contraer excelente matrimonio y replica que sería una locura abandonar sus estudios por una muchacha, pues "siempre es posible encontrar una esposa, pero no lo es recuperar el tiempo perdido en unos estudios abandonados". En cambio, otros estudiantes sólo desean dejar las aulas. Un muchacho francés se queja de una grave enfermedad que le impide andar y proseguir sus estudios y ruega a su padre que envíe a un criado con una mula y algún dinero, para volver a casa antes de morir; su caso no es desesperado si su padre le permite regresar para curarse. Y le suplica, con palabras enternecedoras, que no consienta que sus despojos mortales queden en tierra extranjera.

De creer al estudiante medieval, nos convence que prototipo de celo y sed de saber; así: "Asisto regularmente a la universidad. Sigo tres cursos por lo menos, los más útiles para mí, Y espero a mi regreso superar en habilidad dialéctica no sólo a mis compañeros, sino a mis maestros". Tal pintura no coincide siempre con aquella que los maestros hacen de sus discípulo. El joven "que se levanta a estudiar antes que suene la campana, el primero en presentarse en la escuela, que se levanta a desgano del banco de clase, que pasa luego el día estudiando en su

celda, que incluso mientras come está sumido en sus libros y que duerme soñando con los estudios" parece más bien un producto de la imaginación.

La correspondencia de los escolares medievales nos sugiere poco sobre el aspecto más rudo de la vida estudiantil. Sin embargo, un estudiante de París se queja que el jolgorio de sus compañeros le molesta en su trabajo y vive temiendo siempre las violencias que sus condiscípulos enemigos podrían ejercer sobre él. Un estudiante de Toulouse escribe a su favor que un tal P., del que tuvo malos informes antes de irse, se ha apoderado por la violencia de su aposento. El intruso lo ha perjudicado tanto en sus estudios, que ruega a su tutor le permita regresar a casa para Pascuas. En Orleáns, otro estudiante tropieza con muchas dificultades. "Querido padre—escribe—, por instigación del diablo, me he enredado en una disputa con un muchacho al que herí de un bastonazo. Por eso, me han detenido y encerrado en la cárcel. Mi adversario se ha curado ya, pero me exige cincuenta libras como indemnización y no puedo salir de la prisión hasta que reúna el dinero."

Leyendo los estatutos de aquellas universidades, se pregunta uno si serían observados siempre por los estudiantes o si aquellas listas de prohibiciones no eran más bien una curiosa relación de vicios habituales. En Oxford, por ejemplo, se prohibía blasfemar, ser descortés u ofensivo en las palabras, dedicarse a juegos de azar, así como salir a la calle después de las ocho de la tarde en invierno y de las nueve en verano. Se les exigía máxima aplicación durante las clases y debían hablar entre sí en latín. La asistencia a misa era diaria. Quien infringía estos estatutos era castigado, con multas pequeñas para delitos menores, pero muy crecidas en caso de atentados personales con derramamiento de sangre.

Algunas veces, los documentos de la Edad Media se muestran indignados ante relatos de estudiantes que dan muerte a sus compañeros o a otros ciudadanos, con espadas, hachas, cuchillos o flechas, y luego desaparecen sin dejar rastro. Quedan innumerables relatos de testimonios oculares de la vida de los escolares parisinos, muchachos que aparecen como los más recalcitrantes, "siempre dispuestos a dar o recibir golpes, porteando como gallos de pelea". "Aunque no llevan coraza ni yelmo, son más atrevidos que los caballeros", dice de ellos Felipe Augusto. En 1269, un decreto de las autoridades de París amenaza con desterrar a los estudiantes "que atacan noche y día a las personas, raptan mujeres, desvalijan las casas y, amparándose en los privilegios de su condición, cometen crímenes que claman venganza al cielo".

LAS ALMAS SELECTAS

San Francisco, el "pobrecillo de Dios"

A medio camino entre Roma y Florencia, se divisa la pequeña ciudad de Asís, como un nido en la falda de los Apeninos. Al pie del monte se extiende un paisaje de líneas suaves y apacibles, limitado por colinas lejanas. Todo respira paz donde nació, en 1182, quien daría a Asís fama en el mundo. Se llamaba Francisco y su padre era un rico comerciante de la ciudad.

De niño, Francisco se dio a conocer por las travesuras y las jugarretas que gastaba a la gente, con otros compañeros. Gustaba del esplendor y los alegres cantos de los trovadores. Aunque, a veces, mostraba mal talante: un día, mientras vendía telas en la tienda paterna, entró un mendigo pidiendo limosna. Francisco le soltó un desplante, pero apenas se fue el pobre, al muchacho le martilleó esta idea: "¿Qué hubiera hecho yo, si este hombre hubiera sido el enviado de un conde o de un barón? Pues, ¡cuánto más hubiese debido atenderle, ya que venía mandado por Dios!" Salió en busca del mendigo, logró encontrarlo y, ante la gran sorpresa del mismo, le dio todo el dinero que tenía. Después hizo voto de no despedir a ningún pobre sin socorrerlo.



San Francisco de Asís en éxtasis. Relicario limosín del siglo XIII.

El caballeresco mancebo soñaba con brillantes hazañas y aventuras. Cuando tuvo ocasión, se fue a la guerra. Ansiaba gloria y honores y, gracias a su carácter entusiasta, al caer prisionero infundió ánimo a sus compañeros de infortunio. En su segunda campaña, Francisco enfermó. La fiebre lo postró en el lecho y oyó una voz que le

hablaba: "¿Adónde vas, Francisco?" Cuando expuso sus planes para el futuro, replicó la voz: "Dime, ¿quién te llevará más lejos, el Señor o el servidor?" Respondió Francisco: "El Señor". "¿Por qué, pues, abandonas al Señor y signes al servidor?" "Señor —dijo Francisco, temblando— ¿qué quieres que haga?" Y oyó esta respuesta: "¡Vuelve a tu ciudad! Allí sabrás lo que debes hacer". Al día siguiente, el mozo regresó a Asís como pudo.

El Francisco que volvió era distinto al que partiera para conquistar la gloria. Quien buscaba siempre la amistad de alegres compañeros, se paseaba ahora solitario por apartados lugares. Con frecuencia iba a una gruta oculta, fuera de la ciudad. Allí permanecía horas enteras, absorto en sus oraciones. Sus compañeros lo abandonaron, pero los pobres le siguieron fieles.

La misericordia de Francisco debía sufrir aún más duras pruebas. Un día, decisivo en su vida, abandonó a caballo la ciudad y vio en el camino a un leproso que le tendía la mano. Francisco no podía soportar la repulsiva presencia de tales enfermos. Cuando pasaba junto a un asilo de leprosos, cambiaba de ruta, tapándose la nariz. En esta ocasión tampoco pudo contener su repugnancia y, por instinto, volvió grupas. Pero igual que el día que despidió al mendigo de la tienda, oyó una voz interior: "¡He ahí al valiente caballero de Cristo! ¡Qué cobarde es!" Un instante después, Francisco saltaba de su caballo y daba al desgraciado todo el dinero que llevaba consigo. Más aún, besó la mano maloliente y llagada. Las náuseas se habían trocado en infinita compasión hacia los padecimientos ajenos. Su alma disfrutaba ahora de una felicidad nunca conocida.

Un amor universal

Desde entonces, el amor por todo lo pobre, despreciado, miserable y oprimido en la tierra arraigóse de tal modo en Francisco, que se consagró con plena abnegación al bien del prójimo. Su pálido y demacrado rostro atestiguaba las privaciones que se imponía. Sus vestidos eran, harapos y los golfillos de la ciudad lo señalaban motejándolo de loco. Su padre no quiso reconocer a este hijo pródigo; encolerizóse de modo terrible. Francisco hubo de huir de la casa paterna, cambiando una existencia acomodada por una vida de soledad y oración. Luego, se sintió maduro para la tarea asignada: seguir el ejemplo de Cristo y de los apóstoles. Descalzo, vestido de sayal y un cilicio en torno a la cintura, se consagró a los pobres y se dedicó a dar limosnas y a predicar el Evangelio. Tenía entonces veintisiete años y se sentía feliz, mucho más que cuando soñaba con la gloria caballeresca. La "dama" que Francisco eligió fue la pobreza. Llevaba sus colores y combatía por ella, como conviene a un hidalgo caballero.

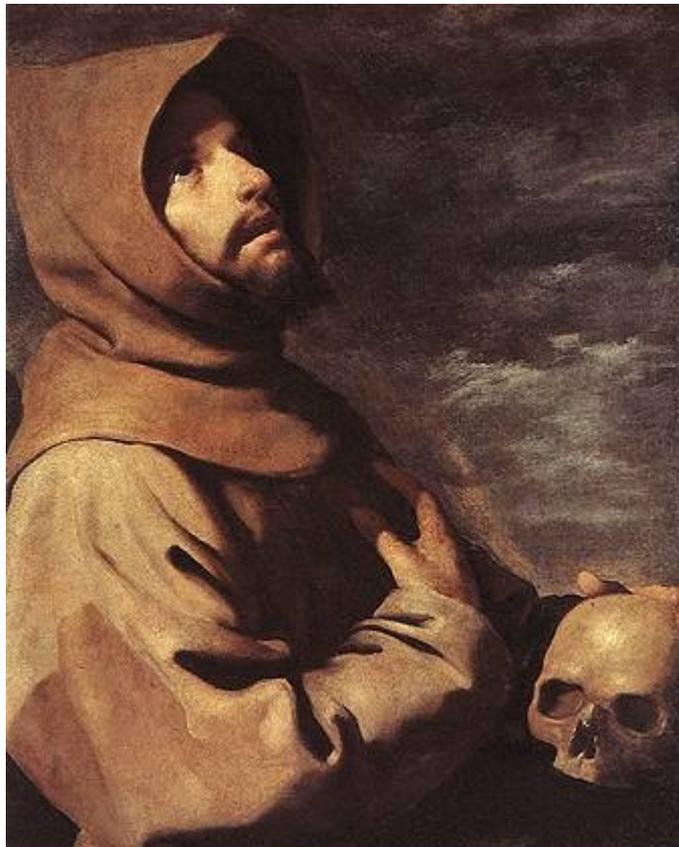
Se puso en camino en primavera, cantando la maravillosa naturaleza creada por Dios, llena de flores y trinos de aves. Amaba a los pájaros como criaturas de Dios. Los llamaba "hermanos" y los trataba con la misma bondad que si fueran tales. Un día que predicaba en un bosque lleno de sonorasavecillas, exclamó con un amistoso ademán: "¡Hermanitos míos, cuando terminéis de contar todo cuanto tenéis que decirnos, dejadme un momento la palabra!" Y todos los pajarillos se callaron. Le gustaba la alondra, el alegre y jubiloso pájaro cantor que, como él, sólo en las alturas se sentía verdaderamente a sus anchas. Le gustaban también los corderillos, imágenes de la ingenua inocencia. Durante mucho tiempo lo siguió un cordero que nunca lo abandonaba, ni siquiera en la iglesia, donde su balido se mezclaba a los cantos religiosos. En alguna ocasión, el *poverello* compró a sus propietarios los corderos destinados al matadero.

Francisco hubo de padecer infinitas privaciones, pero en medio de sus sufrimientos expresaba con cánticos la alegría que sentía al considerarse digno de poder seguir el ejemplo del

Salvador. En otro tiempo, soñó con ser caballero y trovador y, en efecto, se convirtió en defensor de enfermos y pobres, y sus canciones fueron más originales y hermosas que las de aquellos vagabundos cantores. Cuando daba limosna, lo hacía con toda el alma; por ello su caridad era una auténtica bendición.

Muchos creyeron en la demencia de Francisco, pero al oír sus sermones se emocionaban derramando lágrimas. Más que sus palabras, convencía su sincero amor a Dios y al prójimo. A menudo, bastaba una sola frase o una sola mirada para que Francisco, como su Señor y Maestro, atrajera a un discípulo ya fiel toda su vida.

Pronto se vio rodeado Francisco de una multitud de discípulos fervorosos. Con ellos, formó una comunidad cuyos fines eran socorrer a la humanidad doliente y hacer penitencia. Adoptó como norma de conducta la frase evangélica: "Ve, vende lo que tienes y da el dinero a los pobres". Gozosos, los hermanos abandonaban todo cuanto poseían para vivir en la mayor pobreza, del trabajo manual y de limosnas que ala gente se le antojaba darles. Tejían cestos, fabricaban cuerdas, remendaban zapatos y ayudaban a los campesinos en la recolección, en la vendimia o en la recogida de la aceituna, acarreaban leña o limpiaban las granjas. La mendicidad constituía para Francisco un excelente medio pedagógico, pues el vencimiento del amor propio a que obligaba, lo, ejercitaba en la práctica constante de la fundamental virtud de la humildad.



San Francisco de Asís. Óleo.

El franciscanismo

El movimiento franciscano se extendió por toda Italia; los de Francisco de Asís se contaron pronto a millares. Francisco envió asimismo discípulos a países extranjeros para predicar allí también el amor al sacrificio y la caridad. Una comunidad tan importante, que llegaba a los países más lejanos, no podía ser gobernada por él en persona. Había que organizar a los franciscanos. Nació entonces la Orden de Menores, basada en los tres votos tradicionales: pobreza, castidad y obediencia, pero acentuando

de m nena especial el significado real de la virtud de la pobreza. La nueva orden se distinguía de las demás en que los hermanos no se encerraban en monasterios, sino que tenían facultad para ir a todas partes y predicar el Evangelio entre los hombres; de vivir como viviera Jesús, asistiendo a sus semejantes en sus necesidades espirituales y corporales. Las reglas de la Orden fueron confirmadas en 1223 por el papa Honorio III.

Francisco de Asís siguió su vida errante, pero, no pudiendo andar, viajaba a lomos de un asnillo. Al acercarse el momento del viaje definitivo, lo llevaron a una choza sita al pie de la montaña de Asís. En su lecho postrero, esperando la visita de su "hermana muerte", alabó la bondad de Dios en un canto al Sol, desbordante de alegría, himno maravilloso cuya música verbal no puede ser traducida a ningún otro idioma. Con las últimas palabras de su *canto al Sol* en los labios, el "trovador de Dios" saludó a aquella muerte, que no era tal. Había vivido cuarenta y cuatro años.

No fue tarea fácil para los historiadores deducir la verdad de entre las muchas leyendas populares en torno a la figura de san Francisco de Asís. Para los rasgos biográficos esenciales puede confiarse en el relato escrito hacia 1230 por su discípulo Tomás de Celano. Es una narración sencilla y sincera de la vida del maestro. Algunos capítulos están escritos magistralmente; su encantadora ingenuidad corresponde por entero al carácter del santo.

El papel desempeñado por el "poverello de Asís" ha sido muy importante en la historia universal. Con su contemporáneo santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de predicadores (dominicos), ha dotado a la Iglesia de un incomparable instrumento para evangelizar al pueblo. El fogoso español Domingo, que no dejó de ser también hombre calculador, centró su lucha en combatir la herejía en el sur de Francia; era el polo opuesto de san Francisco, cuya sola meta era llevar a los hombres la paz del Evangelio, aunque también Domingo dio pruebas de compasión hacia los pobres. La Orden dominicana de "hermanos negros" actuó en el mismo sentido que la Orden franciscana de "hermanos pardos" y ambas adquirieron un contenido social y humano, infrecuente en las anteriores instituciones monásticas.

Las órdenes mendicantes

Santo Domingo (1170-1221), arcediano de la catedral de Osma, provincia de Soria, acompañó al obispo de su diócesis en una misión de carácter diplomático. Al atravesar el sur de Francia, observó la indiferencia y despego religioso de las poblaciones de aquellas comarcas, en muchas de las cuales, según parece, hacía más de treinta años, que no se había administrado la eucaristía a los adultos ni el bautismo a los niños. Al entrar en contacto con ellos, se conmovió hasta tal punto, que se ofreció en venta como esclavo, si era preciso, para socorrerlos. Pero no lo comprendían bien, y así, a cambio, recibía ultrajes, le arrojaban lodo o ataban paja a sus vestiduras. En sus predicaciones mostraba una elocuencia poco común. Gracias a su propaganda en favor del rosario, esta devoción se hizo extraordinariamente popular. Su primer propósito, al establecer su Orden en 1215, fue vivir de limosnas, como los franciscanos; de ahí su común denominación de "frailes mendicantes". Tal programa, sin embargo, no podía calzar con el carácter enérgico y combativo impreso por el fundador en su Orden. En su *Divina Comedia*, Dante lo describe en breves rasgos:

*De la fe cristiana santo atleta
benévolo con los suyos e inflexible para los adversarios*

De sus ilustradas comunidades surgieron habilísimos y sutiles profesores que invadieron las universidades y monopolizaron las actividades de la Inquisición, arrebatándole al clero secular el cuidado de las almas en muchos lugares. A los treinta y dos años de la muerte de santo Domingo, su Orden se había expandido por el universo, como se desprende de un mensaje que les dirigió Inocencio IV: "A nuestros queridos hijos, los hermanos predicadores, que predicán en los países de los sarracenos, de los griegos, de los búlgaros, de los cumanes, de los etíopes, de los scirios, de los jacobitas, de los armenios, de los indios, de los tártaros, de los húngaros, y otras naciones infieles de Oriente, salud y bendición apostólica".

A la Orden de los dominicos va unida la idea de "inquisidores". Conviene aclarar este punto. Domingo de Guzmán fundó su Orden y logró que el Papa aprobara sus orientaciones. Pero aquí no se trataba en absoluto de inquisiciones de ninguna clase, según la opinión común y tradicional, sino de religiosos que predicaban la palabra de Dios en el seno de la pobreza; es decir, de una orden mendicante. Ya en la campaña contra los herejes albigenses, hubo de amonestar a los falsos cruzados de su amigo Simón de Monfort, por los excesos que cometían. La Inquisición propiamente dicha empezó a funcionar en 1232, o sea, doce años después del fallecimiento del fundador de los dominicos.

Ahora bien: si luego se desencadenaron los acontecimientos en dirección a una represión de la herejía por la vía inquisitorial, no debe atribuirse al fundador la responsabilidad del procedimiento. La Orden no suponía la Inquisición, pero si quería cumplir su misión, no podía dejarla en otras manos, y así se vio arrastrada por la fuerza de la violencia de Simón de Monfort, del fanático obispo de Toulouse y de las huestes acaudilladas por los barones del norte de Francia.

Algo más debe ser puntualizado también. Es cierto que la Inquisición usó el fuego como elemento de represión—de purificación, según eufemismo de la época—, pero esta costumbre no era propia de los países mediterráneos, sino del implacable sistema germánico; basta recordar que a principios del siglo XIII habían sido quemados muchos herejes por orden de Felipe Augusto y no es menos cierto que fueron los hombres del norte quienes aportaron tal costumbre y género de suplicio, que se aplicó después incluso a los templarios.

Por otra parte, la llamada cruzada albigense degeneró en correría de matanzas, saqueos y destrucciones, bastante peor que las "razzias" musulmanas, en una época en que el caballeresco Saladino hacía gala de moderación y templanza en Tierra Santa, para mayor contraste. La gente del norte de Francia vio en ésta pretendida cruzada un magnífico pretexto que les evitaba ir a la reconquista del Santo Sepulcro, padecer hambre, sed y fatiga, peste y calamidades, en lejanos y desconocidos países. Era cómodo, asequible y fácil ganar indulgencias en las rientes y suaves tierras provenzales, y quitar a las gentes del sur, sentimentales y cultas, "sus mujeres y sus mandolinas", como se ha dicho. Ni a los soberanos del norte francés les disgustaba incorporarse aquellas comarcas de la Costa Azul, "el país donde florece el naranjo", con muy poco esfuerzo y menos riesgo.

La gente del sur era hereje, alegaban los improvisados cruzados. También es preciso puntualizar quiénes eran aquellos cátaros, valdenses y albigenses, porque no puede admitirse que constituyeran una especie de epidemia de cólera o de peste espiritual, aunque así lo considerase la sociedad de la época. Eran llamados valdenses, como secuaces del heresiarca Pedro Valdo; y albigenses, por la ciudad de Albi, situada a unos setenta kilómetros al nordeste de Toulouse. En realidad, el catarismo—del griego "catarsis", purificación—representaba un sistema dogmático, de origen oriental, persa o mazdeísta, que creía en la existencia de dos dioses iguales y opuestos, el del Bien, creador del mundo invisible y espiritual, y el del Mal, autor del mundo de la materia, en lucha uno contra otro. Esta resurrección de la herejía maniquea de los tiempos juveniles de san Agustín se había propagado en el siglo XII por el sur de Francia, con la complicidad de los señores feudales de dichas comarcas. El Languedoc quedó invadido por tal confesión y la fe cristiana corrió peligro de ruina.

Cierto es, por otra parte, que la Iglesia no empleó al principio la violencia, sino los medios espirituales, organizando la libre discusión, conferencias y controversias; lo demuestran

los numerosos tratados escritos contra los cátaros. El ejemplo moral de esta gente era, sin embargo, bastante elocuente. Se comportaban en sociedad con extremada corrección, no importunaban a nadie y se limitaban a rechazar los sacramentos, a negar la validez de los juramentos, a vivir en el seno de una extraña castidad y negar que el Evado tuviera poder para infligir castigos. Por su parte, santo Domingo intentó convertirlos, ofreciéndoles el ejemplo de su orden mendicante, desprovista de ambiciones mundanas, y una predicación basada en el ascetismo y la pobreza. Al principio, todo ello sirvió de muy poco; más tarde, la represión de la gente del norte halló el camino libre.

La literatura provenzal, en pleno desarrollo, sufrió un golpe rudo y decisivo: "El entusiasmo religioso, desconocido para los pueblos del Languedoc, se volvió contra ellos—dice el historiador Demogeot—. Un espantoso fanatismo se desplomó sobre la brillante y frívola civilización del sur. La guerra civil más horrible y la persecución más implacable asolaron aquellas felices y sonrientes comarcas. Los trovadores que vivieron a la sombra de los castillos ya no hallaron protección y su voz se extinguió lentamente como el suave gorjeo de las aves al acercarse el riguroso invierno. Sin duda, el fanatismo aceleró la obra de la naturaleza".

La campaña contra los albigenses representa uno de tantos casos históricos de la brutalidad, arrollando la vida apacible y sosegada de los seres humanos.



Santo Domingo, obra de Luis Borrásá (detalle), año 1414. Museo de Vic.

En sus comienzos, franciscanos y dominicos hubieron de sufrir, en bastantes lugares, la suerte del *poverello* de Asís. A menudo los ofendieron y despreciaron, pero su bondad acabó triunfando. Las persecuciones se convirtieron en benevolencia y agradecimiento hacia ellos. Se construyeron casas para estos frailes mendicantes y se destinaron, para iglesias suyas, edificios levantados para otros usos, o bien se les proporcionó residencia de uno u otro modo. Franciscanos y dominicos predicaron desde entonces siempre ante numerosa concurrencia. Quienes se sentían conmovidos por la palabra de un predicador, lo escogían como confesor. Surgieron notabilísimas figuras del seno de estas órdenes, como san Alberto Magno (el "doctor universal"), san Buenaventura (el "doctor seráfico"), santo Tomás de Aquino (el "doctor angélico"), santa Clara de Asís, san Antonio de Padua, y tantos otros. Destacó en especial el maestro Eckhart, en Alemania. Pronto consiguieron los frailes mendicantes mover el corazón popular: Francisco y Domingo se convirtieron en auténticas fuerzas sociales y humanas. Sus ovejas eran masas de pobres que crecían sin cesar en aquellas ciudades en pleno desarrollo.

El maestro Eckhart y sus discípulos

San Francisco tuvo, en muchos aspectos, un alma gemela en un dominico alemán, el maestro Eckhart de Turingia, quien muy joven aún fue prior de un convento de Erfurt y a los cuarenta años, hacia 1300, fue enviado por sus superiores a París, para ocupar la cátedra que dejara vacante Tomás de Aquino. Más tarde, Eckhart fue trasladado a Colonia, donde los dominicos tenían su principal escuela alemana.

Al contrario de Francisco de Asís, Eckhart era hombre muy letrado, pero unía su interés por la escolástica con una fuerte tendencia mística. Sus célebres *Proposiciones* exponen con predilección lo que significa exactamente "renunciar a todo". Dice: "Quien quiera alcanzar la paz del alma, no lo conseguirá huyendo de las contingencias y retirándose a la soledad; uno tiene que abandonarse, pues toda inquietud depende del propio querer". En efecto, ¿no ha dicho Jesús: "Quien quiera seguirme debe renunciar a si mismo"? He ahí lo que importa. Dejad que Dios destierre poco a poco al hombre viejo que hay en vosotros y vuestra vida será santificada. Entonces, cada una de vuestras acciones, por insignificantes que sean, se convertirá en bendición, pues Dios mismo es quien la realizará. Quienes, en cambio, no están llenos de Dios, sino de ellos mismos, no hacen nada bueno, por muy grandes que puedan parecer sus acciones. Quien lleva a Dios ha encontrado la paz y el reposo del alma; este reposo le acompañará en todos lugares, en la calle, en el desierto o en la celda del convento. Nada puede perturbar esta calma del espíritu".

"Para llegar tan lejos, es preciso que el hombre renuncie a su propia voluntad, se aplique con celo a descubrir la voluntad de Dios y se abandone enteramente a Él. Si lo consigue, quedará santificado toda su vida. El recuerdo de nuestros antiguos pecados, que tanto ha roído la paz de la conciencia, será un motivo más para mostrarnos agradecidos a Dios, a condición que odiamos el pecado y estemos resueltos a no cometerlos a ningún precio."

Así se iniciaba el camino intelectual de la ascética y de la mística, que siglos después daría en España muestras tan elevadas como los ardorosos escritos de santa Teresa de Jesús y la poesía sublime de san Juan de la Cruz, alcanzando un punto de perfección en este género, que jamás ha sido superado.

Como teólogo, Eckhart se esforzó en demostrar de qué manera Dios se hizo hombre. En un sermón sobre el texto que dice que Dios envió a su Hijo único al mundo de los hombres, se refirió a la obra más célebre de san Anselmo "¿Por qué Dios se ha hecho hombre?" Anselmo afirmaba. "Por el mero hecho de haber consentido Dios en hacerse hombre, ha elevado y ennoblecido la naturaleza humana. Así podemos alegrarnos que Cristo, nuestro hermano, se haya elevado por su virtud sobre los ángeles y esté sentado a la diestra del Padre." Ello inspiró a Eckhart el siguiente pensamiento: "En verdad que ésta es una hermosa frase, pero no le concedo

tanta importancia. Pues ¿de qué serviría tener un hermano tan rico si yo sigo siendo pobre? ¿Qué me aprovecha tener un hermano prudente si yo soy un hombre desprovisto de cordura?" Según Eckhart, ese texto no hace alusión al nacimiento corporal de Cristo en el país de Judea, sino al nacimiento de Dios en nosotros. Ahí está el tema central de la predicación del maestro Eckhart, al que se refiere con frecuencia. El hombre que ha vivido este milagro del nacimiento de Dios en nosotros cumple la voluntad del Señor, sin que se esfuerce para ello, incluso sin pensar en ello, con la misma naturalidad con que el sol ilumina o el rosal produce rosas. No sabrá obrar de otra manera, pues lleva a Dios en su interior. A propósito de la oración, dice Eckhart: "Quien está en verdad unido con Dios, no desea nada, ni ser liberado de nada. Puede, incluso, dejar de rezar. Su oración consiste en su unión con Dios".

Tales proposiciones, en apariencia paradójicas, eran motivo de escándalo para quienes se sentían ligados a los dogmas. ¡Sólo eso faltaba, que un predicador dijera semejantes cosas a los profanos! El arzobispo de Colonia dio los primeros clarinazos de alarma contra Eckhart. Cuando en 1326 este prelado acusó de herejía a Eckhart, dirigía sus tiros contra la Orden dominicana, a la que pertenecía el maestro, más que a Eckhart mismo.

La comisión encargada de examinar los escritos de Eckhart sancionó unas cincuenta proposiciones que fueron tachadas de herejía. Eckhart respondió que las acusaciones dirigidas contra él estaban desprovistas de fundamento y que el tribunal era incompetente. Tuvo palabras muy severas para la burda ignorancia y estrechez de espíritu de sus adversarios, lo mismo que para sus malévolas interpretaciones. "Consideran herejía lo que no alcanzan con el entendimiento -dice-. Hasta las citas de san Juan tachan como proposiciones condenables; no temen siquiera atacar lo que Jesús dice en su Evangelio." El acusado terminó apelando al Papa o a la Universidad de París para que mediasen como árbitros.

Entretanto, Eckhart murió de modo inesperado. Ello permitió a sus jueces conservar en su poder su memoria justificativa hasta el momento de someter su expediente al Papa. La consecuencia fue que la bula pontificia condenó una serie de proposiciones que el propio Eckhart había declarado no haber aprobado ni predicado jamás.

Suso y Tauler

Eckhart tuvo como discípulos a dos predicadores distinguidos, los dominicos alemanes Suso y Tauler.

Enrique Suso, hijo de un caballero suabo, escribió hacia el año 1330 una de las obras de edificación, que contó con mayor número de lectores: *Obrita sobre la sabiduría eterna*. El libro fue transcrito con tanto celo, que aún hoy se hallan ejemplares en la mayoría de las colecciones alemanas de manuscritos. Heredó de su madre una exquisita sensibilidad y gran inclinación a la vida interior; se cuenta de ella que no podía oír misa sin derramar lágrimas y que su intensa aspiración hacia Dios la había hecho enfermar, hasta morir un Viernes Santo, mientras meditaba los dolores de la Virgen al pie de la Cruz. Su hijo vivía también la religión intensamente.

Consecuentemente con este arrebatado entusiasmo, que muchas almas medievales sentían por Dios, Suso aspiraba con tanto fervor a obtener del Altísimo "una señal indeleble del amor que lo unía con su Salvador", que un día grabó con una caña en la piel, sobre el corazón, la sigla JHS²: Jesús Salvador de los hombres. "Brotó con fuerza la sangre de sus mismas entrañas",

² *Jesus Hominum Salvador*.

según su propio relato. Momento para él tan delicioso, que apenas notó el dolor físico experimentado. Después se arrojó al pie de la cruz y rogó fervientemente: "¡Oh, Señor, mi único amor!, te suplico que grabes tu santo nombre tan profundo en mí corazón que jamás pueda borrarse". Cicatrizó la herida, pero Suso llevó hasta la muerte la presencia de Jesús tatuada en su corazón.

Así como sus predicaciones se encaminaban al sentimiento y a la imaginación, Juan Tauler, también dominico³, se dirigía al sentido común de sus oyentes. Opuesto al poético Suso, Tauler era un auténtico realista. "Si yo no fuera sacerdote —decía—, me hubiera gustado hacer zapatos: desde luego, buenos zapatos." En sus sermones, Tauler tronaba contra clérigos y monjes desenfrenados. Tales reproches lograron el arrepentimiento de muchos de estos clérigos de vida desordenada, pero el animoso predicador se atrajo también una tempestad de odios e injurias. Los últimos años de Tauler fueron ensombrecidos por el espectáculo de una corrupción general y el anuncio de grandes castigos por parte del Altísimo. La pesadumbre que sentía por ello no disminuyó, sin embargo, su amor a la humanidad. Nunca cejó de exhortar, con su lenguaje colorista, a la penitencia y a la enmienda. "Nuestro bueno y fiel padre", como lo llamaba con llaneza la gente sencilla, murió en 1361.

Dejó a quienes lo conocieron el recuerdo de un testimonio viril y sincero de la verdad en época de sutilezas dialécticas, de excesiva fe en la autoridad y de devoción sentimental, todo ello a la par con una grosera sensualidad y desenfrenado anhelo de placeres. Las predicaciones de Tauler tuvieron un fervoroso partidario en Martín Latero. "¡Después de la Biblia y Agustín, nadie me ha enseñado tanto como Tauler! Desde los apóstoles, es difícil hallar otro semejante como maestro en el arte de enseñar".

Juan Tauler y su ejemplo han ejercido influjo inmenso en los predicadores de todos los tiempos y países. Sus sermones no son maravillas de retórica, sino sencillos y sin pretensiones, como lo era él mismo. Tauler tenía un don especial en atraer la atención de sus oyentes por sus comparaciones sacadas de la vida cotidiana, la agricultura y la caza, de la vida de las plantas y de los animales. Las numerosas copias de sus sermones verificadas en la Edad Media muestran la estima que gozaba entre los predicadores de su tiempo. Existen también muchas ediciones impresas.

³ Las fechas relativas al año de su nacimiento difieren mucho en distintas fuentes. Acaso entre los años 1290 y 1300.

LOS SIGLOS DEL GÓTICO

RÁPIDA EVOLUCIÓN DEL ARTE OCCIDENTAL

El románico y su transición

Observemos que, en el orden intelectual, el siglo XI y la primera mitad del XII constituyen un período de transición y preparación. Sólo hacia el año 1150 se inician síntomas de un nuevo progreso: preocupación por reducir el saber a sistemas, las *Sumas*, deseo de conciliar las doctrinas filosóficas mediante la razón, intuición de nuevos problemas. No cabe duda que la evolución de la actividad artística fue a la vanguardia de la evolución intelectual. Comparado con los balbuceos de los pensadores contemporáneos, el pórtico de la iglesia de Vezelay (Borgoña) es de una perfección consumada, de una belleza y una armonía jamás igualadas. El arte románico, salido del estadio carolingio y enriquecido con aportaciones orientales y árabes, consiguió antes que los filósofos la síntesis anhelada.

Cada monumento es, por otra parte, el resultado de una operación colectiva donde se unían, de grado o por la fuerza, laicos y clérigos. En tal aspecto, como desde el punto de vista político y religioso, el papel de la abadía de Cluny fue capital. Sus más famosos abades no sólo eran guías y santos de la categoría de un Odón o un Hugo, sino también consumados artistas "no al estilo de los príncipes amigos del boato y de la magnificencia en los edificios—dice Enrique Focillon—, sino de una manera más profunda y esencial. Estimaban la música hasta el punto de admitir en la decoración de su iglesia, sobre los capiteles del santuario, las figuras simbólicas de los diferentes tonos; gustaban de la nobleza y grandeza de la forma misma, impresas en la carne percedera, y hay quien elogia a uno de sus antecesores por haber sido un hombre extraordinariamente bello. En la historia del arte ocupan el primer plano, no como inventores de una morfología y de un estilo de profundas raíces, sino como organizadores. Ellos diseñaron los marcos de su actividad o, al menos, alentaron los caminos a lo largo de los cuales se levantan sus más importantes fundaciones. Cluny organizó las peregrinaciones. Por tal motivo, Cluny es el alma de esa Edad Media errante que se desplaza y propaga por ondas continuas por el famoso camino de Santiago de Compostela y hacia el santuario de San Miguel del Monte Gargano.



Nave de la basílica de Santa Magdalena, en Vézelay, obra maestra del arte romano hacia el año 1140.

Compostela, hito artístico

El descubrimiento del supuesto sepulcro del apóstol Santiago en Galicia, durante el reinado de Alfonso II de León, promovió en los reinos cristianos españoles un incremento del ideal de lucha antimusulmana. Como dice el profesor español Ubieto Arteta, sobre el culto compostelano se han ido amontonando una serie de leyendas interesantes e interesadas. La catedral de Santiago se inició en el siglo XI (hacia el 1076; es contemporánea de la catedral de Jaca). Esta época de construcciones de templos y de monasterios peninsulares coincide con un aumento de riqueza en manos de los reyes, de la nobleza y del clero, quizá motivado por el pago de parias y tributos por parte de los musulmanes hispánicos. El románico dejó aquí una de sus mejores muestras, no sólo en arquitectura, sino en arte escultórico: era tímpano, arquivolta y jambas, las esculturas aparecen concebidas como un gran conjunto histórico en el "Pórtico de la Gloria", obra del escultor Mateos (1118), acaso en una síntesis ideológica de cristianismo, hebreísmo y gentilidad. Las peregrinaciones a Compostela constituyeron una vía de acceso cultural de primer orden en los siguientes siglos.



Catedral de Santiago de Compostela.

El arte románico es un arte de piedra, caracterizado por la amplitud de la bóveda de mampostería y el desarrollo de la decoración externa, ilustrada por una escultura simbólica adherida al muro, formando cuerpo con él o unida a los capiteles de las columnas. De este estilo existen tantas variantes cuantos dialectos e idiomas hay en la Europa occidental. En Fontenay y en las demás iglesias abaciales cistercienses, de donde san Bernardo excluyó todo cuanto no fuera estrictamente necesario, el arte románico hizo, en cierto sentido, tabla rasa de su propio simbolismo. Es ya un primer arte gótico.

Sería demasiado infantil querer asociar el estilo gótico al descubrimiento de la ojiva, pero también sería absurdo querer disociarse de él. El arquitecto románico levanta "en su espacio real los esquemas innatos en su cerebro y todo su arte consiste en aplicar a la materia estas formas, en la medida en que, por su resistencia pasiva, el peso no ofrece obstáculos invencibles". Pero ¿y el gótico? "Se le diría ciudadano de otro universo—escribe René Huyghe—. Vuelve a enfrentarse con el problema; parte de las exigencias de la fuerza adversa, el peso; acepta las leyes por las que se rige: colabora y se deja inspirar por él para conciliarse con el mismo; se abstiene de aplicar las formas de su repertorio, limitándose a sacar partido de ellas, a organizarlas para desembocar en la belleza. La belleza es el resultado, el fruto de la terminación del edificio, mientras que en el románico estaba en el origen de su elección preliminar de líneas". Ello explica el éxito del arte gótico.

La expansión ojival

En el siglo pasado y en la época de la arqueología romántica, se creyó en el origen oriental del gótico, importado por las cruzadas. Tiempo después se juzgó creación de las monarquías bárbaras de los primeros siglos medievales. Los simpatizantes con el lirismo de la naturaleza vieron el origen de las nervaduras de las bóvedas partiendo de los pilares, como en un entrecruzar de ramas de árboles. En realidad, indica el marqués de Lozoya, el arte ojival es "el término de la evolución del sistema románico, llevado a sus últimas consecuencias por una sociedad que se sentía capaz de grandes empresas y ardía en anhelos de perfección".

Pero su inadecuado nombre, *gótico*, ha hecho fortuna desde que lo divulgó Vasari en el siglo XVI. Sin embargo, arte gótico indica "arte de godos", quienes ignoraban en absoluto su técnica. El vocablo, en su sentido peyorativo, parece señalar el desprecio renacentista hacia todo lo medieval, cualquiera que fuese el valor de su contenido. En realidad, Italia se mostraba desdeñosa hacia las realizaciones culturales del norte de los Alpes. Luego trató de hallar un término más exacto definitorio de este estilo. Caumont intentó sustituirlo por el de arte *ojival*, pero tal calificativo resulta sólo aplicable a las manifestaciones arquitectónicas y no es válido para la pintura, la escultura y otras manifestaciones estéticas.

La caída de los Hohenstaufen y la traslación del poder político continental a Francia señala nuevos rumbos a la mentalidad de la plenitud medieval. Los arquitectos del centro y del norte de Europa no se conforman con las soluciones del románico, útiles para los países mediterráneos, y se preocupan por la problemática de la mayor iluminación, y, en consecuencia, de la cubierta de los templos, tratando de hallar recursos. El criterio espiritualista, el impulso renovador de las universidades, la escolástica, la búsqueda de compensaciones religiosas ante unas Cruzadas en fracaso, el desarrollo de un artesanado y de una burguesía cada vez más potentes, todo contribuyeron a este movimiento general de masas y de gremios.

Participación del pueblo en el arte

Las masas de las urbes populosas necesitaban un testimonio perenne de su fuerza, como lo fueron antes los castillos de los señores feudales, y de la conjunción de un impulso de religiosa espiritualidad unido a la pujanza de unas poblaciones urbanas cada vez más poderosas, nacieron las catedrales góticas. En su magnificencia rivalizaban las ciudades, aportando cada vez soluciones más audaces para dificultades cada vez más complejas, impulsados siempre por idéntico ideal. Aquellas corporaciones de artesanos que contribuían a mostrar así su creciente poderío, llegarían en las últimas etapas del gótico a privar a sus monumentos del carácter religioso y a dedicar el mismo esmero, la misma belleza a los edificios consagrados a sus actividades, alejadas de toda espiritualidad: las lonjas o casas de contratación mercantil y otros edificios análogos.

El aumento de la población exigía unos templos más espaciosos que los románicos, como también el insaciable afán de crear formas nuevas. La crucería y los apoyos estructurales hicieron posible un nuevo fenómeno estético. El gótico se caracteriza arquitectónicamente por tres elementos constructivos: la crucería, los arbotantes y el arco apuntado o en *ojiva*, ya empleado por el románico de transición. La proyección del arco hacia las alturas parecía constituir un símbolo de la elevación del alma, saturada de vigoroso sentimiento ultraterreno, tan excitado por la mística y exaltación de la época.

A tal respecto, la Orden del Cister fue para este arte nuevo lo que había sido la de Cluny para el románico. En el período de transición del uno al otro, los monjes blancos cistercienses poblaron Occidente de monumentos, preparando el advenimiento del nuevo estilo. Como en los tiempos siguientes a los supersticiosos terrores del “año mil”, también ahora se produjo una reacción constructiva, creadora, felizmente positiva. El foco inicial de cultura partió de la Isla de Francia y se extendió con rapidez: medio siglo más tarde era común en Inglaterra —principios del siglo XIII— y penetraba en Alemania y en la península Ibérica. En Italia afectó sólo en sus regiones septentrionales más en contacto con la Europa continental, y aun limitado a lo decorativo.

Las grandes catedrales

La construcción de catedrales se llevó a un ritmo febril. No era obra de poderosos reyes o prelados, sino labor colectiva, de todo un pueblo con ansias de redención. No pudiendo ser dueños del templo por excelencia, el de Tierra Santa, parecía como si cada comarca quisiera levantar el suyo en tierra propia como desagravio. Pero a la vez era el desafío de las ricas urbes frente a un feudalismo en declive. Acaso ello explique por qué cada elemento esencial de las catedrales se halla en actividad, haciendo del arte gótico una "arquitectura viva", en el mejor sentido de la frase.

Las catedrales se acometían partiendo de proyectos de inmensas proporciones, en emulación competitiva, con frecuencia excediendo los límites de las posibilidades humanas de entonces, lo que causa aún mayor admiración. Generaciones y generaciones pusieron literalmente manos a la labor con el ansia de dar cuerpo a su obra, que así cristalizaba en un auténtico arte social. A pesar de la gran duración —varios siglos— de algunas de estas magnas catedrales, constituyen huella patente de la robusta vitalidad de la época.

En Francia se logra la mayor belleza y síntesis del estilo, por su racionalismo arquitectónico, su lógica constructiva y la vivacidad y sutileza del conjunto: Notre Dame de París, iniciada en el reinado de Felipe Augusto; la catedral de Lyon, perteneciente al mismo período; la de Amiens (1218) y la de Reims (1211-1250); Chartres, Ruan y tantas otras construidas todas con un equilibrio que pudiéramos calificar de "horizontal". En Alemania, el goticismo se expansionó como en terreno propio e idóneo, produciendo las catedrales de Meissen, Ratisbona, Nuremberg, Viena, Ulm y la espléndida cadena de catedrales del Rin, aún en contienda con el románico: Tréveris, Estrasburgo, Francfort del Main y, en especial, la catedral de Colonia, iniciada en 1248 y sólo terminada ya en el siglo XX. El estilo ojival de Flandes y Países Bajos, como en tierra de transición, resulta como un promedio entre el *modus* francés y el germánico. En Inglaterra predomina el "gótico perpendicular", por sus prolongadas proporciones y el lanceolado de sus ventanales; luego se aficionaron a las bóvedas reticuladas y a un estilo propio —el arco Tudor— que señalaba el punto final de su arte gótico.

En la península Ibérica aparece con características muy típicas, y apenas puede señalarse un solo monumento —la catedral de León— que sea interpretación ortodoxa del ojival originado en la Isla de Francia. El acento hispano se caracteriza por su austeridad y por un *mudejarismo* consecuencia del contacto islámico; acompañado todo ello de gran espontaneidad y viveza, a veces, improvisación. Conviene recordar cuánta transformación artística hubo desde los primeros monumentos del siglo IX: la arquitectura asturiana de San Julián de Prados y la Cámara Santa de Oviedo, el palacio de Santa María de Naranco y las iglesias de San Miguel de Lillo y Santa Cristina de Lena, y luego la floración románica y su período de transición hasta desembocar en el

arte ojival. Muchos alarifes moros trabajaron en las construcciones cristianas peninsulares.

Por otra parte, se ha señalado asimismo que el factor económico fue también decisivo en este gran desarrollo artístico, llevado a cabo gracias a las cuantiosas fortunas obtenidas con la exportación de la lana castellanoleonesa a Flandes. Los cabildos más ricos erigieron sus grandes monumentos: León (1205-1254), Burgos (1221-1238), Toledo (1226-1230). Siguen Palencia y Segovia: esta última, una prolongación tardía en el siglo XVI, con muchos elementos renacentistas. En el reino catalano-aragonés se inició muy pronto el estilo: catedral de Barcelona (1298), monasterio de Pedralbes, catedrales de Gerona, Tortosa, Huesca y la Seo zaragozana. En Portugal cabe citar el monasterio de Batalha (siglo XIV), erigido en conmemoración de la victoria de Aljubarrota; el "do Carmo" de Lisboa, y las últimas derivaciones del llamado "gótico oceánico".

El gótico civil

Conviene abandonar el concepto de *decadente* aplicado a todos los estilos cuando llegan a la fase final de su desarrollo. Unimos a ello una idea de barroco o exageración de formas y ornamento. Unimos a ello una idea de barroco o exageración de ornamentos. En realidad, en el gótico ocurre el mismo fenómeno que en otras fases históricas—helenismo, románico final, barroquismo y churriguerismo—cuando ha doblado ya la curva ascendente de su ciclo natural y progresivo. La arquitectura ojival llega a su logro y vencimiento de todas las dificultades técnicas después de la erección de las grandes catedrales. Luego busca nuevos cauces estéticos, recreándose en sí misma, afiligranando los motivos decorativos y ornamentales. Es una constante: la facies del narcisismo esteticista, común a todas las manifestaciones de la actividad humana no funcional.

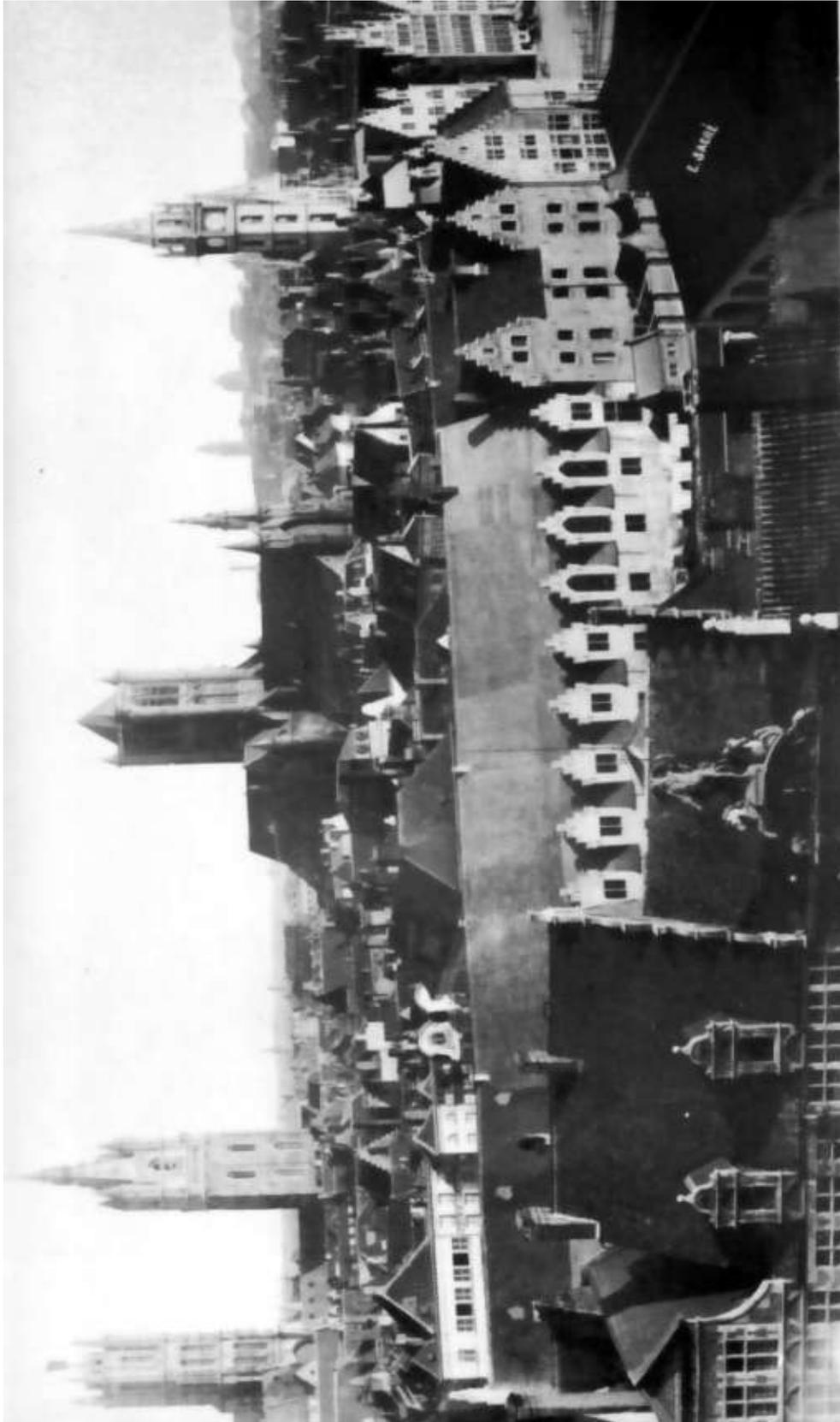
Este periodo ha sido llamado gótico florido, y abarca el siglo XV y parte del XVI. Caumont lo llama flamígero (*flamboyant*), por recordar las ondulaciones de una llama, en que a cada curva se opone una contracurva, en eternas sinuosidades geométricas no exentas de gracia; las bóvedas de crucería se complican y las nervaduras forman redes, los arcos canopiales, escazanos y rebajados son frecuentes, y suelen emplearse los fustes retorcidos. Predomina el lujo sobre la austeridad primitiva. Todo ello responde a un nuevo clima social, el del siglo XV, en que la burguesía enriquecida y preponderante da la pauta. El arte deja de ser religioso en exclusiva para hacerse patrimonio de los príncipes, burgueses enriquecidos o poderosos clérigos mundanos. Es la época que puede muy bien llamarse del «gótico civil». Un tiempo en que la base social se ha ampliado y, como observa Hartmann, «los interiores de los edificios públicos, concejos y lonjas, con sus soberbias torres, sus grandes escalinatas y sus magníficas salas de sesiones y de fiestas, rivalizaban en grandeza y esplendor con los palacios y castillos de los príncipes, siendo aún hoy elocuente testimonio de la solidaridad, poder y riqueza de la libre burguesía medieval...».

En Francia se adornan los arcos con follaje de piedra y la tracería de las ventanas se complica, y en los albores del Renacimiento llega a una decoración fastuosa que ahoga las líneas arquitectónicas. En Inglaterra tienden a soluciones sistemáticas, dado el gusto británico por la curva geométrica. En Alemania se aficianan a los calados de la tracería, y en Venecia, a los elementos orientalizantes. En España, además de los detalles del gótico florido en construcciones religiosas (catedrales de Oviedo, Burgos y Sevilla, fachadas de San Gregorio y de San Pablo de Valladolid), la arquitectura gótica civil se manifiesta potente en castillos y palacios: Bellver (Mallorca), las valencianas

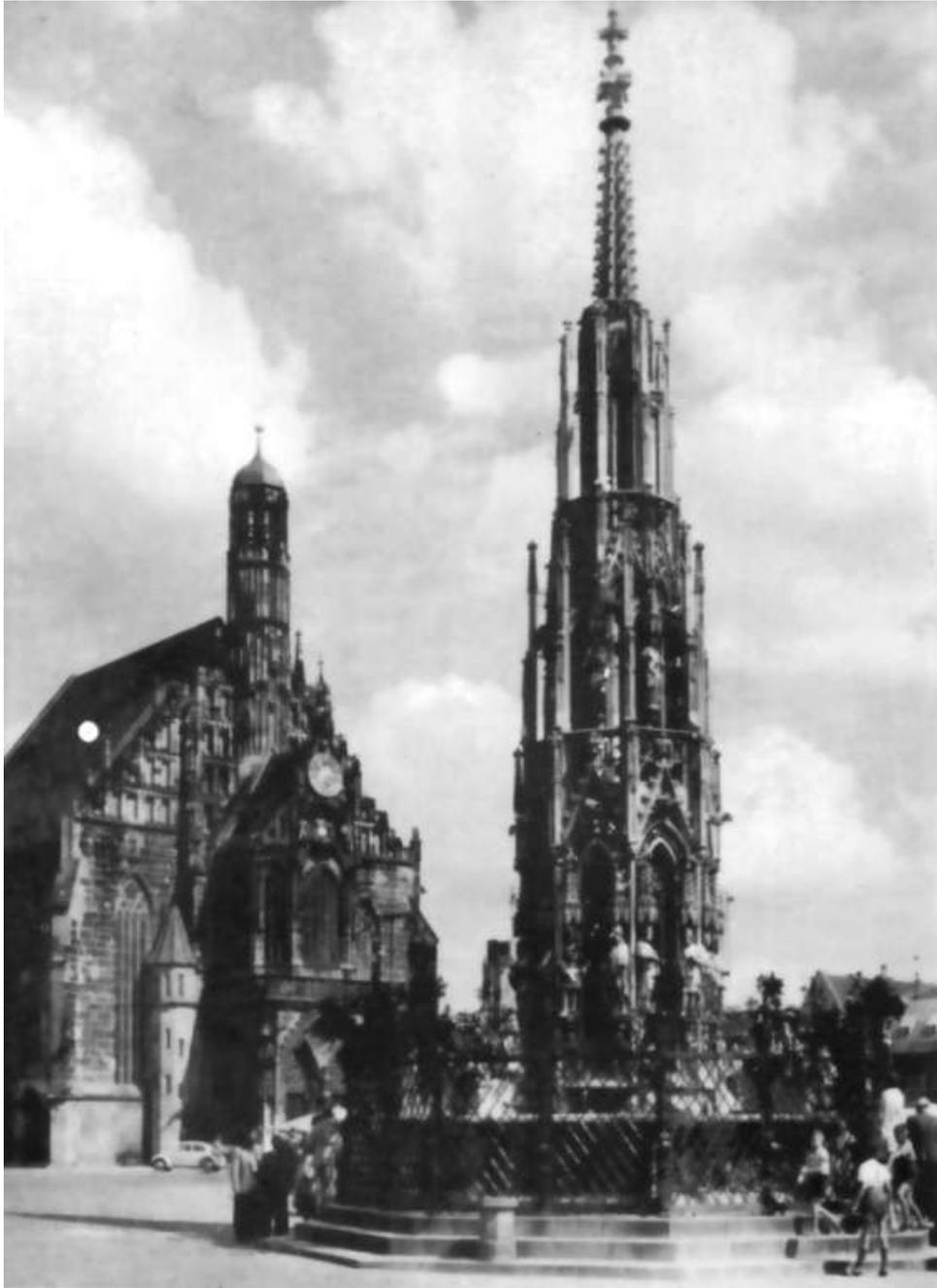
torres de Serranos y las lonjas, en especial la de Barcelona, la de la Seda, en Valencia, y la de Palma de Mallorca, con columnas retorcidas en su interior, que evocan un bosque de palmeras.



El arte ojival se desarrolló y difundió con inusitada rapidez. Desde Francia y en proyección radial se propagó a Inglaterra, península Ibérica, centro y norte de Europa, y penetró incluso en Italia, país que, influido por el arte antiguo, consideraba la nueva tendencia como algo áspero y rígido; por ello calificaron el nuevo estilo con el nombre de "gótico", designación inadecuada y peyorativa, pero que se ha hecho general y corriente. En el siglo XIII, época de la escolástica, de los místicos y del desarrollo de las universidades, cuando la filosofía medieval se encaminaba hacia la esfera religiosa, el arte gótico logra un clima de óptimo florecimiento. Surgieron proyectos constructivos de inmensas proporciones, que excedieron los límites de las posibilidades, por lo que muchos de estos edificios quedaron sin terminar. La ejecución de tales obras supone la unión de las energías artísticas de toda una sociedad, sólo posible en una época en que el arte era auténtico patrimonio popular, y por ello en aquellas estructuras late por doquier una expresión de vida potente y robusta.



Vista panorámica de Gante, capital de Flandes en el año 1180, en la que se revela todavía su glorioso pasado.



Nuremberg: Fuente gótica e Iglesia de Nuestra Señora.



Munich: El Ayuntamiento, fundado en 1315 y casi totalmente reformado a partir de 1470, sufrió graves daños a raíz de la Segunda Guerra Mundial.

AL MARGEN DEL IMPERIO

El interregno y Rodolfo de Habsburgo

Sobre un roquedal abrupto, muy cerca del Aar, afluente del Rin, y en el cantón suizo de Argovia, se levantan las ruinas de Habsburgo, castillo ancestral de una de las más importantes dinastías del mundo; cuyo poderío se ha perpetuado hasta la primera guerra mundial. La elección de Rodolfo de Habsburgo, en 1273, para la dignidad real e imperial⁴, puso fin a la larga serie de disputas intestinas que siguió a la muerte de

⁴ Rodolfo nunca coronado emperador por el Papa.

Federico II, y durante las que los salteadores de caminos actuaron a placer. En la historia se llamaría a esta época el Gran Interregno, porque el imperio germánico no tuvo entonces jefe supremo. La mayoría de los alemanes deseaban que apareciese una vigorosa personalidad, capaz de poner fin al derecho del más fuerte.

El voto de los príncipes electores recayó en Rodolfo de Habsburgo, por su bien ganada reputación de hombre prudente e inteligente. Para los príncipes electores, no dejaba de tener importancia que los bienes hereditarios ocuparan una porción insignificante del enorme territorio del imperio, ya que sus posesiones se limitaban al noroeste de Suiza y Alsacia. Al subir al trono germánico, Rodolfo contaba cincuenta y cinco años. Su vida había transcurrido hasta entonces en límites bastante estrechos; se había dedicado a duros trabajos y en extender, cuando se presentaba ocasión, las posesiones de los Habsburgo, para lo cual recurría a la diplomacia o a la fuerza de las armas, según las circunstancias.

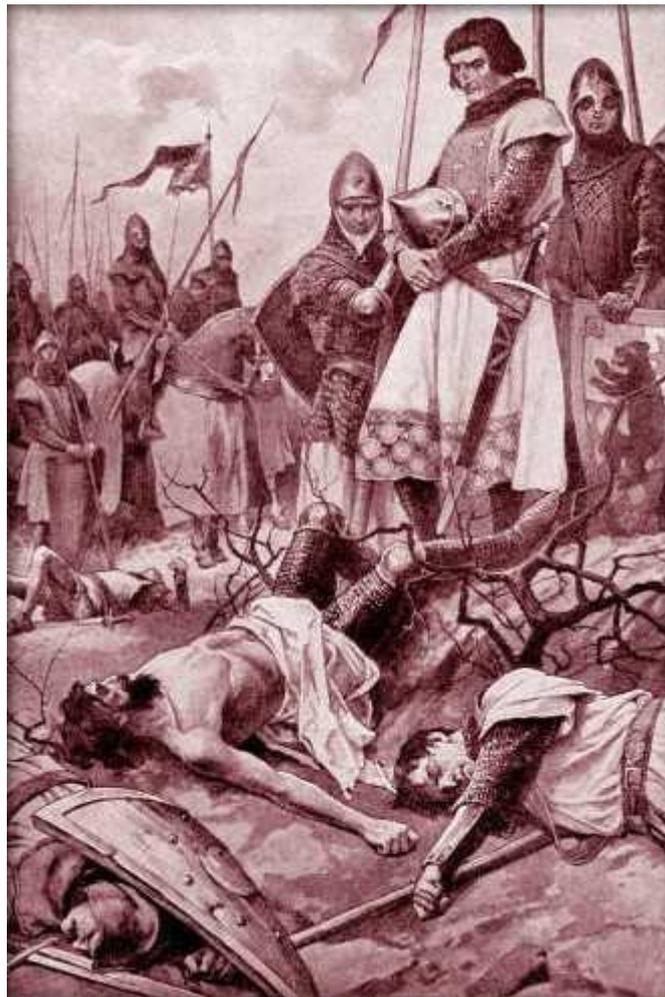
Rodolfo era hombre frío y realista. La sencilla capa color pardo que usara casi siempre el primer emperador Habsburgo podría ser un símbolo. La tradición dice que se la remendaba él mismo estando en campaña, a fin de dar buen ejemplo. Cuando su majestad tenía hambre, arrancaba a veces un nabo del campo vecino, lo pelaba y se lo comía crudo delante de su tropa. Estos gestos gustaban a la gente, induciendo a confiar en un príncipe de costumbres tan sencillas. Y tenían razón. Rodolfo gozó fama de no faltar nunca a su palabra. Su economía y su sentido del orden le hacían un excelente organizador. De su indomable energía podía esperarse también mucho. Además, Rodolfo no carecía de valor militar. En más de una ocasión, en pleno combate, su vida pendió de un hilo. Pero no luchaba por amor a la guerra. Antes que arriesgar su propia vida y la de sus hombres, prefería usar la astucia y la diplomacia para lograr sus fines.

Aunque Rodolfo sólo tuviera que ocuparse de sus territorios, la tarea ya requería plena consagración. En el imperio que le tocó en suerte, reinaba el desorden más absoluto y no podía limitarse a aplicar sólo las viejas normas gubernativas. Era preciso restaurar toda la compleja administración estatal. Para ello necesitaba previamente demostrar que detestaba de hecho el poder supremo de Alemania, pues Rodolfo hallaba en la aristocracia idénticas dificultades que sus predecesores; siempre surgía alguien que discutía su autoridad al emperador. En tiempos de Rodolfo, el vasallo más recalcitrante fue el poderoso Otocar II de Bohemia-Moravia, rey de los checos, que durante el caos originado en los territorios imperiales a la caída de los Hohenstaufen se había apoderado del ducado de Austria. Otocar era hombre recio, sin rival en torneos y juegos caballerescos; su munificencia era proverbial y sus fiestas, de un brillo inigualable.

La lucha contra Bohemia

La elección de Rodolfo de Habsburgo como emperador provocó el resentimiento del rey de Bohemia, quien esperaba recayera en él tal dignidad, y se regó a jurar fidelidad al Habsburgo que, según él, no era más que un pordiosero. Uno de ambos príncipes había de ceder, si alguna autoridad suprema había de prevalecer en el imperio. El problema fue evidente para los señores, que escogieron el partido de Rodolfo cuando éste desterró del imperio a Otocar. Uno tras otro, los vasallos de éste abandonaron a su soberano temerario en demasía y, al ponerse Rodolfo en campaña, el bohemio prefirió ceder. Fue espectáculo curioso ver al rey de Bohemia con sus ricos trajes recamados de oro entrar en el campamento imperial y arrodillarse ante aquel Habsburgo, con su capa parda de uso diario. Otocar hubo de renunciar a los territorios que conquistara y resignarse a recibir como feudo sus propias tierras de Bohemia y Moravia, de manos del nuevo emperador.

Poco tiempo soportó el ambicioso Otocar II la humillación impuesta. Presentósele una ocasión de venganza cuando supo que Rodolfo no tenía intención de ceder el ducado de Austria ni a Otocar ni a vasallo alguno; pues él decidió quedarse con el ducado anexionándolo simplemente a los territorios hereditarios de los Habsburgo. Tal engrandecimiento de la casa imperial no gustó a los nobles alemanes, por lo que escucharon complacidos las proposiciones de Otocar cuando éste comenzó a conspirar de nuevo contra el emperador. Y en 1278, se enfrentaron rebeldes e imperiales en el campo de batalla. Gracias a su talento militar, Rodolfo consiguió la victoria. Otocar se arrojó desesperado a la pelea, pero se vio pronto aislado de sus tropas y rodeado de enemigos, teniendo que rendirse sin condiciones. En aquel momento un austríaco, enemigo personal suyo, le atravesó con la espada.



Rodolfo de Habsburgo frente al cadáver del derrotado y muerto Otocar II

La ley feudal y la ley de la guerra brindaron a Rodolfo una nueva oportunidad y la aprovechó, adueñándose de todas las tierras de Otocar II, si bien usó con moderación de su victoria. Cedió Bohemia a Wenceslao, hijo único de Otocar, y le casó con su propia hija para mayor garantía futura. Las demás posesiones de Otocar formaron parte, desde entonces, de los territorios hereditarios de los Habsburgo, a los que se agregó también luego el Tirol. Austria constituiría en lo sucesivo la base imperial de los Habsburgo.

Durante todo su reinado, Rodolfo hubo de luchar contra los nobles que turbaban la paz de sus Estados. Los atacó en sus propias fortalezas y las hizo arrasar. Sólo en el

bosque de Turingia, mandó demoler, en un solo año, sesenta y seis guaridas de auténticos ladrones. La anécdota más famosa de esta lucha fue el asedio de un castillo casi inexpugnable sito cerca de Schaffhouse, refugio de varios aristócratas bandidos. Tomada la plaza, Rodolfo los ahorcó a todos. Le recordaron al rey que la ignominia de tales sentencias caería sobre la nobleza del imperio, a lo que replicó: "Eso no es ninguna deshonra para la aristocracia. Estos individuos no eran caballeros, sino simples ladrones y asesinos. Un auténtico caballero no perjudica a sus semejantes, sino, al contrario, protege a los débiles".

Tras un reinado que no le concedió momento de reposo, Rodolfo murió de gota, a los 73 años de edad. Al anunciarle su médico personal que le quedaba muy poco de vida, el emperador recibió tranquilo la noticia y se limitó a decir: "¡Bien; así nos iremos a Spira, donde descansan ya no pocos antepasados míos!" El monarca se encaminó en el acto hacia la ciudad imperial. A su paso fue saludado con veneración por multitudes que acudían de todas partes para ver por última vez a su anciano rey tan popular. Poco después de llegar a Spira, murió el monarca y colocaron sus despojos junto a los de los emperadores francones y Hohenstaufen.

Guillermo Tell

La paz interior que tanto cuidó el anciano emperador, acabó con su muerte. Las fuerzas desintegradoras se desencadenaron de nuevo y el imperio germánico experimentaría grave pérdida con la sublevación de los suizos contra la autoridad imperial. Se conservan conocidas tradiciones sobre el acontecimiento.

Reinaba Alberto, hijo y sucesor de Rodolfo. El nuevo emperador, de enérgica personalidad pero de carácter inflexible, no poseía como su padre el arte de atraerse a sus súbditos. La casa de los Habsburgo tenía sus posesiones hereditarias en el noreste de Suiza actual y, al adquirir los Habsburgo el dominio hereditario de Austria, ambicionaron unos territorios que les separaban de sus posesiones, los tres cantones de Unterwalden, Uri y Schwyz, en torno al lago llamado de los Cuatro Cantones. Vivía allí, entre los elevados picos de los Alpes, un pueblo pacífico de campesinos y pastores amantes de la libertad. Los Habsburgo enviaron soldados y gobernadores a tomar posesión del país y construir fortalezas para someter al pueblo, imponiendo cargas y tributos como si se tratara de simples siervos. Los soldados extranjeros llegaron incluso a deshonrar a las mujeres. Ello produjo la sublevación de aquellos tres pueblos y como símbolo de la lucha que dio origen a la actual Confederación helvética o Suiza quedó la leyenda de Guillermo Tell.

Gessler, el más tristemente célebre de los gobernadores enviados por Alberto, mandó construir en Uri una fortaleza a la que pretendía llamar Zwing Uri⁵, y, bajo el látigo de sus esbirros, obligaba a los suizos a transportar las piedras para erigir la guarida de su opresor. La tiranía de Gessler fue tan insoportable que los campesinos se sublevaron. En una noche de otoño, treinta y tres hombres procedentes de los tres cantones se reunieron en la llanura de Rütli en Unterwalden, junto al lago, y juraron allí expulsar al invasor.

Al cruel Gessler empezaron a irle mal las cosas. Para tantear el estado de ánimo del pueblo, hizo levantar en la plaza mayor de Uri una pértiga con el sombrero ducal de Austria y anunció a son de trompeta que todo transeúnte debía saludar aquel gorro con el mayor respeto, como si se tratara del mismo emperador. Los suizos reprimieron su cólera y se sometieron. Pero un tal Guillermo Tell, uno de los treinta y tres conjurados de Rütli, pasó por allí y se negó rotundamente a saludar el famoso sombrero. Los soldados lo apresaron y lo condujeron ante el

⁵ Zwing Uri, literalmente fuerza, coacción, violencia; "el yugo de Uri" diríamos mejor, instrumento y símbolo del dominio servil a que pensaba reducir a aquel pueblo

gobernador. Gessler conocía la destreza de Guillermo en el tiro de la ballesta. "Tú, que tiras tan bien—exclamó el siniestro Gessler—, vas a demostrarnos de qué eres capaz. Traerás aquí a tu hijo, colocaremos una manzana sobre su cabeza y tendrás que atravesarla de un solo flechazo." El consternado padre protestó en vano. Gessler zanjó la cuestión con injurias, afirmando que si Guillermo rehusaba, sería muerto con su hijo.

Entregaron a Guillermo Tell una ballesta y un carcaj, del que escogió dos flechas: puso una en su cintura y otra en la cuerda del arco. Ante un pueblo aterrorizado que contenía su aliento, disparó Guillermo y al instante saltó la manzana convertida en pedazos. El muchacho quedó ileso. El pueblo aplaudió al héroe y Tell estrechó a su hijo emocionado. "En verdad eres un excelente tirador—murmuró Gessler—; pero, dime ¿para qué te pusiste esa otra flecha en la cintura?" Tell se negó a responder. El gobernador insistió: "¡Habla sin temor: no perderás la vida!". Guillermo respondió al fin: "Te diré la verdad: la guardaba para ti en el caso que hubiera alcanzado a mi hijo: ¡Y te aseguro que esa vez no habría errado el blanco!" Gessler sentenció feroz: "Bien; he prometido conservar tu vida y cumpliré mi palabra. Pero para librarme de tus flechas, te encadenaré y te llevaré a un lugar donde no brillan el sol ni la luna".

Mandó entonces conducir a Tell a un castillo, al otro lado del lago de los Cuatro Cantones. Pero apenas abandonó la orilla la harca de Gessler con su prisionero, se levantó una violenta tempestad y la nave estuvo a punto de zozobrar. Los que se hallaban a bordo vieron que sólo Guillermo Tell era capaz de salvarlos. Gessler mandó soltar al cautivo. Tan pronto Tell empuñó el timón, dirigió la barca hacia la orilla izquierda, a una plataforma rocosa y poco elevada. Aprovechó Tell la ocasión, asió una ballesta y saltó a la roca—desde entonces lleva el nombre de "Tellsplatte"— y antes que nadie pudiera reaccionar, Guillermo Tell había desaparecido entre las rocas.

Al día siguiente, Gessler, que regresaba a caballa a su castillo, hubo de atravesar un camino que discurría por una hondonada entre los montes cubiertos de arbolado: silbó de pronto un dardo en el aire y se le clavó en el pecho. Al morir, exclamó: "¡Es la flecha de Guillermo Tell; la conozco!". Su muerte fue la señal del levantamiento general del pueblo de los tres cantones. Los opresores fueron expulsados y arrasadas sus fortalezas por aquellos bravos vengadores.

La crítica histórica ha emitido severo juicio sobre la leyenda de Guillermo Tell y Gessler. El relato parece que se originó hacia finales del siglo XV. No obstante, la leyenda de Guillermo Tell ¿es sólo producto de la imaginación popular? Los historiadores actuales, menos escépticos que sus predecesores, identifican siempre en las leyendas cierto fondo de verdad. Con todo, a despecho de la supercrítica y de la crítica parcial, la leyenda de Guillermo Tell se mantiene viva en la conciencia de un pueblo amante de la libertad. Schiller la recogió en un drama que sigue apasionando al público.

Según otros investigadores, la leyenda tiene como fondo histórico la lucha desarrollada, a mediados del siglo XIII, en los tres cantones helvéticos más antiguos, durante la ausencia de los emperadores Federico II y su hijo Conrado y en el Interregno. Parece que por aquel entonces los tres cantones pactaron una alianza para asegurar su defensa común, alianza que fue renovada en 1291, al morir el emperador Rodolfo y originarse nuevas revueltas. De este año data el documento más antiguo conocido del origen de la Confederación helvética y por ello la fecha es considerada como la primera de la historia de Suiza como Estado confederado. Algunos historiadores sitúan la historia de Tell y de Gessler en la época que precede inmediatamente al célebre tratado de alianza.



La imagen más antigua de Guillermo Tell, sacada de una crónica suiza del año 1507.

La Confederación helvética

La segunda fecha memorable en la historia del pueblo suizo es la de 1315, en que un cuerpo de infantes suizos venció, cerca del paso de Morgarten, a un ejército de caballería al mando del duque Leopoldo de Austria, nieto de Rodolfo, que se dirigía al cantón de Schwyz. El duque iba a castigar los motines y pisotear a aquellos «brutos campesinos» bajo los cascos de sus caballos. Apenas penetró en el paso montañoso, se desplomó por la pendiente un alud de rocas y troncos de árboles, que lo aplastaba todo en su caída. Era el recibimiento que hacía el pueblo de los tres cantones a sus enemigos. Los caballeros pesadamente armados sufrieron muy graves pérdidas, y el propio duque Leopoldo hubo de huir a toda prisa.

En Morgarten, la joven Confederación sufrió la prueba de fuego. En el momento del peligro, la solidaridad de los tres cantones fue ejemplar. Después de su victoria, los suizos obligaron a los Habsburgo a pactar un armisticio, que fue renovado más tarde. El triunfo logrado tuvo excelentes consecuencias: los demás cantones se adhirieron a la Confederación uno tras otro. Creóse así este régimen único en su género, integrado por tres pueblos diferentes con sus tres distintas lenguas. Suiza es un país en que cada valle rodeado de montañas forma un mundo aparte y donde se hablan 70 dialectos diferentes. Ni los Habsburgo, al norte, ni Francia, al poniente, ni la casa de Saboya, al sudoeste, lograron someter a este pueblo muy celoso de su libertad y tan bien defendido en el seno de la región más montañosa de Europa. Los sencillos campesinos que, según la leyenda, estrecharon sus manos en la llanura de Rütli para concertar un pacto eterno contra los opresores, jamás pudieron sospechar la formidable fuerza latente que había en

el seno de la moderna semilla que sembraron. Y mientras Europa se ha visto desgarrada por odios de pueblo contra pueblo, Suiza ha dado el ejemplo vivo de cómo pueden coexistir diferentes pueblos en concordia y unidos en un quehacer común.

En la época que siguió a la batalla de Morgarten, los confederados incluso llegaron a invadir el territorio austríaco propiamente dicho. El cantón de Lucerna se rebeló abiertamente contra los Habsburgo y el duque Leopoldo resolvió de nuevo tomar medidas enérgicas contra los «groseros campesinos». En Sempach, al noroeste de Lucerna, se entabló una batalla decisiva y los austríacos mordieron otra vez el polvo. Después de la victoria, los suizos pasaron de la defensiva a la ofensiva. Uno tras otro, liberaron sus territorios limítrofes de la opresión de príncipes extranjeros. Se hicieron célebres en toda Europa por su valor, se temía su enemistad y sus soldados fueron muy codiciados por los soberanos de otros países a los que luego prestaron sus servicios. Su vida de cazadores en las alturas alpinas, de abismos insondables, les convertía en excelentes tiradores, de mano firme y ojo certero y que despreciaban la muerte. Ejercitaron y desarrollaron su destreza al arco organizando concursos públicos de tiro entre ciudadanos de distintos cantones, recibiendo como premio caballos, bueyes, copas de plata y sortijas de oro. La emulación entre los distintos cantones degeneró a veces en envidia y arrogancia, por ser los suizos muy individualistas y apegados a la región natal. Pero ante la defensa de la libertad común, siempre supieron olvidar sus diferencias. La confederación entera yérguese entonces como un solo hombre.

Los suizos y el arte militar medieval

La costumbre de los mozos suizos en prestar servicio a ejércitos extranjeros, por carecer su país de suficientes tierras laborables, contribuyó a mantener en un nivel muy elevado su capacidad militar incluso en tiempo de paz. Este pueblo alpino ha desempeñado un papel muy importante en la historia militar de Europa. El jinete de pesada armadura con su caballo también armado pesadamente constituye una imagen típica del arte militar medieval. Estos caballeros combatían en lucha individual y el resultado de las batallas solía depender del valor y capacidad bélica de cada combatiente en particular. Tales luchadores aislados no podían ser agrupados en unidades tácticas, como las antiguas cohortes y legiones. La caballería significó la desaparición de las unidades tácticas inventadas por el arte militar tebano, macedonio y romano.

Los suizos fueron los primeros en revivir la ciencia militar antigua, que la Edad Media había arrinconado. En Sempach y en sucesivos combates, los suizos pusieron en pie de guerra una auténtica infantería, comparable a la falange y a la legión. Familiarizados con las comarcas montañosas y con los terrenos más accidentados, esto les permitía aprovechar la situación en el campo de batalla y derrotar con más facilidad al enemigo. En estos combates, usaron armas muy aptas para la infantería, como la lanza y la alabarda, nueva combinación del arma blanca ofensiva con la lanza. Los suizos reformaron el arte bélico y fueron considerados en Europa como la más selecta potencia militar, a la vez que su amor a la libertad sirvió de ejemplo a los demás pueblos.

En diversos ejércitos europeos y durante los siglos siguientes se hicieron famosos estos soldados suizos que sirvieron en la corte de Francia hasta la Revolución y hasta nuestros días constituían aún la simbólica «tropa» del Vaticano o guardia pontificia — suprimida por Paulo VI—. También fueron célebres las tropas de lanquesnetes o lansquenetes, de *Landsknechte* (servidores del país), soldados profesionales armados de pica o lanza, que intervenían a sueldo de diversas potencias.

La Liga hanseática

Los cruzados terminaron con el aislamiento económico en que se hallaron confinados los pueblos mediterráneos durante cuatro siglos. Los corsarios árabes crearon la inseguridad en el Mediterráneo y obligaron al comercio mundial a otras rutas en dirección al imperio bizantino y Asia.

La decadencia del comercio internacional en el sur y centro de Europa motivó el retroceso a prácticas comerciales más primitivas. Como siempre, la agricultura fue la salvación en épocas de depresión económica. De la antes floreciente vida comercial apenas quedaba el cambio local de mercancías, y las ciudades volvieron a su antiguo aspecto de grandes poblados. Con una excepción importante: Venecia. En tiempo de las cruzadas, otras ciudades italianas, como Génova y Pisa, siguieron también el ejemplo de Venecia, y el puerto de Marsella se abrió de nuevo al tráfico universal, renaciendo en Europa central la vida urbana. Las ciudades recuperaron su antiguo esplendor e inició un nuevo período de civilización.

Una de las principales tareas asumidas por las ciudades medievales fue el mantenimiento de los derechos y de las libertades de la naciente burguesía. Las grandes ciudades tenían suficiente poder para dirigir su propia política. Mucho más que las ciudades de hoy, las de la Edad Media constituían una entidad política muy individual. Desde el punto de vista jurídico, se aislaban del país circunvecino por el hecho de tener sus propias leyes y su derecho local. Se reservaban el comercio y la industria, e imponían tributos sobre todas las mercancías importadas.

La Liga lombarda, hacia 1250, tuvo en el norte de Europa su paralelo en la Liga renana en cuyo seno se agrupaban unas cien ciudades dirigidas por Maguncia y Worms. La Liga, que abarcaba también cierto número de principados y señoríos, se propuso como tarea primordial asegurar el orden en el país, en momentos en que el poder imperial era incapaz de mantenerlo. Pero fue muy difícil establecer una concordia eficaz entre los numerosos miembros de esta Liga. Mejores resultados consiguieron las «uniones de ciudades» formadas en diversas partes del imperio al desaparecer la Liga renana. Con la fusión de tales uniones urbanas, se integraron en el siglo 'ay, no sólo la más famosa de todas ellas, la gran Hansa teutónica o Liga hanseática, sino otras como la Hansa flamenca y la llamada de las XVII Ciudades, que agrupaba los núcleos textiles de los Países Bajos y norte de Francia, que comerciaban en las ferias de la Champaña.

Navigare necesse est; vivere non necesse est. La frase de Pompeyo pudo grabarse en piedra sobre la entrada de la Casa de los Barqueros, en la antigua ciudad hanseática de Bremen. Por la tarea capital que había de realizar, la Hansa hubiese podido adoptar también la divisa belga: «La unión hace la fuerza». Sólo colaborando estrechamente para obtener y defender sus derechos comerciales, las ciudades integrantes de la Hansa podían adquirir, en tiempos de revueltas y conmociones, una potencia económica que se hiciera oír y respetar. En aquella época, la navegación no disfrutaba de balizaje regular, ni organización de pilotos. Más de un señor feudal abusaba de su derecho de pasaje para despiojar al navegante, si no en el estricto sentido del vocablo, si cargándole con derechos exorbitantes. Al agruparse y organizarse, los miembros de la Hansa teutónica lograron oponerse a tales abusos, e imponer respeto y adquirir en los países extranjeros amplia protección jurídica, libertad de paso y otros privilegios.

Como origen de la Hansa teutónica pueden señalarse algunos tratados de mediados del siglo XIII entre las ciudades mercantiles de Alemania, prometiéndose mutua ayuda y asistencia para la protección de su tráfico comercial. Lubeck y Hamburgo dieron ejemplo. Poco a poco se formaron dos grupos de ciudades, ligadas por intereses comerciales comunes. Con el tiempo amplióse el círculo hasta integrar una

Vasta «cofradía», a la que pertenecían, a final del siglo XIV, más de setenta grandes y medianas ciudades mercantiles del norte y centro de Alemania, uniéndose a ellas algunas ciudades pequeñas, cuyo número exacto es difícil precisar. La cadena de ciudades costeras e interiores que formaban el conjunto de la Liga hanseática se extendía desde Colonia y Bremen hasta Reval, al nordeste. El nombre de esta Liga parece que deriva de las «hansas» o sociedades de socorros mutuos organizadas por comerciantes alemanes en países extranjeros.

La expansión de la Hansa

La Hansa teutónica se adueñó al fin de la mayor parte del comercio en los mares del Norte y Báltico. La colonización alemana en tierras eslavas, durante los siglos XII y XIII, había abierto el camino al poder de la Hansa, pues los alemanes dominaban entonces el tráfico en el Elba, el Oder, el Vístula y otros ríos menos importantes, pero más útiles aún que hoy, pues por la gran extensión de los bosques, eran escasos los caminos, constituyendo aquellos ríos largos, anchos y llanos las principales vías de comunicación. Los grandes depósitos se establecían, por consiguiente, a orillas de estos ríos, en especial en los puntos atravesados por grandes rutas. Gracias a la conquista del litoral eslavo, los alemanes llegaron al Báltico, donde pronto eliminaron de los trayectos importantes tanto a los escandinavos como a los eslavos. De este modo, los hanseáticos lograron suprimir a dos rivales peligrosos para su comercio. Los burgueses de Lubeck consiguieron incluso que los miembros de la Hansa no vendiesen navíos a los extranjeros, mientras fueran todavía capaces de navegar.

La principal ciudad hanseática fue Lubeck. Enrique el León, su fundador, es, llamado el «padre de la navegación hanseática». Envío embajadas a los países escandinavos y a Rusia para entablar relaciones mercantiles regulares y firmes con la ciudad y, en especial, procuró estrechar las relaciones comerciales con la isla de Gotland: la factoría alemana que fundó allí fue el origen de la ciudad de Visby, su capital.

Lubeck se desarrolló con enorme rapidez, y el área de su casco urbano alcanzó tal amplitud que no fue superada hasta mediados del siglo XIX. Su puerto, el mejor de la época, reunía excelentes ventajas por su situación geográfica entre Novgorod y Brujas, principales centros comerciales de Rusia y Flandes. Lubeck fue núcleo de comunicaciones entre dos rutas importantísimas que iban de poniente a levante, mucho más cortas y seguras que el peligroso periplo alrededor de Jutlandia. Entre los mercaderes de Lubeck, unos preferían relacionarse con Flandes e Inglaterra, otros con Bergen, Escania (actual provincia de Skania, la más meridional de Suecia) y Estocolmo, otros con Novgorod, Reval y Riga. Los que traficaban con Escania adquirían sobre todo arenque y pescado que, en la Edad Media, abundaba en estas costas, en especial a lo largo de la península, donde se asientan Skanör y Falsterbo. A finales de otoño, pescadores de diversos países se dirigían allí a millares, y en los puertos reinaba inmensa actividad, en función de los bancos de pesca. Los mercaderes de Lubeck realizaban pingües ganancias no sólo con el arenque, sino también con la sal de las minas de Luneburgo, de la que empleaban ingentes cantidades para la conserva del pescado. Lubeck hubo de enfrentarse con la competencia de Dantzig y Hamburgo. Al principio, ambas ciudades se desarrollaron con mayor lentitud que Lubeck, pero luego acabaron adueñándose del Báltico.

Dantzig debía su prosperidad a la exportación de cereales importados de Polonia y de Inglaterra y a su antiquísimo comercio de ámbar. A medida que los navíos

aumentaban de tonelaje y surcaban más o menos la vía de Oeresund costeano Escania, tocaron con menos frecuencia en Lubeck.

Navegantes y almacenistas

¿En qué medida empleaban la brújula los marineros de la Hansa? En aguas del Mediterráneo, parece que fue usada ya en el siglo XIII. En documentos de la época, referentes a la navegación en el mar del Norte y en el Báltico, se menciona rara vez este instrumento. En Alemania, sólo a mediados del siglo XV, comienza a ser considerada la brújula como parte integrante del inventario de las naves hanseáticas. Hacia la misma época, un célebre cartógrafo italiano cita en uno de sus planisferios: «En este mar (el Báltico), se navega sin mapa marino y sin brújula; allí se emplea la sonda». Los navegantes que recorrían las mismas singladuras anuales, y aprovechaban la experiencia secular de sus antepasados, lograron conocer tan bien las profundidades marinas, gracias a sus sondeos de altos y bajos fondos, que podían decir con sorprendente exactitud el lugar exacto en que se hallaban, aunque no divisaran tierra alguna.

Los hanseáticos fundaron numerosos almacenes en países extranjeros, y allí depositaban sus mercancías hasta el momento más favorable para la venta. Los principales almacenes de la Hansa eran los de Brujas, Londres, Bergen, Visby (por mucho tiempo centro del comercio báltico) y Novgorod. Estos depósitos constituían auténticas barriadas, rodeadas de fuertes recintos e incluso a veces de murallas rematadas por torres y cerradas con sólidas puertas. Allí residían los hanseáticos o pasaban el invierno, agrupados en una casta autónoma de comerciantes bajo la autoridad de sus jefes y consejeros elegidos por ellos mismos. Estos inspeccionaban las mercancías almacenadas y vigilaban que los productos averiados o de calidad inferior no fueran introducidos con fraude en el comercio. Sin permiso expreso de las autoridades gremiales, no podía entrar allí ningún extranjero, y por la noche se cerraban herméticamente las puertas. Los hanseáticos, con sus perros amaestrados, montaban guardia en las murallas y, a la menor señal de peligro, todos los miembros de la comunidad estaban obligados a acudir con sus armas para defender los depósitos. Estas ciudades eran la réplica burguesa de los castillos feudales. Pero su razón de ser y el objeto de sus actividades era el comercio, la más libre relación entre los distintos pueblos de la tierra, por intercambiar mercancías y por competir para que éstas resultasen más baratas, buscando nuevas fuentes de riqueza, nuevos medios de producción.

Lubeck mantenía con Novgorod, desde tiempos de Enrique el León, relaciones comerciales muy activas. El privilegio más antiguo concedido por los burgueses de Novgorod a los de la Hansa se remonta al año 1199. En esta ciudad, los hanseáticos compraban pieles y cueros que acumulaban en grandes cantidades en sus depósitos. La cera y la miel procedentes de las regiones meridionales de Rusia eran también codiciadas en aquella época, en que se utilizaba la cera tanto en las ceremonias del culto como para alumbrado, y la miel sustituía al azúcar sobre todo en cervecería.

En Bergen compraban pescados secos y salados (alimento de los cristianos en cuaresma), grasa de foca, aceite de hígado de bacalao, plumas, pieles y maderas para construcciones navales. Como contrapartida, los alemanes exportaban a Noruega harina de centeno, malta y cerveza. También inundaron el país de toneles de vino hasta volver ebrios a los noruegos. En 1186, el rey Sverre adoptó medidas restrictivas tan enérgicas que arruinó este tráfico.

En Londres, la Hansa compraba estaño y lana en grandes cantidades y exportaba también vino. Los hanseáticos llevaban allí madera de ébano traída de Oriente. En el

año 1000, el derecho comunal de la capital inglesa menciona “las gentes del emperador, que vienen en sus barcos y tienen derecho a la protección de las leyes como los mismos habitantes de Londres.”



Una fragua de la Edad Media. La mayoría de los maestros forjadores se especializaban en alguna determinada rama de su oficio. Unos fabricaban cuchillos y otros hacían armas y armaduras. De entre ellos hay que distinguir a los herreros propiamente dichos, que realizaban trabajos mucho más finos.

Una edad dorada mercantil

Brujas en el siglo XIV adquirió tal prosperidad que era considerada la “Constantinopla del norte”. Allí acudían, además de los hanseáticos, comerciantes de la cuenca mediterránea para comprar telas flamencas y vender sus productos, entre ellos especias y otras mercancías de Oriente. Los hanseáticos lograban, a su vez, muy buenas ganancias, ya que todos estos productos eran sumamente apreciados en otros lugares, sobre todo en los pueblos del mar del Norte y del Báltico.

Los depósitos de Novgorod eran muy rentables, pero ocasionaban bastantes dificultades. El viaje hasta aquella ciudad, a través de países desérticos o habitados por pueblos semisalvajes, no era precisamente de placer, ni era fácil tampoco comerciar con tales pueblos. Las transacciones se desarrollaban en lengua rusa, de forma que los mercaderes tenían que utilizar intérpretes. De una y otra parte reinaba mucha desconfianza y no era raro que llegaran a las manos. En Europa también eran frecuentes las riñas entre los alemanes y los residentes de cualquier ciudad.

Los negocios comunes a los miembros de la Hansa eran discutidos en determinados días, generalmente en Lubeck. Allí estaban representadas siempre algunas ciudades de la Hansa. Se votaban los reglamentos y se resolvían los conflictos entre las diversas ciudades hanseáticas. La Hansa nunca tuvo una flota de guerra propia ni entabló guerras como tal. Cada acción militar de la Hansa se emprendía después de un acuerdo entre las ciudades que tenían especial interés en ello. La organización a tal respecto era bastante amplia y no debe imaginarse la Hansa como una confederación de Estados en el sentido moderno de la palabra.

La Hansa entabló varias luchas contra los soberanos de los países escandinavos, con objeto de mantener sus privilegios de comercio monopolístico con los pueblos

nórdicos. No obstante, la política de la Hansa fue ante todo pacífica; sus miembros, comerciantes ante todo, preferían no exponerse a riesgo, muy grande en ocasiones.

En una época en que el Sacro Imperio Romano Germánico había degenerado tanto, resulta chocante que los mercaderes alemanes dominaran todo el norte de Europa, no sólo desde el punto de vista económico, sino también político, en gran parte. Los dos siglos que duró el poder de la Hansa teutónica constituyeron un período de gran esplendor para el comercio y la navegación de los alemanes.

El florecimiento de estas urbes mercantiles del norte, como sucedió paralelamente en el sur, en el otro “mar interior euroafricano, caracteriza estos dos últimos siglos de la Edad Media.

EL CISMA ECLESIAÍSTICO

LA DECADENCIA DEL PODER PONTIFICIO

Bonifacio VIII y Felipe IV el hermoso

La titánica lucha entre el Papa y el emperador había terminado con la caída de los Hohenstaufen. Desde Inocencio III, la curia romana mantenía casi sin interrupción un cordial entendimiento con los reyes de Francia, lo cual no impidió que la lucha contra el jefe de la "república cristiana" recomenzara esta vez por un cristianísimo rey francés, Felipe IV el Hermoso, nieto de san Luis.

Felipe subió al trono en 1285, apenas a los diecisiete años de edad. En 1296 hubo de enfrentarse con el papa Bonifacio VIII, cuyo estilo recordaba en cierto modo el de Gregorio VII. Bonifacio sucedió a Celestino V, hombre humildísimo y antiguo ermitaño en las montañas de los Abruzos, que, al cabo de seis meses de pontificado, había renunciado. Para un hombre de su carácter, las continuas intrigas que fermentaban en el Vaticano eran sencillamente insoportables. En aquel momento, Bonifacio era cardenal; se llamaba Gaetani. Como Celestino proyectara retirarse a tierras bizantinas, Bonifacio lo retuvo con buena guarda en el castillo de Fumone de Campania, donde murió. Este modo de tratar a su piadoso predecesor nos da idea del carácter de uno de los protagonistas de la lucha entablada, una vez más, entre los poderes espiritual y temporal.

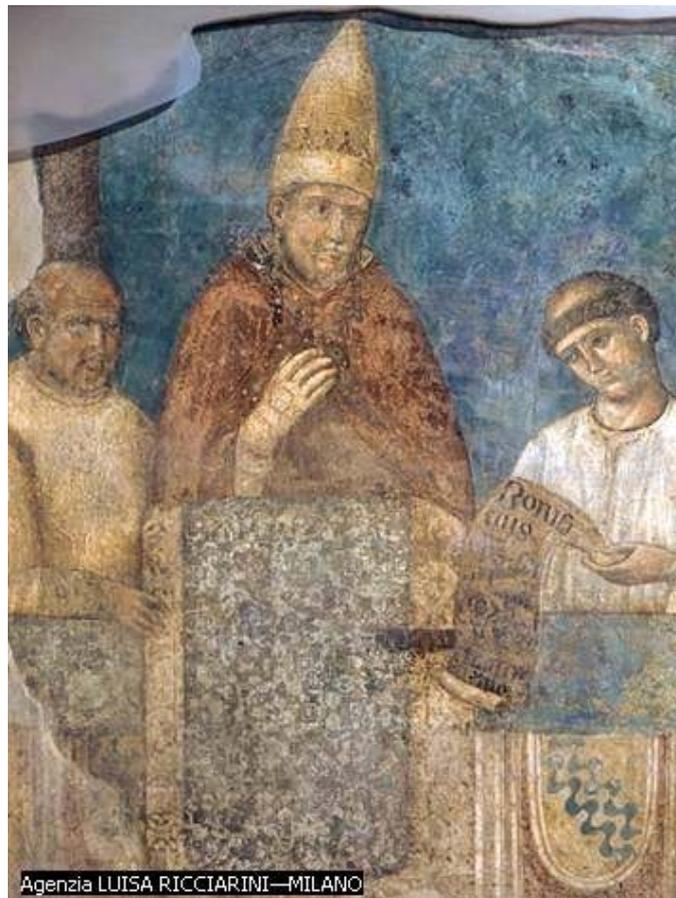


Felipe IV el Hermoso de Francia

Más difícil resulta juzgar al otro protagonista, a Felipe el Hermoso. El crítico francés Gastón Paris lo califica de monarca cruel y trapacero, que derramó tanta sangre y faltó tantas veces a su palabra, que sólo puede inspirar repulsión. En cambio, son admirables su energía y su capacidad, que proporcionaron a Francia un lugar de honor en el concierto de las naciones, hizo reinar el orden y la justicia en el país y estableció una excelente administración.

El historiador Wenck reunió documentos inéditos que le han permitido reconstruir otra imagen distinta de este discutido monarca. Su tesis, muy interesante, trata de demostrarnos que Felipe el Hermoso era hombre culto y político agudo. Como en el caso del emperador Federico II, comprendía la importancia que tenía influir en la opinión pública mediante manifiestos y libelos. Al estudiar muchas de sus medidas políticas, Wenck observa que Felipe no temía desarrollar una política personalísima, no se dejaba dominar por los consejeros influyentes de su padre y de su abuelo y que en los asuntos del reino no contaba para nada el ascendiente de su esposa.

Los prelados, monjes y barones que aconsejaban al piadoso Luis IX, fueron sustituidos por juristas y hombres de acción que habían demostrado talento en la administración del reino. De su elección, Felipe fue el responsable. Difícilmente podemos imaginar la política de Felipe el Hermoso hacia los Estados vecinos y la Iglesia de otro modo que como una manifestación de su deliberado deseo de dominar. El principio en que asentó su política exterior fue concertar tratados con aquellas potencias capaces de atacar a los enemigos de Francia. Contra el emperador de Alemania, Felipe firmó primero una alianza con Austria y después con Bohemia.



El papa Bonifacio VIII.

El atentado de Anagni



Dibujo que representa el momento del intento de agresión de Sciarra Colonna al Papa.

Felipe el Hermoso y el papa Bonifacio VIII se enfrentaron por vez primera a causa de la bula pontificia de 1296, que prohibía a las autoridades eclesiásticas prestar ayuda financiera a los soberanos, fuera voluntaria o forzosa; según el Papa, tales contribuciones estaban en contradicción con la exención fiscal que gozaba la Iglesia en todas partes.

El momento de promulgación de esta bula⁶ fue mal escogido. Felipe iba a emprender una campaña contra el conde de Flandes, que se había aliado con el rey de Inglaterra. Los franceses protestaron contra el decreto pontificio: "¿Es razonable que el Papa prohíba a las autoridades eclesiásticas que ayuden al rey a defender su reino, mientras que ellos no se privan de nada y despilfarran grandes sumas en ricos vestidos, fiestas y otros placeres?" En Francia se había creado una atmósfera tan amenazadora, que los prelados temieron el saqueo de sus bienes y determinaron, en un concilio

⁶ Se da el nombre de bula a determinados documentos pontificios por la forma del sello de plomo adherido al extremo de un cordón de seda, que llevaban en aquella época, reminiscencia a su vez del usado por los romanos.

celebrado en París, comunicar al Santo Padre la angustia que los dominaba. Bonifacio, que por el momento tenía bastantes preocupaciones con sus enemigos de Italia, permitió a los preladados franceses ayudar con sus bienes al rey. Las buenas relaciones entre el Papa y el monarca se restablecieron; pero cuando, años después, se atrevió Felipe a llevar a un obispo, Bernardo Saisset, ante los tribunales, Bonifacio le remitió la bula *Ausculda fili*, citando al rey a comparecer en persona o por un enviado suyo, y justificarse ante la asamblea eclesiástica romana. Felipe hizo falsificar la bula por sus juristas y convocó a los estados generales, es decir a representantes de la nobleza, la clerecía y la burguesía de las ciudades (1302). Felipe no había apelado en vano a su pueblo. Mal informados, la nobleza y el tercer Estado se declararon dispuestos a luchar por la independencia del poder real e incluso gran parte de la clerecía francesa apoyó al soberano. El mismo año convocó el Papa en Roma la asamblea con que había amenazado al rey; tomadas las decisiones, promulgó la bula *Unam Sanctam*, según la cual la Iglesia reinante sólo tiene una cabeza y no es "un monstruo bicéfalo". Su jefe en la Tierra es sólo el vicario de Cristo y sucesor de san Pedro, quien dispone de dos espadas: la espiritual y la temporal; los príncipes terrenales pueden servirse de la espada temporal, pero sólo de acuerdo con la voluntad del Papa. Si el poder temporal abusa de la espada o vulnera en cualquier forma la ley sagrada, puede el poder espiritual juzgar y castigar.

Al año siguiente, el Papa amenazó a Felipe con la excomunión y desligó a algunos de sus vasallos del juramento de fidelidad al rey. Felipe encarceló a los enviados de Bonifacio y reunió en París su gran Consejo. El principal consejero del rey y luego su guardasellos, Guillermo de Nogaret, tomó la palabra y profirió las peores acusaciones contra el "usurpador de la silla de san Pedro, el embustero y odioso individuo que se hace llamar Bonifacio". En la siguiente reunión habló el rey Felipe. Le pecaba amargamente —decía— tener que dar la razón a quienes acusaban a Bonifacio, pero antes que divulgar las faltas del Santo Padre, prefería cubrirlas con su propio manto. La asamblea concluyó aceptando la propuesta de Nogaret de convocar un concilio que juzgara las acusaciones contra el pontífice, decisión que fue aceptada en general por todos los sectores de la población francesa.

Pero hubo aún más. Felipe aprovechó la enemistad reinante en ciertos ambientes italianos contra el Papa, y envió a Italia al despiadado Nogaret con la misión de apoderarse del pontífice. Para ello, Nogaret se puso en relación con el peor enemigo del Papa entre la nobleza romana, Sciarra Colonna, famoso jefe de bandidos, y, al frente de una tropa de mercenarios, una noche de septiembre de 1303 atacaron a Bonifacio en la pequeña ciudad de Anagni, en la campiña romana, donde se hallaba retirado.

El septuagenario Papa arriesgó su vida sin vacilar. Abandonado de todos, esperaba en su aposento que sus enemigos acudieran a matarlo. Le exigieron que abdicase y se entregara sin condiciones. A lo que respondió el anciano: "¡Aquí tenéis mi cuello y mi cabeza!" Se dice que Colonna levantó su espada para asestarle el golpe de gracia, pero que Nogaret se interpuso, porque su propósito era llevarlo vivo a Francia. El Papa fue puesto bajo custodia hasta que Nogaret y Colonna acordaran la situación futura del ilustre detenido.

Mientras ambos disputaban sin llegar a un acuerdo, la población de Anagni se sublevó en masa a los gritos de "¡Viva el Papa!" Colonna trató de atacar al pueblo amotinado, pero experimentó tales pérdidas en hombres, que tanto él como Nogaret tuvieron que salvarse huyendo. El pontífice había sido libertado. Bonifacio pidió ayuda a Roma y, días después, llegó una columna de cuatrocientos caballeros que acompañó al Papa hasta la Ciudad Eterna. Pero las emociones habían quebrantado de tal modo al anciano, que murió al cabo de un mes.█



Felipe IV rodeado de su hija Isabel (que se casó con Eduardo II de Inglaterra) y de sus hijos.

El proceso de los templarios

Felipe el Hermoso triunfó. Pero no definitivamente, pues Nogaret no pudo llevar al Papa consigo a Francia. En 1305, Felipe IV dio el paso definitivo para la realización de su ideal soñado: someter el solio pontificio al rey de Francia. Consiguió que eligieran Papa a un arzobispo francés, que tomó el nombre de Clemente V. El ánimo de este pobre hombre estaba de continuo ocupado en sus dolencias corporales; se rodeó de todo un colegio de médicos, a quienes colmaba de generosidades, llegando incluso a nombrar obispo a uno de ellos, por estimar que un hombre tan cuidadoso de los cuerpos no dejaría de ser útil para las almas. Su pobreza de espíritu corría a parejas con su estado de salud.

Felipe supo aprovecharse bien de la debilidad e indecisión del Santo Padre. Bastaba recordarle la suerte desdichada que corriera su predecesor Bonifacio VIII para disipar en él cualquier amago de resistencia. Así pudo Felipe el Hermoso uncirle a su yugo cuando trató de eliminar a los templarios, cuyo proceso constituye una de las mayores tragedias de la historia.

El hecho que los templarios fueran o no culpables de los espantosos crímenes que les imputaban, es una cuestión que ha preocupado, durante siglos, no sólo a los historiadores, sino también a la imaginación popular.

Al propio tiempo que los caballeros hospitalarios, también los templarios se habían refugiado, en 1291, después de la caída de San Juan de Acre, en la isla de Chipre, desde donde se habían diseminado por diversos países de Europa. Las inmensas riquezas acumuladas gracias a sus actividades mercantiles y bancarias habían despertado mucha envidia contra ellos. Se les acusaba en especial de haber hecho subir el precio del pan, especulando con cereales, y de haber provocado así el hambre. Se comentaba, además, que nada justificaba la existencia de esta orden, ya que Tierra Santa había vuelto a poder de los infieles; se insistía también en que distaban mucho de ser modelos de virtud cristiana. Asimismo, circulaban toda clase de rumores acerca de los abyectos vicios que los templarios habían copiado de los orientales, y de sus reuniones, en que adoraban al diablo y se entregaban a otras prácticas tenebrosas. Al pueblo

crédulo le bastaba comprobar que los templarios tuvieran, en efecto, reuniones secretas en salas cerradas y custodiadas por centinelas.



Algunas de las torturas más empleadas en la Edad Media.

Felipe el Hermoso aprovechó la opinión pública desfavorable a los templarios para apoderarse de sus fabulosos bienes y reducir a impotencia a esta orden internacional. Los templarios no tenían en cuenta la autoridad del príncipe del país donde residían, ya que sólo obedecían al soberano pontífice. Se cree que en Francia había unos dos mil templarios, es decir, la mitad de los efectivos de la orden; en este país poseían también los bienes más cuantiosos. Los templarios disponían de una potencia militar permanente casi igual a la del rey de Francia, por lo que se les consideraba un peligro para el reino.

Con el fin de consolidar su Estado, crear una estructura judicial más racional y disponer de un buen ejército, Felipe necesitaba abundantes riquezas. Sus guerras, sobre todo con Flandes, cuyo objetivo era conseguir las fronteras naturales de Francia, le costaban mucho dinero. Por ello implantó pesadas contribuciones a sus súbditos y recurrió incluso a desvalorar la moneda, lo que le acarreó el apodo de falsificador. La sublevación de París en 1306 fue su consecuencia directa.

El rey francés, una vez más, otorgó a Guillermo de Nogaret poderes para asestar el golpe de gracia a sus adversarios. Nogaret actuó con insidia y cautela. Se servía ante todo de antiguos templarios expulsados por una u otra razón de la Orden y, por consiguiente, enconados contra ellos. Nogaret, permaneciendo entre bastidores, los indujo a acusar a los templarios de herejía y de las acciones más vergonzosas. Para aparentar imparcialidad y repugnancia en dar crédito a tan espantosas acusaciones, encarceló a los acusadores. Por supuesto, no fueron maltratarlos en la prisión, sino todo lo contrario.

Perfidia y tragedia

Un día de otoño de 1307 fue detenido el gran maestro de la Orden, al mismo tiempo que todos los templarios de Francia y sus bienes fueron confiscados. El monarca había remitido a las autoridades locales unas cartas selladas que debían ser abiertas el mismo día en todo el reino. El acontecimiento causó enorme sensación; los templarios fueron acusados de haber renegado de Cristo, de escupir la cruz durante sus reuniones y de entregarse a la idolatría y a vicios "contra natura".

¿Qué actitud adoptaría el Papa? Esta Orden de caballería, al igual que las órdenes conventuales, dependía de la Iglesia, cuyo jefe era el único que tenía derecho para juzgarla. Felipe consiguió persuadir al débil Clemente V para que se opusiera de modo declarado a los templarios. Entretanto, en Francia, los esbirros de Felipe conseguían arrancar "confesiones" a muchos, mediante torturas, amenazas y promesas. Estas declaraciones hechas bajo juramento nos parecen bastante sospechosas; consta en ellas que, en determinadas festividades de la Orden, los testigos "habían visto al Maligno mostrarse a los suyos bajo la forma de un gato negro".

Cuando un templario confesaba por fin cuanto se esperaba de él, solía quedar libre, a condición que hiciese penitencia y se enmendase. Si cometía la torpeza de retractarse, por escrúpulos de conciencia, podía estar seguro que no escaparía a la hoguera. Al gran maestro, Jacobo de Molay, no fue necesario aplicarle tortura: el astuto Nogaret y sus acólitos supieron inspirarle tanto miedo, que confesó cuanto se esperaba de él, sin hacerse mucho de rogar.

El valor de estas confesiones arrancadas por el terror se puso de manifiesto en 1310, poco después del suplicio, cuando se autorizó a cada uno que expresase sin riesgo ni temor su opinión sobre los templarios, pudiendo incluso defenderlos. De todos los templarios supervivientes a la prisión, a las torturas y a la pesadumbre, más de seiscientos pudieron congregarse en París. Un templario se hizo eco del pensar y de los sentimientos de sus camaradas y juró que sus confesiones y las de sus hermanos habían sido arrancadas a la fuerza "Si me sometieran otra vez a las torturas que he tenido que soportar en la prisión durante tres años, hasta hacerme 'confesar', me retractaría una vez más de todo cuanto he dicho. Incluso diría todo lo que se quisiera que dijese. Estoy dispuesto a sufrir, a condición que el sufrimiento sea de corta duración. Que me corten la cabeza, o me arrojen a la hoguera, no temeré; pero no puedo soportar ser quemado a fuego lento". Pero entonces les negaron el permiso de expresarse libremente y volvieron a amenazarlos con el fuego. En los rostros de los asistentes se pintó una angustia mortal; los desdichados que poco antes se mostraran tan audaces, se apresuraron a retractarse de cuanto habían dicho.

En las investigaciones realizadas en los demás países, donde la tortura fue nula o pequeña, la justicia no comprobó la veracidad de ningún hecho grave imputable a los templarios. En cambio, en Francia, el resultado de los interrogatorios bastó y sobró a Felipe el Hermoso y a Nogaret. Ante los Estados generales reunidos exclamó Nogaret:

"¡El cielo y la tierra tiemblan a la vista de estos espantosos crímenes y los elementos se agitan de furor!" El rey pidió ayuda a dichos Estado para aniquilar tamaña plaga. Nogaret no había trabajado en vano. Casi por unanimidad, los Estados dieron carta blanca al rey y los templarios fueron condenados a muerte.



Ejecución de Jacques de Molay.

El desenlace

Apenas clausurada en Tours la histórica reunión, en la primavera de 1308, se dirigió el rey en compañía de sus nobles a Poitiers, para entrevistarse con Clemente V y obtener de él la aprobación de la sentencia de muerte. Las conversaciones entre el monarca y el Papa se prolongaron, pero, ante la presión constante del rey y de su ministro Nogaret, el pontífice cedió por fin a sus pretensiones. En 1310 fueron quemados en la hoguera un centenar de templarios, y en el inmediato Concilio de Vienne (1311-1312), la Orden fue definitivamente liquidada. El Papa disolvió la institución, porque "sería una vergüenza que una orden tan desacreditada, a la que ninguna persona honorable quisiera pertenecer, siguiera existiendo". Felipe el Hermoso se apoderó de casi todas las tierras y tesoros de los templarios.

Jacobo de Molay se hallaba en la cárcel desde 1307. Después de siete años de cautiverio, su expediente y el de otros dos jefes de la Orden fueron sometidos al Papa, que los condenó a cadena perpetua. Tal medida agotó la paciencia del gran maestro. Hasta entonces había cedido siempre ante sus verdugos, pero al ver se moralmente condenado exclamó: "En el umbral de la muerte, cuando incluso la mentira más insignificante hace sentir todo su peso, tomo como testigo al cielo y a la Tierra que he cometido un grave pecado traicionando a mi Orden para librarme de la muerte y de insostenibles tormentos. Pero aun sabiendo la suerte que me espera, no quiero añadir nuevas mentiras a las que pesan ya sobre mí. Sacrifico los días que me quedan de vida para declarar solemnemente que nuestra Orden ha vivido siempre en la fe más pura y no se ha mancillado con actos vergonzosos". Otra declaración semejante fue firmada también por el más íntimo colaborador del gran maestro. Ambos templarios fueron condenados a la hoguera como "reincidentes". El anciano afrontó la muerte con el mayor valor.

En Portugal, la Orden fue suprimida también, pero cambió de nombre y continuó sus actividades con el título de "Orden de Cristo". En Escocia adoptó el nombre de "Orden del Cardo".

EL GRAN Cisma DE OCCIDENTE

Los papas en Aviñón

La elección de Clemente V fue el comienzo de un período de humillación en la historia del pontificado. A esta época se le ha dado el nombre de "cautividad de Babilonia".

Accediendo al deseo de Felipe el Hermoso, Clemente escogió la ciudad de Lyon para coronarse. Clemente era francés y se sentía incómodo en Roma, desgarrada siempre por luchas familiares y partidos rivales y cuyo clima sentaba mal a su precaria salud. No le agradaba Roma ni se decidía a fijar en ella su residencia; al fin, en 1309, optó por establecerse en la ciudad de Aviñón, junto a la frontera del condado de Vienne, que pertenecía a la casa de los Anjou de Nápoles⁷. La predilección que sentía por Francia tenía su natural explicación, ya que el rey francés era el único soberano capaz de sostener al pontífice contra su enemigo hereditario, el emperador de Alemania. Los vicarios de Cristo residieron setenta años en Aviñón, sometidos a Francia, con gran disgusto de los romanos, que fueron quienes calificaron esta situación de "cautividad de Babilonia". Esta expresión sólo conviene, sin embargo, a Clemente V, pues ninguno de los otros seis papas residentes allí se comportó de modo tan servil respecto al rey de Francia, aunque estos papas franceses sirvieron a su patria. En la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra ayudaron siempre generosamente al rey francés y le permitieron incluso disponer de los diezmos eclesiásticos y otras rentas de la Iglesia. En 1330, la corona francesa allegó por tal concepto cuantiosas sumas en metálico.

Los papas no se limitaron a prestar esta ayuda financiera a su país de origen; sostenían, además, por todos los medios, a la diplomacia francesa, a fin de obtener a cambio el apoyo del rey para su política italiana y contra el emperador de Alemania. Los papas de Aviñón se sirvieron también de su poder espiritual en beneficio del rey de Francia excomulgando a sus enemigos, poniendo obstáculos a los matrimonios dinásticos que podían ofrecer peligro para la corona de san Luis, y facilitando los matrimonios políticos útiles a Francia.

⁷ A mediados del siglo XIV, el Papa reinante compraría la ciudad.

La vida que llevaban los papas en Aviñón escandalizaba por el lujo de sus palacios y los muchos festejos con que trataban de eclipsar a los demás potentados de Europa. Las salas del palacio papal estaban adornadas con ricas tapicerías y mobiliario suntuoso. Las comidas eran servidas en pesadas vajillas de oro y plata, mientras que la variedad y número de platos que se servían en los banquetes eran impresionantes. Para vestir a Juan XXII y a sus innumerables parientes, se gastó una suma fabulosa, aunque hay que añadir, en honor a la verdad, que este Papa daba anualmente una suma treinta veces mayor en limosnas. A diario mandaba distribuir 30.000 panes a los pobres. Sin embargo, fue considerado buen administrador, económico, austero y piadoso.

La "cautividad de Babilonia"

Mientras la corte pontificia disfrutaba así en Aviñón, el pueblo de Roma se moría de hambre. Los romanos subsistían en gran parte gracias a la Santa Sede, que atraía a multitud de peregrinos, prelados y diplomáticos. La ola de extranjeros se detuvo entonces y muchos ribereños del Tíber quedaron sin medios de vida. Por otra parte, a la mayoría de los fieles creyentes les parecía inadmisibles que el padre espiritual de la cristiandad permitiera a la Ciudad de San Pedro arruinarse. Santa Brígida expresó el ardiente deseo de sus contemporáneos cuando exhortó al Santo Padre a regresar a la *urbe*. En 1367, la santa aun pudo asistir al solemne retorno a la Ciudad Eterna del amabilísimo Urbano V, muy estimado en toda Europa.

Pero pasados tres años de estancia en Roma, Urbano acabó por cansarse de los constantes tumultos y disensiones que estallaban en Italia y regresó a Aviñón. Su sucesor, Gregorio XI, fue exhortado por otra santa, la célebre Catalina de Siena, a volver de nuevo a Roma. En 1376, accedió al fin. Acompañado por los lamentos de una inmensa multitud, abandonó su querida Francia y se hizo a la mar con su corte hacia la desembocadura del Tíber. La llegada de Gregorio XI a Roma puso término definitivo a la "cautividad de Babilonia". La Ciudad Eterna despertó de un sueño de setenta años. Catalina de Siena, que consiguiera con sus exhortaciones la vuelta del Papa a Roma, fue luego venerada como su patrona.

Gregorio experimentaría amargura de haber abandonado Aviñón. La nobleza romana estaba constituida por un grupo de revoltosos ávidos de poder y las intrigas de unas cuantas familias agotaron las últimas energías del Santo Padre. Se dice que incluso en su lecho de muerte se arrepentía de haber escuchado profecías de mujeres santas y haber abandonado su hermosa patria, cuyo pueblo era piadoso y estaba agradecido al padre de la cristiandad. La muerte le impidió seguir el ejemplo de su predecesor — regresar a Aviñón—, pero amargamente preveía que a la Iglesia le sobrevendría un destino mucho peor que la "cautividad de Babilonia". Así fue, pues apenas exhaló el último suspiro, los italianos exigieron a los cardenales la elección de un Papa italiano, comenzando una lucha enconada en el seno de la Curia, entre los partidos italiano y francés, lucha que conmovería a la Iglesia en sus propios cimientos.

Papas y antipapas

Cuando Gregorio XI murió al año de regresar a Roma, los cardenales italianos eligieron a un italiano que residía en Roma, y los franceses, a un Papa francés que fijó su residencia en Aviñón en 1379, año que es considerado como el principio del cisma interno⁸ de la Iglesia. Murieron ambos pontífices y el cisma continuó, pues cada uno de

⁸ No debe confundirse con el Gran Cisma Oriental que se produjo en el año 1054, después de largas controversias, que enfrentaron al clero de Oriente con el de Occidente y dieron lugar desde entonces a la

ellos tuvo su propio sucesor. Y no sólo había dos papas y dos colegios cardenalicios; a veces había dos obispos disputándose la misma diócesis; dos abades, la misma abadía, y dos párrocos, la misma parroquia. Según avanzaba el tiempo, se hacían más difíciles las posibilidades de reconciliación. Los papas rivales se trataban recíprocamente de Anticristos y se excomulgaban a más y mejor. La única posibilidad de reconciliación era que ambos papas renunciaran a la dignidad pontificia. Los cardenales partidarios de esta solución ocuparon interinamente el solio pontificio, pero tampoco ello puso fin al cisma.

Pese a las súplicas y amenazas, el Papa de Aviñón, el aragonés Benedicto XIII, se atrincheró en su posición: el Papa, según él, sólo debía dar cuenta de sus actos a Dios y a su propia conciencia. Los reyes de Inglaterra, Francia y Castilla le suplicaron que diera el primer paso para la paz renunciando a su alta dignidad. Benedicto se hizo el desentendido⁹. Cuando los enviados de los reyes mediaron ante el Papa de Roma, Bonifacio IX, también fracasaron. Todavía más: en 1408, Benedicto XIII llevó las cosas tan lejos que declaró la guerra a su rival, Gregorio XII, soñando con invadir Roma al frente de sus tropas. Pero, apenas llegó a Génova el general de Aviñón, se agotaron sus reservas y la expedición hubo de dar media vuelta.

¿Y los fieles qué pensaban de semejante situación? La conclusión no tardó en ser formulada: ambos papas tenían la culpa.

separación de las Iglesias católicas romana y oriental.

Movimiento precursor de este Cisma fue la rebelión de Focio, patriarca de Constantinopla, adicto al emperador Basilio I (867-887); ambos negaron la obediencia al papa Juan VIII y establecieron una iglesia nacional griega, en vista de la actitud de los pontífices romanos que persistían en mantener un Imperio de Occidente. Con diversas alternativas de reconciliación y ruptura, se llegó dos siglos más tarde a la secesión definitiva, consumada por el patriarca bizantino Miguel Cerulario (1054), que fue excomulgado por el papa León IX. En nuestros días ha sido levantada dicha excomunió por el papa Paulo VI.

⁹ Benedicto XIII (1328-1423) pertenecía a la ilustre familia aragonesa de los Luna, fue ilustre canonista y profesor de Derecho en la Universidad de Montpellier y ya manifestó su indomable voluntad cuando la elección de Urbano VI. manteniéndose firme contra italianos y franceses, en defensa de sus convicciones. Era delgado y bajo de estatura, de facciones enérgicas y nariz algo desviada; el busto de san Valero, que él regaló a la Seo de Zaragoza y que lleva su blasón, es seguramente su propia efigie.

"Sus mismos enemigos reconocen su alma fuertemente eclesiástica, su conciencia escrupulosa, sus costumbres irreprochables y su talento—opina Giménez Soler, y añade—: lo llaman terco por confundir la entereza con la tozudez; orgulloso y déspota, por confundir la dignidad con la soberbia; no le atribuyen otro defecto que el de poseer con exceso buenas cualidades."

Cuando los franceses lo amenazaron con negarle toda obediencia y no reconocerlo como pontífice, se limitó a encogerse de hombros y exclamar: "A San Pedro no se le reconoció tampoco, y no por ello dejó de ser Papa..."

LA ÉPOCA OJIVAL HISPANICA

LA EXPANSIÓN CASTELLANA

Fernando III el Santo: Conquista del valle del Guadalquivir

Como cumpliendo una ley pendular, en la misma época histórica de decadencia de las cruzadas en Tierra Santa, se inicia el más espectacular período de la reconquista hispánica. A la posibilidad de esta fase de rápida expansión contribuyó no poco Alfonso VIII de Castilla, el vencedor de las Navas, abuelo de dos reyes y santos: Luis IX de Francia y Fernando III, hijos de Blanca de Castilla y de doña Berenguela, respectivamente, ambas hijas de Alfonso VIII. Y mientras el padre de san Fernando, el leonés Alfonso IX, incorporaba a la cristiandad las comarcas extremeñas en sólo un par de años, Cáceres (1229) y Badajoz (1230), su hijo se aprestaba a liberar toda la cuenca del Guadalquivir, el "río grande" de los musulmanes españoles y eje de su poderío en la península.



Fernando III de Castilla

La gran misión de san Fernando fue de carácter interior y exterior: dominar a una nobleza poderosa y turbulenta, ensoberbecida con sus latifundios, y emprender sus campañas contra el Islam. Los sarracenos estaban en su propia casa y no tenía necesidad de ir fuera a buscarlos, como respondió a su primo hermano San Luis, cuando éste le invitara a colaborar en su cruzada a Oriente, Cubierto su flanco de poniente con la reconquista de los campos de Llerena en Extremadura y el considerable avance portugués hacia los Algarbes, el primer objetivo que se ofrecía a los castellanos era Córdoba, cuya liberación quedó facilitada con la previa ocupación de Andújar. La capital del antiguo califato pasó a poder de los cristianos en 1236: según parece, uno de los primeros cuidados de Fernando III fue el de obligar a cautivos musulmanes que cargasen a hombros, para devolverlas a Santiago de Compostela, las campanas que, unos dos siglos y medio antes, hiciera trasladar Almanzor a la mezquita, para utilizarlas a guisa de lámparas. Pintoresco y simbólico desquite.

Diez años más tarde, san Fernando prosiguió sus avances por Al-Andalus. Conquistó Jaén en 1246 y su monarca Mohamed Ben-Alhamar pasó a Granada, cuyo rey se hizo tributario y vasallo del rey de Castilla, conservando así su reino, el único que pudo sobrevivir de todos los reinos de taifas andaluces. Por su parte, Fernando III era ya dueño del alto y medio Guadalquivir, pero su obra debía ser coronada por la conquista de Sevilla. Si la incorporación de la capital cordobesa había constituido más bien un símbolo, la de Sevilla ofrecía un carácter mucho más práctico por su posición estratégica y económica. También su conquista fue más difícil y costosa. El asedio duró un año y tres meses, y la ocupación de la ciudad pudo realizarse gracias a un eficaz bloqueo, reforzado en el sector fluvial por las naves del almirante Bonifaz, con la primera flota de guerra que poseyó Castilla. En noviembre de 1248 capitulaban los musulmanes sevillanos.

Cuatro años después, murió de hidropesía Fernando III el Santo. Quedaba por conquistar la curva litoral del golfo gaditano, salida atlántica del reino de Castilla, pero los portugueses se habían anticipado, llegando ya a la desembocadura del Guadiana, y Castilla hubo así de apresurarse a llevar a cabo las conquistas de Niebla (1262) en territorio de Huelva, donde los sarracenos emplearon la pólvora por vez primera en Europa, y el importantísimo puerto de Cádiz (1265); expansión completada por las anexiones en el bajo Guadalquivir (Sanlúcar de Barrameda, Medina-Sidonia y Jerez). Se iniciaba la carrera hacia el estrecho de Gibraltar.

Alfonso X el Sabio

Algo posterior al emperador germano-siciliano Federico II Hohenstaufen, destaca la figura de otro rey sabio, Alfonso X de Castilla, con quien se hallaba emparentado. La madre de Alfonso era Beatriz de Suabia, y ello le impulsó a sus pretensiones a la corona de Alemania durante el período conocido por el nombre de "Gran Interregno". Al principio fue bien acogido por algunos príncipes germánicos, acaso seducidos por la idea de ver en el rey sabio una continuación del régimen del emperador filósofo Federico Hohenstaufen, pero los obstáculos que surgieron para la coronación fueron múltiples, en particular por la disconformidad de otros príncipes electores, su rivalidad con el pretendiente inglés Ricardo de Cornualles, la oposición cerrada del pontífice Gregorio X y la propia actuación vacilante de Alfonso. Debe señalarse a tal efecto que éste no contaba para sus pretensiones con el apoyo y simpatía de los castellanos, disgustados por las enormes sumas derrochadas a fondo perdido en empresa tan nominal y teórica, abrumados a impuestos y devorados por una crisis económica, ocasionada por el propio Alfonso, que desvalorizó la moneda en sus reinos.

El problema económico fue más grave en Andalucía, a consecuencia de la organización de la conquista. Fernando III "procedió a un reparto de tierras entre los nobles que le habían auxiliado en la empresa —observa Vicens Vives— respetando el régimen latifundista prevaleciente durante los taifas y la dominación africana. La sublevación de los campesinos musulmanes y su expulsión en 1263 facilitó esta medida, de tanta gravedad para el futuro. Ingentes propiedades pasaron así a poder de la aristocracia del norte, que desde aquel momento quedó constituida en uno de los elementos más poderosos del Estado, sin contrapeso alguno por parte de una burguesía, casi inexistente, diluida en las ciudades norteñas. A este fenómeno cabe añadir el predominio de la mentalidad pastoril, dimanante de la trashumancia altomedieval, que en los territorios de las órdenes militares (Castilla la Nueva y Extremadura) y en Andalucía occidental hallará una rápida expansión; y además, la carencia de una flota de transporte —la marina estaba en manos de los genoveses— que pusiera las mercancías producto de la artesanía y de la agricultura andaluzas al alcance de los mercados europeos. Sea cual fuere el factor principal entre los citados, la evidencia histórica comprueba el hundimiento sensacional de la economía andaluza durante la generación que siguió a la conquista". Fue una evolución económica distinta a la que experimentaron los reinos de la corona de Aragón, ya que Castilla se precipitó en el círculo fatal de la inflación, la alteración monetaria y el déficit permanente de la balanza comercial.

El interés de la historia política peninsular se centra en la lucha entre los diferentes factores sociales de los reinos españoles, para alcanzar cada uno de ellos el dominio del Estado.



En esta miniatura del Tumbo (Códice) de Tojos Outos (siglo XIII), que se conserva en el Archivo Histórico Nacional (Madrid, España), se representan (de izquierda a derecha) al rey castellano-leonés Alfonso X el Sabio; su esposa, Violante de Aragón (hija del rey aragonés Jaime I el Conquistador), y al hijo de ambos, el infante Fernando de la Cerda.

Política sombría y esplendor cultural

Los múltiples problemas del monarca se vieron agravados por la cuestión sucesoria. Su hijo heredero, Fernando de la Cerda, había muerto prematuramente, dejando de su matrimonio con Blanca —hija de san Luis, rey de Francia— dos hijos, llamados los Infantes de la Cerda, que heredaban a su vez la corona, según las leyes de "Las Partidas", redactadas y promulgadas por el mismo Alfonso X. Un hijo de éste, Sancho IV, no acató esta solución hereditaria favorable a sus sobrinos, y se sublevó contra su padre, secundado por la mayor parte del reino. Esta guerra civil destrozó al país, el que se empobreció aún más, mientras los musulmanes granadinos y el propio rey de Marruecos se aprovechaban de las circunstancias e intervenían en tan turbulenta situación. Alfonso X murió dejando sus Estados sumidos en el caos (1284).

En cambio, como hombre de ciencia, Alfonso X el Sabio se destaca a igual o mayor altura que las más ilustres figuras de la Edad Media. Aunque su obra legislativa constituye un código aún prematuro para la brutal sociedad e individualismo de su época, su finalidad es de inapreciable valor en su tendencia unificadora y reformista, y como medio de divulgación jurídica para su tiempo. El número de sus leyes es de 2,802, divididas en siete partes (generalidades, derecho eclesiástico, político y administrativo, procesal, privado, penal y apéndices), de donde proviene el nombre de *Siete Partidas*. Cada una de ellas comienza por una palabra cuya primera letra constituye acróstico con las siguientes, de modo que juntando las siete letras iniciales se forma el nombre de Alfonso. Su autor fue el propio monarca, ayudado por una comisión de jurisperitos.

He aquí un fragmento de *Las Siete Partidas*:

Estatuto de los judíos

Mansamente et sin bollicio malo deben vevir et facer vida los judíos entre los christianos, guardando su ley et non diciendo mal de la fe de Nuestro Señor Jesuchristo que guardan los christianos. Otrosí se deben mucho guardar de non predicar nin convertir a ningunt christiano que se torne judío, alabando su ley et denostando la nuestra; et qualquier que contra esto ficiere, debe morir por ende et perder lo que ha.

Et porque oyemos decir que en algunos lugares los judíos ficieron et facen el día del Viernes Santo remembranza de la pasión de Nuestro Señor Jesuchristo en manera de escarnio, furtando los niños et poniéndolos en la cruz, o haciendo imágenes de cera et crucificándolas cuando los niños non pueden haber; mandamos que si fama fuere daqui adelante que en algunt lugar de nuestro señorío tal cosa sea fecha, si se pudiere averiguar, que todos aquellos que...

Et porque la sinagoga es casa do se loa el nombre de Dios, defendemos que ningunt chistiano non sea osado de la quebrantar.

Muchos yerros e cosas desaguisadas acaescen entre los christianos e los judíos, e las judias e las christianas, porque viven y moran de consumo (590) en las villas, e andan vestidos los unos assí como los otros. E por desviar los yerros e los males que podrían acaescer por esta razón, mandamos que todos cuantos judíos o judías vivieren en nuestro señorío, que traigan alguna señal cierta sobre sus cabezas.



Cantigas de Alfonso X, El Sabio. Monasterio del Escorial.

Su obra poética aparece representada por las *Cantigas*, colección de más de cuatrocientas composiciones destinadas a ensalzar a la Virgen, versos que parecen experimentar el influjo de la lírica provenzal y trovadoresca. Están escritas en gallego, idioma predominante en poesía, a la sazón; su métrica revela, por otra parte, una profunda influencia de los musulmanes hispánicos, en especial la estrofa llamada *zéjel*, y parecen estar adaptadas para una música ya existente, en forma coral. El argumento de la mayoría de ellas recoge leyendas y narraciones muy conocidas durante la Edad Media, repetidas y divulgadas en homilias, sermones y panegíricos, e incluidas en muchos libros piadosos a lo largo de los siglos del gótico.

La Escuela de Traductores

Alfonso X el Sabio escribió también dos grandes obras históricas: *La General e grande Estoria*, especie de historia universal de aquella época, incompleta, puesto que sólo llega hasta los tiempos de Jesucristo; y la *Crónica General* o Historia de España, que fue continuada después de su muerte. En esta obra se da cabida a poemas épicos que aparecen prosificados, incorporando así la historia popular al conjunto: fusión de lo épico y lo histórico que constituye un caso singular, único en toda la literatura europea. Otras obras importantísimas son sus *Libros del Saber de Astronomía* y un estudio del calendario y de la astronomía en unas tablas (*Taulas alfonsíes*) calculadas sobre la base del meridiano de Toledo, con el resultado de miles de observaciones realizadas en el observatorio que el «rey sabio» erigió en el histórico castillo toledano de San Servando. La ciudad se convirtió, además, en foco cultural de primer orden.

El rey Alfonso acometió la empresa de transmitir al mundo latino la ciencia oriental. A la escuela de Traductores de Toledo cabe la gloria de haber introducido los textos árabes en los Estudios universitarios occidentales, hecho que —según Renán— influyó de un modo decisivo en la suerte de Europa. Gentes estudiosas, procedentes de diversos puntos del continente, acudieron a la capital toledana, ávidos de conocer la ciencia greco-oriental que reaparecía entonces, y que los intelectuales europeos ignoraban. Se traducían allí numerosas obras árabes, versiones que transmitieron doctrinas panteístas a las escuelas de París y propagaron luego lo que se llamó «averroísmo» en la historia de la filosofía. Así, los pueblos occidentales pudieron conocer el pensamiento griego a través de los árabes, de un modo más complejo que hasta entonces, y Toledo convertirse en un foco de intelectualidad oriental, con un acervo de conocimientos que sirvieron de base, dos siglos y medio más tarde, para la composición de la famosa Biblia Poligótica Complutense.

Ello sólo fue posible gracias a la convivencia de los pueblos semíticos con el elemento básico cristiano hispánico. Los judíos habían alcanzado importancia social y los musulmanes se asimilaban. El propio Alfonso X en sus Cantigas muestra amplia comprensión y tolerancia al considerar que Dios igual puede perdonar a cristianos, hebreos e islámicos:

*«Aquel que perdoar pode — chrischao, iudeu e mouro,
a tanto que en Deus aian — ben firmes sas entenções...»*

y así, a lo largo de los siglos del gótico puede observarse la enorme influencia de los judíos conversos en la economía e incluso en la literatura castellana. Por último, el sistema social de la coexistencia de las tres religiones quedaría evidente en un romance citado por Menéndez Pidal y compuesto después de la conquista de Granada, con motivo de la expulsión de los hebreos portugueses, describiendo la entrada en Lisboa de la reina Isabel, hija de los Reyes Católicos:

*«Ya me salen a encontrar — tres leyes a maravilla:
los cristianos con sus cruces —, los moros a la morisca,
los judíos con vihuelas —, que la ciudad se estrujía...»*

Después de la victoria de las Navas de Tolosa contra los almohades (1212), logró Alfonso VIII el dominio sobre la llanura de la Mancha y, como al mismo tiempo los reyes leoneses Fernando II y Alfonso IX reconquistaran Extremadura, la frontera avanzada con los moros se fijó en Sierra Morena. Pero quienes realizaron los avances más extraordinarios fueron Fernando III de Castilla y Jaime I de Aragón; el primero de ellos arrebató a los moros Jaén, Córdoba, Sevilla y numerosas plazas de la actual provincia de Cádiz, dominando el valle del Guadalquivir; el segundo conquistó Baleares y Valencia, y también quedó sometido a vasallaje cristiano al reino de Murcia, de modo que los musulmanes quedaron reducidos al reino de Granada, asentado en el sistema Penibético.

Como al mismo tiempo de la expansión territorial hacia el sur se habían unido León y Castilla, por una parte, y Aragón y Cataluña, por otra, el mapa político de la península Ibérica

aparecía integrado por dos grandes Estados —Castilla en el centro y oeste y Aragón en levante—, además de los reinos cristianos de Portugal y Navarra y el reino moro granadino.

El dominio del estrecho

Los sucesores de Alfonso X el Sabio tienden a dominar el estrecho de Gibraltar, paso obligado de invasiones norteafricanas en la península y cordón umbilical que unía al reino moro de Granada con sus correligionarios del vecino continente. Sancho IV, llamado "el Bravo" por su carácter enérgico e irascible, después de vencer a sus rivales los Infantes de la Cerda, pretendientes al trono, acometió el asedio de la plaza de Tarifa, que fue tomada al cabo de medio año (1292). Esta posición clave fue defendida luego por Guzmán el Bueno, quien prefirió que sacrificaran a su hijo antes que rendir la plaza a un ejército de musulmanes que intentó en vano recuperarla.

Sobrevino luego una regencia durante la minoría de Fernando IV, en que el gobierno estuvo en manos de su madre, María de Molina, una de las mujeres más admirables de la historia española. En este reinado se siguió la misma tendencia que en el anterior, recortando el reino granadino a levante y poniente. Mientras Jaime II de Aragón amenazaba Almería, los castellanos sitiaron Algeciras, que no pudo ser tomada a causa del auxilio que los benimerines norteafricanos prestaron a los sitiados. No obstante, pudo conquistarse la posición de Gibraltar gracias a la ayuda de las naves catalanas, aunque las regiones andaluza y murciana cayesen fuera de la órbita reconquistadora aragonesa, en virtud del tratado de Almisra (1244).

Otro período de regencia hubo de ejercer la capacitada y generosa María de Molina, gobernando Castilla prácticamente por tercera vez, durante la minoría de su nieto Alfonso XI, que sólo contaba un año cuando murió su padre (1312). La actitud rebelde y desenfadada de los nobles obligó a proclamar muy pronto la mayoría de edad del monarca, que empezó su gobierno a los catorce años. Las drásticas depuraciones, castigos o "justicias" que impuso a los nobles le valieron el apodo de "el Justiciero", pero lo cierto es que no tenía otro recurso que la astucia o la violencia para imponerse. Entretanto, benimerines y granadinos habían recuperado Gibraltar (1333), y Alfonso XI dispuso entonces una nueva campaña en que colaboraron tropas portuguesas y del reino de Aragón, a fin de afirmar su poder en el estrecho. A través de él, una nueva invasión de benimerines amenazaba su reino, pero la flota catalana impidió el paso y los cristianos lograron vencer a los musulmanes junto al río Palmones, en una acción más conocida por el nombre de **Batalla del Salado** (1340). Las naves catalanas ayudaron también a la conquista de Algeciras (1342), y sólo faltaba recuperar Gibraltar cuando un nuevo enemigo apareció en escena, ante el que todos hubieron de retirarse.

El imperio de la muerte

La peste negra cubría ya toda Europa; como un reguero de pólvora, se había extendido hasta el último rincón de cada país, pasando sobre tierras y mares. Alfonso XI fue víctima de la epidemia ante los muros de Gibraltar (1350), y, sobrevino un período de consternación general. Los primeros síntomas se notaron en la primavera de 1348, en los países de la corona de Aragón, y medio año después asolaba las comarcas de la meseta castellana y Portugal. La mortandad llegó al punto de sucumbir tres personas de cada cuatro, en muchos lugares. Se recrudeció el bandidaje, pueblos enteros quedaron deshabitados, no podían desempeñarse ciertos cargos, funciones u oficios por falta de gente preparada y hubo que prohibir que se tañeran las campanas por los muertos, para evitar una mayor desolación y pesimismo.

Pedro I, hijo de Alfonso XI, ocupó el trono. El monarca fallecido no llevó conducta moral muy ejemplar: dejaba ocho bastardos de una amante, la sevillana Leonor de Guzmán, que fue la primera en sucumbir ante la oleada de venganzas, crímenes y sucesivas guerras fratricidas que estallaron muy pronto y que duraron poco menos de veinte años. El propio monarca siguió el fatal ejemplo paterno, y a los dos días de casado con la princesa francesa Blanca de Borbón, la abandonó para unirse a María de Padilla, también sevillana. Uno de los hermanos bastardos del rey, Enrique de Trastámara, que logró sobrevivir a las matanzas de Pedro, acaudilló una rebelión, ayudado por Pedro IV de Aragón y Beltrán Duguesclin, que capitaneaba las "Compañías Blancas" y otras partidas de aventureros. A su vez, Pedro I, refugiado en Bayona, recabó el apoyo del Príncipe Negro y de sus tropas inglesas. España se convertía de este modo en el escenario o prolongación meridional de la Guerra de los Cien Años, a la sazón en periodo de tregua entre franceses e ingleses.



Estatua de alabastro del Rey Pedro I de Castilla en posición orante, del desaparecido convento de Santo Domingo el Real (Madrid).

La dinastía de Trastámara

Entablada la lucha, Pedro I no cumplió las promesas que hiciera a los ingleses acerca de la cesión de algunos puertos cantábricos (Lequeitio, Bermeo, Bilbao y Castro-Urdiales) a cambio de su ayuda. El Príncipe Negro, decepcionado y enfermo, abandonó a su suerte al monarca castellano. Avanzaron entonces las fuerzas de Enrique, volvieron a dominar el valle del Ebro y cercaron al fugitivo Pedro en los campos de Montiel. El monarca fue conducido a la tienda de Beltrán Duguesclin y allí apuñalado en lucha contra su hermano Enrique. Ocupó luego éste el trono durante diez años (1369-1379), que fueron de continuos problemas y preocupaciones internas y externas, que pudo solucionar gracias a concesiones y mercedes unas veces y a cierto despliegue de energía en otras. Los nobles se afincaron aún más en sus latifundios, ventajas

financieras y plenitud de sus privilegios. Castilla permanecía entonces aliada a Francia en su lucha contra los ingleses.



Juan I de Castilla

En tiempos de su hijo y sucesor Juan I quedó legitimada la línea bastarda de los Trastamara mediante el casamiento de Enrique, príncipe heredero de Castilla, con Catalina, hija del duque de Lancaster y nieta de Pedro I. Ambos recibieron el título de Príncipes de Asturias, conferido por vez primera a los herederos del trono de Castilla, solucionándose así, además, el pleito dinástico. En cambio, Juan I fracasó en sus intentos de unir Portugal a su reino, como proyectaba.

Enrique III (1390-1406), de frágil salud, aunque de voluntad robusta y enérgica, mantuvo a raya a la díscola nobleza e inició una clara política africana: combatió a los piratas marroquíes y mandó una expedición a las islas Canarias. También tanteó una política de relaciones con Asia, enviando sendas embajadas al emperador mongol Tamerlán y al sultán turco Bayaceto el Rayo. Su actitud con relación al Cisma de Occidente fue clara, negándose a reconocer al antipapa aragonés Luna (Benedicto XIII). Murió Enrique III cuando su hijo y sucesor, Juan II, sólo contaba dos años, por lo que hubo de instaurarse una regencia a cargo de la reina viuda Catalina y Fernando,

hermano del rey: éste fue llamado "el de Antequera" por haber tomado a los musulmanes esta plaza andaluza, única empresa reconquistadora que se realizó durante más de un siglo.

Juan II vivió en perpetua tutela, por su debilidad de carácter. Pese a su mayoría de edad, el gobierno pasó a manos de un favorito de relevante personalidad, don Álvaro de Luna, sobrino del Papa Benedicto XIII y odioso a la aristocracia, que arremetió contra él. Álvaro logró derrotar a sus enemigos, apoyados por el bando aragonés, en la batalla de Olmedo (1445); a pesar de su triunfo, fue vencido por la astucia de la reina Isabel, segunda esposa del monarca; traicionado y abandonado por todos. Álvaro de Luna fue condenado, mediante un simulacro de proceso, a ser decapitado en Valladolid. Esta turbulenta época fue más la de un pórtico renacentista que la de un gótico florido. Poco después murió el rey Juan II devorado por los remordimientos, dejando un reino arruinado, destrozado por guerras civiles y banderías nobiliarias, a su hijo y sucesor, Enrique IV, llamado "el Impotente" (1454-1474), uno de los monarcas más desdichados de la historia española. El doctor Marañón traza su diagnóstico catalogándolo entre los "displásicos eunucoides", y Menéndez y Pelayo esbozó una semblanza histórica del monarca que no lo favorece en modo alguno. Sin embargo, parece que proyectaba una reforma y restauración del país a base de socavar el poderío de los nobles. Frente a él se levantó su hermana Isabel, casada ya con Fernando II de Aragón

Con ello se juntaron ambos reinos, si bien conservaba cada cual su respectiva corona, y los países, sus peculiares leyes. Recibieron del Papa Alejandro VI, en el año 1496, el título de Reyes Católicos, distinción parecida a la de "Rey Cristianísimo", adjudicada a los monarcas franceses, y "Rey Fidelísimo" a los portugueses, títulos que prodigaban los pontífices con generosidad.

LA CONFEDERACIÓN CATALANO-ARAGONESA

Pedro II y el problema albigense

Después de la unión política del reino de Aragón con el principado catalán, a mediados del siglo XII, ambos países refuerzan su poder militar y pueden llevar a cabo su parte de reconquista. Así, Alfonso II (1162-1196), hijo de Ramón Berenguer IV y Petronila de Aragón, reconquista Caspe y Alcañiz, funda Teruel y colabora en la liberación de Cuenca. Esta cooperación entre los reinos peninsulares prosigue en tiempos de su hijo y sucesor Pedro II (1196-1213), que participó en la batalla de las Navas de Tolosa. Pero tal actividad natural contra los musulmanes quedó paralizada por la problemática religiosa y eclesiástica que amargó el reinado de este monarca y acabó con su vida. De nada sirvió que Pedro II peregrinara a Roma, donde el Papa le recibió con todos los honores, se declarara feudatario de la Santa Sede, se obligara a pagar un tributo anual a la corte pontificia y adoptara el título de "Católico", claudicando ante Inocencio III, aun con la oposición de la nobleza y de los pueblos catalano-aragoneses. La Santa Sede sería luego su máximo oponente cuando Pedro tratase de defender a sus propios súbditos herejes.

En aquella época, el sur de Francia se hallaba agitado por una ideología procedente de países orientales, que desembocó en la formación de grupos heréticos llamados "cátaros" y también "albigenses", por ser muy numerosos en la ciudad francesa de Albi, cerca de Tolosa (Toulouse). Se desentendían de la disciplina eclesiástica y sustentaban teorías originales acerca de las Sagradas Escrituras, pero no eran gente inmoral ni de pésimas costumbres, como se les calumnió. Fracasados los esfuerzos de los padres predicadores y legados pontificios para reducirlos a obediencia,

Inocencio III decidió exterminarlos predicando cruzada contra ellos, pretexto que sirvió para que los reyes de Francia aprovecharan la ocasión para invadir y anexarse estos territorios, a la sazón fuera de su soberanía.

Los más afectados eran el conde de Tolosa, cuñado de Pedro II de Aragón, y el vizconde de Beziers y Carcasona, vasallo suyo. Los cruzados franceses, dirigidos por Simón de Monfort, arrasaron estas comarcas, donde convivían católicos con herejes. Ante el temor de confundir a unos con otros en la matanza, se pronunció la consigna: "Degollad a todos: después de muertos, Dios separará en el juicio a los buenos de los malos...". Beziers, Carcasona y otras poblaciones fueron pasadas a cuchillo o devoradas por las llamas. Tantos atropellos obligaron, al fin, a que Pablo II acudiera en socorro de sus vasallos, a pesar que hizo cuanto pudo para evitar la guerra, y el encuentro decisivo tuvo efecto en la localidad de Muret, entre los ríos Garona y Longe. Allí fue derrotado y muerto Pedro II. El fanatismo y la intolerancia movió al populacho incluso a profanar los cadáveres de los combatientes, no respetando siquiera el del propio monarca.

La herejía albigense quedó virtualmente extinguida y las florecientes comarcas del sur de Francia, arruinadas. Un clima de crueldad y persecución envenenó uno de los países más sosegados y bellos de Europa, la lírica trovadoresca quedó dispersada, y desapareció para siempre uno de los focos más interesantes y exquisitos de la Edad Media.

Jaime I, el conquistador de Baleares y Valencia

Para mayor mengua de la joven Confederación catalana-aragonesa, el hijo de Pedro II y sucesor al trono, Jaime I, niño de seis años, se hallaba en poder delseudocruzado Simón de Monfort. El pontífice Inocencio III, acaso arrepentido de su anterior conducta, obligó a poner el niño en libertad y dejarlo en custodia a los templarios, si bien pocos años después lograba evadirse del castillo de Monzón y asumir la responsabilidad de una soberanía en exceso discutida por los nobles del reino.

La necesidad obligó a Jaime a ser precoz en su actuación, y así, a los once años, ya dirigía sus tropas contra las huestes rebeldes, a las que venció, gracias a vasallos honrados y leales que le ayudaron en sus empresas. Dominados y en paz sus estados, decidió acometer hazañas que le hicieran famoso, ampliaran sus posesiones y ganara pueblos para la cristiandad. Un día, en una reunión de sobremesa con sus cortesanos, se habló con detalle de la belleza del archipiélago balear y de la conveniencia de incorporarlo a la Confederación, acabando con la piratería musulmana, y el monarca se decidió a conquistarlo.

A primeros de septiembre de 1229, zarpaba de las costas tarraconenses de Salou una flota de centenar y medio de naves y se dirigía a Mallorca, donde los sarracenos se hallaban ya apercebidos. Triunfaron los cristianos en Coll del Rey, Porto Pi y otros combates, y asaltaron la capital, donde la lucha fue encarnizada y sucumbieron algunos leales y esforzados capitanes, pero Jaime I pudo efectuar su entrada victoriosa en la ciudad. Todavía volvió el rey a la isla mallorquina en años sucesivos hasta que, en 1232, quedó completamente sometida; a esta sujeción siguió la de Menorca y la de Ibiza, esta última liberada en 1235 por tropas procedentes de Gerona.

Los nobles aragoneses estimularon entonces al rey para la conquista del reino moro de Valencia, empresa que sería más larga y costosa. Partiendo de las bases estratégicas de Morella y Burriana, en la actual provincia de Castellón, pudo avanzar con bastante rapidez por la llanura costera hasta la posición fortificada de Enesa (Puig de Santa María), a poca distancia de la capital. La lucha aquí fue tenaz y cruenta, y sobrevino el momento de natural fatiga en que los nobles caballeros que asediaban la

ciudad desmayaron en sus propósitos. Cuéntase que un día, en un arranque romántico, los reunió Jaime I en la capilla del Puig, al clarear el alba, y entre frases emotivas juraron todos sobre el altar no abandonar el sitio hasta la rendición de Valencia. Reanudáronse los combates, se ocuparon las posiciones de El Grao y Ruzafa, el propio monarca fue herido en la cabeza, y al fin se rindieron los sitiados el 28 de septiembre de 1238.



Jaime I el Conquistador. Retablo del siglo XV, en el Museo de Arte de Cataluña (Barcelona).

La conquista fue ampliada luego con la anexión de las comarcas de la cuenca del Júcar, hasta el paso de Biar. En 1244 se firmaba el tratado de Almizra entre Jaime I y Fernando III el Santo, delimitando las zonas de influencia de sus respectivos reinos, quedando las tierras de Murcia bajo la de Castilla y dando así por terminada la Reconquista catalanoaragonesa; pero como los musulmanes murcianos aprovecharan

esta situación transitoria para sublevarse, Jaime I decidió dirigir sus armas contra ellos, apoderándose de Elche, de Alicante y entrando victorioso en Murcia en 1266. No obstante, su campaña no había perseguido fines egoístas: reintegró el reino murciano a Castilla y casó a su hija Violante de Aragón con Alfonso X el Sabio. Por otra parte, en sus relaciones exteriores, Jaime el Conquistador fue siempre desinteresado y generoso, y así pactó con san Luis el tratado de Corbeil, en 1258, por el que renunciaba a sus feudos transpirenaicos. Intentó en 1270 emprender una cruzada a Tierra Santa — simultánea a la de san Luis en Túnez—, pero una tempestad le obligó a desistir. Este ilustre monarca catalanoaragonés moría seis años más tarde, mientras sofocaba una rebelión de musulmanes al sur de Valencia.

Además de gran militar y político, fue rey muy culto, excelente legislador y literato. Estableció la magistratura popular del Consejo de Ciento, publicó el Libro del Consulado del Mar, primero en su género e imitado luego por todas las potencias marítimas, favoreció los gremios artesanos y los, estudios generales, y redactó algunas obras, entre ellas una Crónica de su propio reinado, que si no fue obra personal suya, la inspiró sin duda a uno de sus secretarios.



Estátua de Jaime I de Aragón, el Conquistador (1208–1276), en los Jardines de Sabatini de Madrid (España). Esculpida en piedra blanca por Juan de León entre 1750 y 1753.

Proyección política y cultural

Al morir Jaime I, hallábase la Confederación en un punto de plétora política y expansión, y no pudiendo proyectarse en tierras peninsulares, por hallarse ya excluida de la Reconquista, hubo de orientarse hacia el exterior. Ello explica los sucesos de los siguientes reinados: el de Pedro III (1276-1285), que interviene en la política de Sicilia y se adueña de la isla, y sus sucesores, que prosiguen la proyección catalanoaragonesa en el Mediterráneo, a pesar de la oposición desencadenada por las repúblicas mercantiles italianas, los monarcas franceses y los propios pontífices romanos, obsesionados en impedir el incremento de cualquier potencia, grande o pequeña, durante la Edad Media.

Las graves crisis del siglo XIV repercutieron en los países de la Corona de Aragón de modo grave y en variados aspectos. En primer lugar, la crisis de autoridad. Alfonso III (1285-1291) había concedido a los nobles el llamado «Privilegio de la Unión», que ensoberbeció a la aristocracia y la enfrentó con el monarca: «Nos, que valemos tanto como vos, y juntos más que vos». Al cabo de un siglo, el rey Pedro IV (1336-1387) velase obligado a abolir dicho privilegio por la violencia, derrotando a la nobleza rebelde y anulando sus prerrogativas. Dícese que rasgó con su propio puñal los pergaminos en que constaban los privilegios otorgados a los nobles unionistas.

La crisis religiosa provocada por el doble pontificado —Roma y Aviñón— no afectó gran cosa a la Confederación catalanoaragonesa, que observó una actitud más bien expectante. No obstante, a finales del Cisma, el antipapa Benedicto XIII —el aragonés papa Luna— vino a refugiarse en tierras valencianas, en la fortaleza de Peñíscola, como queda indicado. La astrología y las supersticiones se hallaban en pleno furor de la moda, incluso entre gentes cultas. Pedro IV escribía a su hijo y sucesor Juan I: «Nos maravillamos mucho de vos, porque creéis que una persona que se hallaba en Valencia pudiese matar por sortilegios a otra que estuviese en Francia; porque si esto fuese así, no habría rey ni gran señor en el mundo que no fuese muerto...». Lo que no deja de ser una insinuación humorística y realista de este astuto e inteligente monarca.

Bastante peor fueron las crisis económicas. El propio rey Pedro IV calcula que, durante la tan tristemente célebre peste negra, murieron las tres cuartas partes de sus súbditos. Faltó la mano de obra, se encarecieron todos los productos, el mundo agrario quedó vacío y el hambre sucedió a la peste. Hubo que imponer tasas y límites a los productos y salarios, y las devaluaciones monetarias empeoraron una situación ya de suyo gravísima. La decadencia en la Confederación catalanoaragonesa pudo ser frenada en parte por su desarrollo comercial en el Mediterráneo. En el siglo XIV, sólo la marina mercante mallorquina contaba 3600 naves de alto bordo que comerciaban no sólo en el Mediterráneo central, sino en Constantinopla, Rodas y Egipto. Las naves catalanas competían con las italianas en el transporte internacional, y surcaban rutas que abarcaban desde el Senegal al mar de Azov, con notable provecho. Se hizo general el establecimiento de consulados y «alfóndegas» (fondacos o recintos) con derechos de extraterritorialidad, mantenidos por los príncipes de común acuerdo comercial, a fin de favorecer el tráfico. Éste lo practicaban, además, en toda Europa, y así, los mercaderes catalanes llegaron a Flandes y al Báltico antes que los italianos: en 1389 tenían ya Bolsa de Comercio en Brujas, donde no la tuvieron los venecianos hasta un cuarto de siglo más tarde.

Con tal expansión política florece la cultural. Destacan contemporáneamente dos grandes figuras de la ciencia en esta época: el médico Arnaldo de Vilanova (1238-1311) y el gran polígrafo Ramón Llull (1235-1316), hombre de vida apasionada, fundador de la primera escuela de idiomas orientales, la que estableció en Mallorca, autor de numerosas obras y de un sistema filosófico, el «lulismo». En plena era ojival apuntan ya los primeros atisbos renacentistas, y el propio Arnaldo de Vilanova poseía cinco códices griegos en una época en que no los había en ninguna biblioteca de Occidente. Más tarde, durante los reinados de Juan I «el amorador de toda gentileza» (1387-1395) y Martín I el Humano (1395-1410), se acrecienta el interés por las artes y la literatura. Juan I instituyó en Barcelona los Juegos Florales (1393), con certámenes poéticos de bastante esplendor y estímulo, dirigidos por el poeta Jaime March. Otro humanista representativo es Bernat Metge, autor de *Lo Somni*. También se cultivó la Historia, en especial por los cronistas Desclot y Muntaner; este último participó en la expedición de almogávares a tierras del Imperio bizantino, en 1303.

Los Trastámara en la corona de Aragón

Martín I el Humano moría sin hijos en 1410, dejando la corona a quien “por justicia le correspondiera”. En una época de inestabilidad universal, furiosas luchas fratricidas, guerra de los Cien Años y desorden político general, la Confederación catalano aragonesa dio una nota de cordura y civismo: mediante el llamado Compromiso de Caspe, reunió en esta ciudad a nueve compromisarios, tres por cada uno de los principados confederados —Aragón, Cataluña, Valencia— y eligieron por votación al soberano que debía gobernarlos. Fue preferido entre otros pretendientes el infante don Fernando de Antequera, hermano de Enrique III de Castilla., que había demostrado honradez y capacidad notorias en su regencia del reino castellano, durante la minoría de Juan II.

En Cataluña no fue recibido este monarca con demasiada simpatía, pese a ser tan rico en ganado lanar y útil para la industria textil del país. Era la época de mayor florecimiento de la meseta y de la ganadería castellana. Hubo de reducir por las armas al conde de Urgel, antiguo pretendiente al trono, al que apresó en Balaguer. Luego se enfrentó con los barceloneses, refractarios al autoritarismo del monarca viéndose obligado Juan Fivaller, consejero de la Generalidad catalana, a imponerse al soberano y hacer que cumpliera las leyes comunes a todos. A su muerte, el rey dejó el gobierno a su hijo Alfonso V (1416-1458), el primer monarca verdaderamente renacentista que reinó en la península ibérica, aunque en realidad fue más príncipe italiano que de su propio país. Requerido para intervenir en la política de Nápoles, fue derrotado y preso en la batalla naval de Ponza (1435) por los genoveses, si bien, una vez libre, logró conquistar Nápoles con habilidad y pericia militares, haciendo su entrada triunfal en la ciudad al estilo de los antiguos emperadores romanos, en un ambiente renacentista en plena floración, que iba desplazando la antigua era ojival.

En tiempos de este monarca, llamado el Magnánimo y el Sabio, florecieron en consecuencia las letras y las artes. El gótico florido muestra sus galas en el edificio de la Diputación barcelonesa; se fundan las universidades de Gerona y Barcelona, y destacan los poetas Jordi de Sant Jordi, Jaime Roig y Ausias March. Éste fue preceptor del desdichado príncipe Carlos de Viana, sobrino de Alfonso V; es autor de poemas líricos sutiles e inspirados, influido sin duda por Petrarca; fue un teórico del amor y expresa sinceridad de sentimientos. La mayor parte de sus *Canis d'amor* están dirigidos a una tal Teresa Bou, a quien exalta con fervor, aunque a veces se queje de ella con amargura.

Turbulencias y cambios de plano

El reino napolitano pasó a manos de un hijo natural de Alfonso V; la corona aragonesa, incrementada con Sicilia y Cerdeña, quedó para Juan II (1458-1479), hermano de Alfonso, que ya era rey consorte de Navarra por su matrimonio con doña Blanca, soberana de aquel país. El comportamiento de Juan II con su esposa y con su hijo, el príncipe de Viana, no pudo ser peor y provocó una guerra civil de desastrosas consecuencias entre agramonteses y beamonteses; respectivamente, el partido campesino y señorial de la Ribera navarra y el grupo pastoril y tradicionalista de la Montaña, favorable el primero de ellos al padre y el segundo al hijo. Casado Juan en segundas nupcias con Juana Enríquez, parece ser que la madrastra atizó los odios familiares y el príncipe de Viana fue encarcelado por su propio padre, aunque éste se vio obligado a libertarlo pronto, atemorizado ante la amenazadora protesta popular.

Poco después (1461) murió el príncipe en circunstancias sospechosas, lo que hizo que el pueblo atribuyera su causa a envenenamiento. Ello, las intrigas de Juana Enríquez y la pésima conducta del rey, provocaron un levantamiento de los catalanes y una guerra civil que duró doce años. Añadíase a ello la crisis social: desde 1395, los campesinos demostraban inquietud, por desgracia justificada; las clases bajas urbanas desde 1435, y el patriciado y la nobleza en época similar. Parecía que la Confederación iba a desintegrarse. Juan II, viejo y casi ciego, negoció amistosamente la paz, prometiendo enmienda, y, además, puso en juego el poderío de Inglaterra, Bretaña, Borgoña, Nápoles e incluso Castilla. Luego, hubo que luchar de nuevo para recuperar el Rosellón, ocupado por los franceses, los que se habían aprovechado de los pasados disturbios.

A la muerte de Juan II, ocupó el trono Fernando, hijo suyo y de Juana Enríquez, que había casado con Isabel de Castilla, iniciando así el reinado de los Reyes Católicos.

LAS MÁRGENES PENINSULARES

La afirmación nacional portuguesa

Terminada su correspondiente porción de reconquista, delimitaron los portugueses su territorio nacional, aproximadamente igual al de nuestros días. La anexión de la última comarca meridional —los Algarbes— se llevó a cabo en el siglo XIII, es decir, simultánea a las realizadas por los reyes de Castilla y Aragón en sus respectivas zonas de influencia. Después de los últimos monarcas portugueses reconquistadores, gobernó el reino Don Dionís (1278-1325), monarca culto y emprendedor, que casó con la hija de Pedro III, el gran monarca de la Confederación catalanoaragonesa, y que por sus virtudes mereció ser canonizada con el nombre de santa Isabel de Portugal. Durante este reinado se fomentaron los estudios y el desarrollo económico; en especial, la agricultura. Don Dionís fue apellidado "el rey labrador".

Sucedióle Alfonso IV, rey de turbio carácter, mal hijo y peor padre, aunque se distinguió luchando con bravura en la batalla del Salado, ayudando a sus aliados cristianos contra los benimerines. Su hijo Pedro, siendo príncipe heredero, se enamoró de una dama de palacio, Inés de Castro, a la que asesinaron algunos secuaces del rey Alfonso, aprovechando una ausencia de Pedro. Desesperado éste, cuando fue rey de Portugal (1357-1367), tomó espantosa venganza de los asesinos y obligó a los cortesanos a besar la mano del cadáver de Inés de Castro, colocado en el mismo trono y "reinando después de morir", episodio recogido luego en la literatura y en el teatro.

En tiempos de su sucesor, Fernando I, se planteó un problema sucesorio por no tener hijos varones, sino una hija llamada Beatriz, casada con Juan I de Castilla. En

1384, al morir Fernando, los portugueses se negaron a unirse a los castellanos y proclamaron a un bastardo del rey Pedro I, que era maestre de la Orden de Avis, con el nombre de Juan I. Caso singular en la historia: el de combatirse dos monarcas con el mismo nombre y numeración: Juan I de Portugal y otro igual en Castilla. Triunfó el portugués en la decisiva **batalla de Aljubarrota** (1385), quedando al margen político de Castilla y aplazando hasta dos siglos más tarde la unidad peninsular.



Alcobaça: Túmulo de Inês de Castro, la más perfecta escultura medieval portuguesa.

Del mismo modo que, terminada la reconquista, la Confederación catalano-aragonesa tendió a la expansión mediterránea su vínculo natural, también los portugueses hubieron de iniciar la suya por el océano Atlántico y el vecino continente africano. Lisboa se convirtió en etapa preferente del comercio entre orientales y occidentales. Un hijo de Juan I de Avis, llamado Enrique el Navegante, fue el principal estímulo e impulso de las grandes exploraciones y descubrimientos portugueses e instaló en Sagres, junto al cabo de San Vicente, la mejor escuela de náutica y cartografía de toda Europa. Durante los reinados de aquel siglo XV, Don Duarte (1433-1438), Alfonso I el Africano (1438-1481) y Juan II (1481-1495), no sólo se exploró el Atlántico, sino que se inició el largo periplo africano en todas sus costas occidentales hasta el golfo de Guinea y el extremo sur, preparando así el camino a descubrimientos más sensacionales todavía, a mayor gloria de los portugueses.

El reino granadino

Si la reconquista hubiera proseguido el impulso de Fernando III y Jaime I, solo con su fuerza de inercia hubiera arrojado a los musulmanes de Sierra Nevada, rematando una obra que llevaba ya cinco siglos de existencia. Pero el reino de Granada perduraría otros dos siglos y medio, a causa de las disensiones y guerras mutuas entre los cristianos peninsulares, su indiferencia ante el enemigo musulmán, cuya peligrosidad estaba neutralizada, y el apoyo que los monarcas granadinos hallaban en sus correligionarios de África.

Pocos soberanos granadinos se han hecho famosos en la historia, a no ser el primero de ellos, Mohamed Ben-Alhamar (1231-1272), que inició la dinastía de los Banu-Nasr, llamada de los "Nazaríes" por los historiadores cristianos. El reino comprendía las actuales provincias de Granada, Málaga y Almería y pequeñas fajas territoriales de Cádiz, Córdoba y Jaén, sometidas a continuas algaras, correrías y golpes de mano por una y por otra parte, como un auténtico y permanente romance fronterizo en acción.

Los monumentos más notables legados por esta dinastía son la Alhambra (la "Roja") y el Generalife. Las construcciones de la Alhambra —un Versalles de la cultura árabe-española— constituían a la vez palacio y fortaleza, residencia regia y centro de intrigas políticas. En particular, fue obra de Ismail I (1313-1324), Yusuf I (1332-1354) y Mohamed V (1354-1390), aunque el capricho o la necesidad movieron luego a modificaciones o ampliaciones; obra de Yusuf fue el palacio de Comares, a la vez serrallo y residencia oficial, con un magnífico y deslumbrante salón de embajadores. El conocido y famoso patio de los leones pertenece al palacio de este mismo nombre, vivienda familiar y privada de los monarcas nazaríes; con la sala de los reyes, el mirador de Lindaraja o Daraxa, las salas de las Hermanas y de los Abencerrajes, etcétera, y además el Mexuar o salón dorado, lugar de audiencia. Los almocábares o estalactitas de yeso, ornamentación profusa, arcos y capiteles, sus mármoles calados en encajes maravillosos, el derroche de decorado, los azulejos multicolores, la geometría barroca y los evocadores jardines constituyen un conjunto fascinante e inolvidable.

Las luchas internas entre los bandos de los zegríes y abencerrajes, las conspiraciones e intrigas por la conquista del poder en este reino, siempre en situación precaria e inestable, llenan su historia hasta el reinado de Boabdil, último rey de Granada, que se vio obligado a entregar su ciudad a los Reyes Católicos.

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

RIVALES EN LITIGIO

Eduardo III de Inglaterra y la unificación nacional

En la noche del 21 de septiembre de 1327, los habitantes del pueblecito de Berkeley, en el suroeste de Inglaterra, a unos diez kilómetros al poniente de Bristol, se despertaron sobresaltados por unos gritos de terror procedentes del castillo cercano. Pronto sospecharon lo que sucedía arriba, cuando se les anunció, al día siguiente, que el rey destronado Eduardo II había fallecido de muerte natural. Eduardo había sido brutalmente asesinado, por instigación de su esposa, Isabel, y de Mortimer, amante de ésta. Circuló el rumor que los asesinos llegaron a torturarlo con hierros calentados al rojo.

Cuando este drama se desarrollaba en el castillo de Berkeley, el hijo de la víctima ya había sido coronado solemnemente como rey de Inglaterra, con el nombre de Eduardo III.

En el momento de ocupar el trono, Eduardo III apenas había cumplido catorce años. El gobierno fue manejado por Isabel y Mortimer. Sin el menor escrúpulo, la desalmada pareja utilizó los recursos del Estado para sus fines personales.

La política de paz que se aprestaron a seguir ambos personajes fue más apreciada por la posteridad que por sus contemporáneos. Hicieron cuanto estuvo de su parte para establecer buenas relaciones con Francia, patria de Isabel. Con Escocia firmaron, en 1328, un tratado de paz, en virtud del cual el rey de Inglaterra renunciaba a sus derechos soberanos sobre ese país. El pueblo inglés estigmatizó este importante acontecimiento, calificándolo de "paz sin honor"; indignado, además, por el descaro con que Mortimer ostentaba sus relaciones con la reina, depositó toda su esperanza en el joven monarca. Tres años después del asesinato de su padre, Eduardo III pudo al fin vengarse de Mortimer. Sus partidarios penetraron por una galería subterránea en el castillo de Nottingham, residencia de Mortimer y de la familia real, donde fueron recibidos y guiados por Eduardo. Después de breve lucha, se apoderaron del favorito. La reina acudió a toda prisa y suplicó en vano a su hijo que perdonara a su amante. Mortimer fue conducido a la Torre de Londres, el Parlamento lo condenó a muerte y fue ejecutado en noviembre de aquel mismo año. Isabel quedó confinada en un castillo de Norfolk. Así comenzó a reinar Eduardo III, que la historia considera como el monarca más brillante de la Inglaterra medieval.



Eduardo III de Inglaterra

Dos hechos importantes singularizan su reinado: la **Guerra de los Cien Años**, que él inició, y la fundación de la nobilísima **Orden de la Jarretera**, cuya divisa es: "Honni soit qui mal y pense!"¹⁰ Ambos acontecimientos son característicos de su ambición, de su necesidad de acción y de su complacencia por los gestos teatrales. Eduardo III quería ser ante todo un perfecto caballero, el campeón de los torneos y el favorito de las damas. El ansia de vivir lo devoraba. Las crónicas de la época cantan apasionadas alabanzas de su rey; no regatean los elogios a su fuerza, a su valentía y a su radiante personalidad. El único héroe comparable con él, según sus contemporáneos, era el legendario rey Arturo. Tal era la opinión que Eduardo III tenía de sí mismo. Y así también pensaba el pueblo de él, al menos en la época de su juventud, cuando sus numerosas debilidades no se habían puesto aún en evidencia. En Eduardo III los ingleses veían al soberano que los vengaría de las humillaciones inflírgirlas por Escocia

¹⁰ La tradición cuenta que esta orden caballerescas ("Order of the garter"), la más famosa y notable de Inglaterra, fue establecida en 1348 por el monarca durante una fiesta palatina. Asistía a ella la condesa de Salisbury, y sucedió que al caerle de la pierna una liga, el rey Eduardo III se apresuró a recogerla y entregársela. Ante las risas maliciosas de sus cortesanos, el monarca se volvió indignado y exclamó: "Honni soit qui mal y pense!" (¡Maldito sea quien piense mal de ello!) Con tal motivo fundó una nueva orden, llamada de la Jarretera, a fin que aquellos mismos que se habían burlado, se sintiesen muy honrados en ingresar en ella. El gran maestre nato de dicha orden es el propio monarca británico; sus componentes son el príncipe de Gales y los príncipes de sangre real, hasta veinticinco miembros. Su insignia, una liga de terciopelo azul con franja de oro y la frase citada, se lleva ceñida bajo la rodilla izquierda. Además, en el lado izquierdo del pecho, ha de pender una estrella de ocho puntas, rodeada de una liga análoga, y con la cruz de San Jorge en el centro.

y Francia. Eduardo III fue un conductor de su pueblo e inflamó y encauzó el fanatismo patriótico, muy notorio en Inglaterra desde mediados del siglo XIV.

Eduardo III era de temperamento más inclinado hacia las acciones irreflexivas que a la ejecución de planes largamente madurados. Se mostró siempre hábil táctico, tanto en el campo de batalla como en los tratados políticos. Las consecuencias de su inagotable dinamismo, el formidable proceso histórico que inició, lo forzaron a ir mucho más lejos de lo previsto. De buen o mal grado, se vio obligado a movilizar a la nación entera, lo mismo militarmente que en los terrenos político y económico, y adaptar su acción no sólo a sus intereses personales, sino también a los del reino y del pueblo inglés.

La aventura escocesa de Eduardo III

Después de acabar con el régimen de Mortimer y sintiéndose al fin seguro en el trono, el joven Eduardo III buscó un campo propicio de acción. Como era de esperar, dirigió primero sus tiros contra Escocia, pues el pueblo sentía aún vivamente el oprobio de la "paz sin honor". Y así, en 1332 comenzó para este país un prolongado período de lucha, durante el cual hubo de defender con tesón su independencia. Eduardo III se apuntó algunas victorias, decisivas en apariencia, debidas sobre todo a la intervención de sus arqueros. Pero los escoceses nunca se han dado fácilmente por vencidos. Robert Bruce, héroe de la independencia escocesa, había enseñado a su pueblo la técnica de la guerrilla. Los escoceses podían ser derrotados con facilidad en el campo de batalla, pero muy distinto era someterlos definitivamente. Después de cada derrota se retiraban a la región de las altas montañas y esperaban el momento favorable para reaparecer y atacar por retaguardia a los odiados invasores. Lo que Eduardo I no había podido llevar a buen fin, su nieto tampoco lo conseguiría. Después de varios años de espantosas devastaciones y pillajes, Eduardo III hubo de reconocer que la prosecución de la guerra en el norte le proporcionaría pocos resultados tangibles. Y así, centró su atención sobre Francia, que manifestaba, en perjuicio gravísimo para Inglaterra, demasiado interés por Escocia, sosteniéndola en su lucha por la independencia. En 1338, Eduardo III decidió retirar sus tropas de Escocia.

Los Valois en el trono de Francia

Un año después de ceñir Eduardo III la corona de Inglaterra, Felipe VI fue proclamado rey de Francia, pasando así el cetro a una rama colateral de la antigua dinastía. Felipe el Hermoso había tenido como sucesores a sus tres hijos: con ellos se extinguió, en 1328, la rama masculina de la célebre dinastía de los Capetos. En este momento se planteó la cuestión de quién sería el presunto heredero de esta casa.

El derecho constitucional francés no indicaba explícitamente si la sucesión por la rama femenina era admisible. En caso afirmativo, Eduardo III de Inglaterra podía ser considerado como heredero directo del trono de Francia, como nieto que era de Felipe el Hermoso. Si los grandes señores de Francia se negaban a ello, cosa que ya había sucedido dos veces, el heredero legítimo era Felipe de Valois, sobrino de Felipe el Hermoso. En la asamblea que tuvo efecto después de la muerte del último heredero directo de los Capetos, Eduardo III hizo valer sus derechos a la corona. Este acto oficial contribuyó, y no poco, según parece, a decidir por tercera vez a los nobles franceses a rehusar el cetro de los descendientes de los reyes por línea femenina. Gracias a ello, la casa de Valois subió al trono de Francia en la persona de Felipe VI.

Felipe era, evidentemente, inferior a su adversario Eduardo III. Se le describe como hombre irresoluto, con malsana tendencia a dejarse influir por los demás. Estaba dominado, sobre todo, por su esposa, "la enfermiza, pero viril, reina Juana de Borgoña, que se comportaba como verdadero rey", en opinión de un cronista de la época. El nuevo soberano tenía un concepto muy poco realista de sus deberes de monarca. Reverenciaba con convicción el ideal caballeresco de la Edad Media, y sus aspiraciones románticas se orientaban hacia Italia y Tierra Santa. En 1332 se hizo cruzado. Soñaba con mandar en persona un ejército de cruzados, y esperaba inducir a su vasallo Eduardo III a seguirle a Palestina.

La mayor parte de los acontecimientos que siguieron y condujeron finalmente a una franca ruptura entre ambos reyes, debe atribuirse al problema de las posesiones inglesas en el sur de Francia, la Guyena y la Gascuña, vestigios del antiguo y prestigioso patrimonio Plantagenet. Los franceses se interesaban cada vez con más insistencia por estas regiones, cuya anexión redondearía a maravilla el territorio nacional.

En Inglaterra estaban poco dispuestos a ceder tan importantes dominios. Eduardo III, igual que su predecesor Eduardo I, sentía predilección por estas comarcas soleadas; ambos soberanos se habían preocupado mucho por aumentar su prosperidad. Pero los franceses hicieron patente allí su presencia: se apoderaron de amplias parcelas de estas provincias y, como protestara Inglaterra, prometieron devolverlas. Impusieron igualmente su voluntad en la esfera administrativa, elevando los impuestos del comercio de vinos, medida humillante para los comerciantes de Londres, que pensaban mantener su monopolio en este género de negocios.

El litigio anglo-francés

Las cuestiones escocesa y flamenca contribuyeron por igual a aumentar la tensión entre Francia e Inglaterra. Eduardo III no disimulaba su cólera al ver que el rey de Francia testimoniaba su simpatía a los escoceses, hasta el punto de ayudarles sin rebozo en su lucha contra los ingleses. La cuestión flamenca se manifestaba aún más grave en sus complicaciones. Flandes era, en aquella época, un condado bajo el dominio del rey de Francia, mientras que el llamado Flandes Imperial pertenecía al imperio germánico. Las grandes ciudades del condado gozaban en aquellos momentos de situación privilegiada. Gante, Brujas e Ypres habían logrado considerables libertades y los burgueses de tales ciudades mantenían celosamente sus derechos. El conflicto que enfrentaba a Inglaterra con Francia los colocó en una situación difícil y espinosa. Flandes trabajaba en gran escala las lanas importadas de Inglaterra, que, siendo la principal productora de lanas en la Europa de aquella época, no poseía una industria textil digna de mención. Para colocar sus lanas, los ingleses no podían, en consecuencia, prescindir de los telares flamencos.

Eduardo III comenzó a inquietarse. Necesitaba a cualquier precio instigar a las ciudades flamencas a rebelarse contra la política pro francesa de su conde y tomar partido a favor de los ingleses. En 1336, para lograr sus fines, Eduardo III prohibió la exportación de lanas inglesas a Flandes. Hizo cuanto pudo para incitar a los tejedores de esta región y de otros países a establecerse en Inglaterra, a fin de crear allí una industria textil nacional. La tensión entre franceses e ingleses se agudizaba aún más por estos hechos.

La ayuda prestada por los franceses a los rebeldes de Escocia y las intromisiones del rey de Francia en Guyena habían irritado tanto al rey de Inglaterra, que pensó en declarar la guerra a Felipe VI. Éste, lejos de desear contender contra Inglaterra, soñaba

únicamente con emprender una cruzada, pero no encontraba eco propicio ante Eduardo III ni siquiera ante el propio Papa, el enérgico Benedicto XII, que juzgaba irrealizable una cruzada en tales momentos. No carecía de motivos en su actitud. Le parecía mucho más importante evitar el conflicto que amenazaba estallar entre ambos reinos. Diplomático nato, el papa Benedicto tenía especial deseo en resolver esta cuestión, porque se hallaba empeñado en una lucha encarnizada con el emperador alemán Luis de Baviera. Un conflicto entre Inglaterra y Francia no haría más que debilitar su propia posición, privándole del apoyo del rey de Francia.

SE PREPARA LA GUERRA

Los preparativos ingleses

Entretanto, Eduardo III llevaba a cabo con energía y actividad sus preparativos de guerra. No contento con su ejército de caballeros, reclutaba a todos los hombres libres de su reino, entre los que escogió "los más vigorosos y diestros en el manejo del arco y de la lanza". Su intención era crear una infantería que protegiera a la caballería y formara el núcleo del ejército.

El arquero inglés iba a hacer su aparición en la historia universal, logrando pronta reputación en toda Europa por su efectividad. La nueva arma, el "arco largo", cuya cuerda era preciso tensar "hasta la oreja", era, en realidad, originaria del País de Gales. Los ingleses hicieron de ella su arma característica; su extraordinaria eficacia en las guerras contra Escocia había admirado a todo el mundo. El entrenamiento de los arqueros se llevaba a efecto con el mayor esmero; el rey les había prohibido practicar deportes propios del tiempo de paz, tales como el frontón, el balompié y el hockey. La juventud debía consagrarse al deporte del arco, cuya maestría exigía cualidades juveniles. En todas las ciudades y pueblos de Inglaterra, el tiro al arco llegó a ser el deporte favorito y más generalizado, merced al cual los arqueros ingleses realizarían verdaderas maravillas en los campos de batalla durante la Edad Media; atravesando con sus flechas incluso las armaduras de los caballeros y provocando una revolución en los métodos de combate. Canciones habían de llegar a componerse en alabanza de los arqueros, cuyos actos de heroísmo quedarían grabados por largo tiempo en la memoria de todos.

Según el cronista Froissart, los ingleses no pedían otra cosa a su rey sino hacer la guerra a países vecinos más grandes y ricos que el suyo. Pues, siempre según Froissart, "las batallas y los asesinatos son su modo de vivir, y son particularmente envidiosos de la prosperidad de los demás pueblos".

El cronista Froissart nació en 1337, en Valenciennes, y murió a principios del siglo XV. Pasó gran parte de su vida viajando por Inglaterra, Escocia, Francia, Flandes e Italia, con intención de reunir materiales de primera mano para sus crónicas sobre las grandes guerras entre Inglaterra y Francia; en su pintoresca crónica de 1339, año en que fue destronado Ricardo II de Inglaterra, demostró talento de narrador excepcional para su época. Su libro constituye un monumento a las glorias del sistema feudal y del ideal caballeresco, ya entonces próximo a su ocaso. Sus entretenidísimas crónicas manifiestan muy poca comprensión hacia los sentimientos que agitaban entonces a quienes ninguna gloria cosechaban de las esclarecidas proezas de los nobles, y sí, en cambio, las devastaciones, conscripciones y mayores exacciones consiguientes.

Eduardo III, en Alemania

Puede admitirse que Froissart exageraba a placer las tendencias sanguinarias del pueblo inglés. De todos modos, lo cierto era que Eduardo III aparecía como el hombre oportuno para encauzar el temperamento belicoso de su pueblo, y tanto en el campo diplomático como en el terreno militar se preparaba activamente para mantener una guerra. El dinero inglés le permitía atraerse aliados; al decir de un contemporáneo, lo repartía con tanta generosidad, que parecía un caudal inagotable. Se aseguró de esta forma el apoyo de cierto número de príncipes y de ciudades en Holanda y en el oeste de Alemania. Después de lo cual entabló negociaciones con el emperador Luis de Baviera, que nada deseaba tanto como tener aliados en su lucha contra el Papa, y le ofreció de buen grado su apoyo contra el rey de Francia. Benedicto XII era considerado, con razón o sin ella, como un aliado de Felipe VI. En 1337, Eduardo y Luis concertaron un acuerdo por el cual el emperador ponía dos mil hombres a disposición del rey de Inglaterra, mediante el pago de trescientos mil florines.

Al año siguiente se ratificó este acuerdo durante un viaje de Eduardo por Holanda y Alemania occidental. El rey remontó entonces el Rin, visitó Colonia, donde hizo un donativo a la catedral, entonces en construcción, y se entrevistó con el emperador en Coblenza. Las fiestas que se celebraron con tal motivo revistieron magnificencia extraordinaria; su momento culminante fue el encuentro solemne de ambos soberanos en la plaza del mercado. Vestido con ropajes suntuosos y tocado con la doble corona, el emperador tomó asiento en un trono elevado a cuatro metros de altura. En un peldaño inferior se hallaba el rey de Inglaterra, y seguían los príncipes electores, sentados a sus pies. En torno a ellos se agrupaban duques y condes, arzobispos y obispos, barones y caballeros. El emperador tomó la palabra para declarar a Eduardo III heredero legítimo de la corona de Francia, y lo nombró virrey de todas las provincias imperiales enclavadas al oeste del Rin. Una vez que los nobles alemanes que tenían en feudo estas provincias pasaron bajo soberanía del inglés, prestaron juramento de fidelidad, prometiendo ayudarlo en su lucha contra Felipe de Valois. Eduardo III parecía satisfecho. No había prodigado en vano sus trescientos mil florines.

La burguesía en Flandes

Antes de la entrevista de Coblenza, Eduardo había ya cosechado otro éxito diplomático. El bloqueo inglés de las lanas no había dejado de producir efectos. Los telares flamencos se hallaban inactivos. Los comerciantes e industriales de las ciudades estaban dispuestos a ponerse de parte del rey de Inglaterra. Hallaron su jefe en la persona de Jacobo van Artevelde, hombre que simboliza, a nuestro parecer, la encarnación de su clase social. Era un patricio enriquecido por el comercio, el corretaje y, sin duda, también la hostelería, y fue uno de los primeros representantes del nuevo espíritu que, en la Europa de finales de la Edad Media, indujeron a la burguesía a desempeñar un papel político más importante, a adquirir mayor grado de prosperidad y a participar más activamente en el progreso de la cultura humana. Antes que muchos otros, Van Artevelde se percató de la conveniencia de aprovechar las coyunturas tanto nacionales como internacionales.

Su papel en la historia universal comenzó hacia 1337-1338, fecha en que se dedicó a la tarea de restaurar la vida económica de Flandes. De un modo a la vez enérgico y prudente, organizó la resistencia contra la política francófila del conde Luis de Nevers, que amenazaba con precipitar al país en la miseria. La rebelión estalló en diciembre de 1337. Tres días después de Navidad, unos centenares de ciudadanos de Gante, convocados por los regidores, se congregaron en asamblea en la gran explanada que se extendía delante de la abadía cisterciense de la Byloke. Jacobo van Artevelde

arengó a la multitud. Les habló de la urgencia de un entendimiento cordial con Inglaterra, sin el cual Flandes estaba condenado a perecer de inanición. El 3 de enero siguiente, Gante eligió una junta dominada por la enérgica personalidad de Jacobo van Artevelde.

El primer acto político de éste fue entablar negociaciones con los aliados continentales del rey de Inglaterra: el duque de Brabante, el conde de Hainaut y el conde de Güeldre. Estas conversaciones se vieron coronadas pronto por el éxito, ya que Eduardo III decidió levantar el embargo sobre las exportaciones, de manera que, a partir de marzo, los primeros sacos de lana inglesa irían llegando a Gante. Jacobo van Artevelde se dedicó entonces a aplicar su programa. Ante todo, obtuvo de los reyes de Inglaterra y Francia el reconocimiento de la neutralidad de Flandes. Después procuró un entendimiento más estrecho entre los tres territorios de Flandes (Gante, Yprés y Brujas) y, por último, buscó la unión económica y militar de los diferentes principados que integraban los Países Bajos.

Mientras tanto, habían comenzado ya las hostilidades entre Francia e Inglaterra. En otoño de 1337, Eduardo III dirigió a su pueblo un manifiesto contra aquel Felipe de Valois que, "a pesar de todos los esfuerzos del rey Eduardo por atraerlo a un compromiso y a una reconciliación, había provocado la guerra por su obstinación y sus perversos designios". En realidad, se trataba de una contienda dinástica y nacional, y, además, de una "guerra imperialista".

La situación en Francia

El rey Eduardo III había jurado conquistar la corona de Francia, aunque los ingleses tuvieran que luchar uno contra seis para conseguirlo. Pronto pareció que su deseo tenía harta probabilidad de realizarse. Se ha calculado que, al comenzar la Guerra de los Cien Años, Francia contaba con un número de habitantes ocho veces mayor que Inglaterra. Para formarse idea de la situación exacta en que se hallaban entonces ambos países, respecto uno de otro, es preciso recordar que entonces no tenían estas potencias la misma grandeza que llegaron a alcanzar con posterioridad. Comparada a la Inglaterra de Eduardo III, Francia era un país de antigua y refinada civilización, pero a la vez lleno de vitalidad, a todas luces el primer Estado del continente europeo. El rey había renunciado a sus sueños de cruzada para consagrarse a las tareas que le exigía una guerra en la propia frontera de su reino. Al igual que Eduardo III, dirigió a su pueblo una proclama en la que después de indicar las causas de la contienda y declarar desprovistas de fundamento las pretensiones del inglés, prometía expresamente, "por el amor del bueno y fiel pueblo de nuestro reino", combatir hasta el último extremo.

Lo mismo que en Inglaterra, la nobleza se alineó sin vacilar junto a su rey, más por lealtad feudovasállica que por sentimientos patrióticos. El pueblo común, en cambio, se mostraba harto menos interesado que el inglés en la cosa pública, y carecía todavía de una clara conciencia nacional; justamente en el curso de esta guerra centenaria se transformaría de pueblo en nación, al despertar en su seno un odio acérrimo a los ingleses y un firme propósito de rechazar a los invasores a su brumoso reino insular.

Felipe estaba muy lejos de sospechar lo que ocurriría. Suponía que no harían falta esfuerzos extraordinarios para aplastar a aquellos temerarios que llevaban su audacia al extremo de quererse apoderar de la corona de Francia. El rey Felipe confiaba para ello en sus caballeros.

Pero el porvenir pondría al descubierto los tremendos fallos, disimulados bajo una brillante apariencia, existentes en el reino de Francia. Este país, sumido en pleno

feudalismo, estaba dividido en innumerables señoríos, celosos unos de otros. Carecía en absoluto de un ejército nacional. Los grandes señores, además, se hubieran opuesto a ello. La integración en el ejército les estaba reservada como derecho; las otras clases sociales no eran dignas de tal honor, pues, según la doctrina social del feudalismo en tiempo de los primeros Valois, incumbía al caballero defender su honor en el campo de batalla, al clérigo consignar los hechos valerosos del caballero y al pobre villano admirarlos a ambos.

El rey debiera haber acabado definitivamente con estos prejuicios desusados, adaptando la organización militar de su reino a las exigencias de los nuevos tiempos. Pero Felipe VI, lo mismo que sus caballeros, estimaban que la gente del pueblo no tenía por qué intervenir en los campos de batalla, sobre todo porque no comprendían en absoluto el noble arte de la guerra. Con estas convicciones tan anticuadas, Felipe y sus caballeros entraron en campaña.

LOS DIEZ, PRIMEROS AÑOS: 1337-1347

La batalla naval de La Esclusa

En sus comienzos, la guerra careció de combatividad; el año 1338 transcurrió sin acontecimientos de importancia. En el siguiente se produjo un primer encuentro. Como el rey Eduardo recorriera Francia con sus arqueros y caballeros, se encontró en la Picardía con Felipe y el ejército francés. Eduardo envió en el acto un heraldo, con el fin de desafiar al rey de Francia para el día siguiente.

Al amanecer, ambos reyes dispusieron sus tropas para la batalla, pero no llegaron a las manos: los franceses se mostraban remisos y todo se les iba en amenazas. Finalmente, los dos ejércitos se retiraron, dejando el desenlace para más adelante. Sin embargo, en 1340 tuvo lugar un combate naval en la costa flamenca, al norte de Brujas, cerca de La Esclusa (Sluis).

El rey Eduardo había proclamado en cierta ocasión que el dominio de los mares era una herencia que le venía de sus antepasados. A principios del verano de 1340 creyó llegado el momento oportuno de demostrar tal afirmación, reuniendo una flota de casi doscientos navíos. El 23 de junio la flota francesa apareció frente a La Esclusa. Según afirmación de Froissart, un bosque de mástiles se dibujaba en el horizonte. Los franceses habían reunido muchos más navíos que los que poseían sus adversarios. Además, estaban seguros de la victoria. Cuando el almirante inglés hizo virar sus barcos de costado para situarse del modo más ventajoso con respecto al sol y al viento, los franceses exclamaron: "¡Mirad los cobardes: ahí están los hombres contra quienes no podemos combatir!" Pero ante su estupor, los ingleses dirigieron de improviso la proa contra ellos. Los arqueros ingleses arrojaron sobre los navíos franceses un diluvio de flechas; luego, siguió un espantoso cuerpo a cuerpo. Mientras los marinos maniobraban con los navíos, los caballeros manejaban la espada; la batalla duró más de nueve horas. En este memorable encuentro, los franceses perdieron veinticinco mil hombres, entre muertos y ahogados, mientras que las pérdidas inglesas se redujeron a cuatro mil hombres. A favor de la oscuridad, el almirante francés pudo retirarse todavía con unos treinta navíos.

La batalla de La Esclusa fue muy celebrada por los vencedores. Los ingleses conmemoraron esta jornada como su primera gran victoria naval, una especie de "Trafalgar de la Edad Media". En medio de la embriaguez de su triunfo, el rey Eduardo dirigió una carta a "Felipe de Valois", desafiándolo a singular combate, para evitar mayor efusión de sangre cristiana. Felipe, lleno de dignidad, escribió al monarca inglés

que el rey de Francia no se dignaba responder a una carta de la que no se consideraba destinatario, pero que habiéndose enterado que un vasallo rebelde se había atrevido a invadir su reino, procuraría expulsarlo por todos los medios.

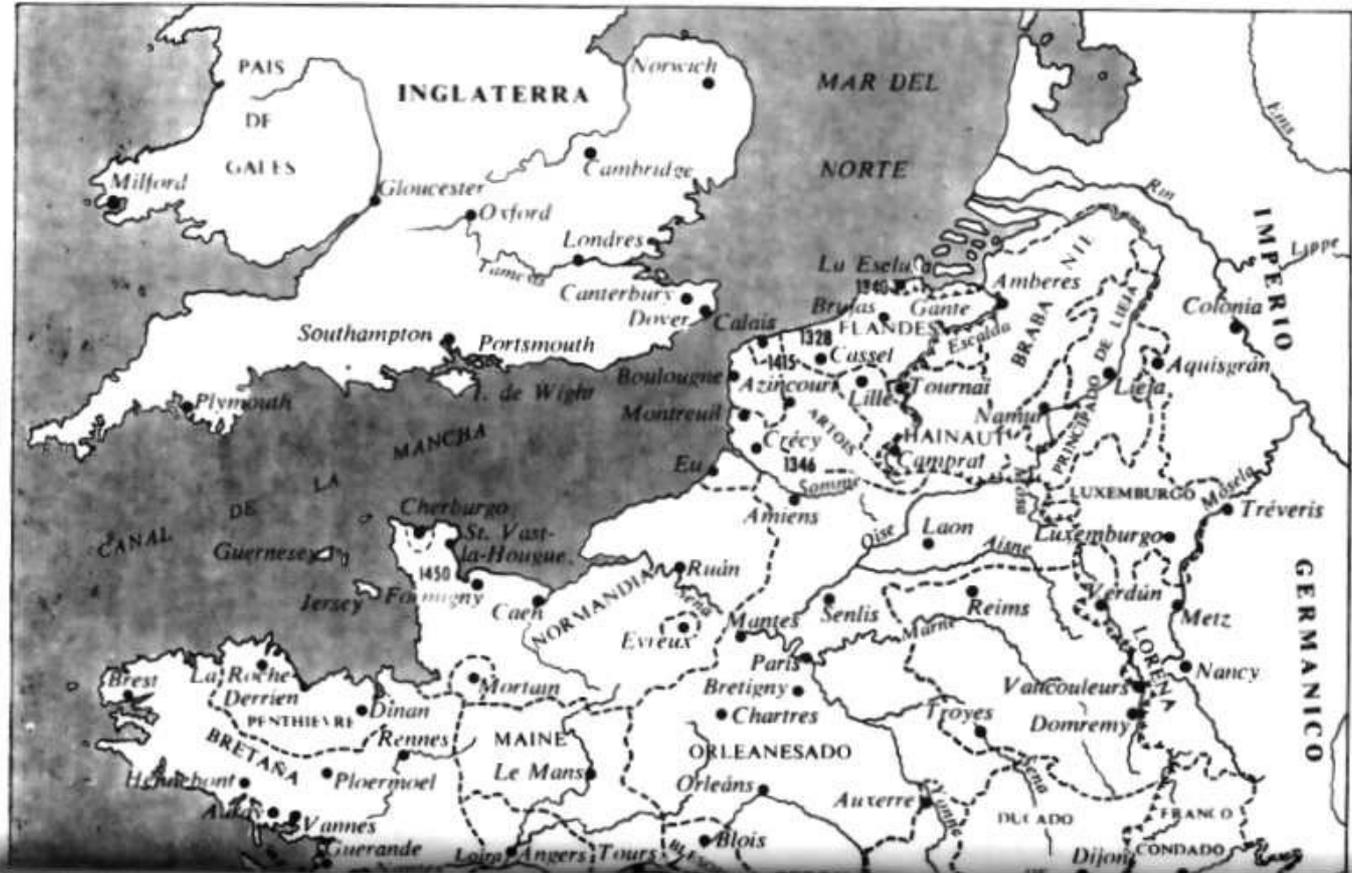


Batalla naval de La Esclusa (Sluys). Crónica de Jean Froissart.

El dinero, nervio de la guerra

El rey Felipe pronto aprendió bien, a su costa, que no era tan fácil echar al insolente vasallo de su reino. Siguió luego varios años de operaciones militares, prolongadas y nada espectaculares, alternando con períodos de armisticio, en los que los ingleses asolaban y devastaban los territorios del modo más brutal; aunque estuvieran acosados por el frío y el hambre, entablaron combate en todos los lugares donde la ocasión se presentaba. Tal forma de hacer la guerra ofrecía pocos rasgos comunes con el elevado ideal de la caballería; sólo causaba innegables sufrimientos a la población francesa y arruinaba al pueblo inglés. Ninguno de los bandos litigantes obtenía la menor ventaja. De todas las regiones septentrionales de Francia se elevaba la humareda de ciudades y pueblos incendiados; el odio no cesaba de incrementarse por ambas partes.

El rey Felipe se impacientaba y no comprendía que tales reveses fueran posibles. Eduardo no se sentía mucho más satisfecho. Comprobaba con pesar que era tan difícil costear sus guerras como obtener la victoria decisiva, tan ardientemente deseada. El soberano inglés se halló por fin falto de dinero y obligó al Parlamento a votarle importantes créditos, apoderándose del diezmo que correspondía por derecho al clero y tomando en préstamo otros fondos. Los banqueros italianos le adelantaron enormes cantidades. Quizás habían encontrado ventajosas las transacciones llevadas a cabo con los dos primeros Eduardos. En cuanto a Eduardo III, aceptó de buen grado sus propuestas: con dinero italiano compraba aliados.



GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS



Pero llegó el día en que hubo de pagar sus deudas. Debía a la importante banca Bardi de Florencia novecientos mil florines de oro (trescientas mil libras). Otra casa de Florencia le habla prestado seiscientos mil florines, y así sucesivamente. La situación, ya alarmante, terminó siendo catastrófica. En 1345, la casa Bardi fue a la bancarrota, "acontecimiento que arrastró a toda Florencia al luto y a la miseria". Después de Bardi, Peruzzi y otros banqueros fueron víctimas de la especulación político-económica de la monarquía inglesa. Desde 1340, la situación económica había llegado a ser extremadamente crítica para Eduardo. Hallándose en Gante tras la victoria de La Esclusa, sus acreedores vinieron a cobrarle. El asunto le pareció tan espinoso, que se apresuró a reembarcar en secreto en uno de sus navíos, para regresar a Inglaterra a toda vela.

En tal estado de penuria, se vio precisado a poner su corona en prenda de garantía y dejó de efectuar la entrega de la dote que prometiera a su hija. Los contribuyentes se mostraron implacables; cuando trató de elevar de nuevo los impuestos, el Parlamento comenzó a hacerle reconvencciones. Gastado el dinero, la fidelidad de los aliados reveló ser un falso señuelo. El emperador Luis olvidó las grandes fiestas de Coblenza y se inclinó a favor del rey de Francia. Y, lo que fue más grave, el apoyo a los ingleses comenzó a vacilar en las ciudades flamencas. Van Artevelde cayó víctima del movimiento democrático. En 1345, sus enemigos lo acusaron de haber dilapidado los fondos públicos; el populacho furioso se congregó en Gante, ante su casa. Van Artevelde intentó primero parlamentar pero, convencido de su inutilidad, huyó por una salida secreta. Descubierto, fue asesinado en el acto. Los ingleses perdieron de este modo toda esperanza de ayuda por parte de las ciudades flamencas.

Sin embargo, Eduardo no renunció por ello a sus proyectos. Redobló sus esfuerzos y tuvo la satisfacción de ver que el Parlamento votaba los impuestos solicitados; así, la campaña en tierra francesa pudo reanudarse en el mismo 1345. El rey estaba firmemente resuelto esta vez a obligar a su inaprensible adversario a medirse con él.

Batalla de Crécy

En una hermosa mañana de agosto de 1346, el ejército inglés se hallaba dispuesto para la batalla en una colina de los alrededores del pueblo de Crécy, en el norte de Francia. El ejército francés no apareció hasta pasado el mediodía. Chocaron al fin ambos adversarios. Este fue —escribe Froissart en tono triste— un encuentro más sangriento que caballeresco. La táctica de los ingleses consistió en asegurarse una estrecha colaboración entre la caballería y el cuerpo de arqueros. Para alentar a éstos y reforzar la resistencia que debían oponer al asalto de la caballería francesa, los jinetes del ejército inglés echaron pie a tierra y lucharon, cargados de pesadas armaduras, en las filas de los infantes. Este movimiento táctico logró decisiva influencia en el resultado del combate.

En medio de tanta carnicería presenciáronse algunos gestos caballerescos en ambos bandos. Al mando del ala derecha del ejército inglés, el Príncipe de Gales, a la sazón de dieciséis años, recibió en Crécy su bautismo de fuego; se trataba del después famoso "Príncipe Negro", así llamado por el color oscuro de su armadura. Como se arrojara en medio del combate, fue arrancado de su montura y hecho prisionero; libertado por su jefe de mesnadas, Eduardo lo armó caballero en el mismo campo de batalla de Crécy, escenario de una gran victoria inglesa. El rey de Francia se refugió en un castillo vecino, donde pudo entrar gritando: "¡Abrid, abrid: es el infortunado rey de Francia!" Aquel mismo año, Eduardo logró otra resonante victoria. Por instigación de

Felipe, los escoceses habían invadido Inglaterra, pero Eduardo les infligió una derrota aplastante.



Batalla de Crécy. Crónica de Froissart.

Toma de Calais

En la primavera de 1347 Eduardo III acampó ante Calais y bloqueó casi por completo el puerto con empalizadas. A fines de junio, la situación de los habitantes era desesperada. "Sabed—escribían en vano al rey de Francia—que no queda nada para comer, ni perros ni gatos ni caballos ni alimento alguno dentro de la ciudad, si no comemos carne humana... Hemos tomado el acuerdo de salir fuera de la ciudad a combatir si no recibimos socorros en breve, para intentar sobrevivir o para morir. Preferimos morir con honor en el campo que comernos unos a otros."

El 3 de agosto, Calais capituló. Eduardo III sólo les exigió una humillación: la comparecencia de seis jefes de la ciudad, "descalzos y con la cabeza descubierta, vestidos sólo con su ropa interior y con una soga al cuello". Estos notables fueron enviados a una prisión real a Inglaterra, mientras el pueblo entero salía de las murallas y se dispersaba. Eduardo III envió a toda prisa colonos de su país para que poblaran la ciudad y la hicieran totalmente inglesa. Calais permaneció dos siglos más en poder de los ingleses y fue su principal acceso a Francia.

Petrarca nos describe en una carta la situación de Francia después de esta brillante victoria inglesa: "La pasada grandeza de Francia ha quedado humillada por los ingleses

hasta tal punto que, durante un reciente viaje que he realizado, apenas he podido reconocer el país".

Un paréntesis macabro: la peste negra

A mediados del siglo XIV, se suspendieron temporalmente las hostilidades a causa de la espantosa peste bubónica, llamada "peste negra", que se extendió por toda Europa entre los años 1348 y 1351. El mal atacaba de preferencia a las personas jóvenes y fuertes, más que a los ancianos y débiles, cosa que desmoralizaba sobremanera.

Boccaccio describió este flagelo de una manera impresionante en el primer capítulo de su *Decamerón*, cuando explica el motivo que determinó a una serie de damas nobles y señores galantes a reunirse en un apacible castillo de la campiña florentina, para contarse frívolas historietas. La relación que hace Boccaccio de esta plaga es más aterradora aún que el relato de la peste de Atenas por Tucídides. Arrebató a millones de seres humanos y llenó de espanto a los demás.

"Cuando la gente moría en tal cantidad que no había sitio suficiente para sepultarla en tierra consagrada, se cavaban en el exterior de los cementerios grandes y profundas fosas comunes, donde los cadáveres eran arrojados como mercancía en un navío; cuando las fosas estaban llenas hasta el borde, las tapaban con una ligera capa de tierra."



Un médico procediendo a desbridar un bubón de la peste negra. Grabado extraído de un libro de medicina dedicado al tratamiento de la peste bubónica, que se publicó en Nuremberg en el año 1482.

La ciencia moderna se ha preguntado cómo la peste negra pudo extenderse con tanta rapidez. La epidemia no se limitaba, como podría imaginarse, a las ciudades y

grandes aglomeraciones. Arrasó por igual los lugares poco poblados, las localidades más apartadas de las grandes rutas y los conventos solitarios. Algunos consideran a la rata negra que los cruzados habían traído de Oriente en sus navíos en el siglo XII, como la portadora de los bacilos. Un hecho cierto es que la falta de higiene, característica de la Edad Media, fue factor de capital importancia en esta increíble expansión de la epidemia.

La peste parece que hizo mayores estragos entre los sacerdotes y monjes, lo que pudiera explicarse por el hecho de su constante asistencia a los moribundos durante tantas jornadas. Dícese que en Aviñón 66 monjes murieron en un convento antes que la gente supiera que la plaga había penetrado en el lugar. Aviñón sufrió especialmente de la peste, las crónicas del tiempo nos llenan de descripciones pavorosas: los cadáveres eran hacinados en las fosas de la ciudad; el Papa enfermó en su castillo, en torno al cual hizo encender noche y día grandes hogueras para mantener a distancia la epidemia. En un convento de Yorkshire, la peste negra segó cuarenta vidas de los cincuenta monjes que formaban la comunidad. Otro hecho significativo: en 1349 en Inglaterra hubo entre diez y quince veces más testamentos que en tiempos normales.

Procesiones y fanatismo

El pueblo procuró apaciguar la cólera divina con procesiones y penitencias públicas. Ya en la primavera de 1348, se halla mención de tales procesiones organizadas en Aviñón. El mismo Papa las había ordenado. Una muchedumbre incontable de hombres y mujeres participaron en ellas; iban descalzos, con la cabeza cubierta de ceniza, flagelándose sin piedad. Se habían visto ya en otros tiempos calamitosos tales procesiones expiatorias. El ejemplo de Francia fue seguido en Alemania y en otros países. Por todas partes desfilaban penitentes empuñando cirios encendidos o encorvados bajo el peso de la cruz y avanzando, con la cabeza inclinada, cantando endechas y "lamentaciones sobre los sufrimientos y muerte del Crucificado. Las campanas de las iglesias y conventos tañían sin cesar.

Un cronista inglés ha dejado la descripción siguiente de un cortejo de flagelantes:

"El día de San Miguel del año de Nuestro Señor 1349 llegaron a Londres más de 120 personas, venidas en su mayoría de Zelanda y de Holanda, a través del país de Flandes. En Londres se presentaban dos veces diarias ante la muchedumbre en la catedral de San Pablo o en los alrededores, vestidos desde la cintura a los talones con una falda de lienzo. Llevaban desnudo el resto del cuerpo, a excepción de la cabeza, cubierta con un gorro pintado de cruces rojas. Todos ellos empuñaban una disciplina en la mano derecha; a medida que avanzaban, flagelaban su cuerpo ensangrentado a cada paso, mientras cuatro de ellos cantaban las letanías en su idioma y otros cuatro les contestaban. A cada tres pasos se arrojaban al suelo y extendían los brazos para formar con ellos una cruz. Al hacer esto, no cesaban un instante de cantar. Luego, el último se levantaba y daba al que le precedía un golpe con su disciplina; éste hacía lo mismo con el de delante y así sucesivamente hasta que todos ellos habían sido golpeados. Se vestían después con sus trajes habituales y volvían con la cabeza inclinada y la disciplina en la mano al lugar de donde habían partido."

Tan curioso movimiento religioso no tardó en degenerar. Los cortejos de penitentes y disciplinantes atrajeron pronto la hez de la sociedad y se transformaron en expediciones de rapiña. Como la reunión de individuos de ambos sexos medio desnudos no carecía de peligros para las buenas costumbres, a partir del otoño de 1349, el Papa prohibió este género de procesiones.

Se han realizado diversos cálculos para evaluar el número de víctimas de la peste en Europa. Según las hipótesis más prudentes, hizo desaparecer un tercio de la población del continente durante el transcurso de los años de epidemia propiamente dicha. Podría afirmarse con mucha verosimilitud que hasta 1348 la población europea no había cesado de aumentar con regularidad, pero cabe pensar que a partir de 1350 y durante todo un siglo se produjo un verdadero estancamiento a tal respecto. La epidemia castigó a veces del modo más caprichoso: regiones enteras permanecieron del todo indemnes y, en determinadas comarcas; el azote respetó a veces ciertas casas, pueblos o ciudades. La epidemia se prolongó durante tanto tiempo que pudo rebrotar y recomenzar, de una manera reiterada, en lugares que ya había devastado.



Entierro de las víctimas de la peste negra. Siglo XIV. Anales. Biblioteca real, Bruselas.

Los judíos en la Edad Media

Cuando el ángel de la muerte hubo pasado, la gente ignorante buscó algún responsable sobre quien recayeran todas las culpas y miserias que ocasionara. Se supuso que manos criminales habían recurrido a maleficios o envenenado las fuentes. ¿No estaría el mismo aire cargado de gérmenes nocivos? ¿Y sobre quién irían dirigidas tales sospechas sino contra el pueblo deicida que condenara a Jesús a la crucifixión? Los judíos se habían asentado en Europa, sobre todo a partir de la conquista de España por los visigodos y por los árabes. Acompañando como mercaderes a los ejércitos sarracenos, acabaron por adquirir una gran influencia en la península Ibérica. Durante los siglos IX y X floreció en España una brillante civilización hebrea, sobre todo en el campo de la medicina, de la filosofía y de la astrología, la aportación cultural de los judíos fue considerable. Ello les facilitó alcanzar empleos elevados y les permitió ejercer libremente sus negocios.

Cierto número de judíos había emigrado hacia el norte desde mediados del siglo VIII hasta mediados del IX, tendiendo a transformarse en un pueblo occidental. Acogidos con simpatía por los príncipes carolingios, sus mercaderes recibieron importantes privilegios. Médicos israelitas pudieron ejercer su oficio en la corte; a menudo también los soberanos confiaban misiones diplomáticas a judíos reputados por su inteligencia, habilidad y conocimiento de los idiomas. Luego, desde Francia, los

judíos se esparcieron por otros países de Europa; en Inglaterra se establecieron después de la conquista normanda, siendo igualmente muy bien acogidos, en particular por Guillermo el Conquistador y sus sucesores inmediatos.

Religiosidad y negocio

Hacia finales del siglo XI, la actitud de los occidentales con respecto a los judíos cambió bruscamente. El entusiasmo de las cruzadas, que inflamó a toda la Europa occidental, tuvo también su contrapartida en la intolerancia religiosa hacia los infieles. Este odio se manifestó igualmente hacia los judíos, con tanta o mayor vivacidad cuanto que estos últimos rehusaban por lo general renunciar a la fe de sus padres y dejarse bautizar. Ya en 1096, el Mediodía de Francia fue teatro de verdaderas matanzas; este ejemplo fue seguido luego en otras regiones, especialmente en Renania. Tales sucesos no eran más que un precedente. En la segunda mitad de la Edad Media, la persecución contra los judíos iba a ser un fenómeno reiterado en la existencia de los pueblos occidentales.

El odio antijudío tuvo su origen en motivos de orden religioso, pero a ellos se añadieron pronto otras razones mucho más poderosas, de tipo económico. Desde muy antiguo, los israelitas se habían consagrado a los negocios; es posible que la ventaja racial adquirida en ese sentido los inclinara hacia tal género de actividades, pero el hecho puede explicarse también por la estructura social de Europa en la época en que los judíos vinieron a establecerse en ella. Esta estructura tenía su fundamento en el sistema feudal, que imponía a los terratenientes contribuir al sostenimiento del ejército para la defensa del país. En consecuencia, no les quedaba otra opción a los judíos que establecerse en las ciudades. Excluidos de las corporaciones de artesanos, ligadas en cierta manera a la Iglesia, se dedicaron en exclusiva a los negocios. Su influencia sobre el comercio europeo pronto llegó a ser considerable.

Orígenes de la banca judía

Los israelitas llegaron al fin a ser los principales banqueros de Europa y, por lo mismo, los más importantes prestamistas de dinero. Ocuparon fácilmente esta posición por el hecho que la Iglesia, basándose en ciertos textos de la Biblia, prohibía con severidad la usura, prohibición que era letra muerta para los judíos y paganos. Un medieval expresó así la opinión de sus colegas: "En el momento actual, en que los israelitas no poseen campos ni viñas, el préstamo de dinero a interés ha llegado a ser para nosotros una necesidad vital; debe considerarse por tanto como lícita".

Se les ofrecía de este modo una gran oportunidad. La situación de los prestamistas de dinero a interés llegó a ser muy particular, tanto desde el punto de vista moral como económico. Desde el siglo XIII, el nombre de "judío" vino a ser sinónimo de "usurero".

Durante mucho tiempo los judíos dominaron la banca y amasaron considerables fortunas. Podían permitirse fijar a su antojo tipos de interés muy crecido, mucho más elevados aún en aquellos tiempos que en nuestros días, lo que podría justificarse en cierto modo por la inseguridad reinante. ¡Cuántos riesgos corría, en efecto, el prestamista! Debía desplegar a menudo sobrada astucia y energía para cobrar sus fondos. A tal respecto, los judíos cosecharon amargas experiencias. Baste recordar a los burlados por el Cid: Raquel y Vidas, que se vieron con un pesado arcón lleno de arena como garantía de los buenos dineros que dieran al Cid y a sus hombres. El regocijo de los oyentes demostraba ya un estado de opinión pública en aquellos años del siglo XII.

Los préstamos judíos eran indispensables. Los soberanos se veían obligados a recurrir a ellos, pues necesitaban enormes sumas para cubrir los gastos de las cruzadas u otras guerras, en la construcción de ciudades y castillos, y para muchas otras empresas. Hasta este punto, ambas partes estaban de acuerdo, los grandes señores aceptaban de buen grado el dinero de los judíos, pero cuando se trataba de devolverlo, añadiendo los intereses, ponían el grito en el cielo. Los deudores de menor cuantía hacían lo mismo. Aquel odio que se acrecentaba contra los judíos, poco tenía que ver con la religión.



Un campesino y un burgués acuden a la casa de un judío para solicitar un préstamo, según un grabado sobre madera que data de 1491. Las severas leyes que regían contra la usura no se aplicaban contra los judíos, puesto que no formaban parte de la comunidad cristiana. Naturalmente, los judíos no dejaron de aprovechar al máximo esta oportunidad.

La persecución antijudía

Las supersticiones y la sugestión de las masas constituyeron los factores más importantes de la propaganda contra los "deicidas". En diferentes regiones circularon turbios rumores que acusaban a los judíos de profanar las hostias; ello bastaba para provocar espantosas carnicerías. Se propagaron otros similares. La muy mala reputación

de los judíos fue aumentando en opinión de la comunidad. En 1179 y en 1215, varios concilios dictaron medidas discriminatorias a tal respecto. Les estaba prohibido, por ejemplo, tener cristianos a su servicio, igual que a éstos habitar entre ellos. Así nació el *ghetto*, barrio urbano reservado a la judería. En numerosas ciudades había una calle particular, de los judíos, y hasta una especie de pequeña ciudad con su administración propia. La atención se veía de continuo atraída hacia las diferencias entre judíos y cristianos: a esos infieles se les obligaba a ostentar una señal distintiva, consistente en una cinta roja o amarilla, cuya forma y dimensiones variaban de un lugar a otro.

El antisemitismo adoptó aspectos cada vez más violentos. En cierta ocasión, la sinagoga de una ciudad fue confiscada porque entorpecía el ejercicio del culto en un convento vecino. Ello ocurrió en Londres a finales del siglo XIII. Más de una vez, las autoridades declararon nulas y sin valor legal las deudas contraídas con los judíos. En 1182, Felipe Augusto liberó a los deudores franceses de sus obligaciones con los usureros judíos, a condición que entregaran al tesoro real una parte de su deuda.

Idéntica medida fue tomada al otro lado del Canal, tras espantosas persecuciones y detenciones en masa, poco después del advenimiento de Ricardo Corazón de León, en 1189. Pero el golpe de gracia les fue asestado durante el reinado de Eduardo I. Como este monarca llegara a la conclusión que aquella situación era insostenible, consideró absolutamente preciso deshacer el ovillo de la cuestión judía. Con la intención de inducir a los hebreos a buscarse otros medios de vida, suprimiendo así de raíz la causa principal del odio que generalmente se les profesaba, prohibió todo préstamo de dinero. La experiencia fracasó. Eduardo decidió entonces cortar el nudo gordiano, expulsando en 1290 a todos los judíos de su reino. Esto los apartó por mucho tiempo de la historia en Inglaterra. En el transcurso del siglo XIV todavía apareció alguno de ellos, pero su influencia fue nula y pronto fueron sustituidos como prestamistas de dinero por los banqueros lombardos, que se hicieron detestar por el mismo motivo que sus predecesores.

Una "diáspora" dramática

Los franceses siguieron el ejemplo de los ingleses. Felipe IV el Hermoso no se contentó con atentar contra el Papa y los templarios. Su avaricia se extendió por igual a los judíos. En el año 1306, todos los hebreos de Francia fueron apresados, sus bienes confiscados y ellos mismos conducidos a la frontera. Felipe no aplicó esta política de una manera tan rigurosa como Eduardo I. Unos diez años después de haber sido expulsados de Francia, los judíos fueron autorizados a regresar bajo ciertas condiciones; aprovechando la ocasión, regresaron sin sospechar la tragedia que los aguardaba. En 1321, un terrible rumor circuló en el Mediodía de Francia, asegurando que, por instigación de los judíos, los leprosos habían envenenado las fuentes en una gran extensión del reino. Un verdadero delirio de histeria se apoderó del pueblo ante la noticia; muchos leprosos fueron quemados en las plazas públicas. Los judíos se libraron por el momento, como quien dice durante un compás de espera.

Los rumores sobre las fuentes envenenadas continuaron circulando. En tiempos de la peste negra, el pueblo seguía dando crédito a tales rumores. Una vez más se acusó a los judíos: había sobrevenido la peste porque los hebreos habían echado veneno en las fuentes; de todo ello, la gente del sur estaba firmemente convencida. Tales rumores se extendieron a otros países con tanta rapidez como la misma peste. Entonces, las persecuciones alcanzaron su momento cumbre. El pueblo exigía la sangre de los judíos; en Estrasburgo fueron encerrados en su propio barrio y quemados vivos, ocasionándose unas dos mil víctimas. En Basilea, Friburgo y en otras ciudades hubo también matanzas.

Con frecuencia, los israelitas se declararon culpables para poner fin a las torturas que sufrían; otras veces, anonadados por la desesperanza, afrontaron voluntariamente la muerte con todos sus familiares.

En el siglo XV, el antijudaísmo estalló una vez más en Alemania. Se prohibió a los judíos vender sus mercancías fuera del *ghetto* y acudir a los baños públicos; a las comadronas cristianas se les prohibió asistir a las parturientas judías, e incluso un judío que fuera al mercado para hacer sus compras se exponía siempre a ser maltratado por la gente. Gran número de israelitas resolvieron escapar de sus perseguidores, encaminándose hacia otros países, en particular a Polonia y Turquía. Tal fue uno de los capítulos más crueles de la historia medieval.

LA RIVALIDAD CABALLERESCA

Juan II el Bueno y el Príncipe Negro

El 1º de agosto de 1350 murió Felipe VI. Legó sus nobles ideales —y también su reino empobrecido— a su hijo Juan II, conocido en la historia por Juan el Bueno. Es el primer rey francés de quien se conserva en el Louvre un retrato hecho del natural. Representa a un hombre de cabellos largos y mentón adornado con una barba corta. La expresión del rostro es bastante ordinaria y su semblante no manifiesta satisfacción ni humor. Pero si Juan no logró nunca sus ambiciones fue debido a su falta absoluta de realismo. Según sus contemporáneos, sentía predilección por el juego de las flechitas y le gustaba organizar fiestas espléndidas. Sólo era, a lo que parece, una lejana imitación de su difunto padre.

La suerte no le fue propicia al rey Juan. Hubo de afrontar tareas demasiado arduas en tiempos muy difíciles. Eduardo, por su parte, se debatía entre numerosas dificultades. La peste le había arrebatado tanta gente en Inglaterra que el poderío militar del país acabó por resentirse. Por primera vez desde el comienzo de las hostilidades, Eduardo estaba dispuesto a entablar negociaciones de paz. En 1354 se declaró dispuesto a renunciar a sus derechos a la corona de Francia, a condición que fuera reconocida su total soberanía sobre los territorios franceses ocupados por sus tropas. El rey Juan se sintió ofendido en su honor y rehusó resueltamente aceptar negociaciones sobre estas bases.

En vista de ello, Eduardo decidió invadir de nuevo los territorios del rey francés. Emprendió expediciones de pillaje en las provincias del norte, pero sin lograr que los franceses aceptaran combate. En la primavera de 1355, una flota inglesa abarrotada de soldados se hizo a la vela a las órdenes del Príncipe Negro, con el propósito de atacar Francia por el sur. Este príncipe ha pasado a la historia como prototipo del caballero medieval; en el bando inglés, es el primero de los héroes de la Guerra de los Cien Años. Valeroso y caballeresco, poseía el don de inspirar un entusiasmo sagrado a sus tropas.

En 1355, el Príncipe Negro se encontraba en el Mediodía de Francia. En septiembre entró en Burdeos; desde allí, sus hombres se dispusieron a someter el sur del país, saqueando cuanto encontraban a su paso y obligando a la gente a buscar su salvación en la fuga.



Juan II el Bueno, primer rey de Francia del que se conserva un retrato.

La batalla de Poitiers

En verano de 1356, el Príncipe Negro llevó sus huestes hacia el norte, con intención de establecer contacto con las tropas de su padre, a la sazón en Normandía. Pero el rey Juan; decidido por fin a combatir, salió en persecución de los ingleses. Como al príncipe de Gales no le interesaba en absoluto permanecer al alcance del ejército real francés, muy superior en número; apresuró la marcha. El avance de las tropas adversarias más parecía una carrera pedestre, pero en las cercanías de Poitiers los franceses consiguieron atajar a los ingleses y obligarlos a combatir. Así comenzó una de las más célebres batallas de la Edad Media.

El Príncipe Negro se encontraba ante un ejército cuyos efectivos eran por lo menos cinco veces superiores a los suyos. El rey Juan, seguro de la victoria, a duras penas podía reprimir la impaciencia de sus caballeros. El ejército francés se dividió en

tres cuerpos; el rey en persona tomó el mando del más importante. Allí se desplegó la oriflama o estandarte real, rodeado de la flor y nata de la caballería francesa. Veinte caballeros llevaban la misma armadura que el soberano, con el fin de disimularlo ante los ingleses.



Escena de la batalla de Poitiers.

Froissart nos describe aquel brillante espectáculo. Las banderas y estandartes flotaban al viento, los escudos y las corazas refulgían a la luz del sol. Sobre su caballo blanco, el rey de Francia iba de un lugar a otro, diciendo a sus soldados: "Recordad el mal que nos han hecho los ingleses. ¡Venganza para la deshonra y la miseria que han traído al reino de Francia! ¡Guerra sin cuartel! El príncipe es el único a quien me traeréis prisionero".

Para el Príncipe Negro, la situación ofrecía pocas esperanzas. Había caído en una trampa. Intentó hasta el último momento burlar la vigilancia de los franceses y escapar con sus soldados. Pero los franceses le seguían los pasos y su escuadrón más cercano pasó al ataque. Entonces se produjo una situación insólita: la tropa francesa se desbandó. Cuando el fragor de la pelea se calmó un poco, los franceses se vieron vencidos. En vano acudieron otros escuadrones de caballería como refuerzo. "¡Adelante! — exclamó el rey Juan, cuando un caballero cubierto de sangre le traía la noticia de la victoria inglesa—. ¡Adelante! Yo salvaré esta jornada o pereceré en el campo de batalla."

De improviso, el rey Juan se vio rodeado por un grupo de ingleses. Los franceses huyeron a la desbandada. El monarca francés, hecho prisionero, tendió su guante a un caballero inglés y pidió ser llevado a presencia del príncipe de Gales. Todo el campo de batalla estaba sembrado de muertos, en su mayor parte franceses. La victoria inglesa fue tan completa como inesperada.

Triunfo del Príncipe Negro

Al anochecer, el Príncipe Negro celebró un gran banquete, al cual fueron invitados los prisioneros franceses más notables. Acogió al rey de Francia con grandes

muestras de respeto y le sirvió en persona, diciendo que no era digno de sentarse a la misma mesa que un príncipe tan valeroso.

En la primavera de 1357, el Príncipe Negro efectuó su entrada triunfal en Londres, acompañado de su padre, el rey Eduardo, y de su ilustre prisionero. El rey Juan fue alojado en un palacio situado entre Londres y Westminster.

Tal era el estilo de las guerras en aquella época caballeresca, en toda Europa. Los avances eran incursiones de centenares de kilómetros en terrenos vacíos; los combates singulares muchas veces, afectaban a reducido número de luchadores. Durante los períodos de calma, más largos que los de pelea, se discutía, a veces lanzándose los más groseros insultos, que luego se convertían en las más ceremoniosas reverencias ante el vencido.

Los escritores y artistas pululaban entre los nobles y reyes, de los que recibían, protección; puesto que su misión era ensalzar las virtudes de sus dueños, nos han transmitido relatos y cuadros de una veracidad más que dudosa. Es comprensible: debían complacer a quienes los, mantenían. El pueblo estaba ausente de todo ello: trabajaba, pagaba tributos, labraba la tierra, que por suerte sólo se veía afectada esporádicamente por los combates o incursiones de los caballeros guerreros; sus peores enemigos eran las pestes y las cuadrillas de bandoleros que, aprovechándose de las circunstancias, merodeaban por todas partes e imponían su ley sin que los molestase nadie más que otras cuadrillas rivales. Esta indefensión y permeabilidad de lo que hoy consideramos "patria" o Estado eran características de aquellos tiempos. Tales nociones no eran ni conocidas; surgieron en los siglos XV y XVI con el Renacimiento. De todo ello no había más que gérmenes, pero llenos de vitalidad: los burgos o ciudades, en las que se apiñaban los burgueses, es decir, el pueblo urbano. Sólo ponderando la timidez del sector urbano se explican los "cien años" de esta conflagración y los ochocientos de la reconquista española.

De ambas guerras saldría un mundo nuevo o, dicho de otra manera, ambas terminarían cuando se afirmara ese mundo nuevo. Pues había de llegar un día, como pronto veremos, en que del germen vivo de esas retraídas y apiñadas ciudades —algunas, afortunadas por su privilegiada situación, ya conocían días de esplendor: la de la liga hanseática al norte y las ciudades mediterráneas al sur— surgiera la moderna noción del Estado. Los gremios de artesanos se hacían cada vez más fuertes, los comerciantes traficaban cada vez más. Los señores feudales peleaban entre sí, o celebraban brillantes torneos. Esto dejaba en paz al pueblo menudo para sus quehaceres, y como este pueblo se defendía tras sus propios muros, se acabó la vieja necesidad del señor protector. Cuando los reyes, apoyándose en las ciudades, sometieran a la condición de cortesanos a unos nobles y atacaran a los que no se resignasen, comenzaría la nueva era de las monarquías poderosas y de los Estados. En esta etapa, las urbes apoyaban a los reyes.

La paz de Brétigny

Las negociaciones de paz se iniciaron sin abandonar las actividades bélicas. Juan II no tenía motivos para quejarse de su cautiverio. Se le permitía salir y entrar a discreción: podía cazar y divertirse, pero deseaba la libertad y exhortaba a sus fieles vasallos a procurar por todos los medios su rescate. Para los franceses no era asunto fácil reunir la enorme suma que exigían los ingleses (cuatro millones de escudos de oro), pues su país estaba exhausto de dinero y agotado por las guerras civiles. Eduardo se mostró tan caballeroso hacia su augusto prisionero en el trato cotidiano, como avaro cuando dictó las condiciones de su libertad. Al fin, después de un par de años de negociaciones, Juan firmó un tratado en virtud del cual otorgaba al rey de Inglaterra la cuantiosa suma pedida y le cedía territorios que equivalían a los dos tercios de Francia.

Para los vasallos de Juan el Bueno, tales condiciones parecieron rebasar la medida. Rehusaron sancionar dicho acuerdo. En consecuencia, Eduardo se vio obligado a limitar la libertad de movimientos del monarca francés e imponer una nueva invasión

a sus súbditos. Por desgracia para él, esta nueva campaña resultó un completo fracaso. Las provincias que atravesaban los ingleses habían sido saqueadas hasta el punto que era imposible encontrar en ellas alimento para sus tropas, que, presas del hambre, sintieron amainar su entusiasmo. Reims, donde, desde Clodoveo, los reyes de Francia venían coronándose, era por el momento la meta que se había propuesto Eduardo; contaba con hacerse coronar allí rey de Francia. Tras cinco semanas del asedio, en que sus tropas padecieron hambre y frío, renunció a su propósito. El sitio de París no tuvo mejor resultado.

Consintió entonces en negociar, alcanzando más éxito como diplomático. En efecto, el tratado de Brétigny (1360) otorgó a Eduardo el ducado de Aquitania, en el sur, y la ciudad de Calais, con sus alrededores, en el norte. El precio del rescate del monarca francés se redujo a tres millones de escudos de oro, para cuyo pago Eduardo se contentó provisionalmente con una promesa. Eduardo hizo cuanto pudo para rodear la liberación de Juan de una atmósfera de fiesta. Como garantía del buen cumplimiento de las cláusulas del tratado, dos hijos y un hermano del rey quedaron de rehenes. Más tarde, vuelto ya Juan a su reino, se enteró que uno de ellos había escapado; el rey, dejándose guiar por su ideal caballeresco y su sentido del honor, aunque tal vez también por ahorrar a sus súbditos más calamidades o por añoranza de la brillante corte de Inglaterra, fue en persona a entregarse al soberano inglés. Sea lo que fuere, pasó el resto de sus días en el cautiverio, muriendo en Londres en 1364.

FEUDALISMO E INQUIETUD SOCIAL

AMBIENTE SOCIAL FRANCÉS

Francia a asediados del siglo XIV

Francia fue el país donde la revolución social, provocada por la Guerra de los Cien Años y la peste negra, se dejó sentir primero y con mayor intensidad; pero tan de improviso corto llegó esta revolución, se desvaneció. Constituye, sin embargo, uno de los fenómenos más notables de la Francia de ese período.

A mediados del siglo XIV, el país estaba todavía administrado según los principios feudales, si bien no habían faltado tentativas de reformas políticas, encaminadas a reforzar el poder real en detrimento de los grandes señores. En tiempos de Felipe IV el Hermoso surgieron personalidades que proclamaron ideas nuevas acerca del poder y los derechos del monarca, procedentes de la famosa Universidad de Bolonia, principal promotora del derecho romano, con sus conceptos de Estado impersonal, ejército permanente, burocracia no hereditaria, etcétera. Estos legistas, en su mayoría de origen burgués, eran alentados por el rey, quien reclutó entre ellos a sus consejeros y colaboradores, sin tener en cuenta a los grandes señores laicos o eclesiásticos. En el reinado de Felipe IV el Hermoso se desarrollaron nuevos organismos administrativo; en el Consejo Real, órgano central de la administración, podía distinguirse la Cámara de Cuentas, que cuidaba de los bienes del Estado y el Parlamento; aunque el nombre de esta institución suene a asamblea esporádica de notables, y probablemente haya sido eso en sus orígenes, el Parlamento era entonces un cuerpo estable: el tribunal supremo del reino.

Felipe IV y sus consejeros procuraron concentrar todos los poderes en manos de la monarquía, romper con las antiguas formas de gobierno y crear otras nuevas. Esto no constituyó, por otra parte, más que una tentativa. Entre otras cosas, Felipe no consiguió el derecho de imponer contribuciones a su antojo. En el momento de estallar la Guerra de los Cien Años, las rentas fijas de la corona consistían únicamente en los beneficios de los dominios propios del rey; tampoco existía un sistema uniforme de impuestos para todo el reino. Para cubrir los gastos públicos, en incesante incremento, era preciso buscar otros recursos. La cifra de las deudas contraídas en todas partes y ocasiones, aumentaba cada vez más: con las ciudades ricas, con los judíos, con los banqueros italianos, con el papado. Pasadas las primeras etapas de la Guerra de los Cien Años, cuando se acentuó la crisis de la tesorería, el rey recurrió a un expediente clásico: la depreciación de la moneda. La situación económica del reino llegó a ser tan desesperada, que se imponían medidas urgentes; el rey decidió convocar en asamblea a representantes de los diferentes estamentos sociales para votar impuestos iguales en toda la extensión del reino.



Vasallos entregando el tributo en especie a su señor.
Grabado sobre madera de 1475.

De hecho, la idea no era nueva, cuando Juan El Bueno la puso en práctica en el primer período de la guerra de los Cien Años. Esta asamblea existía ya con el nombre de Estados Generales. Estaba integrada por representantes de los tres estamentos principales: clero, nobleza y alta burguesía; el pueblo proletario no estaba directamente representado; los tres estamentos ya habían sido convocados otras veces para autorizar la promulgación de nuevos impuestos. Es preciso observar, a tal respecto, que la asamblea no tenía carácter de representación popular en el sentido actual de la palabra. La misión propiamente dicha de los estados generales era asistir al rey, "escuchar sus órdenes y trasmitirlas".

Tal era la situación en Francia en el momento en que se produjo la gran crisis. En 1355, los acontecimientos siguieron su curso.

Los Estados generales

En otoño de 1355, el rey Juan convocó a los Estados Generales de París, con intención de hacerles aceptar la aplicación de nuevos impuestos que permitieran continuar la guerra. A esta asamblea acudieron los hombres más eminentes del reino. Allí se hallaban el rey de Navarra, Carlos el Malo, señor de gran inteligencia y mucha energía; el arzobispo de Reims y el obispo de Laon, Robert Le Coq. El principal representante de la burguesía era Etienne Marcel, rico mercader y primer magistrado de París, que ostentaba el título de preboste de los mercaderes. El rey Juan pidió dinero y se le concedió. Los estamentos demostraron verdadero entusiasmo y fidelidad y se declararon dispuestos "a vivir y a morir por el rey". Le ofrecieron poner en pie de guerra un ejército de treinta mil hombres, lo que superaba con mucho las esperanzas más optimistas del monarca. Este ejército sería costeadado mediante una especie de impuesto sobre las transacciones mercantiles aplicado a todo el reino. La asamblea puso como únicas condiciones que no se hiciera ninguna excepción y que ella misma vigilaría el uso de los fondos recaudados. Los estamentos acordaron reunirse otra vez al año siguiente, para efectuar la supervisión. Y así fue como el pueblo hizo su aparición en la escena política, exigiendo derecho a revisar la marcha de los negocios públicos.

Juan el Bueno tuvo su ejército y dio la batalla cerca de Poitiers, de la manera que se ha visto. La misma tarde de la batalla tuvo el honor de ser invitado —y prisionero— del Príncipe Negro. Si la derrota de Crécy, en 1346, había sido bastante dura, la de Poitiers resultó una verdadera catástrofe y, además, una vergüenza para el honor nacional. Empezaron a proliferar amenazas populares contra los nobles que no supieron defender mejor a su rey y a su país.

La rebelión crecía en todo el reino. Y no iba dirigida contra el rey, sino contra los grandes señores. Durante su cautiverio en Inglaterra, Juan el Bueno se había hecho aún más popular en Francia. "Es el más noble de todos los hombres —dice un escritor de aquel tiempo—. Que Dios proteja a nuestro rey. Por él quiere el pueblo ofrecer su vida." Después de la derrota, se constituyó en París un círculo de hombres absolutamente decididos a realizar reformas. Etienne Marcel y Robert Le Coq eran sus jefes.

Marcel y Le Coq

Etienne Marcel fue, sin duda, una de las más importantes figuras de la historia de Francia; era un hombre altivo, enérgico y consciente de su poderío. Sabía lo que significaba contar con París, centro de una civilización que toda Europa admiraba; él quería dar a París y a otras ciudades mayor autonomía, y conseguir para la burguesía mayor influencia en la vida política y social de Francia. Flandes le servía de ejemplo.

Con él colaboraba el elocuente y astuto obispo de Laon, Robert Le Coq, también de origen burgués. Juan el Bueno le había encargado ya misiones diplomáticas; en tal forma, había entrado en contacto con el rey de Navarra ya citado, de quien llegó a ser ferviente admirador. Carlos el Malo se hallaba entonces encerrado y custodiado en la prisión del rey, porque, siendo descendiente de Felipe el Hermoso por línea femenina, había pretendido de derecho y de hecho la corona de Francia y las conspiraciones que urdiera le costaron la libertad. Cuando Carlos, hijo mayor del rey prisionero en Inglaterra, entonces de veinte años de edad, convocó, en su calidad de regente, a los estados generales (otoño de 1356), el rey de Navarra no se hallaba entre los ochocientos diputados que acudieron a la convocatoria. Pero entre su partido y el joven regente renació la lucha por el poder. El regente, futuro Carlos V, era un joven pálido y enfermizo, a quien su mano derecha deformada impedía manejar la espada y la lanza. No se le veía nunca en los torneos y se mantenía siempre alejado de los campos de batalla. Solía retirarse a su despacho siempre que tenía ocasión y se enfrascaba en el estudio de planos de edificaciones y de manuscritos recién descubiertos.

Contra los vigorosos ataques de Etienne Marcel y la cautelosa diplomacia de Le Coq, el joven sabio contó al principio con pocos recursos. Integróse una comisión que reconoció la necesidad de cierto número de reformas, que fueron codificadas en la Gran Ordenanza de 1357. La Ordenanza decretaba, entre otras cosas, que el rey reconocía la autonomía de las ciudades francesas que, a ejemplo de las flamencas, se integraran en una confederación. Las guerras privadas entre los nobles serían prohibidas y la justicia experimentaría ciertas reformas. Además de las reuniones de los estados generales, el rey tendría a su lado a un consejo compuesto de diecisiete burgueses, once eclesiásticos y seis nobles. Marcel y sus amigos introdujeron de esta forma un embrión de régimen parlamentario.

Un golpe de Estado

No podemos extendernos sobre los manejos en extremo complejos a que dio lugar en Francia la lucha por el poder. El joven príncipe regente se defendió con energía contra los intentos antinobiliarios y participacionistas de la burguesía. Es bastante conocida la tragedia que se desarrolló en la corte al comenzar el año 1358. Como el príncipe regente se negara a alejar de su palacio a ciertos consejeros muy odiados por el pueblo —entre ellos los mariscales de Normandía y de Champaña—, Etienne Marcel resolvió dar un golpe de Estado. A la cabeza de una fuerte escolta armada, se dirigió al palacio del príncipe heredero en París y fue recibido por Carlos, rodeado de sus dos consejeros. Marcel tomó la palabra y exhortó al regente a pensar en la seguridad del reino. Los invasores ingleses se acercaban a París; todo dependía en aquel momento de la resolución y energía del príncipe. El regente respondió de una manera altanera e irónica, ante lo cual Etienne Marcel exclamó: "¡Alteza, no os admiréis de lo que vais a ver ahora: se ha decidido que no puede realizarse de otro modo!" A una señal del preboste de los mercaderes, sus acompañantes se arrojaron sobre los dos mariscales que asistían a Carlos y los asesinaron en presencia del príncipe, cuyos vestidos quedaron salpicados de sangre, según se dijo.

Este acto de violencia representó un viraje en la carrera política de Etienne Marcel y constituyó una mancha en su honor. En cuanto al príncipe heredero, su nombre permanecerá siempre ligado al asesinato al que se viera obligado a asistir. Pero lo que aún perjudicó más al preboste fueron sus relaciones con el rey de Navarra, que había reanudado su política oportunista, al ser liberado por el partido popular. Mantuvo estrecho contacto con los campesinos sublevados, que, en la primavera de 1358, se habían entregado al pillaje y a la matanza en las campiñas francesas. Pero detengámonos un momento en este levantamiento, que ha recibido el nombre de la *Jaquería*.

"Jacques Bonhomme" se subleva

Son numerosos los documentos que relatan los sufrimientos horribles que los campesinos franceses hubieron de soportar a lo largo de todos estos años, a causa de la peste, la guerra y las malas cosechas. Se cuenta que hubo padres que mataron a sus propios hijos e hijos a sus padres, para suprimir bocas inútiles.

La derrota de Poitiers desató muchos remolinos en este caldo de cultivo de la desesperación popular.

"Desde aquel instante —dice un cronista de aquella época—, la situación fue de mal en peor. La autoridad pública se debilitaba cada vez más y las campañas se llevaban a cabo con tropas mercenarias sin fe ni ley algunas. Los señores sólo sentían desprecio hacia cuanto no era noble; tiranizaban a los campesinos en sus aldeas y no se interesaban demasiado por la suerte del rey y la defensa del país. Desde entonces, Francia, que antaño fuera admirada y elogiada por todo el mundo, vino a ser irrisión de los demás pueblos."

El mismo cronista nos proporciona una interesante visión del clima moral francés subsiguiente a la gran derrota: "En la actualidad, la vanidad y la ligereza reinan entre los nobles. Ya se atreven incluso a llevar trajes que ofenden las buenas costumbres; hacen una ostentación desvergonzada de lujo, cubriéndose de perlas, joyas y piedras preciosas. El pueblo tiene razón en quejarse, viendo cómo el dinero reunido con tanto sacrificio para proseguir la guerra es despilfarrado de manera tan escandalosa".

La derrota de Poitiers había dejado sentir, sobre todo, sus efectos en la campiña. Los nobles hechos prisioneros en el campo de batalla sólo obtendrían su libertad mediante crecidos rescates, cuyo pago incumbía, en definitiva, a sus vasallos. Además,

los campesinos de éstos estaban a merced de las correrías de pillaje de las bandas de mercenarios sin ocupación (las Grandes Compañías), que recorrían el país con las peores intenciones.



Campesinos atacan con espadas y ccuchillos a una dama de la nobleza. Biblioteca del Arsenal. París.

Sobre todo entre los ingleses que operaban en territorio francés, existía buen número de soldados, que se batían muy bien llegado el momento, pero que exigían salarios tan elevados, que su general los licenciaba tan pronto como lograba sus objetivos. Estos soldados necesitaban proveer a su sustento durante el tiempo en que su oficio pasaba épocas de crisis. Se enrolaban en grupos que emprendían expediciones por cuenta propia, apoderándose de todo cuanto encontraban. Esta profesión de nuevo género halló pronto un sistema de organización. Pocos oficios fueron tan rentables en la época. Igual que en nuestros días los capos de los *gangsters*, los jefes de estas bandas reunían inmensas fortunas. El terror que inspiraban tales salteadores era inmenso.

La *jaquería* estalló en mayo de 1358. Los nobles llamaron así con desprecio a aquella rebelión, nombre probablemente derivado del de "Jacques Bonhomme", más o

menos equivalente al de Juan Verdejo, con el que designaban al villano anónimo. El pillaje de las bandas de soldados contribuyó ciertamente a provocar el motín. Por otra parte, ha podido precisarse hoy que las principales comarcas donde se desencadenó la *jaquería* fueron justamente aquellas que habían servido de escenario a las operaciones militares, en especial la Isla de Francia y Champaña.

La "jaquería"

La *jaquería* no fue, en modo alguno, un levantamiento metódicamente preparado; era sólo la expresión violenta de la cólera de los campesinos, llevada hasta el paroxismo. No iba dirigida contra el rey; no tenía por objeto una reforma social concreta. Su finalidad era únicamente el pillaje y el asesinato, y ejecutaron terribles venganzas; desde los primeros días del levantamiento. El jefe del movimiento. Guillermo Cale, ejercía con su elocuencia gran poder de sugestión sobre aquellos hombres rudos. Sin duda poseía cierta instrucción y alguna experiencia de la guerra, pero sus hombres estaban muy mal adiestrados en el manejo de las armas.

Froissart, objetivo a su manera, cuenta que importantes grupos de estos hombres se habían reunido en la región de Beauvais. Proclamaban que todos los nobles causaban perjuicio al reino, lo traicionaban y que era preciso, en consecuencia, matarlos a todos. Y así se dirigieron, sin otras armas que hierros y cuchillos, hacia la morada de un noble local, mataron al señor, a su mujer y a sus hijos e incendiaron la casa. Marcharon luego a otro castillo, donde se ensañaron de una manera más espantosa todavía: se apoderaron del señor, lo ataron a un poste y ante su presencia violaron a su esposa y a sus hijas. Después mataron a la mujer, a todos los hijos del caballero y a éste del modo más atroz. Por último, prendieron fuego al castillo.

Las cosas continuaron así durante todo un mes, pero luego la suerte les volvió la espalda. Cuando los señores organizaron la resistencia, los villanos mordieron el polvo. Gran número de campesinos fueron colgados de los árboles en los caminos. El rey de Navarra, estimando que ya era hora de oponerse a estos motines, logró apoderarse a traición de su jefe, Guillermo Cale, e hizo ceñir la cabeza del caudillo con una corona de hierro calentada al rojo, antes de hacerlo decapitar.

Muerte de Etienne Marcel

Etienne Marcel no había perdido el tiempo. Aunque sostenía de una manera activa la *jaquería*, negó siempre haber tenido relación alguna con tales bandas de asesinos y salteadores. Consideraba su acción como un eslabón más en la lucha que oponía entonces a los nobles contra los villanos; y su puesto estaba, empleando sus propios términos, "al lado de quienes defendían al pueblo sano, a los honrados trabajadores y comerciantes, sin los cuales no podríamos vivir".

Cuando escribía estas frases, Etienne Marcel ignoraba que su fin estaba próximo. Una poderosa oposición se había formado en contra suya en aquel París que tanto amaba y por el que concibió proyectos tan grandiosos. Las relaciones que, según sospechaban, mantenía con los de la *jaquería* y las que tenía ostentadamente con el rey de Navarra, habían perjudicado mucho su reputación. El príncipe regente podía en lo sucesivo presentarlo como un enemigo personal del rey, y esto bastaba para dirigir contra él la cólera popular.

En la noche del 31 de julio al 1º de agosto de 1358, Etienne Marcel se hallaba en el baluarte de la Puerta de San Dionisio, que él mismo habla hecho levantar. Allí, rodeado de una numerosa compañía, se disponía a cenar. Circulaban inquietantes

rumores. Se decía, entre otras cosas, que aquella misma noche el rey de Navarra haría su entrada en París. La tensión subió de pronto. Después de cenar, Etienne Marcel pidió al oficial de guardia que le entregara las llaves de dicha puerta, lo que avivó la desconfianza. El oficial rehusó. A un altercado violento entre ambos hombres, siguió una lucha; y Marcel fue vencido y asesinado allí mismo. Su muerte fue el toque de agonía del movimiento de reforma que partiera de la burguesía parisién y de los estados generales.

Cuando el príncipe regente se presentó ante las puertas de la capital, éstas le fueron abiertas de par en par.

Carlos el Sabio

En 1364, el príncipe regente sucedió a su padre. Reinó hasta 1380, mereciendo de su pueblo el sobrenombre de "Sabio" o el de "Prudente".

El aspecto físico de Carlos V no era, desde luego, impresionante. Todo su poder residía en su extraordinaria fuerza de voluntad y su gran inteligencia. Desde su juventud se impuso como objetivos borrar la vergüenza del tratado de Brétigny y expulsar a los ingleses del reino. Se dice que sentía gran admiración por el santo rey Luis IX. En opinión de sus contemporáneos, no estaba lejos de parecersele: era muy piadoso. Leía a diario la Biblia en una traducción que mandara hacer para su uso personal. Todas las mañanas rezaba sus devociones y asistía a misa. Cuando salía de la iglesia, cualquier persona, poderosa o humilde, rica o pobre, podía venir a exponerle sus dificultades. Vigilaba con celoso cuidado las buenas costumbres de su corte. Todo cortesano que hubiera deshonrado a una mujer, debía abandonar la corte en el acto. En general, intentó combatir con todas sus fuerzas el libertinaje que se dejaba sentir después de la guerra.

Su mayor placer consistía en entretenerse en un círculo de intelectuales con sus temas favoritos: filosofía, teología, astronomía y astrología. Carlos adoraba los libros. Hizo traducir las obras de buen número de escritores antiguos, entre ellos Aristóteles y san Agustín, logrando reunir una biblioteca muy importante para su época, que constituye hoy el núcleo de la Biblioteca Nacional de París.

Carlos V colocó a Francia en una posición de primer orden en Europa. Durante los dieciséis años de su reinado, asentó las nuevas bases de la autoridad real. Organizó el sistema de impuestos, proporcionando con ello a la corona nuevas rentas fijas. Introdujo las contribuciones directas e imaginó un sistema de cobranzas. Pudo ocuparse a continuación de las reformas que le permitirían proseguir con éxito la guerra contra Inglaterra. Según un historiador británico, no hizo en ello más que imitar a los ingleses, y acaso la observación no carezca de verdad. Obligó a la nobleza francesa a ejercitarse sin cesar en el arte de la guerra y, a ejemplo de Eduardo, prohibió los juegos y deportes que no tuvieran carácter militar. Al igual que su adversario, hizo construir una flota de guerra. Proyectaba invadir Inglaterra por este medio, y llevar las hostilidades al campo enemigo.



Carlos V el Sabio de Francia.

Beltrán Duguesclin, guerrillero bretón

Carlos V saboreó el éxito. Lo que Francia perdiera en los primeros años de la Guerra de los Cien Años, fue recuperado en gran parte por él. Pero la gloria de estas hazañas es debida en particular a un gentilhomme bretón, Beltrán Duguesclin, que luchó toda su vida al servicio de la monarquía francesa. Este turbulento héroe no sabía leer ni escribir; era espantosamente feo, pero se batía como un león. Muchos lo identifican como reencarnación del Rolando de la canción de gesta. Con su banda de aventureros bretones recorría los caminos y destruía, a hachazos y mandobles, a todos los ingleses a quienes una fatal casualidad cruzaba en su camino. Su ciencia innata de la guerra de guerrillas y emboscadas era mucho más eficiente que en las batallas campales organizadas, donde el pesado armamento francés era vencido por las fuerzas inglesas, más ágiles y mejor disciplinadas.

En dos ocasiones, Duguesclin fue hecho prisionero, y cada vez su rescate fue pagado por Carlos V, que lo nombró, además, condestable de Francia. Duguesclin liberó gran parte del territorio y devolvió su gloria a los ejércitos nacionales.

Profesionales de la guerra, estos aventureros se convertían en jefes de bandidos cuando las treguas o pactos los dejaban sin ocupación. O iban y venían al extranjero para ponerse al servicio de señores o reyes que estuviesen en guerra. Así sucedió por entonces en España, donde Enrique, iniciador de la dinastía Trastámara, estaba

empeñado con violenta lucha contra su hermanastro Pedro el Cruel. Éste a su vez se vio apoyado por el no menos famoso Príncipe Negro, regio caballero inglés al que la suerte no sonrió en tierras hispánicas.

El famoso bretón entendía mejor aquella clase de combates donde la astucia y la falta de escrúpulos imperaban. Así pudo ponerse al frente de las llamadas "compañías blancas"; es decir, grupos de aventureros que, durante las treguas entre Francia e Inglaterra, poníanse a sueldo de quien necesitara sus servicios. Habiendo merodeado algún tiempo por el Rosellón, y el rey aragonés Pedro IV el Ceremonioso —quien apoyaba a Enrique de Trastámara— facilitó su entrada en la península para combatir contra Pedro el Cruel y sus aliados ingleses. De hecho, esta doble intervención en uno y otro bando se convirtió en una prolongación de la Guerra de los Cien Años en los campos de Castilla.



Batalla de Nájera.

La guerra fratricida en España

Al asumir Pedro I el trono de Castilla, se alejó de la alianza con los franceses y estrechó relaciones con los ingleses. Pedro IV de Aragón el Ceremonioso, el cual apoyaba la candidatura de su hermanastro Fernando, impulsó a Enrique de Trastámara a dar a su rebelión el carácter de lucha dinástica. Carlos V de Francia lo apoyó. Fue así que Enrique de Trastámara entró en Castilla y fue proclamado rey en Calahorra (1366). El país se dividió, y gracias a los auxilios ultrapirenaicos, Enrique ocupó la mayor parte

del reino. Pero Pedro I solicitó la ayuda de los ingleses, entró en Navarra y venció a Enrique en Nájera (1367). Enrique huyó hacia Francia, pero dos años después, asediado Pedro I en el castillo de Montiel por las tropas de aquél, fue hecho prisionero y muerto por su hermano. Es posible que Beltrán Duguesclin haya colaborado en este fratricidio (él no quitaba ni ponía rey, pero ayudaba a su señor), pero lo cierto es que su intervención facilitó la instauración de la nueva dinastía en Castilla y León.

UNA ÉPOCA DE CONTRASTES

La sociedad inglesa a mediados del siglo XIV

El pueblo inglés había vibrado de alegría cuando le anunciaron las dos grandes victorias de Crécy y Poitiers. Pero su entusiasmo se disipó al percatarse que la única participación del pueblo en este triunfo era la de pagar los gastos. No tenía sentido entregar todo su dinero para una guerra que no le producía ningún beneficio.

El siglo XIV fue una época de grandes contrastes. Nuevas concepciones sustituyeron a los antiguos ideales. El ideal caballeresco, del que Eduardo III era tan ardiente partidario, perdió terreno. Este monarca, pese a toda su vitalidad y energía, había dejado de ser el hombre adecuado para guiar a su pueblo, rodeado en sus últimos días de aventureros que dirigían el país a su capricho; llevaba la voz cantante en esta compañía una amante del rey, Alicia Perrers, y un hijo bastardo, Juan de Gante, personaje intrigante en demasía y poseído de bajas ambiciones. Además, los últimos años de Eduardo habían sido los de un pobre beodo que malgastaba sus fuerzas físicas y morales en excesos desenfrenados. En 1376, el parlamento juzgó llegado el momento de intervenir: rehusó expresamente en conceder la aprobación de nuevos impuestos sin que le rindieran cuenta de su empleo. Se murmuraba que la mayoría de los fondos anteriormente recaudados había caído en poder de la gente que rodeaba al rey, para sus placeres, ostentación y lujo. El parlamento exigió que se implantara orden en la corte. Ante todo, Alicia Perrers, que era ludibrio no sólo de su regio amante, sino de la nación entera, debía ser alejada de palacio.

Un rasgo que caracteriza la segunda mitad del siglo XIV en la historia de Inglaterra es la libre manifestación del espíritu crítico. En las posadas, calles y caminos, la oposición se expresaba tan abiertamente como en el parlamento. Llegó a su momento culminante con la rebelión de los campesinos del año 1381. Un hecho notable: el idioma inglés gozaba de creciente favor. Hasta aquel momento, el inglés, con sus diversos dialectos, había sido el idioma de las clases humildes, ya que, desde Guillermo el conquistador, el francés era la lengua oficial del reino. Hacia 1350, el sentimiento nacional comenzó a expresarse en inglés. El uso de este idioma se extendió al parlamento, a los tribunales y a la literatura.

La muerte de Eduardo III

En 1377, Eduardo III, ya en su lecho de muerte, sabía que sus días estaban contados. Pero él, que viviera con tanta intensidad, no deseaba morir, ni quería que le hablaran de muerte. Pedía a sus íntimos que lo entretuvieran con temas terrenos, de placeres y caza. Su voz se debilitaba cada vez más, y cuando los asistentes advirtieron que su fin era inminente, se deslizaron uno tras otro fuera de la alcoba, entre ellos Alicia Perrers, que pasado algún tiempo había hecho su reaparición en la corte. Sólo un sacerdote permaneció junto al rey para asistirle en sus últimos momentos. "Habéis

pecado gravemente contra Dios —dijo el sacerdote—, y es preciso que le pidáis su gracia." Eduardo murmuró: "¡Jesús, misericordia!"

Así murió un monarca que perdiera hacía mucho tiempo atrás la confianza de su pueblo. Sobrevivió demasiado a su época gloriosa. El Príncipe Negro había muerto el año anterior; el hijo de éste sólo contaba diez años cuando sucedió a su abuelo. Después de tantos años, habíase esfumado el primitivo entusiasmo que lanzara a los ingleses contra los enemigos del rey. A los quince años del tratado de Brétigny, Inglaterra no era más que un país descontento; casi todas sus conquistas se habían perdido.

Campesinos, obreros y nobles

La peste negra había desencadenado efectos catastróficos en el mundo laboral. Los nobles en sus castillos y los artesanos en sus talleres sufrían la carencia de mano de obra. Como los obreros agrícolas e industriales se percataran de cuán indispensables eran, exigieron, por supuesto, salarios más elevados y comenzaron a oponerse al rey y al parlamento. Ahora bien, según el sistema siempre aplicado en la campiña inglesa, los grandes terratenientes hacían cultivar por su cuenta y bajo vigilancia de administradores una parte de sus dominios y arrendaban la otra a los campesinos de las aldeas, que, adscritos a la gleba, estaban obligados a cierto número de prestaciones gratuitas en provecho del señor.

Antes de la peste negra, el sistema había sufrido ya bastantes modificaciones. Era perfectamente natural que los campesinos intentaran liberarse de sus muchas obligaciones. El dinero percibido había permitido a los terratenientes alquilar los servicios de trabajadores libres, no ligados por las disposiciones feudales, con lo que se formó y se desarrolló una clase de trabajadores agrícolas libres, que no tardaron en imponer las mayores exigencias en el período consecutivo a la epidemia. Este espíritu oportunista pronto se comunicó a los campesinos que gemían aún en servidumbre. Los trabajadores de la tierra se unieron para obtener mejores condiciones de vida; las clases pudientes pasaron entonces por una situación penosa. Los señores se vieron obligados a pagar el precio exigido por los trabajadores, a menos de dejar sus tierras en barbecho y quedar arruinados.

Resultados del "Estatuto de los trabajadores"

Para frenar las nuevas tendencias, el parlamento votó en 1351 una ley, en virtud de la cual toda persona menor de sesenta años, que ejerciera un oficio, debía contentarse con el salario vigente en 1346, es decir, antes de desencadenarse la peste. Quien no estuviera conforme, sería condenado a prisión, y el patrono que pagara salarios más elevados, fuertemente multado. Además, los víveres debían venderse "a precios razonables". Esta ley —conocida en la historia bajo el nombre de *Statute of labourers*— provocó frecuentes y graves desórdenes sociales, que influyeron en la evolución ulterior de la vida pública inglesa.

Los trabajadores se manifestaron en abierta rebeldía contra las nuevas leyes; merodeaban en grupos por los caminos reales, imponiendo sus reivindicaciones. Luego se dirigían hacia donde pagaban salarios más elevados.

"Procuran evadirse de las leyes, con gran daño para todo el país —comprobaban en 1376 con amargura los miembros del parlamento—. En cuanto sus señores les hacen el menor reproche e intentan pagarles según la ley, abandonan bruscamente talleres y casa, errando de una ciudad a otra, sin que sus dueños sepan siquiera dónde se encuentran. La mayoría de los trabajadores se han pervertido así y han acabado

convirtiéndose en salteadores de caminos; por doquier se desarrolla la criminalidad, con gran detrimento del reino."

La campaña iniciada por el parlamento no tuvo éxito. Puesta en evidencia la imposibilidad de encontrar suficiente número de trabajadores para el cultivo de las tierras, muchos propietarios transformaron sus campos en pastizales para las ovejas, esperando obtener mayores beneficios con el comercio de la lana, entonces en auge. Se ha dicho acertadamente que, desde 1349, la historia de la agricultura inglesa se resume en la transformación de los campos de cultivo en pastizales para el ganado lanar. El porvenir demostraría la importancia capital de esta evolución, tanto en el orden social como en el económico. Por su parte, el parlamento no consiguió mantener vigentes por mucho tiempo los salarios al bajo nivel prescrito. Pese a la severidad de las leyes, continuaron subiendo, de modo que el trabajador inglés vio al fin mejorada su situación.

La opinión de las clases pudientes sobre tal estado de cosas se expresa en la literatura de la época; los contemporáneos se admiran de las exigencias exorbitantes de los trabajadores: "En otro tiempo, los obreros no solían comer pan de trigo; se alimentaban de habas y pan ordinario de avena; en vez de vino, bebían agua; el queso y la leche eran para ellos golosinas que rara vez podían gustar; se vestían con sayales pardos; en aquella época todavía existían las buenas costumbres, pero hoy quieren comer más que sus señores y presumen de ricos trajes, cuando deberían vestir estameña, como en épocas pasadas. ¡Ay, en qué tiempos vivimos!"

Sin duda, hacia 1360-1370, el trabajador inglés podía permitirse rucas cosas con las que no se hubiera atrevido a soñar algunos años antes, y que el obrero francés no disfrutaría hasta bastantes siglos después. Pero estaba persuadido que no hubiera, logrado elevar su nivel de vida sin desafiar al rey y al parlamento. Demasiado sabía que la gente que gobernaba Inglaterra sólo esperaba una ocasión propicia para quitarle de nuevo unos derechos tan difícilmente adquiridos. Y estaba decidido y resuelto a luchar para mantener su nueva posición.

Algunos nobles juzgaron estos síntomas como precursores de otra época, pero no hicieron caso de sus advertencias.

La rebelión de Wat Tyler

En 1377 se elevaron voces en el parlamento, quejándose de la arrogancia, sin cesar creciente, de los campesinos y trabajadores agrícolas. Creían poder desafiar con impunidad las leyes. Cuando sus Señores intentaban aplicar las prescripciones legales, los amenazaban de suerte; en todos los lugares del país organizaban reuniones en las que se prometían ayuda y asistencia contra sus señores, promesas que, llegado el momento, no dejaban de mantener.

En 1380, el parlamento votó una nueva recaudación de impuestos, destinada a costear la prosecución de la guerra contra Francia, pese a que ésta se había hecho muy impopular. Los desórdenes comenzaron en el condado de Essex, en el este de Inglaterra, hacia la primavera de 1381. Bandas de campesinos furiosos apresaron a los recaudadores de impuestos y degollaron a miembros de los tribunales que pronunciaron severas penas contra quienes habían desobedecido las leyes referentes a la reglamentación laboral. También estallaron motines en Kent, donde el admirable Wat Tyler se puso al frente de los rebeldes. Algunos suponen que había sido soldado y había participado en las campañas de Francia. El 10 de junio, los amotinados llegaron a Canterbury e invadieron la catedral durante la celebración de la misa; interrumpieron los cantos litúrgicos, gritando que deberían elegir un nuevo arzobispo, pues el primado que teman —Sudbury, canciller del rey— era un traidor y perecería pronto con la

muerte reservada a tal género de criminales. Después, la banda se ensañó en los alrededores. Gran número de nobles se vieron precisados a buscar refugio en los bosques; sus casas fueron incendiadas y también parece que hubo escenas de carnicería, como se produjeron en Francia en tiempo de la *jaquería*.



Wat Tyler y John Ball a la cabeza de los "tyleristas".

Los campesinos en Londres

El objetivo de la expedición era Londres. Los campesinos llevaban intención de dirigirse al rey en persona, el joven Ricardo II. Sus exigencias eran: completa libertad individual, derecho de caza y abolición de todo trabajo obligatorio y de toda prestación feudal. Es innegable que el pueblo estaba influido por las predicaciones de clérigos que pedían reformas desde mucho tiempo atrás; lo cual no significa en absoluto que Wyclif, la figura religiosa más importante de esta época, tuviera relación de cualquier clase con los amotinados. Wyclif proclamaba, en efecto, que la Iglesia, ante todo, debía despojarse de sus bienes superfluos, pero en el orden social, profesaba opiniones más bien conservadoras.

El miércoles 12 de junio, uno de los principales caudillos de los campesinos, el sacerdote John Ball, arengó al público. Durante veinte años, este luchador fanático de las ideas democráticas había recorrido el país predicando con la misma energía contra el gobierno y la clerecía. Sólo se callaba cuando las autoridades juzgaban oportuno meterlo una temporada en la cárcel. Esta vez adoptó como tema de su sermón "la vida de nuestros primeros padres, Adán y Eva, en la época en que no existían aún nobles ni campesinos". Según él, todos los hombres habían sido creados iguales. La servidumbre y la esclavitud fueron inventadas por la maldad de gente indigna del nombre de cristianos, y debían, por consiguiente, ser abolidas.

Excitada por las palabras de su jefe, la turba de campesinos esperaban impacientes el momento de ser admitidas dentro de los muros de Londres. Hubo negociaciones con los magistrados de la ciudad, que juzgaron al fin más razonable atender aquella petición que les hacían. Se bajó el puente levadizo; los amotinados penetraron en la ciudad en desordenado tropel. Se dirigieron sin titubear al palacio Savoy, residencia de Juan de

Gante, detestado por campesinos y obreros. Allí destruyeron todo cuanto cayó en sus manos y al fin prendieron fuego a la casa. Pero ninguno de ellos se apropió de la menor cosa, pues se preciaban de no ser ladrones. Se trataba, simplemente, de una revolución social.

El rey y los rebeldes

En la Torre de Londres, la corte esperaba con ansiedad el desenlace de los acontecimientos, agrupados en torno al joven rey y a su madre. Algunos de los principales consejeros, como el arzobispo de Sudbury y el conde de Salisbury, político lleno de experiencia, se encontraban allí también. Ricardo, que vio desde lo alto de la torre elevarse el humo de los incendios, convocó a sus hombres para pedirles consejo. Algunos opinaban que era preciso reducir a los amotinados por la fuerza. "Había que matarlos como a moscas." Pero el viejo Salisbury, que estuvo en Poitiers y había dictado las condiciones de los preliminares de Brétigny, preconizaba métodos más pacíficos y logró hacerse oír.

En la mañana del 14 de junio, el rey, al frente de sus hombres, se presentó a caballo ante los amotinados, para negociar con ellos. El lugar del encuentro fue Mile's End, al nordeste de Londres. Iniciada la audiencia, los campesinos presentaron sus reivindicaciones: libertad individual completa y, en cuanto a la presentación debida al señor, precios moderados de arriendo. Ricardo asintió. Treinta escribanos redactaron y transcribieron nuevas cartas de franquicia; una vez otorgadas, comenzó la retirada, entre el entusiasmo general.

Mientras tanto, se desarrollaba una terrible tragedia en la Torre de Londres. Parte de los campesinos había penetrado en el castillo, buscando a los hombres contra quienes estallara la rebelión, y allí asesinaron a los que, según ellos, estaban complicados de cerca o de lejos con la política gubernamental hostil al pueblo. Estos asesinatos se extendieron luego a toda la ciudad y al resto del país. Los amotinados abrieron las prisiones y su tropa pronto se adulteró con los elementos más abyectos del populacho; una serie de crímenes bestiales fueron la consecuencia.

Un minuto histórico

Ricardo II, pese a su juventud, comprendió en el acto que era preciso actuar sin demora. A petición de los amotinados, mantuvo con ellos un segundo coloquio. La entrevista tendría lugar esta vez en Smithfield, al norte de la capital. Ricardo fue antes a la abadía de Westminster, donde se confesó en compañía de sus consejeros. En Smithfield, los campesinos, al mando de Wat Tyler, fueron a su encuentro. Instantes después, el jefe de los rebeldes caía apuñalado por el lord-alcalde de Londres, presente en el séquito del soberano. De súbito, millares de arqueros apuntaron sus flechas hacia el rey y los suyos. El joven monarca, a la sazón apenas de catorce años, dio pruebas admirables de sangre fría y presencia de ánimo. Completamente solo, dirigió su montura al encuentro de los rebeldes. A los gritos elevados en torno suyo respondió: "¡Soy vuestro rey: seré también vuestro jefe!" Estas palabras causaron un efecto mágico en la multitud, cuya cólera se apaciguó y no se disparó una sola flecha. Los rebeldes depositaron su causa en manos del rey. Siempre solo, Ricardo se puso a la cabeza del cortejo y lo condujo fuera de la ciudad en dirección a la campiña; la crisis había sido vencida.



Esta imagen muestra una interpretación de la muerte de Wat Tyler. De la Crónica de Froissart.

Más tarde, los principales señores del país volvieron a empuñar las riendas del poder. Exigieron que aquel espíritu rebelde de campesinos y obreros fuera definitivamente extirpado. De buen o mal grado, el rey hubo de acceder a ello. Después de entregarse a las peores venganzas, cometieron un perjurio de la peor especie: la carta de libertad que el rey promulgara en Mile's End fue declarada nula y no concedida. La rebelión de los campesinos fue ahogada en sangre.

No obstante, la lucha no resultó inútil. Si bien el movimiento en pro de la libertad era momentáneamente aplastado, nada podría contener en lo sucesivo el impulso de las clases trabajadoras hacia la libertad. Resistiría el paso de los siglos, y en el siglo XVI llegaría su triunfo. Por de pronto fue preciso suavizar la ley laboral de 1351 y la rebelión de los campesinos fue una lección que los lores no olvidaron en mucho tiempo.

DOS PRÍNCIPES DESEQUILIBRADOS

Ricardo II de Inglaterra

Existe en la abadía de Westminster un cuadro —el más antiguo retrato de un rey de Inglaterra— que representa a Ricardo II, hijo del Príncipe Negro y héroe en 1381 de la revuelta de los campesinos, y corresponde perfectamente a la imagen que los historiadores nos han dejado de él: un joven imberbe, con bucles de un rubio dorado, y la expresión tierna, aunque demostrando energía. Esta pintura fue, sin duda, ejecutada entre los quince y veinte años del rey.

Su aparición en la escena política con su magistral intervención en la rebelión de 1381 fue espectacular y heroica. Su final no resultó menos dramático: destronado en 1399, abandonado de casi todo el pueblo, murió poco después en prisión, probablemente asesinado. Entre el primero y el último acto de este drama, se acumularon violentos conflictos que agitaron al reino. Ricardo II quiso ante todo reducir el poder de los nobles; con esta idea intentó reinar con ayuda de una corte, cuyos miembros, la mayoría de origen humilde, le fueran adictos por entero. Los adversarios del monarca en el seno de la alta aristocracia anularon esta política de gobierno personal, capturando, ejecutando o desterrando a los consejeros del rey entre 1386 y 1388, y apoderándose al fin del gobierno. El soberano hubo de escuchar amargas verdades en el Parlamento. Le recordaron en especial que existía una antigua ley, recién aplicada, según la cual podía el rey ser destronado y sustituido por un miembro de su familia, si no respetaba los estatutos del reino.

Ricardo pareció someterse al principio, impresionado por aquella alusión a su predecesor Eduardo II. Pero acabó sobreponiéndose al temor. En 1389 resolvió dar un golpe de Estado. Convocó una asamblea de nobles y les preguntó si sabían su edad. Le respondieron que en aquel momento tenía veintitrés años. "En tal caso —replicó el rey—, tengo ya bastantes para dirigir el reino por mí mismo", y despidió a todos sus ministros. Con general sorpresa, la oposición quedó reprimida después de este gesto de energía; ocho años tardaría en volver a levantar cabeza.

La altiva serenidad demostrada por Ricardo al principio de su reinado forma un extraño contraste con el desequilibrio mental del último período de su vida. Se dejaba arrastrar a veces por la más terrible cólera y se entregaba entonces a las más viles acciones. Pasaba del humor festivo al sombrío pesimismo. Para disipar su tristeza por la muerte de su primera esposa, Ana de Bohemia (1394), se entregó a los más desenfundados excesos y malgastó sumas que sobrepasaron incluso las de su abuelo Eduardo III. Cuando el Parlamento no pudo adelantarle fondos suficientes, formó listas de burgueses ricos y de corporaciones, a los que forzó a otorgarle cartas de pago en blanco. Nadie volvió a ver su dinero. El héroe de Mile's End llegó a ser objeto de odio y desprecio; Ricardo estaba plenamente consciente de ello. Por temor a un atentado, no se atrevía a quedarse solo; se rodeaba día y noche de una escolta de arqueros. En todo caso, ello no sirvió para mantenerlo en el poder y protegerlo contra un golpe de Estado. El jefe de los amotinados, fue el hijo de su medio tío Juan de Gante, su primo Enrique de Lancaster, que, destronado Ricardo por el Parlamento en el propio palacio de Westminster, por él construido, iba a ocupar el trono de Inglaterra con el nombre de Enrique IV.

De una a otra generación

Eduardo III había sido un rey soldado. El hijo del Príncipe Negro detestaba todo cuanto se relacionara con las armas. Ricardo no tenía sentimientos imperialistas: la guerra contra Francia lo dejaba por completo indiferente y no intentó conquista alguna en el continente. Le interesaba más reforzar su posición en su propio reino. Para ello gozó de una clarividencia política que superaba con mucho a su época y que, en consecuencia, no fue comprendida. Ya en 1386, Ricardo chocó violentamente con el Parlamento al declarar que haría la paz con Francia si los nobles rehusaban someterse a su voluntad. El Parlamento le recordó que Carlos VI era el enemigo más peligroso del rey y del reino. De ello, Ricardo no estaba tan seguro. Renunció de momento a su proyecto; pero diez años más tarde concertó una paz de treinta años con Francia (1396). En caso que Ricardo encontrara dificultades, el rey de Francia se comprometía, según

las cláusulas del tratado, a acudir en su ayuda. Para sellar esta paz, Ricardo tomó por esposa a la hija de Carlos, la pequeña Isabel, entonces de siete años de edad.

El pueblo inglés emitió un severo juicio sobre su rey. Y de esta nación, ¿qué pensaba él? "No hay —diría en su prisión de la Torre de Londres— un pueblo tan extraño e irresoluto como el inglés; ha destronado, matado y arrastrado a la ruina a muchos reyes y ha vivido siempre entre la cizaña y la discordia."

Carlos VI de Francia

El soberano de quien Ricardo esperaba ayuda en sus dificultades tenía apenas veintiocho años al firmarse el tratado que debía detener tan larga guerra, pero era un hombre acabado. Carlos VI de Francia ya demostraba ser un desequilibrado mental.

A la muerte de Carlos V, en 1380, la regencia fue asumida por sus hermanos, los duques de Borgoña, de Berry y de Anjou hasta la mayoría de edad de Carlos VI. El joven rey aparentaba excelentes cualidades. Su padre le proporcionó los mejores maestros de la época. Deseaba hacer de su hijo un príncipe a su estilo: culto, dedicado por entero a sus deberes de rey. Pero Carlos VI no era un sabio, sino un joven fogoso, que se sentía a sus anchas en el baile o cazando. Demostró también valor militar en Flandes. Felipe de Artevelde, hijo de Jacobo, había expulsado a Luis el Malo, conde de Flandes, y logrado la unión de los municipios flamencos en su lucha por la libertad (1382). La victoria de estos confederados flamencos sublevó ese año a la burguesía de París contra la política fiscal del rey de Francia. El levantamiento de los flamencos constituía al propio tiempo una amenaza para el duque de Borgoña, tío del rey, yerno y heredero del conde de Flandes. El joven rey entró personalmente en campaña, y el 27 de noviembre de 1382 consiguió sobre los confederados la victoria de West-Roosebeek, que costó la vida a Felipe de Artevelde.

Carlos VI se casó tres años después. Para ello debía elegir entre las hijas de los duques de Baviera, de Austria y de Lorena, por lo que tomó en su mano los retratos de estas damas, y fue Isabel de Baviera la que le pareció más hermosa. Tenía quince años y era lozana y de gran vivacidad. Cuando llegó a Francia, Carlos concibió un súbito e incontenible amor hacia ella y expresó su intención de casarse cuanto antes, deseo que fue cumplido.

Tres años más tarde —en 1388— manifestó su voluntad de empuñar en persona las riendas del poder. Despidió a sus tíos y eligió por sí mismo a sus consejeros. Los escogió entre gentes de origen burgués, que su padre ya había preferido, y con su ayuda empezó a gobernar a ejemplo de Carlos V. Sus consejeros tenían como primer objetivo mantener la paz con Inglaterra, reformar la justicia y la administración del reino y llevar una política financiera prudente y honesta. En círculos de la nobleza se los llamaba "los muñecos".

El fantasma de la locura

En la primavera de 1392, el rey sufrió un acceso de fiebre pertinaz, que le produjo una profunda depresión. Durante el verano del mismo año se produjo la catástrofe. En una jornada sofocante, el monarca, acompañado de su séquito, atravesaba a caballo un bosque, cuando de repente un desconocido se abalanzó hacia él y, sujetando las riendas de su caballo, exclamó: "¡Señor, ni un paso más: os han traicionado!" Carlos experimentó una impresión terrible; sus acompañantes tuvieron gran dificultad en reanimarlo, a fin que la comitiva pudiera proseguir la marcha. De repente, el ruido de un choque de armas rompió de nuevo el silencio. Uno de sus escuderos, que cabalgaba

detrás, se había adormecido; su lanza, al caérsele había tropezado con la armadura de otro escudero, produciendo en el silencio del bosque un estrépito igual al que habrían causado las espadas al cruzarse. Carlos volvió grupas a su montura y, cegado por la ira, se precipitó sobre sus acompañantes con el arma desenvainada. Antes de que pudieran calmarlo, cuatro hombres yacían muertos en el suelo. Con mil precauciones inmovilizaron al furioso joven, aterrados, pues comprendían que no era dueño de sus actos, ya que no conocía a nadie y era incapaz de proferir palabra.



Carlos VI. de Francia

A pesar de todo, Carlos VI permaneció en el trono treinta años más, es decir, hasta 1422, pero nunca recuperó la salud mental. Los cronistas de la época nos han dejado párrafos impresionantes de este infortunado príncipe privado de la razón, cuyos primeros años fueran tan prometedores. En los escasos momentos en que tenía clara conciencia de algo, padecía atrocemente. Sus contemporáneos muestran hacia él una profunda compasión. Nunca olvidaron las esperanzas puestas en él, su alegría juvenil, su sencillez y la gentileza que prodigaba a todos, de cualquier condición que fuesen.

El gobierno de este desgraciado monarca se complicó con una serie de guerras civiles que llevaron al país al borde de la ruina.

GUERRAS CIVILES EN FRANCIA Y EN INGLATERRA

Duques franceses luchan por el poder

El 24 de noviembre de 1407, hacia las ocho de la tarde, un hombre aún joven recorría a caballo la calle Barbette, en París. Era el duque Luis de Orleáns que había comido con su cuñada la reina Isabel de Baviera y regresaba junto a su hermano, el infortunado Carlos VI. Una mujer del pueblo lo vio pasar en el momento en que se asomaba a la ventana. Volvía a su alcoba, cuando al sentir gritos de angustia tornó precipitadamente y vio al duque derribado y a un grupo de hombres enmascarados que se ensañaban con él a lanzadas y hachazos. Luego los agresores desaparecieron. El duque de Orleáns acababa de ser asesinado en plena calle. Todo quedó en silencio.

Luis de Orleáns había sido el noble más popular de Francia. Una dama de la época lo describía así: "Era hermoso como un dios, excelente bailarín, brillante caballero y, además, de una gran bondad; nunca demostró falsedad ni crueldad inútil". Había nacido para destacar en aquella sociedad. Pero ello no le bastaba. Ambicionaba el poder. Cuando Carlos VI cayó enfermo y quedó incapacitado para gobernar, sus tíos intentaron asumir la regencia de nuevo. Pero sostenía el duque de Orleáns que tal derecho le pertenecía a él como hermano del rey.

La desgracia quiso que Luis, famoso por sus prodigalidades, tuviera necesidad de mucho dinero, tanto para su vida privada como para su actuación política. No le bastaban las rentas de su ducado de Orleáns y de otras posesiones suyas en Francia y en Italia. Además, éstas se hallaban demasiado diseminadas para permitirle ocupar una sólida posición. En tales circunstancias no le era fácil rivalizar con su tío, el duque de Borgoña, tan ambicioso como él, pero más poderoso y experimentado.

Según palabras de Froissart, "En política, Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, miraba lejos". De todos los hijos del rey Juan, era el más rico. Su elevada estatura, rostro fiero y mentón prominente, típico de los Capetos, le daban un aire ceñudo; de mirada penetrante, unía una firmeza autoritaria con una fina diplomacia. Su rara elocuencia, nos revela un cronista, "le permitía recibir galantemente a los embajadores extranjeros y despedirlos siempre satisfechos". Su divisa "Me urge" revela su gusto por la acción rápida y las realizaciones inmediatas.

Felipe el Atrevido, duque de Borgoña

Felipe el Atrevido había tomado parte en la batalla de Poitiers en 1356. Recibió en 1364 el ducado de Borgoña en herencia y en 1369 se casó con Margarita de Male, heredera del condado de Flandes. Estadista de consumada habilidad, dotado siempre de recursos, el duque tenía el arte de sacar partido de todas las ocasiones favorables. Mostrando benevolencia, supo conquistar el afecto de sus vasallos flamencos, halagados de verlo interesado en sus reivindicaciones ciudadanas y por recibir de él cartas hábilmente redactadas en su dialecto, cosa que aprovechó para imponerles instituciones de fuerte matiz centralista, imitadas de las existentes en Francia.

Preparó la unificación de los Países Bajos mediante el matrimonio de sus hijos. Bodas y alianzas, conspiraciones y amistades, fiestas fastuosas y represiones, cada cosa tenía su lugar preciso en aquel cerebro sistemático y realista. Y así, el duque de Borgoña tenía intereses en Francia y en el Sacro Imperio Romano Germánico, pues había adquirido por alianza matrimonial los vecinos condados de Flandes, Artois y Nevers, así como el Franco Condado, posesiones todas que gobernaba desde Lille y Dijon.

Parecía natural que este hombre, en su calidad de antiguo tutor del rey, asumiera la regencia. De 1380 a 1388 y desde 1392 hasta su muerte, acaecida en 1404, Felipe el Atrevido fue el personaje más poderoso en el norte de Francia. Según algunos, sirvió a este país con entrega total de sí mismo, manteniendo las nobles tradiciones instauradas por Carlos V, y dirigió los destinos de Francia con tal acierto, que el reino pudo acumular nuevas energías. Otros pretenden que se hallaba demasiado absorbido por los intereses de su propia dinastía para poder dirigir con eficacia los asuntos de Francia. En cambio, todos elogian a su adversario, Luis de Orleáns.

Armañques y borgoñones

La lucha por el poder entablada entre tío y sobrino no hizo sino agudizarse. Mantenían opiniones diametralmente opuestas en todos los asuntos. Ante el problema del gran Cisma de Occidente, que dividía entonces a la cristiandad en dos campos, se habían adherido a bandos opuestos.

Lo mismo ocurría en lo referente a la cuestión inglesa. En 1396 se concertaba una paz con Inglaterra que debía ser de larga duración. El duque de Borgoña era decidido partidario de la política pacifista, ya que su poderío se basaba sobre todo en la prosperidad de las ciudades flamencas, que dependía, a su vez, de la amistad con Inglaterra. Cuando la noticia de la muerte de Ricardo II llegó a Francia, Felipe el Atrevido se apresuró a reconocer a la nueva dinastía inglesa. Luis de Orleáns desaprobó esta política. Acusó a Enrique IV de haber faltado a sus deberes de caballería con respecto a la viuda de Ricardo, la joven Isabel de Francia, y lo desafió a singular combate. Debían dirigirse a un lugar situado cerca de la frontera francesa, cada uno al frente de cien caballeros, para entablar una batalla en miniatura. Enrique IV, espíritu más positivo, respondió lisa y llanamente que tal proposición no lo tentaba en absoluto.

Existían, además, otros motivos de conflicto entre ambos príncipes franceses. El duque Luis de Orleáns, que necesitaba mucho dinero, intentó obtenerlo elevando los impuestos. Felipe de Borgoña no desdeñaba en verdad el dinero, pero tenía el buen sentido de procurar no adquirirlo elevando las cargas fiscales de Francia, debido a la situación en que el país se hallaba en aquel momento. Sobre este particular deseaba ante todo anular los decretos que su sobrino había creído necesario promulgar. Tal actitud lo hizo desde luego muy popular, sobre todo en la población de París. Al fin, en la primavera de 1404, el conflicto alcanzó su punto culminante. Felipe el Atrevido falleció en medio de estos problemas, dejando a su hijo Juan Sin Miedo posesiones territoriales muy extensas y un verdadero embrollo político. El nuevo duque de Borgoña provocaría la catástrofe que pronto estalló.

Juan era hombre de acción. Se le tenía por persona fanática y taciturna, capaz de cometer crímenes por ambición. Albergaba un odio profundo hacia su primo, el duque de Orleáns. Siempre se sintió incómodo ante este noble cortesano, de maneras desenvueltas y bella presencia. En cambio, la naturaleza se había mostrado poco generosa con él: era muy bajo de estatura y tenía una cabeza desmesuradamente grande. El juego de intrigas que Juan Sin Miedo no cesó de urdir contra su odiado rival remató en el asesinato de la calle Barbette, el 24 de noviembre de 1407, póstumo de una encarnizada guerra civil.

Francia entera se dividió en dos bandos. Uno sostenía al duque de Borgoña y el otro tomó partido por el joven duque Carlos de Orleáns, de 14 años de edad entonces, casado con una hija del duque de Armagnac, de donde procede la denominación del partido de los armañques. Las regiones septentrionales se aliaron con los borgoñones, pero, no obstante, el duque de Borgoña no descuidó buscar aliados entre las potencias

extranjerías, los príncipes alemanes e Inglaterra sobre todo, cosa que en opinión de los armañiques bastaba para condenar a los borgoñones como enemigos de Francia.

La casa de Lancaster

La dinastía de Lancaster había escalado el trono en 1399, y con ella se reanudó la guerra con Francia.

Cuando Enrique IV decidió eliminar a Ricardo II, tuvo dificultades en asegurar su posición. Los personajes más poderosos del reino eran en aquel entonces Henry Percy, conde de Northumberland, y su hijo Henry Hotspur. El nuevo rey debía mucho a ambos porque le habían prestado valiosa ayuda para conseguir la corona proporcionándole muy importantes sumas de dinero. En contraparte, el rey les otorgó el alto mando militar en los ejércitos reales. Pero su amistad con Enrique pronto se trocó en hostilidad declarada. Ambos se pusieron al frente de la oposición y en 1403 entraron de lleno en franca rebeldía.

El poder de Enrique era poco eficaz entonces, pues la familia Percy gozaba de enormes influencias en el país. En situación tan desesperada, el rey decidió jugarse el todo por el todo. Con sus tropas marchó contra Hotspur, obligándolo a una batalla decisiva cerca de Shrewsbury, y tuvo suerte: Hotspur pereció en el campo de batalla y Enrique obtuvo la victoria.

Esta terrible lucha agotó sus fuerzas. Cuando Enrique IV vencía sus peores dificultades, la muerte ya le había sentenciado y sucumbió en 1413, dejando la corona a su hijo Enrique V, del que se sabía muy poco en el reino, salvo que era un vividor y aficionado a llevar la contraria a su padre. Ascendido al trono, se reveló como un monarca enérgico, con plena conciencia de sus deberes de rey. Supo reforzar poderosamente su posición en el interior del país y le fue más fácil que a su padre atraerse partidarios, e hizo cuanto pudo para acabar con las viejas rivalidades. Mandó sepultar en la abadía de Westminster los despojos de Ricardo II y devolvió al hijo de Henry Hotspur su título de duque de Northumberland. Enrique tenía vocación de gran jefe y sabía que arrastraría con facilidad a su pueblo a la guerra contra una Francia debilitada por luchas intestinas, pues el pueblo inglés se mostraba en aquel momento mucho menos hostil a sostener una campaña exterior que en los últimos años del siglo XIV.

LA GUERRA EN SU ÚLTIMA FASE

OTRA VEZ LA LUCHA

El derrumbamiento francés

Importaba a los ingleses en aquel instante escoger aliado entre los dos partidos que se disputaban Francia. Enrique decidió unirse a los borgoñones. En 1415, hízose a la mar en una flota poderosa; sus tropas desembarcaron en la desembocadura del Sena y, en octubre, ingleses y tropas francesas se enfrentaban cerca de **Azincourt**, pequeña villa de Artois.

El rey Enrique abrigaba optimismo, pese a la superioridad numérica del adversario. Treinta mil franceses se oponían al ejército inglés, compuesto sólo de diez mil. La batalla comenzó a las once de la mañana y terminó a las cuatro de la tarde. Enrique consiguió una victoria tan decisiva como la que el Príncipe Negro obtuviera en Poitiers. Una vez más, los obstinados franceses intentaron combatir a la manera de los antiguos caballeros y el resultado fue una espantosa carnicería. Siete mil franceses quedaron en el campo de batalla, mientras que los ingleses sólo perdieron quinientos hombres. Cuando poco después regresó Enrique a Inglaterra, fue aclamado por el pueblo con los títulos del rey de Inglaterra y Francia.

Nadie calibraba mejor que este monarca la dosis de exageración que había en tales adulaciones. A diferencia de Eduardo III, había calculado de antemano cuánto le costaría la conquista de Francia, que tenía planificada de modo sistemático. Ocupó Normandía y las regiones al norte del Sena, para amenazar desde allí a París. Tomó Caen, cuyos habitantes expulsó y sustituyó por ingleses. Después asentó sus reales ante Ruan, y en 1419 la ciudad hubo de capitular.

Las luchas en París

A mediados de 1418, París cambió de partido. El duque de Borgoña Juan Sin Miedo entró en la villa ovacionado por el pueblo, debiendo el Delfín huir en definitiva a Bourges. Juan comenzó entonces a sentirse inquieto. Nunca había sostenido ciegamente a los ingleses y aquellas conquistas demasiado rápidas lo movieron a tantear un acercamiento con sus adversarios, los armagnacs, acaudillados a la sazón por el entonces Delfín¹¹ y futuro rey Carlos VII de Francia.

En 1419, ambos príncipes se entrevistaron en Montereau. Pronto se vio la imposibilidad de llegar a un acuerdo: tras de un primer cambio de impresiones, el Delfín puso término bruscamemente a la entrevista y enseguida varios acompañantes suyos

¹¹ Título del príncipe heredero francés. Proviene de una heredad ubicada en el sudeste de Francia, que Carlos V cedió a su hijo cuando ascendió al trono de Francia: el Delfinado.

ultimaron a estocadas al duque Juan. Así murió aquel hombre que comenzara su carrera política haciendo asesinar al duque de Orleans en la calle Barbette.



Escena de la sangrienta batalla de Azincourt, 25-10-1415. Miniatura del siglo XV. Londres, Victoria and Albert Museum.

Triunfo y muerte de Enrique V

Este acto de violencia hizo que el nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se pasase con armas y bagajes al campo de los ingleses. En 1420 el infeliz Carlos VI se vio obligado a negociar con Enrique V la vergonzosa paz de Troyes, que equivalía a una capitulación total. Enrique V recibiría en matrimonio a Catalina, hija de Carlos VI y de Isabel de Baviera, lo que le daría el derecho de heredar la corona de Francia, con exclusión del Delfín, y hasta el fallecimiento de Carlos VI, la regencia de Francia, que ejercería con asistencia del duque de Borgoña.

Enrique V pasó su luna de miel en las trincheras abiertas ante la ciudad de Sens. Las fatigas de sus campañas habían minado su salud; apenas cumplió los 35 años de edad, murió en 1422, el mismo año que Carlos VI de Francia.

La política de Enrique V fue continuada después de su muerte por su hermano el duque de Bedford, pues en su lecho de muerte Enrique V le había transmitido todos los poderes hasta la mayoría de edad de su hijo, el futuro Enrique VI. El duque de Bedford demostró ser un general muy hábil y prudente administrador. Puso fin al sistema de pillajes, a que los ingleses se habían dedicado en Francia en tiempos de Eduardo III; prestó su apoyo a los esfuerzos emprendidos para la reconstrucción de las regiones devastadas y saneó la moneda.

La campaña de Bedford se llevó a cabo con dificultades a causa de la escasez de dinero y, como consecuencia, de soldados. Le era preciso, de buen o mal grado, confiar en la alianza con el duque de Borgoña.

La monarquía borgoñona

Felipe el Bueno contaba 23 años cuando empezó a gobernar los territorios de Borgoña. "Erguido como un junco", de fuerte complexión y apariencia elegante, afectaba el porte altivo de un príncipe poderoso. "Su sola presencia le daba aires de emperador y era digno de llevar corona sólo por sus prendas naturales. Era de frente despejada, labios gruesos y colorados, y mirada penetrante bajo espesas cejas que se erizaban al encolerizarse."

Gracias a la política matrimonial de su abuelo, Felipe el Atrevido, y de su padre, Juan Sin Miedo, supo sacar provecho de las circunstancias favorables a su política de unificación de los Países Bajos. En 1421 compró el territorio de Namur al conde Juan III, apremiado por los acreedores y a punto de agotar su paciencia. En 1430 heredó el Brabante y Limburgo, incluidos Amberes y Malinas. Tres años después, con el pretexto de las fantasías sentimentales de su sobrina Jacqueline de Baviera, le confiscó Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia. En 1441 heredó Luxemburgo de su tía, que murió sin hijos, y luego consiguió colocar miembros de su familia en las principales sedes episcopales: en Cambrai, Utrecht y sobre todo en Lieja, a la que estaba vinculado un principado.

¿En qué medida Felipe el Bueno se consagró personalmente a los asuntos de gobierno? Sobre este punto los historiadores no han llegado a un acuerdo. El holandés Huizinga niega al duque el título de "estadista", pero, en cambio, el belga Pirenne estima que "sus cualidades personales fueron el instrumento particular de su grandeza". Algo más matizada es la opinión de José Calmette: "Lo cierto es que la participación exacta que corresponde al duque es imposible discernirla con justicia; pero, como ocurrió con Felipe el Hermoso, puede deducirse que, aunque poco aficionado al trabajo intensivo de gabinete, Felipe el Bueno dejó actuar a sus hombres de confianza, si bien las graves decisiones eran adoptadas exclusivamente por él; el tratado de Troyes fue preparado por Juan de Thoisy y el tratado de Arras por Nicolás Rolin, pero al menos la importancia de los preliminares que condujeron a la preparación de este último, y que han sido conservados, muestra con claridad el método: la decisión ducal fue avalada con todos los elementos de juicio que exigía la clarividencia de un jefe de Estado resuelto a no dejar a los demás el cuidado de regir los más importantes negocios y de aceptar ante la historia sus responsabilidades".



Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Del "Códice del Toisón de Oro, Madrid, Instituto Valencia de Don Juan.

Arte y política en Borgoña

Por otra parte, saber escoger los colaboradores, asignarles su cometido exacto, y vigilar su actividad sin perderse en detalles, son las verdaderas cualidades de un estadista.

Con la protección de los duques de Borgoña, se habían instalado una serie de talleres donde trabajaban los calígrafos más hábiles y los ilustradores y miniaturistas más famosos. De sus plumas bañadas en recipientes de azul, bermellón, oro y plata, surgieron incomparables maravillas como *Las Conquistas de Carlomagno*, los *Libros de las Horas*, y tantos otros manuscritos hoy conservados en nuestras bibliotecas de Occidente.

Del arte de la miniatura, detallado e ingenuo, elegante y realista, nace la gran pintura borgoñona. Abandonando el pergamino y la vitela por el caballete, utilizando colores de transparencia fluida, Juan van Eyck se liberó de las formas ingenuas en su intento de captar la vida real. «Sus cuadros son —en frase de M. Berenson— ese estremecimiento casi imperceptible de la vida cuyo efecto sobre la visión es similar al de la carne viva en las yemas de los dedos». Juan van Eyck no ha añadido nada a lo humano, salvo el arte y el poder de

captación. Sin duda nunca soñó en trasponer o interpretar; pero a fuerza de buscar la semejanza material, consiguió sin esfuerzo, la semblanza moral. Y así nació un arte sin par en Europa hasta que, en la segunda mitad del siglo XV, los artistas italianos volvieron a situarse en la vanguardia estética.

Así como la pintura flamenca se originó en la ilustración y la miniatura, la escultura borgoñona salió de la arquitectura y de los artífices de monumentos sepulcrales. Igual que Juan van Eyck, captaba la perfección en un solo arranque, Claus Sluter se impuso rotundamente por su genio creador. Con él la escultura sepulcral se independiza de las demás artes, de las que fue durante mucho tiempo servidora y tributaria; asegura el triunfo de la escultura y del movimiento del cuerpo vivo. Participando en una ambientación común, pese a columnitas y nichos, cada uno de los *Suplicantes* del mausoleo de Felipe el Atrevido, en Dijon, es autónomo desde cualquier punto de vista. Al conceder su protección a artistas como van Eyck y Sluter, los duques de Borgoña aportaron una contribución sobremanera valiosa a la civilización europea.

El asesinato de Juan Sin Miedo, padre de Felipe, suscitó cambios en la política exterior de Borgoña. Hasta entonces, los dos príncipes Valois habían mantenido buenas relaciones con Francia. Felipe, duque de Borgoña ante todo, ya no se consideró vasallo del rey de Francia. Cuando a la muerte del monarca inglés le propusieron asumir junto con el duque de Bedford la regencia de Francia, desechó la proposición. Así, la rivalidad entre franceses e ingleses se transformó en un conflicto entre tres partidos: Inglaterra, Borgoña y Francia.

“El rey de Bourges”

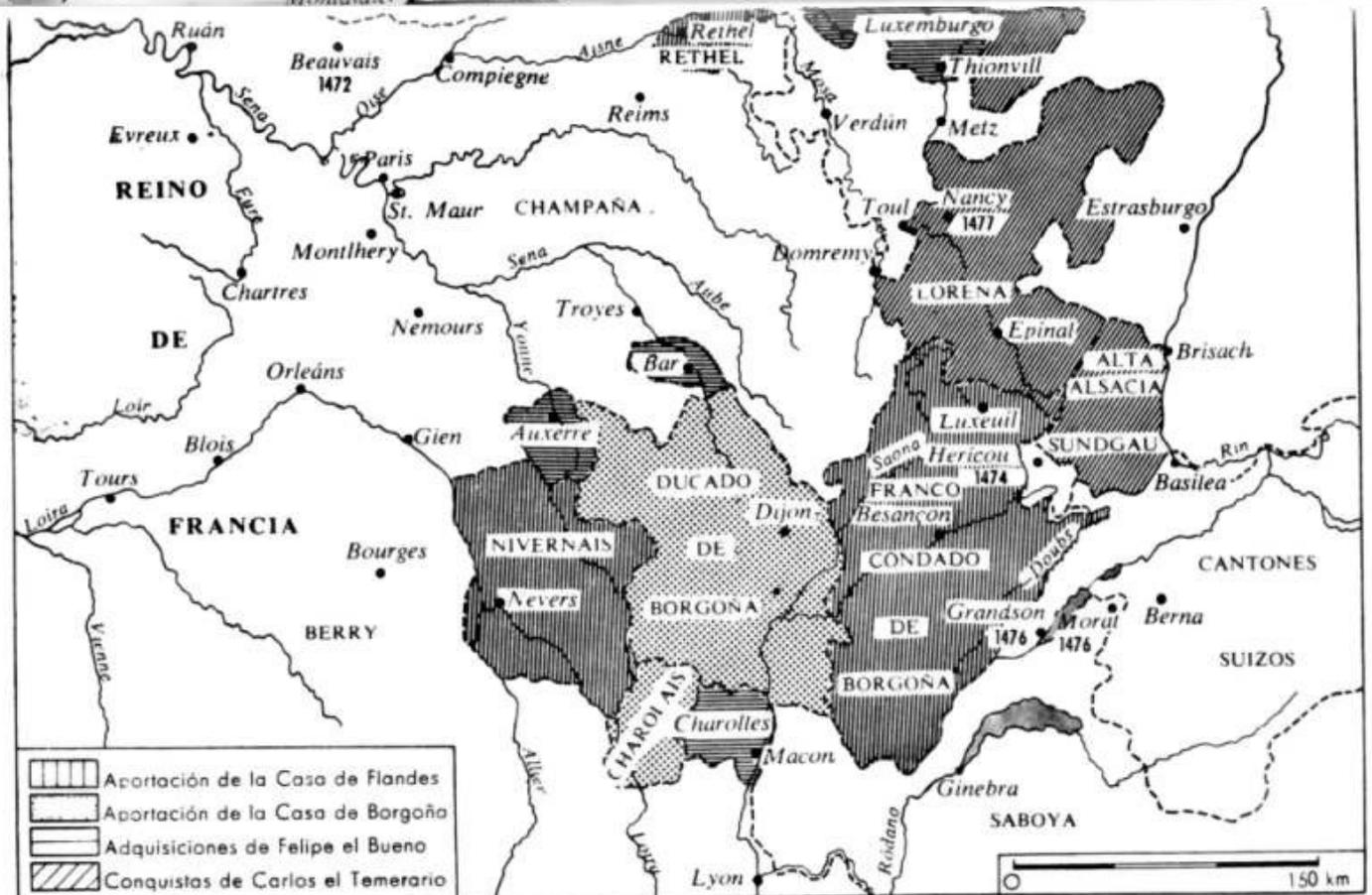
Mientras tanto, el delfín Carlos mantenía su corte en la ciudad de Bourges. Era el heredero legítimo del trono desde que falleciera su padre, Carlos VI, en 1422; pero las turbulencias de la época obstaculizaban su coronación. En los diez primeros años siguientes al tratado de Troyes, sólo reinó en algunas comarcas del centro de Francia fieles aún a los Armagnacs.

La estampa tradicional que se atribuye al delfín Carlos es la de un joven enfermizo, más o menos apocado, cuya timidez e irresolución naturales eran aprovechadas por sus enemigos. Los historiadores modernos han rectificado en más de un punto esta imagen en exceso simplista: hoy se sabe, sin lugar a dudas, que quien sería Carlos VII no estaba desprovisto de cualidades políticas.

En otoño de 1428, los ingleses asentaron sus reales ante Orleáns, con intención de convertirla en base de operaciones que les permitiera terminar la conquista de Francia. Orleáns constituía la vía de acceso hacia el sur del país; de su suerte dependía toda la evolución de los acontecimientos posteriores. El duque de Borgoña seguía con inquietud los progresos de la ofensiva inglesa, pues le disgustaba ver cómo sus aliados del otro lado del Canal se apoderaban de todo el reino.

En suma, Felipe el Bueno parecía dispuesto a entablar de nuevo negociaciones con el delfín, y a las provincias francesas todavía fieles al rey les complacía este proyecto. Por su lado, los estados generales, reunidos en Chinon —donde el monarca residía entonces— comunicaron a Carlos que consideraban la alianza con el duque de Borgoña como una solución acertada. El consejero del rey, La Tremoille, el hombre más rico de Francia y el más poderoso de la corte, se esforzó en persuadir al soberano, pero éste no quiso escucharle. Fueron aquéllos unos días extraordinariamente penosos. Carlos se hallaba indeciso, sin dinero y con muy pocos amigos auténticos, cuando surgió el milagro.

FORMACION DEL ESTADO BORGÑOÑ



La guerra cambia de signo

El 6 de marzo de 1429, un reducido grupo de caballeros efectuaba su entrada en Chinon. Entre ellos destacaba una jovencita llamada Juana de Arco que iba a solicitar audiencia a Carlos. Cuando, después de esperar tres días, se la concedieron, reveló al soberano que venía enviada por Dios, para libertar Orleáns, hacer coronar al delfín y expulsar a los ingleses de Francia; para ello solicitaba un ejército, con el que volaría en socorro de Orleáns.

Carlos dudaba. No sabía qué pensar de esta repentina aparición. Llevado de inspiración súbita introdujo a la joven en un aposento contiguo a la sala de audiencia y mantuvo con ella una prolongada entrevista personal. Al volver a la sala, los cortesanos advirtieron que sus facciones aparecían iluminadas, como no se las veían desde hacía mucho tiempo. Concedió a la joven todo cuanto deseaba. El resultado fue que desde los primeros días de mayo los ingleses se vieron obligados a levantar el sitio de Orleáns. Desde los tiempos de Carlos V y Beltrán Duguesclin, era ésta la primera gran victoria que lograban las armas francesas. El hecho significaba un profundo cambio.

Juana de Arco

La joven que aparecía de modo tan sorprendente en la escena histórica, había nacido en 1412 en la aldea de Domrémy, en los confines de Champaña y Lorena. Su padre era un campesino holgado y que gozaba de muy buena reputación.

Domrémy se hallaba al borde del camino principal, por donde desfilaban grupos de peregrinos, mercaderes y soldados mercenarios. A menudo estos transeúntes contaban a los aldeanos los acontecimientos que ocurrían en el mundo, la angustiada situación en que se hallaba entonces el rey de Francia y los desmanes a que se entregaban los ingleses en tierra francesa. Desde tiempo inmemorial, Domrémy se hallaba bajo la autoridad directa de la corona. Sus habitantes habían permanecido decididamente fieles al delfín, único heredero legítimo del reino.

Juana había crecido en esos agitados tiempos, prestando oído atento a las lamentaciones de las personas mayores sobre la triste suerte por la que atravesaba el país. Nunca aprendió a leer ni a escribir; su madre, mujer muy piadosa, la instruyó en la fe cristiana, le enseñó a rezar y le hablaba a menudo de la vida de los santos. Juana veía en torno suyo un clima de abatimiento —el dolor que la triste suerte del rey y de la patria provocaba en la gente— y escuchaba incesantes expresiones de odio contra los invasores. El amor a la patria se aunaba en ella a una profunda piedad, a una admiración ilimitada hacia la Virgen Inmaculada y a su inquebrantable fe en el origen divino de la monarquía francesa. Tales ideas y sentimientos originaron su vocación histórica.

Juana fue siempre una muchacha seria, a quien pocas veces se veía jugar con las de su edad. Un día en que se hallaba a solas en el jardín de su padre, escuchó de improviso una voz que dijo: "¡Dios es quien me envía y yo te ayudaré a que sigas piadosa. Permanece buena, Juana, y Dios te ayudará!" La niña se asustó mucho al principio, pues no sabía de dónde procedía aquella voz. Se tranquilizó diciéndose que quizás fuese el arcángel San Miguel quien le hablara de tal forma. Más tarde oyó también las voces de santa Catalina de Siena y santa Margarita. En el transcurso de los cinco años siguientes oyó con frecuencia voces que le decían: "Deja tu aldea y acude a salvar a Francia". Cuando en cierta ocasión respondió argumentando su poquedad y que sólo era una pobre niña incapaz incluso de montar a caballo y mucho más de

manejar las armas, el ángel respondió: "Es preciso que lleves al delfín a Reims para que sea ungido y coronado".

Juana comprendió al fin que había sido elegida para cumplir una grandiosa misión; sabía también que era preciso obedecer las órdenes recibidas. Pero la misión no era fácil de realizar. El camino hasta Chinon era largo y estaba sembrado de emboscadas a causa de la guerra. Necesitaba un caballo y una escolta armada, pues le sería naturalmente imposible hacer sola este viaje. Se fue al cercano castillo real de Vaucouleurs, y pidió una entrevista con su capitán, Roberto de Baudricourt. Era éste un soldado cortado según patrón de aquellos tiempos: un hombre rudo que se había pasado varias veces de un bando a otro y que contaba "tantos amigos entre sus enemigos cómo enemigos entre sus amigos". Lleno de desconfianza, interrogó a la joven y la mandó a apacentar sus rebaños. Después, al circular rumores en Domrémy que los ingleses habían puesto sitio a Orleáns, Juana se fue en el acto a hablar de nuevo con Baudricourt. Esta vez la escuchó el rudo guerrero con mayor interés. Le entregó un mensaje para el rey, la vistió con ropas masculinas y le proporcionó un caballo. Así equipada, Juana emprendió su marcha hacia la gloria.

En siglos posteriores, la figura de Juana de Arco ha sido objeto de una abundante literatura; obras históricas, poemas, y dramas. Ha sido ensalzada y ridiculizada. Se la ha considerado una santa enviada por Dios, o bien se han juzgado sus visiones, vocación y empresas como productos de la imaginación. Pero, cualquiera sea la explicación que se intente dar al enigma de su vida, no pueden negarse sus sorprendentes efectos.



*Las armas de fuego provocaron importantes cambios en la táctica militar.
Manuscrito francés. Siglo XV. Biblioteca Nacional, París.*

Juana en acción

Recordemos cómo se había originado el conflicto en que se hallaban mezclados tres partidos y cómo se agudizó aún más tan angustiosa situación con el sitio de Orleáns. Los contendientes en el juego político del que dependía el porvenir de medio continente, eran estadistas de la talla de un Felipe de Borgoña, un Bedford y un La Tremoille, quienes disponían de todo el poder y la máxima experiencia. Pero sus fríos cálculos fueron desbaratados por aquella pequeña aldeana inculta, una doncella de diecisiete años, procedente de una aldea lejana, que jamás habían oído mencionar. Por su extraordinaria seguridad en sí misma, llenó de admiración a sus contemporáneos y al mismo tiempo, atrajo su simpatía por su generosidad, su confianza ingenua, su maravilloso sentido práctico y su indudable desinterés. Los ingleses huyeron, cesaron

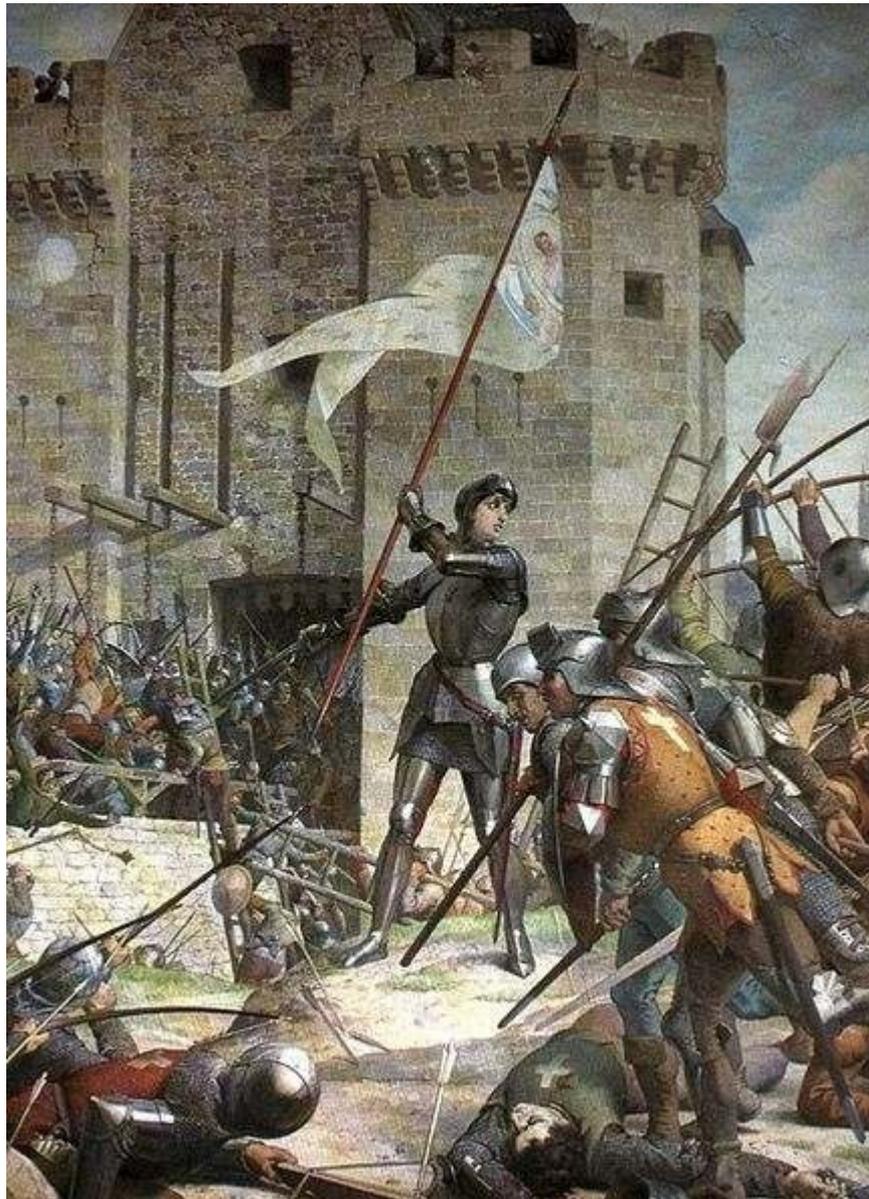
las intrigas durante un breve período decisivo y el panorama de la política mundial quedó dominado enteramente por esa doncella, por la clara poderosa voz de aquella niña que exclamaba: "¡Dios, rey del cielo, lo quiere!". Y añadía: "¡Yo soy su hija!"



*Juana de Arco en la Coronación de Carlos VII en la catedral de Reims. Óleo sobre lienzo.
Pintado en 1854.*

El autor inglés Bernard Shaw, que escribió sobre Juana de Arco una obra famosa, hubo de expresar en pocas líneas la profunda admiración que, pese a su esquividad, sentía por la heroína francesa: "Es la santa más extraordinaria de toda la iglesia cristiana y la figura más admirable de toda la Edad Media. Fue uno de los primeros apóstoles del nacionalismo y la primera en la historia de Francia en aportar al arte militar algo de realismo napoleónico, tan opuesto al espíritu de carácter deportivo de la caballería, que era la tónica en los conflictos armados de la época. A los dieciocho años apenas, mostró pretensiones más exorbitantes que las de los más arrogantes Papas o emperadores: se creía enviada de Dios... Tomó al propio rey bajo su protección y obligó al rey de Inglaterra a obedecer sus órdenes. Daba lecciones a los estadistas y a los más conspicuos preladados. Desdeñaba los planes de campaña de los generales para ejecutar

los suyos, que conducían a la victoria". Ella logró infundir al delfin confianza en si mismo, liberó Orleáns e hizo consagrar a Carlos en la catedral de Reims.



Juana de Arco en el sitio de Orleáns. Por Jules Eugène Lenepveu, 1886–1890.

De Orleáns a Reims

Carlos VII dio a Juana el mando de un cuerpo de tropas, con el que se unió primeramente al ejército francés que se hallaba en Tours, para marchar en seguida sobre Orleáns. La ciudad no estaba del todo aislada del mundo exterior, y por ello Juana pudo penetrar en ella. Hizo su entrada el 29 de abril de 1429. Enardecidos de entusiasmo los sitiados, ya a sus órdenes, hicieron salidas coronadas por el éxito; una semana después los ingleses levantaban el sitio. Hasta entonces los arqueros ingleses eran tenidos por invencibles, pero pronto hubo otro convencimiento: que los escuadrones franceses, galvanizados por la palabra y el ejemplo de una joven de diecisiete años, eran capaces de vencerlos. "¡Marchad de frente contra ellos, mis hombres! —exclamaba— ¡No pueden resistiros!"

La noticia de la liberación de Orleáns causó sensación y urda oleada de entusiasmo nacional se extendió por todo el país. Desde los tiempos de Carlos V y Beltrán Duguesclin, era ésta la primera victoria que lograban las armas francesas. El hecho significaba un rotundo cambio. Pero Juana no se sentía satisfecha. Todavía no había logrado sus fines. Retornó al lado del delfín y lo exhortó a seguirla a Reims para hacerse coronar. Una vez más, se dejó persuadir por ella. En julio hizo su entrada en la ciudad de San Remigio. Hasta entonces, los habitantes de Reims habían sido partidarios del duque de Borgoña, pero hicieron cuanto pudieron para recibir dignamente al soberano. Antes de regresar a Orleáns al frente de sus tropas, remitió al rey de Inglaterra un mensaje con esta advertencia: "¡Devolved las llaves de todas las ciudades que habéis conquistado en Francia a la doncella enviada por Dios, el Señor de los Cielos! Yo mando el ejército y perseguiré a vuestros hombres allí donde los encuentre".

La coronación de Reims tuvo por resultado que extensas regiones del norte de Francia se pasaran al bando del único rey legítimo. Juana de Arco dirigió luego sus proyectos hacia París, que era su objetivo inmediato.

Pero la doncella jamás vería esta ciudad. Había sonado para ella la hora del martirio.



Retrato de Carlos VII, el "muy victorioso rey de Francia", por Jean Fouquet.



Juana de Arco, tal como la dibujó un escribano del Parlamento de París.

Prisión de Juana de Arco

Varios cortesanos de Carlos VII vieron sus planes contrariados por la intervención de Juana. Sentíanse inquietos por su intromisión política. La simpatía que le profesaba el rey decreció igualmente. Gracias a ella disponía ya de una base suficiente para proseguir nuevas empresas, pero deseaba ocuparse en persona de sus asuntos y no dejarse guiar indefinidamente por aquella joven, a la que ya no necesitaba.

Se enviaron tropas contra París, pero la ciudad resistió y el asedio se llevó a cabo con negligencia. Un día, la doncella fue herida en el curso de una refriega. El rey dio de improviso la orden de retirada. Juana le suplicó que prosiguiera el asedio, poniendo en su ruego toda la voluntad y autoridad que le inspiraba la fe en su misión divina, pero fue en vano. No le quedó otro remedio que seguir al rey.

La doncella era estimada y honrada por todos. Recibía numerosos regalos: telas preciosas y hermosas armaduras, que aceptaba con agrado, pues era lo bastante femenina como para apreciarlas en su justo valor. En cambio, le resultaba muy penoso que la orden regia de reanudar la lucha contra los enemigos de Dios y del reino se fuera retrasando. Al fin no pudo contenerse más. En la primavera de 1430 partió con una pequeña tropa armada hacia el norte de Francia, donde se habían reanudado las hostilidades. El enemigo estaba a punto de tomar Compiègne al asalto. Juana penetró con sus hombres en la ciudad, considerada como punto estratégico de capital importancia, siendo recibida con alborozo. Pero el 24 de mayo, en una salida, fue vencida por los borgoñones, que se apoderaron de ella. El partido borgoñón la vendió a los ingleses por una importante suma de dinero y éstos la condujeron a Ruán. La vida breve y dramática de Juana entraba en su último episodio.

El cautiverio en Ruán no constituyó una sorpresa para la doncella: sus "voces" ya se lo habían advertido. No cernía cuanto pudiera ocurrirle, pues las voces también le habían dicho que muy pronto se vería libre. Además, confiaba ciegamente en que el rey acudiría en su socorro. Pero pasaban los días sin que interviniera en favor suyo ningún poder, divino ni humano. Carlos VII la dejaba en manos del partido adverso con el que simpatizaba también la universidad de París, que aprovechó la oportunidad para preparar cuidadosamente una acusación en regla contra la doncella de Orleáns. Los doctores de la universidad de París sentían un odio particular hacia Juana, porque había alentado una guerra perjudicial para sus intereses. Por otra parte, la acción de una simple muchacha amenazaba poner fin a la contienda, cosa que ellos no deseaban en modo alguno. Los clérigos de París advirtieron a los ingleses que cometerían un error dando muerte a su enemiga política; que era preferible hacerla comparecer ante un tribunal eclesiástico, acusada de brujería, pues así quedaría demostrado que el delfín se había hecho coronar por una mujer que tenía pacto con el diablo. Los ingleses juzgaron aquel consejo muy oportuno.

Proceso y muerte de una santa

En febrero de 1431 se inició el proceso de Juana de Arco. El tribunal estaba presidido por Cauchon, el astuto y despiadado obispo de Beauvais. La doncella conservaba su habitual serenidad y se defendía con imperturbable seguridad en sí misma. Y también defendió a aquel a quien consiguiera coronar en Reims, y que ahora la abandonaba.

Le hicieron toda clase de preguntas, a cual más insidiosa. Acerca de su infancia y de su fe, y de las razones que la habían hecho adoptar el traje masculino. Las más peligrosas para Juana fueron las que le formularon respecto a sus "voces", a los ángeles y santos que se le habían aparecido. La interrogaron sobre sus opiniones políticas. Se han conservado en latín las curiosas actas de estos debates. He aquí algunas de sus respuestas:

- Yo sé -decía Juana- que mi rey reconquistará su reino.
- Olvidas que los borgoñones son aliados del rey de Inglaterra.
- Si los borgoñones no hacen lo que deben (firmar la paz con Carlos VII) serán vencidos igual que los ingleses.
- ¿Odiabas, de niña, a los que pertenecen al partido que combate a vuestro rey?

-Odiaba a los ingleses y a sus aliados los borgoñones.

-¿Tus "voces" te han ordenado odiar a los borgoñones?

-Cuanto más me daba cuenta del mal que hacían a mi país, más los odiaba.

-¿Odia Dios a los ingleses?

-Que Dios ame ti odie a los ingleses, no lo sé. Lo único que sé es que serán expulsados de Francia los que no mueran aquí.

-¿Qué recompensa esperas por todo lo que has hecho en favor de tu rey?

-No he esperado nunca de mis "voces" otra recompensa que la salvación de mi alma.

Los interrogatorios se prolongaron durante dos meses, que para Juana constituyeron una verdadera tortura moral. Pero ella no cedió. Sus jueces no pudieron atrancarle la confesión que era una pecadora enviada, no por Dios, sino por el diablo. Opuso tenaz resistencia a sus astucias "piadosas".

Por último, en un cementerio se levantaron dos tribunas, en las que se sentaron los jueces y gran número de prelados. El verdugo se hallaba junto a su carreta, preparado para llevar a Juana a la hoguera. Le preguntaron tres veces si renunciaba al trato con Satanás y por tres veces rehusó reconocer que había hecho pacto con el diablo. Cuando Cauchon empezó a leer la sentencia de muerte, Juana se sintió presa de una terrible agitación pues ello significaba que pocos momentos después los soldados ingleses se apoderarían de ella para conducirla a la hoguera. Por primera vez durante los tres meses transcurridos, perdió su entereza de ánimo. Interrumpió la lectura del juicio y exclamó con dulzura, que estaba dispuesta a abjurar de todo cuanto quisieran. La pena de muerte fue conmutada por la de cadena perpetua.

Juana había vacilado ante la terrible prueba, pero inmediatamente recuperó su fortaleza de ánimo. Dos días después se retractó, decidiendo con ello su suerte. Aquella joven de 19 años fue condenada a perecer en la hoguera como hereje y apóstata relapsa (reincidente). Con la vista puesta en el crucifijo que le mostraba un sacerdote, subió los peldaños de la pira colocada en la plaza mayor de Ruán, el 30 de mayo de 1431. "Os perdono a todos", dijo. Rodeada ya por las llamas, gritó que Dios mismo le había hablado por aquellas "voces que nunca la engañaron". Las cenizas que quedaron fueron arrojadas al Sena.

Tal fue la recompensa de la doncella de Domrémy que, por orden de Dios, partió a la guerra para librar al reino de Francia del abatimiento y de la miseria que sobre él cayeran.



Juana de Arco, entregada por los ingleses a un tribunal eclesiástico, fue condenada a la hoguera por brujería. La ilustración muestra los preparativos para el suplicio, en una versión de la época (Martial de Paría, Vigilias de Carlos VII, 1484).

EL EPÍLOGO DE LA GUERRA

La recuperación francesa

Juana vivió y murió con la firme convicción de su misión divina. "He venido a la Tierra —decía— para cumplir la voluntad de Dios."

Hacia saber a todos que Francia tenía derecho a vivir en paz y libertad. Su mensaje incrementó el patriotismo naciente y dio al pueblo francés valor para continuar la lucha iniciada. Desde aquel momento los sucesos evolucionaron rápidamente. El emperador de Alemania, estimando que había llegado al fin la hora de frenar el poderío de la Casa de Borgoña, concertó un tratado con Carlos VII. Felipe el Bueno se percataba que su ambición lo había llevado demasiado lejos. Una alianza entre Francia y Alemania era peligrosa para él, ya que sus Estados se hallaban situados entre ambas potencias. Rompió, pues, con los ingleses e intentó un acercamiento con el anciano "rey de Bourges". La paz de Arras, firmada en 1435, le proporcionó ventajas sustanciales. Amén de independencia completa de sus Estados, obtuvo varios territorios del norte de Francia, que le permitieron redondear sus dominios en los Países Bajos.

Los ingleses se vieron entonces aislados y los franceses se lanzaron a la ofensiva. En 1436, los ingleses hubieron de evacuar París. Desde esa época no volvieron a pretender los ingleses el trono de Francia; sólo deseaban conservar la Guyena (Aquitania) y Normandía, pero Carlos VII rehusó negociar sobre estas bases. En 1444 aceptó, no obstante, una tregua de cinco años. Apenas expirada, los franceses volvieron al ataque. En 1450 Normandía pasó de nuevo a sus manos. Después le tocó el turno a la Guyena, último territorio importante ocupado aún por los ingleses y por fin, en 1453, cesaron las hostilidades, sin que se concertara oficialmente ningún tratado de paz. Francia se había librado del yugo extranjero. Y sólo Calais permaneció inglesa. Las voces de Juana de Arco no habían mentido.

Jacques Coeur, un financiero

Al finalizar tan larga guerra, Francia estaba en ruinas, pero la nación, con su rey al frente, estaba decidida a levantarse de sus escombros. Tres grandes reformas obró Carlos VII. Comenzó por crear un ejército permanente, quizá con la intención primordial de limpiar el reino de los mercenarios de guerra que habían sumido a Francia en la ruina. Introdujo luego un sistema permanente de impuestos y continuó elevando por su propia autoridad las ayudas anuales que los estados generales le habían concedido por tiempo limitado. Por fin, en 1438, promulgó su *Pragmática sanción* por la que desposeía al Papa de parte de su autoridad en el reino, sobre todo en lo referente al nombramiento de las altas dignidades eclesiásticas.

En la época en que Carlos VII comenzaba a aplicar tales reformas en su reino, tuvo la oportunidad de contar con un círculo de excelentes consejeros, escogidos con preferencia entre los burgueses y la pequeña nobleza. El más notable de ellos fue Jacques Coeur, un comerciante encumbrado por su propio esfuerzo, que había reunido una inmensa fortuna estableciendo florecientes agencias comerciales francesas en el Cercano Oriente. Según sus contemporáneos, Jacques Coeur era hombre de poca instrucción, pero dotado de gran inteligencia y enorme capacidad de trabajo. Podemos añadir sin vacilar que Jacques era también un hombre a quien no ahogaban los escrúpulos. Tenía más de un delito sobre su conciencia cuando tomó en sus manos las finanzas del reino. Culpable perpetuo de dolo y de robo, se enriqueció con la trata de esclavos y el abastecimiento de armas a los turcos, enemigos mortales de la cristiandad.

Todo ello le permitió construirse en Bourges un palacio, todavía admirado como uno de los más bellos ejemplares de arquitectura civil de finales de la Edad Media.

Como platero y director de la moneda, Jacques Coeur contribuyó en forma notable al restablecimiento de la doliente economía francesa. Con su arrogancia se había creado gran número de enemigos; vivía como un príncipe y sentía maligno placer en humillar la jactancia de los nobles sin fortuna. Así, nada tenía de extraño que sus enemigos acechasen la primera ocasión para derribarlo de su pedestal. Ésta se presentó en 1451: sospechoso de haber envenenado a Inés Sorel, célebre favorita del rey, fue encarcelado. Lo mismo que tiempo atrás a Juana de Arco, el rey abandonó a su suerte a Jacques Coeur. Todos los bienes del platero fueron confiscados y murió en el destierro.

En las postrimerías de su reinado, Carlos VII retornó a su antigua apatía. Prefería perder el tiempo con sus favoritas antes que atender a sus consejeros.

El gran duque de Occidente

Cuando en 1467 Felipe el Bueno agonizaba en su lecho de muerte, podía considerar su vida bien colmada. Había triunfado del rey de Francia y aprovechado los servicios del inglés para sus propios fines, impidiendo al emperador de Alemania amenazar el poderío de Borgoña. Sin corona real, pero considerado como el gran duque de Occidente, Felipe el Bueno había reinado en territorios que se extendían desde Frisia al Jura. Este conjunto de dominios estaba sometido a una fuerte administración central. Cierto es que Felipe el Bueno mantenía en cada uno de sus principados las instrucciones locales, con un tribunal de justicia y un consejo o asamblea de Estados que se llamaron más tarde (si no siempre con justo título, al menos casi sin excepción) los "Estados provinciales". Pero el poder central se mantenía en todos sus dominios: en la cúspide de la jerarquía, el duque, el mismo para el conjunto de sus territorios, pero ostentando en cada Estado borgoñón el título de señor local y conservando, al menos en los primeros tiempos, el derecho de sucesión; un canciller (el canciller de Borgoña), un gran consejo y la corte, muy imprecisa en cuanto al número de sus componentes, pero que acompañaba al señor en todos sus viajes y traslados. Había también en Dijon, Lille, Bruselas y La Haya auditorías de cuentas que podríamos llamar interprovinciales, pues su autoridad sólo se extendía a una región, sin abarcar el país entero. De igual naturaleza eran los Estados generales, que integraban dos asambleas, una para los *países de acá*, (francófonos) y otra para los *países de allá*, (flamencos y neerlandeses). Existían, finalmente, dos tribunales supremos de justicia, con el nombre de "Parlamentos": uno para los países del sur, para efectos de registro en Borgoña y el Franco Condado, y otro en Malinas, creación de Carlos el Temerario, que provocó tanto alboroto en los Países Bajos durante los sucesos del famoso año 1477.

La forma de gobierno adoptada por Borgoña constituía una "unión monárquica" (en oposición a la "unión republicana" de la Confederación helvética) en la que —según Henri Pirenne— cierto número de territorios integra una especie de *Commonwealth*, bajo la autoridad de un solo y único soberano. Esta forma sirvió tanto en esta época, como en las siguientes, de ejemplo frecuente a los soberanos europeos, decididos a debilitar el poderío de los grandes señores feudales y a tomar por sí mismos la dirección política del reino. Esta misma norma revistió por aquellos tiempos la unión de Castilla y Aragón, decisiva para la unidad de España; pero que en siglos anteriores había dado desastrosos resultados en los sucesivos "repartos" de reinos unificados nominalmente.¹²

¹² Recordemos algunos casos: Alfonso III de León repartió el reino entre sus tres hijos; Sancho III el Mayor de Navarra, entre sus cuatro hijos; Fernando I de Castilla y León entre sus tres hijos y dos hijas Alfonso VII lo dividió también entre sus dos hijos. Incluso el propio Jaime I el Conquistador escindió la

El duque Felipe dejó un extenso y poderoso Estado a su hijo Carlos el Temerario, que lo sucedió en 1467. Pero entonces el equilibrio de fuerzas aparecía modificado. Mientras los reyes de Francia estuvieron absorbidos y debilitados por la Guerra de los Cien Años, fueron incapaces de oponerse a la prodigiosa expansión del poderío borgoñón. Como consecuencia, su reacción fue luego más violenta.



Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y su hijo Carlos el Temerario.

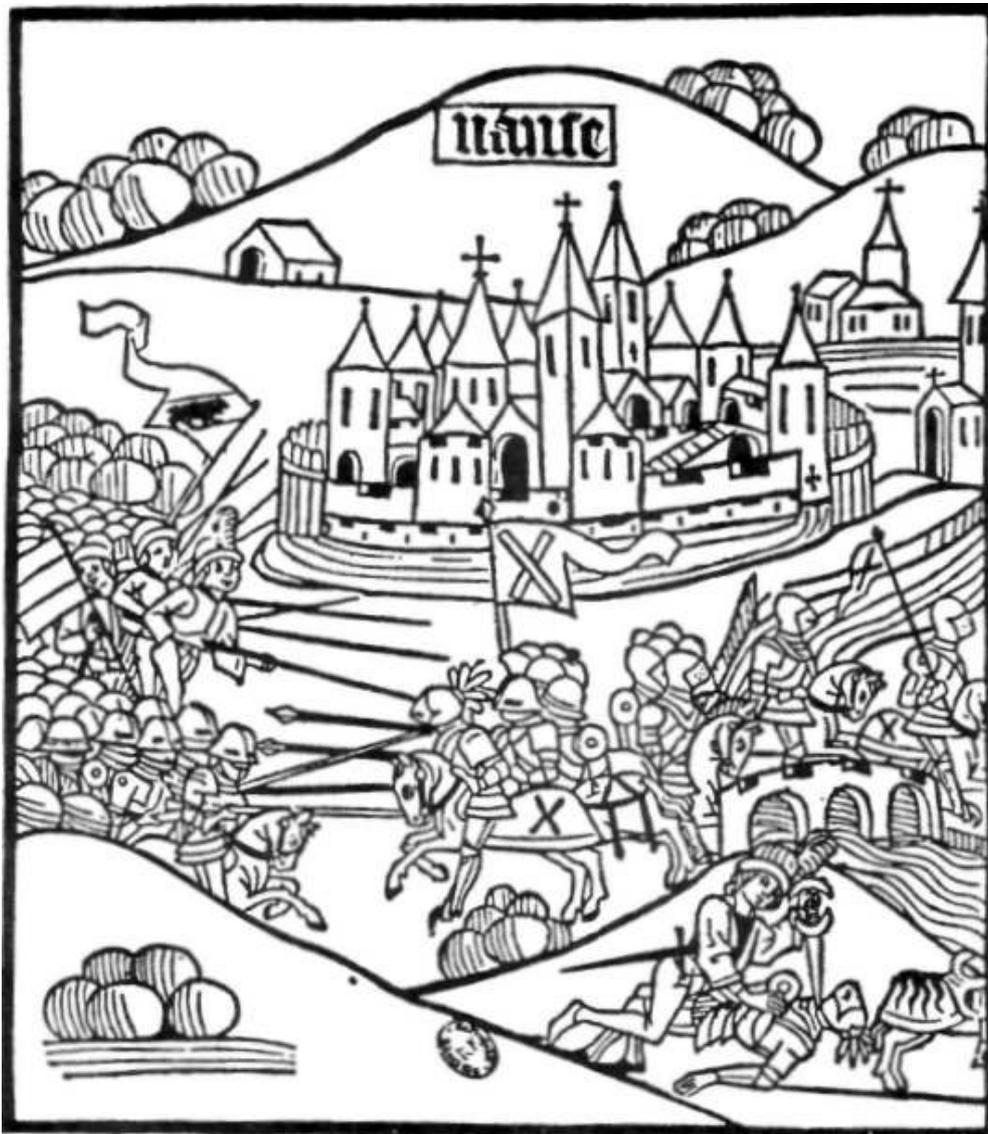
Carlos el Temerario

Trabajador infatigable, duro para sí mismo y para los demás, de una frugalidad ejemplar, el cuarto duque de Borgoña, de la casa de Valois, recuerda bien a Felipe el Atrevido. Roger van der Weyden lo ha pintado con rostro de facciones correctas, tez curtida, cabellos negros, ojos azules ligeramente melancólicos y labios apretados que denuncian firmeza y decisión. Apasionado por la música y por los estudios históricos, componía con facilidad motetes y tocaba con su gaita melodías populares. No regateaba ocasiones de pronunciar discursos, valiéndose de su palabra precisa, fácil, bien timbrada.

Carlos el Temerario soñaba con ceñir corona real y reinar sobre un vasto territorio que se extendiera desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo. Deseaba imitar a los grandes hombres de la Antigüedad. Admiraba con pasión a Julio César, Pompeyo, Aníbal y Alejandro Magno. Estaba muy familiarizado con el mundo antiguo, lo que ha hecho decir que poseía ya el espíritu renacentista, que pronto se adueñaría de todo el Occidente. Pero su mente fluctuaba entre las ideas antiguas y las nuevas corrientes, en contraste inconciliable. Tenía ideas muy modernas con respecto a los derechos y deberes de los soberanos hacia sus súbditos, pero en su política aventurera se descubre más de un rasgo del viejo feudalismo. De carácter arrebatado, nunca manifestó su impaciencia, Carlos el Temerario era, ante todo, un diplomático. Sus súbditos se mostraban muy poco favorables a su política lotaringia, que para ellos se traducía en onerosos impuestos; no obstante, cada vez que Luis XI le dejaba tiempo disponible,

recién establecida Confederación catalano-aragonesa, segregando el reino de Mallorca para su segundo hijo Jaime.

Carlos el Temerario se preocupaba de la prosperidad de los Países Bajos, buscando mercados exteriores. Protegió los mercados interiores creando derechos de aduanas; ayudó a las industrias locales y dio apoyo ilimitado a cuantos fundaban telares o introducían nuevas industrias. Creó ferias y mercados y democratizó la justicia.



La batalla de Nancy (1477) según un grabado de la época. La escena que aparece en primer plano, muestra bien a las claras hasta qué punto un caballero quedaba a merced del enemigo si tenía la desgracia de caerse al suelo.

El halcón y la araña

Pero Luis XI, llamado la "araña universal", se entretenía en tejer, incansable, la tela en que debía caer su impetuoso enemigo. Puso en juego sus recursos militares y aún más todas sus reservas económicas. Desde 1470 había concebido el proyecto de reducir los Países Bajos por hambre. A unos nobles que le solicitaron libertad de comercio con el Norte respondió:

"Considerando que los del país de Holanda, Zelanda y Flandes tienen gran necesidad de trigo, el rey no quiere que sus súbditos vendan, ni que vayan a vender trigo

o vino al país del señor de Borgoña, para que en dicho país tengan motivo de queja contra el señor de Borgoña."

En efecto, la escasez de cereales panificables no tardó en provocar una situación crítica en provincias tan ricas como Flandes, Brabante, Holanda o Zelanda. Si a ello se añade las incesantes incursiones de los corsarios de Luis XI contra los pescadores de arenques, la promulgación de tasas muy elevadas sobre las mercancías procedentes de los Estados borgoñones y la cesión de privilegios excepcionales a las ferias de Caen, Ruán y Lyon, se comprenderá fácilmente que los Países Bajos de Carlos el Temerario estuvieran amenazados de muerte a causa de la inteligente política económica de Luis XI. Por su parte, el duque de Borgoña al conducir sus ejércitos a Neuss, sobre el Rin, y después a Suiza, buscaba, en definitiva, romper el bloqueo y crear salidas económicas por las vías comerciales del Rin y del Ródano. He aquí una interpretación bien distinta de la estampa romántica, que nos lo pinta como un aventurero de ambiciones desmesuradas, provocando las más desatinadas batallas por el placer de satisfacer su orgullo.

Atacado por los suizos, el duque de Borgoña no hizo más que defenderse. Pero en lugar de preparar con cuidado sus planes, se dejó llevar de su temperamento rencoroso y se obstinó en multiplicar sus objetivos. El desastre de Granson (1476) significó una primera advertencia; pero no la atendió. Sobrestimando peligrosamente la combatividad de sus tropas, intentó en vano el asedio de Morat (Murten)¹³. Asustados, los flamencos le suplicaron que dejara pasar la borrasca, negociase y se reintegrara a los Países Bajos. Él rehusó escucharles; la consecuencia fue el desastre de Nancy. En enero de 1477, una violenta batalla se desarrolló junto a los muros de la ciudad; dos días más tarde se hallaba el cuerpo del duque sobre el hielo, medio devorado por los lobos.

Luis XI había esperado con paciencia a que Carlos el Temerario corriese su última aventura. En seguida sus tropas invadieron Borgoña y el ducado fue anexionado a Francia. La araña había vencido al halcón.

Luis XI y los nuevos tiempos

Hemos aludido ya a Luis XI, figura que requiere más detenido estudio. El vencedor de Carlos el Temerario era de aspecto poco impresionante. Se le reconocía con facilidad por su nariz gruesa y torcida, sus piernas flacas y su porte desmañado.

Luis XI continuó y terminó la obra de su padre creando las bases definitivas del Estado francés. Consiguió la reforma política y acabó quedándose con todo el poder e hizo reinar una sola voluntad en Francia, de Bretaña a Borgoña y de la Picardía a la Gascuña. Dio expresión política al sentimiento nacional despertado durante la guerra de los Cien Años. En el curso de su larga lucha, en que actuó a menudo con astucia, puso fin al desorden y a las disensiones reinantes a fines de la Edad Media. Su meta era la monarquía absoluta y sabía muy bien cuánto debía hacer para lograr el bienestar de la nación: paz, orden y dinero ante todo. Juzgaba que sólo el poder absoluto le permitiría dar a sus súbditos el mejor nivel de vida posible. Escuchaba atento la voz de su pueblo y recorría sin cesar las diferentes regiones del reino. Los embajadores extranjeros, obligados a seguirlo en sus desplazamientos para obtener audiencia, se asombraban al

¹³ Granson es una localidad sita en el cantón de Vaud, en la orilla occidental del lago de Neuchatel. En el cantón de Friburgo se halla Morat o Murten, en la ribera oriental del lago de su nombre; todavía conserva sus murallas y sus torres. Fue atacada en el mes de junio de 1476 por el ejército borgoñón de Carlos el Temerario, que fue totalmente vencido el 22 del mismo mes por los suizos, quienes le obligaron a levantar el cerco de la población. Ambas batallas fueron decisivas para la independencia de Suiza y la reafirmación de la Confederación helvética.

verle aposentarse en los más modestos albergues, entre gente de todas las clases sociales.

Se interesaba por todo. Alentaba en particular la agricultura, el comercio y la industria minera, y se ocupaba en persona de las cuestiones referentes a política urbana e higiene pública. Con razón se le ha llamado el primer rey ciudadano. Con respecto a las potencias extranjeras. Luis sabía mostrarse alternadamente flexible o intransigente. No sólo en su reino, sino también en el exterior tenía sus observadores, que le informaban con regularidad. La diplomacia francesa moderna hallaría en él un precedente de las representaciones organizadas.

A medida que pasaban los años, su temor a sufrir atentados se hizo obsesivo. Tenía motivos para temer por su vida: los nobles arruinados lo odiaban, y entre los burgueses y agricultores, abrumados de impuestos, el descontento iba en aumento. En su tiempo hubo cronistas que se hicieron eco de las crueldades a que se dedicó. Hubiérase dicho que los árboles de sus parques sólo le servían de horcas; apoyado en el brazo de su verdugo, se paseaba con agrado, en sus últimos días, por aquellos lugares que la gente del contorno llamaba "el jardín del rey Luis".

Pese a sus extraordinarias precauciones, Luis se defendió en vano de las asechanzas de la muerte. En agosto de 1483, fue abatido por una dolencia de la que ya no se repuso. Tenía entonces sesenta años. Para sus contemporáneos, su muerte significó un alivio. Sólo la posteridad ha justificado su obra política. De una Francia medieval hizo un Estado centralizado según patrón renacentista.

Burguesía y fortalecimiento regio en España

No sólo Francia se zafó entonces del atolladero feudal en que el ataque inglés la sorprendiera encallada, sino también Castilla. La guerra civil entre Pedro I y el Trastámara había dejado en ese reino la misma estela nefasta que en territorio galo las disensiones entre plantagenets, armañaques y borgoñones: ruina de la nobleza, bandidos por doquier, relajamiento de las costumbres. En su lucha por robustecer el Estado y el bien común frente a todo ese dispararse anárquico de intereses centrífugos, no hallaron las reyes mejores compañeros de ruta que las ciudades, a las que, otorgando, por ejemplo, el título de "nobles" y "muy nobles", procuraron elevar al mismo rango que a la nobleza rural. Esos mismos burgos y demás comunidades de Castilla que después, en 1519, iban a oponerse con las armas a la importación de consejeros reales, prestaron durante el siglo XV evidente apoyo a la consolidación del poder monárquico. Dos manifestaciones de ello: la cooperación entusiasta de los burgueses al restablecimiento del orden público y los intentos del tercer estamento por liberar el antiguo patrimonio real de vínculos feudales y de dotar a la casa real de rentas suficientes. Lo primero quedó de manifiesto en la creación de destacamentos policiales llamados hermandades de Castilla; lo segundo, en las cortes de Toledo, que merecen ser ilustradas a continuación por la pluma del mejor de los cronistas góticos, Fernando del Pulgar, en su *Crónica de los Reyes Católicos*. El propio lector podrá sacar interesantes conclusiones.

De las Cortes que se hicieron en Toledo

En este año siguiente del Señor de mil é quatrocientos é ochenta años, estando el Rey é la Reyna en la cibdad de Toledo, acordaron de facer cortes generales en aquella cibdad. Y embiáronlas notificar por sus cartas á la cibdad de Búrgos, Leon, Avila, Segovia, Zamora, Toro, Salamanca, Soria, Murcia, Cuenca, Toledo, Sevilla, Córdoba, Jaen, é á las villas de Valladolid, Madrid é Guadalaxara; que son las diez é siete cibdades é villas que acostumbran continamente embiar procuradores á las cortes que facen los Reyes de Castilla é de Leon. Ansimesmo

vinieron á aquellas cortes algunos Perlados é Caballeros del Reyno; y entendieron luego en restituir el patrimonio real, que estaba enagenado de tal manera, que el Rey é la Reyna no tenían tantas rentas como eran necesarias para sostener el estado real é del Príncipe é Infantas sus hijos. Porque el Rey Don Enrique lo había enagenado en el tiempo de la division pasada que ovo con su hermano el Príncipe Don Alonso. Y este enagenamiento de las rentas reales se rizo en muchas maneras, á unos se dieron maravedis de juro de heredad para siempre jamas, por les facer merced en emienda de gastos, otros los compraron del Rey Don Enrique por muy pequeños precios, porque la muchedumbre de las mercedes de juro de heredad que se habían fecho, los puso en tan pequeña estimacion.

Sobre esta materia los procuradores del Reyno suplicaron al Rey é á la Reyna, que mandasen restituir las rentas reales antiguas á debido estado; porque no lo haciendo, de necesario les era imponer otros nuevos tributos é imposiciones en el Reyno, de que sus súbditos fuesen agradaos. Otrosí les suplicaron que mandasen reducir á su corona real las cibdades é villas é lugares que en los tiempos pasados el Rey Don Enrique había dado, é revocar las mercedes que dellas había fecho. Porque decían ser dadas por necesidad de las guerras, en que le habían puesto algunos caballeros. é no por leales servicios que oviesen fecho.

Pero no se acordaban en la forma como se debía facer; porque estos maravedis de juro de heredad estaban repartidos por grandes señores del Reyno, é por otros Perlados é Caballeros y Escuderos é Iglesias é monesterios, é otras personas de todos estados. Y el voto de algunos era que se debía facer revocacion general de todas las mercedes de juro de heredad.

Otrosí decían que si se ficiese revocacion general, no seria cosa justa, porque algunos las habían habido por servicios que habían fecho, é por otras justas causas.

Al Rey é á la Reyna, y escándalo en el Reyno. El Rey é la Reyna, oído el voto que dio el Cardenal é los otros Caballeros é Perlados del Reyno, mandaron que cada uno de los que tenían mercedes de juro de heredad diesen informaciones por escripto de las causas por donde las habían habido.

E por consejo deste religioso (fray Fernando de Talavera) quitaron todas las mercedes de juro de heredad, é de merced de por vida, que el Rey Don Enrique habla (lado en aquellos tiempos.

En aquellas cortes de Toledo, en el palacio real donde el Rey é la Reyna posaban, había cinco consejos en cinco apartamientos: en el uno estaba el Rey é la Reyna con algunos Grandes de su Reyno, é otros de su consejo, para entender en las embaxadas de los Reynos estraños que venían á ellos, y en las cosas que se trataban en corte de Roma con el Santo Padre, é con el Rey de Francia, é con los otros Reyes, é para las otras cosas necesarias de se proveer por expediente. En otra parte estaban los Perlados é Doctores, que eran diputados para oír las peticiones que se daban, é proveer é dar cartas de justicia, las quales eran muchas é de diversas calidades; otrosí en ver los procesos de los pleytos que ante ellos pendían, é determinarlos por sentencias difinitivas. En otra parte del palacio estaban Caballeros é Doctores naturales de Aragon, é del Principado de Cataluña, é del Reyno de Sicilia, é de Valencia, que veían las peticiones é demandas, é todos los otros negocios de aquellos Reynos: y estos entendían en los expedir, porque eran instructos en los fueros é costumbres de aquellas partidas. En otra parte del palacio estaban los diputados de las hermandades de todo el Reyno, que veían las cosas concernientes á las hermandades segun las leyes que tenían. En otra parte estaban los contadores mayores é oficiales de los libros de la hacienda é patrimonio real; los quales facian las rentas, é libraban las pagas é mercedes, é otras cosas que el Rey é la Reyna facian, é determinaban las causas que concernían á la hacienda é patrimonio real. E de todos estos consejos recorrían al Rey é á la Reyna con qualquier cosa de dubda que ante ellos recrecia. E las cartas é provisiones que daban eran de grand importancia; firmaban en las espaldas los que estaban en estos consejos, y el Rey é la Reyna las firmaban de dentro. Otrosí los tres Alcaldes de su Corte libraban fuera del palacio real las querellas é demandas civiles é criminales que ante ellos se movían, y entendían en la justicia é sosiego de la Corte. Y en esta manera el Rey é la Reyna tenían repartidos sus cargos, é proveian en todas las cosas de sus Reynos.

LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

Enrique VI de Lancaster: la guerra civil

Los reveses experimentados por los ingleses hacia el final de la Guerra de los Cien Años, fueron muy dolorosos; el pueblo se sintió profundamente humillado.

Los ministros del rey no hallaron fácil tarea. Al morir el duque de Bedford, en 1435, su hermano, el duque de Gloucester, empuñó las riendas del gobierno, hasta caer víctima del descontento que su política provocara en el país. Encarcelado, en 1447, murió poco después, en circunstancias misteriosas. Su sucesor, el duque de Suffolk, sólo se mantuvo en el poder hasta 1450. El duque de Somerset le sucedió, pero su gobierno fue menos sólido y aún menos honorable. Desde 1453, sus adversarios intentaron eliminarle y, dos años después, pereció en el campo de batalla. El joven rey Enrique VI, príncipe amable y bondadoso, veía con horror desaparecer a sus consejeros, uno tras otro, de manera violenta.

La nación inglesa debe a Enrique VI más de un beneficio: el célebre colegio de Eton, situado no lejos de Windsor, y el King's College, de Cambridge, fueron obra suya. Manifestó siempre el mayor interés por la enseñanza y los asuntos eclesiásticos, pero se ocupaba muy poco de la política y no hizo el menor esfuerzo por mejorar la situación del reino. Durante su reinado, que fue largo, la gobernación del país estuvo siempre en manos ajenas a las suyas: en el terreno político su único hecho consistió en verse galardonado por el Papa con la Rosa de Oro, recompensa que se daba a los soberanos que se habían distinguido en la defensa de la fe.

El interés por los asuntos públicos de que el rey carecía, lo manifestó en demasía su esposa, Margarita de Anjou, con la que se había casado, en 1445, cuando ella contaba dieciséis años de edad. Era hermosa, muy capacitada y amaba el poder; en años sucesivos desempeñó un papel preponderante en la política del reino. Aunque sabía hacerse respetar y obedecer, nunca pudo atraerse el amor del pueblo inglés. La reina Margarita era, además, sobrado clarividente. Puesto que el rey no tenía heredero y, a su muerte, la casa de York gozaba del derecho preferente a la corona de Inglaterra, había un hombre a quien la reina vigilaba de modo particular: el duque Ricardo de York, biznieto del rey Eduardo III. Ricardo, que se había distinguido en la defensa de Normandía, podía convertirse en adversario muy peligroso, pues en torno suyo se agrupaban los nobles descontentos de todo el país. Por el momento, la cuestión de los respectivos derechos al trono por parte de Enrique de Lancaster y de Ricardo de York no se planteaba.

La locura cambia de trono

En 1453, el rey perdió la razón; nieto del infortunado Carlos VI de Francia, quizás fuera víctima de alguna tara hereditaria. Enrique quedó sumido en un estado de total apatía y Ricardo de York se dispuso a hacerse cargo de los destinos del reino. Sin embargo, poco después, la reina dio a luz un hijo, de modo que la sucesión quedaba asegurada en la dinastía de Lancaster.

La réplica de Ricardo fue inmediata: en 1454 se hizo nombrar por el Parlamento regente del reino, por todo el tiempo que durara la enfermedad del rey. La reina aceptó al principio por miedo, pero al mejorar un poco la salud del soberano, hizo retirar la regencia de Ricardo. En 1455 estalló una guerra abierta entre las casas de York y de Lancaster, entre los partidarios de la Rosa Blanca y los de la Rosa Roja: emblemas respectivos de ambas casas señoriales.¹⁴

¹⁴ Eduardo III de Inglaterra, además del Príncipe Negro, tuvo otros dos hijos, Juan y Edmundo, respectivos fundadores de las casas de Lancaster y York: el primero de ellos adoptó como emblema la

La guerra de las Dos Rosas debe ser estudiada en relación con la Guerra de los Cien Años, que le sirve de trasfondo, pues constituye el epílogo de aquella larga lucha que sostuvieron los ingleses por la hegemonía en el continente, y la consecuencia obligada del descontento que la pérdida de las posesiones inglesas en Francia provocara en el pueblo inglés. Durante el largo periodo que duró la regencia, más o menos encubierta o declarada, los nobles ingleses habían adoptado actitudes cada vez más anárquicas esperando aprovechar una ocasión favorable para hacerse del poder.

El pueblo iba a conservar por lo general una actitud pasiva durante aquellos treinta años en que las casas señoriales se destrozaban y tratarían de exterminarse mutuamente.

Margarita de Anjou y el conde de Warwick

Después de la tentativa inglesa, infructuosa al fin, de la Guerra de los Cien Años para conseguir la hegemonía en Europa occidental, la guerra de las Dos Rosas significó, en el propio país, una revolución social que alejó aún más a este reino de las grandes potencias del continente europeo. Inglaterra se libertó casi por entero de las costumbres de la sociedad medieval que imperaban aún en el continente, y se abrió a las ideas del humanismo y a las influencias del Renacimiento que se afirmaba en el sur de Europa. A lo largo de estos decenios, la preponderancia de la alta aristocracia inglesa quedó aniquilada. El Parlamento, la creación política más importante de la Edad Media en Inglaterra, perdió por algún tiempo su significación. Igual que en Francia, la realeza recogería, en definitiva, el fruto de las fuertes oposiciones y conflictos que caracterizan este período de transición.

Ricardo de York, el hombre cuyos manejos provocaron la guerra de las dos rosas, pereció con uno de sus hijos, en la batalla de Wakefield (1460). Margarita hizo colgar sus dos cabezas de la puerta de la ciudad de York, la de Ricardo ceñida con una corona de papel. La dirección efectiva del partido de los York pasó a manos del joven conde de Warwick, el más rico feudatario del reino. Como político, Warwick era el representante típico del espíritu partidista de su época. Desde 1455 había sido gobernador militar de Calais, la última posesión inglesa en Francia, en cuyo cargo demostró gran energía. Warwick tendía a ejercer de hecho el poder en Inglaterra, pero su candidato al trono era Eduardo, hijo de su cuñado Ricardo de York, joven de educación refinada, de carácter ligero en apariencia, atento sólo a sus placeres. En otras palabras, prometía ser una nulidad absoluta en el trono y, con toda probabilidad, dejaría el poder en manos de quien lo hiciera rey.

Después de varias acciones militares con diversa fortuna, los partidarios de la casa de York lograron una victoria en 1461, cerca de Towton, en medio de una terrible tempestad de nieve. Con energía y perseverancia, la reina Margarita había tomado por su cuenta la causa de su esposo, y de su hijo, pero se vio obligada a renunciar a la lucha a su pesar. Con el rey Enrique huyó a Escocia. Años después, éste cayó en manos de sus enemigos y fue arrojado a un calabozo de la Torre de Londres. Eduardo había sido proclamado rey de Inglaterra. Su primer gesto fue quitar de la puerta de la ciudad de York las cabezas de su padre y de su hermano, que hizo sustituir por las de algunos enemigos suyos de la casa de Lancaster.

El "hacedor de reyes"

Comenzaba un nuevo período en la historia de Inglaterra, Eduardo IV reinaba y Warwick gobernaba. En los primeros tiempos todo marchó bien; el joven Eduardo parecía contento de su suerte. Pero pasados algunos años, cesó el buen entendimiento. Warwick tenía grandes proyectos, soñaba con zanjar en definitiva su diferencia secular con Francia y pactar alianza con Luis XI, lo que consolidaría la posición de la casa de York y aportaría ventajas sustanciales al comercio inglés. Con intención de preparar el ambiente para la nueva alianza, Warwick entró en negociaciones con el rey de Francia, proyectando un matrimonio entre el joven Eduardo y la cuñada del rey francés, pero las negociaciones quedaron bruscamente interrumpidas al declarar el joven rey Eduardo que ya estaba casado con lady Elisabeth Woodville.

Warwick montó en cólera. El rey no sólo lo había colocado en situación ridícula ante los países extranjeros, contrariando seriamente sus planes, sino que además esta lady Woodville pertenecía a una familia conocida por su adhesión a la casa de Lancaster. Para colmar la medida, el rey Eduardo se mostró todavía más despectivo hacia Warwick: manifestaba con ostentación su benevolencia hacia los parientes de su mujer, con el evidente fin de crearse adictos personales y se opuso con decisión a los proyectos de alianza con Francia que preconizaba Warwick, buscando por todos los medios un acercamiento con su cuñado Carlos el Temerario, duque de Borgoña, casado en segundas nupcias con Margarita de York.

Las diferencias entre Eduardo IV y Warwick degeneraron en lucha manifiesta y se reanudó la guerra civil. En 1470, Warwick se vio obligado a huir a Francia. Luis XI le prometió costear un golpe de Estado para devolver el trono a Enrique VI, prisionero en la Torre de Londres. Tal proyecto pudo ser puesto en ejecución: Eduardo IV fue capturado y Enrique VI trocó su prisión de la Torre por el trono de Inglaterra, aunque por poco tiempo. En efecto: el triunfo de la casa de Lancaster no fue de larga duración. Como Eduardo IV buscara refugio junto a Carlos el Temerario, reunió con ayuda de éste un ejército, con el que desembarcó en Inglaterra y venció a Warwick, el "hacedor de reyes", que en 1471 pereció en el campo de batalla. El hijo de Enrique VI fue hecho prisionero y asesinado. El propio Enrique murió poco después; todo parece indicar que fue asesinado también en la prisión. La casa de Lancaster desapareció para siempre.

El cínico y brillante Eduardo IV de York

Desde 1471 hasta su muerte, acaecida en 1483, Eduardo IV reinó sin compartir su gobierno. Las opiniones de los historiadores son muy diversas. Ranke lo considera uno de los personajes más brillantes de su tiempo, atribuyéndole tanta importancia histórica como a Carlos el Temerario y Luis XI. A tal juicio se opone el historiador inglés Oman, que niega toda personalidad a este rey y resume su opinión en estos términos: Inglaterra ha tenido muchos reyes malos, pero nunca un hombre tan malvado como el egoísta, falso y cruel Eduardo IV. André Maurois lo llama "príncipe del Renacimiento, brillante y cínico".

Eduardo IV fue muy influido por otro gran contemporáneo, el rey Luis XI de Francia. Ambos se compenetraban perfectamente, y tenían más de un rasgo en común. El carácter de Eduardo aparece muy claro en su actitud hacia Luis XI. El duque Carlos de Borgoña, cuñado y aliado de Eduardo, indujo a éste, en 1475, a promover una guerra contra Francia. Luis XI, al principio muy preocupado, comprendió pronto cuál sería el mejor modo de eludir las dificultades que lo amenazaban: entrar en negociaciones directas con Eduardo, ante el que hizo especial ostentación de riqueza. Eduardo comprendía, casi tan bien como su regio vecino, el valor del dinero y el poder que

otorga a quienes lo poseen. Cuando Luis ofreció entregarle una importante renta anual, a condición que dejara a Francia en paz, Eduardo olvidó las pretensiones que hacía valer de vez en cuando, según la vieja costumbre, al trono de Francia, y aceptó. Abandonó a su cuñado y celebró su reconciliación con el rey de Francia con un suntuoso banquete.

A pesar de su gobierno autocrático, Eduardo no fue nunca un déspota, porque ello no estaba de acuerdo con su naturaleza jovial. Era un rey muy popular, que mantenía negocios con los burgueses de Londres y muchas aventuras amorosas con mujeres. Asistían a las fiestas de la corte tanto burgueses como nobles. Con Eduardo IV comenzó una nueva época en la vida pública de Inglaterra: el Renacimiento con su libertad de costumbres, su irrefrenable alegría de vivir, su curiosidad intelectual y su gran admiración por todo cuanto se relacionara con los conocimientos humanos.

A tal respecto deben citarse los nombres de dos individuos del círculo inmediato al rey y estrechos colaboradores suyos: en primer lugar, John Triptoft, conde de Worcester, apodado "el Carnicero", por su cargo de comandante de la Torre. Había estudiado en Italia; su latín era tan correcto, que causaba admiración al propio Pontífice. Este personaje consagró lo mejor de sus años al estudio de nuevos métodos sobre la ejecución de la pena capital. Él mismo murió en el cadalso. Otro amigo del rey fue William Caxton, que introdujo la imprenta en Inglaterra. Consideraba el ejercicio de este arte como un deber sagrado hacia su país y la cultura inglesa; estaba convencido que los libros que salían de sus prensas contribuían en gran medida al progreso del idioma inglés. El rey decidió conceder ayuda financiera a la obra de Caxton, ferviente admirador de Triptoft, aunque su estima se la otorgaba al sabio, no al "carnicero". Cuando Triptoft fue decapitado, dijo: "Aquí fue cortado el hilo del mayor cúmulo de conocimientos que podrían encontrarse reuniendo todas las cabezas de la aristocracia inglesa".

Ricardo III, un personaje de Shakespeare

A su muerte, en 1483, Eduardo IV dejaba dos hijos de apenas doce años de edad. Se imponía, por tanto, una regencia. Eduardo no había dejado ninguna indicación a tal respecto. El personaje principal en quien debía recaer tal cargo era el hermano del rey, el duque de Gloucester. Pero éste se apresuró a apoderarse de los dos hijos de Eduardo, encerrarlos en la Torre de Londres y hacerse nombrar regente del reino.

Ricardo de Gloucester contaba a la sazón unos treinta años y era muy inteligente y culto. Durante el reinado de su hermano, Gloucester le había ayudado lealmente, dando más de una vez pruebas de gran capacidad. Hubiera podido ser un excelente tutor de sus sobrinos, los dos pequeños príncipes, pero la tentación de subir al trono pudo más en él. Consiguió hacer anular por el Parlamento el matrimonio de Eduardo con Elisabeth Woodville, de forma que los hijos de tal unión pudieran ser considerados bastardos. El camino del trono quedaba así por completo abierto al duque de Gloucester y, en efecto, aquel mismo año fue coronado rey con el nombre de Ricardo III, y los príncipes, asesinados en la Torre. Según la tradición, dos hombres penetraron de noche en la cámara donde dormían, ahogándolos con sus almohadas.



Los hijos de Eduardo IV: Eduardo V y Ricardo de York. Cuadro de Paul Delaroche, 1830. Representa el instante en que los dos niños van a caer en las manos de los asesinos enviados por su tío Ricardo de Gloucester, que se proclamó rey con el nombre de Ricardo III.

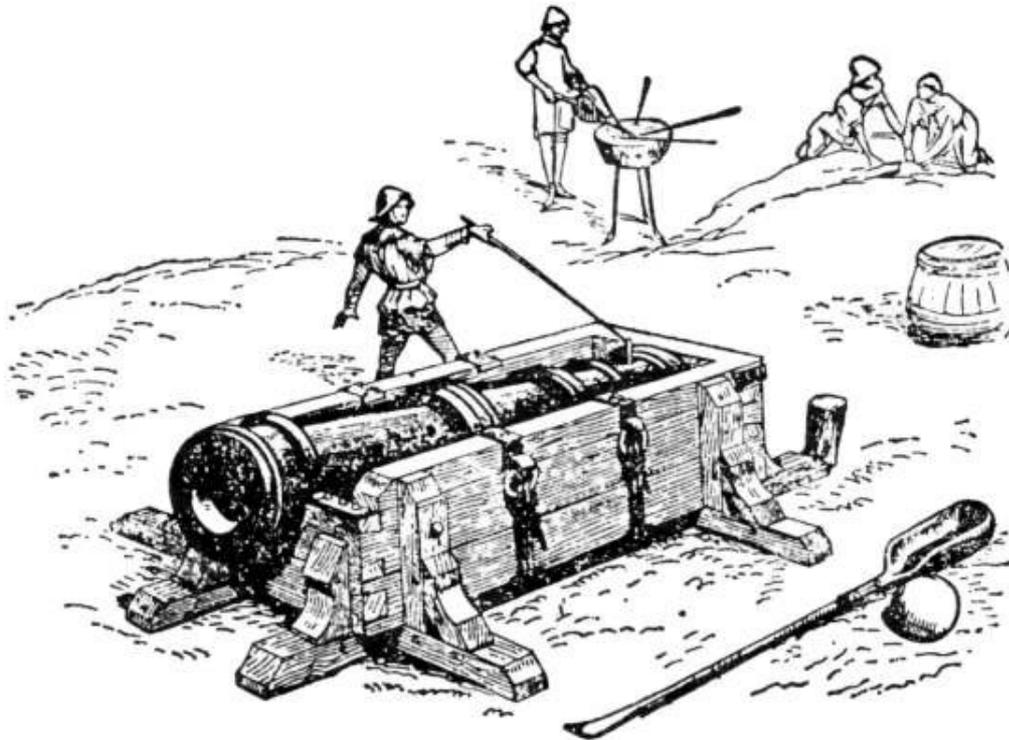
En toda la historia de Inglaterra no se encontraría otro príncipe más difamado que Ricardo III. Shakespeare lo presenta como una figura verdaderamente satánica.

Además de la muerte de sus sobrinos, el dramaturgo le atribuye la de Enrique VI y sus hermanos. Para reforzar su propia posición en el trono, Ricardo no tuvo escrúpulo siquiera en organizar la escena de un matrimonio con su propia sobrina. Shakespeare le atribuye el siguiente monólogo:

*Mil voces disputan en mi conciencia,
y cada voz habla de manera distinta,
y para cada una de ellas soy un miserable.
El más criminal de los perjuros,
el homicida lleno de crueldad,
y todos los pecados por mí nunca cometidos
y de toda especie, se levantan ante mí
y gritan diciéndome: ¡culpable, culpable!
La desesperación me invade. Nadie me ama.
Cuando yo muera, nadie me llorará.
¡No: por qué no encontraré yo en los demás
la piedad que en mí mismo no he podido hallar!*

La figura de Ricardo III ha dado ocasión a diversas interpretaciones. Los historiadores actuales tienden a considerar a este rey como un personaje menos demoníaco que como Shakespeare nos lo presenta en su grandioso drama. Ha manchado su memoria con los peores

crímenes cometidos en la historia de Inglaterra, pero faltan pruebas de otros crímenes a él atribuidos.

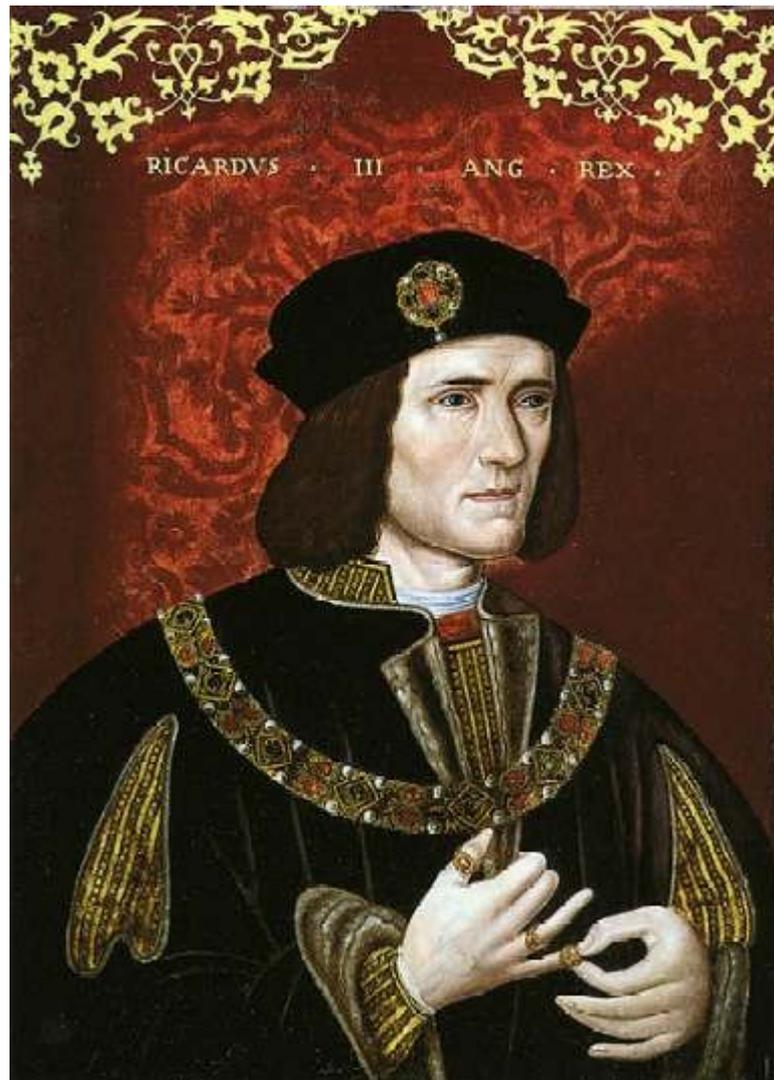


Una bombard, máquina de guerra utilizada en la Edad Media.

"Mi reino por un caballo"

Ricardo comenzó su reinado bajo venturosos auspicios. Conocía el arte de hacerse popular entre las masas, y tanto el Parlamento como el pueblo parecían estar de acuerdo al estimar que su ascensión al trono fue la más sencilla y mejor de las soluciones al problema dinástico, pues así se evitaba una regencia, con todas sus peligrosas consecuencias. Pero cuando el rumor público lo acusó del asesinato de sus sobrinos, la opinión se volvió contra él.

Por desgracia para Ricardo, sus enemigos descubrieron pronto al hombre que podía ser su jefe, y al mismo tiempo, pretendiente a la corona de Inglaterra: un noble galés llamado Enrique Tudor, conde de Richmond, que era el más próximo heredero del difunto Enrique VI. Después de la victoria de Eduardo IV sobre el conde Warwick, Enrique Tudor había vivido desterrado en Francia. En 1485 logró obtener ayuda financiera del rey francés para armar una expedición en Inglaterra. Partió en agosto del mismo año, desembarcando en la costa de Gales, donde logró reunir un ejército y marchar hacia el interior del país. El choque entre sus tropas y las de Ricardo III tuvo lugar al final del verano, cerca de Bosworth. Cuando ya no hubo duda sobre el resultado de la batalla, los partidarios del rey le ofrecieron un caballo para que se salvara huyendo, mientras ellos contenían al adversario. Pero Ricardo respondió que quería, al menos, morir como rey de Inglaterra. Pocos instantes después perecía en la refriega. Su muerte elevó a la dinastía Tudor al trono de Inglaterra.



Ricardo III.

ASIA Y ÁFRICA

LA CRUZ Y LA MEDIA LUNA

Fundación del Imperio otomano

Los turcos procedían del Este. Formaban parte de los pueblos a quienes la oleada de Gengis Kan y sus hordas mongolas arrancó de sus asentamientos en Asia central, en la primera mitad del siglo XIII, haciéndoles emigrar al Oeste, mientras vivían de la ganadería y de la rapiña.

En aquella época, su historia permanece aún envuelta entre las brumas de la tradición oral. Una de sus tribus, emigrada del Khorasán, en el curso de sus peregrinaciones a través de Asia llegó a una llanura donde se entablaba una batalla decisiva. Su jefe, el caballeresco Ertogrul, decidió tomar partido en favor de aquel de los dos adversarios que pusiera en lid el menor número de combatientes. Su ayuda decidió el resultado de la batalla. El príncipe a quien Ertogrul salvara de esta manera, poderoso señor de Asia Menor, recompensó al turco otorgándole el gobierno de una de sus provincias. Luego, a la muerte de Ertogrul, su hijo Otman asumió el poder. La tradición oral de los turcos abunda en relatos de las aventuras maravillosas de este jefe, apuesto y de elevada estatura, valiente, fuerte y astuto. Guerrero consumado, sometió gran número de ciudades y países.

Otman es un personaje que entra ya de lleno en el ámbito de la historia y es el verdadero fundador del imperio otomano, que recibió de él su nombre. Comenzó su carrera al frente de una reducida tribu de guerreros y pastores, una de tantas que recorrían el Cercano Oriente dedicadas a la rapiña, pero acabó sus días como sultán de un principado creado por él mismo, y cuya capital era la ciudad de Brusa, conquistada poco antes de su muerte a los bizantinos. Amplió con prudencia y método las fronteras de su reino en dirección oeste y en las provincias recién conquistadas ejerció su poder con energía. Al morir en 1326, su hijo Orkhan le sucedió y supo continuar con éxito la política de expansión territorial en Asia Menor. El último punto de apoyo que aún poseían allí los bizantinos, la ciudad de Nicomedia, cayó en poder de los turcos en 1337, y así llegaron al Bósforo, donde veían brillar al sol las cúpulas de las iglesias de Constantinopla.

Orkhan y sus hombres sentían profundo respeto hacia el orgulloso imperio de Bizancio. Con todo, no ignoraban que este imperio no poseía ya el poder interno que su aparente esplendor y sus grandes pretensiones parecían indicar. Cuando el emperador acudió en persona, en 1329, en auxilio de la asediada ciudad de Nicea, los turcos se cercioraron fácilmente de ello. Desde entonces comenzaron a perder su sentimiento de inferioridad y se envalentonaron aún más cuando Juan Cantacuzeno, que se hiciera

proclamar emperador, dio su propia hija en matrimonio a Orkhan, cinco años más tarde, reconociendo así al sultán como a su igual.

Orkhan demostró mucha energía e inteligencia en la administración de su reino, entonces en pleno desarrollo. En sus últimos días pudo contar con la valiosa ayuda de su hijo Solimán, encargado de las cuestiones militares del reino. El emperador Juan Cantacuzeno le llamó para que le ayudara a luchar contra sus enemigos. En 1346, el príncipe pisó suelo europeo con sus guerreros e instaló a los turcos en Gallípoli. Por otra parte, Solimán se percató muy pronto de que podía actuar por propia iniciativa. En 1356, sin aguardar órdenes del emperador, decidió franquear el Bósforo; durante tres noches hizo desembarcar 30,000 hombres en la orilla europea. Para la historia de los turcos, de Europa y del mundo entero, este traslado de tropas debía alcanzar una trascendencia capital.

Antes que Solimán pudiera suceder a su padre, pereció en una partida de caza.

Bizancio y su decadencia

Bizancio había sabido mantener sus tradiciones. En la época en que las tropas de Otman, Orkhan y Solimán iban aproximándose a los muros de Constantinopla, el emperador bizantino no había dejado de hacerse considerar por todo el mundo oriental, lo mismo que en tiempo de Justiniano, como el monarca destinado por Dios a reinar sobre todos los pueblos de la tierra. Constantinopla seguía siendo la ciudad del fausto y del poder, centro de una civilización muy refinada, arraigada en el mundo de Platón y de Pericles. Allí aparecían siempre obras literarias o científicas y también muchedumbres ávidas de sensaciones, que acudían a diario al Hipódromo. Además, Constantinopla no había cesado de cumplir su misión de baluarte de la cristiandad contra el mundo oriental.

La Bizancio del siglo XIV desbordaba de vida y dinamismo. La cancillería imperial ejercía con astucia y experiencia una actividad diplomática con numerosas ramificaciones en países de Oriente y Occidente. En torno a su majestad imperial se intrigaba, se adulaba, se murmuraba, como sólo los bizantinos sabían hacerlo. Pero el siglo XIV aportó también un renacimiento intelectual que produjo numerosas obras históricas, filosóficas y literarias, gracias a las cuales Bizancio se elevaba a gran altura sobre el mundo bárbaro de la época.

No obstante, la Constantinopla del siglo XIV no podía compararse con la de Justiniano y Teodora. Nunca pudo la ciudad reponerse del terrible golpe asestado, en 1204, por los cruzados, que la tomaron por asalto y fundaron el imperio latino de Constantinopla. En 1261, el imperio romano de Oriente había sido restaurado, reinando en Constantinopla la dinastía de los Paleólogos, pero el imperio había perdido gran parte de sus territorios. De hecho, el soberano de Bizancio sólo reinaba en Constantinopla y sus contornos, en algunas islas del mar Egeo y en determinadas comarcas del Peloponeso.

En este imperio, reducido a su más simple expresión, las perspectivas no eran nada esperanzadoras. La conciencia social y las costumbres descendieron a muy bajo nivel. Los funcionarios y jefes políticos se preocupaban más de sus propios intereses que del bien público. Los nobles aspiraban al poder y a la riqueza. Se combatían mortalmente unos a otros frente a otro enemigo común, las clases humildes, entre las que reinaba enorme descontento. Cada uno de los partidos adversos adoptó la funesta costumbre de pedir ayuda a los enemigos del imperio, en especial a los más temibles: los turcos. Y antes que ellos, también los eslavos habían hecho su aparición en escena.

El mosaico balcánico

Entre los pueblos eslavos que en los siglos VI y VII invadieron la península balcánica, los búlgaros alcanzaron pronto la preponderancia. El primer imperio búlgaro perduró desde el siglo VII al XI, y el más grande de sus monarcas, Simeón, que reinó a comienzos del siglo X, intentó reunir bajo su cetro a todos los pueblos eslavos de los Balcanes. Uno de sus sucesores, Samuel, hubo de sostener, durante años, dura lucha contra su poderoso enemigo el emperador Basilio II y fue vencido por fin en la batalla de Zetunium (1014).

Durante más de siglo y medio, Bulgaria fue reducida a la condición de provincia bizantina. A finales del siglo XII, los búlgaros recuperaron su independencia, forjando así el segundo imperio búlgaro. Durante algún tiempo, esta nueva Bulgaria fue un poderoso Estado, aunque por su importancia política no podía compararse con el primer imperio. En el propio seno del mundo eslavo, los búlgaros tenían entonces un poderoso rival en los servios, que en el siglo XII habían fundado otro Estado independiente en la zona occidental de los Balcanes. En 1333, los servios tuvieron un caudillo poderoso y capacitado, el rey Esteban Dusan (Esteban VII), que concibió el proyecto de apoderarse de Constantinopla, destronar al emperador y fundar un gran imperio servio-griego, del cual sería monarca. Esteban conquistó Macedonia, Albania y Tesalia y se hizo proclamar, en 1346, «emperador de los servios y de los griegos». En el mismo año se creó un patriarcado cismático servio, independiente del patriarcado de Constantinopla.

De Esteban Dusan, Orkhan y Juan Cantacuzeno dependían, a mediados del siglo XIV, los destinos de la península balcánica. El bizantino Cantacuzeno era, a la vez, un sabio teólogo y un diplomático consumado. Había iniciado su carrera como amigo íntimo y consejero del emperador Andrónico III, y, a la muerte de éste, Juan creyó llegado el momento oportuno de reinar como titular, haciéndose proclamar emperador en el año 1341. En contra suya surgió un poderoso partido en el seno de la corte, agrupado en torno de la reina madre y de su hijo menor. La lucha de partidos degeneró en guerra civil, y ambos bandos adversarios buscaron alianzas entre los enemigos de Bizancio como eran los eslavos y los turcos.

Juan Cantacuzeno hizo derivar a Bizancio por caminos peligrosos y pagó muy cara su elevación al trono, tolerando la penetración de los turcos en el imperio. Quizás esperara librarse, a la larga, de su dependencia de los otomanos, pero tal esperanza no se realizó jamás. En 1354 se vio obligado a abdicar, retirándose a un monasterio, donde consagró sus últimos años a la redacción de una gran obra histórica, que era, al propio tiempo, una apología de su propio gobierno, y ha sido admirada por algunos especialistas: «Por la composición y el estilo —dice uno de es una verdadera obra de arte, que puede resistir sin desdoro la comparación con las grandes obras históricas de la Antigüedad».

En 1355 murió Esteban Dusan, su antiguo enemigo, y, cuatro años más tarde, Orkhan. Advino una nueva generación, dominada por la figura de un joven turco, Amurates I, hijo segundo y sucesor de Orkhan, que fue monarca admirablemente capacitado y enérgico. Era de madre cristiana y poseía muy buenas cualidades, pero daba muestras de una inquietante propensión a la crueldad y una afición al lujo hasta entonces ajena a los turcos.



Barco atravesando el golfo Pérsico (de un manuscrito árabe del siglo XV).

Amurates I y los jenizaros

El gobierno de Amurates se distinguió por sus guerras contra los servios. Amurates juzgaba, con acierto, que no debía ocuparse de Bizancio en tanto que hubiera problemas más importantes que resolver en la península balcánica. Los servios parecían, en efecto, más peligrosos para los turcos que los bizantinos. Amurates se interesaba más por sus territorios europeos que por los del Asia Menor, y por ello trasladó su capital de Brusa a Adrianópolis. Consiguió triunfar sobre los servios en 1389, en la batalla de Kosovo Polje, meseta al sur de la actual Yugoslavia, donde los ejércitos servios y búlgaros reunidos fueron vencidos; pero Amurates perdió la vida, asesinado por un

servio. Así acabó la independencia de Bulgaria y de Servia. Desde entonces comenzó para ambos pueblos un multiseccular período de esclavitud, bajo el yugo turco.

Amurates ocupa lugar distinguido en la Historia por haber transformado la Turquía asiática en un imperio europeo, erigido sobre las ruinas de los mundos eslavo y griego. Dentro de las fronteras de los países conquistados, su política consistió en utilizar a los súbditos cristianos para el progreso del joven Estado turco y, en general, los pueblos cristianos no fueron nunca inquietados por este príncipe musulmán: podían conservar su religión y costumbres, siempre que pagaran los impuestos. En cuanto a los cristianos dispuestos a entrar al servicio del Estado y convertirse a la religión musulmana, fueron acogidos con todos los honores en la comunidad turca, e hicieron así la mayoría una brillante carrera. De este modo se formó una nueva clase de funcionarios en la que estaban representadas numerosas razas y cuya influencia era predominante; su papel consistía en mantener la unidad del imperio y poner en práctica los principios políticos turcos.

El sultán Amurates fue el creador del célebre cuerpo de los «Yeni Tcheri» o jenízaros. Según toda verosimilitud, fue en época posterior cuando se reclutó a estos soldados del modo singular como atrajo la atención mundial, es decir, incorporando a la fuerza a jóvenes cristianos arrebatados a sus familias.

El imperio de Amurates I comprendía la mayor parte de la península balcánica, y desde Armenia y el Cáucaso se extendía hasta el Adriático. Sólo los alrededores de Constantinopla resistían aún a los turcos.

Occidentales, bizantinos y turcos

En Occidente, algunos países seguían con atención expectante el drama que se desarrollaba en aquellas tierras, cuna de la cultura helénica y de la cristiandad.

Por razones políticas y económicas, las primeras interesadas eran las grandes urbes mercantiles de Italia, en particular Venecia y Génova, que ocupaban el primer lugar en el comercio con Bizancio. Ambas ciudades eran rivales y, cuando entraban en juego sus intereses comerciales, se hacían una guerra abierta; pero de ningún modo ayudaban a Bizancio. Los historiadores modernos no se muestran benévolos, en general, con relación a su actitud ante tal problema. Si los turcos suplantaron en la península balcánica a griegos, eslavos y latinos, fue resultado, según ellos, no sólo de una política sistemática de conquista por parte de los turcos, sino también a causa de la política mezquina de los representantes comerciales de la civilización occidental, que, por meras ganancias inmediatas, faltaron gravemente a sus destinos históricos.

No obstante, cabe señalar que Bizancio se preocupaba muy poco en mantener relaciones cordiales y amistosas con Occidente. En opinión de los bizantinos, los pueblos occidentales no eran más que bárbaros e intrusos, cuyo deber era reverenciar con humildad a los «verdaderos hijos de Roma», como los bizantinos presumían ser.

La soberbia bizantina y el espíritu de lucro de los occidentales favorecieron en gran manera los designios de los turcos. Además, los cristianos de Occidente no se dieron perfecta cuenta del peligro que representaban los otomanos hasta que las tropas de Orkhan y de Amurates pisaron la orilla europea del Bósforo. Ello no significa que Occidente tratara a la ligera el problema turco. Las nuevas conquistas de los musulmanes despertaron la conciencia de los pueblos cristianos. La idea de una nueva cruzada fue tomando cuerpo, y dio nueva vida a ideales antiguos. El espíritu caballeresco avivó una última llamarada y una vez más el papa se aprestó a la lucha contra los infieles. De nuevo los reyes de Francia se mostraron dispuestos a prestar oídos a sus exhortaciones; en su lecho de muerte, un príncipe inglés declaró que si Dios

le hubiera permitido conquistar Francia, hubiese terminado su reinado haciéndose cruzado para liberar en primer lugar a Constantinopla y luego a Jerusalén. Los duques de Borgoña reclamaban el honor de colocarse al frente de un ejército de cruzados. Pero sólo en 1395 tan grandiosos proyectos cristalizaron en un intento de ejecución. La situación en Oriente atravesaba momentos críticos. Los eslavos de la península balcánica habían caído bajo el yugo de los turcos, y el nuevo sultán Bayezid I (Bayaceto), apodado el Rayo, mostraba intenciones de proseguir las conquistas de sus predecesores. El primer país amenazado por la invasión turca era Hungría.

A fines del siglo IX habían fundado este reino los magiares, pueblo emparentado por su idioma con los fineses. Las crónicas húngaras no cesan de mencionar las interminables querellas intestinas que infestaron el país y se trabaron en perpetua guerra al rey y a los feudatarios hostiles a su poder; nos hablan también de las continuas tentativas de bizantinos y alemanes para atraerse al reino magiar a su esfera de influencia. Y así llegó 1395, con Hungría amenazada por un nuevo embate turco hacia Occidente. El rey de los húngaros, Segismundo, llamó en su auxilio a los príncipes y pueblos del Occidente europeo. La invocación procedía de un hijo obediente al papa y a la Iglesia, y su grito de socorro no podía ser ignorado por más tiempo. La idea de una cruzada se propagó con algunos resultados. Incluso el infeliz Carlos VI de Francia prometió ayuda y el duque de Borgoña se impuso como tarea poner un poderoso ejército en pie de guerra. Dio el mando a su hijo Juan Sin Miedo, que se haría célebre en Europa, una docena de años después, por su asesinato del duque de Orleáns.

El fracaso de otra cruzada

Este ejército se incrementó con rapidez, pues una nueva ola de entusiasmo se propagaba entonces por Europa. Los caballeros más ilustres de Inglaterra, Francia, Alemania y Polonia acudían a unirse a estos nuevos cruzados y no se ahorró sacrificio alguno. En 1396 se ponía en marcha un impresionante ejército cristiano. En vanguardia iban ocho caballeros, escoltando el estandarte de la Virgen, cuya imagen estaba rodeada por las flores de lis de Francia. Los cruzados no dudaban que derrotarían fácilmente a los enemigos de la cristiandad. Su primer objetivo estratégico era Nicópolis, en el bajo Danubio. Había comenzado el asedio de la ciudad, cuando llegó a los cruzados la noticia de que el sultán acababa de trasladar un poderoso ejército a los alrededores, y cundió el pánico, pues no se imaginaban que el sultán se atreviera a oponerles resistencia, por lo que menguó mucho el entusiasmo para la guerra.

El rey de Hungría propuso que la infantería húngara fuera la primera en dar el asalto, pero los caballeros franceses no querían dejarse arrebatar tal honor. Antes incluso de preparar un solo plan de campaña, se lanzaron a la lucha, y pronto se vieron envueltos en un combate furioso con las tropas de choque otomanas. Vencidos los turcos al principio, los cristianos creyeron haber ganado la guerra. Fue entonces cuando el sultán en persona hizo su aparición en el campo de batalla, al frente de sus indomables jenízaros, y la situación cambió bruscamente en su favor. Los turcos ganaron terreno y el pánico hizo presa en las filas cristianas.

Los cruzados sufrieron una aplastante derrota; cayeron en masa en manos de los turcos y los que escaparon al cautiverio huyeron hacia el Danubio, se arrojaron al agua e intentaron salvarse a nado. Los turcos, por su parte, sufrieron graves pérdidas. Con odio recrudescido, Bayaceto mandó asesinar a sus prisioneros. Los obligó a desfilar ante él y después fueron entregados a los verdugos. Los cruzados marcharon al suplicio como verdaderos mártires. Según afirmación testifical, daban gracias a Dios por el favor que les concedía de morir por la fe. La cristiandad entera sintió viva emoción al saber la

suerte espantosa sufrida por los cruzados y volvieron a aparecer las procesiones de penitentes famosos en tiempos de la peste negra. Temiendo lo peor, se preguntaban todos si el Todopoderoso había decidido castigar a los pueblos de Europa entregándolos a sus enemigos los infieles. ¿Realizaría el sultán su amenaza de hacer pacer sus caballos en los jardines de San Pedro de Roma? Los franceses quedaron consternados por la catástrofe; sólo con enormes sumas y regalos lograron rescatar a los escasos prisioneros supervivientes.

Bayaceto el Rayo y el Imperio bizantino

Pero al sultán Bayaceto, que había merecido el sobrenombre de «Ilderim» (el Rayo) por la prontitud con que ejecutaba sus operaciones militares, le preocupaba muy poco Roma; asentó sus reales ante Constantinopla. La situación nunca había sido tan crítica para Bizancio. El emperador reinante, Manuel, se vio precisado a recurrir a medidas extremas y decidió acudir en persona a Occidente en petición de socorros. Era hombre de gran cultura, considerado como uno de los mayores teólogos y escritores de su época y en todas partes era objeto de gran admiración. Manuel se dirigió en primer lugar a Venecia, donde deliberó largamente con el Gran Consejo sobre la situación en Oriente. París fue la etapa siguiente de su viaje. Cuando llegó allí en 1400, el pueblo entero salió a recibirle y el rey de Francia le tributó una magnífica recepción.

Marchó seguidamente a Londres. El rey de Inglaterra le escuchó con mucha atención y manifestó el mayor interés por su causa. Al regresar se detuvo por segunda vez en París, pero no consiguió ayuda eficaz. Durante su estancia en la gran metrópoli de Occidente, se enteró de los graves acontecimientos de que Oriente era teatro; y se despidió al punto de quienes con tanta gentileza le habían acogido para acudir a toda prisa a su país.

En efecto, Manuel se había enterado de una noticia sorprendente. Timur Lang, un gran guerrero mongol, había obtenido una importante victoria sobre Bayaceto y amenazaba la existencia misma del imperio otomano.

EN TORNO AL ASIA OCCIDENTAL

Tamerlán, príncipe de los mongoles

Timur Lang, a quien llamamos Tamerlán, fue uno de los mayores conquistadores de la Historia, pero también uno de los más crueles e inhumanos déspotas. Reinó en un territorio inmenso, pero nunca logró sentar las bases de un estado homogéneo, donde pudiera desarrollar una civilización. Según Bertold Spuler, «su actividad no tuvo significación alguna en la evolución y progreso de la civilización en Asia, y muchas de sus empresas sólo pueden ser calificadas de saqueos y pillajes». Cuando Tamerlán apareció amenazador ante el imperio otomano, su carrera de conquistador contaba ya treinta años. Nacido en 1331, en una ciudad vecina a Samarcanda, pertenecía a una poderosa tribu turca y según la tradición, era descendiente de Gengis Khan, dato nada inverosímil, pues corría sangre mongola por sus venas.

Timur franqueó la primera etapa en su marcha hacia el poder, cuando obtuvo en feudo el territorio de Samarcanda en 1360. Durante los años siguientes, se proclamó señor de las tierras del norte del Amu Daria y en lo sucesivo se esforzó en transformar el país en centro político de Asia. Entre 1370 y 1380, emprendió una lucha implacable contra los estados vecinos, que sometió uno tras otro. Se ocupó durante otros diez años en hacerse dueño de Persia y después les llegó el turno a Georgia y Rusia meridional.

Así pasó treinta años en correrías, asedios y matanzas. Conquistada una ciudad, las hordas tártaras de Tamerlán se entregaban alegremente a una carnicería con sus habitantes y elevaban pirámides con las cabezas de los muertos, en conmemoración del triunfo.

En 1398, Tamerlán realizó su gran expedición a la India. Algunos de sus generales habían intentado disuadirle de emprender esta peligrosa campaña. Pero nada pudo arredrar a Timur. Franqueó el Indo y marchó hacia Delhi, que fue tomada, saqueada e incendiada. Tras este nuevo triunfo, coronado por la matanza de millares de seres humanos, consintió en regresar, pues no pensaba recoger los frutos pacíficos de su victoria estableciendo su gobierno en la India. Tamerlán era, y siguió siendo siempre, un simple salteador, el más afortunado de cuantos la historia ha conocido.

Por lo demás, tenía motivos Tamerlán en abandonar inmediatamente la India, ya que un nuevo enemigo se había atrevido a eruirse contra él. En Egipto reinaban, desde mediados del siglo mil, los sultanes mamelucos, dinastía surgida de la guardia de corps (mamelucos) que los soberanos del Nilo crearon con esclavos blancos, turcos en su mayoría. El sultán egipcio había intentado organizar una alianza contra Tamerlán y éste partió hacia Siria, perteneciente entonces a los mamelucos. En 1401 derrotó al ejército egipcio y ocupó Damasco, la ciudad más rica de Siria; cuando prosiguió su camino, sólo quedaba de esta floreciente ciudad un montón de ruinas humeantes.

Los territorios sometidos por Tamerlán abarcaban a la sazón distancias enormes. Había sometido a su yugo la mayor parte del continente asiático, Asia Menor, Persia, Siria, las estepas situadas entre los mares Caspio y Negro, Rusia desde el Volga hasta el Don y el Dnieper, y el norte de la India. Había atravesado todos estos países en sus correrías y las victorias eran ya para él cosa natural. Parecía que un eco se elevaba de las tumbas de los reyes asirios cuando se vanagloriaba del número de mujeres que había violado y de hombres que había muerto o hecho prisioneros.

Tamerlán y Bayaceto

No obstante, otro monarca, gran conquistador también, podía vanagloriarse de no haber conocido nunca la derrota y como Timur era también musulmán: Bayaceto el Rayo. Tras las últimas conquistas de Tamerlán, sus territorios tenían fronteras comunes.

Al principio Timur no pareció que deseaba conflictos armados con Bayaceto y le dirigió un mensaje con el fin de solucionar algunos puntos de posible causa de confrontación, pero el sultán no tenía la menor intención de tratar con su colega. Mandó ensillar su poderosa caballería y su respuesta a Tamerlán fue de las más ofensivas que un turco podía recibir: si Timur no acudía en el acto a rendirle homenaje, Bayaceto se apoderaría de todo su harén.

Tamerlán estimó que ello ya resultaba excesivo y resolvió castigar al insolente. La suerte de Bayaceto se decidió en verano de 1402, en los alrededores de Ankara, Asia Menor: cuando situó sus huestes ante las de Timur, ya estaban agotadas a causa de las marchas forzadas llevadas a cabo bajo un calor sofocante; sin ánimo de resistir mucho tiempo a las hordas de Tamerlán. Aunque Bayaceto vio que sus tropas sucumbían o huían, por su parte no renunció a la lucha; reunió en torno suyo un puñado de guerreros y tomó posiciones sobre una colina, decidido a vender cara su vida. Fue cercado al fin, obligado a rendirse y llevado al cautiverio, y así los otomanos conocieron la primera grave derrota de su historia.

Desaparecen vencedor y vencido

A medianoche, Bayaceto fue conducido ante Tamerlán, que se reponía de las fatigas de la jornada jugando una partida de ajedrez, su juego favorito. En la hora de la suprema amargura, Bayaceto se mostró más orgulloso y arrogante que nunca y no se humilló hasta el punto de invocar la piedad de su adversario. Según la tradición, a Tamerlán le impresionó al principio esta actitud de su enemigo y le trató de la manera más obsequiosa. Cambió luego de conducta y decidió arrastrarlo tras él, encerrado en una caja de hierro, según versión popular; quizás se trataba de una jaula. Este fue el final de Bayaceto, que en vano esperó que sus hijos vinieran a libertarle. Cuando, tras un cautiverio de nueve meses, se enteró de que sería arrastrado como trofeo en Samarcanda, no pudo soportar tal idea y murió de un colapso cardíaco.

Durante sus operaciones militares contra Bayaceto, Tamerlán había tomado contacto con las naciones occidentales, que le consideraban un valioso aliado contra los tan temidos otomanos. Según parece, proyectó establecer una vasta alianza con los soberanos europeos, pero tan grandioso proyecto no adquirió cuerpo y Tamerlán pronto desapareció del horizonte europeo. Pese a sus setenta años, no estaba aun saturado de guerras y conquistas: su intención era emprender una gran expedición a China; reunió un nuevo ejército con esta finalidad y sus tropas se ponían ya en marcha hacia el este, cuando murió repentinamente en 1405. Fue sepultado en Samarcanda.

El imperio de Tamerlán no duró mucho tiempo. Aparecieron pronto síntomas de descomposición, y a mediados del siglo XV se desmembró por completo. El viento del desierto borró las huellas de Tamerlán, como de tantos otros conquistadores surgidos de la nada.

Restauración del Imperio turco

Tamerlán había vencido a Bayaceto, pero no pudo desintegrar ni anular el destino político de los turcos; los hijos de Bayaceto se consagraron por entero a su restablecimiento y Mohamed I fue el restaurador del imperio otomano.

Las simpatías e intereses de este príncipe se orientaban hacia el Asia Menor y su primer pensamiento consistió en devolver, en esta zona, su antigua extensión al imperio. Realizó este proyecto en las condiciones más difíciles y bajo amenaza continua de graves sublevaciones. Mahomed I no suele ser incluido entre los más grandes soberanos turcos; no obstante, en la historia, goza de excelente renombre. Se le atribuyen, en general, los rasgos de un príncipe justo y generoso, dotado de amplia cultura. Mantuvo relaciones de buena vecindad con el emperador de Bizancio, ya que Mohamed I no tenía intenciones de aventurar conquistas en Europa y se limitó a reinar en el Asia Menor; además, el emperador Manuel y él parecían nacidos para comprenderse y estimarse.

En aquella época, Bizancio se hallaba en situación favorable. Se le ofrecía al viejo imperio la oportunidad de tomar su desquite sobre los turcos, obligados a afrontar graves dificultades. Un peregrino borgoñón, muy bien informado, que visitó Constantinopla hacia 1430, juzgaba que era relativamente fácil expulsar a los turcos de Europa. Le parecía que sería posible incluso liberar Jerusalén, a condición de que los europeos, sobre todo franceses, alemanes e ingleses, lograran entenderse; pero este acuerdo no existía por desgracia y Bizancio no sacó partido alguno de aquella ocasión propicia. Se resignó a soportar la presencia de los turcos ante sus muros e incluso llegó a encontrarlo cosa natural.

No obstante, los turcos pronto pasarían de nuevo a la ofensiva, incluso en el mismo suelo europeo. Amurates II, que subió al trono en 1421, con veinte años de edad apenas, se esforzó en recuperar todo cuanto los turcos perdieron en tiempo de Tamerlán, e inducir a las potencias occidentales a reconocer el imperio otomano. Para empezar,

provocó un conflicto con Hungría, de nuevo el primer baluarte avanzado de Europa en ser atacado.

Se recordará que Segismundo rey de Hungría, había unido sus tropas al ejército de cruzados que, en 1396, marcharon contra los turcos y fueron derrotados en Nicópolis por los jenízaros de Bayaceto el Rayo. Desde entonces hasta el siglo XVIII, la lucha contra los turcos fue la principal problemática de la historia de Hungría. En cuanto a Segismundo, le resultaba difícil emprender nada sin ayuda exterior. Esperó hallar apoyo en Alemania, donde fuera elegido soberano en 1411, pero se percató de que el país no podría prestarle ayuda antes de que se solucionara el cisma de la Iglesia. Por ello desempeñó papel tan importante en las negociaciones que se desarrollaron en el ámbito religioso, aunque luego le quedó poco tiempo para ocuparse de la cuestión turca.

La resistencia húngara

Hacia 1430, como el sultán Amurates II iniciara una ofensiva para completar la posesión de la península balcánica, tropezó en las fronteras de Hungría con una tenaz resistencia inesperada. Del pueblo magiar surgió un hombre que puso toda su energía e ilimitado entusiasmo en organizar la resistencia contra los infieles. Se llamaba Juan Huniade y era descendiente de una antigua familia de Valaquia. Al aproximarse los turcos, se puso al frente de la resistencia nacional: pronto se convirtió en ídolo de las poblaciones de aquellas comarcas y el hombre cuya opinión más pesaba en Hungría.

El rey Segismundo murió en 1437 y dos años después, Huniade logró que se eligiera como soberano húngaro a Ladislao III, rey de Polonia. Los húngaros podrían contar en lo sucesivo con el apoyo de la poderosa Polonia, en su contienda contra los turcos. El joven rey Ladislao se lanzó con ardor a la lucha; Huniade fue nombrado virrey de Transilvania y durante una brillante campaña que duró de 1442 a 1444 derrotó a Amurates II en dos combates, uno en Hermannstadt (actualmente, Sibiu) y otro en las Puertas de Hierro, junto a los Alpes de Transilvania. El sultán se vio obligado a pedir la paz y la cristiandad entera suspiró aliviada. En cuanto a Amurates, estaba en definitiva cansado del mundo y de sus intrigas, y dispuesto a resignar el poder para consagrarse a sus estudios; en consecuencia, abdicó en favor de su hijo.

Una de las personalidades que esperaban con ansia el momento de reanudar la lucha contra los turcos y liberar Jerusalén era el cardenal Cesarini. Había contribuido en gran manera a las victorias de húngaros y polacos sobre los turcos, con sus hábiles maniobras en el campo diplomático y no costó mucho persuadir al joven rey Ladislao que rompiera el tratado de paz con los infieles; ello no podía ser considerado pecado, sino todo lo contrario. El prelado procuró atraerse igualmente a Huniade a su causa y el ejército cristiano pudo reanudar las hostilidades.

Cuando la noticia llegó a oídos del anciano sultán Amurates volvió a asumir el mando de las tropas turcas, que entablaron la célebre batalla de Varna, en el Mar Negro, en 1444. Una vez más la victoria de los cristianos parecía inminente, cuando el joven rey Ladislao, pese a las advertencias de Huniade, se arrojó temerario y a ciegas en medio del combate. Cayó muerto, los turcos clavaron su cabeza en el extremo de una lanza y acto seguido arremetieron en una violenta contraofensiva. En las filas cristianas, la muerte del monarca había provocado enorme confusión y pronto fueron arrollados por la caballería otomana, muertos o cautivos: el propio cardenal Cesarini pereció en la huida. Lo que la formidable personalidad de Huniade hubiera podido lograr para la cristiandad, se había perdido en un instante por un simple gesto imprudente.

El poderío de los turcos permaneció inquebrantable. En 1451, cuando el sultán Amurates yacía en su lecho de muerte, podía rememorar su obra con orgullo y agradecer a Alá el haber sido misericordioso, con él.



El sultán otomano Mohamed II, que se apoderó de Constantinopla en 1453 (Retrato de Bellini).

La caída de Constantinopla

Cuando Mohamed, hijo de Amurates, se informó de la muerte de su padre, se hallaba en Asia Menor. Sin vacilar un instante, el nuevo sultán montó a caballo y llegó en un tiempo increíblemente corto a Adrianópolis, capital del imperio turco. Se aseguró primero de la fidelidad de sus tropas y reinó desde entonces como soberano indiscutible del imperio otomano. Hizo construir un nuevo palacio en su capital y quiso indicar de esta forma que se consideraba, ante todo, como un soberano europeo.

Su primera finalidad política fue la toma de Constantinopla. Fue el primer sultán que pudo dedicarse de lleno a esta tarea desde el comienzo de su reinado, pues la batalla

de Varna había despejado de obstáculos el camino. Ordenó erigir en la orilla europea del Bósforo, exactamente delante de Constantinopla, una fortaleza que sirviera, por una parte, de base de operaciones durante un inminente asedio de la ciudad, y por otra parte impedir que ésta se beneficiara de su principal fuente de ingresos; el impuesto de pasaje de los navíos que franqueaban los Estrechos. El emperador, informado de antemano de los nuevos proyectos del sultán, elevó ante él su protesta, pero Mohamed se limitó a responder que «Fuera de los muros de Constantinopla, el imperio me pertenece». Comenzaron los trabajos en el mismo lugar donde Darío desembarcó en otro tiempo sus tropas en Europa. Meses después, la fortaleza estaba ya dispuesta con sus almenas, sus torres y poderosos muros.

Al recibir el emperador de Bizancio la respuesta de Mohamed II hubo de reconocer cuánta razón tenía el sultán. Todo el imperio bizantino pertenecía a los turcos, a excepción sólo de Constantinopla. Pero el emperador estaba dispuesto a combatir por la capital hasta exhalar el último suspiro.

A comienzos del siglo XV, Bizancio había desaprovechado una ocasión excelente para emprender la ofensiva contra los turcos y los acontecimientos posteriores ya no le colocaron en situación tan favorable. El viejo y digno emperador Manuel murió en 1425 y le sucedió su hijo Juan VIII, quien ante tan desesperada situación buscó el apoyo de otros países; llegó incluso a renovar la idea de una unión de las Iglesias de Roma y de Bizancio, esperando de este modo obtener de Occidente la ayuda que con tanta urgencia necesitaba. Se declaró dispuesto a reconocer la supremacía de la Iglesia Romana, presentóse en persona en un concilio que tuvo lugar en Florencia en 1439, y estampó su firma en un tratado según el cual la Iglesia ortodoxa se sometía a la autoridad de Roma. Pero, al regresar a Constantinopla, el emperador se enfrentó con la inquebrantable oposición de sus súbditos y la unión de las Iglesias hubo de ser aplazada por tiempo indefinido.

Juan VIII murió en 1448, sin haber significado su reinado con ningún hecho notable. Su hermano y sucesor, Constantino XI, que sería el último emperador de Bizancio, era un hijo fiel de la iglesia griega ortodoxa. Odiaba y despreciaba con toda el alma a los hombres del Vaticano, que se habían aprovechado de la angustia de Bizancio para imponer a su hermano condiciones deshonrosas mientras los turcos se acercaban amenazadores a los muros de Constantinopla. Pero los bizantinos viéronse obligados a aceptar aquella situación y ceder, ya que el papa había subordinado la eventualidad de su ayuda militar a la unión de las Iglesias. En 1452, un legado pontificio llegó a Constantinopla y la tan traída y llevada unión fue proclamada con gran solemnidad en Santa Sofía; en este baluarte de la ortodoxia griega, celebró misa el legado del papa y los sacerdotes romanos oficiaron al lado de los ortodoxos. El emperador en persona participó en estas solemnidades.



La fortaleza de Rumeli-Hisar, construida por los turcos a orillas del Bósforo para preparar el asedio de Constantinopla.

Un cerco de hierro y fuego...

Fuera de las puertas de Santa Sofía, el pueblo murmuraba. Incluso amenazados por el peligro turco, los bizantinos no se decidían a renegar de sus creencias. De todos modos, el emperador tuvo pocos motivos de alegrarse por el acuerdo celebrado con Roma, que constituía para él un penoso caso de conciencia y le hacía detestable a su pueblo. Para colmo de desgracia, no le llegó ningún socorro de Occidente. A pesar de sus promesas, el papa nada hizo para acudir en socorro de la ciudad e incluso, en

situación tan desesperada, no se halló medio de obtener de los venecianos el envío de algunos refuerzos. El Gran Consejo declaró que Venecia nada podía hacer antes de recibir orden personal del papa. El rey de Francia remitió al emperador bizantino un mensaje muy amable en que le expresaba toda su simpatía, pero comunicándole, además, que le era imposible enviar tropas.

A cualquier parte que se dirigiera, el emperador sólo obtenía testimonios de amistad puramente platónicos. No obstante, en enero de 1453, Bizancio tuvo un asomo de esperanza: dos navíos genoveses, al mando del célebre «condottiero» Juan Giustiniani, llegaron al puerto. En plena euforia, el emperador confió a este italiano el mando de todas sus fuerzas armadas, en el acto. Con la mayor energía comenzó Giustiniani a poner la ciudad en condiciones de defensa.

Mohamed disponía de un enorme ejército que constaba por lo menos de 300 000 hombres y debía ser considerado, sin duda, como el mejor y más combativo de aquel tiempo. El sultán poseía también una poderosa flota que asediaba a la ciudad por mar. Gracias a un desertor cristiano, se había proporcionado piezas de artillería que, por primitivas que fuesen, no dejaban de ser preciosa ayuda para el asedio.

A principios de abril de 1453, Mohamed puso sitio definitivo a la capital, y pronto los turcos, con ayuda de sus cañones, abrieron brecha en las viejas y altivas murallas. En lo más intenso de los bombardeos, los asediados se dedicaban febrilmente a su reparación. Según un cronista de la época, el ejército imperial sólo contaba con unos 9,000 hombres, pero luchaban como leones y durante más de seis semanas contuvieron la formidable presión de los turcos. Aunque apreciaban toda la gravedad de su situación, se aferraban a la esperanza de que los príncipes de Occidente acudirían en su socorro, y puesto que el emperador había aceptado la unión de ambas Iglesias, el papa no podía faltar a su promesa.

Los días se sucedían sin que la sombra de una flota salvadora apareciera en el horizonte, y los defensores de Bizancio acabaron por perder el ánimo. Cuando, el 25 de mayo. Constantino reunió sus hombres en consejo, la fatiga y la desesperación se reflejaban en sus rostros, y se admitió por primera vez y con evidencia que la ciudad no podía resistir mucho tiempo. Suplicaron al emperador que se pusiera a salvo mientras aún estuviera a tiempo, y Constantino rehusó, expresando su voluntad de permanecer entre los últimos combatientes.

Al atardecer de aquel día, el emperador pasó revista a las fortificaciones y quedó sorprendido al ver que reinaba una animación insólita en el campamento de los turcos, donde los tambores redoblaban sin cesar. Sabía el emperador lo que significaba: el enemigo se preparaba para dar el asalto decisivo.

Pocos momentos antes del ataque, Mohamed reunió a sus oficiales en torno suyo y les dirigió esta arenga: «Os entrego una gran ciudad muy poblada, la capital de los antiguos romanos, que fue durante mucho tiempo el centro del universo. Podéis saquearla. Encontraréis en ella inmensos tesoros y podréis dejar inmensas riquezas a vuestros descendientes». En el interior de las murallas, Constantino dijo a sus fieles: «Los turcos tienen cañones, caballería y enormes masas de soldados. Nosotros sólo tenemos la ayuda de Dios».

Las últimas horas

En la tarde que precedió al asalto, recorrió las calles de la ciudad una nutrida procesión, en que participaron todos los habitantes. Los sacerdotes marchaban al frente cantando salmos. Llevaban imágenes de los santos cuyo poder milagroso debía proteger

la ciudad, según creían. En la tarde del 29 de mayo se celebró por última vez un oficio solemne en la iglesia de Santa Sofía. El emperador asistió a él con toda su corte, los dignatarios del imperio, los sacerdotes griegos y romanos, así como una muchedumbre inmensa, elevando todos sus plegarias a Dios por la salvación de la ciudad.

Hacia la una de la madrugada empezaron los turcos el asalto. Cincuenta mil hombres se precipitaron hacia los muros, destruidos en parte por los bombardeos. Iban en vanguardia las fuerzas de choque, que combatían con furia, pues tras ellos iba una sarta de jenízaros que tenían orden de matar a cuantos intentaran retroceder, no quedándoles así otra alternativa que vencer o morir. Por dos veces lanzaron sus oleadas al asalto y otras tantas fueron rechazados. El sultán congregó de nuevo sus tropas para el ataque, agregó las fuerzas de reserva y tomó en persona el mando de los asaltantes. Las columnas de ataque se pusieron en movimiento; sus gritos de guerra resonaban en la noche y llenaban de espanto a los habitantes. Según cuenta un testigo, en todas las iglesias repicaban a rebato las campanas y en las calles se oía gemir a la gente: «¡Oh Dios, tened piedad de nosotros, enviadnos socorros, para que el imperio de Constantino no caiga en manos de los infieles!». Las tropas imperiales se mantenían firmes e incluso el último y brutal asalto de los musulmanes no pudo desalojarlos de sus puestos de combate. Se produjo entonces un grave suceso: Giustiniani, que durante todo el asedio fuera el alma y el organizador de la resistencia, fue gravemente herido y murió poco después. Cuando los defensores vieron desaparecer a su jefe, el temor se apoderó de ellos y comenzaron a desbandarse las filas. El emperador Constantino hizo una postrer tentativa heroica: asumió el mando e intentó infundir ánimos a las fuerzas que resistían, aunque en vano; el frente estaba desmoronado, los turcos atravesaban los muros en masas compactas y se esparcían por la ciudad. El último emperador de Bizancio murió espada en mano, rehusó ponerse a salvo incluso en el postrer momento y no quiso sobrevivir a la caída de su imperio.

Al percatarse los bizantinos de la presencia de los turcos en el interior de sus murallas, se apoderó de ellos un pánico atroz. En las calles que conducían al puerto se apiñaban multitudes aterrorizadas, que intentaban embarcarse en los navíos amarrados al muelle. Otros se escondían en los lugares más inverosímiles. Gran número de bizantinos buscaron asilo dentro de los muros de Santa Sofía, confiando, ingenuos, que este lugar santo les libraría de una muerte violenta.

En las calles había comenzado la matanza. A cuantos se halló con armas fueron asesinados sin piedad, sin consideración de clase o de persona. La soldadesca turca se entregó a un saqueo sistemático de todas las viviendas, en busca de armamento y de botín, interesándose en particular los conventos y las lujosas residencias de los patricios. Procuraron asimismo capturar el mayor número posible de prisioneros, para venderlos más tarde como esclavos. El sultán había concedido a sus hombres tres días para entregarse al saqueo de la ciudad. Después de ello, de Constantinopla, la reina de las ciudades, no quedó más que un montón de ruinas humeantes.

A la mañana siguiente, el sultán Mohamed recitó desde el altar mayor de Santa Sofía la oración musulmana del miércoles. Al otro día acudieron obreros turcos a destruir el altar y recubrir con cal los hermosos mosaicos de la basílica. La cruz que coronaba la cúpula fue derribada y sustituida por la media luna. La iglesia más bella de la cristiandad fue convertida en mezquita. El imperio bizantino había dejado de existir. Constantinopla sería, en lo sucesivo, una capital turca.



Mohamed II entrando en Constantinopla.

EXPANSIÓN DEL ISLAM EN ÁFRICA

Nuevas milicias

Ya en los siglos XI y XII había progresado con rapidez el Islam en África, gracias al impulso que le dieron los almoravides o gentes del «ribât», especie de convento

militar establecido en una isla sudanesa, próxima a la desembocadura del Senegal, donde vivía en retiro un grupo de notables de la tribu «lamtuna». La santidad de estos soldados del Profeta exaltó a las tribus nómadas de Tagant y Adrar, poco menos que olvidadas, así como a los negros de Tekrur. Excitados por un predicador bereber, Ibn-Yasim de Gazula, los almoravides atacaron Ghana, que sucumbió hacia 1076. Impusieron también el Islam por la fuerza de su espada a todo el Sáhara occidental, hasta el sur de Marruecos. Como muriera Ibn-Yasim en combate por la fe, uno de sus émulos, Yusuf ben-Texufín, coronó su obra fundando Marrakex (Marruecos), donde estableció su capital, antes de iniciar la conquista de España.

Tanto por el temor que inspiraban, como por el influjo que ejercían, los almorávides provocaron la islamización de algunos pueblos negros: tuculeurs, sarakolé, diula y, sobre todo, los mandingos. Parece, no obstante, que sólo los príncipes y sus allegados se convirtieron a la religión de Mahoma; las masas permanecieron aferradas a sus cultos ancestrales.

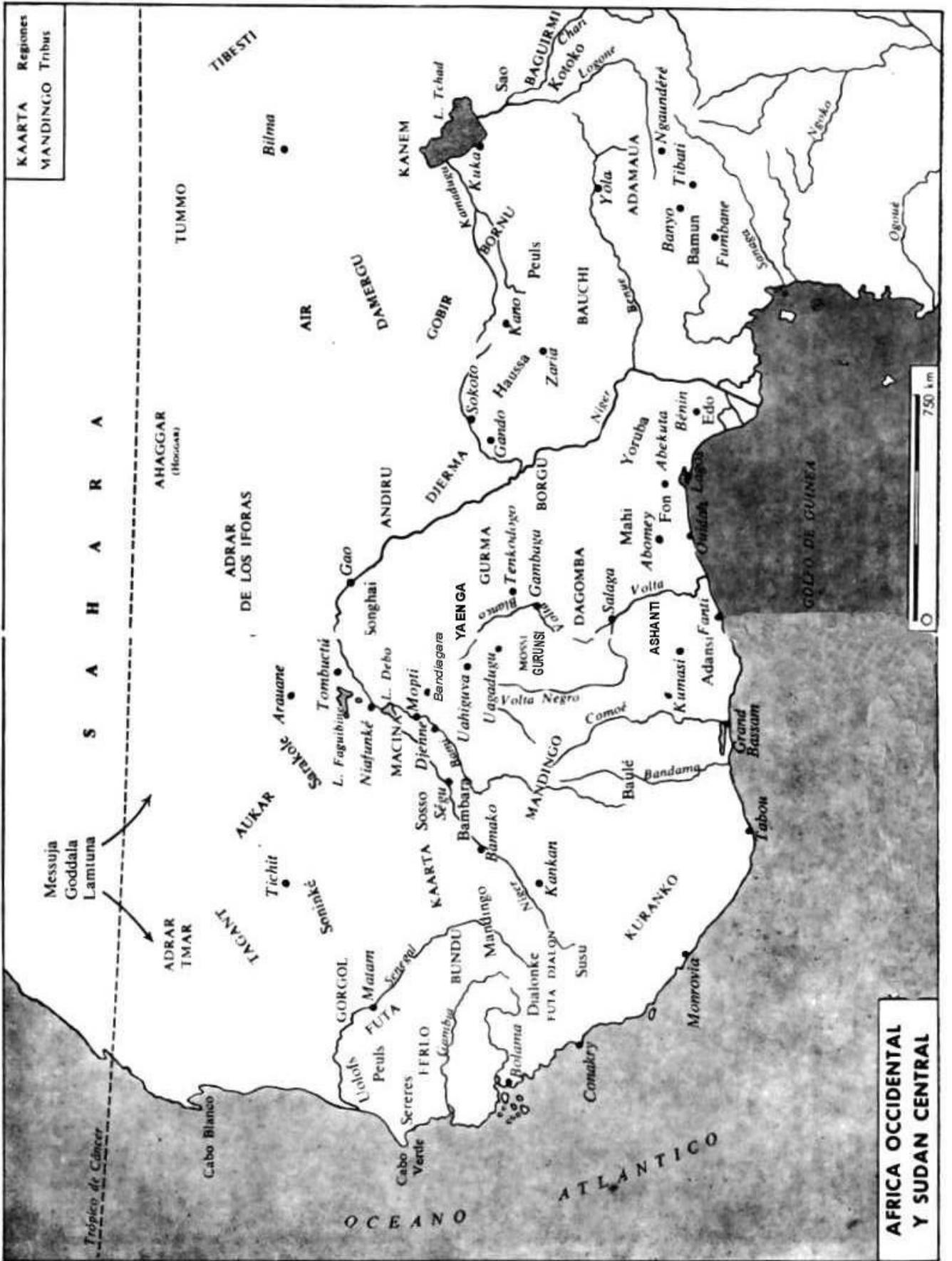
Una nueva oleada islámica sucedió a las de los almoravides. En 1147, después de siete años de combates, el califa almohade Abd al-Mumín se apoderó de Marruecos y, después de una rápida conquista de España, puso fin al reino africano hammady, aplastó a los babors y a los hilalianos, que extendían sus correrías hasta Hodna, y ocupó Ifrikyá (África del Norte), de la que expulsó a sus ocupantes. Pero desde el siglo mil las discordias debilitaron el imperio almohade, incapaz de afrontar a la vez los asaltos de la reconquista cristiana en España y la permanente rebeldía de los gobernadores berberiscos. Pronto surgieron tres dinastías de este caos político, que se destrozaron recíprocamente a lo largo de los siglos XIV y XV. Durante ese tiempo los hilalianos avanzaron hacia poniente, llevando al África del noroeste su lengua y su nomadismo, que produjo la ruina de la agricultura.

El comercio árabe

Si la influencia árabe se impuso en el norte de África por la espada, se propagó hacia el este por el comercio. A decir verdad, tal fenómeno no era nuevo: del siglo VIII al XI, grupos de traficantes, mezclados con aventureros y sectarios de todas las creencias, habían fundado y desarrollado factorías comerciales en Mogadixo, Malindi, Mombasa, Pemba, Zanzíbar, Mozambique, Kilua y Sofala.

Los dueños de estas factorías no perseguían ninguna finalidad política, ni se hallaban animados de celo religioso. Enriquecerse era su único objetivo, y gracias a sus pingües ganancias habían erigido grandes ciudades, donde se agitaba una multitud de comerciantes, cambistas y agentes hindúes; también abundaban los esclavos: los árabes los empleaban como criados, porteadores o soldados. La factoría comercial más poderosa fue la de Kilua, que llegó a someter a Sofala y administrar su comercio de oro.

Los pueblos de la costa oriental, al norte del cabo Corrientes, se dejaron influir por una civilización que pudiéramos llamar afroasiática. En cambio, con los bantúes y bosquimanos, los árabes no tuvieron más contacto que el de un comercio intermitente: cambiaban telas, objetos metálicos y de vidrio, por marfil, oro, ámbar gris y esclavos que volvían a vender en los mercados asiáticos y en el Extremo Oriente.



Proselitismo religioso

La influencia islámica se ejerció en el África occidental, sobre todo, merced a la propaganda religiosa. Tenía como finalidad esencial la conversión de los príncipes negros, que debían su riqueza a la gran vía de penetración Senegal-Níger y a las minas de oro de Bambuk.

Los ricos mercaderes conservaban, por lo general, el monopolio de las pepitas de metal amarillo, aunque autorizasen el libre comercio del polvo de oro. Largas caravanas de camellos transportaban oro, marfil y esclavos, a un lugar convenido, en las orillas del río Senegal, donde se practicaba el comercio en forma de cambio de productos, a la manera de los fenicios de la Antigüedad.

El reino más antiguo entre el Níger y el Senegal había sido fundado hacia el 300 después de Cristo por tribus de peuls. La población negra de los soninké o sarakolé se adueñó del poder a comienzos del siglo XX. Ghana se hallaba entonces en el apogeo de su poderío y su imperio se extendía del Atlántico al Níger y del Tekrur al Sáhara.

El viajero árabe Al-Bekri nos relata con detalle lo referente al reino de Ghana, en la época en que fue sometido a los almoravides. La ciudad real de Ghana, cuyo verdadero nombre era Kumbi, comprendía el palacio, el tribunal y las residencias de los altos funcionarios, construidas en piedra y madera de acacia. En torno se esparcían las chozas de barro, con tejado circular. La corte del rey o «tunka» residía en el sector pagano de la población, cuyas ceremonias religiosas se celebraban todavía en los bosques sagrados; el monarca concedía audiencia, cubierto de alhajas y la cabeza coronada con ornamentación de oro puro, desde un trono situado en un pabellón, junto al cual había diez caballos con arneses de oro. Detrás del trono se situaban los guardias y los pajes, armados de sables de dorada empuñadura, vestidos con suntuosos trajes y ostentando pesadas pepitas de oro en sus trenzados cabellos. El soberano administraba en persona justicia; recorría cada día su capital, escuchando quejas y zanjando cuestiones. Todas las tardes distribuía a sus súbditos cerca de diez mil comidas, servidas al resplandor de una inmensa hoguera. Según Al-Bekri, doscientos mil guerreros, entre ellos cuarenta mil arqueros, permitían al soberano de Ghana imponer su ley a los súbditos del reino; cifras que nos parecen muy exageradas.

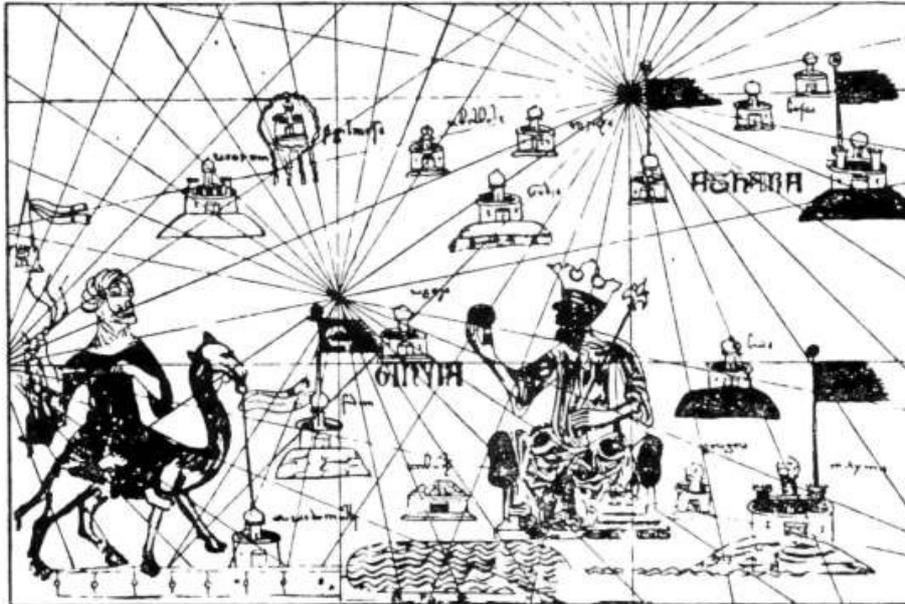
Cuando moría el rey de Ghana se colocaba su cuerpo sobre unos cojines, bajo una cúpula de madera de acacia, y a cada lado amontonaban numerosas ofrendas, junto con los servidores que habían preparado los alimentos del difunto. Se recubría luego la cúpula con telas y terciopelos y desfilaba la muchedumbre de asistentes, que arrojaban tierra sobre la tumba hasta formar un gran túmulo.

Un imperio en el Níger

Ghana decayó lentamente bajo la dominación de los almoravides, y su restauración, emprendida por la tribu sossé de los soninké, hacia 1203, fue efímera. En el país de Malí (deformación árabe del vocablo «mandingo»), hasta entonces insignificante, se había impuesto la poderosa dinastía de los keita, convertida al islamismo. En 1235, el rey Sundiata derrotó a los soninké en la batalla de Kirina, cuyos episodios, transformados en epopeya, son cantados todavía por los pueblos del Níger.

El sucesor de Sundiata, Mensa Ulé —«el rey rojo», que reinó de 1255 a 1270—, efectuó una peregrinación a La Meca. Este ejemplo piadoso fue seguido por otro keita, Gongo o Kankan Muza, que llegó a la Ciudad Santa acompañado de medio millar de esclavos portadores cada uno de un bastón de oro que pesaba quinientos mitcales. Acompañaron a Gongo Muza en este viaje varios musulmanes célebres, particularmente

el arquitecto Es-Saheli, hijo de una noble familia granadina, que renovó la arquitectura sudanesa tradicional de tapial y barro cocido con techo de madera y terraza. Tombuctú fue embellecida también por Es-Saheli y la gran mezquita de Sankore se convirtió en uno de los mejores centros de cultura musulmana.



Gongo Muza (a la derecha) tal como aparece representado en el *Atlas catalán* de Carlos V (1375).

A su muerte, acaecida en 1332, Gongo Muza dejaba un reino que se extendía desde los oasis del sur de Argelia hasta el gran arco del Níger, es decir, hasta la selva virgen. El reinado de Maghan Muza (1332-1336) fue anodino y sin relieve, pero el de Suleimán (1336-1359), hermano de Gongo Muza, reanimó la prosperidad del reino, en el que imperaron orden y paz. El viajero árabe Ibn-Batuta, que visitó el Sudán en 1352, admiró la administración de justicia de la corte de Suleimán, que aseguraba el bienestar del país y los derechos de todos. Le encantó también la belleza de sus mujeres, muy respetadas, y que gozaban de gran libertad, pero le extrañó el régimen de matriarcado — es decir, la sucesión por línea directa—, la desnudez de las jóvenes y de las esclavas, y que comieran la carne de animales muertos y de los perros.

A la muerte de Suleimán, sobrevino la decadencia de Malí, acelerada por los ataques de los songhaï, cuya historia es bastante conocida gracias a los relatos de algunos escritores de Tombuctú. El apogeo del imperio songhaï se sitúa durante el reinado de Sonni Alí o Alí-Ber (1465-1492), conquistador brutal y de brillante imaginación. Cuando recobró Tombuctú de los tuaregs en 1488, no vaciló en entregar la ciudad al saqueo y asesinar a los, letrados más importantes; motivo por el cual la tradición musulmana no le perdonó nunca tamaña crueldad y así, silencia sus buenas cualidades, su iniciativa y la bravura con que sometió al poderoso imperio que organizara sólidamente Mamadu Turé (1493-1529), fundador de la dinastía de los Askia.

En el corazón del África Negra

Mientras se desarrollaban sucesivamente los imperios de Ghana, Mali y Songhaï, varios estados haussa se iban consolidando en el Sudán central.

Por falta de fuentes escritas —quedaron casi todas destruidas a finales del siglo XVIII.—, su origen se halla mezclado y confundido con leyendas, alguna de las cuales narra que una princesa, llamada Daurama, reinaba a comienzos del siglo XI en la dudad de Dauma, por la que merodeaba un monstruo que devoraba a cualquiera que se atreviese a cruzar las empalizadas en busca de provisiones. Un día llegó Abu Yezid, hombre de piel blanca y héroe al estilo de san Jorge o de Edipo, que mató al monstruo, se desposó con la reina y tuvo de ella siete hijos, fundadores de los siete, primeros reinos haussa.

De todos estos principados, el más famoso fue el de Kano, uno de cuyos soberanos, Yedji (1349-1385), acogió en su reino a los mandingos musulmanes y adoptó la religión mahometana. Años más tarde, entra en escena una nueva figura femenina, la hermosa y temible reina Amina, quien, según la crónica de Kano, fortificó sólidamente todas sus ciudades e impuso su soberanía hasta el río Benué. Percibía un importante tributo anual de sus vasallos, incluyendo en especial cuarenta eunucos, destinados a su guardia personal, y diez mil nueces de kola...

Pero los haussa de Kano fueron sometidos, a su vez, por el reino de Bornú, situado en las orillas del lago Chad y donde el viajero Ibn-Batuta señalaba, desde 1353, la existencia de un monarca musulmán llamado Idris. De esta manera, el Islam iba penetrando profundamente en el corazón del África negra.

FLUJO Y REFLUJO MONGOL EN EXTREMO ORIENTE

La China de los Song

El general Tchao K'uang-yin, convertido en T'ai-tsu (960/976) y fundador de la dinastía imperial de los Song, había sabido hacer olvidar, por sus excepcionales cualidades de bondad y justicia, casi un siglo de guerras civiles. Pudo reconquistar pronto el reino del sur, pero fracasó en el norte. Sus sucesores no tuvieron más fortuna en tal empresa: hubieron de abandonar a los mongoles k'i-tan los distritos septentrionales situados desde la gran muralla hasta la desembocadura del río Amur y fueron incapaces de desalojar a los si-hi, pueblo tibetano de los tangut, sólidamente instalados al noroeste.

Los emperadores Song, aun pagando onerosos tributos para conservar la paz en las fronteras, mantenían la ilusión de que seguían vigilando a los bárbaros y los iban asimilando progresivamente. En el propio seno del gobierno chino rivalizaban entonces dos partidos por el poder: los conservadores y los reformistas o innovadores, quienes lo detentaron de 1069 a 1076, durante el reinado del emperador Chen-tsong. Suprimieron los trabajos forzados sustituyéndolos por un impuesto personal cuyo producto permitiera costear importantes trabajos públicos, en especial, la canalización del Hoang-ho. El Estado prestaba dinero a los campesinos que desearan adquirir simientes o material agrícola, préstamo que debía devolverse con sus intereses, pasada la recolección de otoño. No siempre fue así, por supuesto: muy a menudo los campesinos empleaban a su antojo el dinero recibido y solicitaban más cada año. Los reformistas establecieron igualmente un catastro, base del impuesto sobre los bienes inmuebles, y cortaron por lo sano la especulación, mediante una estricta vigilancia y una reglamentación del comercio, en función del equilibrio de la oferta y la demanda.

Exaltando sus propios méritos, el primer ministro Wang Nganche declaró que «el arroz había llegado a ser tan barato como el agua», y como se sentía poeta en determinados momentos, añadía con cierto lirismo:

*¿Necesita alguien dinero para un casamiento o para funerales?
Yo se lo prestaré para que desaparezca su inquietud.
¿Alguno tiene una cosecha insuficiente?
Yo le doy todos los granos que poseo para ayudarlo a vivir.
Si la cosecha es abundante, la recojo.
Si la cosecha no es suficiente, distribuyo cuanto poseo para que se pueda trabajar.
En nuestros días que nadie acumule, pues yo estoy resuelto a reprimir a los acaparadores.*

Los reformistas no vacilaron en atacar a la clase social de los letrados y suprimieron del programa de exámenes ciertos textos de Confucio que sustituyeron por cuestiones de actualidad. Los hombres de letras protestaron por tamaño escándalo y sacrilegio. Se opusieron en tal forma que, a la muerte del emperador Chen-tsong, los conservadores recobraron el poder. En lo sucesivo, ambos partidos dirigieron alternativamente el gobierno chino, ya que los emperadores Song, habiendo renunciado a reconquistar el norte, no tuvieron otra ambición que gozar de la dulce vida que se les ofrecía.

Sin duda, en ninguna época como en la de los Song, la civilización china logró ese exquisito refinamiento y delicadeza que produce a menudo la inconsciencia de las catástrofes que se avecinan. La pintura de la época Song, de Kuo-Hi o de Mi Fei (1051-1107) es esencialmente paisajista. En su tratado sobre los montes y las aguas, Kuo Hi escribía a mediados del siglo XI: «Las nubes y neblinas de los paisajes no son iguales en las cuatro estaciones del año. En primavera son ligeras y difusas; en verano, ricas y densas; en otoño dispersas y débiles; en invierno, sombrías y tenebrosas. Cuando los cuadros saben producir estos efectos, las nubes y vapores presentan una tonalidad de vida. La bruma que rodea las montañas tampoco es igual en las cuatro estaciones. Las montañas en primavera son ligeras, seductoras, sonrientes, por así decir. En verano ostentan un color azul-verde, que parece extenderse sobre ellas y cubrirlas. Las montañas en otoño son alegres y prometedoras, como recién pintadas, y en invierno son tristes y serenas, como si durmieran».

El texto evidencia una observación minuciosa de la naturaleza, y también una conjunción del paisaje con el estado de ánimo. Asociación que aparece de nuevo en la poesía de la época Song.

Cuando Su-Tong-p'o (1036-1101), jefe del partido conservador, escribe sus poemas, no olvida que también es pintor y calígrafo:

*A lo largo de toda la ribera, la primavera me entristece.
Unas flores se marchitan, otras se abren;
el sol que declina, ilumina todavía el pequeño puente,
pero ya no vuelvo a ver tu mano al borde del pabellón.*

Metido de lleno él también en la vida política, Ts'ao Ch'ung-chih vivió mucho tiempo desterrado y quemó casi todos sus poemas. Este escapó por suerte a la destrucción:

*Mi morada está cerca del mar;
tu pabellón junto a la ribera.
Las lágrimas que te dedico
llegan allí con la marea.*

Más allá del río Azul

Mientras el emperador Huai-Tsong se dedicaba a las letras, al arte y la arqueología, e investigaba el modo de crear un extraño sincretismo de Confucio, del taoísmo y del budismo, fue un hombre feliz (1100-1125). El «soñador coronado» acarrió su propia desgracia y la de su país al tratar de reconquistar Pekín, aliándose con los jurchet de Mongolia contra los k'i-tan, lo que no dejaba de ser una locura. Tan pronto como los jurchet vencieron a los k'i-tan, en 1122, se lanzaron en masa hacia el

sur y atravesaron los ríos Amarillo y Azul. El emperador y su primogénito cayeron prisioneros y fueron deportados al norte de Manchuria.

El segundo hijo de Huai-Tsong había escapado a la catástrofe. Fue proclamado emperador en Nankín, bajo el nombre de Kao-Tsong (1127-1162). No era de temperamento guerrero; aprovechando una incursión de los mongoles que amenazó a los jurtchet (llamados Kin, el nombre chino de su dinastía) en el Gobi oriental, firmó la paz en 1138. En cuanto a los Song, se retiraron al otro lado del Yang-tse y creyéronse definitivamente salvados, volviendo a sus poemas, su pintura y su cerámica.

Fueron escasos quienes influidos por el poeta Lu-Yin (1125-1210) soñaban a veces con la perdida unidad china:

*Sé que todo acaba con la muerte,
pero me apena no ver reunidas las Nueve Provincias.
Cuando el ejército imperial haya reconquistado la Gran Llanura,
en vuestros sacrificios fúnebres anunciad el mío.*

Pero el mismo poeta prefería cantar la buena vida:

*En Ch'an-An, me embriago con el viento de primavera,
mi gorro está rojo de flores colocadas de través.
He visto la grandeza y el ocaso del mundo
sin ser por ello ni más rico ni más pobre.*

El esplendor de Hang-tcheu, la nueva capital, eclipsó pronto el recuerdo de la antigua, K'ai-fong. Los más célebres pintores — Ma Yuan, Ma lin, Hia Kuei— distribuyéronse la labor de decorar palacios y pabellones imperiales, pero sus obras no ofrecían la fresca espontaneidad de las de Kuo-Hi o de Mi Fei. En la misma época, con una energía poco menos que visionaria, Leang K'ai y Mu-K'i pintaban frescos en los monasterios del budismo contemplativo, y la generalización del consumo del té contribuía a la progresiva elaboración del arte de la cerámica, de formas armoniosas y sobrias, casi siempre monocromas, con ornamentación de flores incisas.

Una nueva filosofía china

Como si no sufrieran humillación alguna, confiando en su política exterior de cortos alcances, los Song se entregaron por completo al cultivo de las artes, las letras y las ciencias. Los mayores sabios de la época colaboraron en la gran enciclopedia de Ma-Tuan-Lin, compendio de los conocimientos del Extremo Oriente; la impresión que producía el libro era, además, de un notable grado de perfección. En cambio numerosas escuelas privadas, dirigidas a menudo por filósofos de renombre, reaccionaron contra la enseñanza oficial, a la que reprochaban excesivo formalismo.

El budismo manifestaba un claro retroceso, acaso acelerado con motivo de la revisión de los clásicos del confucianismo, que emprendió Tchu-Hi (1130-1200), llamado «el Spencer chino». En el origen de todas las cosas, Tchu-Hi colocaba el wu-ki, lo que se traduce literalmente —y erróneamente— por el «no-ser» absoluto. En realidad, el wu-ki es una virtud universal de la que surge en especial el t'ai-ki, que es «semejante a una raíz que germina y brota, que se divide en muchas ramificaciones, que se percibe todavía y que produce flores y hojas; y así en lo sucesivo, sin interrupción». Esta descripción, que podría considerarse similar al árbol de la vida de algunos filósofos modernos, es completada por otra imagen de Tchu-Hi, que intenta explicar la

omnipresencia del t'ai-ki: «Es como la luna que ilumina la noche; es única en el cielo y, por tanto, cuando esparce su luz suave sobre los ríos y los lagos, se ve reflejado en todas partes su disco, sin que pueda afirmarse por ello que la luna se divide y pierde su unidad». El t'ai-ki actúa sobre el mundo mediante el principio «li», conjunto de leyes de la naturaleza que modela el «k'i», masa gaseosa que podría encontrarse en el origen de la materia.

Partiendo de estos principios filosóficos, Tchu-Hi describe su cosmogonía, siguiendo un riguroso proceso científico. Su neoconfucionismo constituyó el esquema intelectual de China hasta 1911.



*Commence de l'estat et de la gouuernance du grant haan de cathay lo
 cain empereur des tartres. et de la disposition de son empire. et de ses aut
 mces. Inuepte par vn arceueque que on dist l'arceueque salens. e
 mmanant du pape iehan. xxi. de ce nom. Emandate de latin en francoi*

Marco Polo descubrió China a los ojos del mundo occidental. Arriba, el gran Kan de Catay, China del Norte, tal como aparece en el “Libro de las Maravillas”.

La China yuan: Kubilai, el «gran señor»

En 1258, se produjo lo inevitable: la ejecución del testamento de Gengis Kan que Ogodai no había hecho más que iniciar al obtener su victoria sobre el imperio Kin en

1234. El gran Khan Mongka desencadenó una ofensiva contra la China de los Song y murió el 6 de septiembre de 1259 al asediar una fortaleza, pero su hermano Kubilai, que se hallaba junto a él, asumió el mando, después de obligar a su segundo hijo, Arikbogé, a someterse. En 1262, aspirando a continuar las veintidós dinastías chinas que le habían precedido, dio Kubilai a su propia dinastía el nombre de Yuan. Diecisiete años más tarde, China había sido conquistada por entero por el «gran señor» mongol, «el más poderoso soberano y dueño de pueblos, de tierras y tesoros, que haya existido desde Adán hasta nuestros días». Según su costumbre, los mongoles lo habían destruido todo a su paso y Kubilai tomó a su cargo reparar el daño que sus guerreros habían ocasionado al país; no sólo conservó el cuadro institucional y administrativo de los Song, sino que obtuvo también la colaboración de los funcionarios en ejercicio, y no tardó en conquistar las almas después de haber conquistado las tierras.

Para combatir el hambre, impuso de nuevo en vigor la legislación estatal de Wang Ngan Che, incluida en ella el sistema de «graneros reguladores». Desarrolló, por otra parte, la organización del correo mongol, basado en el empleo de más de 20,000 caballos, repartidos entre diversas postas o paradas. «Los correos —cuenta Oderico de Pordenone— galopan sobre caballos extraordinariamente rápidos, y emplean también camellos. Apenas divisan las paradas, tocan la trompeta para comunicar su llegada y advertidos los guardianes, preparan en seguida otro caballo o camello con su nueva montura, que toma los despachos y galopa hasta la parada siguiente, donde se efectúa un relevo semejante. El Gran Khan obtiene de este modo, a las veinticuatro horas, noticias procedentes de regiones normalmente situadas, por lo menos, a tres jornadas ordinarias de caballo.»

Kubilai resultaba más emperador chino que «gran señor» mongol: adoptó las costumbres del país y patrocinó su cultura tradicional.

Marco Polo y Oderico de Pordenone

La China de los Yuan fue conocida por dos testigos occidentales: Marco Polo, mercader veneciano, y el misionero Oderico de Pordenone, ya citado.

De 1271 a 1295, Marco Polo acompañó a su padre Nicolás y a su tío Maffeo quienes habían visitado ya China algunos años antes. Los tres venecianos presentaron a Kubilai un mensaje del papa Gregorio X y en aquella circunstancia, «el gran señor» parece que se percató de la aguda inteligencia y dotes de observación de Marco; le confió pronto un empleo en la administración de impuestos en Yang-tcheu, cerca de la desembocadura del río Azul. «Había allí —anota Marco Polo en su *Libro de las maravillas*— tantos mercaderes ricos, practicando un comercio tan importante que no hay nadie que pueda valorarlo. Y sabed que ni los maestros de talleres, que eran jefes de empresa, ni sus mujeres, tocaban nada con sus manos, y gozaban de una existencia tan fastuosa y elegante que podría compararse a la de los reyes.»

Era propicia para el joven veneciano la ocasión de describir un cuadro de la actividad económica de las dos Chinas. En la del norte, que él llama Catay (del nombre de los K'itan que la habían poseído), señala la explotación de minas de carbón, «especie de piedras negras que se extraen de las montañas en forma de vetas, que brillan como teas encendidas...».

El espectáculo de los grandes mercados, adonde acudían todos los mercaderes imaginables —«no hay día que no entren en Cambaluc (Pekín) mil carretas cargadas de seda, con la que se fabrican gran cantidad de telas de oro»— maravillaba a Marco Polo tanto como el tráfico de los juncos en el Yangtse-kiang: «Van y vienen por este río más navíos y más ricos mercaderes que por todos los ríos y mares de la cristiandad».

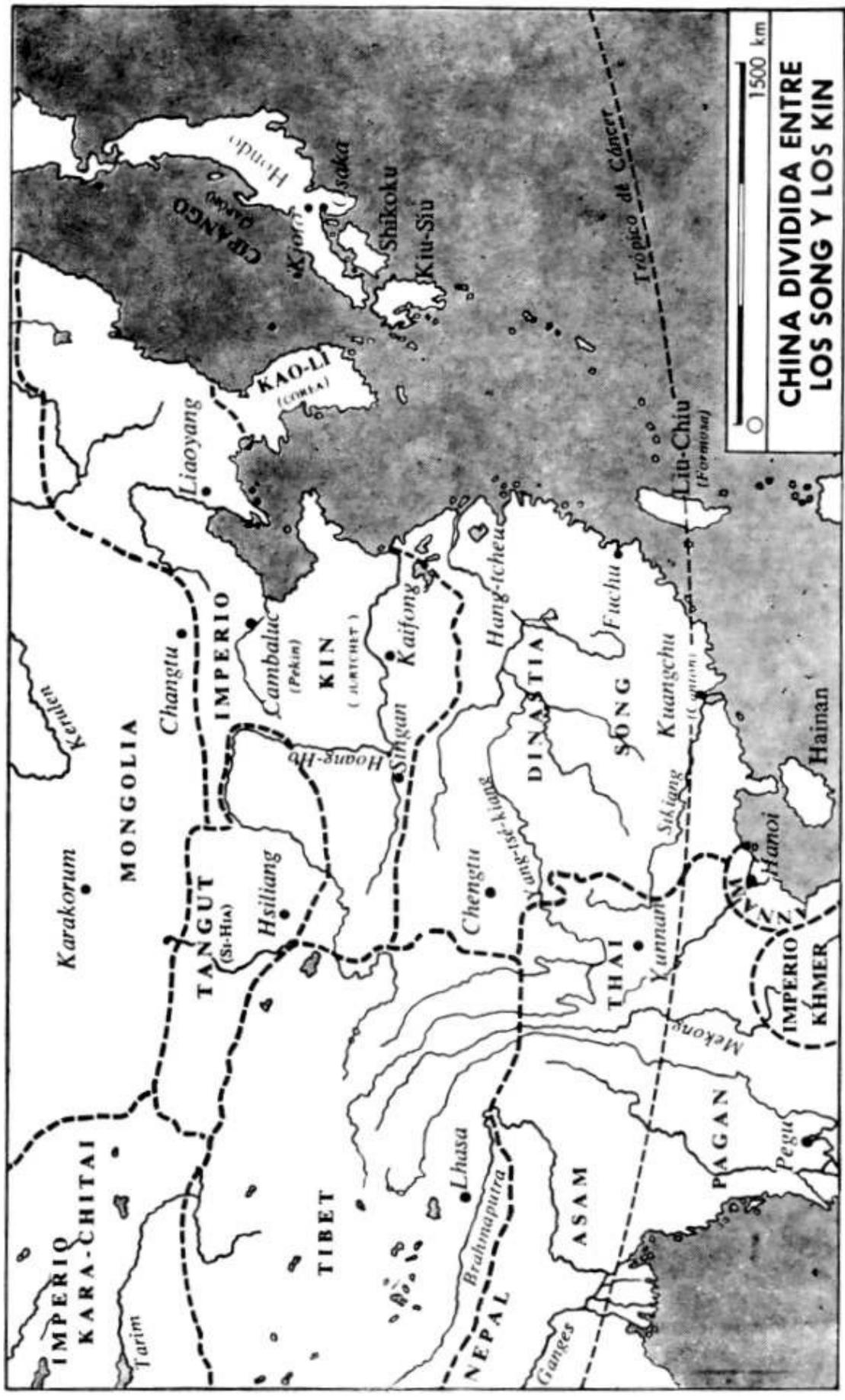
Además, la enumeración que nos hace Marco Polo de los productos que abarrotaban las tiendas, atestigua que, en la época mongola, la economía china estaba directamente ligada al mercado indio y malayo. También conviene destacar que el veneciano quedó sorprendido ante el uso de papel moneda: «os digo que cada uno toma de buen grado estos billetes, porque en cualquier parte adonde vayan, dentro de los territorios del Gran Khan, pueden comprar y vender con ello lo mismo que si fueran de oro fino».



Un señor camino de la corte del Gran Kan. Grabado del «Libro de las maravillas».

Los Yuan protegían con idénticas consideraciones todas las creencias y cultos en su imperio. El hecho llamó ya la atención a Marco Polo, pero el misionero Oderico de Pordenone detalló múltiples manifestaciones de esta conducta liberal, durante su estancia de tres años y medio (1325-1328) en aquellos países lejanos. Nos cuenta que los frailes menores poseían un convento en Pekín y que gozaban de mucha consideración en la corte del Gran Khan. Un miembro de la comunidad, Juan de Montecorvino, era arzobispo de la corte imperial y bendecía al Gran Khan cada vez que salía de viaje. La ceremonia implicaba una procesión: «llevábamos delante de nosotros una cruz fijada a un asta y cantábamos el *Veni, Sancte Spiritus*. Cuando llegamos cerca de la carroza imperial, el Gran Khan, que había reconocido nuestras voces, nos hizo avanzar hasta él. Al aproximarnos con la cruz en alto, se descubrió, levantando su tocado, cuyo precio es inestimable, e hizo reverencia a la cruz. El obispo le bendijo y el Gran Khan besó la cruz con mucha devoción. Yo puse entonces incienso en el incensario y nuestro obispo incensó al príncipe».

Chamanes, musulmanes, budistas y nestorianos, se beneficiaban de la misma tolerancia. «El hecho de que tantas razas diferentes —concluye Oderico de Pordenone— puedan vivir pacíficamente unas junto a otras y ser administradas por el mismo poder, me parece una de las mayores maravillas del mundo.»



**CHINA DIVIDIDA ENTRE
LOS SONG Y LOS KIN**

1500 km

GRANDO (Gansu)
Shakoku
Kiu-Siu
Trópico de Cáncer
Liu-Chiu (Formosa)
LIANGYANG
KAOLIAO (Korea)
Changtu
IMPERIO KIN (JURCHEN)
Cambaluc (Pekin)
Kaifong
Hang-tcheu
Yunnan
Yunnan-ese-k'long
DINASTIA SONG
Fichu
Kuangchü
Hainan
Hanoi
IMPERIO KHMER
Mekong
PAGAN
pegu
ASAM
NEPAL
Brahmaputra
Ganges
TIBET
Lhasa
CHINA
Chentu
THAI
Yunnan
Sikigang
Si-Hia
Hsiliang
Hoang-Ho
Singun
MONGOLIA
Karakorum
IMPERIO TANGUT
IMPERIO KARA-CHITAI
Tarim
Katien

La China autárquica de los Ming

Después del reinado de Yesun-Témur, la dinastía Yuan se abismó en la decadencia. «Sus príncipes —escribe René Grousset— hundidos en el desenfreno y dominados por la apatía, no compensaron sus vicios sino con una mojigatería lamaísta, cuyos letrados confucionistas les causaban nuevos perjuicios.» Consecuencias políticas más graves todavía ocasionaba la gestión financiera del imperio: la inflación se hizo crónica y varias devaluaciones sucesivas perjudicaron muy particularmente el sur del país, región comercial por excelencia.

Precisamente en el sur surgió la insurrección, preparada por la sociedad secreta del «Loto Azul», que anunciaba el advenimiento de un mesías budista. Varios jefes de partido, de quienes no podría decirse si verdaderamente eran patriotas o bandidos, asolaron la China meridional hasta el día en que uno de ellos, Chu Yuan-tchang, antiguo monje budista, se impuso a todos sus rivales. Se hizo señor de Nankín, estableció allí un gobierno regular y luego marchó hacia Pekín de donde, el 10 de septiembre de 1368, Toghan-Témur huyó para refugiarse en Mongolia. El ejército proclamó en el acto a Chu Yuan-tchang emperador y fundador de la dinastía de los Ming.

Surgido de la nada y bonzo exclaustrado, el nuevo emperador consagró un ardiente celo de neófito en restaurar la China tradicionalista, replegada en sí misma y cerrada a todo contacto con el extranjero. Con los años, el primer Ming tornóse cada vez más suspicaz y absolutista, no vacilando en entregar al suplicio en Nankín a 15,000 personas, que imaginaba complicadas en una conjura.

Salvo una breve tentativa de expansión bajo el emperador Yung-lo (1403-1424) que trasladó, además, su capital de Nankín a Pekín, la China de los Ming quedó sumida en la dictadura y el despotismo, el aislamiento nacional y la xenofobia. Los extranjeros fueron asesinados y las religiones extranjeras —mazdeísmo, maniqueísmo, nestorianismo, catolicismo, etc.— desaparecieron. Sólo el Islam consiguió mantenerse en el oeste, mientras que el budismo se beneficiaba de su asimilación a las religiones nacionales. Las caravanas no volvieron a atravesar el Asia Central; China quedaba separada del mundo exterior y al propio tiempo de las mismas fuentes de su comercio.

Fracaso mongol en Java, Indochina y Japón

El fracaso de los mongoles en China fue precedido de otro fracaso mayor aún en Java, donde una expedición suya no consiguió más resultados que restablecer una dinastía que durante el gobierno de Rajasanagara (1350-1389) creó una verdadera talasocracia. El poder mongol había ocasionado la decadencia del imperio de los Khmers, pero un poder siamés le sustituyó y se opuso victoriosamente a toda penetración en la zona occidental de la península indochina.

También en el Japón los mongoles obtuvieron fracasos sucesivos. Durante los dos primeros tercios del siglo el trono nipón había sido ocupado por emperadores Fujiwara, sin relieve histórico. Go-Sanjô Tenno (1068-1073) intentó en vano una restauración del antiguo poderío japonés, pero la decadencia parecía inevitable. Las familias de los Taira y Minamoto se aprovecharon de ello para aumentar su poder, aun a costa de destrozarse mutuamente entre los años 1180 y 1185, mientras huía la familia imperial. El Japón volvió a caer, de esta forma, en la anarquía feudal, bajo el régimen de los «shogun» —similares a los antiguos mayordomos de palacio merovingios— que manejaban a su antojo a los holgazanes soberanos «mikado», mientras que los nobles «daimios»

actuaban como dueños absolutos en sus tierras y luchaban sin cesar a la cabeza de sus «samurai» o guerreros ilustres.

El doble fracaso de los ataques de Kubilai contra el Japón, en 1274 y en 1282, puede parecer sorprendente a primera vista. ¿No eran acaso los mongoles los más aventureros, y los mejor armados? ¿No ignoraban los japoneses toda táctica militar, acostumbrados al combate singular? Ciertamente, pero los éxitos de Kubilai en 1274 dependían de sus marinos coreanos y éstos, en pleno combate y viendo que el tiempo empeoraba, exigieron el reembarque. La operación se hizo con excesiva precipitación y los navíos se estrellaron contra los arrecifes. Kubilai no obtuvo mayor éxito en 1281: mientras que los contingentes de su primera flota eran diezmados por la epidemia después de la toma de Oki, los navíos de la segunda flota eran destruidos por una violenta tempestad. Estas victorias japonesas, logradas casi sin combate, tenían algo de milagrosas. Por ello, los monjes hicieron creer fácilmente que todo el mérito procedía de sus oraciones.

La secta Zen

En aquel tiempo, nuevas sectas budistas proliferaban en el Japón. La más importante, el Zen, que contaba ya varios siglos de existencia en China, apareció como una reacción contra el pietismo del culto de Amida. El budismo Zen no reconocía ningún dios, ni culto, ni inmortalidad del alma, lo que no significa que negara a Dios o la inmortalidad: «El gusto de Zen y el gusto del té son idénticos —dice una sentencia de la secta—. El bien y el mal, lo sagrado y lo profano son distinciones sin importancia y extravían el espíritu humano. La única cosa que existe en verdad es el vacío absoluto, y en él todo es uno». De hecho, el budismo Zen rechaza las frases, los símbolos, incluso la búsqueda de la verdad; su fin es la iluminación y la liberación.

Como el Zen implica la resignación, la aceptación del orden establecido («haz lo que debes hacer, sin intentar conocer en qué eres útil») fue naturalmente protegida por el poder político. El Zen dio origen, por otra parte, a una estética. Construidos con austeridad, según planificación simétrica, en ruptura declarada con la mentalidad de lo mágico, los santuarios Zen fueron imitados por los miembros de la clase guerrera; así se formó el estilo «shoin» que se conservó en las casas japonesas. La secta Zen introdujo igualmente los «jardines chinoscos», en los que las rocas y el agua sugieren el cosmos...

EL OCASO DE LAS IDEAS MEDIEVALES

CISMA, REFORMA Y HEREJÍAS

Crisis de autoridad

La lucha entre el Pontificado y el imperio, que se consideraban herederos de las tradiciones del imperio romano y pretendían cada cual dominar la cristiandad entera, tuvo para uno y otro consecuencias fatales. Bonifacio VIII intentó hacer prevalecer el derecho de la Iglesia a la autoridad suprema, pero ante el nacionalismo personificado en el rey de Francia Felipe IV el Hermoso, sufrió un duro golpe, cuya secuela fue la ausencia de los Papas de la sede romana y el gran cisma de Occidente. Nada puso en tanto peligro el ideal universalista. El vicario de Jesucristo quedaba convertido en vasallo del rey de Francia y, en determinados momentos, hubo dos Papas —incluso alguna vez hubo tres—, quienes llegaron a excomulgarse mutuamente. Nada podía evitar que la cristiandad se escindiera en bandos opuestos ni que la Santa Sede perdiera gran parte de su prestigio. El poder temporal iba ganando terreno, sobre todo en Francia y en Inglaterra. En todas partes el sentimiento nacional surgía; según él, el interés del país debía anteponerse a todo, incluso a las pretensiones del Papa.

Por lo que se refiere al poder imperial, la lucha que hubo de sostener contra el Pontificado condujo al sombrío período del interregno y al abandono, por parte de Rodolfo de Habsburgo, de las pretensiones a la monarquía universal. Con todo, los ideales medievales permanecieron vivos en los espíritus y hasta entrada la Edad Moderna tuvieron sus defensores, sobre todo entre poetas y humanistas.

El gran cisma eclesiástico de Occidente (1378-1424) abrió las compuertas a apasionados debates acerca de la reforma de la Iglesia. Algunos de los protagonistas de esta polémica habían de resbalar más allá de la ortodoxia romana y caer bajo la competencia de la Inquisición, optando después por subsistir en forma de sociedades clandestinas o derivando simplemente en guerra abierta contra el brazo secular encargado de reprimirlos. Entre las herejías más significativas cabe mencionar el conciliarismo (supremacía del concilio sobre el Papa); bordeando la herejía anduvieron también los admiradores de dos famosos académicos y sacerdotes ingleses: Wiclef y Occam, seguido el primero por los lolardos y husitas, y acompañado el segundo por Marsilio de Padua. Occam y Marsilio no fueron, por otra parte, más que exponentes del Renacimiento (autonomía de la razón) y del particularismo (fortificación de las casas reales y del espíritu nacionalista), dos tendencias cada vez más vigorosas, que complotaban contra el teocentrismo y el universalismo típicos de la civilización medieval.

El universalismo

En la entraña del pensamiento medieval se encontraba el ideal universalista que aspiraba a realizar la unidad en todo. La cristiandad debía formar una entidad política y religiosa; era preciso reunir los diversos países y pueblos en una monarquía universal, bajo la autoridad del emperador, y en una sola Iglesia, bajo la del Papa. La tarea primordial de la monarquía universal consistía en hacer reinar en todas partes la paz; a la Iglesia correspondía enseñar al género humano a pensar, a creer y a vivir de la misma manera. Sólo de esta forma, el Estado y la Iglesia estaban en condiciones de cumplir su función respecto a cada individuo en particular, facilitándole la consecución de su fin supremo (participar de la felicidad eterna del Todopoderoso) y dificultando todo aquello que la estorbaba.

Fue el universalismo quien proporcionó su grandiosa estructura a la concepción del mundo a finales de la Edad Media. Esta mentalidad se manifestó también bajo otros aspectos: bastaría citar las cruzadas, el concilio de Letrán de 1215 —la manifestación más impresionante del poder exterior y de la unidad de la Iglesia Católica— y la sistematización del pensamiento escolástico, concebido por santo Tomás de Aquino, que significó la contribución más importante a la armonía entre razón y fe, monarquía y soberanía popular, civilización y mística. Tomás de Aquino creía necesario incorporar a la doctrina de la Iglesia todas las adquisiciones del espíritu humano, que debían ser utilizadas para la defensa de la fe.

Los hombres de los siglos XII y XIII no eran investigadores ni reformadores, ya que se hallaban firmemente convencidos que la única y auténtica verdad se había revelado ya; bastaba sólo corroborarla. Con una demostración lógica. Cuando todos los seres humanos hubieran participado en la verdad, podría entonces alcanzarse la perfección. De ahí aquella majestuosa serenidad que constituye uno de los rasgos más hermosos e impresionantes de la espiritualidad medieval. Sin embargo, aun en plena Edad Media, esta serenidad estaba lejos de poder ser aplicada a todo. De hecho, los acontecimientos históricos que se desarrollaron al finalizar esta época, se caracterizaron por un potente declive del ideal universalista.

Tal como el universalismo político, las aspiraciones a la unidad espiritual tocaban a su fin. La concepción que afirmaba no haber salvación fuera de la Iglesia, había servido de fundamento a la voluntad de poderío del Pontificado y al ideal Filosófico de la Edad Media. Con todo, este dogma fue socavado por un proceso, cuyo origen hay que buscarlo en un pasado lejano.

Los albigenses

Un episodio notable e interesante de la historia de los siglos XI y XII se refiere al movimiento religioso surgido en diversos países de Europa, principalmente en el sur de Francia y en Italia. Muchos cristianos se preguntaban temerosos si para agradar a Dios y participar de su gracia bastaba obedecer los mandatos de la Iglesia, asistir a los oficios e ir regularmente a confesarse. Meditando en la pobreza en que vivieran Jesús y sus discípulos, creían deber suyo propagar el Evangelio viviendo ellos mismos en pobreza. Animada por estos nuevos ideales, mucha gente se dedicó a predicarlos. Pretendían representar al único y verdadero cristianismo y se manifestaban contra la Iglesia jerárquica. Este movimiento, propagado desde el siglo XII y cuyos adeptos fueron conocidos con el nombre de albigenses, tomó tal incremento que pronto constituyó una auténtica amenaza para la Iglesia de Roma. El Papa los fulminó con la excomunión y desencadenó contra ellos el poder de la Inquisición, recientemente creada. En réplica,

los disidentes tacharon de herejes a todos los jerarcas de la Iglesia y predicaron su ideal evangélico con mayor ardor.

Este conflicto habría durado mucho tiempo si, a comienzos del siglo XIII, no hubiera realizado el papa Inocencio III un hábil gesto diplomático. Propuso a los herejes reintegrarse al seno de la Iglesia, donde podrían dedicarse con plena libertad a la práctica de su ideal apostólico de pobreza. Ponía como única condición que cesaran en sus ataques contra el Pontificado y reconocieran su autoridad. Pudo comprobarse pronto que el Papa acertó al formular la proposición, pues la mayoría de esos predicadores ambulantes se mostraron dispuestos a volver al seno de la Iglesia, mientras no se les obligase a renunciar a su ideal. Amparados por la Curia romana fundáronse algunas congregaciones cuyos adeptos eran reclutados entre las filas del movimiento apostólico y que fueron incorporados a la estructura eclesiástica. Desde este punto de vista debe ser considerado el espíritu de las Órdenes de franciscanos y dominicos.

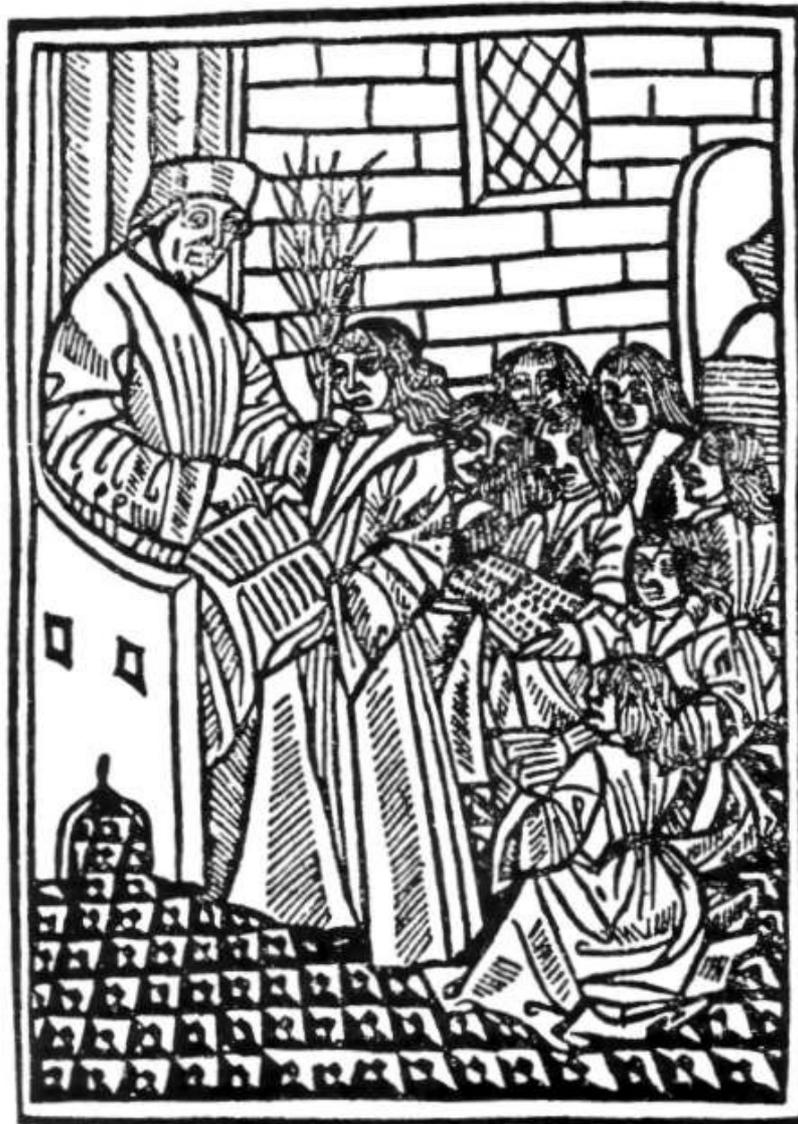
Los "observantes"

Los monjes mendicantes desempeñaron importante papel durante las crisis religiosas y políticas de finales de la Edad Media. Se les halla luego en la curia romana revestidos de la púrpura cardenalicia, y también como obispos y profesores universitarios. Desarrollaban sus actividades asimismo en la corte de los soberanos, no solo como confesores, sino como diplomáticos, y también en los barrios más miserables de las ciudades. Se les veía igualmente en las rutas más lejanas, predicando el cristianismo a los paganos.

Los dominicos observaron en general una línea estrictamente ortodoxa y conservadora. Asistieron al Papa cuando Luis de Baviera atacó la autoridad temporal de Roma; formaron un frente unido contra Wiclef, cuando este inglés reformador se enardeció hasta atacar al soberano Pontífice, y entablaron polémicas con Dante, al pronunciarse éste por un poder imperial independiente del Pontificado.

Los franciscanos manifestaron menos respeto hacia los poderosos, así como una marcada propensión a seguir su propio camino. El influjo ejercido por la Orden del "pobrecito de Dios" contribuyó bastante a la decadencia del universalismo eclesiástico. También apareció en el seno de la misma una tendencia según la cual el voto de pobreza franciscana debía ser aplicado al pie de la letra. Los partidarios de esta línea de conducta, u "observantes", parecían animados de elevados ideales. Consideraban al santo de Asís como un nuevo enviado de Dios para reivindicar el espíritu del Evangelio. El Papa intuyó el perjuicio que podía representar tanta exaltación y actuó resueltamente contra los "observantes". Apoyó a los franciscanos menos dispuestos al puritanismo, e intentó demostrar que los observantes iban por camino erróneo. Pero éstos no quisieron ceder y negaron al Papa el derecho de "cambiar" el contenido de sus votos religiosos. Este conflicto desembocó al fin en ruptura declarada. En dos bulas sucesivas, fechadas en 1322 y 1323, el antipapa Juan XXIII declaró herejes a cuantos pretendían que Jesús y sus discípulos no habían poseído bienes temporales. Los "observantes" reaccionaron a su vez declarando hereje a Juan XXIII y concertando alianza con Luis de Baviera.

Esta alianza con el emperador reforzó la posición de los franciscanos observantes y confirmó a su movimiento reformista una importancia histórica de gran relieve. Se agruparon en torno a Occam, protegido por el emperador y que pertenecía a la Orden, y prosiguieron su lucha contra el Pontificado, incluso después de la muerte de su jefe. Por fin, en el siglo XIV, un compromiso entre ambas tendencias acabó definitivamente con la controversia.



Un maestro con su discípulo. Grabado en madera del siglo XIV. Puede verse la importancia que se concedía al verdugillo, empleado para castigar, y cuyo uso era obligatorio en las escuelas en la Edad Media.

Discusión filosófica. Guillermo de Occam

Tomás de Aquino se había esforzado en conciliar la fe con la ciencia e intentó demostrar la verdad de los dogmas cristianos con razonamientos dialécticos. La Teología era para él la ciencia suprema, pues incluía todo el saber humano, tanto las verdades reveladas y sobrenaturales como las adquisiciones del pensamiento filosófico. Pero a comienzos del siglo XIV algunos filósofos proclamaron, después de estudiar a fondo las obras de santo Tomás y de otros escolásticos, que la Teología no debía ser considerada como ciencia. A su parecer, no era posible comprender los dogmas sirviéndose de la razón, ni hacerlos objeto de demostraciones basadas en la lógica. No serviría de nada, según ellos, elaborar amplios sistemas teológicos para demostrar que la doctrina cristiana constituye la única verdad. Es decir: entre la fe y la ciencia no existía vínculo alguno.

No era intención de estos filósofos atacar los dogmas. Al contrario, trataban de sostener la autoridad espiritual de la Iglesia, manteniendo la doctrina cristiana por encima de toda discusión. No obstante, al trazar una frontera tan definida entre la fe y la

ciencia, derivaron hacia una senda peligrosa. Pusieron en tela de juicio algo que en siglos precedentes constituyó el fin supremo: una concepción del mundo homogénea y cerrada. El camino quedó luego abierto al escepticismo, pues bastaba dar un paso para llegar a la conclusión de que si la razón nada tenía en común con la fe, era preciso reconocerle el derecho de actuar con plena libertad con respecto a la verdad revelada, en una perfecta independencia de toda "doctrina".

Esta nueva tendencia de la filosofía medieval hizo vacilar los fundamentos de la escolástica, y con ella todo cuanto constituía la concepción del mundo de aquella época. Por los efectos producidos, podría compararse al fenómeno paralelo de la decadencia del poder imperial de los Hohenstaufen y del gran cisma de Occidente. Todos estos hechos tienen en común que minaban por su base los símbolos en que se apoyaba el ideal universalista. Resulta significativo que el franciscano inglés Guillermo de Occam, que en la época de Luis de Baviera combatía en primera fila contra la autoridad temporal del Papa, fuera al propio tiempo quien diera su forma definitiva a esta filosofía nominalista. Ésta liberó las fuerzas que tenderían hacia objetivos distintos a los de la sociedad universalista, tan ligada al principio de autoridad. Señaló el punto de partida teórico para el nacionalismo político y el individualismo espiritual.

Trabada con su doctrina sobre la autonomía de la razón, hallábase en Occam la negación de todo fundamento real a los conceptos universales; en aquel punto se adelantaba al protestantismo, y en éste, al empirismo filosófico inglés. A decir verdad, el violento combate que enfrentó entonces a los nominalistas con los mantenedores del realismo había impreso su huella en la vida universitaria mucho antes de Occam: desde Abelardo.

Juan Wiclef, un precedente

Poco se sabe de la vida de Juan Wiclef. En cambio, se tiene un concepto claro y exacto de su mensaje espiritual.

La mayoría de sus biógrafos admiten que nació en 1320. En edad madura, comenzó a estudiar en Oxford filosofía y teología. Ningún maestro le causó impresión tan profunda como san Agustín, a quien debía lo mejor de la doctrina que desarrolló más adelante. Después de la Biblia, Agustín era para él la mayor autoridad. A los discípulos de Wiclef les gustaba llamar a su maestro "hijo de Agustín".

Wiclef continuó sus estudios después de haberse ordenado sacerdote; cuando se doctoró en teología, enseñó mientras no se lo impidió su tarea de director espiritual. Fue el paladín de los derechos nacionales de Inglaterra contra el "Papa francés". El pueblo inglés entregaba a este prelado enormes cantidades en concepto de diezmos: Wiclef calculaba que ascendían a unas 100.000 libras por año. Ante la marea de corrupción reinante entre monjes y sacerdotes, Wiclef proponía a los primeros cristianos como ejemplo a todos los fieles de la Iglesia, desde el Papa al último clérigo. Tronaba contra la cuadrilla de frailes perezosos, "de mejillas coloradas y mofletudas, e insaciables estómagos, capaces de devorar la comida de familias enteras". A tales ignorantes holgazanes, tan hinchados de sus personas, les recordaba que las órdenes religiosas habían vivido antiguamente del trabajo de los monjes, y no como al presente, en que hacían trabajar a los demás en su provecho. Con su burda suficiencia, estos parásitos inútiles sólo eran capaces de practicar lo que Wiclef llamaba "una religión para vacas gordas". Los conventos donde "vivían" estos zánganos debían ser desalojados de sus ocupantes por orden del rey para ser cedidos "a dos pobres, ciegos, paralíticos y otros enfermos", confiscándose seas bienes. Los monjes virtuosos se dedicarían a la cura de almas o al profesorado, y los otros, a trabajar para vivir con el producto de sus manos.

Respecto a los frailes mendicantes, dominicos y franciscano, los buenos eran tan raros como el ave Fénix.



Juan Wiclef

Las críticas de Wiclef contra la Iglesia de su tiempo le acarrearón la acusación de herejía por parte de sus enemigos, en 1377, ante la curia romana. Dieciocho proposiciones de su doctrina fueron condenadas por Gregorio XI. Su crimen más grave, desde luego, era haber atacado la posición del Papa y a los príncipes de la Iglesia. "Cuando los clérigos no viven los mandamientos de Cristo, puede todo cristiano, .Sacerdote o laico, criticar a tales enemigos de Cristo, aunque se trate del mismo Papa." Ante proposiciones tan escandalosas para la Santa Sede, ordenó el Santo Padre a uno de sus obispos que se apoderara del "hereje" y lo sometiera a un interrogatorio. Wiclef debería luego presentarse en el término de tres meses ante la autoridad romana.

Esta tentativa de instaurar en Inglaterra una inquisición pontificia y arrestar a un súbdito inglés era desde todo punto ilegal. Wiclef no apeló en vano a "todos los soldados de Cristo", rogándoles se opusieran con todas sus fuerzas a tales exigencias anticristianas. La opinión pública apoyó de tal modo a Wiclef, que no pudieron detenerle. Este "hereje" ya no se vio obligado a hacer el "viaje a Canosa". Entretanto,

murió Gregorio XI y se produjo el gran cisma de Occidente. Este hecho mostró a Wiclef y a mucha gente honrada, con mayor evidencia que nunca, las deficiencias de la Iglesia de aquella época.

Con referencia al nivel moral del clero inglés de entonces, quedan ejemplos reveladores: muchos se dedicaban al bandolerismo y otros a violencias diversas; entre 1378 y 1408, tres sacerdotes londinenses fueron culpables de asesinato; los servidores de la Iglesia vivían en concubinato en vez de someterse a las normas de la castidad, y ello parecía tan natural, que nadie lo reprochaba; ciertos obispos incluso fomentaban las dispensas anuales a dichos clérigos, como una fuente de ingresos.

La Biblia, único guía religioso

Después del Cisma, Wiclef expuso en diversos escritos sus opiniones acerca de una conveniente reforma de la Iglesia. Propuso tomar como único guía religioso el texto de la Sagrada Escritura. Reconocía al Papa como jefe de la Iglesia, a condición que viviera en pobreza apostólica y renunciara a toda pretensión al poder temporal. En el terreno teológico, Wiclef atacó en especial el celibato de los clérigos, las indulgencias y el valor de las misas en sufragio de los difuntos. La veneración de los santos y de las reliquias le parecía también desprovista de sentido e incluso repulsiva. Wiclef avanzó otro paso, más peligroso: puso en tela de juicio el dogma de la transustanciación. Según esta doctrina católica, el pan y el vino se transforman en cuerpo y sangre de Cristo. Debe señalarse aquí que, aunque resuelto adversario de dicho dogma, Wiclef no consideraba la comunión sólo como fiesta conmemorativa de la última Cena, sino que estimaba que Cristo estaba presente "en espíritu" en la comunión; la herejía era, sin embargo, manifiesta.

Por último, Wiclef llevó tan lejos su audacia, que atacó la autoridad espiritual del Papa. Proclamó sin vacilar que el cristiano puede contar con el auxilio directo de Jesús y que, "para conseguir su salvación, no tenía necesidad de papas ni de obispos". Además, para que todos comprobaran que sus ataques contra la Iglesia se apoyaban en las Sagradas Escrituras, comenzó, en 1380, a traducir la Biblia al inglés, para lo cual no se sirvió de los textos antiguos, redactados en hebreo y en griego (prácticamente desconocidos en Occidente), sino de la misma Vulgata, la Biblia traducida al latín por san Jerónimo y aprobada por el Papado, cuya versión terminó ayudado por sus discípulos y amigo.

Pero el único resultado logrado por Wiclef fue que algunos leyeran la Biblia, cosa nada desdeñable, ya que en aquel tiempo muy poco sabían leer y los libros tenían que ser copiados a ruano. Una Biblia completa costaba una fortuna, estaba al alcance de pocos. Hubo que esperar la invención de la imprenta para que los libros tuvieran mayor divulgación, aunque en un principio limitada. Con todo, surgió una clandestina "Gran Sociedad", reunión de agitadores que predicaban a la vez la reforma de la Iglesia y la rebelión de los campesinos.

Los "lolardos"

Mientras traducía la Biblia, o quizás algunos años antes, Wiclef empezó a enviar por todo el país predicadores formados por él, a ejemplo de san Francisco. De Oxford salían, como de Asís años antes, falanges de oradores amantes de la pobreza, que, por caminos y calles, iglesias y plazas, predicaban a la gente el "verdadero cristianismo". Estos sacerdotes errantes eran conocidos con el nombre de lolardos, expresión cuyo

origen se halla talvez en el vocablo holandés "lollen", que significa "cantor"¹⁵. Tales predicadores se atrajeron pronto el favor popular. Un cronista de la época dice que en Leicester "la mayoría de los transeúntes eran lolardos". Todo ello agotó la paciencia de quienes venían tolerando tanto tiempo las ideas reformadoras de Wiclef. Un nuevo y enérgico arzobispo de Canterbury, Guillermo de Courtenay, uno de los más terribles enemigos del reformador, convocó en Londres un sínodo que condenó como heréticas muchas proposiciones de Wiclef (1382); los seguidores de éste fueron amenazados con la excomunión si no se retractaban. Pero Wiclef contaba con adeptos tan fieles, y protectores tan poderosos, que pudo continuar en su propia casa parroquial su obra de reformador y educador de sus "pobres predicadores". Murió tranquilo y sosegado en 1384.

Al finalizar el siglo, los enemigos de los "lolardos" dominaban el gobierno inglés y la Iglesia. A partir de 1401, los "lolardos" fueron sometidos a tortura y condenados a la hoguera; la Biblia de Wiclef fue prohibida en 1409. Pero su obra continuó en la clandestinidad. Sus discípulos se reunían para leer la Biblia en lengua vulgar. En el siglo XVI, cuando Lutero se rebeló contra la Iglesia de Roma, pudo establecer contacto con los "lolardos". Sin embargo, Wiclef no ejerció su mayor y más duradera influencia entre sus conciudadanos, sino en otro pueblo de Europa, a través de su discípulo Juan Hus.



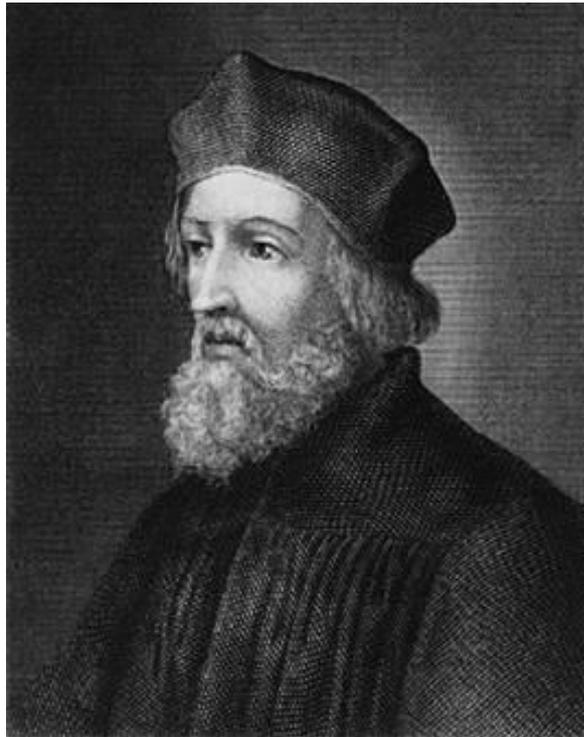
Juan Wiclef y sus "predicadores pobres" que difundieron su doctrina.

Juan Hus, el precursor

Los escritos de Wiclef llegaron pronto de Oxford a Praga, ya que ambas universidades mantenían estrecho contacto. Las proposiciones de Wiclef fueron objeto de apasionadas discusiones en Praga, donde fueron acogidas por muchos profesores y discípulos. Se formó un partido wiclefita, acaudillado por Juan Hus.

¹⁵ En los Países Bajos, después de la peste de 1300, se formó una sociedad piadosa dedicada a cuidar a los enfermos y a enterrar a los muertos. Pronto fueron acusados de herejía y la palabra "lolardo" fue sinónimo de hereje. Los monjes ingleses aplicaron tal apelativo a los seguidores de Wiclef. Según otra etimología, el vocablo deriva del latín "lolium", especie de planta venenosa "Lolardo" significaría, en este caso, "el que siembra la mala semilla".

Profesor de la universidad a los treinta años de edad, Hus abrazó también la carrera eclesiástica, que le brindó ocasión de propagar sus ideas en amplios ambientes. Procedía del pueblo y gracias a sus predicaciones llegó a ser muy popular. El apasionado ardor que demostraba al defender sus opiniones, iba a la par con un desinterés y una abnegación sin límites respecto a sus hermanos, los checos. Como conductor de multitudes no tenía igual. Ejerció tanto mayor influjo como sacerdote y pastor de almas, porque fue también grande la lucha que hubo de mantener para hacer asimilar sus ideas, si bien éstas no salieron de su propio ingenio, sino de la doctrina de Wiclef que fue la que profesara el resto de sus días.



Jan Hus

Por eso, Hus y sus partidarios fueron llamados durante algún tiempo discípulos de Wiclef; sólo al cabo de muchos años aparece el nombre de "husitas" en los documentos de la época. En boca de Hus, las ideas de Wiclef seducían con encanto arrebatador. Wiclef era un pensador seco, Hus poseía el apasionado entusiasmo de un profeta. Aunque no se limitaba a ser profeta de una determinada doctrina religiosa, pues también sentía profundamente en su alma la irredenta causa nacional de sus hermanos checos, por lo que el movimiento husita participó con el mayor entusiasmo en la lucha de éstos contra la dominación germánica.

Desde épocas remotas, se habían enfrentado muchos pueblos en Bohemia. Los habitantes más antiguos del país, en épocas históricas fueron los boios celtas, que dieron su nombre a la comarca. En el siglo I antes de Cristo, estas tribus fueron rechazadas por otras germánicas que luchaban entre sí, contra los romanos y contra tribus eslavas invasoras. El pueblo más importante de estos germanos fue el de los marcomanos. En el siglo VI o VII, una tribu eslava, la de los checos, consiguió la supremacía.

Durante todos aquellos siglos, la historia de Bohemia queda ignorada. Hasta el siglo IX no aparece este pueblo realmente en la escena histórica, gobernado por una dinastía autóctona. La introducción del cristianismo In colocó, desde el punto de vista religioso, bajo la dependencia del arzobispo de Maguncia y políticamente en vasallaje del emperador de

Alemania. El gran movimiento colonizador alemán iniciado en los siglos XII y XIII, prosiguió en el XIV, ensanchando de modo considerable las fronteras del imperio Y ampliándose también a Bohemia y Moravia. Los alemanes roturaron nuevas tierra: afloraron minas y fundaron ciudades. Así nació la primera burguesía de Bohemia. El comercio se desarrolló próspero. Durante mucho tiempo, la dinastía nacional apreció al elemento germánico. Y no sin motivo, porque el comercio y la industria que desarrollaron los alemanes proporcionaban cuantiosas rentas al tesoro del reino.

No puede negarse que fueron los alemanes quienes despertaron a los checos de su apatía. Pero ponían demasiado en evidencia la inferioridad tanto intelectual como material de los checos, reducidos a un bajo nivel de vida en su propio país. A fines del siglo XIV, los profesores y los estudiantes checos no eran más que una minoría en la Universidad de Praga; mas luego el número de intelectuales checos creció tanto, que Juan Hus, rector de la universidad, juzgó llegado el momento de confiar la dirección de los estudios a los propios checos.

El movimiento husita se propagó rápidamente. Uno de sus más irreconciliables adversarios expresa en estos términos la situación: "La mala simiente sembrada por Wiclef creció como la cizaña del Evangelio". En 1409, las ideas del reformador inglés habían arraigado tan profundamente en Bohemia, y el nacionalismo checo adoptaba formas tan agresivas en la Universidad de Praga, que los profesores y estudiantes alemanes juzgaron prudente retirarse. Casi todos, apenas sin excepción, abandonaron la ciudad y constituyeron el núcleo fundador de la Universidad de Leipzig.¹⁶

Al año de marcharse los alemanes de Praga, el arzobispo de esta ciudad obtuvo del Papa autorización para sancionar la herejía de Wiclef y la lectura de sus escritos; pero Hus continuó predicando la doctrina condenada y sus partidarios le juraron insobornable fidelidad en la lucha que iba a desencadenarse. El arzobispo Sbinek decidió actuar a fondo. A favor de Hus quedaban la universidad y gran parte del bajo pueblo y de la clerecía.

Una guerra sorda y enconada

Amparado por la bula pontificia, el arzobispo mandó recoger los escritos de Wiclef y quemó solemnemente cuantos pudo encontrar: unos doscientos. El auto de fe tuvo lugar en el patio interior del palacio arzobispal, sobre la colina de Hradcany, en presencia del capítulo catedralicio y de gran número de sacerdotes, a los acordes del tedéum y el repique de todas las campanas de Praga lanzadas a vuelo. Poco después, Hus y todos sus adeptos eran excomulgados. Fue entonces cuando los husitas encontraron apoyo y consuelo en los adeptos británicos de Wiclef. Ingleses y bohemios mantuvieron correspondencia, exhortándose mutuamente a permanecer unidos en tan difíciles momentos. Se han conservado algunas de estas cartas de consolación a Hus y sus partidarios, escritas, en 1410, por un sacerdote inglés que, veinte años más tarde, moriría en la hoguera.

Hus, una vez excomulgado, se mostró todavía más acérrimo en proseguir su lucha contra una Iglesia corrompida, en particular cuando el antipapa Juan XXIII envió a Praga un legado que a redoble de tambor ofrecía indulgencias por dinero contante y sonante. El Papa necesitaba dinero para emprender una campaña contra el rey de Nápoles, por lo que no fueron sólo los husitas, sino también muchas personas sensatas,

¹⁶ La Universidad de Leipzig es la segunda en antigüedad de las universidades alemanas, precediéndola sólo la de Heidelberg, fundada en 1386. El 9 de septiembre de 1409, el papa Alejandro V firmó una bula de fundación de una escuela de estudios superiores en Leipzig, y el 3 de diciembre del mismo año le fue concedido el diploma de fundación, elevándola a la categoría de universidad.

quienes criticaron acerbamente esta manera de sacar dinero al pueblo. En sus sermones, Hus previno a sus oyentes contra este mal uso de su dinero, declarando en público que sólo Cristo tenía poder de perdonar los pecados y no un sacerdote, cualquiera que fuese. La ciudad entera se sublevó, la paz de la Iglesia quedó quebrantada y la universidad fue teatro de escenas violentas.

Mientras ocurrían tales acontecimientos en Praga, los enemigos de Hus movilizaron su influencia en la curia romana para obtener de Juan XXIII una nueva bula de excomunión. Este documento, que fue leído en público, prohibía a todo católico dar de beber o comer al herético Juan Hus o dirigirle la palabra; en una bula posterior, se ordenaba apoderarse de su persona y entregarlo al arzobispo, para que lo juzgara y quemara en la hoguera. Como Hus continuaba circulando libremente por toda la ciudad, Praga entera fue castigada con el interdicto. A fin de librar al pueblo de la situación difícil provocada por la bula de excomunión, Hus decidió abandonar Praga, reclamando la celebración de un concilio. Entretanto, se consagró a sus escritos; de vez en cuando predicaba en las poblaciones campesinas. Avanzando aún más sus ideas, declaró que un Papa que ejerce de manera indigna su elevada función no es un heredero de Pedro, sino de Satanás, del Anticristo, de Judas Iscariote. Aún hoy asombran los ejemplos que cita Hus de las desordenadas costumbres de los sacerdotes y monjes de Bohemia: por su vida inmoral, que procuraban disimular con apariencias de piedad, se habían convertido, según Hus, en servidores del Anticristo y dignos del fuego eterno. Estudiando los procesos verbales de inspección y otros documentos, se deduce que la decadencia moral de los sacerdotes de Bohemia no tenía límites. Los historiadores eclesiásticos de la época admiten que, en general, muchos sacerdotes solían llevar una vida bastante escandalosa.

Concilio de Pisa

Además de Juan Hus, todos los cristianos de buenos sentimientos juzgaban que el gran cisma se prolongaba en demasía. Algunos cardenales animosos, tanto de Roma como de Aviñón, decidieron celebrar un concilio en Pisa, en 1409. Los reyes de Inglaterra y de Alemania apoyaron la iniciativa, lo propio que las universidades de París y de Bolonia. Ambos papas protestaron.

Este concilio, al que acudieron representaciones de la mayor parte de Europa, congregó a más de mil participantes. Los conciliares adoptaron la enérgica determinación de declarar heréticos a los dos papas que habían quebrantado la unidad de la Iglesia. Benedicto XIII y su adversario de Roma, Gregorio XII, fueron depuestos. Celebrado un cónclave, que duró once días, fue elegido nuevo Papa un cardenal septuagenario originario de Creta, que tomó el nombre de Alejandro V.

Pese a su humilde origen, este Alejandro era un verdadero sibarita. Su bodega era tan famosa como su generosidad. Tenía muy buen carácter y no sabía negar nada a nadie, aunque le pidieran imposibles. Alejandro conocía la pobreza y por ello experimentaba gran alegría cuando podía hacer felices a los demás. "Daba todo lo que poseía, y cuando no tenía más, daba al menos su promesa." Inauguró su nueva dignidad glosando en un sermón la frase del Evangelio: "Y no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor", como correspondía a las circunstancias. La cristiandad entera recibió la noticia con alegría y los participantes del concilio se separaron convencidos de haber conseguido la unidad de la Iglesia.

Pero ocurrió todo lo contrario, ya que en vez de dos papas, hubo tres, pues los dos pontífices depuestos rehusaron someterse al elegido por el concilio. Habría sido demasiado optimista quien hubiese creído que Benedicto XIII se sometería con facilidad

a las decisiones conciliares, pero nadie hubiera esperado tampoco que el débil y anciano Gregorio XII adoptara una posición tan irreductible. En cuanto a su persona, era el anciano más amable y más recto, pero al propio tiempo un juguete en manos de voluntades más fuertes que la suya, sobre todo las de cardenales y parientes que vivían de sus rentas.

Antes del concilio de Pisa, la situación podía ser calificada de escandalosa; luego, mucho más. Hasta entonces los papas rivales estaban separados por la distancia que mediaba entre Roma y Aviñón. Ahora, dos de ellos se combatían en la misma Ciudad Eterna, de modo que se veía alternativamente a los defensores de un Papa expulsar al otro sucesor de san Pedro.

Los partidarios de una reforma tajante y decisiva depositaron sus esperanzas en el poder temporal. El rey Segismundo de Hungría, más tarde rey de Bohemia y emperador de Alemania, aprovechó esta situación para atribuirse un papel de típico carácter imperial. Segismundo hizo cuanto pudo para convocar un nuevo concilio. Todo dependía de la actitud de Juan XXIII, sucesor de Alejandro. Y aquel Juan XXIII era el prototipo del antipapa indigno; un napolitano cargado de pasiones, más a propósito para ser jefe de bandidos mercenarios que un pontífice. Mucho antes de ser elegido Papa, había dirigido la política de la curia romana, y sólo en medio de tanta corrupción fue posible su elección conseguida a costa de vasos de vino, apoyándose, cuando lo requirió la necesidad, en las amenazas nada disimuladas de sus esbirros.

El concilio de Constanza

El antipapa Juan XXIII aceptó la proposición de Segismundo y se determinó la celebración del concilio de Constanza (1414). A él fueron invitados no sólo prelados, sino también príncipes, muchos personajes ilustres y representantes de las universidades. Se trataba de restablecer la unidad de la Iglesia, pero la opinión pública reclamaba además que el trigo fuera separado de la cizaña. Exigía que la Iglesia volviera a su carácter puramente espiritual, tanto en su cabeza como en sus miembros. Un hombre que conocía bien la situación en el seno de la Iglesia, el secretario privado de Benedicto XIII, nos ofrece de todo ello una pintura sorprendente. Admite que se podían encontrar acá o acullá algunas excepciones felices; pero, según sus palabras, apenas el uno por mil de los clérigos cumplía con sus deberes. ¿Podría realizarse al fin la reforma de que la Iglesia estaba tan necesitada?

El concilio de Constanza atrajo a muchos participantes. A finales de octubre de 1414, Juan XXIII¹⁷ hizo su entrada solemne en la ciudad; Segismundo y la reina llegaron hacia Navidad, con una brillante escolta, en la que figuraban ilustres personalidades. Toda aquella gente venía acompañada por numerosos secretarios y servidores. Acudió también una inmensa multitud, y entre ella muchos atraídos por el afán de lucro. Ahora bien, si Juan XXIII creyó que dirigiría los debates, quedó pronto decepcionado. Se propuso que los tres papas, Juan inclusive, fueran depuestos. Cuando, además, se le amenazó con castigarle por los pecados de que era acusado, prometió bajo juramento dimitir tan pronto como lo hicieran Benedicto y Gregorio. ¿No había venido, a Constanza para restablecer la unidad de la Iglesia? Juan propuso, entre otras cosas, visitar en persona a Benedicto y tener con él conversaciones. Pero el concilio prefirió no perderlo de vista e incluso ponerlo bajo custodia. Juan no se dejó sorprender: disfrazado de palafrenero, escapó apresuradamente de la ciudad.

¹⁷ Este personaje no ha sido reconocido realmente como papa; la prueba es que, al ser elegido Soberano Pontífice el cardenal Roncalli en 1958, eligió por nombre el de Juan XXIII.



Juan XXIII convoca el concilio de Constanza. De "Das Concilium", siglo XV, Milán, Biblioteca braidense.

Al día siguiente, Segismundo recibió una carta de Juan. El Papa comunicaba al monarca que había tenido necesidad de cambiar de aires y adquirir libertad de movimientos. Luego envió una serie de protestas a los soberanos cristianos. Añadía que la promesa de abdicación se la habían arrancado a la fuerza. Por su parte, esperaba que su huida pondría automáticamente fin al concilio. Si no ocurrió así, fue gracias a la rápida intervención de Segismundo, quien consiguió que los congregados declararan que procediendo "directamente de Cristo", el concilio tenía derecho a exigir obediencia absoluta de todos, incluso del Papa. En virtud de este derecho, Juan XXIII fue oficialmente destronado, apresado y conducido *mano militari* ante los miembros del concilio y colocado bajo custodia. Las vicisitudes sufridas le habían quebrantado el ánimo, de modo que aceptó sin protesta las decisiones conciliares. Cuando recobró la libertad, después de cuatro años, se dirigió a toda prisa a Florencia, donde se hallaba Martín V, el Papa designado por el concilio en lugar de los tres pretendientes en pugna, se arrojó a sus pies y le rindió homenaje como único vicario de Cristo. Cuando Martín vio hasta qué punto se humillaba quien en otro tiempo ciñera la tiara pontificia, no pudo contener las lágrimas, como tampoco los asistentes a la conmovedora escena. Al Papa depuesto se le conservó su dignidad cardenalicia, si bien no disfrutó mucho tiempo de ella, pues murió a los seis meses.



Juan Hus ante el concilio de Constanza, de K.F. Lessing.

Epílogo del Gran Cisma

Poco después de la deposición de Juan XXIII, se recibió de Gregorio XII, el Papa romano, la grata noticia que dimitía por propio impulso en bien de la Iglesia. El anciano estaba ya fatigado. También fue reconocido cardenal y murió dos años después. El cisma tocaba a su fin. Si se lograba persuadir a Benedicto XIII de Aviñón que renunciara a la tiara, el concilio habría cumplido la misión que se propusiera al ser convocado. Tres reyes, dos arzobispos, cardenales, obispos, abades que seguían fieles a Benedicto le suplicaban disipara el último obstáculo que se oponía aún a la reconciliación general en el seno de la Iglesia. Pero el terco anciano se negó siempre. Su imaginación le proporcionaba abundantes pretextos hasta agotar a cuantos intentaban, tratar con él, mientras el anciano permanecía incommovible. Decía que, por su parte, sólo conocía un camino para poner fin al cisma: "elegirlo a él como único Papa legítimo". Al fin decidió refugiarse con sus seguidores en el inexpugnable castillo de Peñíscola, una península rocosa del litoral valenciano, verdadero nido de águilas en aquellos tiempos. Cuando llegaron allí los enviados del concilio, les dijo que era un nuevo Noé, que había salvado en su arca todo cuanto quedaba de la Iglesia de Dios en aquel nuevo diluvio. Hasta 1417, el concilio mantuvo conversaciones con el pontífice recalcitrante. Fue entonces cuando se decidió a desposeerlo y elegir Papa a un cardenal romano, con el nombre de Martín V, como queda indicado, hombre capacitadísimo y muy piadoso.

La elección de Martín V ponía punto final a un período de discordias y luchas que había durado cuarenta años. Para satisfacción de la Iglesia, los últimos cardenales rebeldes abandonaron a Benedicto XIII a su suerte. Sólo le quedaron algunos partidarios entre sus fieles aragoneses. Hasta su muerte—acaecida hacia 1423—, el obstinado aragonés se enfrentó con todo el mundo, firme en la roca de su castillo y de su fe, repitiendo siempre que no podía renunciar a una gracia divina con la que estaba ungido,

y que si otros lo habían hecho, no era por humildad, sino por falta de la divina asistencia.

Desde entonces, se dice en castellano que una persona está "en sus trece" cuando ningún argumento o presión le hace cambiar de parecer.



Vista aérea de Peñíscola con el famoso castillo donde se retiró el antipapa Benedicto XIII (Pedro de Luna) al ser depuesto por el concilio de Basilea (1415), y en el que mantuvo su corte y sus pretendidos derechos hasta su muerte (1423).

El concilio contra Hus

Mientras proseguían las conversaciones encaminadas a obtener la abdicación de Benedicto XIII y la elección de Martín V, el concilio de Constanza hubo de ocuparse de otros dos asuntos importantes: la herejía de Juan Hus y la reforma de la Iglesia. El emperador Segismundo deseaba poner fin a la herejía en Bohemia, su país originario. Hus sentía igual deseo, aunque en otros términos: esperaba con candorosa ingenuidad convencer al concilio que él no era un hereje, y confiaba en convertir a los príncipes de la Iglesia a sus doctrinas y a las de Wiclef. Por ello, consintió en comparecer voluntariamente ante el concilio de Constanza, tanto más cuanto que Segismundo le facilitó un salvoconducto para su viaje y estancia en la ciudad. Sus amigos trataron de disuadirlo aconsejándolo que no se fiara demasiado de las promesas del rey. Pero Hus consideraba que debía defender sus opiniones ante el concilio.

Apenas llegó a Constanza, Juan Hus fue hecho prisionero. Los prelados exigieron del rey esta medida, so pena de disolver el concilio. Achacaban al menos cuarenta y tres puntos de herejía a Hus. Cuando éste fue conducido ante el colegio cardenalicio, dijo con mansedumbre: "¡Venerables padres! Permitidme que os diga que preferiría morir antes que hacerme culpable de herejía. He venido por mi propio impulso a este concilio; que me demuestren que estoy en un error y me enmendaré".

La única respuesta que recibió fue ser arrojado a un calabozo oscuro y angosto, en un monasterio enclavado en un islote del lago Constanza. Cuando Segismundo lo supo, montó en cólera y amenazó con abandonar el concilio si en el acto no ponían en libertad a Juan Hus. Le respondieron que, en tal caso, el concilio sería aplazado indefinidamente. Por su parte, Hus comenzó a desesperar de su suerte cuando supo que

el concilio había condenado la doctrina de Wiclef. Más aún, había decidido arrancar de su tumba los despojos mortales del reformador y quemarlos en la plaza pública. El concilio pasó luego a examinar con detalle a los discípulos de Wiclef.

Con amargo humorismo trató Hus el tema: "Un Papa o un sacerdote que vive en estado de pecado mortal no es un auténtico pastor". Citó a Juan XXIII y preguntó si era un pastor o un bandido. Al oírle, los cardenales no pudieron evitar una sonrisa, pero no cambiaron un ápice la opinión que aquel prelado había de ser considerado como verdadero pastor mientras fuese Papa.

Interrogatorios

La historia de la Iglesia, dirigida por Fliche-Martin, cuenta una anécdota muy decidora acerca del carácter de Hus y de los métodos circunloquiales que se usaron en el concilio para interrogarlo:

"El maestro franciscano Diego de Moxena es uno de los tipos más singulares que pasaron por el concilio de Constanza.

Llegó a Constanza muy temprano, tal vez como observador de Fernando de Antequera. Estaba allí el 28 de noviembre de 1414, cuando el hereje Juan Hus fue detenido. Los cardenales se sirvieron de él para arrancar a Hus una confesión de sus errores. Era uno de los primeros teólogos del concilio. Sin embargo, se presentó ante Hus como un perfecto ignorante. Entablando conversación con el hereje bohemio, le dijo:

-Reverendo maestro: yo soy un simple idiota, un monje. He oído que se os atribuyen muchos errores y deseo comprobar si es verdad que defendéis las cosas que se os imputan. Por eso he venido aquí ante vos. En primer lugar, se dice que vos sostenéis y afirmáis que, después de la consagración, permanece el pan material en el sacramento del altar.

Juan Hus le respondió.

-No defiendo eso.

-¿No defendéis?

-No.

Y habiéndole replicado tres veces así, Juan de Chlum, que estaba allí sentado, dijo:

-¿Quién eres tú? Si a mí alguien me afirmara o negara una cosa tan sólo una vez, le creería, y he aquí que éste te dice tres veces: "No sostengo eso" y le vuelves a preguntar.

El fraile dijo:

-Egregio caballero, no me culpéis a mí, que soy un fraile simple e idiota, porque pregunto para informarme.

Y habiéndole preguntado, entre otras cosas, acerca de la unión hipostática en Cristo, el maestro Hus le dijo a su colega Juan en lengua checa:

-Este fraile dice que es un simple idiota, pero no es tan simple, porque pregunta una cuestión altísima. -Y volviéndose al monje, le dijo:- Fraile, tú dices que eres simple, pero yo creo que eres doble.

Fray Diego replicó:

-Yo no soy doble.

Hus le demostró que era doble, porque con las palabras aparentaba una cosa y con las obras, otra. Sin embargo, Hus le expuso su pensamiento acerca de la unión hipostática. Fray Diego le dio las gracias y se fue.

Entonces, acercándose los soldados que le custodiaban, le preguntaron:

-¿Sabéis quién era ése?

Hus respondió que no.

-Es el maestro Diego, considerado como el teólogo más sutil de toda la Lombardía.

-Si lo hubiera sabido—repuso Hus—, lo hubiera acribillado con la Sagrada Escritura.

El concilio condenó 45 frases extractadas de la literatura husista.

Muere el "quinto evangelista"

Después de largos y numerosos interrogatorios sufridos durante el año 1415, Hus fue condenado a muerte. Y según la tradición, el rey se ruborizó al pronunciarse la sentencia, pues sintió la mirada del hereje. Cuando vio que su suerte estaba echada, Hus se arrodilló exclamando: "¡Señor Jesús, perdono a mis enemigos en nombre de tu infinita misericordia! Tú sabes que me han acusado sin razón y han levantado falsos testimonios contra mí. ¡Perdónalos, según tu gran bondad!"

Después de un cautiverio que duraba ya más de seis meses, interrumpido por agotadores interrogatorios, la salud de Hus estaba quebrantada. La muerte sería para él una liberación. El valor que demostró en la hoguera recuerda los últimos momentos de Sócrates. Sus cenizas fueron dispersadas en el Rin. El pueblo entero lloró a su padre espiritual, su "quinto evangelista".

La condenación de este ardiente patriota se nos antoja como un episodio de la lucha secular entre dos razas y dos concepciones políticas opuestas. Aún hoy, Hus es considerado como un adversario del conjunto de la Iglesia, no como un precursor o un reformador. Sin embargo, Hus, fruto de aquella época turbulenta en las vidas y en las conciencias, y en la moral de la sociedad cristiana, jamás tuvo intención de trastornar la Iglesia católica y, desde luego, no se consideraba a si mismo como un hereje; nunca pudo demostrarse que había predicado doctrinas heterodoxas. En sus más violentos ataques contra el Papa, sacerdotes y monjes, jamás puso en tela de juicio la institución del pontificado. Estaba convencido que el sucesor de Pedro detentaba su poder por la gracia de Dios y que los sacerdotes, como representantes de Cristo, eran superiores a los laicos. Pero esto no se aplicaba, según él, más que a los fieles servidores de Cristo —los otros servían al Anticristo—. Respecto al dogma de la Eucaristía, Hus compartía la fe de la Iglesia. El culto mariano era, además, uno, de los temas centrales de sus predicaciones.

Aunque Hus era partidario de ciertas reformas, no era, sin embargo, un reformador en el sentido de Lutero. Estaba demasiado persuadido de la necesidad del magisterio eclesiástico y de la jerarquía que implicaba, para organizar un programa homogéneo de reforma. Tuvo sus defectos y sus debilidades como todos los mortales, pero los checos lo consideran aun hoy, como su mayor héroe nacional, como el primer paladín de la libertad política y religiosa.



Jan Hus, reducido a estado laical y conducido a la hoguera como hereje.

Jerónimo de Praga

Un año después de la ejecución de Juan Hus, un amigo suyo, el joven caballero Jerónimo de Praga, seguía su mismo destino. Jerónimo había tenido ocasión de profundizar en la doctrina de Wiclef durante sus estudios en Inglaterra, Francia y Alemania. Desde entonces, consagraba su elocuencia a propagarla. En Bohemia había luchado junto a Juan Hus contra los abusos eclesiásticos, pero con sus exageraciones había perjudicado a menudo la causa que defendía. El impulsivo caballero se presentó por propia iniciativa ante el concilio de Constanza, aunque Hus se lo había desaconsejado, para defender a su amigo. Arrojado en el agito a una prisión, las atroces torturas que le hicieron sufrir dejaron hechos jirones su cuerpo y su espíritu. En tal estado abjuró de Wiclef y de Hus, pero poco después se desdijo de sus "confesiones" y declaró que estaba dispuesto a seguir la suerte de su amigo y maestro. Como reincidente fue condenado a perecer en la hoguera, muerte que soportó con valor admirable.

De este modo, Hus y Jerónimo de Praga murieron en defensa de la doctrina de Wiclef. Siglos después diría el poeta Milton: "Si los prelados ingleses de su época no hubiesen puesto obstáculos, con tanta terquedad, en el camino de aquel hombre de Dios que se llamó Wiclef, los nombres de los bohemios Hus y Jerónimo de Praga, como los de Lutero y Calvino, no hubieran pasado a la posteridad". El historiador eclesiástico francés Cristophe es del mismo parecer, pero desde el punto de vista católico: "Si el concilio de Constanza no hubiese reducido a la impotencia a Juan de Hus y a Jerónimo de Praga, éstos hubieran sido los realizadores de la reforma, y no Lutero y Calvino". Pese a todo cuanto pueda reprocharse al concilio de Constanza, su consecuencia histórica más notable fue la de acabar con el cisma y aplazar en un siglo la Reforma.

El concilio de Constanza había hecho ejecutar a los principales jefes heréticos. Opinaban aquellos prelados que las conmociones de Bohemia se calmarían por sí solas poco a poco. Pero ¿qué sucedía con la reforma que todos coincidían en señalar como indispensable para la Iglesia? Algunas tentativas aisladas se hicieron en tal sentido, pero a menudo los deseos manifestados por los representantes de los diversos países tendían a miras diametralmente opuestas. El Papa no veía con simpatía cambio alguno que significara limitación de su poder. Se decretaron reformas externas sin trascendencia: el Papa recomendó un mejor uso de las rentas eclesiásticas e introdujo algunas modificaciones respecto al vestir y modo de vida de los sacerdotes. Eso fue todo.

El concilio ecuménico de Constanza no fue clausurado hasta 1418, a los tres años y medio de duración. Martín V se estableció en Roma, su ciudad natal, y gracias a su política recta y a su espíritu conciliador, consiguió afianzar la reconquistada unidad de la Iglesia.

Las guerras husitas: Ziska el Tuerto

En Bohemia se levantó un clamoreo de indignación cuando los checos se enteraron del martirio de Juan Hus. Si los prelados del concilio creyeron que bastaba con mandar a la hoguera a Juan Hus y a Jerónimo de Praga para acabar con la herejía, estaban equivocados; precisamente entonces, cuando los husitas tuvieron sus mártires, fue cuando el movimiento se hizo peligroso. Los partidarios de Hus se levantaron en masa contra la autoridad del monarca, que, a pesar del salvoconducto otorgado por él, confirmara la sentencia de muerte. Y no sólo los husitas, sino el pueblo entero dirigido por el caballero Juan Ziska se sublevó contra la influencia germánica. Ziska logró que sus bandas de campesinos armados una victoria tras otra sobre la caballería alemana; por recomendación del Papa, ésta había iniciado una cruzada contra los herejes de Bohemia, al igual como se había promovido, exactamente dos siglos antes, otra cruzada contra los albigenses y valdenses en el sur de Francia.

En el campo de batalla tuvieron que retirarse los altivos caballeros ante los campesinos de Ziska. El espíritu de solidaridad reinante entre los husitas se sobreponía a los alemanes en los momentos decisivos. Los husitas no eran bastante ricos para organizar una caballería armada; se protegían de los ataques de los caballeros en reductos formados por recios carromatos sujetos entre sí con cadenas. El frente de carros situado ante el enemigo estaba protegido y reforzado por troncos de árboles, y los husitas se atrincheraban durante el combate tras ellos. Durante las marchas, cargaban en los carruajes armas, aprovisionamiento, heridos y enfermos. Antes de cada batalla, se rezaba en común. El ejército entero se prosternaba ante el Altísimo e imploraba su ayuda.

Ziska era tuerto desde su juventud; en 1421, a los cincuenta años de edad, fue herido, al atacar un castillo, por una flecha en su ojo sano, de modo que quedó casi ciego. Pero al cabo de un mes, ya montaba a caballo, al frente de sus tropas, para inspirar terror al enemigo e inflamar el valor de los suyos. Medio año más tarde, Ziska consiguió una de sus mayores hazañas. Llegó Segismundo con un ejército tres veces más numeroso para cercar a las tropas de Ziska y reducir las por hambre. Ziska esperó la noche para atacar con sus hombres el sector más débil del enemigo; lo quebrantó y amenazador.

Al amanecer, los husitas se hallaban ya a mucha distancia, atrincherados en sus carros y preparados para el combate. Segismundo tenía un concepto tan elevado de su adversario ciego, que prefirió esperar nuevos refuerzos antes de atacar aquel atrincheramiento. Ziska, por su parte, no tenía ningún interés en esperar a su enemigo,

levantó el campo y se alejó de las tropas de Segismundo. Los alemanes lanzaron entonces un grito de triunfo: "¡El enemigo ha huido!", y se precipitaron en su persecución. Cuando chocaron ambos ejércitos, los hombres de Ziska ardían en deseos de lucha, mientras que los imperiales perdieron pronto su valor y huyeron, perseguidos por los bohemios, que les causaron enormes pérdidas en hombres y botín. Entre los fugitivos iba el propio Segismundo.

En la primavera de 1423, Ziska se dirigió hacia levante para combatir contra los partidarios del rey en Hungría y Moravia. Antes de abandonar Bohemia, su patria, Ziska reunió a sus más inmediatos colaboradores, con los que determinó la línea de conducta a seguir, tanto en el aspecto religioso como en el militar. Respecto al religioso, los husitas adoptaron como base los cuatro artículos de Praga, admitidos en 1420, como fundamento de sus creencias. Los hermanos husitas combatirían en todas partes por la libertad de la palabra de Dios, la aceptarían de todo corazón y la aplicarían en sus acciones. Así, por su fe y por su modo de vida, atraerían a los demás a seguir su ejemplo. Los hermanos combatirían todo pecado, primero en ellos mismos y después en los demás, cualquiera que fuera la clase social a que pertenecieran, campesinos o príncipes. Los sacerdotes vivirían en pobreza apostólica. Los laicos comulgarían bajo las dos especies, pan y vino. El reglamento militar de Ziska prescribía una obediencia ciega.

Últimas campañas husitas

Esta campaña de Hungría y Moravia mostró una vez más el talento militar de Ziska. Con medios en extremo reducidos, consiguió realizar lo que otros no hubieran logrado aun con recursos mucho mayores. Los ataques enemigos eran previstos por aquel hombre casi ciego con una clarividencia que parecía profética. Siempre supo lanzar a tiempo la contraofensiva conveniente, de modo que, en más de una ocasión, lo que parecía un desastre inevitable se transformó en victoria. Este capitán tenía la facultad de sacar partido de los puntos flacos del adversario en plena campaña. Al fin, en medio de sus triunfos, que anunciaban un feliz remate de la guerra, Ziska sucumbió de pronto a la peste, en 1424. Había empezado pobre su carrera militar, y pobre la terminaba, aunque sus victorias, en más de una ocasión, le hubieran permitido enriquecerse, de habérselo propuesto.

Ziska había formado personalmente a algunos jefes militares capacitados, con el fin de proseguir su obra en los campos de batalla, pero ninguno de ellos estaba dotado de las cualidades necesarias para acabar rápidamente aquella espantosa guerra civil. A medida que la contienda se prolongaba, las atrocidades cometidas por ambos bandos se acrecentaban. Los husitas se mostraron cada vez más irreductibles, porque Segismundo violó en varias ocasiones las promesas que les había hecho. Esta deslealtad le costó muy cara. La guerra no ofrecía muchas esperanzas al rey, pero al fin los husitas se dividieron en dos sectas; el rey y la Iglesia de Roma pactaron entonces con la más importante de ellas: una de las condiciones fue que los laicos comulgaran bajo las dos especies. Y así, en 1436, finalizaron estas guerras. Para los husitas, el cáliz se convirtió en emblema nacional, y con él simbolizaban la igualdad de todos ante Dios.



Una escena de las guerras husitas, según un dibujo de la época.

Gracias a las guerras husitas, los checos no fueron absorbidos por completo por los alemanes. Pocos países han experimentado una transformación tan radical, y en tan breve tiempo, como Bohemia durante la guerra civil. Antes se advertía en las ciudades una población alemana muy próspera; después de la guerra quedaron muy pocos y sólo en los lugares donde los alemanes se pusieron de parte de los amotinados. Antes de la guerra pertenecía a la Iglesia una tercera parte de las tierras de Bohemia; después de las hostilidades, la mayor parte había pasado a manos laicas. Cuando los husitas atacaban a aquella corrompida clerecía, su lucha cobraba el aspecto de una guerra de independencia nacional. Pero la identificación de los tiranos con las jerarquías religiosas hizo que quedaran convertidos en ruinas los magníficos edificios religiosos que antes fueran orgullo de Bohemia.

ESTERTORES DEL IMPERIO UNIVERSAL

Los emperadores en el siglo XIV

En el año 1310, Enrique VII de Luxemburgo, elegido dos años antes rey de Alemania, se dirigió a Italia al frente de un poderoso ejército. Era un príncipe romántico, incapaz de asimilar los principios de la fría política de Rodolfo, estaba decidido a hacerse coronar emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico y proyectaba dar nueva base a las antiguas pretensiones imperiales. Soñaba Enrique con restablecer en Europa la paz y la unidad y reanudar, al frente de la cristiandad toda, la lucha contra los infieles. Todos los ideales de universalismo medieval repuntaron en este reinado; pero este rey caballeresco murió inesperadamente en 1313. Dante, su contemporáneo, saludó a Enrique VII con el nombre de libertador de Italia y de Occidente. Otros, en cambio, no ocultaron su desdén, pues Felipe IV había dado a entender que nunca reconocería al emperador como una especie de rey de reyes. Los nuevos tiempos hablaban por boca del rey de Francia.

En 1327, otro rey de Alemania, Luis de Baviera, penetró en territorio italiano. A diferencia de Enrique VII, este soberano era en extremo realista. No soñaba con los hechos ilustres que podría realizar en una cruzada; lo que le interesaba era incrementar sus Estados. Se había dirigido a la Península, no para hacer revivir allí las tradiciones de los Hohenstaufen, sino porque el Papa maquinaba desposeerlo de su corona mediante toda clase de intrigas. La expedición no consiguió en verdad un resultado positivo. Ciertamente fue coronado emperador en la basílica de San Pedro por un Papa nombrado por él mismo, pero pronto se vio obligado a abandonar la capital romana. Llegado al norte de Italia, continuó la lucha contra el Papa de Aviñón.

Debate y cuestión de poderes

La discusión sobre el poder temporal del Papa, que fue el tema constante de los debates políticos en la Edad Media, discurría ahora por nuevos cauces. Al lado del concepto extremista, que confería al Papa la supremacía temporal, a la par que la espiritual, sobre la cristiandad entera —representado por personalidades tales como Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII—, otra teoría más moderada había encontrado defensores. Apoyándose en los escritos de santo Tomás de Aquino, sus partidarios sostenían que en los asuntos espirituales los soberanos debían someterse en todo a las decisiones de la iglesia, pero que en lo demás podían ejercer con libertad el poder temporal. Una tercera teoría apareció ahora, según la cual el Papa no tenía derecho alguno a inmiscuirse en el ejercicio de la soberanía monárquica. Esta doctrina política tuvo sus dos mantenedores principales en la corte de Luis de Baviera: el monje franciscano Guillermo de Occam, antiguo profesor de la Universidad de Oxford, y el médico italiano Marsilio de Padua. Occam, el más famoso representante de la filosofía nominalista, había sido encarcelado por el Papa de Aviñón por propagar ideas heréticas, pero logró evadirse y hallar asilo junto al emperador Luis. Occam y su discípulo Marsilio dirigieron entonces ataques virulentos contra el Pontificado. Fue Marsilio quien llegó más lejos, pues sostenía en sus escritos que el poder espiritual debe someterse al poder temporal, y el Papa, al emperador; además, el verdadero soberano era el pueblo mismo, que delegaba su poder en el príncipe. Por primera vez en la Edad Media expresábase claramente el principio greco-romano de la soberanía popular.

El influjo ejercido por estos teorizantes se manifestó en una resolución tomada por los príncipes electores¹⁸ convocados en la dieta de 1338. Los príncipes electores proclamaron que el rey alemán elegido era el soberano legítimo, sin necesidad de ser reconocido por el Papa. Quisieron indicar de esta manera que la elección del rey de Alemania era un asunto puramente interno, pero los grandes del imperio rompían además deliberadamente con la antigua noción de la monarquía universal y la vinculación estrecha entre el poder del Papa y el del emperador. En lo sucesivo, éste no sería, ante todo, jefe temporal de la cristiandad, sino, más bien, rey de Alemania. Tal programa político, esbozado por Rodolfo de Habsburgo, fue desarrollado por Luis de Baviera y su corte; a la muerte de Luis, en 1347, su sucesor, Carlos IV, rey de Bohemia, lo hizo suyo.

Carlos IV y la “Bula de Oro”

Carlos IV, nieto de Enrique VII, era de baja estatura y de costumbres muy sencillas. De hecho, se interesaba únicamente por su país de origen, Bohemia, cuya economía y cultura procuraba desarrollar por todos los medios; con razón, se le considera como uno de los padres de la patria de ese país. En 1348 fundó en Praga la primera universidad germánica y se esforzó en hacer de su residencia predilecta el centro del comercio en Europa central.

De su misión imperial se ocupó mucho menos. Cuando se hizo coronar en Roma, en 1355, por un legado pontificio, tomó la ceremonia sólo como un gesto destinado a expresar, por parte de la Santa Sede, el respeto a la dignidad a la que fuera elevado. Inmediatamente después de la ceremonia, el emperador abandonó Italia, donde sabía muy bien que nunca podría imponer su autoridad; en sus confidencias, admitía que el Sacro Imperio no era más que un anacronismo. No debe sorprendernos que de ningún modo compartiera con sus contemporáneos los sueños de nuevas cruzadas. Todos los intentos para reconquistar Tierra Santa los consideraba condenados al fracaso porque tal conquista sería imposible de defender a la larga.

Las tentativas de Carlos IV para romper con las antiguas tradiciones se manifiestan en forma evidente en su "Bula de Oro", del año 1356, la más amplia y mejor elaborada de las recopilaciones de leyes medievales en Alemania; por ella confería en definitiva a los príncipes electores la prerrogativa de elegir al monarca germánico y precisaba sus particulares derechos. La elección del rey alemán era un asunto muy delicado, pues el Papa mantenía sus pretensiones de sancionar el voto de los electores. Pese a todo el respeto de Carlos por la Santa Sede, no estaba dispuesto, en modo alguno, a sacrificar sus intereses o los del imperio a los deseos de la curia romana. De esta forma el emperador halló salida a situación tan espinosa, no haciendo alusión ni una sola vez en su "Bula de Oro" a la pretendida prerrogativa del Papa. La "Bula de Oro" vino a ser así la confirmación oficial de la decisión tornada por los grandes del imperio en la dieta de Rense, en 1338.

Carlos IV tuvo por sucesores a sus hijos Wenceslao —borracho y sádico— y Segismundo, el mismo que en 1396 fuera derrotado por los turcos en Nicópolis, que permitió que quemaran a Juan Hus y tomó parte activa en la solución del gran cisma de Occidente. El emperador Segismundo hizo cuanto pudo para reorganizar el poder central en Alemania y extender su influencia en Italia, pero los resultados que logró

¹⁸ Los llamados príncipes electores eran los siete principales súbditos del emperador de Alemania, y eran convocados para la elección de éste: los príncipes-arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris; el duque de Sajonia; el margrave de Brandeburgo; el conde palatino del Rin, y el rey de Bohemia. Elegían al emperador, tal como los cardenales designaban al Papa.

fueron muy menguados. Después de su muerte, en 1437, el poder imperial atravesó por uno de sus más graves períodos de crisis, bajo el gobierno de su sucesor Federico III de Habsburgo. Federico era un hombre de temperamento linfático, que se decidía con dificultad a obrar en favor del imperio. "¡Y el emperador vive en su palacio, cultiva su jardín y cuida los pajaritos!", escribió un cronista de la época, comentando la caída de Constantinopla.

Maximiliano I, último emperador medieval

En la Alemania de finales de la Edad Media existía, a despecho de todas las tendencias divergentes, un sentimiento nacional, vivificado por los recuerdos de una grandeza pasada. Sobre todo, la imaginación popular simpatizaba con el último gran emperador Hohenstaufen, Federico II, cuya extraordinaria personalidad había hecho nacer todo un círculo de leyendas. Según tales tradiciones, no había muerto, sino que se había adormecido en los sótanos del castillo de Kyffhäuser; un día volvería en sí y restablecería el imperio en todo su esplendor, acabaría con las injusticias y vencería a los turcos. Se ignora por qué misterioso cambio de personalidad, éste fue sustituido en la leyenda por la figura del célebre emperador Federico Barbarroja (Federico I).

Sobre este fondo romántico es preciso considerar otra personalidad, la del último emperador medieval, Maximiliano I. Parecía que el príncipe de la dinastía de los Habsburgo, coronado soberano de Alemania o rey de romanos en 1486, y revestido desde 1493 hasta 1519 de la dignidad imperial, iba a poder realizar estos vagos sueños de grandeza. El "último caballero", que así fue llamado, estaba muy bien dotado, era vivaz y enérgico, y su personalidad, una de las más atractivas. Los historiadores modernos han mostrado de qué forma era capaz de influir en la opinión pública por medio de manifiestos u otros escritos. Se interesaba por todo. En su corte se reunían escritores y sabios, artistas y músicos. Alentaba sus trabajos con el más vivo entusiasmo, sin carecer, no obstante, de sentido crítico.

La carrera aventurera de Maximiliano comenzó de manera muy romántica. Como auténtico caballero, en 1477 voló en socorro de su prometida, María de Borgoña, que después de la muerte de su padre, Carlos el Temerario, pidiera su ayuda contra el rey de Francia, Luis XI. Revestido con armadura de oro y plata, ceñida la frente con diadema de perlas y gema, Maximiliano hizo su entrada en Gante montado sobre un magnífico caballo de guerra. Nunca, decía la gente, se había visto un príncipe tan hermoso. El matrimonio fue celebrado sin dilación alguna, y, dos años después, Maximiliano lograba la victoria de Guinegate sobre los franceses.

La larga vida de Maximiliano fue rica en toda clase de aventuras, pero, según sus propias palabras, nada podía compararse a su primer encuentro con la corte de Borgoña. Allí encontró cuanto soñara en su juventud, pese al medio ambiente tan sencillo en que había sido educado: el boato, la abundancia y el espíritu romántico y caballeresco. Maximiliano se sentía allí completamente feliz; idolatraba a su joven esposa y no la dejaba un solo instante. Iban juntos de caza, daban fiestas espléndidas, organizaban torneos, leían relatos de antiguos caballeros y princesas; él le enseñaba alemán y ella, francés.

Este idilio tuvo un epílogo tan inesperado como trágico: en el transcurso de una partida de caza, María cayó del caballo y murió días después a consecuencia de las heridas. Para Maximiliano fue un golpe terrible, del que tardó mucho en reponerse; más tarde, cuando recordaba aquellos años vividos con su primera esposa, caía sumido en profunda melancolía. Conservó siempre las impresiones recibidas en esta época de su juventud. Entre otras cosas, aprendió a considerar a Francia como su mayor enemiga y,

cuando fue emperador, la lucha contra los franceses se convirtió en uno de los ejes de su política.



El emperador Maximiliano I de Habsburgo, según el pincel de Rubens. Viena, Kunsthistorisches Museum.

Un soberano popular

A primera vista, Maximiliano se nos aparece como un hombre de concepciones modernas, un político sin escrúpulos, tal como se concebía en el Renacimiento, preocupado sólo en engrandecer sus Estados, siempre obsesionado por el dinero. Pero a poco que se le considere, tal impresión se desvanece. Pese a todos sus proyectos, su brillante elocuencia y el enorme esfuerzo que realizó, las empresas e intrigas de Maximiliano fracasaron siempre. El célebre escritor político italiano Maquiavelo, que tuvo ocasión de observar de cerca a este soberano, ha señalado: "El emperador no disfrutó nunca de su pleno equilibrio mental. Sucedió con frecuencia que anulaba a la mañana siguiente las decisiones tomadas la víspera por la tarde". Pocos emperadores alemanes habrán sido tan populares como este "último caballero". Maximiliano gustaba de mezclarse entre sus súbditos, quienes comprendían muy bien que aceptaba de buen grado tomar parte en sus regocijos. A veces danzaba noches enteras con los alegres burgueses de sus ricas y grandes ciudades; los jóvenes estaban tan encantados con su

presencia, que desplegaban todo su ingenio para hacerlo quedar un día más en su ciudad.

Maximiliano poseía el arte de saberse adaptar al ambiente burgués. Sentía predilección por Innsbruck (Tirol), en cuyos alrededores se entregaba a su distracción favorita, la caza. Pero Augsburgo, al parecer, gozaba de sus preferencias. Una anécdota lo atestigua. Durante una de sus campañas en Italia, el emperador, como conociera a una cantinera alemana, decidió comer a su mesa. Servida la comida, uno de los acompañantes de Maximiliano se apresuró a probar los alimentos, para asegurarse que no contenían veneno. Pero el soberano, que entretanto se había informado que la cantinera era originaria de Augsburgo, lo retuvo, diciéndole: "¡No es necesario! Conozco a mis augsburgueses: son gente buena que jamás harán daño a nadie".

El sentido del humor, del que Maximiliano dio pruebas más de una vez, contribuyó también a su popularidad. Sus burlas podían ser cáusticas e incluso acerbas, pero nunca malintencionadas y bromeaba tanto a su costa como a la ajena. Aunque siempre estuvo dispuesto a una sincera autocrítica, no dejaba a menudo de envanecerse con ilusiones y quimeras. Creía que, desde la época de Federico Barbarroja, ningún emperador había contribuido tanto como él al esplendor del imperio.

Y así, el ideal imperial conoció una especie de renacimiento, en el umbral de la época en que iban a oscurecerse definitivamente los grandes ideales de la Edad Media.

LITERATURA CULTA EN LENGUAS VERNÁCULAS

PARALELISMO LITERARIO: ESPAÑA, INGLATERRA, FRANCIA

Los primitivos en la literatura española

Después del período heroico de los cantares de gesta —literatura predominantemente oral—, va imponiéndose la literatura escrita, un "mester de clerecía" o menester de hombres cultos. En el mundo estético de las letras van surgiendo figuras que constituyen una a modo de escuela de "primitivos", a veces con cierta carga de erudición libresca, mejor o peor asimilada en los códices de las parvas bibliotecas conventuales.

Gonzalo de Berceo, que vivió en el siglo XIII, es el primer poeta castellano de nombre conocido, y sus versos resultan algo monótonos por su métrica, pero sencillos e ingenuos, con la disciplina y el rigor de un arte románico no exento de realismo, y con cierta propensión a lo popular, requiriendo en recompensa un "vaso de bon vino" como él mismo dice chanceándose, y puntualizando esta característica de divulgación literaria:

*Quiero fer un prosa en román paladino
en la qual suele el pueblo hablar a su vecino...*

Se había educado Gonzalo en el monasterio benedictino de San Millán de la Cogolla (Logroño), a poca distancia de Berceo, lugar de su nacimiento, y estuvo agregado en calidad de clérigo secular a la famosa abadía citada, de cuyo santo patrono escribió una biografía en verso. Su obra más importante son los *Milagros de Nuestra Señora*, similar a otras compilaciones del mismo género que circulaban entonces entre las gentes piadosas en toda la Europa occidental, y en la que se narran episodios más o menos verosímiles, como la del ladrón devoto que, al sufrir la pena de horca, se ve libre de ella por haber interpuesto la Virgen sus manos entre la cuerda y el cuello del culpable; y la resurrección de un monje de Colonia, ahogado al regresar de cierta aventura, para que tuviera oportunidad de hacer penitencia y lograr salvarse.

También durante este período de transición del arte románico al ojival florece en España una literatura dramática interesante. Representaciones escénicas en los ciclos litúrgicos de Navidad y Pascua, de tan prolongada persistencia, que han llegado incluso a nuestros días, y un teatro popular y "juegos escolares" que tuvieron su mejor época en el siglo XII, fueron luego sustituidos por representaciones amparadas por gremios y cofradías. De todas estas actividades, transmitidas generalmente por tradición oral, apenas quedan cortos fragmentos, como el llamado *Auto de los Reyes Magos*, que nos presenta a dichos personajes camino de Belén y su entrevista con Herodes, en un espléndido diálogo, suelto y sin trabas, y de acción rápida.



Gonzalo de Berceo. Representación moderna.

Un precursor de la novelística

El arte literario del siglo XIV nos revela mayor madurez. El infante don Juan Manuel (1282-1349), nieto de Fernando III y sobrino de Alfonso X el Sabio, se formó en el ambiente culto y cosmopolita de la corte, ejerció cargos políticos importantes e intervino en las luchas y turbulencias políticas de su época. Auténtico creador de la prosa literaria castellana, dejó una colección de cincuenta narraciones llamada *El conde Lucanor (Libro de Patronio)*, obra maestra de la prosa del siglo XIV, terminada unos doce años antes que el Decamerón, de Boccaccio, y que muestra una tendencia moralizadora y pedagógica en cada uno de sus "enxiemplos", con sus moralejas respectivas, de acentuado influjo oriental.

En esta colección se hallan fábulas, episodios y cuentecillos, que se hicieron muy populares y fueron luego patrimonio común en diversas literaturas, como la fábula del cuervo chasqueado y la zorra que se le comió el queso; la de doña Truhana, que recuerda el caso de la lechera optimista e imaginativa; y parábolas como la de un avaro, cuyo corazón se encontró, después de muerto, metido en un arca de caudales. Otro asunto de sátira social aparece en el cuento de *El buen hombre y su hijo*:

Un padre quiso adoctrinar a su hijo, de carácter indeciso y muy apegado al "qué dirán" de las opiniones ajenas. Se dirigieron ambos al mercado con su borriquillo, y caminaron en todas las formas posibles, montando en el asno unas veces el padre, otras el hijo, o ambos a la vez, o

bien andando los dos a pie, y siempre oyendo reproches y censuras, por parte de otros transeúntes, acerca de cada una de estas formas de viajar: compadecían al que iba a pie, o al pollino por soportar doble carga, o se burlaban de lo absurdo de caminar el viejo y el mozo, teniendo a mano una cabalgadura utilizable. Harto ya de tanta crítica negativa, deduce el padre la moraleja: "Por tanto: ¿qué podemos realizar a gusto de todos? Hagamos el bien según nuestra conciencia y despreciemos las murmuraciones de ociosos y entrometidos".



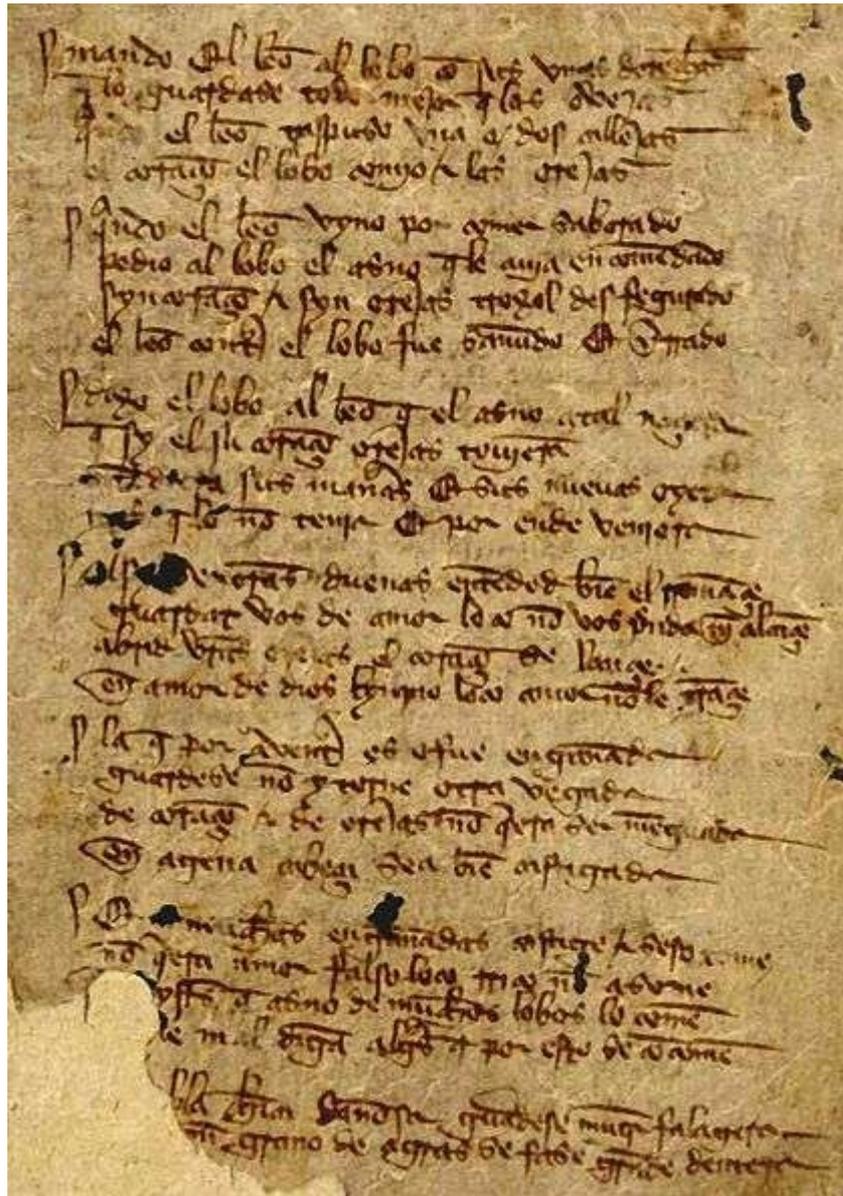
El infante don Juan Manuel.

Un Arcipreste y un grave Canciller

Otras dos figuras forman marcado contraste en el mismo siglo: el Arcipreste de Hita y el canciller López de Ayala. El primero de ellos, llamado Juan Ruiz y nacido en Alcalá de Henares, era un clérigo alegre y aventurero, que permaneció trece años en la cárcel por orden de Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y que no ocultaba sus actividades con toda clase de mujeres., a pesar que al parecer no le acompañaba el físico, pues confiesa ser "velloso, pescozudo..., de andar enfiesto, de nariz luenga, de grandes espaldas". Pero era también gran poeta, músico y seductor:

*Fize muchos cantares de danzas e troteras
para judías e moras, e para entendederas...*

Compuso un poema de métrica variadísima y de carácter misceláneo, en que andan mezcladas estrofas de noble fervor religioso con sátiras contra la corrupción de la corte pontificia de Aviñón, a la sazón en pleno "cautiverio de Babilonia"; además, fábulas y apólogos, escenas picarescas junto a elementos narrativos y líricos. En esta obra—el *Libro de Buen Amor*—aparece expresado con gracia y agudeza un divertido contenido autobiográfico: los amores del Arcipreste, ayudado por una vieja alcahueta (la "Trotaconventos"), quien le aconseja que ame a alguna monja e interviene como mediadora entre el autor y una mora—toda una visión de "fembras placenteras"—; de cómo el amor castiga al Arcipreste por beber mucho vino, y los requiebros del poeta tanto a serranas solitarias como "enamorado de una dueña que vio estar haciendo oración".



Manuscrito del Libro de buen amor. Biblioteca Nacional de España

El episodio de don Carnal y doña Cuaresma es un delicioso fragmento satírico en forma de alegoría, verdadera parodia épica de los asuntos caballerescos, tan en boga a la sazón:

Van terminando la Cuaresma y las penitencias y ayunos que un fraile impuso a don Carnal, como comer garbanzos cochos y "fustigar sus carnes con santa disciplina". Llega el domingo de Ramos y don Carnal, burlando la vigilancia de don Ayuno, se acoge a la aljama de los judíos pide un rocín prestado a uno de ellos y atraviesa como una exhalación los campos de la Mancha y Extremadura, alborotando a todos los animales que encuentra a su paso. Luego, tomando como mensajeros a don Almuerzo y a doña Merienda, envía un cartel de desafío a doña Cuaresma, "flaca, magra e vil sarnosa", para contender en una batalla campal el domingo de Pascua antes de salir el sol, pero doña Cuaresma prevé su derrota y huye el mismo sábado por la noche, disfrazada con hábito de romera. El Arcipreste aprovecha entonces la ocasión para describir una orgía desenfadada.

El episodio está tomado sin duda del "fabliau" *La bataille de Karesme et de Charnage*, y otros pasajes de la obra del Arcipreste evidencian influencias clásicas, latino-elesiásticas, árabes, francesas y provenzales; pero, como observa Puymaigre, este alegre y desenfadado clérigo, aun saqueando literariamente a todo el mundo, resulta mucho más original que sus

modelos, por su estilo propio y por saber imprimir en sus obras el sello de su personalidad arrolladora. En cuanto a sus propósitos moralizadores, resulta paradójico y contradictorio, y a juzgar por algunos pasajes de su obra, se diría dominado por el fervor religioso y la devoción mariana:

*Quiero seguir a ti,
flor de las flores,
siempre decir
cantar de tus loores...*

Otros fragmentos parecen confirmar tales propósitos devotos: "Oración que el Arcipreste fizo a Dios"; "de la Pasión de Nuestro Señor Jhesuxristo" y "todas las cosas del mundo son vanidad sinon amar a Dios". Así lo manifiesta el autor en el prólogo de su obra: "Escogiendo, et amando con buena voluntad salvacion et gloria del paraíso para su ánima, fiço esta chica escritura en memoria de bien: et compuso este nuevo libro en que son escritas algunas maneras e maestrías e sotilesas engannosas del loco amor del mundo, que usan algunos para pecar". Con todo, y en una actitud de Ovidio medieval, el alegre Arcipreste agrega: "Empero, porque es humanal cosa el pescar, si algunos (lo que non les consejo) quisieren usar del loco amor, aquí fallarán algunas maneras para ello..."

En resumen, el *Libro de Buen Amor* resulta ser una novela picaresca versificada y de forma autobiográfica, cuyo protagonista es el propio Arcipreste, sin el amargo humorismo de un François Villon, ni el desenfado intencionado del Rabelais renacentista y más próximo de lo que parece a Boccaccio su contemporáneo.

Vemos así cómo este clérigo reacciona con jocosa despreocupación ante la general corrupción de costumbres del siglo XIV; y, en cambio, un seglar, el canciller López de Ayala (1332-1407), vibra en sus frases ponderadas y rebosantes de dignidad en su obra *Rimado de palacio*. Conoció cuatro reinados sucesivos, desde Pedro I hasta Enrique III de Castilla, y fue hábil político y diplomático; abandonó la causa de Pedro el Cruel, viendo que "sus fechos no iban en buena guisa", lo que no debe interpretarse como cinismo de desertor, sino muestra de clarividencia y realismo político. Fue apresado por la caballería del Príncipe Negro, cuando el famoso jefe militar inglés operó en España, y fue libertado después; más tarde, actuó como embajador en la corte de Carlos VI de Francia y de mediador en la concordia celebrada por la corte castellana con la dinastía inglesa de los Lancaster; por su parte, Enrique III lo nombró canciller mayor de Castilla.

Menéndez Pelayo traza un paralelo entre ambos escritores citados:

"...en el Arcipreste todo es regocijo epicúreo; en el Canciller, todo tristeza, austeridad y desengaño de la vida. Uno y otro libro reflejan fielmente la distinta condición, social de sus autores. Y diversos son también los cuadros que presentan. El Arcipreste vive entre el pueblo y corre de feria en feria, en la alegre compañía de escolares nocherniegos y de cantadoras judías y moriscas; el Canciller vive en los palacios y describe las maneras y fechos de sus habitantes, las tribulaciones de los míseros pretendientes que andan brujuleando los semblantes del privado, la venalidad y falacia de los oficiales reales, la hinchada presunción y torpes amaños de los legistas, la insaciable codicia de los arrendadores y cobradores judíos... y nos expone de paso sus ideas sobre el *gubernamiento de la república* sobre las virtudes que deben adornar el buen rey y diferenciarle del tirano."

El marqués de Santillana y Juan de Mena

En el siglo XV, verdadero siglo del "gótico florido" en el arte y en las letras hispanas, destacan otras dos figuras fundamentales, el **marqués de Santillana** y **Juan**

de Mena, ambos muy influidos por la avasalladora corriente italianizante que invadía ya toda Europa. El primero, **Iñigo López de Mendoza** (1398-1458), fue típico cortesano de su tiempo e intervino activamente en política, unas veces a favor de Juan II de Castilla y otras en contra suya; odió con ferocidad a don Álvaro de Luna, a quien todavía injuriaba después que éste fuera decapitado; compuso obras con cierta pedantería y otras con espontaneidad, como sus deliciosas *Serranillas*, y fue autor de una *Carta-prohemio*, dedicada al condestable de Portugal, don Pedro, y considerada como la primera Historia de la Literatura que se ha compuesto en España.



Retrato de Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, pintado por Jorge Inglés.

Las *serranillas* reiteran una temática casi única: la del encuentro, casual o intencionado, de un caballero con una pastora o "serrana" en cualquier pasaje montañoso. Al inevitable requiebro, replica agresiva la muchacha amenazando al galanteador con dispararle su "dardo pedrero"; otras veces, el desenlace es feliz se avienen y son "unos tomillares los encobridores"; con frecuencia, la acción se limita a simple coquetería y escarceos amorosos o admirativos. Las *serranillas* del marqués, aunque carezcan de la sencillez y sabor primitivos que se notan en las más antiguas producciones líricas de los trovadores gallegos, poseen, no obstante, cierta innegable frescura y una suave y deliciosa ironía, y el sentimiento de la naturaleza aparece expresado con viveza y colorido. Muy populares y conocidas son la Moza de Lozoyuela y la Vaquera de la Finojosa:

*Moca tan fermosa
Non vi en la frontera...*

.....
*En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado*

*con otros pastores,
la vi tan graciosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.*



*Juan de Mena ofrece a Juan II su Laberinto de Fortuna,
grabado del interior de una edición impresa en Zaragoza,
por Jorge Coci en 1509*

Juan de Mena (1411-1456), amigo del marqués de Santillana, fue un excelente y cultísimo poeta cordobés que estudió en Salamanca y en Roma, y, al regresar de Italia, fue nombrado secretario de cartas latinas del rey Juan II y permaneció siempre muy adicto al monarca y a don Alvaro de Luna. Fue el primero que tradujo a Homero en España y escribió el *Laberinto de Fortuna*, poema llamado también *Las trescientas*, por el número de sus coplas o estrofas, de carácter alegórico y de influencia dantesca, como muchas de las obras del marqués de Santillana y de otros autores de entonces, si bien el verdadero valor de la obra no estriba en su simbolismo, sino en los episodios históricos intercalados. En general, los escritores de la época sienten gravitar en torno las figuras gigantescas de Dante y Petrarca, que llenan todo este período.

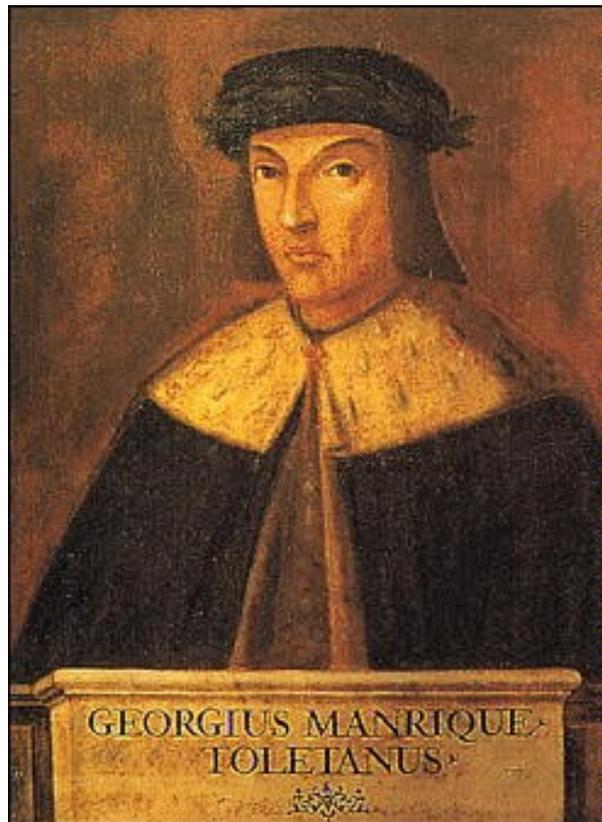
La familia Manrique

Otras personalidades literarias, Jorge Manrique y los poetas de los *Cancioneros*, los compositores de sátiras y autores de crónicas, no ofrecen tan marcado interés. Jorge Manrique (1440-1478) perteneció a una familia ilustre; un tío suyo, Gómez Manrique, fue notable poeta; en opinión de Menéndez Pelayo, el mejor del siglo XV después de Santillana y Mena. El padre de Jorge Manrique era maestro de la Orden de Santiago y, al morir, le dedicó su hijo unas *Coplas* a modo de elegía filosófica, en las que, arrancando del dolor individual, se elevan a la consideración del general y cósmico dolor humano, en toda su amplitud y trascendencia. No faltan en ellas ciertos toques de

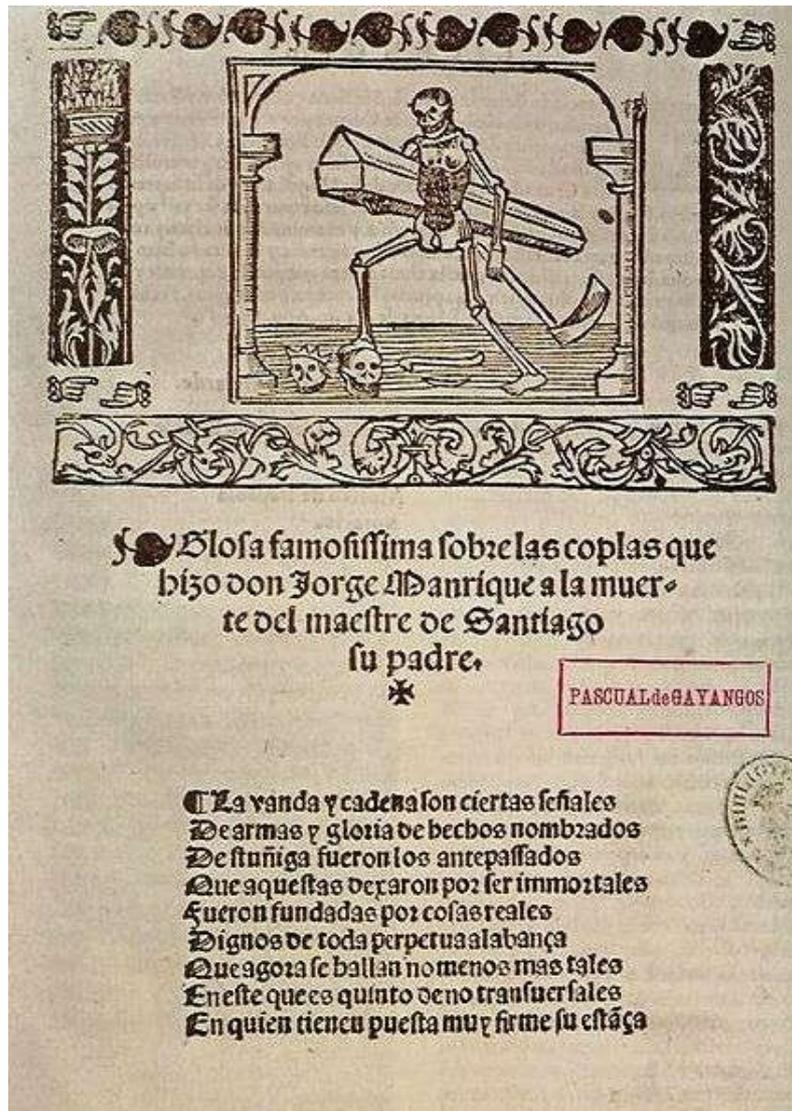
contenido social, el rasero igualitario de la muerte y el dolor por la pérdida del feliz tiempo pretérito.

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir,
allá van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir.
Allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
allegados son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos...*

Tendencia similar se observa en la satírica y macabra *Danza general de la muerte*, que representa un reflejo de la hecatombe provocada por la peste negra y que ofrece el mismo contenido social e igualitario, señalando el derrumbamiento del feudalismo. Señalan distinta huella, más idealista, los llamados "libros de caballerías" entre el elemento noble, y los "romances", poemitas épicos y narrativos que constituyen verdaderas joyas del arte literario, aun siendo de tipo popular, y una auténtica *Iliada* española, anónima y espontánea, fragmentada y dispersa, pero de valor imponderable.



Jorge Manrique



*Reproducción de la primera página de las Coplas de Jorge Manrique.
Biblioteca Nacional de Madrid.*

La predicación y la vida religiosa popular

La predicación debe mostrar el camino y esclarecerlo, como decía uno de los más célebres predicadores franceses medievales, Alain de Lille o Alanus ab Insulis (1128-1203); debe confirmar a los hombres en la verdadera fe y proporcionarles un apoyo moral. Por tal motivo, el predicador debe procurar atraerse la simpatía de sus oyentes y mantener su interés, y al tratar de temas edificantes no fatigarles en ningún momento. Así, le está permitido de vez en cuando contar una anécdota divertida, a fin de despertar la atención del oyente propenso a adormecerse.

Estas recomendaciones, oportunas desde el punto de vista psicológico, son dignas de mención, pues cabría imaginar que las predicaciones medievales eran particularmente frías, fastidiosas y pedantes; aunque es cierto que se servían con demasiada frecuencia de argumentos de tipo escolástico. Pero según los cronistas de aquel tiempo, los predicadores medievales hacían cuanto podían para interesar a su "público". En Italia, por ejemplo, los más renombrados efectuaban sus giras según programa minuciosamente preparado y su actuación era anunciada con varias semanas de antelación. Los oyentes se contaban a menudo por millares. En Alemania, donde se

hicieron famosos algunos predicadores populares, como Eckhart, Suso y Tauler, apareció en el siglo XV un predicador, Geiler de Kaisersberg, que lograba "entusiasmar" a su auditorio en forma incomparable. Era de temperamento vivo; poseía un gran sentido del humor, de imágenes sugestivas, evocadoras y cálida palabra. Como Tauler, ponía la doctrina de sus sermones al alcance de todos sus oyentes y no vacilaba en contar historias groseras. Nunca dejó de conquistar a su público ni temió que el templo quedase vacío.

También el franciscano italiano Juan de Capistrano gozó de mucha popularidad en Alemania y en otros países. Aunque predicaba en latín—lo que no solían hacer los demás predicadores—y debía, por consiguiente, recurrir a un intérprete, poseía el talento de mantener en vilo a su auditorio cuando fustigaba en términos violentos a los pecadores de su tiempo. Ocurrió a veces que al salir sus oyentes de la iglesia sumidos en una especie de éxtasis, rompieron en el acto sus juegos de dados y naipes. En Leipzig, después de oír al monje Capistrano pronunciar uno de sus célebres sermones sobre la muerte, muchos jóvenes se hicieron religiosos aquel mismo día.

Tales oradores contribuyeron a desarrollar el renacimiento del ideal religioso durante la Edad Media, y procuraron adaptarse todo lo posible a cuanto tuviera contacto con el pueblo. Así, las recopilaciones de sermones para uso de sacerdotes y monjes, bastantes de las cuales se han conservado, constituyen una buena fuente de información para cuantos se interesan por la vida popular medieval.

Uno de los más célebres predicadores ingleses del siglo XIV, el fraile John Bromyard, fue algún tiempo canciller de la universidad de Cambridge. Desde el púlpito no tenía miramientos con nadie, fuese rico o pobre, poderoso o miserable, sacerdote o laico, manifestando cuanto pensaba sin rodeos: "¿Dónde están ahora —exclamaba— todos aquellos malos príncipes, reyes, condes y otros poderosos señores de este mundo, que vivieron en la abundancia, que poseían palacios y bienes terrenos, que gobernaban con despiadada crueldad a sus inferiores, y sólo sabían despojarlos del dinero que necesitaban para mantener su vida disoluta? ¿Dónde están aquellos jueces, abogados y otros granujas que por unas miserables monedas vendían su alma? ¿Dónde están aquellos malvados príncipes de la Iglesia que daban tan mal ejemplo al pueblo? De todas sus riquezas y de su lujo no queda nada; los gusanos consumen sus cadáveres".

Bromyard no cesaba de tronar contra las preocupaciones terrenales de los sacerdotes: "Dicen primero: ¡Ah, si yo fuera dueño de tal parroquia, estaría contento! pero en cuanto la obtienen, empiezan en seguida a quejarse de la insalubridad del lugar, o a lamentarse que su iglesia queda demasiado cerca del camino, que tienen que recibir a demasiada gente, o que la ciudad está muy alejada, etcétera". También los mercaderes recibían sus reconvenciones; les reprochaban su avaricia y su vanidad. "Se sienten muy orgullosos cuando consiguen hacerse amigos de los nobles y éstos los invitan a sus banquetes o a sus partidas de caza. Pero si se trata de engañar y robar a los pobres, no son otra cosa que ladrones."

Hallaríamos infinidad de ejemplos. Un año tras otro y de generación en generación se pronunciaban, desde el púlpito, acusaciones contra los poderosos y los ricos. A los pobres y gente de servil condición no cesaban de repetirles hasta qué punto eran oprimidos y cuán malos tratos habían de soportar; los predicadores les enseñaban en qué términos debían exponer sus quejas a las autoridades. No debe sorprender así que movimientos, como la rebelión de 1381, se propagaran con tanta rapidez. Fue preparada en gran parte por los predicadores populares.

Elocuencia narrativa

Los predicadores ingleses eran muy hábiles en relatar historias durante sus sermones. Para mantener despierta la atención del pueblo, se valían de símbolos, tales como el señor recorriendo los caminos con su séquito impresionante, el hostelero que se apresuraba a salir de su posada para saludar, sombrero en mano, a los huéspedes

ilustres, al campesino, al burgués, al artesano, al salteador, al jugador y otros bribones. Evocaban ante su auditorio los suntuosos palacios de los nobles y las miserables cabañas de los pobres, los anfiteatros de las universidades y los calabozos de los castillos fortificados. En dichos sermones se refleja toda la vida de la Edad Media, con su tipismo y colorido.

Cuando el predicador era un monje mendicante, que necesariamente había viajado mucho, no se olvidaba de contar cuanto sucedía en países lejanos, y así, la muchedumbre escuchaba boquiabierta al orador cuando describía la lucha que los cristianos de España sostenían contra los musulmanes o la vida que se llevaba en Francia, donde se bebía tan buen vino. De este modo, el realismo y agudeza de tales relatos contribuyó mucho al desarrollo de la literatura medieval. Sin duda, el célebre escritor inglés Chaucer se inspiró bastante en ellos e incluso los grandes dramas de Shakespeare contienen episodios tomados de estos predicadores de la Edad Media, desdeñados durante tanto tiempo.

El ingenuo campesino, con el alma pendiente de estos torrentes de elocuencia, comprendía bien lo dañoso que es pecar contra la ley de Dios, pues a las malas acciones, tarde o temprano, les sigue el castigo. Aprendían que existen dos mundos: uno, dominado por Dios, y otra, por el diablo. Dios, señor del cielo, de los apóstoles y de la Iglesia; el diablo, dueño del infierno, de los demonios y de los lugares de corrupción y pecado. Ninguno de cuantos vivieron en la maldad escaparía de las garras del Maligno.

De vez en cuando, tales afirmaciones eran confirmadas por relatos como el siguiente:

Había una vez un recaudador de mala reputación, por la manera despiadada con que oprimía a sus administrados. Se mostraba en particular duro con los campesinos que debían pagar sus rentas. Un día en que viajaba a caballo, encontró al diablo, que le preguntó de improviso a dónde se dirigía. El administrador respondió que iba de camino hacia la aldea más próxima, para recaudar el dinero que debía a su señor. "Muy bien —dijo el diablo— en ese caso podemos ir allá juntos, pues lo que yo debo hacer es muy semejante. Pero yo no me contento con poco. No acepto más que lo que me quieran dar de buena gana."

Después de caminar un trecho, encontraron un campesino que maldecía y enviaba a sus bueyes a cien mil diablos. "Estos bueyes, así, son tuyos de verdad" —dijo el administrador—. "Pues no—replicó el diablo—; sé muy bien que este hombre no desea de ningún modo lo que está diciendo." Al llegar a la aldea vieron a una mujer que estaba maldiciendo a su hijo y deseaba a gritos que el diablo se lo llevara. "¡Esta vez —dijo el recaudador— el niño es tuyo!" "¡Oh, no! —respondió el diablo—, pues en el fondo de su corazón esta mujer no querrá perder a su hijo." Llegados al otro extremo de la aldea, se hallaron en presencia de una pobre vieja, a quien en la víspera el administrador había quitado su única vaca. Se dirigió hacia él con las manos levantadas, gritando: "¡Que te lleven todos los diablos!" Entonces, el diablo se dijo: "En verdad, este hombre es el botín que me pertenece, pues esta mujer desea con toda su alma que yo me lo lleve". Se apoderó en el acto del recaudador y se lo llevó consigo al infierno...

Cuando el diablo y su cortejo se volvían demasiado importunos, el hombre buscaba refugio en el santo de su devoción, del que siempre oía contar a los sacerdotes y monjes su vida y milagros. En Inglaterra, el santo más venerado era Tomás Becket de Canterbury, que llegó a ser considerado santo nacional.



Geoffrey Chaucer

Godofredo Chaucer

En 1386, un poeta francés rendía homenaje a su colega inglés Godofredo Chaucer, hablando de él con tanta admiración y elevándolo a tal altura, que no vacilaba en compararlo con Séneca y Ovidio. Ahora bien, estas frases aduladoras evidencian la estimación que por Chaucer sentían sus contemporáneos. Se dirigía en sus obras a un amplio círculo de lectores, con la plausible intención de entretener y distraer, y así eran muy leídos sus poemas.

Godofredo Chaucer nació hacia 1340. Su padre era comerciante de vinos en Londres y tenía acceso a la corte. Se sabe que acompañó a Eduardo III en el viaje que éste hizo a Flandes y a Renania en 1338. Estas buenas relaciones del padre fueron muy útiles para el joven Godofredo. Parece que fue motivo de la benevolencia del rey y éste costó con su propio dinero el rescate de Chaucer cuando cayó en manos del enemigo en 1359, durante la guerra con Francia. En los años que siguieron, Godofredo Chaucer estuvo vinculado a la corte e hizo rápida carrera. Su carácter fue instrumento valioso para su éxito personal y su porte modesto inspiraba gran confianza a todos.

A Chaucer le encargaron a menudo misiones diplomáticas. En 1372 fue enviado a Génova para solucionar cuestiones de tipo comercial con los magistrados de aquella ciudad. Terminada su misión, permaneció algún tiempo en el norte de Italia, y visitó Padua. No lejos de allí vivía Petrarca, y es muy verosímil que Chaucer hablara personalmente con el gran poeta italiano. Sea como fuere, al dejar Italia llevaba en su equipaje las obras de Petrarca, y además las de Dante y de Boccaccio.

Chaucer era un hombre de mundo. Sabía apreciar la buena mesa, una mujer hermosa y una existencia tranquila, disfrutando de saneadas rentas. Pero lo que apreciaba ante todo, eran los libros, de los que reunió con el tiempo una buena cantidad. Chaucer era capaz de sentir sincera admiración por las producciones de otros escritores. Debió ser grande su alegría cuando pudo leer, por vez primera, las obras de los grandes italianos de la época. A su regreso a Inglaterra, le aguardaban a Chaucer otros honores.

En 1374 fue nombrado inspector de impuestos en Londres, y ello no le impidió que le escogieran para cumplir, llegado el caso, misiones oficiales de diversa índole. En 1385 fue nombrado juez de paz de Kent y miembro del Parlamento. No obstante, los grandes cambios políticos de la época parece que repercutieron en su carrera. En sus últimos años el escritor se debatía entre dificultades económicas. Murió en 1400.



Ford Madox Brown: Chaucer en la corte de Eduardo III.

Una galería de tipos humanos

Chaucer es el mejor poeta inglés de la Edad Media. Fue el primero en poner de relieve la belleza de la lengua inglesa y los recursos que ofrecía al arte literario. Algunos de sus poemas son considerados todavía como inimitables obras maestras. En sus últimos años redactó los *Canterbury Tales* o *Cuentos de Canterbury*. Había escrito antes buen número de relatos, inspirados en modelos franceses o italianos, en estilo generalmente alegórico. Pero su obra maestra será siempre el conjunto de relatos de la peregrinación de Londres a Canterbury.

Un buen día de primavera, según cuenta el poeta, se había instalado en una posada de Londres llamada “The Tabard Inn”. Al atardecer llegó un grupo de damas y caballeros, que seguían su camino todos con la intención de emprender una peregrinación al sepulcro de Santo

Tomás, en Canterbury. Recibieron excelente acogida del posadero, diligente y amable; a cada copa escanciada, la atmósfera se tornaba más agradable y todos se entendían a las mil maravillas, por muy heterogénea que fuese aquella compañía. Las miradas del poeta se dirigían de uno a otro:

*Había allí un caballero, hombre muy digno;
se exaltaba al hablar de caballería,
de franqueza y honor, libertad y cortesía.
Había combatido con honor por su señor
y nadie como él realizó tan largos viajes
por países de cristianos y de infieles,
y en todas partes logró ensalzar su nombre.
Había estado en la caída de Alejandría,
estuvo también en el asedio de Algeciras,
en Granada, y combatió en Belmaría,
estuvo en Lyais y en Satalia,
cuando cayeron estas ciudades. Y hacia el Gran Mar,
hablase embarcado muchas veces.
En todas partes consiguió universal renombre,
y, sin embargo, era tan sabio como valiente.
Demostró por doquier la virtud de una virgen.
Nunca en su vida se rebajó
a decir a nadie una palabra grosera.
Era un caballero de lo más perfecto.*

Cerca del caballero está sentado su hijo:

*Estaba también el hijo de este señor,
que amaba el amor y era mancebo alegre,
con hermosos cabellos rizados muy bien cuidados.
Aparentaba muy bien los cuatro lustros,
no era ni muy grueso, ni muy flaco,
fuerte como un toro y vivo como la llama.
En más de una cabalgada en Picardía,
en Arras y en Flandes se había batido airosamente
y conseguido, joven aun, gran renombre,
con el único fin de agradar a su dama.
Cubierto por entero de bordados, parecía hermoso prado
esmaltado de flores blancas y rojas,
y nunca dejaba de cantar y de silbar.
Tenía la frescura del hermoso mes de mayo;
su traje era corto, sus mangas largas y anchas.
A caballo, era digno de ver.
Era poeta elegante y agudo en la conversación,
pintor, escritor, danzarín y mercader en las justas.
Era amante tan apasionado que, por las noches,
dormía menos que un ruiseñor.
Era cortés, servicial y modesto
y servía a su padre a la mesa, al mediodía.*

El poeta continúa describiendo, uno tras otro, a los demás comensales y, aunque sus palabras sean respetuosas, iluminan con un destello irónico al presentarnos a la Madre Eglantina, abadesa de alta distinción:

Era muy hábil para cantar en la misa,

*y cantaba de nariz con mucha gracia.
Hablaban un elegante francés, también gracioso
tal como se enseña en la escuela de Stratford,
pues el modo de hablar de París lo ignoraba.
En la mesa adoptaba actitudes corteses:
pues nunca se le deslizaban los manjares de la boca
y ni una vez metía sus dedos en la salsa.
Llevaba con delicadeza la comida a los labios
y no derramaba gota alguna en su vestido.
Sentía preocupación por los modales corteses,
y conservaba tan limpio su labio superior
que nunca, cuando bebía en su copa,
quedaba grasa en el borde.
Como es debido, se limpiaba la boca después de beber.
Hay que decirlo: era una persona
jovial, amable, siempre de buen humor.
Hacía cuando podía por imitar a la corte,
con mucha majestad, para que la tomaran
por una dama de alta alcurnia.*

Había también un monje, grueso y robusto, que se interesaba sobre todo por la caza. Era hombre mundano, igual que su cofrade, el monje mendicante:

*Había allí un hermano, agradable como seis,
un monje mendicante, señor muy importante.
En las cuatro Ordenes no había nadie
que tuviera más facilidad de palabra
ni más arte para la adulación.
A más de una doncella había hecho
contraer matrimonio a gusto y por su cuenta.
Su Orden tenía en él un hombre destacado.*

Chaucer había aprendido en su aventurera existencia que no conviene juzgar a las personas por las apariencias, y así no se dejaba impresionar por el aire de elegancia y las formas corteses del mercader, que se mezclaba entre los peregrinos de la posada. Con mirada penetrante descubría la falsa corteza y se percataba de que este burgués, con apariencia de hombre elegante, no era, en suma, sino un pobre pelagatos, que se debatía desde tiempo atrás entre dificultades financieras; los discursos patrióticos que pronunciaba con cualquier pretexto no alteraban mucho la opinión formada de él.

Al extremo de la mesa estaba sentado, con su abrigo raído, un letrado de Oxford, melancólico idealista que, por amor al estudio, había abandonado todas las alegrías de este mundo. En la mesa se hallaba, además, un hombre de leyes, con gruesa cartera de mano y vestido con un manto de seda a rayas, un tejedor y un carpintero, un médico y un molinero y, por fin, la mujer de Bath, una señora muy suelta de lengua, rebosante de experiencia de la vida y de los hombres, y bastante atrevida en sus opiniones.

El camino de Canterbury

Cuando esta abigarrada sociedad terminó su comida, el posadero tomó la palabra: «Vais a poner os en camino mañana para Canterbury. ¿Por qué no procuráis hacer el viaje lo más agradable posible?». Y ésta fue su proposición: todos los peregrinos procurarían, cada uno por su parte, pasar el tiempo lo mejor posible contando historias, a razón de dos a la ida y dos a la vuelta. Quien narrase la mejor sería invitado por los demás a un gran banquete, al regresar a la posada.

La proposición obtuvo aprobación general. Cada uno apuró su vaso y se fue a dormir. A la mañana siguiente, se pusieron en camino como estaba previsto, y en el momento en que el cortejo abandonaba el lugar, el posadero recordó su propuesta a los peregrinos. Volvióse hacia el caballero y le rogó que fuera el primero en tomar la palabra. El relato del caballero fue romántico y muy moral, y cosechó alabanzas entre los eclesiásticos. Una vez el caballero acabó su historia, el posadero rogó al alegre monje que hablara a su vez, pero el molinero, que desde el alba hacía los honores a su adorada botella, le interrumpió y pidió la palabra. Ante la imposibilidad de imponerle silencio, le permitieron hablar y contó la historia «de un carpintero y de su buena mujer, y cómo un monje supo engañar a este hombre honrado». El relato es en exceso grosero para ser narrado aquí, pero a aquella gente les pareció tan gracioso que rieron de buena gana.

Era un momento en que todos se hallaban bien dispuestos y las historias se sucedían sin cesar, de carácter muy diverso, unas divertidas y humorísticas, otras graves y muy dignas. En cuanto a la mujer de Bath, procuró ilustrar con un ejemplo los inconvenientes del matrimonio. Contó las aventuras extraconyugales de un caballero joven y del castigo que sufrió. No es necesario añadir que la moraleja de su historia era que, en la casa, es la mujer quien debe llevar los pantalones.

Y así iban caminando los peregrinos, esforzándose cada cual en entretener a sus compañeros. Los pájaros cantaban alegremente, el sol primaveral brillaba espléndido y los riachuelos dejaban oír su alegre murmullo. La comida en el «Tabard Inn», que debía recompensar al narrador de la mejor historia, no se efectuó jamás, pues, por una u otra razón, Chaucer no acabó su célebre relato de la peregrinación al sepulcro de Tomás de Canterbury. Pero este importante fragmento del viejo poeta inglés quedó como una de las más vivas y encantadoras descripciones de la vida medieval.

En estos *Cuentos de Canterbury* se refleja la evidente influencia del *Decamerón* de Boccaccio; lo que no significa que se trate de una simple imitación. Al contrario, esta colección narrativa, según algunos críticos, supera en calidad a los cuentos del autor italiano; sobre todo, en relieve y dinamismo. En Boccaccio, el papel de damas y señoras se limita a contar sus historias, mientras que los personajes de Chaucer nos muestran su propia existencia personal. Contribuyen a establecer una acción coherente: es la peregrinación la que constituye el núcleo del relato y no las historias con que se entrelaza. Gracias a esta idea genial, Chaucer introdujo el realismo en la literatura inglesa, sentando así las bases de la novela moderna.

Los peregrinos de Chaucer son los ingleses de los últimos tiempos de la Edad Media, en un transcurrir de horas alegres en su vida. Chaucer nos revela que la historia de aquella época no estaba cimentada sólo en sufrimientos y luchas, sino entrelazada también de diversiones y momentos agradables, en comarcas felices alfombradas por una pradera primaveral. A menudo, Chaucer encontró la vida agradable, tal como se le presentaba, y consideraba a sus contemporáneos con simpatía y comprensión. Llevaban su bendición en el camino de Canterbury... y para el porvenir.



El París del siglo XV, testigo de las andanzas de François Villon: una tortuosa calleja, con su tienda de paños, su abacería y su barbero.

François Villón: una vida aventurera y bohemia

A comienzos del siglo XV vivía en París una dama conocida como "la belle heaulmière". Uno de los personajes más populares de la ciudad, Nicolás d'Orgemont, canónigo de Notre Dame, se enamoró de ella, la hizo su amante y, a despecho de todas las normas eclesiásticas, vivió con ella en su convento. El idilio acabó cuando el canónigo fue acusado de haber participado en cierto complot político. El resultado fue que, desposeído de todos sus bienes, fue finalmente arrojado a la cárcel. El canónigo Nicolás d'Orgemont murió allí, en la prisión, en 1416.

Así finalizó la alegre vida que llevara hasta entonces su amante. Se encontró "en la calle", como se dice vulgarmente, y no tuvo otro remedio que arrastrar la vida miserable de las tres mil mujeres de vida alegre que París debía contar en aquella época. Durante años vivió aquella existencia sombría, hasta que conoció a un joven profesor, estudiante también de teología, a quien pudo abrir plenamente su alma. De nuevo se

haría célebre, pero esta vez para la posteridad. El joven profesor era también poeta en sus ratos de ocio, y el relato de la infeliz le pareció tan sugestivo, que le inspiró un poema; además, al interpretar las amargas quejas de esta mujer envejecida, podía hablar con conocimiento de causa, pues todo cuanto sabía de la vida de las prostitutas de París no le honraba mucho. A ello cabe añadir que las generaciones futuras le considerarían, sin vacilar, como el gran poeta de su época: se llamaba François Villon.

Villon había sido educado por uno de sus parientes, que lo matriculó en la Sorbona, donde le confirieron, en 1452, el título de maestro en artes. Debía luego consagrarse a los estudios teológicos, pero el joven Villon se cansó muy pronto de la reclusión de su celda, leyendo fríos tratados de teología. Se sentía mucho más atraído por las casas de diversión: allí el vino era bueno y obtenía fácilmente crédito. Se tropezó con jóvenes libertinos que no pensaban en el porvenir y gozaban plenamente del momento presente, siempre dispuestos a gastarse hasta la última moneda en vino, mujeres y canciones.

Comparecía por allí también el maestro Juan Cotard, que no tenía un céntimo, pero nadie bebía mejor vino ni más caro que él. Otro asiduo compañero era el maestro Raguier, que vivía en la Pomme de Pin y estaba arruinado hasta tal punto, que más de una vez se encontró sin calzones que ponerse. Además, merodeaban por allí ciertas damas, siempre seductoras para el joven Villon.

Aquella cuadrilla de borrachos y mujerzuelas contaba con un sacerdote llamado Felipe Sermoise. Una tarde de verano de 1455, Villon dio un paseo después de cenar y luego se sentó en un banco, en la calle San Jaime, junto a una mujer llamada Isabel y a un sacerdote. Como se pusieran a charlar, acertó a pasar Felipe Sermoise, que comenzó a injuriar a Villon. Éste tampoco tenía corta la lengua y no dejó de replicar a su contrincante. El motivo de la disputa fue Isabel, al parecer, quien juzgó más prudente marcharse. Los dos hombres llegaron a las manos y Villon acabó por eliminarlo. Le había propinado a Sermoise una cuchillada, de la que no tardó en morir.

El asunto era serio. Villon tenía ya mala reputación por la vida que arrastraba en casas de la peor fama, y había comprometido definitivamente su porvenir en la carrera eclesiástica. En mal momento se hallaba acusado de asesinato. El poeta se había metido en lo que hoy llamamos el "hampa", y nunca saldría ya de ella. Había obtenido, ciertamente, la gracia del rey, cuando fue desterrado de la ciudad por siete meses, pero a poco se mezcló de nuevo en un asunto de los más comprometidos. En 1456, en complicidad con algunos famosos ladrones, robó la caja de caudales de la Facultad de Teología.

Villon juzgó prudente desaparecer una vez más de París. En aquella época actuaba en Francia una banda de asaltantes y asesinos llamados "los mirones", y Villon se unió a ellos. Aprendió su lenguaje peculiar, tomó parte en sus expediciones y participó de su botín. Les siguió más de una vez a prisión y estuvo a punto de ser condenado a muerte. Se ignora el número de robos de los que se hizo culpable durante estos años, aunque sabemos que, vuelto a París, cometió un nuevo asesinato, por el que mereció esta vez ser condenado ala horca. En tal situación escribió uno de sus poemas más célebres: "Epitafio en forma de balada que hizo Villon para él y sus compañeros, esperando ser colgado con ellos":

*Hermanos, que viviréis después de nosotros,
no tengáis contra nosotros endurecido el corazón
y compadecednos como pobres infelices.
Dios os premiará vuestra consideración.
Vernos suspendidos aquí a cinco, a seis:
cuando la carne, que tan a menudo alimentamos,
será consumida en pedazos y se pudrirá,
y nuestros huesos se convertirán en cenizas y polvo.
¡Qué nadie se burle de nuestra desgracia,
sino rogad a Dios que se digne perdonarnos!
La lluvia nos ha mojado y lavado,*

*y el sol desecado y ennegrecido los pies,
las rodillas: tenemos los ojos hundidos,
y arrancada la barba y las cejas.
Nunca permanecemos sentados;
de acá para allá, igual que el viento varía,
así, a su placer, sin cesar nos agita,
más picoteados de las aves que un dedal.
¡No os hagáis de nuestra cofradía,
sino rogad a Dios que se digne perdonarnos!*

Epílogo

*¡Señor Jesús, que domináis sobre todos,
procurad que Lucifer no se apodere de nosotros:
a él nada tenemos que devolver ni que pagar!
¡Hombres, no os burléis de todo esto,
sino rogad a Dios que se digne perdonarnos!*

Villon, que durante tantos años se libró de un justo castigo, una vez más fue bastante afortunado, pues se le conmutó la pena de muerte por un destierro de diez años de duración—o, según otros, a perpetuidad—fuera del recinto de París. Pobre como Job y miserable, Villon desapareció para siempre, y desde entonces nada se sabe de su vida. Se ignora incluso la fecha de su muerte. Cuando cayó el telón tras la tragicomedia que Villon hizo de su existencia, apenas había rebasado los treinta años. Pero, en cierto modo, la vida le concedió cuanto quiso. Cayó muy bajo y no lo ignoraba. Acaso en las horas de soledad que pasó en prisión halló oportunidad de reflexionar sobre su destino. Los sentimientos que le asaltaron entonces le inspiraron poesía, en que expresa la angustia de su alma.



Frontispicio de una antigua edición de las obras de Villon, junto a una ilustración de su célebre balada de los ahorcados.

La obra literaria de Villon

El legado literario de Villon no es muy considerable. En suma, se compone de la *Balada* ya citada, y del *Pequeño testamento*, escrito en 1456, que constituye una especie de prelude del *Gran testamento*, que data de 1461. En esta última obra finge despedirse de la vida y vuelve la espalda a toda la literatura precedente. El *Gran testamento* de Villon sólo tiene de común con la poesía de su época la forma en que está escrito. El contenido de la obra y su espíritu, son enteramente modernos. Es el poeta mismo, con su mentalidad y sus sentimientos, quien constituye el centro de este gran poema, que es una confesión de las más sinceras. La obra nada tiene de abstracto y falta por entero la apariencia alegórica que los poetas de su tiempo solían utilizar en sus versos. Las piezas de Villon están hechas a imagen de su época, descritas con despiadado realismo.

La magnífica *Balada a la Virgen María*, que dedicó a su madre, demuestra que François Villon podía pulsar otras cuerdas de su lira y se incluye entre aquellas auténticas perlas poéticas, cuyo brillo no empañó el tiempo.

*...Soy una mujer empobrecida y envejecida,
como nadie ignora. Nunca he leído nada.
Voy al monasterio del que soy parroquiana,
paraíso soñado, donde hay arpas y laúdes,
y un infierno donde los condenados son quemados:
esto me causa miedo; lo otro, alegría y regocijo.
Me siento dichosa, alta Deidad,
a quien todos los pecadores deben recurrir,
llenos de fe, sin fingimiento ni pereza:
en esta fe quiero vivir y morir.*

EL APOGEO DE LA LITERATURA ITALIANA

REACCIÓN ANTIGÓTICA EN ITALIA

El Renacimiento, según Burckhardt

Mientras que a principios del siglo XIV, España, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Alemania permanecían medievales en pensamiento, arte y literatura, Italia ya había entrado en el movimiento renacentista.

Michelet ha dicho del Renacimiento que fue la época en que el hombre descubrió el mundo y también a sí mismo. El historiador suizo Jacob Burckhardt lo considera como la época en que el hombre se despoja de sus prejuicios medievales; a propósito de este enfoque, no puede evitarse el recordar una exclamación de Ulrich Von Hütten, humanista alemán del siglo XVI: "¡Despiertan los espíritus y la vida se convierte en un placer!" Es la misma mentalidad con que Burckhardt caracteriza al Renacimiento. La renuncia al mundo que se fijó como ideal en la Edad Media deja paso al precepto de los nuevos tiempos: "¡Saboread las alegrías de la vida!" ¿Por qué sacrificar el individuo su felicidad privada y su personalidad en el anonimato? ¿Por qué obedecer sin voluntad propia los mandatos de la Iglesia? ¿Por qué trabajar como esclavos, bajo el yugo de prejuicios sociales, o soportar la pesada tiranía que ejercen los gremios y las corporaciones?

El espontáneo goce del vivir de los primeros tiempos del Renacimiento se transformó, con los años, en un culto más refinado de la belleza, corriendo parejas con el sentimiento de fugacidad y heredad de la existencia y la fragilidad de las cosas. Cuando Burckhardt acabó de consultar el ingente material objeto de su estudio y se sentía fatigado, se entretuvo en leer un sencillo cuarteto de Lorenzo de Médicis. Mejor que todas las lucubraciones científicas, estos versos sin pretensiones ilustran el esplendor brillante y fugaz del Renacimiento:

*¡Qué hermosa es la primavera de la vida!
Pero, ¡ay!, los años jóvenes pasan sin detenerse.
Toda alegría se goce hoy:
el día de mañana, nadie nos lo garantiza.*

Burckhardt señala también en el Renacimiento un despertar del individuo a nuevos conceptos vitales y al descubrimiento de sí mismo. El Renacimiento constituye, de hecho, un renacimiento de la Antigüedad, cuyo arte y literatura ejercían un encanto nuevo en los sabios. La concepción de Burckhardt se basa en la idea que durante la Edad Media, las artes y las letras antiguas habían caído, en cierto modo, en el olvido hasta ser descubiertas por los pueblos de Occidente —gracias a los árabes— en el período inmediatamente anterior al advenimiento del Renacimiento y del humanismo. Pero ello no corresponde del todo a la realidad; la Edad Media no fue, en la vida de la humanidad, una prolongada y oscura noche, como se la calificó durante

mucho tiempo. En el propio Renacimiento se mezclan sombras y luces; a menudo, el individualismo renacentista degeneró en egoísmo desmesurado y desató todos los frenos morales, como podrá comprobarse más de una vez en este tomo y los siguientes.



El gran interés por los autores clásicos proporcionó muchas horas de paciente labor a los copistas del Renacimiento. En la mayoría de los casos, las obras eran copiadas una y otra vez por los monjes de los monasterios (De una miniatura del siglo XV):

El Renacimiento constituyó un período en que reinó un desenfrenado egocentrismo. “Es más agradable recibir que dar”, era, *de hecho*, el más estimado de los principios morales. El derecho pertenece al más fuerte y los impulsos vitales de la naturaleza no deben ser reprimidos. Para el típico renacentista no existe, en cierto modo, más que un solo pecado: la estupidez. El sentimiento estético llegó a prescindir de todo criterio moral, ya que se consideraba la vida como una obra de arte, sin otro valor que la belleza en sí. Bastaba que un acto insólito y grandioso fuera obra de un héroe o de un genio para provocar admiración: la moral nada tenía que ver con todo ello.

Es preciso reconocer, no obstante, que, pese a los defectos que lo ensombrecen, el Renacimiento puede ser considerado como uno de los periodos más trascendentales en la historia humana, por constituir la época en que se inició la liberación de la personalidad individual.

El retorno al mundo antiguo

En cuanto a la teoría de Burckhardt, que hace coincidir el despertar de la Antigüedad clásica con el concepto mismo del Renacimiento, tal idea se apoya en cierto desconocimiento del nivel cultural de la Edad Media. Es cierto que el Renacimiento, y más todavía el humanismo o antropocentrismo, con su tradición esteticista y científica, constituyen una revolución en la mentalidad medieval. La tentativa de una osmosis con el mundo antiguo tenía que resaltar imposible mientras dominara en régimen absoluto el pensamiento de la filosofía escolástica. La Edad Media no ignoraba las obras de la

Antigüedad, pero no mantenía con ella ningún contacto espiritual. Los grandes escritores de Roma eran estudiados, pero este estudio se reducía a cosas pretéritas, referentes a un mundo extraño, pagano, incapaz de ofrecer el menor provecho espiritual a un cristiano. Con el triunfo del humanismo, cambió la manera de pensar de los intelectuales: la Antigüedad arrancaba al gran humanista Petrarca exclamaciones de admiración y de asombro. Le parecía que estos tesoros debían ser transmitidos a las generaciones futuras: nobles ideas expresadas en una lengua artísticamente formada y virtudes viriles que hicieran de los romanos los dueños del mundo. Los humanistas no intentaron devolver la vida a una civilización muerta, sino, más bien, injertar esa vida en su propia época. Únicamente en la medida en que el pasado glorioso representaba el ideal del que estaban poseídos los italianos de entonces, el Renacimiento puede ser considerado como un despertar de la Antigüedad. Para hacer surgir una renovación política y cultural, sólo bastaría darle el impulso necesario a este glorioso pasado.

Quien pretenda profundizar en el estudio de las causas de esta floración artística y literaria que tuvo efecto en la época del Renacimiento, se enfrenta con el enigma que nos presentan las fuerzas ocultas que hacen surgir una gran obra de arte. La inteligencia crítica más penetrante no sabrá descubrir el secreto de tal creación. Habrá de limitarse a estudiar las condiciones externas que la han hecho posible, y observar cómo se preparó el ambiente que permitiera al genio creador de los pensadores, poetas y artistas, el poder realizar su labor artística o cultural.

Ante todo, fue el contacto con la civilización árabe lo que despertó la conciencia de los occidentales y permitió sacudir el principio de autoridad, expresado en adagios tan certeros como *Roma locuta, causa finita* (en hablando Roma, no hay más vueltas que darle) o *sic magister dixit* (así lo dijo el maestro). El espíritu griego reapareció en Europa a través de las literaturas árabe y latina, en una época en que Occidente había olvidado la lengua helénica. Fue sólo a mediados del siglo XV, poco antes de la caída de Constantinopla, cuando la lengua y la literatura griegas volvieron a estudiarse, gracias a los numerosos sabios bizantinos que huyeron de la ciudad, amenazada por los turcos.

El medio ambiente italiano

El hecho que en esta época se preparara en Europa el terreno para la aurora de una nueva civilización, se debía, en primer término, a la prosperidad que gozaba y que en parte era fruto de las cruzadas. Desde entonces el Mediterráneo se había abierto de nuevo a la navegación, el comercio había dado origen a ricas ciudades, dominadas por una burguesía amante del lujo, y había aparecido un patriotismo local, en virtud del cual cada ciudad se esforzaba en superar a las otras, fueran o no vecinas, por la belleza de sus edificios públicos y privados. Cierta número de burgueses empezó a dedicar una parte de sus riquezas a las bellas artes, implantándose así poco a poco el mecenazgo.

A la resurrección de los estereotipos romanos de "patricio" y "príncipe" asocióse, pues, pronto la noción de promotor de las artes y de las letras. El "Quattrocento" (período de los años mil cuatrocientos y tanto, o sea, siglo XV) italiano no hubiera llegado a la altura que alcanzó sin el apoyo, el estímulo o la acción incesante de estadistas tales como los Médicis de Florencia, los Gonzaga de Mantua, los Montefeltro de Urbino, los Este de Ferrara, los Aragón de Nápoles, sin olvidar a varios eminentes Papas romanos.

Una cuestión acude de pronto a la mente: ¿Cómo estos políticos, con frecuencia de carácter violento siempre prestos a desenvainar la espada, tuvieron un sentido tan refinado del valor de las cosas? ¿De dónde les venía la convicción que los artistas y los

humanistas pertenecían a un grado superior de la jerarquía espiritual? Es evidente que su política de mecenazgo significaba para ellos un claro interés de prestigio, aunque tal interés político sólo represente una explicación parcial. La solución del enigma es preciso buscarla en el influjo ejercido, desde finales del "Trecento" (siglo XIII), por un puñado de humanistas y de pedagogos dispersos por las diversas cortes de la Península: Guarino Guarini en Ferrara, Pietro Paolo Vergerio entre los Carrara, Teodoro Gaza en la corte de Alfonso V de Aragón en Nápoles, Marsilio Ficino en Florencia y—el más ilustre de todos—Vittorino da Feltre en Mantua.

La Italia del Renacimiento, con sus numerosos y pequeños Estados rivales, recuerda de manera sorprendente a Grecia en tiempo de su mayor grandeza: se aprecia el mismo individualismo desenfrenado en el terreno político y el mismo amor por las artes y la poesía. Las bellezas imperecederas creadas por el Renacimiento emulan, sin duda, la Antigüedad griega. Pero antes de examinar el desarrollo de las artes plásticas en la época del Renacimiento, es preciso referirse a los tres grandes precursores de la literatura italiana: Dante, Petrarca y Boccaccio.

DANTE ALIGHIERI

Florencia en la época de Dante

Dante Alighieri nació en Florencia; urbe pujante pero desgarrada por pasiones políticas, en 1265, época en que la ciudad del Arno no podía todavía enorgullecerse del palacio Vecchio, del de los Uffizi y de otros edificios del Renacimiento.

La ciudad aparecía en su plenitud de vida y movimiento. Un rumor continuo se elevaba desde talleres y factorías de todas clases, llenando las calles y plazas públicas, mientras que en tiendas y bazares los clientes eran atraídos a voz en grito.

La industria textil de la lana y de la seda era muy floreciente. La región de Toscana no producía lana de primera calidad en cantidad suficiente; los tejedores importaban largas y finas lanas de Inglaterra, Escocia y Borgoña. Este movimiento comercial puso en contacto a los financieros florentinos con Inglaterra; ello explica que concedieran préstamos importantes a obispos y conventos ingleses, sirviendo de garantía la producción de lana del año siguiente. Los banqueros florentinos prestaban en metálico a Europa entera, tanto a los reyes de Francia y de Inglaterra como al Papa; en una palabra, a cuantos necesitaban dinero y ofrecían suficientes garantías. En todas las ciudades importantes, los banqueros florentinos tenían sucursales; uno de estos bancos contaba más de sesenta, escalonados desde Londres hasta Chipre.

Los intereses que exigían estos banqueros serían considerados hoy día como pura, simple y descarada usura. El interés más corriente era del veinticinco por ciento. El 12,5 por ciento era menos frecuente. Llegaban a veces a exigir el treinta, cuarenta, cincuenta e incluso el 66,6 por ciento, sin provocar escándalo; debe reconocerse, no obstante, que corrían riesgos en la misma proporción.

La buena fama de los tejidos de lana y de seda florentinos en todos los mercados se debía, en gran parte, a la excelencia de sus tejedores, que importaban de los países más lejanos materias para el tinte adecuado. El cristal y la orfebrería de Florencia gozaban también de reputación universal. Asimismo, los numerosos armeros establecidos en la ciudad tenían, siempre ocupación, pues la guerra y las disensiones internas eran continuas.

En el seno de tanta actividad vio Dante la luz primera. Su nombre es abreviación de Durante (el "constante"). Dante procedía de familia distinguida, pero poco se sabe de sus padres: ambos murieron cuando era todavía niño; otros familiares tomaron a su

cargo al huérfano y le proporcionaron excelente educación. En Dante, el ansia de saber era ilimitada. Toda su vida la dedicó al estudio.



Dante y Beatriz. Tomado de una traducción francesa de la "Divina Comedia" del siglo XVI.

Dante y Beatriz

Dante sintió despertar sin afición a la poesía en la adolescencia. Cultivó el género trovadoresco y compuso canciones de amor inspiradas por su pasión, a la bella Beatriz; más tarde reunió sus poesías de juventud en una recopilación, que tituló *Vita nuova*.

Beatriz era una joven florentina, tan amable y bella, que admiraba a todos, como un ángel divino:

*En sus ojos mi dama lleva amor,
y por ello transforma en gracia cuanto mira;
al pasar, todos se vuelven hacia ella,
y a quien saluda hace palpar el corazón
hasta el punto que palidece al bajar la mirada
y se reprocha a si mismo sus defectos,
Ante ella desaparece el orgullo y la cólera.*

Beatriz tenía la misma edad que Dante, quien, apenas cumplió los diez años se enamoró de ella. Tenía dieciocho cuando Beatriz lo saludó por primera vez y le dirigió la palabra; desde entonces, el amor de Dante aumentó al extremo que lo dominaría toda la vida. Fue una omnipotencia sentimental que despertó en él nueva vida, a la que dedicó hermosos poemas en que los sueños de felicidad alternan con el deseo y la nostalgia, hasta el día en que quien todo lo era para él, fue arrebatada por la muerte a los veinticinco años de edad. Su adorador lloró hasta agotarse y su único consuelo consistió en proclamar su nombre. El infortunado sólo deseaba seguirla a la tumba:

*...Alma mía, ¿cómo no has partido?
Los tormentos que soportarás
en este mundo, que ya te resulta tan odioso,
llenar el pensamiento de intenso temor.
Así yo llamo a la Muerte
como a mi suave y dulce reposo;
y digo: "¡Ven a mí!" con tanto afán
que estoy ansioso de cualquier muerte.*

El amor cantado por Dante en la *Vita nuova* es la exaltación de un alma pura de niño. La bienamada es para él la flor más pura del jardín sagrado de Dios; en su belleza admira la omnipotencia y la bondad del Todopoderoso. Por ello, el poeta exclama:

"Aunque sólo esperara volver a ver a la bienamada, me inflamaría de tal amor hacia los otros seres, que perdonaría a cuantos me hubieren perjudicado. Si alguien entonces me interrogara, mi única respuesta sería: ¡Amor! La amistad y la paz irradian de mí."

Y así, en esa metrópoli de banqueros y de comerciantes, una ciudad donde todos estaban dominados por pasiones terrenas e intereses materiales, le bastó a este joven tropezarse con una hermosa muchacha para contemplar en sus rasgos el reflejo de una hermosura más elevada que todos los esplendores de la Tierra.

Digamos además que en su *Vita nuova*, Dante fue un verdadero precursor. Su pequeño libro contiene el germen de la literatura moderna.

La novela es heredera natural de la epopeya, a la que sustituyó cuando el pueblo se despojó de sus ingenuas concepciones de la vida y entró en una fase más especulativa de la cultura.

Es cierto que la novela ya había aparecido mucho tiempo atrás, en las literaturas griega y latina e incluso en la antigua egipcia e india. Pero entre la novela antigua y la moderna, la diferencia es notable. En la primera, el centro de interés estribaba siempre en la acción misma: un suceso seguía a otro, cada uno más asombroso y fantástico que el anterior, sin preocupación apenas por la verosimilitud y las leyes naturales: algunas dificultades se resolvían por azar o en virtud de misteriosas fuerzas; otras, por la intervención de los dioses, de los magos y hechiceros, que prestaban ayuda a los personajes en la adversidad. Éstos eran más bien muñecos en manos del escritor que seres vivos dotados de juicio y de sentimientos. En resumen, la narración antigua era

una novela de aventuras; en cambio, en la narración moderna aparecen personajes de carne y hueso, y la acción no se apoya en el azar, sino que avanza paso a paso, impulsada por un conjunto psicológico de causas. En la *Vita nuova*, Dante situó el centro de gravedad de la obra de arte en la vida interior del hombre y acertó a retratar la vida del alma.



Dante Alighieri, poeta y hombre de acción, propugnaba un poder imperial independiente del papado. (Retrato del autor de la «Divina Comedia» por el pintor florentino Andrea del Castagno.

Matrimonio y destierro

Dante había alcanzado cierta reputación por sus poemas amorosos, pero recogió también laureles en las guerras de los florentinos contra las ciudades vecinas de Arezzo y Pisa.

Pasados los treinta años de edad, se desposó con una dama florentina, de estirpe patricia, de la que tuvo cuatro hijos. Hacia esta época, Dante tomó parte activa en la vida política de su patria, con tal éxito que, en 1300, con 35 años, fue elegido uno de los seis regidores que gobernaban la república.

En Florencia, como en toda la Toscana, andaban muy agitados los tiempos. Los italianos aparecían divididos por continuas disensiones, igual que los franceses y los alemanes. Los florentinos mantenían perpetuo estado de guerra con Pisa, Luca, Siena y otras ciudades vecinas. Se tocaba a rebato continuamente. Los pobres se revolvían contra los ricos, y los "negros" (güelfos) contra los "blancos" (gibelinos). Dante pertenecía al partido de los "blancos". Después de dos años de lucha triunfaron los "negros", siendo desterrados todos los jefes "blancos, entre ellos Dante, quien no volvería a ver jamás a su mujer y a su patria. El más ilustre hijo de Florencia fue también desposeído de su casa, de su honor y de sus bienes; su hogar fue devastado y hubo de comer el pan de la caridad.

En 1310 le pareció a Dante que llegaba su momento favorable. El emperador recién elegido, el piadoso y caballeresco Enrique VII, soñaba con ser el príncipe de la paz en Europa, y, con intención de restablecer orden en ella, emprendió una campaña en Italia. Dante lo saludó como a un gran libertador y se apresuró a acudir al cuartel general imperial, establecido en Milán, persuadido que sólo un poder imperial fuerte sería capaz de imponer paz en Italia y de devolverle su honor político. Pero el ambicioso plan de Enrique no se llevó a cabo con suficiente energía y la muerte del emperador, en 1313, puso fin a la expedición. Esta noticia fue el tercero de los graves golpes que el destino reservaba al poeta. Lleno de amargura, su continuo destierro lo apartó de un mundo que no le había proporcionado más que humillaciones, y se refugió en su soledad.

En el retrato suyo pintado por el Giotto se refleja un ardiente amor a la patria que parece cristalizar en un dolor orgulloso y sin esperanza: la misma impresión se trasluce en los siguientes tercetos del Infierno:

*Regocíjate, Florencia, de haber extendido tus alas lejos,
más allá del mar y de las tierras
y de haber llevado tu fama hasta el infierno.
Allí encontré, entre toda clase de ladrones,
a tus burgueses, y como ello no aumentara
tu honor, sentí ruborizarme de vergüenza.*

"La Divina Comedia"

Dante dio a su mejor obra poética el nombre de "comedia", porque su desenlace es feliz y su comienzo sombrío. Los diez primeros cuadros se refieren a visiones del infierno; los diez siguientes, al purgatorio, y los diez últimos, al paraíso. El epíteto "divina" se lo añadió la posteridad, por estar el poema consagrado a la obra divina y también en señal de admiración al mismo.

Fue el amor a Beatriz el que dio al poeta valor para realizar su fantástico descenso a los abismos infernales, aunque su final era la gloria celeste, lugar de los bienaventurados, donde moraba la amada eternamente. A través del infierno y del purgatorio, Virgilio, el antiguo poeta latino tan admirado por él, se ofreció a servirle de guía, a ruegos de Beatriz, que le confiaba así su amado. El poema se inicia con estos versos:

*En medio del camino de esta vida,
me encontré en una selva oscura,
tras extraviarme de la verdadera senda.
¡Cuánto es preciso que se aliente mi espíritu
para decir qué áspero y espeso era este bosque,
cuyo recuerdo hace ahora revivir mi tensor!
¡Y su amargura tan espantosa corro la de la muerte!
Pero una vez que hallé la salvación, diré
cuán distinto espectáculo se ofreció a mi vista.
Cómo llegué a este bosque no sabría decirlo,
tan abrumado de sueño estaba al dejar el camino.*

El poeta logró salir al fin del bosque y llegó a una soleada colina.

*De pronto, apenas empecé a subir la pendiente,
un leopardo, de movimientos rápidos y ligeros,
apareció con su piel salpicada de manchas,
y no se apartó de mi camino;
me cerraba el sendero, en cambio, hasta tal punto
que muchas veces me volví para huir.*

Algo más tarde, el poeta encuentra un león y una loba hambrienta. El bosque tenebroso por el que Dante se extravía ha dado ocasión, como casi todos los cuadros de la *Comedia*, a numerosas interpretaciones alegóricas. Puede verse en ello, ante todo, el símbolo de sus propios pecados, mientras que los tres animales salvajes, leopardo, león, loba, han sido considerados como símbolos de la lujuria, el orgullo y la avaricia.

El poeta se salva de su peligrosa situación gracias a la intervención de Virgilio, a quien la Edad Media consideraba como gran mago y profeta. En medio de sus tribulaciones, el poeta nos refiere esta aparición:

"Retrocedía precipitadamente hacia el valle tenebroso, cuando distinguí ante mí un personaje, a quien un largo silencio parecía haber privado del uso de la palabra. Al verle en aquel inmenso desierto, le grité: 'Ten piedad de mí, quienquiera que seas, sombra u hombre verdadero'."

Virgilio se da a conocer, le habla de sus orígenes y lo alienta:

"Por tu bien, sígueme, seré tu guía y te sacaré de este terrible lugar. Te conduciré a través del reino eterno, donde oírás acentos de desesperación y presenciarás el suplicio de los antiguos culpables que clarean a grandes voces por una segunda muerte. Visitarás luego a quienes viven satisfechos en medio de las llamas, porque esperan gozar, citando el cielo lo permita, de la visión beatífica. Y si quieres subir al lugar de los espíritus bienaventurados, un alma más digna que yo te protegerá en ese glorioso viaje. Cuando me despida, te dejaré junto a ella."

¿Quién otra podrá ser esta alma más digna sino su Beatriz adorada? Llevada de su amor por Dante, al verle expuesto a los peligros del bosque del pecado, donde se extravía el poeta, ha dejado el lugar de los bienaventurados para rogar a Virgilio que le sirva de guía. Al oír pronunciar el nombre de Beatriz, se consuela Dante, recobra su valor y sigue dócil al poeta

latino por los penosos caminos del "reino de las cosas ocultas". Penetran en el infierno, lugar de los eternos condenados: un enorme cráter en forma de embudo, cuyo centro se encuentra exactamente debajo de Jerusalén. A lo largo de sus muros bullen los condenados. Los peores criminales se hallan en las máximas profundidades, y en lo más hondo de este abismo se encuentra el propio Satanás. Sobre la puerta del infierno pueden leerse los célebres tercetos:

*Por mí se va a la ciudad doliente,
por mí se sumerge en el eterno dolor,
por mí se va hacia la raza maldita.
La justicia movió a quien me creó,
cuando la Omnipotencia, sede de la Sabiduría
y a la vez primer amor, me hizo surgir.
Nada fue creado antes de mí, salvo las sustancias
eternas, y permanezco eternamente.
Los que aquí entréis, abandonad toda esperanza.*

La ciudad doliente

Dante franquea primero el umbral del infierno. Allí vagan los hombres sin carácter y los tibios, aquellos seres inútiles que vivieron "sin escándalo, pero también sin honor"; "los pusilánimes, incapaces de asumir responsabilidad alguna, ni para sí mismos ni para los demás. A tan mezquinos individuos no los ha querido ni el cielo ni el infierno".

En la barca del temible Caronte, atraviesan Dante y Virgilio el primer círculo infernal. Los niños sin bautismo y los sabios de la Antigüedad que no han podido acogerse a la comunidad cristiana, permanecen aquí en las sombras; en cierto modo, equivale al Hades de los griegos. Es el lugar habitual de Virgilio, junto a poetas y pensadores como Homero, Hipócrates, Euclides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón y Horacio. Encuentra allí Dante al noble Lucrecio y al republicano Bruto—el que derrocó al tirano Tarquino—, y también a Saladino, "el gran infiel", con sus correligionarios Avicena y Averroes. Para no verse forzado a condenar a las penas eternas a quienes en vida no pudieron recibir el bautismo, Dante imaginó este lugar excepcional.

Sólo en el segundo círculo encuentra Dante a los condenados cuyo castigo guarda relación con los crímenes que cometieron. Los primeros a quienes Dante contempla en medio de eternos sufrimientos son aquellos que saborearon los placeres de la carne: arrastrados a perpetuidad de un lugar para otro, en una persecución implacable, lo mismo que en vida fueron sacudidos por sus pasiones. Más abajo, en el abismo, son torturados los glotones, sumergidos en un charco hediondo, sin protección contra los glaciales aguaceros mezclados con granizo, que caen sobre ellos sin cesar.

Los herejes y blasfemos son atormentados en sepulcros abiertos calentados al rojo. Los servidores infieles y falsos flotan en plomo ardiente: tan pronto como intentan levantar la cabeza, se arroja un demonio sobre ellos y los sumerge con su tridente. Los falsos devotos se arrastran con dificultad, revestidos de mantos brillantes como el oro, aunque, en realidad, son de plomo.

El pecado más grave para Dante es la mentira, porque abusa especialmente del don más elevado y noble del ser humano, la inteligencia; así, el castigo de los mentirosos está calculado en relación con la importancia de sus pecados: algunos son devorados por serpientes o se destrozan a sí mismos; otros se agitan como teas encendidas, envueltos perpetuamente en llamas. Los traidores a la patria, lo propio que sus amigos y favorecedores, aparecen sumergidos en un campo de hielo, en la desembocadura del río infernal, y un viento glacial les hiere continuamente el rostro,

amorado por el frío; crujen sin cesar los dientes, y lágrimas heladas cubren sus ojos como una cortina.

En la caverna más profunda se hallan los tres mayores traidores que el mundo ha conocido: Judas Iscariote, Bruto y Casio, asesinos de César. Su castigo consiste en ser desgarrados eternamente por las espantosas garras del príncipe del infierno.

El monte de la purificación

El lector de *La Divina Comedia* experimenta cierto alivio al abandonar Dante la atmósfera pestilente y los horrores del reino de las sombras, y conducirlo al monte de la purificación, el purgatorio. Pero desde que el poeta deja el infierno, lugar de grandes pasiones, su descripción pierde intensidad dramática y divaga entre largas consideraciones. En cambio, algunos consideran que los más bellos versos de *La Divina Comedia* se hallan en el purgatorio y en el paraíso; no obstante, deben leerse en la lengua original del poeta, ya que su belleza apenas puede ser apreciada en la traducción. En cuanto al poder descriptivo, la diferencia entre las tres partes de *La Divina Comedia* consiste, según Schelling, en que el *Infierno* es escultura, el *Purgatorio* pintura, y música el *Paraíso*: como dice, "pura música de las esferas".

El purgatorio se encuentra situado bajo el hemisferio austral de la Tierra, en posición exactamente opuesta al infierno; tiene la forma de cono truncado escalonado en siete terrazas, una por cada pecado capital. También aquí los seres humanos deben soportar terribles castigos, pero no son eternos; además, tienen el cielo encima y respiran aire puro. Los castigos de estos condenados están en oposición con sus pecados: los perezosos se agitan sin cesar, los glotones sufren hambre y sed, los orgullosos son abrumados con pesadas cargas. Cuando un pecador ha quedado ya purificado, es conducido a una deliciosa explanada en la cumbre del monte de la purificación; allí, en el paraíso terrestre, vivieron en otro tiempo Adán y Eva antes de la caída. A su vez, Dante llega a este lugar después de ascender por la montaña y encuentra al fina Beatriz transfigurada.

Los amantes se hallan aún separados por el Leteo, el río del olvido; Dante advierte entonces que se encuentra frente al purgatorio de su propia alma. A la vista de la esbelta y pura silueta de Beatriz, acuden a su memoria las faltas de su juventud. Al acercarse ella al pecador, con su porte majestuoso y frases de reproche, baja él la cabeza avergonzado. Beatriz le recuerda cómo ha faltado al ideal del amor puro: en el momento en que el objeto de este amor quedaba espiritualizado y se elevaba una sublime belleza, le ha sido menos querido y se ha dejado fascinar por el espejismo de los sentidos. Para obtener su arrepentimiento y purificarse de sus propios pecados, Dante se ha visto precisado a efectuar este viaje a través del infierno y del purgatorio. Así, *La Divina Comedia* es, a la vez, el drama de la humanidad y el que se desarrolla en el alma del poeta. Cuando Beatriz inquiere si cuanto ella le ha dicho es cierto y le exhorta a confesar sus faltas, la amarga conciencia de sus pecados impide hablar al poeta.

Al sentirse dominado por el arrepentimiento, acude una joven desde la otra orilla y lo conduce al río. A los acentos del salmo: "Que el hisopo me lave de mis pecados", se le permite beber del agua del Leteo y, una vez purificado, sale de la corriente para reunirse con su Beatriz; de su mano, el poeta vuela hacia el paraíso, lugar de los bienaventurados. Se siente penetrado por un inefable sentimiento de felicidad, que llega a su momento culminante cuando le es concedido, en un momento de éxtasis, contemplar al mismo Dios: "¡Oh, esplendor eterno, que escapabas a las expresiones de los mortales, concédeme una mínima parte de lo que Tú me pareces ser! Concede a mis

palabras tal fuerza de expresión, que pueda transmitir a la posteridad un destello, al menos, de tu gloria..."



Dante se encuentra con Beatriz en las puertas del Paraíso. Véase como Botticelli, autor del dibujo, lo ha representado con dos rostros: uno, vuelto hacia el Paraíso; el otro, contemplando el camino que acaba de recorrer.

Sentido y valor de la obra

La mayor parte de *La Divina Comedia* fue escrita en Ravena, donde Dante halló al fin refugio y protección. Allí hubo de mantenerse, dando clases en la universidad, y reunió en torno suyo a un reducido círculo de amigos. Acudieron a esta ciudad sus dos hijos y una de sus hijas. En ella terminó su agitada existencia en otoño de 1321; sólo contaba cincuenta y seis años, pero desde tiempo atrás parecía más viejo de lo que era en realidad. Cuando Petrarca, que tenía entonces ocho años, lo vio en Pisa, Dante le causó la impresión de un viejo, "más joven —escribe— que mi abuelo, pero de más edad que mi padre". Y entonces sólo contaba cuarenta y ocho años, en tanto que el padre de Petrarca tenía sesenta.

Lo que Homero fuera para los griegos y Virgilio para los romanos, fue Dante para los pueblos de Italia. Compuso sus versos con la noble intención de dignificar la lengua

vulgar menospreciada por las personas cultas. Su *Iliada* nos relata odios y tormentos; en una palabra, el *Infierno*. Su *Odisea* comienza en el *Purgatorio*, donde los sufrimientos son soportados pacientemente, y termina en el *Paraíso*, la verdadera morada del peregrino. Entre todos los poetas de la Antigüedad, Virgilio es, sin embargo, a quien más se parece. Ante nosotros se presenta con la corona de laurel ciñendo su frente gloriosa; ladea la cabeza con aire soñador, y sus rasgos conservan la huella de su eterna melancolía.

El escritor florentino Giovanni Papini ha demostrado que *La Divina Comedia* tuvo su origen en el resentimiento de Dante contra sus mortales enemigos; no obstante, todo cuanto escribió aparece ennoblecido por su amor a Beatriz, y su sentimiento de adoración juvenil se transformó, al fin, en una especie de veneración a la Virgen. Nunca un poeta elevaría su amor terreno a tanta altura en un mundo tan materializado. Así, la obra de su vida reviste carácter sobrehumano: podría decirse escrita desde ultratumba por un alma que hubiera abandonado su cuerpo para siempre.

Toda la poesía de Dante aparece iluminada por el ideal de belleza medieval: la dama pura como los ángeles, bajo la apariencia de Beatriz, es figura femenina tan noble, tan sublime, que nadie se atrevería a acercarse a ella con aire frívolo y nadie «podría concebir, al verla, ruines pensamientos».

La Divina Comedia de Dante representa el último gran mensaje de la Edad Media, en su madurez y plenitud. Después de Dante, la humanidad no podría permanecer en el punto en que se estacionara durante casi un milenio. En dicho poema, la mentalidad medieval se expresó en una obra de arte con tanta profundidad y colorido que jamás la imaginación humana podrá igualarla.

Sin embargo, Dante no pertenece por entero a la Edad Media, ya que en sus imágenes y cuadros, su obra aparece dotada de la vida y del carácter individual, propios del Renacimiento. Dante es un maestro en la descripción alegórica de los estados de alma y se diría que compone más con el buril y el pincel que con la pluma: ¡qué galería de retratos ha creado y qué inagotable variedad de ambientes y pasiones! Entre los condenados del infierno hay quien conserva la vergüenza y no desea ser visto. Hay pecadores orgullosos y endurecidos, saturados de odio y de ruindad, que experimentan maligno placer en vaticinarle a Dante las peores cosas. Algunos tratan de inspirar piedad, y en cambio otros rehúsan aceptarla; cada uno de ellos es diseñado con su propia individualidad, caracterizada por ciertos rasgos de vigoroso pincel. Dante posee mirada y mano de artista, y de esta forma supo crear la lengua poética de Italia y ser el padre de la poesía italiana.

Dante y el Renacimiento

Su orgullo de artista y el vigoroso sentimiento de su propio valer, son rasgos típicos también del Renacimiento. Cuando su patria lo destituyó del cargo de regidor, su voluntad de poder no se esfumó por ello; simplemente escogió otro campo de actividad. La prueba cruel del destierro hizo de este hombre lo que realmente era; sin ello, aquella grandiosa obra de valor universal no hubiera sido escrita jamás. Dante poseyó la capacidad maravillosa de transformar la tragedia de su propia vida en una divina comedia. Con asombrosa fuerza persuasiva, impuso la renovación moral y religiosa del individuo como condición del despertar de la Humanidad entera a una nueva vida.

El nombre de Dante está ligado, por último, al concepto renacentista por la acción fecunda que su imaginación ejerció sobre artistas posteriores. A este respecto, son célebres los dibujos que *La Divina Comedia* inspiró a Botticelli. Y Miguel Ángel, como artista, pensador y poeta, fue heredero de este Dante que tanto admiraba. Pues, ¿qué es el *Juicio Final* de la Capilla Sixtina sino *La Divina Comedia* vista por el pintor? En consecuencia, Dante no sólo da vida y color a cuanto la Edad Media tenía de grandioso,

es también un precursor de los nuevos tiempos. Contempla el universo en su proyección pretérita y futura, y en ello es único entre los grandes creadores.

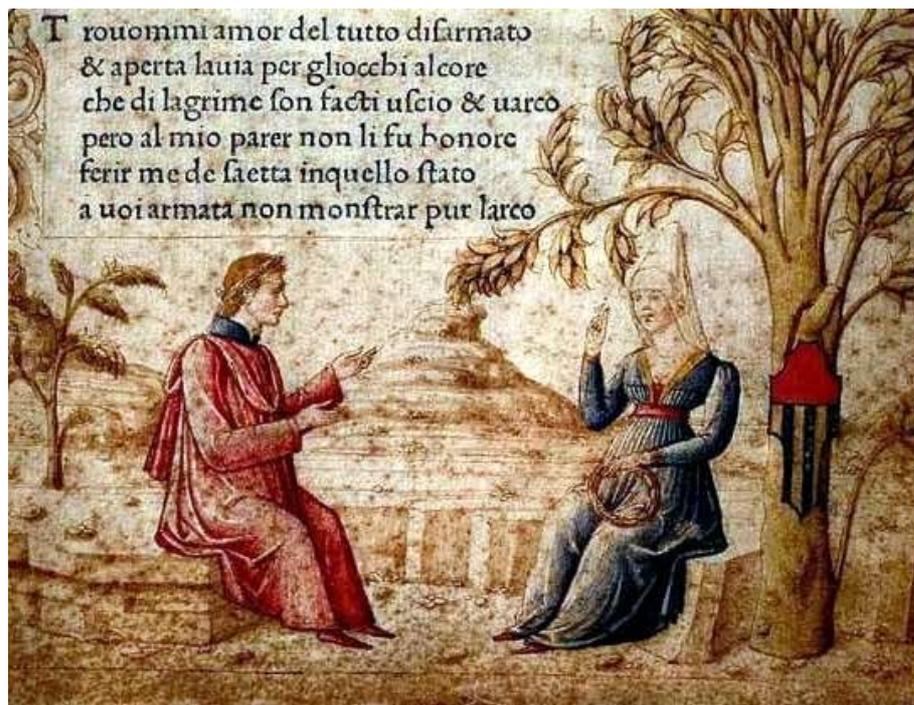
PETRARCA Y DI RIENZI

Petrarca y Laura

La revolución política de 1302 privó a Florencia de sus dos mayores poetas, pues, al propio tiempo que Dante, también los padres de Petrarca abandonaron su ciudad natal, por lo que su hijo nació en el destierro. Lo mismo que Dante, el padre de Petrarca terminó exilado sus días. Después de algún tiempo de viajar a la deriva de una ciudad a otra con su familia, acabó estableciéndose en Aviñón y así, cuando contaba unos diez años, Francisco Petrarca llegó al país de los trovadores. Inteligente y de ardiente temperamento, se dedicó al estudio, se entusiasmó por la poesía y fue, a su vez, un gran poeta. Al cumplir los veinticinco años encontró, en la misma ciudad en que residía, a su Beatriz, a quien llamó Laura. En carta a un amigo, Petrarca desveló el misterio que rodeaba a la enigmática figura de Laura, joven patricia, bella y virtuosa. De los sonetos y canciones que Petrarca le dedicó, puede deducirse que, cuando la vio por vez primera, debía contar unos trece años. A los dieciséis era ya una joven de radiante belleza. «Entonces —canta el poeta—, Amor me prendió en sus redes para el resto de mi vida.»

Es posible que hasta entonces jamás se expresara el amor con tanta pasión y con tan incomparable belleza formal: la lengua literaria italiana había alcanzado ya la perfección necesaria. Con todos los sonetos y canciones que dedicara a Laura, parecía llegado el momento en que ésta se mostrara dispuesta a aceptar sus homenajes.

El poeta desea con toda su alma que ella le conceda una sola noche de amor y que luego no amanezca un nuevo día para él. Pero en una confesión posterior declara: «Laura no dejó de resistir a sus deseos y a los míos; no quiso ceder a mis asaltos, tan constantes y variados que hubieran ablandado un corazón de diamante. Al verme ardiendo en la pasión de los sentidos, se alejó, en vez de rendirse a mis súplicas».



Petrarca y Laura, miniatura del Cancionero

Una pasión absorbente

Francisco estaba, no obstante, encadenado por los lazos de su pasión devoradora y en la citada carta a su amigo, confiesa cuántas veces intentó en vano librarse de ella. Abandonó la ciudad donde residía su amada y vagó errante por el mundo, pero su recuerdo le perseguía por todas partes y ningún cerrojo impediría a la dulce imagen penetrar, cada atardecer, en el aposento del poeta y exigirle que permaneciera esclavo suyo.

Las desavenencias entre ambos amantes se hicieron cada vez más sensibles y acabaron en ruptura definitiva, que arrancó al poeta cantos desgarradores. Una reconciliación entre ellos fue de corta duración, sin duda por infidelidad de Petrarca. Con todo, se sabe que, aunque no se casó, tuvo éste un hijo y una hija.

Petrarca alcanzó fama de gran escritor y pronto tuvo poderosos protectores. El Senado romano le ofreció la corona de poeta nacional y, en la Pascua de 1341, en el transcurso de una fiesta solemne en el Capitolio, fue coronado de laurel entre las aclamaciones de una inmensa muchedumbre. Momento de suma satisfacción y legítimo orgullo, vivido en la ciudad que para él no era sólo la urbe de San Pedro, sino también la capital de uno de los mayores imperios que hayan existido y lugar de peregrinación para todos los amantes de la cultura antigua. Siendo aún niño, había conseguido laureles, honores y gloria inmortal y, después de su coronación, fue aclamado en todas partes como príncipe de los poetas. Los papas, los emperadores, los reyes y otros príncipes se sentían orgullosos de contarle entre sus amigos, de recibir una carta suya y de acogerle en su corte. Por otra parte, Petrarca era una persona encantadora, que conquistaba a todos con su simpatía.

El príncipe de los poetas, a quien los romanos llevaran en triunfo, al salir de Roma fue atacado por unos bandidos, y a duras penas consiguió ponerse a salvo. Todo un símbolo de la época: la grosera barbarie, sucediendo inmediatamente al amor sagrado por las artes.

El padre del humanismo

Los historiadores consideran a Petrarca "el primero de los humanistas". Su amor a la cultura clásica y sus esfuerzos para restaurar el espíritu de la Antigüedad le otorgan ese título.

Profesaba una veneración sin límites a las pasadas glorias de Roma. Nada le inspiraba tanto como la lectura de los hechos gloriosos de grandes hombres, tales como Escipión y César, lamentando con amargura no haber vivido en aquellos tiempos gloriosos. Con los años se fue aficionando cada vez más a las obras de los escritores de la Antigüedad y citaba a menudo sus palabras y aforismos. En *La Divina Comedia* de Dante era todavía el espíritu de la Edad Media el que intenta expresarse; en cambio, la obra de Petrarca nace del espíritu pagano de la antigua Roma, aunque rinda tributo a las ideas de la Iglesia medieval. Petrarca se dedicó con ardor a la búsqueda y salvación de manuscritos antiguos; sin él, las cartas de Cicerón, las poesías de Catulo y de Propertio se hubieran perdido para siempre.

Elegante estilista, ya desde su infancia le entusiasmaba la belleza de la lengua de Cicerón. Abominaba del latín de los escolásticos, la bárbara algazara de sus aulas, sus trajes chocantes y el desaliño de sus personas. El método escolástico, tal como era aplicado por los seguidores de los grandes maestros, era para él objeto de repulsión, porque mecanizaba el pensamiento y se servía de estériles trucos dialécticos; la

escolástica, pues, halló en Petrarca uno de sus más peligrosos e irreconciliables enemigos. Desde la cima de su grandeza avizoraba una forma de cultura que sobreviviría. Consideraba que ningún auténtico pensador podía tomar en serio la escolástica como una manifestación de la barbarie medieval.

Se mofaba con mordaz ironía de las controversias doctorales y del ceremonial presuntuoso con que adornaban la concesión de títulos universitarios. "¡Qué dicha — exclamaba— que nuestro siglo no tenga, como la Antigüedad, uno o dos, o a lo más siete sabios, sino que puedan encontrarse ahora en cada ciudad gran número de ellos! Un joven de mediana inteligencia va al aula universitaria. Sus maestros lo elogian y felicitan. Los asistentes permanecen boquiabiertos ante el adolescente; parientes y amigos aplauden al recién graduado, que sube al estrado y contempla a los asistentes desde las alturas de su grandeza. Balbucea allí algunas frases incoherentes y en el acto los profesores lo encomian en voz alta, como si sus palabras hubieran sido de inspiración divina. Luego tañen las campanas y suenan las trompetas, mientras colocan sobre la cabeza del nuevo doctor un birrete negro y redondo. Luego el ignorante joven desciende del estrado, con el aspecto de un sabio. ¡Extraña metamorfosis, en verdad, que ni el mismo Ovidio hubiera podido descubrir". "



Una promoción en la Universidad de París. Grabado en madera de finales de la Edad Media.

Petrarca rebelóse de palabra y obra contra toda coacción intelectual; siempre defendió los derechos del individuo; el hombre y su libertad fueron considerados por él como el soberano bien en este mundo. Atrivióse a decirle a un escolástico que sentía cierta admiración hacia Catilina, cuando menos por la personalidad que este romano había demostrado poseer. Analizando la vida de Petrarca, parece que se sintió siempre atraído por las personalidades históricas más vigorosas, aun siendo discutibles desde el punto de vista moral. Por ello aparece Petrarca como el precursor de una generación que admiraría al "hombre fuerte, libre de todo freno".

Cola Di Rienzi, un tribuno malogrado

Los laureles poéticos no satisfacían lo bastante al príncipe de los poetas, que ambicionaba también desempeñar un papel político. Cuando el utópico Cola Di Rienzi —un nuevo Arnaldo de Brescia— apareció en Roma, en 1347, ostentando el título de

tribuno de la plebe, Petrarca fue uno de sus más entusiastas admiradores. Separóse de sus poderosos protectores romanos para adherir al demagogo que les arrebató el poder a las familias patricias reinantes y restableció la antigua república romana. A Petrarca se le arrasaron de lágrimas los ojos al leer la ardiente promesa de Cola, de devolver a Roma su antigua gloria.

Siendo joven jurista, Di Rienzi dio mucho que hablar. Algunos lo tenían por demente, otros lo juzgaban un genio, pero todos estaban de acuerdo en reconocer que, como orador, no tenía rival. Se le admiraba también por su carácter bondadoso: era la providencia del pobre, de la viuda y del huérfano.

Di Rienzi había nacido en 1313. Su padre era mesonero, y su madre, lavandera, pero se rumoreaba que la estancia en Roma del emperador Enrique VII, en 1312, podía muy bien no ser ajena a su nacimiento. El rumor era falso, pero ejerció una influencia decisiva en su vida. La sonrisa enigmática que se dibujaba en los labios del joven abogado era la del hijo de un emperador. Además, nunca olvidaba que un hermano suyo había sido asesinado por uno de los patricios detentores del poder en Roma, sin que el culpable recibiera su justo castigo. Consideró ello como una prueba deplorable del modo con que Roma era administrada. También el deseo de una sociedad mejor constituida iba a la par, en Di Rienzi, con una admiración sin límites hacia la Roma de la Antigüedad: sumiase sin cesar en la lectura de Tito Livio, Cicerón y otros escritores latinos. Al igual que Petrarca, soñaba con devolver a Roma su esplendor antiguo.

Por su singular talento de orador, el joven era invitado de vez en cuando por las familias más distinguidas de la ciudad, que le rogaban entretuviera a los asistentes con su elocuente palabra. En estos discursos alternaban los temas serios con los humorísticos, en forma tal que sus oyentes dudaban a veces acerca de sus verdaderas convicciones. En una ocasión se cree que dijo: "Sí: yo seré un gran monarca, incluso emperador y os convocaré a todos para hacerlos justicia", y señalando con el dedo a algunos de los principales invitados exclamó: "A vos, os haré colgar; a vos, os haré decapitar", y así por el estilo. Los invitados se maravillaban ante galanterías tan originales.

Eran bromas fingidas. Una tarde, en Pentecostés de 1347, Di Rienzi se dirigió al Capitolio, al frente de un ejército de conjurados, y convocó, a son de trompetas, una asamblea popular para darle a Roma un nuevo gobierno. Exaltados por su ardiente palabra, los romanos le concedieron poderes dictatoriales a título de "tribuno del pueblo". Los señores que ejercían el poder fueron obligados a abandonar la ciudad, autorizándoseles a regresar sólo si prometían solemnemente que nada intentarían contra Di Rienzi y el nuevo poder popular.

La nostalgia del pasado

El tribuno promulgó un edicto devolviendo a Roma su categoría de "capital universal y sede suprema de la fe cristiana" y proclamando el deseo del pueblo romano de hacer valer de nuevo sus antiguos derechos. Todos los italianos fueron declarados ciudadanos romanos. Y así, Di Rienzi actuó en lo sucesivo como si fuera emperador; el cetro era uno de sus emblemas; organizó cortejos solemnes a través de "su capital"; delante de su caballo marchaba un hombre con la espada desenvainada, y otro arrojaba al aire dinero para la muchedumbre. Su consagración como tribuno del pueblo, en una de las principales iglesias de Roma, produjo la impresión que se coronaría emperador en breve. En presencia de los plenipotenciarios de varias ciudades italianas, lo ciñeron con una corona de oro; luego empuñó un cetro en la diestra y una esfera terrestre de plata en la mano izquierda.

Un mes después de la coronación, Di Rienzi invitó a los principales representantes de la nobleza romana a un suntuoso banquete. Bastó una sola palabra de desaprobación de uno de ellos para hacerlos encarcelar, acusados de alta traición. El proceso demostró que nada había reprobable contra ellos, y entonces los hizo "absolver" a todos por la asamblea del pueblo. Para dar mayor solemnidad al hecho, regaló a cada noble agraciado un anillo de oro bendecido y otros obsequios de valor, y para demostrarles que siempre serían considerados como los primeros en la ciudad, les concedió títulos romanos; después, se celebró un banquete de reconciliación. Di Rienzi creía haber restablecido así las cosas en su punto óptimo; ignoraba que hay afrentas que jamás se borran.

Semanas más tarde pudo percatarse de ello, cuando algunos de los ofendidos iniciaron las hostilidades contra él, aprovechando sus fuertes castillos como base de operaciones. Como asediara estas fortalezas, el papa Clemente VI envió a Roma un legado para exigir que Di Rienzi anulara todos sus "decretos ilegales" y revocara todas las medidas que atentaran a los derechos del Estado pontificio. Di Rienzi debía, además, prestar juramento de fidelidad al Papa; de no hacerlo, el legado induciría al pueblo de Roma, bajo la amenaza de interdicto, a separarse de su causa.

Di Rienzi recibió al legado pontificio, revestido con el manto real y empuñando el cetro. "¿Qué deseáis?", lo interpeló en tono tan severo y actitud tan arrogante que el legado empezó a vacilar y olvidó cuanto tenía que decir. El tribuno del pueblo se apartó entonces desdeñosamente de él y ordenó que continuara el asedio de los castillos rebeldes. No obstante, la intervención del legado pontificio provocó cierta inquietud en la ciudad. El Papa no desaprovechó ocasión alguna para excitar en secreto al pueblo contra Di Rienzi, en tal forma que éste empezó a temer por su vida. "Comía y dormía lo menos posible", leemos en una crónica de aquel tiempo, y veía traidores por todas partes. Movido por este temor, inició negociaciones con el Papa y al fin se sometió, casi por entero, a sus exigencias.

Por desgracia para él, dejó pasar demasiado tiempo antes de someterse. El papa Clemente, un tanto hiperbólico, lo declaró enemigo manifiesto de la Iglesia y precursor del Anticristo. La docilidad de Di Rienzi tuvo como consecuencia perder la simpatía de sus partidarios. En la primera oportunidad, el demagogo se despojó de su dignidad de tribuno del pueblo, que sólo ejerció medio año; de creer a su más antiguo biógrafo, esta decisión arrancó lágrimas a cuantos lo rodeaban, aunque los más afligidos fueron los pobres, que veían, compungidos, cómo sus antiguos dueños recuperaban el poder en Roma.

Retorno y caída

Durante varios años, Di Rienzi desapareció de la escena, convertido en fraile franciscano de un convento en los agrestes montes de los Abruzos. No había renunciado por ello a sus planes políticos, pero había quedado aleccionado: era mejor actuar contra el Papa con ayuda del soberano de Alemania; a tal efecto, decidió ir a Praga y solicitar una audiencia a Carlos IV. Fue recibido, pero encarcelado en el acto y luego entregado a su enemigo Clemente VI, en Aviñón. Su sucesor, Inocencio VI, acabó por concederle la libertad y, atendiendo a las súplicas del pueblo de la Ciudad Eterna, lo envió de nuevo a Roma. Esperaba el Pontífice que Di Rienzi, gracias a su popularidad, acabaría con el desorden imperante en esta desgraciada población. El Papa lo nombró senador romano para acrecentar su prestigio; en calidad de tal efectuó su entrada solemne el primero de agosto de 1354, entre las aclamaciones de la ciudad en fiestas.

La falta de dinero le impidió cumplir su cometido. Para allegar fondos suficientes, cometió la torpeza de encarcelar a los romanos ricos, a quienes sólo ponía en libertad a cambio de muy crecidos rescates. Di Rienzi acentuaba cada vez más su tiranía. A los dos meses apenas de gobierno, se produjo una nueva rebelión contra él; la mayoría de sus partidarios lo abandonaron. Intentó huir, pero fue descubierto y cayó víctima de las furias del populacho; su cuerpo mutilado fue quemado y las cenizas esparcidas al viento.

Así acabó su carrera Cola Di Rienzi. Aún hoy no coinciden los historiadores en sus opiniones respecto a este personaje. Su actuación no constituye para unos sino un simple episodio ocasional, sin dejar huella alguna en el curso evolutivo histórico; otros le atribuyen el haber logrado despertar al pueblo italiano de su sueño secular y haberlo hecho consciente del glorioso pasado común. Durante los seis meses que el tribuno Di Rienzi gobernó en Roma, había nacido, según estos admiradores, la gran idea de la unidad italiana, aunque tardase aún cinco siglos en realizarse. Di Rienzi soñaba con una Italia donde, como en los días gloriosos de la Antigüedad, no hubiera tiranos ni reyezuelos, sino únicamente ciudadanos libres, con igualdad de derechos para todos. Cola Di Rienzi y Petrarca confiaban en que al alero de este nuevo imperio romano renacerían en todo su esplendor las antiguas virtudes cívicas. Ambos soñaban con salvar a la hermosa Italia evocando la antigua grandeza de Roma; de la que tantos documentos archivados y monumentos en ruinas daban aún testimonio. En todo ello vibraban el espíritu y la atmósfera del Renacimiento.

La vida de Cola Di Rienzi sirvió de terna a una obra de Bulwer-Lytton: *Di Rienzi, el último de los tribunos*, y a una de las primeras óperas de Richard Wagner.



Petrarca, detalle de un fresco de Andrea del Castagno. Galería de los Oficios, Florencia.

Desengaño y muerte de Petrarca

Durante los años de amargura siguientes al fracaso de Di Rienzi, Petrarca vivió aislado y en la mayor desesperación. No hallaba reposo en parte alguna y llegó a haziarse de la existencia, cuando la peste negra, que desde 1348 azotaba Italia y Francia, le fue arrebatando todos sus amigos uno tras otro. Laura pagó también su tributo a la muerte.

El poeta deseó acabar de una vez, pero su oración no fue escuchada. La vida le parecía desprovista de sentido:

*Id, tristes versos, hacia la dura piedra
bajo la que guarda la tierra mi precioso tesoro;
llamad, que desde el cielo responde a la Tierra,
aunque su despojo mortal se encuentre aquí abajo.
Decidle que estoy hastiado de la vida y deseo escapar
como quien vaga sobre las olas amenazadoras;
y que, recogiendo despojos esparcidos,
voy siguiendo uno a uno sus pasos;
no hablando más que de ella, viva o muerta;
mas no, que solamente ahora vive,
que el mundo entero la conoce y ama.
Que se aperciba de mi próxima partida,
a fin que, viniendo a mi encuentro,
me atraiga, me llame y yo pueda vivir a mi vez.*

En una carta escrita en su ancianidad, expresa Petrarca el pesimismo que se agita en el fondo de su corazón sensible: "En la juventud se desprecia a todos los hombres, excepto a sí mismo; en la madurez, sólo se desprecia a uno mismo; en la ancianidad, ante todo y sobre todo, a sí mismo y a todos los demás hombres, salvo a las personas de un nivel moral elevado".

Después de vagar errante de una ciudad a otra durante varios años, acabó el poeta por establecerse en Milán, donde fue bien recibido por el despótico señor de la ciudad, el arzobispo Giovanni Visconti. Su estancia allí provocó comentarios de sus amigos, que veían apenados a un apóstol de la libertad en la corte de un tirano. Puede objetarse a ello que Visconti, pese a todos sus defectos, era hombre de gran personalidad, y demostraba inmensa curiosidad intelectual; Petrarca lo llamaba "el más grande de los italianos". El arzobispo hizo cuanto pudo para hacerle agradable al poeta su estancia en la ciudad; liberal y magnánimo, le concedió todo el tiempo necesario para entregarse a sus queridos estudios, y Petrarca mancilló su memoria pasando, después de su muerte, al servicio de Bernabo y Galeazzo Visconti, sucesores y sobrinos del arzobispo.

Petrarca permaneció ocho años en Milán, durante los cuales su pluma se mostró extraordinariamente fecunda, pero la amenaza de la peste lo hizo volver a su vida errante. Al cabo de algún tiempo llegó a Venecia, donde contaba con muchos, amigos y admiradores, entre ellos el propio dux; fue recibido allí con todos los honores. Cuando regaló a la ciudad del Adriático su inestimable biblioteca, recibió en agradecimiento uno de los más célebres palacios venecianos. Rodeado de admiración y de homenajes, vivió Petrarca algunos años de bienestar en Venecia, hasta que surgió en él un deseo irrefrenable de partir. Desde todos los países de Europa lo llamaban amigos y admiradores. Los viajes que el ilustre poeta emprendió en los últimos años de su vida constituyen una verdadera marcha triunfal, pero ello quebrantó su precaria salud.

Necesitaba reposo, y ayudado por un amigo pudo adquirir una hermosa propiedad en los alrededores de Padua, donde pasó el poeta sus últimos años, enfrascado en el estudio y en sus trabajos literarios. En su querida biblioteca, acaso apodado sobre un libro, exhaló su último suspiro, en 1374, dos días antes de su septuagésimo segundo aniversario.

Carácter de dos poetas

Las turbulencias de la época hicieron de Petrarca un ser paradójico y contradictorio. Incapaz de decidirse entre el ideal religioso medieval y la pagana exaltación por la vida, fue víctima de este antagonismo. Un rasgo típico de su personalidad: al propio tiempo que llevaba siempre consigo a su "San Agustín", no cerraba por ello sus sentidos a los atractivos terrenales. El mundo lo atraía con sus alegrías y placeres; la ambición y la vanidad lo hacían buscar las glorias terrenas. Así, nunca fue plenamente feliz en el seno de los placeres mundanos, pues su conciencia le imponía el veto del medievalismo cristiano, que era pura renunciación. Este divorcio íntimo se acentuó, de hecho, con el destierro que lo llenaba de nostalgia. Petrarca no era, como Dante, hombre capaz de luchar contra el destino; su decepción y su dolor se expresaban en cantos de amargura.

Pero fue precisamente en esta extremada sensibilidad donde el genio de Petrarca halló su mejor inspiración. Sus poesías son reflejo de su fuerza introspectiva. Al leer las elegías de Petrarca, se recuerdan sus propias palabras: "Soy el que goza con las lágrimas". Petrarca poseía una naturaleza tierna y subjetiva, tan sensible a las impresiones exteriores que su humor cambiaba a cada instante. Se abandonaba un día a ideas melancólicas sobre la fragilidad de la existencia humana, y al siguiente sus cantos desbordaban de exaltación por la vida.

Dante tenía alma de profeta y, educador del pueblo, hablaba a la conciencia de una época cargada de pecados. Petrarca era artista y sólo artista. Desarrolló la lengua literaria creada por Dante, con gusto refinado y habilidad consumada, proporcionándole ritmo y musicalidad, a fuer de auténtico estilista. Sus sonetos son bellísimos y superan todo cuanto se escribió con anterioridad a Dante; algunos, incluso, a las propias poesías de éste.

Para sus contemporáneos, como para la posteridad, Petrarca ha simbolizado la figura del poeta ideal. Innumerables artistas se han inspirado en su obra; los imitadores de Petrarca forman legión. El cantor de Laura se vio con frecuencia agobiado por un tropel de malos poetas que venían a diario a suplicarle que revisara sus pobres ensayos poéticos. Para la gloria literaria de Petrarca nada resultaría más funesto que el tropel de "petrarquistas" que inundaron la literatura italiana con mezquinas producciones, salpicadas de frases vacías y teñidas con la melancolía de rigor.

GIOVANNI BOCCACCIO

El escritor y el hombre

Boccaccio fue el tercero y último gran poeta del siglo XIV, admirador y amigo incondicional de Petrarca. Era también natural de Florencia, ya que, aunque es posible que naciera en París, su padre era florentino y en las riberas del Arno fue educado. Era de carácter más vivaracho y jovial que sus dos grandes precursores literarios; hombre de la situación y del momento, su interés se fijaba ante todo en las cosas externas; mientras Petrarca se interesaba de modo particular por sus propias emociones y sentimientos, Boccaccio observaba los hechos y gestos de los demás; sus ídolos eran Dante y

Petrarca, e hizo cuanto pudo para honrar su memoria en su ciudad natal. Dedicó una biografía a Dante, por desgracia con sobrada afectación: se trasluce en cada línea hasta qué punto estaba prendado el autor por su biografiado; además, Boccaccio, ya anciano, obtuvo del gobierno de Florencia la creación de una cátedra universitaria para el estudio de la poesía de Dante; él fue su primer titular.

Nació Boccaccio en 1313. Era, pues, exactamente contemporáneo de Cola di Rienzi. Su padre, un comerciante capacitado y dotado de gran energía, demostró muy poca comprensión con respecto al genio, vivacidad e imaginación de su hijo. Llegó un momento en que la confrontación entre la poesía y la prosa de la vida torturó tanto al joven Boccaccio, que llegó a detestar a su padre y la sombría casa familiar. En vano su progenitor intentó hacer de él un comerciante; algo más, un abogado. "Mi corazón y mi mente sólo se dirigían hacia la poesía —nos cuenta el poeta—. Me acuerdo bien que ya había compuesto algunas obras en verso antes de cumplir los siete años."

Boccaccio pasó sus últimos años de estudiante en Nápoles, donde su padre mantenía sin duda algunos negocios, estableciendo así contacto con un mundo más abigarrado que el que conociera hasta entonces en el norte de Italia. Nápoles era un gran puerto marítimo, un lugar donde se mezclaban navegantes de todo el mundo; la rica amalgama de civilizaciones y culturas que en otros tiempos había plasmarlo en Sicilia, se hallaba aún aquí en plena floración.



Giovanni Boccaccio, por Andrea del Castagno.

"Fiametta", el fuego amoroso

Surgió el amor, lo inevitable. Sus influyentes relaciones le permitieron al joven florentino participar en la vida mundana de la ciudad, ambiente ansioso de diversiones y

bastante frívolo, donde Boccaccio, se había tropezado ya con algunas aventuras amorosas; con todo, sólo se enamoró realmente, a sus veinte años, de una condesa napolitana llamada María, hija del rey Roberto el Bueno, a la que cantó bajo el seudónimo de Fiametta, la "pequeña llama". María estaba casada tenía un hijo de tres años ya; pero Boccaccio se hizo amigo íntimo del marido, lo que le permitió visitar con frecuencia su hogar. Describió a su amada María, en prosa y en verso, como un ideal de belleza femenina y nobleza de alma. Aunque la hija del rey se interesaba apasionadamente por las letras y se sentía muy halagada por los homenajes del poeta, Boccaccio se lamenta en diversas poesías de no haber podido vencer la frialdad de su amada.

Tenía Boccaccio, pues, razón sobrada en cantar su dolor amoroso en sonetos y canciones. La mayoría de sus poesías; y composiciones están inspiradas por Fiametta; sin la adoración hacia ella, que sobrevivió a la muerte de su amada, prolongándose hasta otoño de la vida del escritor, no habría llegado a ser un gran poeta. Fue Fiametta quien lo incitó a componer la novela *Filocolo* (Los infortunios del amor), sugiriéndole que contara en italiano el relato de los amores contrariados de Flores y Blancaflor. La poderosa y juvenil imaginación de Boccaccio hizo de esta sencilla historia caballerescas la novela apasionante, en una trepidante sucesión de episodios. Flores, el personaje de Boccaccio, se oculta bajo el seudónimo de Filocolo mientras va en busca de Blancaflor, vendida como esclava por sus padres adoptivos, y tras innumerables y peligrosas aventuras, los amantes logran encontrarse al fin.

La novela más célebre de Boccaccio lleva precisamente el nombre de su amada, *Fiametta*. Es la vieja aunque eterna historia del amante infiel, contada con un sentido refinadísimo de lo que puede experimentar y sufrir una mujer que se siente envejecer. La joven y bella Fiametta ha realizado un matrimonio feliz con un gentilhomme culto y rico, pero su corazón se inflama de improviso, con pasión irrefrenable, por Panfilio, joven extranjero llegado de Toscana, convirtiéndose en su amante. Sus amores sólo duran unos meses; Panfilio es llamado a su ciudad natal y parte hacia allí, prometiendo regresar cuatro meses más tarde, pero transcurre el tiempo sin que el infiel Panfilio de señales de vida, y entonces se apoderan de Fiametta terribles sospechas, por desgracia hartamente justificadas, pues se entera que Panfilio se ha enamorado de otra mujer. Enferma de desesperación, toda la ciencia de los médicos resulta impotente para curarla, y su marido, que nada sospecha, no encuentra medio de consolar y aliviar su alma; incluso intenta Fiametta suicidarse, pero es salvada por su nodriza, que está en el secreto de su amor. Se resigna al fin a sobrellevar su tragedia; halla consuelo relatando este amor prohibido y dedicándolo a otras mujeres a quienes ronda la tentación.

El "Decamerón"

En general, el nombre de Boccaccio evoca inmediatamente su célebre *Decamerón*, vocablo procedente del griego y que significa "diez días". Son los días que permanecen retenidos siete jóvenes y alegres damas y tres galantes señores que han huido de Florencia, asolada por la peste, tras haber perdido a todos sus familiares; refugiados en un apacible castillo cercano a la ciudad, para olvidar el horror de la situación, se cuentan historias conmovedoras o divertidas, y así, diariamente, cada uno de los personajes allí retenidos cuenta una anécdota.

La temática de los cien cuentos de los que se compone el Decamerón puede muy bien referirse a todos los países y épocas, lo mismo que a todas las clases sociales. La acción se desarrolla por igual en las chozas de los campesinos que en el palacio de un rey. Todo es relatado en ellos con extraordinario sentido de la realidad, pues Boccaccio es un admirable conocedor de la naturaleza humana. Desde luego, se trata de una lectura que no puede ponerse en manos de todo el mundo, por ser cuentos de tono inmoral y frívolo; en ellos abundan las situaciones cómicas y los rasgos picantes.



Frontispicio del Decamerón en su edición de 1425. Las siete damas y los tres caballeros que han logrado escapar a la epidemia de peste, se relatan sus historias mutuamente.

La mujer que engaña a su marido, más o menos crédulo, es un motivo bastante reiterado. Tal es la historia de una bella florentina, casada con un caballero y que recibe, el mismo día y al mismo tiempo, a sus dos amantes, sin que uno sepa nada del otro. De pronto, llega su esposo, pero gracias a su sangre fría, la astuta dama consigue salir airosa de la situación. Dijo a su primer amante, Lambertuccio, cuyo caballo se encabritaba en el patio del castillo:

—Haz lo que te voy a decir: saca tu daga, aparenta estar terriblemente encolerizado y atraviesa el patio gritando: «¡Pardiez, ya te cogeré otra vez!». Si mi esposo intenta detenerte y te pregunta, no le contestes y salta en seguida sobre tu montura.

Lambertuccio hizo tal como ella le había dicho; descendió corriendo la escalera, pasó rápido junto al marido burlado y montó a caballo. Cuando el caballero llegó arriba, encontró allí a su mujer aterrorizada.

—¿Por qué —le dice— profiere Lambertuccio tan terribles amenazas?

La mujer se colocó ante la puerta de su alcoba, de forma que Leonetto, el otro amante, que permanecía oculto tras la cortina del lecho, pudo escuchar cuanto decía. Respondió:

—Jamás en mi vida me he visto tan asustada. Un joven, a quien no conozco, huía perseguido por Lambertuccio, que esgrimía su daga, y el pobre intentó refugiarse en nuestra casa. Encontró por casualidad esta puerta abierta y me suplicó: «¡Señora, salvadme por amor de Dios: va a asesinarme ante vuestros ojos!». Quise preguntar su nombre y una explicación por todo lo que pasaba, pero Lambertuccio se acercaba ya gritando fuera de sí: «¿Dónde estás, miserable?». Yo le atajé el camino de mi habitación; no se atrevió a penetrar en la alcoba sin mi consentimiento, y después de proferir mil amenazas, desapareció tal como has visto.

—Has hecho bien, esposa mía —dijo el caballero—. ¡Qué escándalo si se supiera que un hombre ha sido asesinado en nuestra casa!

Preguntó entonces dónde se encontraba el joven.

—No sé —dijo ella— en qué lugar haya podido ocultarse.

—¿Dónde estás? —gritó el marido—. Ya puedes salir, que nada tienes que temer. Y de esta manera todos escaparon del peligro.

Una dama llamada Beatriz, de Bolonia, demostró ser todavía más astuta que la mujer del caballero florentino. Estaba enamorada de Ludovico, criado de su marido, y a fin de hallar una buena ocasión de estar sola con el joven, refirió a su esposo, el señor Egano, el relato siguiente:

—Esta mañana, cuando estabas de caza, Ludovico tuvo el atrevimiento de hacerme proposiciones deshonestas. Para que tú mismo puedas tener la evidencia de su perversidad, aparenté aceptar sus proposiciones y le he citado a medianoche, bajo los árboles del jardín, y_ si quieres someter a prueba la fidelidad de tu criado, te bastará con ponerte uno de mis trajes, taparte la cara con un velo y esperarle en el jardín.



Un banquete. Los invitados comen tranquilamente con los dedos, ya que no se había inventado todavía el tenedor. Los animales domésticos toman igualmente parte en el festín, aunque a distancia.

Egano encontró excelente tal idea e hizo como ella había dicho; tan pronto como hubo salido, entró el criado a ocupar su puesto en el lecho conyugal. Después que Egano hubo pasado largo rato haciendo el ingenuo en el jardín, la astuta mujer rogó a su amante que descendiera allí armado de un buen garrote, y entonces se desarrolló una escena divertidísima:

—Mala mujer —exclamó Ludovico—. ¿Creías tú que yo cometería una acción tan malvada contra mi amo?

En el acto, descargó su garrote sobre la espalda del infortunado marido, disfrazado de mujer. El caballero escapó corriendo, perseguido por el criado, que blandía el garrote gritando:

—¡Los diablos te lleven, perversa mujer! Pero nada conseguirás con escapar, pues iré a contárselo todo a mi señor Egano.

Y el caballero tuvo así la prueba más convincente de que tenía una mujer y un criado tan fieles que honrarían a cualquier gentilhombre. Después, en compañía de su mujer y de Ludovico, comentó riendo tan divertida historia.

Pero sucede a veces que la mujer más astuta acaba por ser la víctima del relato, como ocurre en el cuento que refiere las aventuras de Salabaetto, joven comerciante florentino, en Palermo. En esta ciudad había —y todavía las hay— gran número de hermosas damas a quienes los escrúpulos morales nunca turbaron su sueño. Ante los demás, se presentan como adornadas de las más bellas virtudes, pero sólo piensan en engañar a sus maridos. Salabaetto había llegado a esta Gomorra para vender en ella una partida de lana que valía quinientos florines, pero, por desgracia, se enteró de ello una mujer muy hermosa y de costumbres licenciosas. Cuando el joven se paseaba admirando la ciudad, atrajo sus miradas una deslumbrante belleza que le dirigía miradas insinuantes, y se sintió, como es fácil suponer, muy halagado por la atención que parecía prestarle una dama de tan hermosa apariencia. Cuando ella le concedió una cita, se sintió transportado al séptimo cielo. Se encontraron más de una vez, y a sus ojos de comerciante ella le pareció un verdadero hallazgo, porque nunca quiso aceptar de él el más modesto regalo. Pero un día en que Salabaetto se hallaba de visita en casa de su amante, un pariente de ella vino a buscarla apresurado y pidió un momento para hablarle a solas. Dejó la habitación, pero regresó en el acto, conmovida y muy afligida, y se tendió en el lecho exhalando desesperados gemidos. Salabaetto se hallaba consternado, la abrazó, lloró con ella y le preguntó:

—Tesoro mío, mi vida, ¿qué sucede?

Hubo de insistir mucho antes de obtener una frase inteligible, y al fin pudo contarle que acababa de recibir una carta de su hermano, residente en Mesina, en que le pedía que enviara, en el plazo de ocho días, una suma de mil florines, y que, si no lo hacía, le decapitarían. Pese a la penosa situación en que se veía tan adorable dama, no consintió sino a fuerza de súplicas en aceptar en préstamo los quinientos florines de la mercancía vendida por su galán. Desde entonces, la dama no habló más del asunto. A los tres meses, el comerciante enamorado se vio obligado a preguntarle si podría obtener, al menos, un pago parcial de la suma prestada, y a partir de entonces la actitud de la dama se tornó cada vez más fría. En tan penosa situación, Salabaetto recibió de un amigo suyo un consejo que siguió al pie de la letra. El comerciante hizo creer a la bella dama que acababa de recibir un lote de mercancías por valor de dos mil florines y que esperaba un tercer envío que valdría, al menos, tres mil. Como por arte de magia, la ternura de la dama se despertó súbitamente hacia él y, a los pocos días, ella tuvo el gesto de devolver a Salabaetto los quinientos florines que le había prestado. Poco después, como él le confiara que necesitaba dinero sólo por un día o dos para un buen asunto, la dama incluso le proporcionó un préstamo de mil florines. Entonces, Salabaetto se despidió para siempre de Palermo y regresó a Florencia.



Un cocinero en sus dominios. Ciertamente, no le faltan provisiones ni tampoco personal auxiliar para realizar su cometido.

Los cuentos del *Decamerón* insisten con una predilección especial en las aventuras galantes de sacerdotes, frailes y monjas. Al poner en la picota a miembros indignos de la Iglesia, no tenía Boccaccio intención alguna de atacar a ésta como institución; por lo demás, los papas y el clero de su época no podían desmentirlo en absoluto. Nunca se habrá escrito una sátira tan mordaz contra un clero corrompido como en la novela del devoto y honrado judío que se convirtió al cristianismo después de una estancia en Roma, donde fue testigo de la vida escandalosa que llevaban los prelados romanos. "Si tantos sacerdotes —decía— y el propio jefe de la Iglesia cooperan con todas sus fuerzas para destruir la religión cristiana sin lograr sus malvados designios, será preciso creer firmemente que esta religión es, en verdad, obra del Espíritu Santo, y aventaja a todas las demás religiones. Hasta ahora he rehusado con toda mi alma el convertirme, pero nada podrá impedirme en adelante el hacerme cristiano."

Origen de la novela moderna

El *Decamerón* hizo de Boccaccio el padre de la novela moderna. Las narraciones de la Edad Media suelen ser ingenuas, apenas otra cosa que simples anécdotas, pero Boccaccio les proporciona una estructura artística, acción viva y dramática y las introduce en la literatura. Y no es sólo por su talento de narrador por lo que Boccaccio actuó de precursor en este terreno. Por lo que se refiere al contenido de los relatos, desarrolló el cuento medieval con verosimilitud y cohesión psicológicas y fue, además, precursor por otro motivo: los mismos que Dante fuera padre de la poesía italiana, Boccaccio fue el creador de la prosa en su país; manejado por él, el toscano se convirtió en un medio de expresión capaz de desarrollar cualquier idea y describir cualquier ambiente, adaptado para manifestar tanto una sorprendente situación trágica como la burla más impertinente.

No obstante, Boccaccio no dedicó todas sus horas a la poesía y al amor: compartía la pasión de Petrarca por la Antigüedad y se entregó con ardor a su labor de humanista. Se dedicó a ellos aún más a su regreso a Florencia, en 1349; de poeta se transformó en sabio, poniendo freno a su desbordante imaginación, y se aplicó con singular entusiasmo al estudio del griego, lengua que fuera de las fronteras del imperio romano de Oriente había caído en desuso.

A los sesenta años, nombrado profesor de la Universidad de Florencia, Boccaccio comenzó sus explicaciones sobre el Infierno, de Dante, pero una penosa enfermedad lo obligó a interrumpir sus trabajos. La noticia de la muerte de su amigo Petrarca fue para él un golpe sensible: "Lloré toda la noche —escribía al amigo que le comunicó tan triste noticia—; y no es a él, el mejor de todos los hombres, a quien lloro, ahora que se ha librado de todas las miserias terrenas y ha encontrado el camino hacia el padre celestial, sino a mí mismo y a sus demás amigos, que quedamos solos y abandonados en las agitadas riberas de la vida".

Al año siguiente (1375), Boccaccio siguió a su amigo a la tumba. No se casó nunca y, por tanto, no dejaba herederos. Sus hijos naturales habían muerto todos antes que su padre.

AURORA HISPÁNICA

LOS REYES CATÓLICOS

Una "mujer fuerte"

En todas las cortes de la Europa renacentista latía un sueño: el imperio. A la par surgía pujante la noción de Estado. Como antaño, los monarcas tenían en las alianzas matrimoniales un medio para lograr sus fines. Si el primer empeño los llevó a guerras más costosas que cruentas, el segundo objetivo se alcanzó plenamente y así nacieron las modernas patrias. Iberia, escindida en tres reinos principales, buscaba la unidad, e Isabel se hizo intérprete de aquel anhelo. Pero Isabel era sólo hermana de un rey de discutida sucesión. Su alianza previa con el heredero de la corona aragonesa había de sumarle partidarios dentro y fuera de Castilla. Enrique IV pretendía casarla con el rey de Portugal, Alfonso V; pero Isabel, que entonces contaba dieciocho años, estaba dispuesta a decidir por sí misma. Otros príncipes solicitaban su mano: los duques de Clarence y de Gloucester, ingleses, y el duque de Berry, hermano del rey francés Luis XI. Este duque no parecía partido muy ventajoso, por su salud precaria; el príncipe aragonés Fernando, en cambio, era apuesto y bien formado, con cierto renombre en los campos de batalla.

Los acontecimientos se precipitaron. Isabel rompió manifiestamente con su hermano y huyó a Valladolid. Se percataba de su juego peligroso, pero depositaba todas sus esperanzas en Fernando, quien no la defraudó en aquellos momentos cruciales. Con un grupo de servidores fieles, se disfrazó y emprendió el viaje; en su primera jornada pernoctó cerca de Burgo de Osma. "El príncipe, fingiéndose criado de mercaderes, estuvo cuidando las mulas y sirviendo la cena; acabada la cual, en vez de retirarse a dormir, salieron de la aldea a altas horas de una noche tenebrosa", como narra el cronista Alonso de Palencia, uno de los que formaron parte de la embajada subrepticia.

El 9 de octubre de 1469 entró Fernando en la población de Dueñas, donde ya tuvo que enfrentarse con pedigüenos cortesanos; escribió a Isabel que se hallaba cerca de Valladolid. Al fin, cinco días después se velan por vez primera los futuros Reyes Católicos. Uno de los enviados de la princesa, Gutierre de Cárdenas, mostróle a su prometido: "Ése es, ése es..." A la histórica entrevista, que duró dos horas, asistieron también cuatro caballeros aragoneses. Una vez conocido su futuro marido, Isabel quedó satisfecha de su elección. En verdad, no tenía motivo alguno de queja.¹⁹

¹⁹ Fernando el Católico era «...home de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, con las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos, prietos e llanos e home bien complisionado: tenía la fabla igual ni presurosa ni mucho espasiosa e había una gracia singular, que cualquiera que con él fablase luego lo amaba e le deseaba servir porque tenía la comunicación amigable... era hombre muy tratable con todos, especialmente con sus servidores íntimos. Cabalgaba muy bien a



Isabel la Católica. Tabla en el museo del palacio de Carlos V, en la Alhambra de Granada

caballo en silla de la guisa e de la jineta, justaba sueltamente e con tanta destreza que ninguno de todos sus reinos lo faría mejor. Era gran cazador de aves e home de buen esfuerzo e gran trabajador en las guerras: placíale jugar todos los juegos, de pelota, ajedrez e tablas e en esto gastaba algún tiempo más de lo que debía...». (HERNANDO DEL PULGAR. Crónica).



Fernando el Católico. Tabla en el museo del palacio de Carlos V, en la Alhambra de Granada.

Con la mayor celeridad se dispusieron las ceremonias: el 18 de octubre se celebraron los desposorios, veláronse al siguiente en el salón de la casa vallisoletana donde residía Isabel, y una semana más tarde solemnizaron el matrimonio en la iglesia de Santa María, todo muy pobremente, porque el novio llegó sin dinero y la novia carecía de él también. La boda se celebró sin que los contrayentes obtuvieran la correspondiente dispensa de su parentesco de consanguinidad —eran primos, como biznietos de Juan I de Castilla—. Se hizo correr el rumor que tenía ya dispensa pontificia, pero en realidad ésta no llegó hasta agosto de 1472, y le fue entregada a

Fernando de su propia mano por el legado Rodrigo de Borgia: el mismo que luego sería Papa con el nombre de Alejandro VI.

Fernando e Isabel, dos personalidades

Isabel y Fernando eran dos interesantes personalidades en aquella transición de un siglo a otro, de una a otra época histórica. Muy distintos ambos personajes, por no decir opuestos. Ella era activa y apasionada, con ribetes de histerismo en el aspecto erótico; cabe recordar que su madre, Isabel de Portugal, murió demente y que la propia hija de Isabel la Católica, Juana la Loca, acabó del mismo modo y por idénticos motivos. Celosa "fuera de toda medida", afirma el cronista Hernando del Pulgar; "andaba sobre aviso con celos a ver si él amaba a otras; y si sentía que miraba a alguna dama o doncella de su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medio y maneras con que despedir aquella tal persona de su casa...", puntualiza el cronista italiano Marineo Sículo.

Lo que no impidió que Fernando, acaso como reacción natural y humana, tuviera no pocos devaneos con otras mujeres y más de un ilustre hijo bastardo, como Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza. Pero tal vez fue el de la lujuria el único grave defecto de Fernando, por ser totalmente falsas las imputaciones de envidioso y avaro que le han hecho algunos cronistas. Isabel era aparatosa y espectacular; Fernando, sencillo y observador, prefería las obras a las palabras; ella era impulsiva y un tanto visionaria; él era un hombre de su tiempo y de las realidades cotidianas, práctico y poco escrupuloso en guardar las formas cuando éstas no se acomodaban a la vida y a las necesidades.

Isabel nació en abril de 1451 en Madrigal de Altas Torres (Ávila), y a los tres años de edad pasó al castillo de Arévalo con su madre y su hermano Alfonso. Las turbulencias políticas y la batalla de Olmedo obligaron a Isabel a buscar refugio en Ávila, en 1468, donde el arzobispo Carrillo y los nobles sublevados contra Enrique IV le ofrecieron la corona de Castilla y León, que ella rechazó. No obstante, en septiembre de aquel mismo año y por muerte de su hermano Alfonso —acaso envenenado—, aceptó la sucesión al trono, por el acuerdo de los Toros de Guisando, celebrado con Enrique. Al año siguiente, pese a la oposición de este monarca, contraía matrimonio con el príncipe aragonés.

Fernando el Católico nació en Sos, comarca zaragozana de las Cinco Villas, en mayo de 1452, en la misma época que estallaba la guerra entre su padre, Juan II de Aragón, y su otro hijo Carlos, príncipe de Viana, al que Fernando sucedió en los derechos a la corona. Las peripecias sufridas durante su infancia y adolescencia fueron la causa de su educación predominantemente militar, y a tal efecto dice su contemporáneo, el historiador italiano Marineo Sículo: «Siendo de la edad de siete años, en la cual convenía aprender letras, dio señales de excelente ingenio y de gran memoria. Mas la maldad de los tiempos e invidia de la fortuna cruel impidieron el gran ingenio del príncipe que era aparejado para las letras y lo apartaron de los estudios de las buenas artes», añadiendo el propio cronista que «aún no habiendo diez años comenzó a tratar las armas y oficio militar, y por su poca edad y por no tener título de dignidad tenía poca autoridad. Por lo cual, hízole su padre duque de Monblanque porque gozara de alguna honra y fuese acatado a todos y criado así entre caballeros y hombres de guerra siendo ya grande y no pudiendo darse a las letras careció dellas. Mas ayudándole las grandes fuerzas de su ingenio y la conversación que tuvo de hombres sabios así salió prudente y sabio como si fuera enseñado de muy doctos maestros».

Despreciaba a los aduladores y no consintió que se escribiera crónica alguna de su reinado y de sus propios hechos, al contrarió de su esposa, «deseosa de grandes loores y clara fama», como anotan los historiadores de la época. Elegía Fernando a sus colaboradores por sus cualidades y no por su nacionalidad, buscando hombres capacitados y satisfaciendo las necesidades del reino, con un proporcionado sentido de la economía, como era su deber. Huía tanto de la lisonja que una crónica del Gran Capitán, Fernández de Córdoba, cita una anécdota

un tanto humorística: «Dícese que un poeta siciliano en esta sazón dio al rey don Fernando un libro de versos en latín porque eran en su loor, y el rey le mandó dar cincuenta ducados. El poeta se fue a Lonja e hizo hasta trescientos versos en alabanza del Gran Capitán, el cual mandó dar dos mil ducados...».

No es extraño que el poeta mercenario y otros adulones similares ensalzaran hasta las nubes la ostentosa generosidad del famoso militar, por sus dos mil ducados, y se vengaran del monarca por su sencilla dádiva de cincuenta.

Los reinos de Castilla y Aragón

Las circunstancias de la boda entre ambos príncipes habían sido realmente novelescas y fuera de lo común, pero en el fondo de todo ello había una intención política nada romántica. Isabel estudió minuciosamente las capitulaciones matrimoniales, a fin de tener plena garantía de poder soberano cuando muriese el rey Enrique IV. Su propósito era reinar en Castilla no sólo de nombre, sino también de hecho, dejándole a Fernando título de rey, aunque en forma puramente honorífica. Debe reconocerse, no obstante, que ello era en gran parte inspiración de cortesanos y palaciegos, y el testimonio del cronista Alonso de Palencia lo evidencia: «Muchos de los grandes de Castilla y León, corrompidos por la larga tiranía, trabajaron por sublimar excesivamente a la reina, con el propósito de que no estuviera supeditada al marido y que la discordia de los cónyuges socavase los cimientos del trono».

Y así fue, en efecto. Desde el primer momento, Fernando hubo de enfrentarse con el inquieto y andariego Carrillo, arzobispo de Toledo, quien, por haber sido el principal fautor de la boda entre Fernando e Isabel y mantenedor de los futuros reyes, se jactaba de ser el auténtico dueño de España. La réplica de Fernando a no dejarse dominar por él, sacóle de quicio, y el aventurero prelado odió a partir de entonces a la real pareja, luchó contra ambos, y cuando el papa hizo cardenal a su sucesor Mendoza, en 1473, se retiró despechado a Alcalá y se dedicó a la alquimia, jurando que «si la reina Isabel entraba por una puerta de su casa, él saldría por la otra».

En diciembre de 1474, murió Enrique IV y Fernando pudo entonces comprobar la malquerencia de la corte isabelina, al abandonar su título de príncipe para adoptar el de rey consorte. La camarilla que rodeaba a su esposa retrasó todo lo posible a Fernando la noticia del fallecimiento de Enrique y apresuró en cambio la proclamación de Isabel como reina, en exclusiva, sin que ella comunicase a su marido lo ocurrido. Informado Fernando por vía particular, se puso en camino dos semanas después y, por Almazán y Sepúlveda, llegó a Turégano, donde recibió orden de detenerse sin acercarse a Segovia, residencia de Isabel. Quería ella ser antes «reina completa y propietaria», anteponiendo su condición de tal a la de esposa y mujer, soberbia poco justificable ya que Fernando era su marido y, en consecuencia, ni debía ni podía prohibirle ir a donde ella estaba. Ambos esposos tenían ya una hija de cuatro años y hacía siete meses que no se habían visto. Llegó al fin Fernando a la corte castellana, convencido de que los palaciegos de su mujer le eran hostiles y con la amargura de comprobar que ella seguía los consejos de aquellos interesados cortesanos, de «conducta inicua y desatentada», como dice el propio cronista Palencia. De todos modos, Fernando logró aún imponer algunos de sus puntos de vista políticos.²⁰

²⁰ «Fernando el Católico es uno de esos hombres grandes por sus hechos y empequeñecidos por la fama. Comenzó a reinar en una época de división dinástica y venció; pero los vencidos ni perdonaron su derrota ni olvidaron al vencedor. Era una época de revueltas, y los revoltosos sometidos tampoco perdonaron ni olvidaron. Su tiempo fue de inmoralidad y él corrigió los abusos. Los corregidos se vengaron de él atacando su fama. Le temieron todos, desde el primer momento, trataron de anularlo sublimando a su primera mujer; y ésta, que se dejó sublimar, contribuyó en gran parte a empequeñecerlo y dio pretexto a los murmuradores.»

Parecía que iban a ofrecerse a todos los pueblos peninsulares idénticas oportunidades políticas y económicas en el seno de la nueva ordenación hispánica que alboreaba. Era la trayectoria de que hizo gala Fernando, fiel al régimen peculiar de sus reinos. El de Aragón vivía una existencia política tradicionalmente liberal; el principado catalán, debatiéndose aún en la crisis de años anteriores, consolidaba también el régimen pactista, y cuando tiempo después (1512) Fernando anexionó a Castilla el país navarro, éste no perdió su régimen privativo y conservó por excepción, como observa Vicens Vives, la misma modalidad autonómica que presidió siempre la política integradora de los grandes monarcas de la dinastía catalana. Sólo Valencia, rica, próspera y culta, se rindió a la influencia castellana, en un acatamiento precoz de lo que sería la realidad hispánica de los siglos XVII y XVIII. Hubiera podido sustituir a Cataluña en la dirección económica mediterránea, pero se limitó a su papel pasivo de fachada levantina y pórtico renacentista, y a volcar su dinero en los cofres perpetuamente exhaustos del erario de los gobiernos españoles.

Por su parte, Isabel tendía a un sentimiento integracionista de la monarquía castellana como pudo observarse cuando sujetó las comarcas galaicas, ya desde los comienzos de su reinado.

El problema sucesorio y su solución

Al morir Enrique IV de Castilla, había dejado una hija de doce años, doña Juana, conocida popularmente por el apodo de «la Beltraneja», por creérsela hija de uno de sus cortesanos, Beltrán de la Cueva. Acerca de la impotencia sexual de Enrique y la legitimidad de su hija, han tratado en detalle el doctor Marañón y otros historiadores, no llegándose a una conclusión terminante y objetiva. Lo cierto es que surgió vivo e hiriente el problema sucesorio, que debía resolverse a favor de la hija o de la hermana del monarca difunto. En realidad, éste accedió a reconocer a Isabel como sucesora, en perjuicio de su propia hija, no porque declarase espuria a Juana, sino para evitar una guerra civil: «la muy ilustre princesa doña Isabel, mi muy cara y muy amada hermana, se vino a ver conmigo cerca de la villa de Cadahalso donde yo estaba aposentado... e la dicha mi hermana me reconoció por su rey e señor natural. E yo movido por el bien de la dicha paz e por evitar toda materia de escándalos e división... determiné de la recibir e tomar por princesa e primera heredera e sucesora destos mis dichos reynos...».

No hay otro origen en la legitimidad de la sucesión de Isabel la Católica, quien tuvo al menos el recato de no exigir a su hermano una declaración expresa de que Juana era hija adulterina. Pero no pudo evitarse la guerra civil, tanto más deplorable y vergonzosa si se tiene en cuenta que Isabel, cuando contaba once años de edad, tuvo en sus brazos a Juana, recién nacida, ante la propia pila bautismal. La misma contra quien guerreó luego, sin respeto alguno al parentesco, fuera carnal o sacramental simplemente. Ahora bien, en esta guerra de sucesión también se planteó, además del problema jurídico —el de los derechos respectivos de Juana e Isabel—, otro más trascendente, el de la hegemonía peninsular entre dos núcleos, el castellano y el portugués; afectando incluso, ya en plena política internacional, al «statu quo» europeo.

Hubo, en efecto, una dinámica de alianzas entre las potencias de Occidente, y así, Portugal y Francia apoyaron a doña Juana, mientras que Aragón y sus aliados — Nápoles, Borgoña, Inglaterra,— se declararon partidarios de Isabel. Al principio, la

«Mientras ella vivió, fue táctica atribuirle a ella sola, o a los dos, las acciones nobles; muerta ella, todo quejoso la echó de menos, consideró arbitrariedad e injusticia lo hecho por él y afirmó que no se hubiera portado así la reina. Por añadidura fue modesto, y la modestia en aquel tiempo de historiadores asalariados y de personajes vanidosos, era un defecto.» (GIMÉNEZ SOLER. - Fernando el Católico).

situación militar fue desfavorable para la causa isabelina, si bien la masa popular la apoyaba con fervor. Parte de la nobleza se pasó a Juana, entre otros el marqués de Villena, el duque de Arévalo y el turbulento arzobispo Carrillo, quien llegó a decir: «Yo he sacado a Isabel de hilar y la enviaré otra vez a coger la rueca». Por su parte, el anciano rey Juan II de Aragón allegó cuantos recursos pudo para ayudar a Isabel, y su esfuerzo resultó al fin sumamente valioso.

Alfonso V de Portugal pasó la frontera y se dirigió a Plasencia, donde celebró sus esponsales con doña Juana. Luego se dirigieron a Arévalo y desde esta base partió el monarca lusitano para realizar las conquistas de Toro y Zamora, plazas que no tardaron en rendirse. Pasaron luego dos meses y los Reyes Católicos aprestaron con febril actividad los elementos necesarios para la defensa, y por su parte, el clero adelantó sumas considerables, la mitad de la plata que poseían las iglesias del reino. Un ejército aragonés, al mando del duque de Villahermosa, reforzó las tropas de los monarcas y así, aprovechando la lentitud de movimientos del portugués, pudo Fernando iniciar su ofensiva contra Burgos, demostrando extraordinaria eficiencia e incluso arriesgando temerariamente su vida en el asedio del castillo.

Zamora se pronunció de nuevo por Isabel y el rey lusitano la sitió inútilmente por espacio de dos semanas, retirándose luego a Toro. Ante esta plaza se entabló el primero de marzo de 1476 una cruenta batalla en la que, si bien el portugués no quedó por completo vencido, constituyó una victoria decisiva para los Reyes Católicos. En conmemoración de la misma, éstos mandaron edificar en Toledo el magnífico monasterio de San Juan de los Reyes.

En años sucesivos, los nobles que militaron por Juana se pasaron poco a poco al bando de Isabel. Una nueva victoria castellana sobre los portugueses —Albuera, febrero de 1479— decidió la contienda, y pocos meses después se firmaba la paz de Alcántara, por la que Alfonso de Portugal abandonaba sus pretensiones a la corona de Castilla y a la propia Juana, la desdichada princesa, que profesó en un convento de clarisas de Coimbra, en noviembre de 1480, «con gran humildad y paciencia», como dice el historiador Zurita.

En opinión de muchos autores, la eficaz juventud de Fernando, el sentido reformista de la intervención catalanoaragonesa y el auxilio militar de los experimentados técnicos mediterráneos, habían colaborado decisivamente al triunfo del partido isabelino, y Castilla pudo ser organizada para desempeñar su papel director en el seno de la sociedad hispánica.

Quedaban pendientes otros problemas: el de la paz y sosiego interior y la contención de las pretensiones francesas de establecerse al sur de los Pirineos, anexionándose el Rosellón por levante y Navarra por poniente. A Fernando no le importó mantener la lucha en dos frentes y, apenas terminada la batalla de Toro, acudió en socorro de Fuenterrabía, sitiada por los franceses; armó una flota en Bilbao y esto bastó para que el sitiador levantara el asedio. Luego, se aseguró de que los navarros no entregarían Pamplona al rey de Francia, y en 1479, soberano ya de la Confederación catalanoaragonesa por fallecimiento de su padre Juan II, pudo dedicarse a los acuciantes problemas peninsulares.

ESPAÑA EN MARCHA

Política de puertas adentro

Como en todas las épocas de transición, la Edad Media final, que señala el paso del gótico al Renacimiento, experimentó largos períodos de profunda crisis. En el siglo mil, podía observarse todavía un cierto equilibrio institucional, basado en el triángulo dispositivo Monarquía — Señoríos — Cortes y municipios. Pero las tendencias gubernamentales cesaristas, acogidas aún con más entusiasmo a medida que avanzaba el Renacimiento, impulsaron su marcha hacia el absolutismo, y así fueron surgiendo

monarquías autoritarias o preeminenciales que llegaron a su pleno desarrollo en los siglos XVII y XVIII.



Fernando e Isabel en una pintura del siglo XVI.

Los primeros representantes en España de la monarquía autoritaria —todavía algo atemperada— son precisamente los Reyes Católicos. Su obra interior de carácter político y administrativo podría resumirse diciendo que procedieron a la sujeción de los estamentos tradicionales —nobleza, Iglesia, Cortes y municipios— al poder real; codificaron las leyes y reorganizaron la Hacienda, las fuerzas militares y la administración de justicia. Las facultades de las Cortes fueron disminuidas de modo considerable y sustituidas por los Consejos, especie de comisiones permanentes aun siendo simples órganos consultivos. Bastará recordar que, durante un prolongado reinado de veinticinco años, las Cortes sólo fueron convocadas nueve veces.

En orden a la administración de justicia, los monarcas prohibieron, o limitaron al menos, el derecho de asilo, los juegos de azar, los «rieptos» o desafíos, y el refugio de delincuentes y deudores en las fortalezas y residencias de señores o abades. Reglamentaron además la abogacía y vedaron el uso de armas de fuego. En los primeros años —1476 a 1480—, para ayudarse en la administración de justicia y pacificación de sus reinos, restablecieron y reorganizaron la llamada Santa Hermandad; si bien una parte de la organización creada fue suprimida a partir de 1498, quedando tan sólo en vigor los alcaldes y cuadrilleros, de elección anual y destinados a vigilar despoblados y caminos.

La situación en algunas comarcas era sencillamente caótica. Los nobles levantiscos actuaban al margen de toda ley y derecho; los campesinos se acostumbraron a que aparecieran de improviso caballeros armados que se apoderaban de sus bienes y cosechas, y los mercaderes nunca estaban seguros de ver llegar sus mercancías al punto de destino. Los cronistas de la época nos detallan escenas increíbles acerca de cómo la autoridad pública y la justicia eran despreciadas: «convertida la paciencia del pueblo en costumbre, no hallaba la violencia de los nobles contradicción alguna».

Entre sí, los nobles mantenían sus propias guerras particulares. En Sevilla luchaban los Guzmanes y los Ponce de León unos contra otros; en Córdoba los condes de Cabra y los señores de Montilla; en León luchaba Gómez de Cáceres, maestre de Alcántara, contra Alonso de

Monroi; en Toledo, los condes de Cifuentes y Fuensalida; en Murcia, imperaba a placer la familia de los Fajardo y en Galicia el conde de Camiña. «No se pueden escribir tantas cosas, e robos, e muertos, e hurtos, e fortunas, cuantas de estas guerras se causaron», dice el cronista Bernáldez.

La Santa Hermandad estuvo dotada de amplios poderes y recibió órdenes concretas de actuar con el máximo rigor, y sus miembros cumplieron tales instrucciones al pie de la letra. Si algún malhechor era sorprendido en flagrante delito, se incoaba "en el acto su proceso, le proporcionaban un sacerdote para que confesara sus pecados y recibiera la absolución y, acto seguido, le ahorcaban del árbol más cercano. Los castillos de los nobles dedicados al bandidaje fueron arrasados uno tras otro. Medidas enérgicas que surtieron efectos rápidos. Se implantó el respeto a la ley y el mantenimiento del orden, y las gentes honradas pudieron dedicarse a sus ocupaciones habituales.

Problemática racial y religiosa

Durante los siglos XIII y XIV, las terribles persecuciones contra los judíos en la mayoría de los países europeos tuvieron como consecuencia su desaparición en Francia y en Inglaterra. El movimiento antisemita tardó en llegar a la Península Ibérica, donde sobrevivían minorías confesionales disidentes —judíos, falsos conversos, mudéjares— que, en convivencia con la mayoría cristiana; integraron la morada vital castellana de la Edad Media. Todos ellos mantenían buenas relaciones recíprocas y los israelitas podían ejercer libremente su profesión, dedicarse a los estudios científicos o a la literatura y practicar su culto. Las comunidades hebreas, llamadas «aljamas», gozaban de jurisdicción propia y amplias libertades; numerosos monarcas, importantes personajes e incluso prelados las protegieron, y el propio san Vicente Ferrer los defendió en más de una ocasión. Los judíos ejercían la profesión de médicos o se dedicaban a los negocios, ocupando cargos de arrendadores de tributos o rentas públicas y otros de carácter financiero.

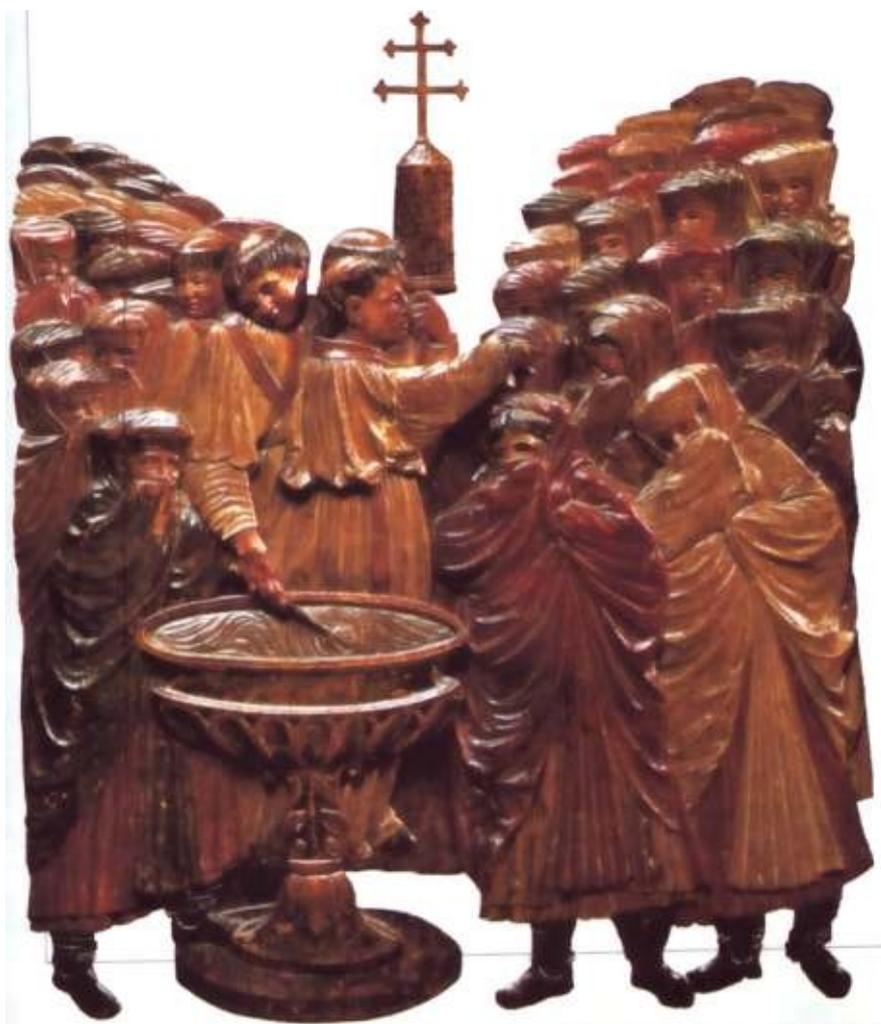
En los últimos años del siglo XIV, el odio popular se desencadenó contra ellos también en la Península Ibérica. Los judíos no resistieron la tempestad y, acaso por vez primera en la historia del pueblo de Israel, abjuraron en masa de su fe y se hicieron bautizar. Se calcula que, sólo en el reino de Aragón, unos cien mil judíos se convirtieron al cristianismo, y en Castilla el número de conversos fue equivalente, surgiendo así una nueva clase de ciudadanos, a quienes se llamó despectivamente «marranos» o «cristianos nuevos». Calmóse así la tormenta, ya que los cristianos de la época no odiaban al pueblo judío sino la religión mosaica, y los conversos gozaron de los mismos derechos que los «cristianos viejos», siendo admitidos al ejercicio de cargos públicos y a la ordenación sacerdotal, llegando a desempeñar elevadas dignidades en la corte, el gobierno o la Iglesia. Mediante enlaces matrimoniales, lograron pronto emparentar con familias burguesas, nobles e ilustres, y su importancia fue en aumento, debido en parte a las riquezas acumuladas por ellos a lo largo de los siglos.

Empezaron a circular rumores en torno a los nuevos cristianos, alegando que, de hecho, no eran verdaderos conversos y auténticos creyentes, y que nunca dejaron de practicar en secreto su antiguo culto. Los frailes de las Órdenes mendicantes profirieron desde el púlpito diatribas contra los semitas, a los que llamaban corruptores del pueblo. Exigieron meticulosas investigaciones y una drástica depuración para salvar la fe cristiana. Hacia 1460, un prelado se lamentaba de este modo: «Este país pulula de herejes, judíos y moros. ¡Señor, que tu mano tutelar proteja el rebaño, pues los lobos están ahora en la majada!».

Así fue caldeándose el ambiente hasta que, a mediados de marzo de 1473, estallaron motines y se desencadenó una espantosa matanza de conversos en Córdoba y otras poblaciones. El clima confesional fue cada vez más hostil a los hebreos y, en 1483, el mismo año en que fray

Tomás de Torquemada era nombrado inquisidor general, se decretó la expulsión de los judíos andaluces y, tres años después, la de los judíos aragoneses. En medio de esta tensa atmósfera de intransigencia, ocurrió el llamado «martirio del santo niño de la Guardia», infeliz muchacho sacrificado, crimen que se atribuyó a los hebreos y por el cual se procesó al judío Jucé Franco y a siete compañeros, hebreos y conversos. Aunque, en realidad, el proceso constituyó un verdadero error judicial, las apariencias exasperaron al populacho.

Emanaron del poder real disposiciones prohibitivas contra los hebreos, llegando a vedarles el trato con los cristianos. La reina Isabel alegaba que nunca un judío abrazaría la doctrina cristiana en su verdadero espíritu, y que después de hacerse bautizar solía convertirse en hereje, y la herejía era el mayor crimen en opinión de la soberana. Esta actitud no estaba sólo dictada por la convicción religiosa. Los israelitas conversos figuraban entre los súbditos más ricos, y a todos cuantos fueran condenados se les confiscarían sus bienes: de ahí una considerable fuente de ingresos para la Corona...



Bautismo de mujeres musulmanas en Granada. Retablo mayor de la capilla real, catedral de Granada (hacia 1521, por Felipe de Bigarny).

La expulsión de los judíos

El inquisidor Torquemada fue el alma de este rigor antisemita, pero antes de lograr sus propósitos hubo de imponer su opinión a los reyes, vacilantes aún en promulgar el decreto de expulsión, por no ignorar la importante labor que los judíos desempeñaban en sus reinos. Hubo también un forcejeo de resistencia por parte de hebreos y judaizantes para mantenerse en el país. Circuló el rumor de que Abraham,

rabino principal de Castilla, y el millonario Isaac Abrabanel, habían ofrecido un rescate de treinta mil ducados, para alejar la tormenta que se cernía sobre ellos. La Historia ha recogido la respuesta brutal de Torquemada ante tal propuesta, y la leyenda lo describe frente a los reyes arrojándoles con violencia un crucifijo y gritando histérico: «¡Ahí tenéis a Cristo y vendedle otra vez, por un puñado de monedas...!».

Lo cierto es que se promulgó el decreto especial de expulsión el 31 de marzo de 1492, en la propia ciudad de Granada, recién conquistada a los musulmanes, alegando entre otras razones el contagio perjudicial de las doctrinas judaicas y el proselitismo hebreo.²¹ Era la primera gran depuración española que acarrea la unidad de la fe en torno a la Iglesia católica, que llevaba ya tres siglos de absoluta dirección espiritual — del XII al XV—, pero que eliminaba de la vida social del país a los únicos grupos que hubieran podido recoger en Castilla el impulso del primer capitalismo que triunfaba ya en otros países europeos, socavando además la prosperidad económica de muchos municipios y comarcas españolas. Por otra parte, se aplicaban a todos los territorios peninsulares, indistintamente, soluciones rígidas a problemas que sólo afectaban a Castilla o que sólo en los reinos castellanos alcanzaban importancia o virulencia.

Se ha calculado que, hacia 1479, el número de judíos sumaba unas doscientas mil personas. Posiblemente, las tres cuartas partes de ellos emigraron a consecuencia del decreto de expulsión y la cuarta parte restante decidió convertirse. También emigraron muchos «cristianos nuevos» o conversos, cuya cifra se evalúa en un cuarto de millón de almas. Al parecer, unos dos mil perecieron sentenciados como judaizantes, en los autos de fe de la Inquisición, mientras unos veinte mil pudieron reconciliarse con la Iglesia.

A los hebreos que abandonaron el país les aguardaba una suerte desgraciada. Gran número de ellos cayeron en manos de piratas, cuando navegaban rumbo a Italia, Africa o Turquía, y otros naufragaron. Según un cronista, unas 35,000 familias se dispersaron por diferentes países y, aún hoy, viven en Salónica. Grecia septentrional, numerosos descendientes de los expulsados en 1492, que conservan en su lenguaje el vocabulario de aquel tiempo, imprimen en castellano antiguo sus periódicos y todavía guardan las llaves de sus viviendas de Toledo, Segovia, etc., en pleno siglo XX. Se les llama sefardíes y constituyen el rescoldo vivo de un mundo desaparecido. Los judíos que en aquella época pudieron juzgarse más afortunados fueron quienes lograron asentarse en Turquía. El sultán otomano consideró que tales individuos le serían muy útiles y no tuvo más que frases de desprecio para los soberanos españoles, lo bastante necios —según él. — para deshacerse de gentes tan activas.

Los mismos principios de insalvable intransigencia y estricta vigilancia se aplicaron a la población mudéjar de antiguo cuño, o a los moriscos de reciente incorporación. En 1502 dejaron de existir como minoría legal en Granada y reino castellano y, ante el dilema de convertirse o emigrar, optaron la mayoría por la

²¹ Parte preceptiva del edicto:

«Por ende, Nos en consejo e parecer de algunos prelados e grandes caballeros de nuestros reynos e de otras personas de ciencia e conciencia de nuestro Consejo, aviendo avido sobre ello mucha deliberación, acordaron de mandar salir a todos los judíos de todos nuestros reynos, que jamás tornen ni vuelvan a ellos, ni alguno dellos; e sobre ello mandamos dar esta nuestra carta, por la qual mandamos a todos los judíos e judías de cualquier edad que seyan, que viven e moran e están en los dichos nuestros reynos e señoríos, así los naturales dellos como los non naturales. (rue en cualquier manera e sombra ayan venido o estén en ellos, que fasta en fin deste mes de julio, primero que viene deste presente año, salgan con sus hijos e hijas, e criados e criadas e familiares judíos, así grandes como pequesios, de cualquier edad que seyan, que non seyan osados de tornar a ellos, de viniendo, nin de paso, ni en otra manera alguna; so pena de que, si lo non ficieren e complieren así e fueren fallados en los dichos nuestros reynos e señoríos, o venir a ellos en cualquier manera, incurran en pena de muerte e confiscación de todos sus bienes para la nuestra cámara e fisco; en las quales dichas penas caigan e incurran por el mismo fecho e derecho, sin otro proceso, sentencia nin declaración.»

conversión en masa, aunque sólo fuera oficialmente, y los restantes se dirigieron al norte de África. La cifra de los que permanecieron en España se calcula entre trescientos mil y medio millón, más de la mitad de ellos en los territorios de la Corona aragonesa.



Tomás de Torquemada

El Santo Oficio: hogueras y sambenitos

Queda ya indicado con anterioridad que la Inquisición no fue una institución de origen español, y la costumbre de quemar herejes fue un elemento de importación extranjera. Sin embargo, constituyó un poderoso resorte político-social para salvaguardar la unidad de la fe y el absolutismo regio, eliminando toda disidencia: en realidad, al concepto de «hereje» iba vinculado el de «rebelde» en la mentalidad de las gentes de aquellos siglos en que funcionó el Tribunal del Santo Oficio en tierras hispánicas.

Sabido es que se desarrolló en Francia en el transcurso de la lucha sostenida por la Iglesia durante los siglos XII y XIII contra diversas tendencias heréticas. Su forma definitiva y su confirmación datan del Concilio de Letrán (1215), en que se decidió que las autoridades seculares pudieran ejecutar las sentencias pronunciadas por los tribunales eclesiásticos contra los herejes, decretándose después que todo hereje que rehusara abjurar sus errores fuera quemado vivo. Desde entonces, la Inquisición constituyó la «última ratio» de la Iglesia para Alemania, Europa central, Flandes, Inglaterra y otros países. Conviene insistir que, hasta finales del siglo XV, no se implantó al sur de los Pirineos.

En 1478, Isabel la Católica solicitó del papa Sixto IV la bula de autorización del establecimiento de dicho Tribunal en sus reinos, que le fue concedida; la institución permanecería bajo su directa intervención y los bienes de los condenados —por supuesto— pasarían a la Corona. En septiembre de 1480, era implantada por Orden Real y, dos años más tarde, el propio pontífice nombraba ocho inquisidores para el reino de Castilla, entre ellos «Thomas de Turrecrematta Baccalaureus», es decir, el dominico fray Tomás de Torquemada, símbolo de intolerancia y fanatismo, que empezó a distinguirse dictando unos reglamentos u ordenanzas de cárceles con tanto rigor que

constituyeron modelo de crueldad. Al año siguiente era nombrado inquisidor general y convirtiéndose así en el hombre más temido de toda la península.

Nadie escapaba a sus pesquisas. En 1491 atrevióse incluso contra Luis de Santángel, inteligente ministro de Fernando, muy apreciado por este monarca y protector de Cristóbal Colón, sometiéndole a un proceso, obligándole a hacer penitencia pública y condenando a alguno de sus parientes. Torquemada llegó hasta rechazar los pingües arzobispados de Sevilla y Toledo que le ofrecieron para no abandonar sus funciones inquisitoriales, y en los quince años que duró su actuación fueron quemados unos 2000 herejes, en opinión del alemán Graetz, y 8800 según el historiador español Llorente. Debe añadirse que la Inquisición fue tan mal recibida en Aragón y Cataluña, que se produjeron motines populares, en uno de los cuales fue muerto el inquisidor Pedro Arbués, en Zaragoza.



El menor incidente podía acarrear a cualquiera ser denunciado a la Inquisición. Una mujer que pertenecía a una familia de cristianos nuevos fue acusada de haber rehusado comer carne de cerdo en sábado, lo que probaba a sus acusadores que practicaba en secreto los ritos de la religión mosaica. Ante el tribunal reconoció los hechos, pero aclarando que no comía tocino porque este alimento le sentaba mal. Tal explicación no fue admitida, aunque se demostró que decía la verdad. La mujer en cuestión compartió la suerte de cuantos negaban los crímenes que les eran imputados sin poder aportar pruebas suficientes de su inocencia: pasó al auto de fe, es decir, fue condenada a la hoguera.

El primer auto de fe tuvo efecto en febrero de 1481, en Sevilla, y se ha conservado una descripción detallada de otro que tuvo lugar en Toledo. El condenado era revestido con la camisa de los herejes, una tela de saco teñida de amarillo con una cruz roja delante y otra detrás; a todos los herejes se les obligaba a llevar la tal camisa, fueran condenados o no a la pena capital. Con tal vestimenta, debían recorrer en procesión las calles de la ciudad, empuñando un cirio encendido en señal de penitencia. A cada lado del condenado iba un dominico para exhortarle a abjurar sus errores. Los propios inquisidores participaban en el cortejo, precedidos de la bandera con la cruz verde de la Inquisición. El cortejo se dirigía a la catedral, ante la que se hallaban erigidas dos tribunas; en una de ellas tomaban asiento los inquisidores y en la otra,

próximos a ellos, los condenados. Asistían a una previa celebración del culto católico²²; después, se adelantaba un escribano del tribunal eclesiástico y leía en voz alta una declaración, manifestando que la Iglesia nada podía hacer ya por aquellos pobres descarriados y no tenía otro remedio que entregarlos al brazo secular.

Acto seguido, el cortejo se ponía en marcha y se dirigía al lugar de ejecución, generalmente situado en las afueras de la ciudad. Allí se hallaban preparadas varias hogueras, en torno a las cuales se apiñaba una enorme multitud. Cada condenado era atado a un poste y los frailes dominicos les presentaban la cruz exhortándoles por última vez a reconocer sus errores. Si abjuraban no escapaban por cierto a la hoguera, pero alcanzaban la arada de ser ahorcados antes de convertirse en pasto de las llamas. En otras ocasiones eran absueltos y reconciliados; entonces se les colocaba un «sambenito», especie de capotillo o escapulario, y en lugar suyo eran quemados unos cirios o algún libro.

Con la implantación del Tribunal del Santo Oficio se preparaba España para asumir su futuro papel de campeona de la Contrarreforma en las guerras de religión del siglo XVI. Por otra parte, debe observarse que, políticamente, constituyó un éxito: por vez primera en la historia de España, los monarcas pudieron centralizar un tribunal de tanta importancia salvando las barreras geográficas, en íntima dependencia cada elemento del binomio autoritario Monarquía-Iglesia. La Inquisición no pudo ser abolida hasta 1812, en las famosas Cortes de Cádiz; en un momento en que el liberalismo logró triunfar sobre estos poderes.

Demografía y vida social

Algunas cifras nos ayudarán a comprender la situación general hispánica y los fenómenos políticos y económicos que se produjeron a lo largo de esta etapa renacentista.

En primer lugar, la población total de la península pasaba de los nueve millones de habitantes: siete millones eran súbditos del reino castellano, un millón de los países de la Corona aragonesa, otro de Portugal y había cien mil habitantes en Navarra. Las crónicas de la época aluden, además, a una emigración de gentes procedentes del agro hacia las grandes ciudades, como dice Andrés Bernáldez, que describe con rudo realismo el éxodo registrado en los campos andaluces y castellanos a causa del hambre y de las malas cosechas. Acudían en especial a Sevilla y Valencia, que se acercaban ya a los cien mil habitantes. Barcelona contaba sólo unos 35,000; Córdoba, Granada, Valladolid, Toledo, Murcia, Salamanca, Palma de Mallorca y Perpiñán oscilaban entre 25,000 y 15,000, y Madrid, Medina del Campo, Játiva y otras, contaban unos diez mil residentes.

No obstante, cálculos aproximados nos indican que la mayoría absoluta de la población residía en el campo: un 83 % del total (unos siete millones) eran campesinos. Los menestrales, incluyendo los judíos y conversos —antes de ser expulsados— representaban el 12 %, o sea un millón de almas. Las clases medias urbanas, contando entre ellas a los ciudadanos propiamente dichos, a los mercaderes y eclesiásticos, llegarían al cuarto de millón, es decir, el 3,5 % aproximadamente. Quedaban en la cúspide de la pirámide social unos sesenta mil caballeros e

²² «...oiga la misa mayor, estando en ella en forma de penitente, en cuerpo, sin cinto y sin bonete, con una vela de cera encendida en las manos y una sogá al pescuezo, y con una mordaza en la lengua, o con una corozá...».

«acabada la misa, ofrezca la vela al clérigo que la dijere; y fecho esto, sea sacado caballero en un asno, desnudo de cintura arriba, con las dichas sogá y corozá, y traído por las calles públicas acostumbreadas desta ciudad, y en voz de pregonero que publique su delito, le sean dados azotes...».
(*Formularios parte dispositiva de las sentencias del Tribunal de la inquisición.*)

hidalgos, igual número de patricios urbanos o aristócratas de las ciudades, y la alta nobleza, con medio millar de magnates.

Estos últimos procedían en su mayor parte de ramas familiares salidas de la dinastía regia por línea segundona o bastarda, en épocas más o menos recientes, y su privilegiada situación social y económica vióse consolidada por diversas disposiciones legales. Así, las llamadas Leyes de Toro, en 1504, confirmaron la facultad de establecer «mayorazgos», o sea la transmisión hereditaria que vinculaba la propiedad en el primogénito de la familia, similar al «hereu» catalán. Los monarcas favorecieron los enlaces matrimoniales entre las nobles familias españolas, lo que provocó la concentración de la propiedad, creando los latifundios. A costa de esta ratificación en su poderío económico-social, de la conservación de sus privilegios, encomiendas y señoríos, la levantisca aristocracia hubo de renunciar a sus veleidades políticas y desenfrenadas ambiciones. En cuanto a la pequeña nobleza, compuesta por gentileshombres, caballeros y «ciudadanos honrados», mucho más numerosa, proporcionó a la monarquía hispana sus mejores capitanes y funcionarios, y a la Iglesia el mayor contingente de jerarquías.

Las clases medias se vieron también favorecidas por los reyes y, aunque numéricamente débiles, dirigieron las organizaciones gremiales, compartieron con la nobleza el gobierno de las ciudades, e impulsaron la industria y el comercio, gracias a una política proteccionista. A consecuencia de la expulsión de las clases medias disidentes —judíos y conversos— quedaron sensibles huecos en el mundo financiero de Castilla, en los cargos públicos de la corte y municipios y en el escalón superior del artesanado, posiciones clave que habían ocupado antes. En cuanto a las masas artesanas, muy afectas a la monarquía, y clases modestas urbanas, braceros y jornaleros, fueron integrándose en los gremios e instituciones similares, y su existencia no parece que fuera en exceso dura, siempre que pudieran trabajar.

Resulta de todo punto imposible generalizar acerca de la situación social del campesinado, ya que mediaba un abismo entre los «ricos labradores» o campesinos grandes propietarios Camacho cervantino o el Pedro Crespo calderoniano—, y la gran masa de cultivadores y pastores diseminados a lo largo y a lo ancho de la geografía peninsular. Algunas medidas liberales y oportunas zanjaron viejos problemas y atendieron antiguas reivindicaciones campesinas. Por desgracia, la articulación latifundismo-Mesta, es decir, el sistema de grandes propiedades pertenecientes a un solo dueño, unido a la decidida protección al régimen pastoril —«la ganadería es la principal subsistencia destos reynos», se decía— explican que la gran masa campesina castellana constituyera el escalón más débil y pobre de la sociedad española de los siglos XV al XVII, y su claro símbolo es el típico destripaterrones: cualquier Sancho Panza, bonachón, crédulo y analfabeto.

Agricultores y ganaderos

Acaso convenga insistir algo más acerca de este último punto. El cronista Lucio Marineo Siculo observó, en la Castilla de los Reyes Católicos, que un tercio de las rentas del país pertenecía a la Corona; otro tercio a la aristocracia, y el restante a la Iglesia. Como en el Egipto de los tiempos faraónicos: ni más, ni menos.

Una distribución del suelo entre los grupos sociales tremendamente desastrosa, aun en aquellos siglos. Únicamente el 2 ó el 3% de los españoles, los que ocupaban la cúspide en la jerarquía social, poseían el 98 ó el 97 % del suelo peninsular y, como siempre la tierra significó riqueza, es fácil deducir las consecuencias correspondientes. Puede también valorarse este desnivel económico-social mediante una simple comparación proporcionada: los magnates disponían de una renta anual equivalente o superior a los veinte mil ducados, y un ducado venía a representar el salario semanal de un obrero especializado. Es decir, que un miembro de la nobleza poseía cuatrocientas veces más de lo que necesitaba para mantenerse una familia razonablemente situada, desde el punto de vista económico.

Este irritante «capitalismo en tierras» se veía aún agravado por la cuestión ganadera. En Castilla, los monarcas se habían decidido en forma resuelta por una

política económica favorable al ganado ovino, con el propósito de regular el comercio lanero en forma monopolística. Por de pronto se trataba de una medida económica fácil y estragadora, por implicar la exportación de una materia prima que se sustraía al desarrollo de la pañería nacional. Una contradicción fatal entrañaba aquel sistema ganadero latifundista, incompatible con el despliegue industrial, a pesar de las medidas proteccionistas de los poderes públicos. Además, se perjudicaba a la agricultura: a los labradores se les prohibían los acotamientos, sus necesidades vitales quedaban asfixiadas, el sistema repercutía sobre la deforestación peninsular y los páramos iban sustituyendo a los antiguos bosques.

En los países de la corona de Aragón, las medidas adoptadas fueron el reverso de la medalla con relación a Castilla. Una decisión de las cortes, en 1511, prohibió el paso de rebaños por las tierras de cultivo. En cuanto al problema agrario, la prudencia política de Fernando obtuvo un silencioso triunfo con la sentencia arbitral de Guadalupe (1486), que confirió al campesinado la propiedad útil de la tierra, dejándole al señor de la misma el mero dominio jurisdiccional, lo que permitió el acceso a unos cincuenta mil labradores a la propiedad agraria media.

Fue la solución del llamado problema o cuestión de los "payeses de remensa" o campesinos redimirlos —del latín *reminentia*—; agricultores que deseaban desembarazarse de los "malos usos" o abusos de los señores semif feudales, y que lo consiguieron al fin, triunfando así la primera revolución agraria de la Edad Moderna; revolución en cierto modo también social, por representar una revaloración de la dignidad humana y la transición de una a otra época histórica. Instituyóse un sindicato de remensa (1488-1508), organismo que logró paz en el campo y un desarrollo pujante de la payesía, columna vertebral catalana durante cuatro siglos y que explica la carencia de subversiones de carácter agrario en el país.

Los enfoques económicos

Queda indicado cómo el negocio lanero y los privilegios de la Mesta (conjunto de los dueños de ganado) tuvieron como consecuencia la aplicación de eriales y cotos cerrados a la actividad agrícola. La producción agraria no respondió a las necesidades alimentarias y, desde 1502, fue preciso tasar cereales y granos, y años después hubo que realizar crecidas importaciones de trigo.

Sin embargo, se atravesaba una coyuntura favorable, ya que, como observa Juan Reglá, la obra restauradora de los Reyes Católicos se veía facilitada por la primera oleada de recuperación económica en el Occidente europeo, con posterioridad a la grave depresión experimentada en el último cuarto del siglo XII y la casi totalidad del XV. Época en que los países de la corona aragonesa también sufrieron los efectos de la crisis general, mientras Castilla lograba zafarse de la depresión del mundo occidental, gracias precisamente a sus reservas laneras. Ello constituyó uno de los factores determinantes, junto con el respectivo potencial demográfico—siete millones de habitantes en los reinos de Castilla y un millón sólo en Aragón—que contribuyeron al papel hegemónico castellano a partir del siglo XV.

Parecía que con la unión personal y dinástica castellano-aragonesa se llegaría a una satisfactoria y completa articulación económica peninsular. Los países de la corona de Aragón podrían exportar tejidos, hierro, coral y especias a Castilla, importando por su parte las lanas y otros productos de la Meseta y no había, ciertamente, animadversión alguna de los castellanos hacia tal régimen de intercambio. Pero las cortes de Castilla, dominadas por los intereses ganaderos, se negaron a admitir a los súbditos de la Confederación catalano-aragonesa, en pie de igualdad, en las ferias de Medina del

Campo, con otras inhibiciones que provocaron tal aislamiento que ambas vertientes de la economía peninsular—la atlántica y la mediterránea—acabaron viviendo virtualmente separadas hasta finales del siglo XVIII. Ahora bien, quienes más contribuyeron a iniciar esta descompensación fueron los genoveses, dispuestos a impedir la integración económica hispana.

Los genoveses habían sido rivales de la corona de Aragón en el Mediterráneo y aliados tradicionales de Castilla, cuyos monarcas necesitaban el apoyo de sus ricos banqueros. Incluso antes de la conquista de América por los españoles, los capitales emigraban de España, lo que dio motivo a que, en 1499, y para evitar la salida de importantes cantidades en metálico, se promulgara una ley en defensa del capital nacional, prohibiendo a los extranjeros dedicarse a las actividades bancarias. Una disposición totalmente inútil: durante el primer tercio del siglo XVI, los genoveses eran dueños de los grandes negocios no sólo en la zona oriental de la península, sino en casi toda ella: prestaban sumas importantes, se adueñaron del tráfico de la seda, monopolizaron el comercio interior de cereales, de las lanas y el acero, y algunas aduanas se hallaban también en sus manos.

El descubrimiento de las minas americanas no remedió la situación económica española. Las continuas guerras exteriores y la miseria general agrícola dilapidaron el abundante oro de ultramar que la fortuna brindó con tanta generosidad a Castilla.

La necesidad de incrementar los recursos del Estado promovió la reorganización de la hacienda española. En el seno del Real Consejo de Castilla, los reyes Isabel y Fernando crearon la "Sala de Contadores Mayores de los libros de la Hacienda y Patrimonio Real", sección de la que se hizo cargo un entendido burócrata, Alonso de Quintanilla, gracias al cual las rentas aumentaron de un modo prodigioso. No por ello hubo reformas encaminadas a una más justa tributación: los pecheros, el pueblo, siguió abrumado con todos los impuestos derivados de épocas anteriores, mientras los estamentos próceres disfrutaban sus privilegios, inmunes y libres de toda carga y contribución. Una nueva fuente de recursos surgió entonces: la Bula de la Santa Cruzada, obtenida por los Reyes Católicos—en época en que tocaba a su fin la Reconquista—, para luchar contra los infieles, y que produjo sustanciales beneficios al fisco.

En cuanto a las industrias nacionales, en especial la de pañería, se adoptó un régimen estrictamente proteccionista, prohibiéndose por completo la importación de paños extranjeros; los privilegios concedidos a la Mesta, además, se ordenaban al menos teóricamente a obtener en abundancia la materia prima para las fábricas nacionales. Por otra parte, se reglamentaron los gremios y se cursaron pragmáticas sobre los mismos, en que se regulaban incluso las circunstancias sobre la existencia, régimen, derechos y deberes del agremiado, así como los sistemas y maneras de fabricación.

En los países de la corona de Castilla destacaban las industrias metalúrgicas en el norte pañería en la zona central y la seda en Granada: en los de la Confederación catalano-aragonesa, las tejidos catalanes y las sedas valencianas. Armamentos, en particular espadas, se fabricaban un poco en todas partes, y así, en la famosa obra *La Celestina*, se lee: "Si mi espada dixesse lo que haze, tiempo le faltaría para hablar. ¿Quién sino ella puebla los más cimiterios? ¿quién haze ricos los cirujanos fiesta tierra? ¿quién da continuo que hazer a los armeros? ¿quién destroca la malla muy fina? ¿quién haze rica de los broqueles de Barcelona? ¿quién revana los capacetes de Calatayud, sino ello? que los caxquetes de Almazán, assí los corta, como si fuessen hechos de melón. Veinte años ha que me da de comer; por ella soy temido de hombre e querido de mujeres..." Un pequeño inventario ilustrativo de una industria que gozaba de gran fama.

La producción industrial impulsó un activo comercio hacia Portugal, norte de África, Sicilia y Egipto, y en cuanto se descubrió América, también hacia las Antillas. Se dictaron disposiciones prohibitivas contra las mercancías extranjeras, al paso que se fomentaba la exportación de productos nacionales. En cuanto a los transportes, se

atendió al progreso de la marina mercante, concediendo primas a navieros y armadores que construyesen naves de más de seiscientas toneladas y vedando la enajenación al extranjero de buques construidos en España. Anticipándose en siglo y medio a la famosa "Acta de Navegación" del dictador británico Cromwell, se prohibió el transporte en naves extranjeras cuando las hubiera españolas disponibles en el mismo puerto de embarque. A principios del siglo XVI, la flota mercante hispánica contaba con cerca de un millar de unidades y los puertos de Vizcaya y Guipúzcoa exportaban minerales a Inglaterra y a Flandes. Pero cabe recordar que el litoral levantino era visitado de continuo por los genoveses, que tenían establecidas en él numerosas empresas bancarias.

Este incremento de la producción industrial y mercantil se reflejó en un cierto aumento de las divisas en el transcurso del reinado de los monarcas Católicos. Empezó a considerarse que la riqueza emanada de fuentes distintas de la propiedad del suelo tenía también su importancia. Iniciábase en el Occidente europeo el movimiento capitalista internacional.

CAMPAÑAS MILITARES Y POLÍTICA INTERNACIONAL

Política de puertas afuera

Mientras las fuentes de riqueza experimentaban el beneficioso estímulo de la restauración del orden público y las posibilidades de nuevos y remotos mercados, se entraba en una fase de renovación política y económica, y las monarquías autoritarias afirmaban los poderes del Estado. En la Europa central, a partir de 1460, adquieren rápido auge las explotaciones mineras que permiten emprender una política de saneamiento monetario que enriquece a muchas familias, en particular alemanas. Con todo, salvando fronteras políticas y compartimientos económicos, Occidente despierta a una economía auténticamente europea, al propio tiempo que adquiere conciencia de su civilización renacentista y de su misión en el mundo. El tránsito del siglo XV al XVI es la época testigo de un intento de sacudirse prejuicios medievales, esforzándose en alcanzar el pleno reconocimiento de la personalidad humana.

Como han señalado Reglá y otros historiadores, la sustitución del pluralismo político medieval, por la monarquía hispánica moderna —aun sin lograr la incorporación de la esencial pieza lusitana— estuvo acompañada por una vigorosa política internacional que sentó las bases de la hegemonía española durante el siglo XVI. En su régimen mancomunado, Castilla y Aragón se beneficiaron de aquel sistema de unión política personal, que, respetando individualidades políticas, las empleaba en común colaboración. Así, Fernando el Católico pudo disponer de bazas excelentes en el juego diplomático europeo y, con el apoyo castellano, pudo lanzare a empresas exteriores —como las italianas— con un aplomo y una firmeza en sus evoluciones que carecieron sus precursores aragoneses, incluso su propio tío Alfonso V el Magnánimo, conquistador de Nápoles. Precisamente logró rescatar este reino de la dinastía bastarda aragonesa, maniobrando con inteligencia; unas veces aliándose con los reyes de Francia, o confabulándose otras contra ellos, junto con la Santa Sede y las pequeñas potencias italianas.

Cabe citar, como factor decisivo en esta política de puertas afuera, la aparición de un ejército español perfectamente constituido. Había surgido en el transcurso de los diez años de la guerra de Granada como primera escuela práctica y, con ocasión de las guerras de Italia, inició su actuación en los teatros de guerra europeos, donde lograría mantener la hegemonía española durante siglo y medio. Fue en la península Itálica donde, por vez primera, consiguió el ejército

español su consistencia definitiva, merced a las reformas estratégicas y tácticas que introdujeron los más capacitados jefes de la época, Pedro Navarro, Hugo de Moncada y el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.

Contribuyeron a reforzar la potencialidad de las fuerzas armadas españolas otros factores, como la fijación de tropas a sueldo y el procedimiento de reclutamiento, a base de un alistamiento general del reino con arreglo a la población, destinando a la milicia la duodécima parte de todos los vecinos útiles de veinte a 45 años de edad, y designando los mismos concejos a quienes debían efectuar servicio efectivo. Se crearon cuerpos ordinarios y permanentes de caballería, y para los de infantería quizá se tomó como ejemplo a los famosos cuerpos suizos, maestros de Europa en aquel entonces. Más tarde fueron estas tropas el nervio principal del ejército, los tercios españoles, que señorearían una gran parte del continente.

Se organizó también la artillería, cuya primera materia fue facilitada por las minas de azufre almerienses, aportándose también pólvora de Valencia, Barcelona, Portugal, Flandes y Sicilia. Aumentó el número de cañones y se mejoró su construcción, dando más conveniente proporción a los calibres, aminorando el peso de los cuerpos arrojadizos y procurando que las baterías hiciesen mayor número de disparos.

Granada: se cierra un paréntesis

En el sur de la península Ibérica conservábase aún una ínfima porción de aquel imperio árabe que en otros tiempos llegó hasta los Pirineos: el reino nazarí de Granada. El último territorio ocupado por los moros en España no era muy grande en verdad, pero sí poderoso y rico. Los cronistas, tanto cristianos como árabes, no dejan de elogiar la suavidad de su clima, la fertilidad de sus campos, los vinos deliciosos, los frutos y especias de Granada, que se vendían a buen precio en los puertos mediterráneos. En estas comarcas afortunadas, la antigua y noble civilización musulmana había conservado su prestigio, y los granadinos poseían en el siglo XIV un nivel cultural quizá superior al de los pueblos de Castilla y Aragón.

Desde su fundación, en tiempos de Fernando III, el reino de Granada había sido un país-asilo, adonde acudían fugitivos y aventureros procedentes de uno u otro lado del estrecho de Gibraltar. El ideal de reconquista, tan pujante en el siglo XIII, fue decayendo en el transcurso de los siglos del gótico y, si no del todo olvidado, de hecho hallábase en un estancamiento total. La tradición reconquistadora, la necesidad de dar cauce a las energías de la nobleza, ganar tierras a los mahometanos que amenazaban en convertir al Mediterráneo en lago turco, y el completar una obra de siglos, impulsaron a los Reyes Católicos a cerrar un paréntesis abierto tanto tiempo atrás. A tal efecto, les sirvió de pretexto para la guerra la negativa de los soberanos granadinos a pagar los tributos o parias que debían a los soberanos de Castilla, así como la toma por sorpresa de la plaza de Zahara (1481) por parte de los musulmanes, rompiendo una tregua establecida entre ambos bandos; aunque, en realidad, ya había sido violada antes por los propios cristianos en las cercanías de Ronda.

En su política interior, el reino de Granada se hallaba agitado por una guerra civil, animada por los propios reyes de Castilla y promovida por las rivalidades entre Muley Hassan, su hijo —llamado Boabdil el Chico en las crónicas castellanas—, y un tío de éste, Abdallah, el Zagal. Los tres aspiraban al poder soberano en el reino granadino, y sus discordias contribuyeron a que éste cayera en roanos de los Reyes Católicos.



Rendición de Granada. Cuadro de Francisco Pradilla.

La larga campaña granadina comprendió cuatro fases sucesivas: la primera, hasta 1486, abarcó la reconquista de los territorios occidentales de la serranía (Alhama, Ronda, Setenil, Alora, Coín, Cártama, Loja, Illora y Moclín); la segunda (1486-1489) siguió profundizando en la misma dirección (Málaga, Vélez-Málaga, Castel de Ferro, Salobreña, Almuñécar y Padul); la tercera (1488-1489), complemento de la anterior campaña, consistió en la espectacular correría y conquista de extensos territorios orientales (Huesca, Vélez-Blanco, Vélez-Rubio, Huércal, Vera, Mojacar, Purchena, Baza, Almería y Guadix); la cuarta y última (1490-1491) tuvo como teatro Santa Fe, la vega de Granada y el corredor montañoso hasta el mar.

Entre los hechos de armas más notables, figura el de la toma de Alhama (1482), que tanta pesadumbre ocasionó a los musulmanes, reflejada en uno de los más populares romances fronterizos que se cantaron en aquel entonces:

*Paseábase el rey moro - por la ciudad de Granada,
desde las puertas de Elvira - hasta las de Bibarrambla.
Cartas le fueron venidas - de que Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego - y al mensajero matara,
¡ay de mi Alhama!
Hombres, niños y mujeres - tan gran desdicha lloraban;
lloraban las damas todas -, cuantas había en Granada,
¡ay de mi Alhama!...*

Sufrieron aquel mismo año los cristianos un desastre en Loja y, al siguiente (1483), otro en la montañosa comarca de la Axarquía. En cambio, la caída de Ronda fue obra maestra del arte militar de Fernando, como de su astucia lo fue el devolver la libertad a Boabdil, apresado en Lucena, que regresó a Granada y provocó allí una guerra civil entre los musulmanes, situación que favoreció los planes de los cristianos. La conquista de Baza fue muy costosa, pero constituyó la pieza maestra para el asentamiento definitivo del cerco de la capital granadina.

El último episodio de la conquista de Granada se inició con el definitivo campamento de los cristianos en la recién fundada ciudad de Santa Fe, desde donde dirigieron las operaciones de asedio contra la capital. Unos y otros jefes, cristianos y musulmanes, llevaron a cabo en la vega granadina hazañas heroicas y caballerescas, que recogieron los romances con más divulgación popular que la propia historia, y, por último, acosados por el hambre y sin esperanzas de auxilio, capitularon los granadinos.²³ Boabdil entregó las llaves de la ciudad a los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492.



La aurora de un mundo nuevo

El mismo día de la entrada de los Reyes Católicos en Granada, un hombre poco menos que desconocido entonces, llamado Cristóbal Colón, asistía al triunfo de las huestes cristianas. Sentía satisfacción, no sólo por el objetivo logrado en el comienzo de aquel histórico año (1492), sino porque acaso aquellos, monarcas pudieran atender

²³ Los términos de la capitulación fueron ampliamente generosos; pero, por desgracia, sus cláusulas no se cumplieron. Véanse unos ejemplos:

XII. Ítem, es asentado e concordado que ningún cristiano sea osado de entrar en casa de oración de los dichos moros, sin licencia de los alfaquíes, e que si entrare sea castigado por sus Altezas.

XXX. Ítem, es asentado e concordado que si algún moro toviere alguna cristiana por mujer que se haya tornado mora, que non la puedan tornar cristiana sin su voluntad della; e que sea preguntada si quiere ser cristiana en presencia de cristianos e moros; e que en lo de los hijos e hijas nacidos de las romias se guarden los términos del derecho.

XXX. Ítem, es asentado e concordado que a ningund moro nin mora non fagan fuerza a que se torne cristiano ni cristiana.

mejor a sus proyectos y proporcionar la ayuda necesaria a sus ideas, que con el tiempo alumbrarían un mundo nuevo.

Hacia ya siete años que aquel cosmógrafo y marino brujuleaba en la corte, esperando le fueran admitidas sus proposiciones, en las que se habían interesado numerosos e importantes personajes del mundo castellano. Se consideraba poseedor de una fórmula infalible para lograr la solución del problema que a todo el mundo cristiano obsesionaba por entonces, desde que los turcos ocuparan Constantinopla en 1453: hallar una ruta más corta para llegar a la India y al Asia oriental. Los portugueses lo intentaban siguiendo a lo largo el litoral africano y en tal sentido se orientaron sus esfuerzos durante todo el siglo XV.

Colón se basaba en la idea, expuesto ya por otros cosmógrafos como Toscanelli, que suponía que la distancia terrestre entre las costas occidentales de Europa y las orientales de Asia —siguiendo la dirección de poniente a levante— era aproximadamente de dos tercios de la esfera terrestre. Como consecuencia, la ruta marítima desde las costas occidentales de Europa, marchando hacia el Oeste, hasta alcanzar el litoral de Asia, comprendía el tercio restante, unos 130°, o sea la mitad del camino. Naturalmente, Colón ignoraba que esta distancia es en realidad de 210°, en vez de los 130° que él suponía.

Notables cosmógrafos y hábiles marinos, los portugueses rechazaron el proyecto de Colón; en 1487, una junta de técnicos reunida en Salamanca emitió también dictamen desfavorable al proyecto y, cuatro años después, volvió a ser rechazado en la recién fundada localidad de Santa Fe, poco antes de la conquista de Granada.

Sin embargo, gracias a la insistencia de fray Juan Pérez, antiguo confesor de Isabel la Católica, la reina consintió en recibirle y escucharle de nuevo. Las pretensiones de Colón parecieron desmedidas, y ello constituyó un obstáculo para las negociaciones: el cosmógrafo reclamaba para sí y sus descendientes títulos de almirante y virrey de las tierras que descubriera, además de una elevada participación en las rentas que aquellos hipotéticos países pudieran producir. Las negociaciones quedaron rotas en más de una ocasión, hasta que por fin, en abril de 1492, se firmaban los convenios entre los Reyes Católicos y Colón, en que se puntualizaron los términos y acuerdos favorables a la empresa.

Para la reina Isabel, ello significaba un nuevo campo de acción en el desenvolvimiento de su actividad política y, sobre todo, emular las exploraciones marítimas de los portugueses. Allegáronse recursos, no demasiados, para el logro de aquel intento en cuyo feliz resultado pocos creían y, unos meses después, en agosto del mismo año (1492), Colón se hacía a la mar hacia el Oeste con sólo tres naves parcamente equipadas para tan arriesgada empresa. Con grandes dificultades regresó Colón a dar cuenta de sus descubrimientos a los soberanos, quienes le recibieron en Barcelona con todos los honores. Asomaba el alba de un nuevo mundo, no sólo para España, sino para la Humanidad entera: el descubrimiento de América, uno de los acontecimientos más importantes de la Historia.²⁴

Como es lógico, Colón no llegó a las Indias orientales y los científicos quedaron sorprendidos al verle regresar con evidentes pruebas de haber hallado tierras, que él en su terquedad siguió llamando «Indias», pero que los geógrafos pensaron serían islas o archipiélagos en pleno océano. Para los Reyes Católicos, lo esencial era que había encontrado tierras que conquistar y explotar y que éstas engrandecerían a Castilla, confiriéndole así una primacía sobre Portugal y sobre Europa.

²⁴ En el tomo VI de la presente colección, titulado *Descubrimientos y reformas*, se trata con mayor detalle y amplitud de Cristóbal Colón y del descubrimiento de América.

Milicia española en Italia

Dícese que el rey francés Luis XII se quejaba un día que Fernando el Católico lo había engañado en dos ocasiones, y que cuando se enteró el monarca aragonés, exclamó con sarcasmo: "Ese borracho miente. No han sido dos veces, sino diez, por lo menos, las que he conseguido engañarle..."

Con razón o sin ella, Fernando adquirió reputación de príncipe frío e inaccesible y considerado como el político más hábil y menos escrupuloso de su tiempo. Lo cierto es que su conducta fue siempre de exquisita finura mediterránea, y pudo demostrarlo en el vidrioso problema de Italia y en la conquista de Nápoles, episodio de la permanente lucha con Francia mantenida por la corona de Aragón desde los tiempos de las Vísperas Sicilianas. Los beligerantes son los mismos que en el Rosellón, y en ambos episodios se toma pretexto de vínculos dinásticos. Pero no es difícil observar que Nápoles, en manos francesas amenazaba Sicilia y constituía un peligro para la marina española, y cuando la costa del mar Tirreno corrió el riesgo de caer en poder de Francia, acudió a impedirlo Fernando, aliándose con las pequeñas potencias italianas u obrando por cuenta propia.

La Italia renacentista ofrecía un triste cuadro político, intrigando sus gobiernos entre particulares intereses, bastardas ambiciones y deleznable codicias, turbio ambiente del que ni siquiera se libraba la Santa Sede; con todo, algunos historiadores sólo se detienen en sus manifestaciones artísticas y culturales, prosperidad y brillantez externa. A dominar en un ambiente tan espectacular aspiró Carlos VIII de Francia, emprendiendo una expedición al estilo de los poemas de los caballeros de la Mesa Redonda. Como medida previa, quiso obligar moralmente a Fernando y paralizar toda reacción suya, devolviéndole los territorios usurpados del Rosellón y la Cerdaña. "No comprendía —comenta Voltaire— que una docena de pueblos contiguos al territorio propio valen más que un reino a cuatrocientas leguas de distancia."

La conquista de Nápoles por los franceses fue transitoria y efímera, y Carlos VIII hubo de evacuar Italia ante una coalición de potencias europeas desencadenada contra él, en que participó Fernando. En 1495, el rey Católico envió un jefe excepcional a tierras italianas, Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, quien inició sus campañas con la acción adversa de Seminara, de la que pudo desquitarse en toda su posterior actuación, "no menos prudente en el consejo que atrevido y resuelto en la pelea", como observa el historiador Guicciardini. Dueño de toda la Calabria, avanza por la región de la Basilicata, entra en Nápoles y conquista el reino entero en menos de un año, aunque hubo que repartirlo luego con los franceses, por consideraciones de política internacional, quedándose ellos con las regiones de Campania y Abruzos y los españoles con las de Apulia y Calabria.

No duró mucho la concordia entre Fernando de Aragón y el nuevo monarca francés Luis XII, sucesor de Carlos VIII. Se reanudó la guerra a causa de cuestiones surgidas acerca del reparto de las comarcas de la Basilicata y la Capitanata. Se retiró el gran capitán en 1502 a la plaza fuerte de Barletta, adiestrando allí a sus tropas y preparándose a nuevas campañas en las que desconcertaría a sus enemigos. "Las evoluciones tácticas y las formaciones de combate en que adiestró a sus tropas eran sencillas —observa el historiador militar Martín Arrúe—, y su tendencia, obtener, gracias a esa sencillez, rapidez en las maniobras; porque para él era ya axioma táctico que, en iguales condiciones estratégicas, vence siempre el ejército más maniobrero." A Barletta fue a sitiarse el ejército francés del duque de Nemours, pero no pudo tomar la plaza; poco después se enfrentaba el duque con Gonzalo de Córdoba en Ceriñola (abril

de 1503), donde venció al Gran Capitán y murió el duque francés en combate. El 16 de mayo entraba en triunfo el general español en Nápoles.



El Gran Capitán ante el cadáver del duque de Nemours, en Ceriñola. 1503.

Luis XII de Francia apresta un nuevo ejército, al mando del duque de La Tremouille, que exclama jactancioso al entrar en Italia: "Daría veinte mil ducados por encontrar al Gran Capitán en el campo de Viterbo", a lo que replicó un embajador humorista: "Doble hubiera dado el duque de Nemours por no haberle encontrado en Ceriñola..." Y, en efecto, durante los dos últimos meses de 1503, la asombrosa campaña militar del río Garellano, desplegada por Gonzalo de Córdoba, lograba tan gran éxito que, en el primer día del año 1504, los franceses capitulaban en Gaeta y abandonaban para siempre la Italia meridional. Por su parte, Gonzalo de Córdoba arrestó en Castelnuovo a César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, y lo envió con buena escolta a España.

Alianzas y política matrimonial

Los Reyes Católicos practicaron el sistema de alianzas matrimoniales, aunque fueron bastante desdichados con sus hijos. Habida cuenta de las ventajas que suponía la unión política de Portugal con el resto de la península, concertaron el matrimonio de su primogénita Isabel con Alfonso, hijo del monarca portugués Juan II, pero el príncipe falleció a los ocho meses de efectuarse el enlace. Con todo, no se abandonó el proyecto de solidarizar por medio de un nuevo enlace matrimonial ambos Estados, y se aprovechó la circunstancia que el nuevo monarca lusitano, Manuel I, se había enamorado de Isabel. Aunque a ella le repugnaba contraer segundas nupcias, se celebraron éstas en la localidad fronteriza de Valencia de Alcántara.



El caballero francés Bayardo "sin miedo y sin tacha", combatiendo a fuerzas superiores en Garellano (Garigliano).

El regocijo en ambas cortes también fue breve esta vez. Fruto del matrimonio fue el príncipe Miguel, en quien se unían los derechos a la sucesión de España y Portugal, pero la muerte se cebó de nuevo en la regia familia: Isabel falleció de parto, y el príncipe, poco después. Con singular tenacidad, repitieron los Reyes Católicos la experiencia y, viudo el monarca portugués, contrajo matrimonio con María, otra hija de los Reyes Católicos. No pudo aún realizarse la soñada unión peninsular, pero preparó el camino para un siglo más tarde.

En su política de cerco contra Francia, los reyes Fernando e Isabel entrelazaron una doble alianza con la corte de Austria, muy aficionada a este mismo sistema de las bodas regias, como ya rezaba su propio lema: *Bella gerant alii; tu, felix Austria, nube*

(Deja las guerras a otros y tú, feliz Austria, concierta matrimonios). En esta ocasión se casaron un hijo del emperador Maximiliano, llamado Felipe I el Hermoso, con Juana, hija de los Reyes Católicos, que heredaron al fin la corona de Castilla; y también una hija del mismo emperador, llamada Margarita, con el príncipe Juan, único hijo varón de Fernando e Isabel. La princesa Margarita ya había estado desposada con Carlos VIII de Francia, pero el matrimonio no pudo consumarse, y cuando la princesa navegaba de Flandes a España para contraer nuevas nupcias; se desencadenó una tempestad que estuvo a punto de hundir la nave. Sin perder ni un instante su buen humor, en aquel peligro de muerte que la amenazaba, Margarita escribió en verso su propio epitafio, que decía así: "Aquí yace Margot, la gentil damisela, que tuvo dos maridos y es todavía doncella..."

Llegó Margarita a España y se casó con el príncipe Juan, pero tampoco estas bodas tuvieron feliz desenlace. La princesa era hermosa y robusta, y el muchacho, de naturaleza enclenque, que debió alimentarse de comidas delicadas y fue criado como enfermo. El hecho es que el matrimonio perjudicó al ya débil príncipe Juan, y los médicos se alarmaron ante la palidez y decaimiento del príncipe. De acuerdo con el monarca, propusieron poner trabas al régimen conyugal principesco y separar a los herederos del trono español por una temporada; pero, adoptando la reina Isabel una actitud intransigente y alegando que "lo que Dios unió no lo separe el hombre", se opuso a tan prudente medida. El resultado fue que poco tiempo después, el 4 de octubre de 1497, moría a los veinte años de edad y consumido de fiebre el príncipe Juan, sin otra persona a la cabecera del lecho que su padre, el rey Fernando, con el alma destrozada ante el derrumbamiento definitivo de sus ilusiones paternas y políticas.

La misma maniobra de encerrar al reino francés en un círculo de países hostiles movió la idea del matrimonio de la más joven de las hijas de los monarcas españoles, la princesa Catalina, con Arturo de Inglaterra, príncipe de Gales. Recién fallecido éste, persistieron en la idea del enlace con la corte inglesa, y Catalina celebró sus bodas. en noviembre de 1501 con Enrique VIII, hermano de Arturo, matrimonio que acabó en escándalo, divorcio, cisma anglicano y en un desastre igual o peor que los anteriores, convirtiéndose la corona inglesa en corona de espinas para la desdichada princesa española.

Muerte de Isabel y época de las regencias

En noviembre de 1504 murió Isabel la Católica en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, a los cincuenta y cuatro años de edad y treinta de reinado. Fue enterrada en la capital granadina, que tanto ahínco puso en reconquistar, a tenor de una de las cláusulas de su testamento: "Mi cuerpo sea sepultado en el monasterio de San Francisco, que es en el Alhambra de la ciudad de Granada... en una sepultura baja que no tenga bulto alguno, salvo una losa baja en el suelo, llana, con sus letras en ella..."

Designaba como heredera de Castilla a su hija doña Juana, casada con el archiduque austríaco Felipe el Hermoso, y como regente del reino, en caso de ausencia o incapacidad de Juana, a Fernando, hasta el momento en que el infante don Carlos, primogénito de Juana y Felipe, a la sazón en Flandes, cumpliera los veinte años y se hallara en condición de gobernar. Tales disposiciones políticas fueron reconocidas y sancionadas en las Cortes de Toro de 1505. Con todo, también esta vez hubo problema sucesorio.

Por su parte, Fernando el Católico obraba con la más absoluta legalidad. Pero no contaba con el carácter díscolo de su yerno Felipe, excitado por algunos miembros de la nobleza, enemigos del monarca aragonés. El archiduque austríaco escribió a su suegro

conjurándole a que abandonara su puesto de regente y se marchara de Castilla, y como Juana se manifestara favorable a la regencia de Fernando, Felipe recluyó a su esposa e incluso trató de aliarse con Luis XII de Francia, con el fin de atacar juntos al rey aragonés.

Éste obró con su acostumbrada finura diplomática. Pactó con el propio monarca francés, pidiéndole la mano de una sobrina suya, Germana de Foix, con la que se casó en Valladolid en marzo de 1506. La unidad de la monarquía castellano-aragonesa quedaba así en trance de liquidación. Después de una entrevista poco cordial entre Fernando y Felipe, en la localidad zamorana de Remesal, cerca de la puebla de Sanabria —junio de 1506— y otra poco más provechosa en Renedo, unas semanas más tarde, ambos príncipes se separaron; quedó Felipe como dueño virtual de Castilla, y Fernando partió con su segunda esposa hacia Barcelona e Italia.

Apenas le duró el poder al archiduque Felipe unos meses, durante los cuales confirió los principales cargos del reino castellano a los flamencos de su comitiva, contribuyendo con ello aún más al descontento general, y falleció de súbito en noviembre de 1506, perturbando gravemente el no muy firme estado mental de su esposa Juana. Levantaron de nuevo cabeza las parcialidades y banderías nobiliarias, y hubo que acudir al remedio de una solución salvadora, aunque fuese provisional. Se constituyó para ello un Consejo de Regencia, presidido por el cardenal Cisneros, y éste adoptó la determinación de llamar á Fernando, a fin que ocupara la regencia por segunda vez.

El rey Católico no perdía de vista, ni aun en medio de estos altibajos políticos, la problemática internacional del momento. En 1508 se había formado la Liga de Cambray contra el poder de los venecianos, y al año siguiente, Fernando se adhería a la misma; atendía al propio tiempo a las campañas y asuntos norteafricanos y, en 1511; al producirse un nuevo viraje en las alianzas internacionales y en la diplomacia europea, participaba en la llamada Santísima Liga integrada por la propia Venecia, el Papa y el emperador de Alemania, esta vez dirigida contra los franceses.

La segunda regencia de Fernando, más nominal que efectiva, por hallarse al frente de los asuntos castellanos el cardenal Cisneros, se prolongó virtualmente hasta la muerte del rey católico (1516), cuyo testamento rebotante de prudencia política y de generosidad hacia la idea de la unidad hispánica reitera en cierto modo las cláusulas del de su primera esposa, Isabel, pues lega todos sus reinos a su hija doña Juana y dispone que —en atención a la demencia de ésta— quede como regente del reino castellano el cardenal. En cuanto a la Confederación catalano-aragonesa, queda en manos del arzobispo de Zaragoza²⁵, hijo natural del monarca, mientras no llegara a su mayor edad el príncipe Carlos, hijo de Juana y de Felipe I el Hermoso, que se hallaba a la sazón educándose en Flandes y que fue, al fin, el heredero de todos los reinos de sus abuelos maternos, los Reyes Católicos.

²⁵ Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, fue hijo natural de Fernando el Católico y de doña Aldonza Iborra, condesa de Evol. Nació en 1470, es decir, al año siguiente del casamiento de Fernando con Isabel la Católica, y fue nombrado arzobispo de Zaragoza a los ocho años de edad, aunque ni siquiera se ordenó de presbítero hasta pasados los treinta años, en 1501, e incluso se asegura que en toda su vida no celebró otra misa que la exigida por el ceremonial de la ordenación sacra. Fue hombre caritativo, hábil político, buen administrador y valiente militar, aunque aficionado en demasía a los amoríos, de los que fueron fruto numerosos hijos naturales, entre ellos Juan, que lo sucedió en la sede del arzobispado zaragozano. Falleció en 1520. Uno de sus nietos fue el duque de Gandía, san Francisco de Borja.



.Los Reyes Católicos y la infanta doña Juana. Imágen del Rimado de la conquista de Granada, de Pedro Marcuello

La proyección norteafricana

Las campañas en la faja litoral del norte de África abarcan, en realidad, los años 1505 a 1516, y en consecuencia no corresponde el mérito de la empresa a Isabel, fallecida en 1504, sino a la regencia de Fernando y a sus colaboradores. Era aquélla la proyección natural por el dominio del Mediterráneo, ya secular en la fachada marítima de la Confederación catalano-aragonesa. No se trataba de los acostumbrados golpes de mano, comunes a una y otra orilla, de armar sigilosamente una expedición y caer por sorpresa sobre poblados de la costa, matar a los hombres, cautivar a las mujeres y niños, y saquear las casas, puros incidentes locales, sino de emprender la conquista de una ciudad con su puerto y sus territorios adyacentes, y asentarse allí, en definitiva, con guarnición militar.

Fernando el Católico captó en toda su magnitud el problema que amenazaba a perpetuidad sus costas de Sicilia, Baleares, Valencia y Cataluña, y quiso prevenirlo ofreciendo una garantía de seguridad al litoral cristiano, haciendo imposibles las sorpresas de los corsarios berberiscos, con la ocupación de sus puertos, y privar de refugios y auxiliares a los piratas turcos, que ya habían atacado en más de una ocasión la península italiana.

Desde la conquista de Melilla en 1497, gracias al apoyo de una flota que después zarpó rumbo a América, para descubrir nuevos mundos, no se había efectuado operación alguna. En 1505, con ayuda castellana, se tomó la plaza de Mazalquivir; tres años después, el conde Pedro Navarro tomaba el Peñón de Vélez de la Gomera, aniquilando a los piratas de Alhucemas; en 1509 y 1510 se conquistan Orán, Bugía y Trípoli, con intervención personal de Cisneros en la primera de dichas plazas, donde fueron liberados numerosos cautivos, y se contuvo también a los corsarios argelinos. Éste fue el balance positivo de aquellas empresas, que hubieran podido proporcionar a España un imperio norteafricano, de no interponerse otros intereses al otro lado del Atlántico y otras exigencias acuciantes de la política europea.



Pintura mural sobre la Toma de Orán por el cardenal Cisneros, conservada en la Capilla Mozárabe de la Catedral de Toledo-1514.

En la fachada africana atlántica sólo se procuró la ocupación total de las islas Canarias, cuya soberanía pertenecía a Castilla desde principios del siglo XV, durante el reinado de Enrique III. Se planteó la cuestión de los derechos lusitanos y españoles, en aquellas tierras y mares, y la corte portuguesa llegó a un acuerdo con Castilla con relación a dicho archipiélago. El dominio de las Canarias facilitó el establecimiento de una

fortaleza solitaria, a la que se dio el nombre de Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni), al borde de los arenales saharianos.

El caso de Navarra

Era de presumir que Fernando aprovecharía la primera ocasión que se le ofreciera para realizar, con la incorporación de Navarra, uno de los complementos de su ideal político. El pretexto se lo facilitaron los propios navarros, temerosos que el hábil monarca aragonés los privara de su independencia, a cuyo efecto se aliaron con Francia, que a la sazón (1512) se encontraba en guerra contra la Santísima Liga, promovida por Julio II. En virtud de una bula de este Pontífice, por la cual los navarros quedaban desligados del juramento de fidelidad a sus reyes Juan de Albrit y Catalina de Foix, y se concedía el reino al primero que lo ocupara, Fernando movilizó su ejército contra Navarra, obligando a sus monarcas a refugiarse en territorio francés (1515).

Los expulsados reyes navarros intentaron en vano recuperar su reino. Su hijo, Enrique de Albrit, auxiliado por los franceses, pudo recuperarlo momentáneamente, pero vencido luego por el ejército español quedó en definitiva unida Navarra a la corona castellana. No faltaron reproches a Fernando por esta acción, y los monarcas franceses persistieron hasta el siglo XIX en adjudicarse el título de "reyes de Francia y de Navarra". Voltaire resume su juicio sobre el carácter de Fernando con estas palabras: "Se le llamaba, en España, sabio y prudente; en Italia, el piadoso; y en Francia y en Londres, el pérfido".



DEL GÓTICO AL RENACIMIENTO

La irrupción renacentista

Al despliegue político de la época va aparejado otro similar en el artístico y cultural, desde las primaverales floraciones del plateresco a la profundidad y

realizaciones del humanismo, impulsado por Nebrija, Cisneros y otras figuras relevantes. Aunque no con tanta intensidad como en Italia y otros países, el movimiento renacentista español expresa un elevado racionalismo unido a un pagano idealismo en el orden de las ideas. Autor hubo que despreciara el lenguaje latino cristiano por inferior al clásico, como el humanista Sánchez de las Brozas el Brocense, que fue procesado por criticar el latín de los Evangelios.

Característica del Renacimiento es la tendencia armonizadora de elementos, al parecer contradictorios, en una sola unidad: el entusiasmo por la Antigüedad clásica pagana se une con el platonismo más idealista, el materialismo, la alegría de vivir y el ansia de placeres terrenales va unida a un ardiente anhelo de vaga espiritualidad; se busca la fama por el heroísmo y la riqueza por el riesgo. Se aspira a dominarlo todo y a saberlo todo; pero en España, si bien se relaja notablemente la noción religiosa medieval, toda esta transformación tiene lugar y halla su expresión dentro de la disciplina de la Iglesia y encuentra también una eclosión artística en la externa suntuosidad del culto. No cuajaron la Reforma ni la honda discusión teológica del dogma, pero sí aquella amplitud de criterio más humana que representara Erasmo de Rotterdam. Erasmistas lo fueron más o menos todos los grandes escritores y pensadores españoles de los siglos XVI y XVII. La huella de Erasmo en España era ya evidente en la generación joven de los maestros de Alcalá, pese a la represión inquisitorial.

Varios factores contribuyeron a la aceptación entusiasta de las inquietudes renacentistas en el país: la expansión de la imprenta, el entusiasmo por los clásicos antiguos, los contactos con Italia y el movimiento renovador y científico de carácter universal.

Parece pura coincidencia o mera casualidad que en España la imprenta apareciese por vez primera en Valencia, Zaragoza o Barcelona; es decir, en la tachada levantina peninsular, pero era natural que surgiera precisamente en este ventanal abierto de continuo a las corrientes y tendencias europeas. Con todo, debe reconocerse que su pronta venida fue sin duda favorecida por la numerosa colonia de mercaderes alemanes, flamencos, genoveses, florentinos y lombardos, que visitaban estas comarcas o residían en ellas. Los primeros impresores que ejercieron aquí su arte fueron alemanes y flamencos, y sigue discutiéndose la primacía de la ciudad en que vieron la luz obras impresas: parece cierto que la primera fue Zaragoza, donde se reunieron en 1473 los alemanes Enrique Botel de Sajonia, Jorge Von Holtz y Juan Planck, asociándose para dirigir una imprenta, dirigida por Botel.

Con todo, al no aparecer en dicho año de 1473 ni un solo libro impreso en Zaragoza, sigue siendo considerado como la primera obra tipográfica española el libro llamado de *Les Trobes*, antología poética editada en Valencia, en 1474, por Bernardo Fenollar. Se barajan los nombres de varios impresores de aquella época, como Lamberto Palmart, Jacobo Vizland, que imprimió la obra histórica de Salustio. También Barcelona disputó algún tiempo la primacía en el establecimiento de la imprenta, poseyéndola a ciencia cierta desde 1475, y siendo uno de sus iniciadores Nicolao Spindeler.

Pronto se divulgaron las obras de los clásicos antiguos. Debe recordarse, no obstante, que la afición a los mismos arrancaba desde los tiempos del gótico pleno, como lo evidencian el Arcipreste de Hita y el canciller Ayala, y en el siglo XV las obras de Enrique de Villena, del marqués de Santillana y de otros autores apasionados, como Juan de Lucena, quien decía "el que latín non sabe, asno se debe llamar de dos pies". Los autores antiguos son traducidos y divulgados: Salustio, Séneca, Apuleyo, Plauto, Juvenal, Cicerón, Ovidio y otros muchos, cuyas obras van engrosando las incipientes bibliotecas particulares. Entusiasmo que trasciende a la corte, ya que, según el cronista Marineo Siculo, la reina Isabel "no sólo podía entender a los embajadores y oradores latinos, mas pudiera fácilmente interpretar y transferir libros latinos, en lengua castellana".

Movimiento científico y artístico. El plateresco

Tanto la literatura como la ciencia y el arte españoles resumen los rasgos esenciales del momento histórico. Se fomenta el estudio de los idiomas orientales, en especial a partir de, la redacción de la *Biblia Poliglota Complutense*, impulsada por Cisneros en Alcalá de Henares, y una de las obras más representativas del humanismo español, que armoniza lo antiguo y lo moderno, la filología y la teología, y que costó mucho sacrificio y trabajos que duraron varios años.

Se estudia el saber clásico en los originales griegos y latinos, iniciándose un impulso que será luego arrollador hasta la eclosión de un verdadero Siglo de Oro, sin parangón en la historia. En medicina se destaca el escritor de origen judío López de Villalobos, médico de los Reyes Católicos, así como los maestros de la escuela de cirugía de Barcelona, fundada en 1490, y dirigida por Antonio Amiguet. Además, el descubrimiento del continente americano impulsaría el desarrollo de la cartografía, con representantes como Juan de la Cosa, compañero de Cristóbal Colón, y las ciencias naturales, cultivadas por Fernández de Oviedo, autor de observaciones curiosísimas sobre los vegetales y animales americanos.

En arquitectura aparecen el «estilo Reyes Católicos» y el «estilo Cisneros», que matizan dos fases no muy diferenciadas del arte plateresco. Los últimos monumentos góticos encuadran ya una tímida floración renacentista, que va aplicando elementos ornamentales de imitación florentina y lombarda a fábricas que, por su traza y estructura, alzado y decoración, pertenecen aún a la era ojival. El nombre de plateresco deriva de la semejanza que ofrece su exquisita, fina y opulenta ornamentación con las delicadas y primorosas obras de orfebrería; en particular, las custodias de las catedrales, joyas máximas de la época. Así, pues, el gótico final hispánico, combinado con el mudéjar y con la influencia germánica, produce este estilo característico en que la tradición gótica se combina con el realismo nórdico y las tendencias tradicionales españolas.

Empresas artísticas importantes y monumentos característicos de este maravilloso gótico crepuscular en tierras castellanas son la capilla del Condestable, en la catedral de Burgos, y el monasterio toledano de San Juan de los Reyes; en Aragón, donde todavía perdura la tradición mudéjar, es restaurada la Seo de Zaragoza; la capilla de San Jorge en Barcelona y la Lonja de la Seda en Valencia. Pero a finales del siglo XV se introducen las tendencias renacentistas italianas, en gran parte por influencia de la familia Mendoza y el arquitecto Lorenzo Vázquez, y son erigidos el palacio de Cogolludo y el colegio de Santa Cruz de Valladolid. En especial, el plateresco brilla con luz propia en las fachadas de las universidades de Salamanca y Alcalá, y logra su mejor intérprete en el arquitecto Alonso de Covarrubias.

También es decisiva la influencia extranjera en la escultura. Dentro aun de la fastuosidad de la tradición gótica, Gil de Siloé labra los magníficos retablos de la cartuja de Miraflores y de la citada capilla del Condestable de la catedral burgalesa. En cuanto a la transición a la escultura renacentista aparece señalada por el valenciano Damián Forment, el florentino Domenico Fancelli y el borgoñón Felipe Bigarny, precursores de la era de los grandes maestros españoles —Bartolomé Ordóñez y Alonso Berruguete— ya adentrados en una nueva época, la del reinado del emperador Carlos V.

El plateresco castellano, así como su coetáneo, el manuelino portugués, parecen simbolizar el dinamismo, el impulso vital y alegre de la generación peninsular que se asoma al mundo para comenzar el siglo XVI.

Las universidades. Salamanca y Alcalá

Muchas universidades señalan su origen en los antiguos estudios de Artes, convertidos en colegios. En general, las españolas no evidencian un origen de importación, pues desde época remota existían ya gérmenes de ellas en la península. Además de los dos centros culturales y cosmopolitas de la Edad Media, el musulmán de Córdoba y la Escuela de Traductores toledana, Alfonso VI había creado ya hacia 1078-1080 una escuela superior en el monasterio de benedictinos de Sahagún, y durante el reinado de Alfonso VIII se fundó en Palencia un centro de Estudios Generales, cuya eficiencia y el agrado con que fue recibido hacen que pueda ser considerado como la primera universidad, aunque no tuviera carácter autónomo, sino dependiente del poder real.

Alfonso IX fundó después, en 1239, otro Estudio General en Salamanca, que fue mejorado por Fernando III y pudo comenzar su existencia universitaria propiamente dicha gracias a una bula pontificia que la sancionó, pudiendo organizarse con vida independiente del poder real. Alfonso X estableció cátedras de matemáticas, medicina, retórica, lenguas y música, aparte de los estudios teológicos y jurídicos ordinarios, y bibliotecas donde se traducían al latín las mejores obras de los griegos y de los árabes. A sus aulas acudieron alumnos de lejanos países que honraron la universidad salmantina y que llegó a ser, junto con Bolonia, París y Oxford, uno de los cuatro grandes centros culturales de la Europa de su tiempo.

Durante el siglo XIII actuaron con eficacia las universidades de Palencia, de fundación episcopal; Salamanca, de fundación real, y Valladolid, de fundación municipal, y muy pronto se va forjando un ambiente universitario en otros puntos, como Lérida, Huesca, Zaragoza y Valencia. En el propio código de las Partidas, Alfonso X insinúa y señala una legislación académica. Los Reyes Católicos fomentaron toda clase de estudios, y al sobrevenir la época renacentista se impulsaba la fundación y organización de los centros universitarios de Alcalá, Barcelona, Sevilla, Granada, Toledo, Oviedo y Santiago de Compostela, hasta tal punto que puede asegurarse que jamás nación alguna tuvo tanta abundancia como España en medios de aprender y estudiar. El erudito Navarrete cuenta, a principios del siglo XVII, unas treinta y dos universidades.

El 26 de febrero de 1498, Cisneros colocaba la primera piedra de la universidad de Alcalá de Henares y en julio de 1508 era inaugurada. A los pocos años ya contaba con siete mil estudiantes, que podían cursar todas las materias conocidas en la época. Su plan de estudios puede ser comparado al de la Sorbona de París, y para que pudiera desenvolverse con toda holgura, fue dotada de pingües rentas. Cabe observar que, desde 1459, funcionaba ya en la localidad el Colegio Mayor de San Ildefonso, y la tradición cultural de la población se hacía remontar a la época imperial romana, cuando se llamaba Complutum. Durante algún tiempo, el humanista Nebrija y el propio Cisneros desarrollaron allí sus actividades. Luego, decayó notablemente la universidad, que fue trasladada a Madrid en 1836.

El centro intelectual de Salamanca conservó su prestigio a lo largo de los siglos. En 1569, contaba con sesenta cátedras: diez de cánones, siete de medicina, una de astronomía, dos de hebreo y caldeo, siete de teología, once de filosofía y lógica, una de música, cuatro de griego y diecisiete de gramática y retórica. Allí estudiaron figuras tan destacadas como el propio Cisneros, Nebrija, el Tostado, el Brocense, Arias Montano, el padre Vitoria, fray Luis de León, Zurita, Covarrubias y Pedro Ponce, que inventó un arte de hablar para los mudos.

Había universidades que gozaban de plena independencia, gratuitas y de tipo democrático, que elegían su propio rector, interviniendo con su voto los estudiantes más capacitados y de mayores méritos. A menudo, diversos profesores explicaban la misma asignatura y los estudiantes acudían a clase a oír a quien mejor les parecía. El ocaso de las universidades españolas puede señalarse cronológicamente durante la segunda mitad del siglo XVII. Las hegemonías francesa e inglesa suplantaron a la española, las universidades decayeron

y luego la acción centralizadora acabó por absorberlas. Y mientras en Europa la cultura se orientaba hacia un progreso netamente acelerado, en España seguía vigente el dogmatismo y la rutina formalista de los siglos anteriores.

Cisneros, un fraile excepcional

Francisco Ximénez de Cisneros, regente de Castilla, contribuyó de un modo decidido al desarrollo del humanismo español. Vástago de una familia noble empobrecida, nació en Torrelaguna, actual provincia de Madrid, en 1436, pudo estudiar en Salamanca y llevó a cabo un viaje a Roma, pasando mil peripecias y siendo robado dos veces en el camino. Vistió en 1484 el hábito franciscano en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo y, cumplidos los cincuenta y seis años de edad, la reina Isabel le eligió como confesor, aunque en realidad fue su consejero. Se resistió con energía a ser nombrado arzobispo de Toledo, pero hubo de aceptar el cargo mediante un breve del papa, en 1495.

Acompañó a los reyes a Granada en 1499, y bautizó por su mano a más de cuatro mil moriscos; pero dejóse llevar, por desgracia, de su intolerancia y fanatismo y mandó quemar gran número de manuscritos árabes, salvándose sólo los que trataban de medicina. Al morir en 1504 la reina Isabel le nombró su albacea testamentario y, en calidad de tal, procuró aconsejar bien al archiduque Felipe I el Hermoso, esposo de la reina Juana.

El archiduque hizo poco caso de Cisneros y gobernó a su antojo hasta que, en 1506, falleció repentinamente, dejando una situación política difícil a causa del precario estado mental de doña Juana. Los nobles de Castilla eligieron a Cisneros como gobernador general del reino y tres años después, en 1509, como le «olía tan bien el humo de la pólvora como el incienso de la iglesia», embarcó en Cartagena con veinte mil soldados y participó en la conquista de Orán, regresando inmediatamente a la península.

Durante su activo periodo de regencia se vio obligado a enfrentarse con los manejos del cardenal Adriano de Utrecht —luego, papa Adriano VI— y las intrigas de ciertos advenedizos flamencos, así como a las turbulencias de algunos inquietos nobles a quienes se dice que mostró los cañones de su guardia, advirtiéndoles que aquéllos eran «sus poderes». También tuvo que demostrar energía ante las pretensiones francesas en los asuntos de Navarra: el embajador francés le amenazó con que Francisco I se apoderaría incluso de la propia Castilla, y el octogenario regente replicó mostrándole el oro de su Hacienda acumulado en sacos y el cordón de su hábito franciscano, asegurándole que con ello estaba dispuesto a darle la batalla en el mismo París. La situación política le obligó a anticipar la proclamación de Carlos, nieto de los Reyes Católicos, que se educaba en Flandes, ya que el exceso de trabajo y preocupaciones y la rudeza de su régimen de vida acabaron con la salud del anciano regente. Se encaminó al encuentro de Carlos, que llegó a España en 1517, pero le sorprendió la muerte en Roa (Burgos), en noviembre del mismo año, sin que lograra entrevistarse con el nuevo monarca.



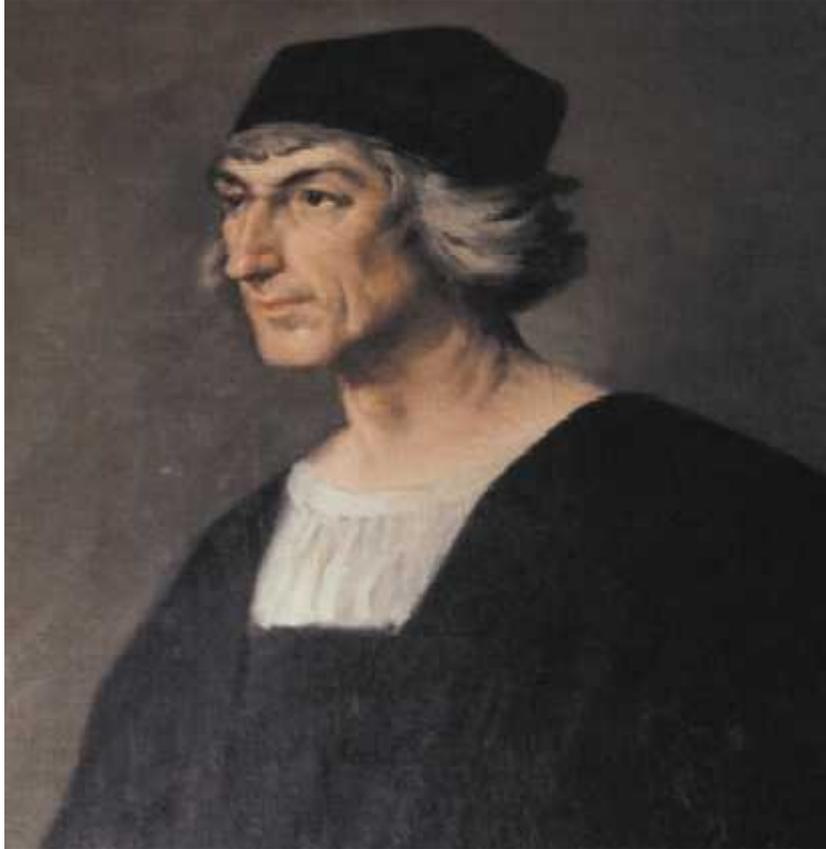
El cardenal Cisneros

Dos humanistas: Nebrija y Vives

Con la nueva ola del entusiasmo renacentista, los palacios aristocráticos se llenaban de preceptores y profesores de selecta latinidad, fervor que repercutía en el ambiente juvenil de las universidades. En Salamanca, los estudiantes llevaban a hombros triunfalmente al humanista Pedro Mártir de Anglería hasta el aula en que les explicaba las *Sátiras* de Juvenal. El conocimiento profundo de los clásicos antiguos constituía el elemento básico educativo. Pero este entusiasmo por el latín entrañaba también una tendencia política, además de filológica: era la imitación de los romanos en su organización política cesarista. Se habló luego de la expansión de la lengua castellana, pareja a la antigua expansión del latín, como el más sólido nexo para un imperio.

Nebrija fue el más destacado representante de esa idea imperial a la antigua usanza romana. Cambió su prosaico nombre de Martínez de Jarava por el más clasicista, sonoro y significativo de Elio Antonio Nebrisenense, modificando incluso el de Lebrija (Sevilla), su lugar de nacimiento, por el de Nebrija. Residió diez años en Italia, y a su

regreso en 1473, fue profesor de elocuencia latina, recién cumplidos los treinta y dos años. Según él mismo dice, fue «el primero en abrir tienda de la lengua latina» en España, y tan apasionado de ella que, al terminar una de sus clases en la universidad de Salamanca, elevó una plegaria solemne a Dios y a la Virgen para que extinguiera la barbarie y la ignorancia en la latinidad.



Nebrija.

Era un hombre de estatura mediana, pero bien formado y con un rostro que inspiraba majestad, espíritu dotado de una visión total y ecuménica de la cultura humana, al modo de los uomo universale del Renacimiento italiano. Dominaba por igual la teología, el derecho, las ciencias naturales, la cosmografía y la geodesia, como el hebreo y el griego. Exploró por vez primera las ruinas romanas de Mérida, descubriendo en su afán arqueológico el circo y la naumaquia, y también fue el primero que midió en España un arco de meridiano terrestre.

Inició los estudios históricos sobre la lengua castellana, afirmando que estaba «ya tanto en la cumbre, que más se pudiera temer el descendimiento de ella que esperar la subida», con lo cual no llegó a intuir el Siglo de Oro que se avecinaba. Fue el autor de la primera gramática castellana que se imprimió en España, precisamente en 1492, el histórico año del descubrimiento de América; acompañado del cardenal Hernando de Talavera, acudió a presentar la obra a la reina Isabel, y como ésta preguntara para qué podía aprovechar aquéllo, replicó como inspirado proféticamente el cardenal: «Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e, con el vencimiento, aquéllos ternán necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua, entonces, por este *Arte* podrán venir en el conocimiento della.»

En 1513, residía Nebrija en Alcalá de Henares, junto a la imprenta de Arnao Guillén de Brocar, y colaboraba en la célebre *Biblia Políglota*, promovida por Cisneros, el cual regulaba incluso la vida íntima del sabio y su régimen de comidas y bebidas: «Antonio de Nebrissa moraua a par de la imprenta, y siempre que el Cardenal yva al Colegio, encaminaua por allí, y

estáuase un rrato hablar con él; él en la calle y Antonio en su rexa. Estaua concertado el Cardenal con su mujer que entre día, no le dexase beuer vino...».

Nebrija murió en 1522 y la universidad de Alcalá propuso su cátedra vacante a otro gran humanista, Luis Vives, quien la rechazó por considerarse poco dispuesto para la enseñanza.



En el mismo año trascendental en que Nebrija componía la primera gramática castellana, nacía en Valencia el filósofo y humanista Luis Vives, hijo de un noble descendiente de la corte de Jaime el Conquistador y de una dama de la familia del poeta Ansias March. Estudió en París, pero se cansó pronto de la absurda rigidez escolástica predominante en la Sorbona; pasó a Brujas y a Lovaina, y mantuvo amistad con las grandes figuras intelectuales de su tiempo, como Budé, Erasmo, Tomás Moro y el futuro papa Adriano VI. En Inglaterra fue maestro de la princesa María Tudor, más tarde reina, y catedrático de la universidad de Oxford; pero al suscitarse la cuestión del divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón, tomó partido a favor de la reina y fue encarcelado durante mes y medio, y luego desterrado. Pasó a Flandes y, después de algunos viajes por diversos países, regresó a Brujas, donde enfermó y murió en 1540. Compuso numerosas obras, entre ellas unos *Diálogos* de carácter pedagógico muy interesantes.



Luis Vives

Humanistas italianos en España

El Renacimiento español, como el de los demás países europeos, coincide con el italiano en su sentido de la filosofía platónica, en el anhelo de imitar la Antigüedad greco-romana y en el ansia expresaban los últimos tiempos de la Edad Media a vivir un exaltado amor por la existencia y sus gozes, que adquiere un tono de apasionado paganismo. Sobre ello, el culto de la fama, la supervivencia civil del renombre que se lega con una muerte heroica, serena o con una obra bien realizada. En las *Coplas* de Jorge Manrique ya aparece insinuada esta "tercera vida" —vida de la fama—, que, como observa Américo Castro, nos presenta un concepto de afirmación vital, de incalculable importancia. La "otra vida más larga, de fama tan gloriosa" a que alude el poeta, será acicate y móvil de los hechos humanos, la existencia ya no será considerada valle de lágrimas y ceniza, como se predicó en siglos anteriores, sino campo de acción del esfuerzo del hombre que con la "fama" de sus obras, puede dejar el rastro de su paso por la Tierra.

Muchos humanistas italianos de la época visitaron España y hubo compenetración firme y cordial con los del país. El veneciano André Navagiero, hombre dotado de universal afán de saber, apasionado de la filosofía, las ciencias naturales y la literatura, era de un gusto tan depurado que sólo admitía los modelos latinos del siglo de Augusto y aborrecía a los posteriores, hasta el punto que cada año quemaba un ejemplar de los epigramas de Marcial, en desagravio y sacrificio expiatorio del poeta Catulo, uno de sus favoritos.

El gobierno de Venecia le encargó misiones diplomáticas delicada., en momentos difíciles y permaneció bastante tiempo en Toledo y Madrid, con ocasión cía la libertad de Francisco I de Francia y al firmar éste la paz con Carlos V. En 1526 siguió a la corte cía Andalucía, donde inspiró a Boscán, el poeta atraigo de Garcilaso, la idea de introducir las formas italianas en la literatura española. Así lo hizo Boscán y triunfó en tal empeño, como también en su traducción de la obra *El cortesano*, de Baltasar Castiglione, otro italiano relacionado con los renacentistas españoles.

También visitaron España italianos tan ilustres como Pedro Mártir de Anghiera o Anglería, y Lucio Marineo, llamado Sículo por haber nacido en Sicilia, en 1460. Estudiante en Roma y profesor en Palermo, pasó a España llamado por el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez, y fue catedrático en Salamanca. El rey Fernando el Católico lo nombró capellán e historiógrafo suyo, le otorgó numerosos beneficios, le encargó la educación de los hijos de los nobles y de fomentar el perfeccionamiento de las letras latinas, influyendo así en el desarrollo del buen gusto literario en España. Las traducciones de autores italianos en este país fueron numerosísimas y en forma constante e ininterrumpida.

PORTICO AL SIGLO DE ORO

Literatura política y social

En algunos fragmentos de las obras del Arcipreste de Hita y del canciller Ayala aparecen ya vislumbres de sátira social, política e incluso religiosa, pero hasta el reinado de Enrique IV no se desarrolla el género satírico con toda su popularidad. En coplas más o menos audaces o encubiertas, se alude al desorden imperante e incluso al derecho de destituir y derrocar al rey inútil, débil o tirano. En centenar y medio de estrofas, llamadas *Coplas del Provincial*, se compara la corte a un convento, cuyo padre provincial convoca sucesivamente a los nobles, los amonesta y zahiere, llamando "judíos" a algunos de ellos; muestra sus fechorías y pone de relieve muchas conductas peor que dudosas; personajes de las más ilustres alcurnias pertenecientes a la corte enriqueña, a quienes se cita por sus propios nombres, entre ellos Beltrán de la Cueva, favorito del monarca y, lo que era más lamentable, íntimo de la reina.. Tiempo después, todavía promovían tanto escándalo que ni siquiera la Inquisición logró hacerlas desaparecer, circulando en copias clandestinas.

Otras coplas burlescas, las llamadas de *¡Ay, panadera!*, se refieren a la cobardía de los nobles en la batalla de Olmedo (1445), en que fueron derrotados por las tropas de Juan II y don Álvaro de Luna, dejando poco más de treinta cadáveres en el campo y huyendo despavoridos los restantes.

Sátira de carácter grave y doctrinal, culta y no popular, son las Coplas de Mingo Revulgo, atribuidas al cronista Hernando del Pulgar, de cierto sentido alegórico en el diálogo de dos personajes que atribuyen la desastrosa situación del país no sólo a las elevadas esferas sociales, sino al mismo pueblo que ha perdido la fe, la esperanza y la caridad. No es raro que floreciera en esta época la sátira, secuela inevitable de toda descomposición política o gubernamental en cualquier circunstancia, lugar y tiempo.

En otras coplas —todas ellas anónimas, por supuesto— se compara el pueblo a un rebaño al que se trasquila despiadadamente, y aparecen dirigidas "al rey D. Henrique, reprehendiéndole sus vicios y el mal gobierno de estos reynos de Castilla":

*Abre, abre las orejas, - escucha, escucha, pastor,
que no oyes el clamor - que te hacen tus ovejas.
Sus voces suben al cielo, - quejando su desconsuelo,
que las trasquilas a engaño - tantas veces en el año
que nunca las cubre pelo.
Has sacado lana tanta, - que si te dieras la maña
hubieras hecho una manta - que cubriera a toda España.
O tú vives engañado, - o piensas que somos bobos.
Trayendo por perros, lobos, - ¿cómo medrará el ganado?*

*Andan por esas manadas - las ovejas degolladas
y corridos los corderos; - y tú, por solos los cueros
daslas por bien empleadas.*



Fachada principal de la Universidad de Salamanca

La polémica religiosa en las Letras

Las luchas raciales y religiosas en Castilla, durante el último cuarto del siglo XV, trascendieron a la literatura; contiendas poéticas o en prosa, en que por igual se cultivaba la polémica que se desbordaba el lenguaje denso de improperios, denuestos y desvergüenzas. No faltaron poetas y escritores que defendieron la causa de los judíos conversos, mientras otros fanáticos los atacaban con ferocidad.

Notable ejemplo de los primeros fue el sastre Antón de Montoro, judío converso que no renegó de su origen ni de su condición menestral, considerando que era su oficio lo que le daba de comer y no sus versos: "pues non crece mi caudal - el trobar, nin da más puja, - adorémoste, dedal - gracias fagámoste, aguja". No obstante, su calidad poética fue apreciada por el propio marqués de Santillana, que le pidió su *Cancionero*, ante lo cual Antón de Montoro se excusó modestamente: "eso sería como vender miel al colmenero", decía con humildad. Demostró cierto valor moral cuando se desencadenó en Córdoba, durante la Semana Santa de 1473, una matanza de judíos y conversos, y en los momentos en que tantos renegaban de sus creencias, en los días críticos en que estallaban las pasiones y el condestable Lucas de Iranzo caía asesinado por las exaltadas turbas en la iglesia mayor de Jaén, solamente se levantó la voz de Antón de Montoro, ya anciano septuagenario, clamando justicia. Muchos de los conversos perseguidos huyeron a Sevilla; mezclóse entre ellos el poeta, y acaso en esta ciudad acabó sus días en el olvido y en la pobreza.

En cambio, ejemplo opuesto fue el del toledano Rodrigo de Cota, de raza hebrea convertido al catolicismo, según el marqués de Pidal, lo que no le impidió comulgar en el odio que el fanatismo populachero profesaba a sus antiguos correligionarios. Escribió una terrible sátira contra los judíos —a la que replicó Antón de Montoro con frases justas—, Fitz Maurice Kelly le atribuye incluso el haber excitado a las turbas en el asesinato de sus hermanos de raza. La Inquisición lo incluyó en la lista de los "reconciliados" publicada en 1497.

A Rodrigo de Cota se le ha atribuido la paternidad del primer acto de *La Celestina*, como también sin fundamento la, coplas de *Mingo Revulgo* y del *Provincial*. En cambio, le pertenece una deliciosa obrita, *Diálogo entre el Amor y un viejo*, de carácter dramático más o menos rudimentario, auténtico poema de la impotencia senil.

Aparece de súbito el Amor ante un caballero anciano, retraído en una huerta seca y destruida, y el viejo increpa a su visitante, por ser causa de tantos afanes, celos y pasiones en los seres humanos, felicitándose por estar ya libre y fuera de sus dominios. El Amor le replica y le tienta, mostrándole su aspecto halagüeño, y el anciano acaba por convencerse que aún es capaz de amar. Abraza el Amor al imprudente viejo a petición de éste, para que le comunique el fuego oculto de la pasión erótica, y cuando lo ve sometido de nuevo al ansia sexual, el Amor se burla cruelmente de él y de sus muchos años:

*Viejo triste entre los viejos - que de amores te atormentas,
¡mira cómo tus artejos - parescen sartas de cuentas!
y las uñas tan crecidas - y los pies llenos de callos,
y tus carnes consumidas - y tus piernas encogidas,
¡quales son para cauallos!*

*¡Amargo viejo, denuesto - de la humana natura!
¿tú no miras tu figura - y vergüenza de tu gesto?
¿Y no ves la ligereza - que tienes para escalar?
¿qué donayre y gentileza, - y qué fuerça, y qué destreza
la tuya para justar?*

*¡Quién te viesse entremetido - en cosas dulces de amores,
y venirte los dolores - y atrauessarte el gemido!
¡O quién te oyese cantar - "Señora de alta guisa"
y temblar y gagadear - los galillos engrifar,
tu dama muerta de risa!*

¡O maldad enuegescida - o vejez mala de malo!

*jalma biua en seco palo - biua muerte y muerte vida!
Deprauado y obstinado - desseoso de pecar,
mira, malauenturado, - que te texa a ti el pecado
y tú nol quieres dexar...*

Los libros de caballerías

Derivación de la épica, o degeneración literaria de la misma, son los llamados libros de caballerías, género que indica una transformación social, ya que al corro de gente analfabeta que escucha a un juglar sucede la imagen del lector o lectora con un libro entre manos. Constituye, además, un reflejo de los ideales que animaban alas multitudes no sólo en los siglos del gótico tardío, sino bien entrados el Renacimiento y el Siglo de Oro español. Fueron inútiles los esfuerzos realizados para desacreditar, e incluso prohibir, este tipo de literatura narrativa, y fueron precisos el humor y la fina sátira de Cervantes para acabar con ellos.

La primera novela de esta clase que circuló en España fue el *Amadís de Gaula*, cuyo autor pudiera ser español o portugués, imitación genial y libérrima de las novelas del ciclo bretón, según Menéndez y Pelayo, que la considera "obra capital en los anales de la ficción humana". También Cervantes opina que "es el mejor de cuantos libros se han compuesto en este género, y así, como único en su arte, se le debe perdonar" de la hoguera a que condenó, humorísticamente, la mayoría de ellos en el escrutinio de la librería de don Quijote. La tipología de los personajes, Amadís, Oriana, sus aventuras y contrariedades, es digna de ser estudiada.

Es uno de los libros que más influyeron en las letras y en la vida social; cronológicamente, la primera novela moderna y primer ejemplo de narración larga en prosa, ejecutada como tal. Consta de cuatro libros o partes.

El libro I, dice Menéndez y Pelayo, es el que presenta carácter más arcaico, y probable te el que fue menos refundido. En él se contienen la novelesca his ria del nacimiento de Amadís, arrojado al río en un arca embetunada, con una espada y un anillo, que había de servir para su reconocimiento (leyenda que inmediatamente aplicó Pedro del Corral en su *Crónica Sarracina*); la crianza de Amadís en casa del caballero Gandales de Escocia; el delicioso idilio de sus amores infantiles con la princesa Oriana, tratado con extraordinaria sobriedad y delicadeza; la ceremonia de armarse caballero, cuyo valor poético ha resistido aun a la parodia de Cervantes; las primeras empresas de Amadís; el reconocimiento por sus padres, Perión y Elisenda; el encantamiento de Amadís en el palacio de Arcaus y la extraña manera cómo fue desencantado por dos sabias doncellas, discípulas de Urganda la Desconocida; el fiero combate entre dos hermanos, Amadís y Galaor, sin conocerse, inspirado evidentemente por el de Oliveros y Roldán, en la isla del Ródano; las cortes que celebra en Londres el rey Lisuarte; la liberación de Amadís por Oriana y su voluntariosa entrega amorosa; la reconquista del reino de Sobradisa y la aventura de Briolanja.

En el libro II, tan exuberante de invenciones fantásticas como el I, se distinguen dos episodios principales: los palacios de la Insula Firme, sus extraños encantamientos y la singular prueba del Arco de los Leales Amadores (que sólo podían pasar los amantes que habían guardado fidelidad absoluta), y la penitencia caballeresca de Amadís, con el nombre de Beltenebros, en la Peña Pobre. El episodio más interesante del libro III es el combate y victoria de Amadís, caballero de la Verde Espada, sobre el diabólico Endriago, hijo incestuoso del gigante Bandaguido, en la ínsula del Diablo, monstruo que es símbolo del infierno y del pecado; terminando este libro y la novela primitiva con el vencimiento del emperador de Occidente por Amadís, la libertad de Oriana y el retiro de ambos amantes a la Insula Firme, a reposar de tantas luchas y peripecias. El libro IV fue adición accesoria e inútil.



Los cuatro libros del virtuoso cauallero Amadis de Gaula: Complidos.

Otro libro de caballerías, muy popular en los países de la Confederación catalano-aragonesa, fue el *Tirante el Blanco*, que figura en el ciclo de los libros de caballerías de tipo independiente. Ofrece un fondo histórico de cierto paralelismo con respecto a la *Crónica* de Muntaner, referente a la expedición de los almogávares en socorro del imperio bizantino. Casi toda la obra fue escrita por el valenciano Joanot Martorell y fue impresa en 1490, pocos años después del establecimiento de la imprenta en la península. Al autor, los intereses políticos que le preocupan son los que en nuestro litoral mediterráneo tenían que ser primordiales: el socorro de Rodas, heroicamente defendida por los caballeros de San Juan; la competencia mercantil con los genoveses, la aspiración al dominio de la vecina costa africana, el peligro de Constantinopla y el creciente poderío de los turcos.

Se trata de una novela sumamente compleja por su carácter y los elementos que la integran, y parece desprenderse de toda la obra una fina ironía hacia los aspectos heroicos de la vida y cierto realismo que la entronca con la incipiente fronda renacentista. Acaso el inmortal autor del *Quijote* la tuvo presente en más de una ocasión, calificándola, además, de "tesoro de contento y mina de pasatiempos" y declarando con notoria hipérbole que "por su estilo es el mejor libro del mundo"...

Rubio y Lluch afirma que su autor quiso hacer gala de estilista y de imitar a los autores de la Antigüedad o del Renacimiento italiano.

Empieza la obra por un elogio y un tratado de las órdenes de caballería andante; luego, describe el encuentro de Tirante con un venerable ermitaño y las pláticas sostenidas entre ambos. El protagonista es armado caballero en la corte de Inglaterra, vence a varios paladines y regresa para visitar de nuevo al ermitaño. Apenas tiene tiempo de descansar; se embarca en el acto para defender la isla de Rodas del ataque del sultán de Egipto, y allí se enamora de la hija del emperador, es nombrado jefe de las huestes griegas y logra resonantes victorias. Se embarca para ir al encuentro del Gran Turco, pero una tempestad hace que las naves vayan a parar a la costa de Berbería, ancho campo para ganar prez y fama. Vence a varios reyes, pasea triunfalmente la cruz por todo el norte de Africa, convierte a medio millón de moros, derrota a los enemigos del emperador y entra por fin en Constantinopla, donde es proclamado «césar» de los griegos. Casa con la hija del emperador, pero muere al poco tiempo y su esposa fallece también en sus brazos, escena final que nos recuerda la leyenda de Tristán de Leonis.

Literatura de viajes

Los siglos del gótico son también los de una eficaz y notoria expansión de los horizontes geográficos. Las cruzadas y otras expediciones, las misiones, el afán de peregrinar, abrieron caminos y despertaron el interés por los viajes, y se diría que en esta época se inicia la composición de las primeras guías turísticas. Ruy González del Clavijo, camarero de Enrique III de Castilla, formó parte de una embajada que este monarca envió al Gran Tamerlán, de donde regresó en 1406, redactando una narración de su viaje y describiendo las ciudades que recorrieron —Rodas, Constantinopla, Teherán, Samarcanda—, citando sus monumentos más notables y los distintos personajes con quienes trataron.

En la corte de Tamerlán fueron agasajados con todo género de festejos, en los cuales se bebía en abundancia vino y leche cortada de yegua. Describe Clavijo banquetes fantásticos en que se devoran caballos y carneros asados, bajo tiendas de campaña enormes, armadas sobre doce árboles cada una. En cuanto al embriagarse, dice que "lo han ellos por muy gran nobleza, ca entenderían que no sería placer nin regocijo donde no oviese omnes beodos". Entre otras curiosidades, cita las costumbres del rito griego ortodoxo; la del anillo de Tamerlán, que mudaba de color si en su presencia se decía una mentira; el valor que en aquellas regiones tenía la planta del romero y las habilidades de los "marfiles" o elefantes.

Otro notable trotamundos fue el cordobés Pero Tafur, que emprendió un viaje (1435-1439) de Sanlúcar de Barrameda y Ceuta a Italia y Palestina; en Jerusalén, su curiosidad lo llevó a disfrazarse de musulmán para ver la mezquita; en Chipre fue obsequiado por su monarca, quien lo envió como embajador a El Cairo, lo propio que en Constantinopla, donde el emperador pretendió casarlo ventajosamente. Viajó luego por Alemania, Flandes, Austria y Túnez, y escribió su obra *Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos*, amenizando su relato con tradiciones legendarias e históricas.

Un libro precursor: "La Celestina"

Durante mucho tiempo se ignoró quién era el autor de uno de los libros más interesantes de la literatura española, y debió sorprenderse gratamente el erudito a quien se le ocurrió ir juntando una por una las primeras letras de unos versos acrósticos del prólogo y hallar el siguiente resultado: "El bachjller Fernando de Roias acabó la

comedia de Calysto y Melybea e fue nascido en la pvebla de Montalván", quedando así al descubierto el nombre de su autor y el lugar de su nacimiento, una localidad toledana.

Dícese que Fernando de Rojas, estudiante de Leyes en Salamanca, conoció el primer acto de la obra que corría manuscrito entre los escolares —atribuido por unos a Juan de Mena y por otros a Rodrigo de Cota—y que Rojas continuó y terminó la obra, escribiendo los veinte actos últimos en el inverosímil plazo de quince días de vacaciones. Es increíble que, en sólo dos semanas, pudiera redactarse obra tan perfecta y meditada como *La Celestina*, y menos por un estudiante, en quien no se puede suponer la abundancia de conocimientos y de lectura, de tiempo y de reposo precisos para tal composición. Fernando de Rojas fue luego Juez de Talavera de la Reina, donde murió en 1541. No obstante, algunos le niegan la paternidad de la obra.

Se le ha dado el título de *La Celestina*, nombre de una vieja alcahueta, coprotagonista de la obra, tipo humano ya iniciado en la literatura española con la "Trotaconventos" del Arcipreste de Hita y rematado en la "doña Brígida" del Tenorio de Zorrilla. Se trata de una comadre hechicera que sabe muchos oficios, asiste a todos los lugares, se asoma a todas las puertas, conoce a todos, y todos la conocen. Los amantes impetuosos y apasionados, como Calixto, suelen caer en sus redes.

El propio autor, en sus *argumentos* expone así el asunto de la obra: entrando Calixto, de noble linaje, de claro ingenio, en una huerta, en seguimiento de un falcón suyo, halló allí a Melibea, mujer moza muy generosa, de alta y serenísima sangre, una sola heredera a su padre Pleberio y de su madre Alisa muy amada, de cuyo amor preso Calixto, comenzóla de hablar; de la cual muy rigurosamente despedido fue para su casa muy angustiado, y habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual, después de muchas razones, le enderezó a una vieja de nombre Celestina, en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada Elicia. Celestina, con apariencias de buhonera, logra entrar en casa de Melibea y consigue amansar la esquivez que al principio siente la doncella por su pretendiente, concluyendo por enamorarse de él. Sempronio y Parmeno, criados y confidentes de Calixto, visitan a sus enamoradas, pupilas de Celestina, y traman con ésta el explotar la pasión de su amo. Llegada la medianoche, Calixto, Sempronio y Parmeno, armados, van a casa de Melibea; Lucrecia, su criada, y Melibea están cabe la puerta aguardando a Calixto...Apártase Lucrecia y háblanse por entre las puertas Melibea y Calixto.

Calixto va con Sosia y Tristán al huerto, a visitar a Melibea, que lo esta esperando; estando dentro del huerto con Melibea y oyendo Calixto ruido, quiso salir fuera; la cual salida fue causa de que sus días feneciesen, cayendo de la escala que había puesto para penetrar en el jardín. Lucrecia llama a la puesta de la cámara de Pleberio; pregúntale Pleberio lo que quiere; Lucrecia le da priesa que vaya a ver a su hija Melibea. Levantado Pleberio, va a la cámara de Melibea y comienza preguntándole que mal tiene. Finge Melibea dolor de corazón. Envía a su padre por algunos instrumentos músicos; suben ella y Lucrecia en una torre; envía de sí a Lucrecia y cierra tras si la puerta. Llegase su padre al pie de la torre, descúbrele Melibea todo el negocio que había pasado; en fin, déjase caer de la torre abajo, Pleberio torna a su cámara con grandísimo llanto; pregúntale Alisa, su mujer, la causa de tan súbito mal; cuéntale la muerte de su hija Melibea, mostrándole el cuerpo della, todo hecho pedazos, y haciendo su llanto concluye.

Significación de la obra

Unos críticos clasifican a *La Celestina* en el género novelesco; otros, entre las obras teatrales, porque participa de uno y otro, aunque su extensión la hace poco menos que irrepresentable en escena. En cuanto a sus posibles antecedentes en espíritu literario, cabe señalar que la obra ostenta la traza y contextura de la sobria expresión de

los cómicos latinos y el profundo conocimiento del corazón humano que distinguió a los autores dramáticos griegos. De "novela dramática" la califica Moratín.

Es un poema de amor y de expiación moral, en que aparece algo que tuerce o interrumpe el libre curso de la pasión humana. Tragedia de la pasión ilícita, forma parte de la larga serie de leyendas humanas en que parejas inmortales mezclan íntimamente el amor y la muerte, como en Hero y Leandro, Orfeo y Eurídice, Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, los amantes de Teruel y tantos otros. Obra cumbre, susceptible de estudios tipológicos, en que los caracteres humanos están maravillosamente representados, empezando por la propia Celestina, genio del mal encarnado en una criatura baja y plebeya, pero inteligentísima y astuta, en frase de Menéndez Pelayo; que en una intriga vulgar muestra tan redomada y sutil filatería, tanto caudal de experiencia mundana, tan perversa y ejecutiva y dominante voluntad, que parece nacida para corromper al mundo y arrastrarlo, encadenado y sumiso, por la senda lúbrica y tortuosa del placer.

Los dos enamorados, Calixto y Melibea, anteriores a la creación literaria de Romeo y Julieta, también son dos caracteres admirables, Como dice el citado crítico, nunca antes dila época romántica fueron intuitas de manera tan honda "las crisis de la pasión impetuosa y aguda, los súbitos encendimiento y desmayos, la lucha del pudor con el deseo, la misteriosa llama que prende en el pecho de la incauta virgen, el lánguido abandono de las caricias matadoras, la brava arrogancia con que el alma enamorada se pone sola en medio del tumulto de la vida y reduce a su amor el universo, y sucumbe gozosa, herida por las flechas del omnipotente Eros".

Con acierto, Moratín considera esta obra como una fiel pintura de las costumbres nacionales. En frases sueltas y párrafos cortados aparece en la obra el ambiente social y humano de la España de los siglos del gótico, aquel vivir entre dos mundos, el del pasado y el del futuro. Mucha gente acudía a casa de la Celestina, en un extremo de la ciudad, cerca de las tenerías y en la cuesta del río, en especial muchachas, sirvientas, que le obsequiaban torreznos, trigo, harina y jarros de vino, a trueque que la vieja les enseñara costura y otros secretos inconfesables. También merodeaban por allí estudiantes, despenseros, mozos de abades y damas encubiertas.

La obra detalla con toda clase de pormenores las actividades de aquella ladina intermediaria, sacerdotisa del ocultismo: "Y remediava por caridad muchas huérfanas e erradas que se encomendaban a ella. Y en otro aparato tenía que remediar amores e para se querer bien. Tenía huesos de coraçon de ciervo, lengua de bívora, cabeças de codornizes, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haya morisca, guija marina, sogas de ahorcado, flor de yedra, spina de erizo, pie de texon, granos de helecho, la piedra del nido del águila, e otras mill cosas. Venían a ella muchos hombres e mugeres: e a unos demandaba el pan do mordían; a otros de su ropa; a otros de sus cabellos; a otros pintaba en la palma letras con açafrán; a otros con bermellón; a otros daba unos coraçones de cera llenos de agujas quebradas, e otras cosas en barro e en plomo hechas, muy espantables al ver. Pintava figuras, dezía palabras en tierra... ¿Quién te podrá dezir lo que esta vieja hazía? E todo era burla e mentira".

Con crudo realismo, describe las relaciones entre señoras y sirvientas, las humillaciones y malos tratos a que éstas se veían sometidas y los pretextos que las amas se valían para expulsarlas del hogar:

"Mayormente destas señoras que agora se usan: gástase con ellas lo mejor del tiempo, e con una saya rota de las que ellas desechaban pagan servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, continuo sojuzgadas, que hablar delante dellas no osan: e quando veen cerca el tiempo de la obligación de casallas, levántanles un caramillo, que se echan con el moço o con el hijo, o pidenles celos del marido, o que meten hombres en casa, o que hurtó la taça, o perdió el anillo; dándoles un ciento de açotes, y échanlas la puerta afuero, las haldas en la cabeça, diziendo: allá yrás, ladrona, puta, no destruyrás mi casa e honra. Assi que, esperan galardón, sacan baldón; esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos e joyas de boda, salen desnudas e denostadas. Éstos son sus premios, éstos son sus beneficios e pagos; obliganse a darles marido, quítanles el vestido; la mejor honrra que en sus casas tienen, es andar

hechas callejeras, de dueña en dueña, con sus mensajes acuesta. Nunca oyen su nombre propio de la boca dellas, sino puta acá, puta acullá. ¿A dó vas, tiñosa?, ¿qué heziste, vellaca?, ¿por qué comiste esto, golosa?, ¿cómo fregaste la sartén, puerca?, ¿por qué no limpiaste el manto, suzia?, ¿cómo dixiste esto, necia?, ¿quién perdió el plato, desaliñada?, ¿cómo faltó el paño de manos, ladrona? ¡A tu rufián le avrás dado! Ven acá, mala muger, la gallina havada no parece; pues búscala presto, si no, en la primera blanca de tu soldada la contaré. E tras esto mill chapinazos, pellizcos, palos e açotes. No hay quien las sepa contestar; no quien pueda sofrirlas. Su plazer es dar bozes, su gloria reñir; de lo mejor hecho, menos contentamiento muestran. Por esto, madre, he querido más bivar en mi pequeña casa, esenta e señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada e cativa."

La influencia clásica greco-latina —nervio literario del Renacimiento— aparece patente en las citas del discurso de Melibea, momentos antes de precipitarse de la torre abajo, en que trata de justificar su muerte y el dolor que va a causar a sus familiares:

"Y caso que por mi morir a mis queridos padres sus días se disminuyessen, ¿quién dubda que no haya avido otros más crueles contra sus padres? Bursia, rey de Bitinia, sin ninguna razón, no aquexándole pena como a mí, mató a su propio padre; Tolomeo, rey de Egypto, á su padre, é madre, y hermanos, é muger, por gozar de una manceba; Orestes á su madre Clitenebra; el cruel emperador Nero, á su madre Agripina por solo su plazer la hizo matar. Éstos son dignos de culpa; éstos son verdaderos parricidas, que no yo: que con mi pena, con mi muerte, purgo la culpa de que su dolor se me puede poner. Otros muchos crueles ovo que mataron hijos y hermanos, debaxo de cuyos yerros el mío no parecerá grande. Philipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, Reyna de Capadocia; é Medea, la nigromantesa: todos éstos mataron hijos queridos é amados, sin ninguna razón, quedando sus personas á salvo. Finalmente, me ocurre aquella gran crueldad de Phrates, rey de los Parthos, que porque no quedasse sucesor después dél, mató á Orode, su viejo padre, é á su único hijo, é treynta hermanos suyos. Éstos fueron delitos dignos de culpable culpa, que guardando sus personas de peligro, matavan sus mayores é descendientes y hermanos."

Algunos críticos sostienen que los defectos de esta obra sólo pueden ser ciertas expresiones libres u obscenas, que la Inquisición dejó intactas, por ser corrientes en una época menos pudibunda que la nuestra. Por su parte, el alemán Spiegel afirma que "en *La Celestina*, todos los vocablos eran útiles y necesarios para formar un vocabulario genuino de autoridades de la lengua castellana". Se incorporan al idioma los modismos del lenguaje popular y el refranero, al propio tiempo que los cultismos y giros latinizantes adecuados, proporcionándole tanta flexibilidad y riqueza, que hizo posible la explosión literaria de los dos siglos siguientes.

Un libro con vigor expresivo, nitidez de concepto, sobriedad elegantísima, con un fondo de pesimismo epicúreo un poco velado y matizado de una ironía trascendental y amarga; y con un remate que no se sabe si es expiación moral, era realidad, o triunfante apoteosis. Una obra con atisbos de romanticismo en la contextura de los personajes, con su amor y angustia, y por sus elementos populares, cantarcillos y refranes, y con un cierto desdén hacia el mundo clerical que nos recuerda el clima erasmista que tanta huella dejó en las letras hispanas. Un libro que ya no es peculiarmente español, sino que se ha calificado de "europeo" con su aportación de nuevas concepciones de la vida y del amor. Una concepción renacentista que cierra un siglo e inicia otro decisivo en el espacio, en el tiempo y en el espíritu humano: la época de los descubrimientos y reformas.

Argumento del primer auto desta comedia.

Delibe

Calisto



Enterado Calisto vna puerta empo d vn falcon suyo fallo y a Delibe de cuyo amor preso comecole de hablar: dela qual rigorosamente despedido: fue para su casa muy sangustiado. hablo con vn criado suyo llamado semprompto. el qual despues de muchas razones le endereco a vna vieja llamada celestina: en cuya casa tenia el mesmo criado vna enamorada llamada elicia: la qual viniendo semprompto a casa de celestina con el negocio de su amo tenia a otro consergo llamado crito: al qual escondieró. Entre tanto que semprompto esta negociado con celestina: calisto esta razonando con otro criado suyo por nombre parmeno: el qual razonamiento dura fasta que llega Semprompto y celestina a casa de calisto. Parmeno fue conocido de celestina: la qual mucho le dize de los fechos y co-

INDICE CRONOLÓGICO

- 1150.** Invasión de almohades en la península Ibérica. — Matrimonio entre Ramón Berenguer IV de Cataluña y Petronila de Aragón.
- 1152.** Divorcio entre Luis VII de Francia y Leonor de Aquitania; matrimonio de ésta con Enrique Plantagenet de Inglaterra. — Federico I Barbarroja, emperador de Alemania. — El emperador bizantino Manuel Comneno derrota a los húngaros.
- 1153.** Balduino II de Jerusalén conquista Ascalón. — Paz entre húngaros y bizantinos. — Muere san Bernardo de Claraval.
- 1154.** Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra. — Federico I Barbarroja en Italia.
- 1155.** El papa Adriano IV corona emperador a Federico Barbarroja. — Ejecución de Arnaldo de Brescia. — Los normandos sicilianos amenazan a los bizantinos.
- 1156.** Establecimiento del poderío güelfo en Italia. — Fundación del ducado de Austria.
- 1157.** Muere Alfonso VII y reparte sus reinos entre sus hijos: León a Fernando II y Castilla a Sancho III. — Federico Barbarroja vence a los polacos.
- 1158.** Institución de la Orden española de Calatrava. — Federico I convoca la Dieta de Roncaglia: sublevación de Milán.
- 1159.** Federico Barbarroja sitia Milán.
- 1160.** Federico I toma la ciudad de Crema.
- 1161.** Estalla de nuevo la guerra entre bizantinos y húngaros.
- 1162.** Alfonso II, rey de Aragón y Cataluña. — Federico Barbarroja toma la ciudad de Milán y la castiga duramente. — Tomás Becket es nombrado arzobispo de Canterbury. — Empieza la construcción de la catedral de París.
- 1163.** Federico I Barbarroja marcha de nuevo a Italia.
- 1164.** «Constituciones de Clarendon» en Inglaterra.
- 1166.** Nueva expedición de Federico I a Italia.
- 1167.** Federico Barbarroja entra en Roma: integración de la «Liga Lombarda», de carácter antigermánico.
- 1168.** Los bizantinos derrotan a los húngaros.
- 1169.** Se celebran Cortes en Burgos. — Paz de Montmirail entre ingleses y franceses. — Saladino derrota en Egipto a los cristianos de Jerusalén.
- 1170.** Fundación de la ciudad de Teruel. — Asesinato de Tomás Becket, arzobispo de Canterbury.
- 1171.** Enrique II Plantagenet invade Irlanda. Saladino destruye el imperio fatimita de Egipto.
- 1172.** Alfonso II de Aragón y Cataluña adquiere el Rosellón.
- 1173.** Saladino, sultán de Egipto.
- 1174.** Federico Barbarroja fracasa al sitiar Alejandría de Italia. — Reconocimiento de la soberanía inglesa por los escoceses. — Sublevaciones en Irlanda.

1176. Las fuerzas de la Liga Lombarda derrotan a Federico Barbarroja en Legnano. — Los bizantinos son vencidos en el Asia Menor.

1177. Federico I Barbarroja se somete al papa Alejandro III en Venecia. — Batalla del Meandro: desquite bizantino. — Tribus tuareg fundan la ciudad de Tombuctú al sur del desierto del Sáhara.

1179. Tratado de Cazola entre los reyes de Castilla y Aragón: delimitación de zonas respectivas de reconquista en la península.

1180. Muerte de Luis VII de Francia: le sucede Felipe Augusto. — Muere el emperador bizantino Manuel Comneno: le sucede Alejo II. — Dieta de Leczyka, primera gran asamblea del reino de Polonia. — La familia de los Wittelsbach recibe la investidura del ducado de Baviera.

1182. Expulsión de los judíos en Francia. — Disturbios en el imperio bizantino: matanzas de ciudadanos de países occidentales. — Saladino ataca el reino cristiano de Jerusalén.

1183. Paz de Constanza: Federico Barbarroja reconoce la autonomía de las ciudades lombardas. — Andrónico I Comneno, emperador de Bizancio.

1184. La isla de Chipre se separa políticamente del imperio bizantino.

1185. Muere Alfonso I de Portugal en Coimbra. Disturbios políticos en el imperio bizantino: Isaac Angelo, emperador.

1186. Último viaje de Federico Barbarroja a Italia. — Enrique VI de Alemania se casa con Constanza, hija de Roger II y heredera del reino de Sicilia. — Las regiones de Bulgaria y Valaquia se rebelan contra los bizantinos.

1187. Batalla de Tiberíades: Saladino se apodera de Jerusalén. — Predicación de la III cruzada. Muere Enrique II Plantagenet de Inglaterra: le sucede Ricardo Corazón de León.

1188. Muere Fernando II de León: le sucede Alfonso IX. — Tregua entre Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto, y organización de la cruzada.

1189. Los cruzados inician el asedio de la plaza de San Juan de Acre.

1190. Federico I Barbarroja emprende su marcha a Tierra Santa y perece en el Asia Menor.

1191. Ricardo Corazón de León conquista Chipre y desembarca en Palestina. — Conquista de San Juan de Acre. — Disensiones en el ejército de los cruzados. — Felipe Augusto renuncia a participar en la cruzada y regresa a Francia.

1192. Ricardo Corazón de León fracasa ante Jerusalén, concierta un tratado con Saladino y al regresar a Europa es hecho cautivo por el duque de Austria. — Felipe Augusto invade Normandía. — Fundación de la Orden Teutónica.

1193. Muere en Damasco el sultán Saladino. — Enrique Dándolo, «dux» de la República de Venecia.

1194. Luchas anglo-francesas por la posesión de Normandía. — Los bizantinos reconocen la independencia de Valaquia.

1195. Batalla de Alarcos: los almohades derrotan a Alfonso VIII de Castilla. — Fin de la dinastía normando-siciliana: Enrique VI, rey de Sicilia. — Desorden político en el imperio bizantino.

1196. Los cristianos derrotan a los sarracenos entre Tiro y Sidón.

1197. Paz entre castellanos y leoneses. — Jaffa, recuperada por los sarracenos: matanzas de cristianos.

1198. Inocencio III, papa. — Luchas entre güelfos y Hohenstaufen. — Muerte del filósofo árabe Averroes: difusión de las obras de Aristóteles.

1199. Muere Ricardo Corazón de León: le sucede Juan Sin Tierra. — Muere el emperador japonés Yoritomo en Kamakura.

1200. Intentos de restauración del reino de Bulgaria. Hambre y epidemias en Egipto. Es predicada la IV cruzada.

1201. Fundación de la ciudad de Riga, a orillas del Báltico.

1202. Los cruzados se concentran en Venecia y se embarcan rumbo a Zara, en el Adriático. — Felipe Augusto exige vasallaje a Juan Sin Tierra.

1203. Infeudación de Pedro II el Católico, de Aragón, al papa Inocencio III. — Los cruzados en Constantinopla. — Felipe Augusto, rey de Francia, le va arrebatando a Juan Sin Tierra las regiones de Turena, Anjou, el Maine y el Poitou.

1204. Pedro II el Católico adquiere el condado de Montpellier; el papa Inocencio III le corona solemnemente en Roma. ~ Santo Domingo de Guzmán predica en el Languedoc. — Toma de Constantinopla por los cruzados: fundación del «Imperio Latino». — Los venecianos se apoderan de la isla de Creta. Teodoro Lascaris establece un nuevo imperio bizantino en Nicea. — Muerte del filósofo hebreo Maimónides.

1205. Felipe Augusto se apodera de Normandía. r Construcción del templo indio de Gundicha-Gari en Puri.

1206. Teodoro Lascaris es coronado emperador de Nicea. — Gengis Kan reúne bajo su mando las tribus del Asia central, e inicia sus expediciones.

1207. Tratado de paz entre el imperio de Constantinopla (latino) y el de Nicea (griego).

1208. Juan Sin Tierra, monarca inglés, solicita la paz a Felipe Augusto. — Inocencio III predica una cruzada contra los albigenses. — Erección de la iglesia de la Vera Cruz en Segovia. ~ Empieza la construcción de la catedral de Troyes.

1209. Simón de Montfort toma por asalto las ciudades de Albi y Carcasona. — Establecimiento de un régimen feudal en el imperio latino de Constantinopla.

1210. Los venecianos conquistan la isla de Eubea. — Fundación de la Orden franciscana. — Godofredo de Estrasburgo compone el *Tristán e Iseo*.

1211. Los albigenses son vencidos en Castelnaudary. — Inocencio III excomulga al rey Juan sin Tierra. El arquitecto Juan d'Orbais construye la catedral de Reims.

1212. Batalla de las Navas de Tolosa: los cristianos derrotan a los almohades. La ciudad de Toulouse resiste a las tropas de Simón de Montfort. — Empieza a reinar Federico II de Alemania.

1213. Batalla de Muret: derrota y muerte de Pedro II el Católico. — Fracasa trágicamente la «cruzada infantil» o de los niños. -Gengis Kan invade China y conquista Pekín.

1214. Muere Alfonso VIII de Castilla. — Victoria de Felipe Augusto en Bouvines contra una coalición anglo-germánico-flamenca: robustecimiento del poder real francés.

1215. Juan Sin Tierra otorga a los ingleses la «Carta Magna» en Runnymede. — Concilio ecuménico de Letrán: temática, la transustanciación y la confesión auricular. Federico II es coronado emperador en Aquisgrán y promete ir a la cruzada. — Construcción de la catedral de Auxerre.

1216. Muere Juan Sin Tierra: le sucede Enrique III. Muerte del papa Inocencio III. — Confirmación de la Orden dominica.

1217. Doña Berenguela, reina de Castilla, cede el trono a su hijo Fernando III. — Derrota de la escuadra francesa en Dover. — Cruzada de Andrés II de Hungría contra Egipto.

1218. Cortes de Villafranca: participación del pueblo catalán en la vida política. Son definitivamente aprobadas las Órdenes de franciscanos y dominicos.

1219. Los expedicionarios de la V cruzada conquistan Damietta.

1220. Fernando III de Castilla contrae matrimonio con la princesa alemana Beatriz de Suabia. — Jaime el Conquistador toma Albarracín. — Los sarracenos

recuperan Damietta. — Fundación de la ciudad de Berlín. — Los mongoles asaltan Breslau, en Silesia. Fujiwara es proclamado «shogun» del Japón. — Empieza la construcción de la catedral de Santa Gúdula, en Bruselas.

1221. Jaime el Conquistador contrae matrimonio con Leonor de Castilla. — Se inicia la construcción de la catedral de Burgos.

1222. Campañas de los mongoles en Ucrania y Crimea.

1223. Alfonso IX funda la universidad de Palencia. — Muere Felipe Augusto de Francia: le sucede Luis VIII. — El imperio latino de Constantinopla es vencido por el de Nicea en Pemanene.

1224. Los dominios franceses se van extendiendo por la comarca de Aquitania.

1225. Federico II adopta el título de «rey de Jerusalén». — Construcción de la catedral de Segovia. Esteban de Mortague empieza a construir la catedral de Tours.

1226. Muere Luis VIII de Francia y le sucede san Luis bajo la regencia de doña Blanca de Castilla. — El Alto Languedoc se somete a la monarquía francesa. — Renovación de la Liga Lombarda en el norte de Italia. Los mongoles se apoderan de Persia. — Muerte de san Francisco de Asís.

1227. Gregorio IX excomulga a Federico II. — Los güelfos son expulsados de Verona y de Vicenza. — Muerte del emperador mongol Gengis Kan.

1228. Federico II emprende la VI cruzada. — Los bizantinos de Nicea amenazan el imperio latino de Constantinopla.

1229. Jaime I de Aragón conquista Mallorca. — Concilio de Toulouse y tratado de Meaux: fin de la herejía albigense. — Federico II entra en Jerusalén en virtud de un pacto con el sultán Kamil de Egipto.

1230. Catastróficas inundaciones en Holanda: perece la mayor parte de la población de Frisia.

1232. La isla de Menorca se somete a Jaime I el Conquistador, que inicia, además, la conquista del reino de Valencia. — Establecimiento de la Inquisición en Francia.

1234. La isla de Ibiza se somete a la corona catalanoaragonesa.

1235. Construcción de las catedrales de Francfort y Marburgo. — Mausoleo de Altamsh en Delhi, India.

1236. Fernando III de Castilla conquista Córdoba. — Los mongoles en el Volga.

1237. Federico II vence a la Liga Lombarda en Costenuova. Balduino II de Constantinopla solicita ayuda de los occidentales contra los bizantinos de Nicea.

1238. Jaime I de Aragón conquista la ciudad de Valencia. — Mohamed ben-Alhamar inicia la dinastía de los nazaríes de Granada. Alianza de Génova, Venecia y la Santa Sede contra Federico II.

1239. El llamado Gran Consejo inglés recibe el nombre definitivo de Parlamento. — Alfonso IX de León funda el Estudio General de Salamanca.

1240. Los mongoles destruyen Kiew, en Ucrania, y amenazan Hungría y Polonia. — Ricardo de Cornualles logra ventajas para los cristianos de Jerusalén.

1241. En Italia, guerras civiles entre güelfos y gibelinos. — Unión económica de Hamburgo y Lubeck: orígenes de la Hansa germánica. — Los mongoles en Hungría, Silesia y Bohemia.

1242. San Luis, rey de Francia, vence a los ingleses en Tailleburg y Saintes.

1243. Los mongoles amenazan el Asia occidental.

1244. Tratado de Almizra, confirmación de los convenios de Cazola entre Castilla y Aragón. — Matanzas de cristianos en Jerusalén.

1245. Concilio de Lyon. — Federico II es declarado depuesto por la Santa Sede. La región de Tracia se une a los bizantinos de Nicea. — Construcción de la abadía de Westminster.

1246. El reino moro de Granada se declara tributario de Fernando III de Castilla. — La región de Epiro se une al imperio de Nicea.

1247. Federico II vence a las tropas de la Santa Sede en Parma. — Formación de la «Liga Renana» o de ciudades del Rin, a iniciativa de Maguncia. — Termina la construcción del templo de Jaggernauth y de los templos jainos de Monte Abu, en la India.

1248. Fernando III conquista Sevilla a los musulmanes. San Luis emprende la VII cruzada a Egipto: toma de Damietta. — Pedro de Montereau termina la construcción de la Sainte Chapelle de París.

1249. Campañas portuguesas contra los musulmanes de los Algarbes. — Federico II vence a la Liga Lombarda en Fossalta. — Jurisdicción mercantil del Consejo de Ciento de Barcelona.

1250. Muerte de Federico II, emperador de Alemania: le sucede Conrado IV. — San Luis de Francia, cautivo en Egipto: devolución de Damietta a los sarracenos.

1251. Se inicia una compilación legislativa en Castilla. — El papa Inocencio IV regresa a Italia: es excomulgado Conrado IV de Alemania.

1252. Muere Fernando III de Castilla: le sucede Alfonso X el Sabio. Construcción de la catedral de Burdeos. — Alejandro Nevsky, príncipe de Rusia. — Goroyemon-Ono funda el Daibutz de Kamakura en el Japón.

1253. Termina la campaña de Conrado IV en Italia: quedan en su poder Capua y Nápoles. Última fase de construcción de la iglesia de Asís.

1254. Desde Palestina, el rey san Luis regresa a Francia. — Construcción de la Catedral de León.

1255. Persecuciones antisemitas en Inglaterra. Los caballeros de la Orden Teutónica fundan Koenigsberg. — Muere el emperador africano Sundiata Keita, soberano de Mali y Ghana.

1256. Organización civil y militar de Florencia. — Alejandro IV establece la Orden de los agustinos.

1257. Alfonso X el Sabio y Ricardo de Cornualles, pretendientes a la corona imperial de Alemania. — Fundación del Colegio de la Sor-bona en París. — Manfredo se adueña del reino de Nápoles, en nombre de Conradino, hijo de Conrado IV.

1258. Tratado de Corbeil entre Jaime I de Aragón y san Luis de Francia. — Firma de los «Estatutos de Oxford» en Inglaterra. — Los mongoles de Hulagu destruyen Bagdad: fin de la dinastía abasida.

1259. Paz de Abbeville: delimitación de las posesiones francesas e inglesas en el occidente de Francia. — Batalla de Palagonia; finalizan las luchas en el Epiro por su anexión al imperio bizantino de Nicea.

1260. Los gibelinos dominan en Florencia. Kubilai Kan, fundador de la dinastía Yuan, en China.

1261. Extinción del imperio latino de Constantinopla: los bizantinos de Nicea se apoderan de la capital.

1262. Pedro de Aragón, hijo de Jaime I el Conquistador, contrae matrimonio con Constanza, hija y heredera de Manfredo de Sicilia. Urbano IV cede los derechos de la corona siciliana a Carlos de Anjou, hermano de san Luis. La isla de Islandia es incorporada a los dominios noruegos.

1263. Alfonso X el Sabio compone las Cantigas de Santa Maria. — Cesión definitiva del territorio de los Algarbes a Portugal. Intentos de reconciliación entre las Iglesias griega y latina promovidos por Urbano IV. — Muerte de Alejandro Nevsky, príncipe de Rusia.

1264. Carlos de Anjou, en Roma. — Construcción de la catedral de Siena.

1265. Alfonso X termina la redacción del código de las Siete partidas. — Inicia sus funciones en Inglaterra la Cámara de los Comunes: representantes de ciudades y villas son admitidos al Parlamento.

1266. Jaime I el Conquistador se adueña de Murcia para Castilla. — Batalla de Benevento: muerte de Manfredo. — Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia.

1268. Conradino intenta recuperar su reino: es derrotado por Carlos de Anjou en Tagliacozzo y condenado al cadalso en Nápoles. — Campaña de los mamelucos en Siria: caída de Antioquía.

1269. Intento frustrado de cruzada de Jaime el Conquistador a Tierra Santa.

1270. Luis IX de Francia emprende una VIII y última cruzada. — Muere san Luis durante el asedio de Túnez, a consecuencia de la peste. — Viaje de Marco Polo al Asia Oriental.

1271. Gregorio X, papa. — Bibars, jefe sarraceno, amenaza San Juan de Acre.

1272. Eduardo I, rey de Inglaterra. Ramón Llull (beato Raimundo Lulio) redacta su obra filosófica *Ars Magna*. — Tregua cristianosarracena en San Juan de Acre. — Construcción de la catedral de Narbona.

1273. Rodolfo de Habsburgo, elegido emperador alemán. — La Italia septentrional se manifiesta contra Carlos de Anjou. Santo Tomás de Aquino termina la redacción de la *Suma Teológica*.

1274. Gregorio X intenta organizar otra cruzada. — Concilio de Lyon: se trata de la unión de las Iglesias griegas y latina. — Muere santo Tomás de Aquino. Construcción de Santa María Novella en Florencia. — Erección del castillo de Mariemburgo en la Prusia oriental. — Construcción de las murallas de Pekín. — Los mongoles amenazan el litoral japonés.

1275. Construcción de la catedral de Ratisbona. — Marco Polo en China.

1276. Muerte de Jaime I el Conquistador: le sucede Pedro III en Aragón, Cataluña y Valencia. — Expedición francesa a Navarra: sitio de Pamplona. — Rodolfo de Habsburgo amplía sus dominios austríacos.

1277. Nicolás III, papa. — Muerte de Bibars, jefe de los mamelucos baharitas.

1278. Batalla de Marchfeld: Rodolfo de Habsburgo derrota al rey de Bohemia. — Muere Nicolás Pisano, célebre artista de Pisa.

1279. Don Dionís, rey de Portugal. — Matanza de judíos en Londres. — Construcción del Castilnuovo de Nápoles. — Instalación de observatorios astronómicos en Pekín.

1280. Muerte de san Alberto el Magno. — Protectorado catalán en el reino musulmán de Túnez. — Fundación de la universidad de Cambridge. Construcción de la catedral de Exeter.

1281. Tratado de Orvieto entre la Santa Sede, Nápoles y Venecia, para restaurar el imperio latino de Constantinopla: fracasan sus proyectos.

1282. Las «*Vísperas sicilianas*»: rebelión de Palermo y matanza de franceses. — Pedro III de Aragón interviene en Sicilia. — Eduardo I de Inglaterra conquista el País de Gales.

1283. Pedro III otorga el *Privilegio general* a sus reinos. Estatuto de Gales, promulgado por Eduardo I. — Ramón Llull escribe el *Blanquerna*, primera obra filosófica en lengua vulgar.

1284. Felipe III de Francia invade Cataluña, en virtud de la excomunión de la Santa Sede contra Pedro III de Aragón. — Triunfos navales de los catalanes. — Muere Alfonso X el Sabio y le sucede Sancho IV; guerra civil entre el rey y los infantes de la Cerda. Los genoveses arruinan a su rival, la república de Pisa. — Guerra entre China y Birmania. Construcción de la mezquita egipcia de Kalaun en El Cairo.

1285. Derrota, y muerte de Felipe III de Francia: le sucede Felipe IV el Hermoso. — Muere Pedro III de Aragón. — La región de la Champagne es incorporada al reino francés.

1287. Inundaciones en el Zuyderzee: perecen ochenta mil holandeses. — Alfonso III de Aragón otorga a los nobles el *Privilegio de la Unión*.

1288. Sublevación de Pisa: Hugolino della Gherardesca es encerrado en una torre y muere de hambre.

1289. Luchas entre güelfos y gibelinos en el norte de Italia. — Los sarracenos asedian San Juan de Acre.

1290. Se prohíbe en Inglaterra la subinfeudación. — El gobierno inglés expulsa del país a los judíos.

1291. Tratado de Aix entre los franceses y la Confederación catalanoaragonesa. — Organización del Parlamento de París. — Muere el emperador Rodolfo de Habsburgo. — Los musulmanes conquistan San Juan de Acre: fin de la dominación cristiana en Palestina.

1292. Sancho IV de Castilla se apodera de Tarifa. — Dante Alighieri compone la *Vita Nuova*. — Muere el filósofo Roger Bacon.

1293. Defensa de Tarifa por Guzmán el Bueno. — Los suecos se apoderan de Finlandia.

1294. Bonifacio VIII, papa. — Tratado de Anagni: reconciliación entre Jaime II de Aragón y la Santa Sede. Empieza la construcción de la catedral de Florencia. Fundación del castillo de Heidelberg. — Muere el emperador chino Kubilai Kan.

1295. Muere Sancho IV de Castilla: le sucede Fernando IV bajo regencia de su madre, María de Molina. — Primeras «Hermandades» de Castilla. — Se regulan las funciones del Parlamento inglés («Parlamento modelo»). — Alianza entre Francia y Escocia. — Marco Polo regresa a Venecia.

1296. Donación de Cerdeña por la Santa Sede en favor de la corona catalanoaragonesa. — Campaña de Eduardo I contra Escocia.

1297. Campaña de Felipe IV el Hermoso contra los flamencos: derrota de éstos en Fumes. Son confirmadas las libertades inglesas de la Carta Magna.

1298. Alberto I de Austria, emperador alemán: tratado con Felipe IV de Francia. Victorias navales genovesas en el Adriático. — Actividad arquitectónica en Florencia: empieza la construcción del Palazzo Vecchio.

1299. Tratado de paz entre Génova y Venecia. — Expansión de la Hansa germánica en el Báltico.

1300. Bonifacio VIII celebra solemnemente el jubileo secular en Roma. Fundación de la universidad de Lérida. — Felipe IV de Francia ocupa Flandes. — Dominación egipcia en el Yemen.

1301. Bonifacio promulga una bula afirmando la supremacía de la Santa Sede sobre todo poder constituido. — Enemistad de Felipe IV de Francia contra Bonifacio VIII. — Conquistas turcas en Asia Menor; derrota de los bizantinos en Nicomedia. — Muere Arnolfo di Cambio, arquitecto de la catedral de Florencia.

1302. Primeros Estados Generales en Francia, convocados por Felipe IV el Hermoso. Batalla de Kortryk (Courtrai); los flamencos vencen a los franceses. -- Paz de Caltabellota; Fadrique III es reconocido rey de Sicilia. — Roger de Flor y sus almogávares en Constantinopla. Dante Alighieri es desterrado de Florencia. Muere Cimabue, gran pintor toscano.

1303. Atentado de Anagni: muerte de Bonifacio VIII. — Victorias de los almogávares contra los turcos en el Asia Menor.

1304. Mons-en-Pévèle: sublevación de los flamencos. — Los almogávares llegan a la cordillera del Tauro.

1305. Clemente V, papa. — Roger de Flor y sus principales capitanes son asesinados a traición en Constantinopla. — La «venganza catalana» en el imperio bizantino.

1306. Roberto Bruce, rey de Escocia. — El pueblo de París se rebela contra la administración de Felipe IV. — Los almogávares dominan la región tracia.

1307. Felipe IV inicia la persecución contra los caballeros templarios. — Eduardo II, rey de Inglaterra.

1308. Colonización de Dantzig por los caballeros de la Orden teutónica.

1309. Clemente V traslada la Santa Sede a Aviñón. — Finaliza la construcción de la catedral de Orvieto. Los almogávares en Macedonia y Tesalia.

1310. El emperador Enrique VII inicia una campaña en Italia. — Ramón Llull propone a Clemente V la reconquista de Tierra Santa. — Los caballeros de San Juan de Jerusalén ocupan la isla de Rodas. — Los almogávares en la península del Atica.

1311. Concilio ecuménico de Vienne: proyectos de reformas eclesiásticas. — Los turcos atacan la isla de Rodas. Batalla de Cefiso: los almogávares ocupan Atica.

1312. Muerte repentina de Fernando IV de Castilla: le sucede Alfonso XI, bajo la regencia de María de Molina. El emperador Enrique VII llega a Roma. Es suprimida la Orden de los templarios.

1313. Muere el emperador alemán Enrique VI. — Batalla de Gamelsdorf: los austríacos son derrotados por los Wittelsbach de Baviera.

1314. Muere Felipe IV de Francia. — Victorias de los escoceses sobre los ingleses: Bannockburn. — Preponderancia del partido güelfo en Italia. — Muerte de Ramón Llull frente al litoral africano.

1315. Los suizos vencen a los austríacos en Morgarten.

1316. Los alemanes del Brandeburgo vencen a una coalición de polacos y escandinavos.

1318. El rey don Dionís de Portugal funda la Orden de Cristo en sustitución de los templarios. — Los escoceses invaden Inglaterra, pero son contenidos en Dundalk.

1319. Edificaciones del Generalife en la Alhambra de Granada.

1320. El príncipe ruso Iván Kalitá convierte a Moscú en la capital religiosa del país. — Asesinato del déspota Malik-Cusrú y fin de la dinastía mahometana Khilji en la India.

1321. Los caballeros de Rodas defienden heroicamente su isla contra los turcos. — Muere Dante Alighieri en Ravena: difusión de su obra *La Divina Comedia*.

1322. Asesinato de Miguel Tver, príncipe ruso de Novgorod.

1323. Rebelión del infante Alfonso de Portugal contra el rey Dionis.

1324. La corona de Aragón se anexiona la isla de Cerdeña. — Oposición entre el pontificado y el imperio: bula de deposición de Luis V.

1325. Muere el rey don Dionis de Portugal: le sucede Alfonso IV. — Gongo Muza, emperador africano de Mali, visita La Meca y Medina: principios de la arquitectura nacional sudanesa.

1326. Los turcos se apoderan de Nicomedia.

1327. Eduardo III, rey de Inglaterra.

1328. Muere Carlos IV de Francia y se extingue la línea directa de los Capetos: ocupa el trono Felipe VI de Valois. — El pueblo de Roma decreta que el papa debe residir en dicha ciudad. -Rebelión de Flandes: es dominada en Cassel.

1329. Los ingleses reconocen la independencia de Escocia. — Publicación en Francia del Libro de los Oficios, obra de Esteban Boileau. — Victoria de los turcos en Pelekanon.

1330. Los turcos conquistan Nicea.

1331. La Liga de Suabia se opone a la opresión nobiliaria. — Esteban Dusan, príncipe de Servia.

1332. Construcciones arquitectónicas de carácter religioso en Moscú.

1333. Eduardo III de Inglaterra derrota a los escoceses en Halidon Hill. Casimiro el Grande, rey de Polonia. Disturbios políticos en el Japón.

1336. Los franceses van ocupando las posiciones inglesas de Gascuña.

1337. Eduardo III de Inglaterra inicia las hostilidades contra Felipe VI de Francia: principia la guerra de los Cien Años.

1338. Dieta de Franconia: independencia del papa en el nombramiento del emperador. — Pactos angloflamencos.

1339. Los benimerines amenazan invadir la península Ibérica. — Eduardo III invade Francia, de acuerdo con los flamencos. — Crisis financiera en Florencia, por insolvencia de Eduardo III de Inglaterra.

1340. Batalla del Salado: triunfo de Alfonso XI de Castilla y de sus aliados peninsulares, contra los benimerines. — Victoria inglesa en la batalla naval de La Esclusa (Sluys).

1341. Coronación solemne de Petrarca, «poeta nacional», en el Capitolio romano.

1342. Campañas de Luis I de Hungría contra los tártaros.

1343. Alfonso XI sitia Algeciras. — Pedro IV de Aragón se apodera de Mallorca.

1344. Alfonso XI de Castilla toma Algeciras. — Sigue la guerra de los Cien Años: desastre francés en Bergérac. — Los caballeros de Rodas conquistan Ermirna y dominan el Egeo.

1345. Asesinato de Jacobo de Artevelde en Flandes. Batalla de Auberoche. Construcción de la bóveda tallada de Kin Yong Kuan, en China.

1346. El navegante mallorquín Jaime Ferrer llega a Río de Oro, actual Sáhara español. — Eduardo III de Inglaterra conquista Caen y triunfa en la batalla de Crécy. — Proclamación del emperador Carlos IV de Luxemburgo: resistencia de las ciudades a reconocerlo. Disturbios políticos en Constantinopla.

1347. Los ingleses se fortifican en su nueva posición de Calais. — Cortes de Zaragoza: luchas entre Pedro IV y la nobleza. — Creación del Consulado del Mar en Barcelona. — Rienzi, tribuno del pueblo en Roma. — Juan Cantacuzeno, emperador en Constantinopla.

1348. Alfonso XI promulga en Cortes el Ordenamiento de Alcalá. -. Empiezan los estragos de la «peste negra» en los países mediterráneos.

1349. Pedro IV vence a la «Unión» de nobles aragoneses en Epila: supresión del Privilegio. — Alianza de Castilla con Francia. — Alianza de Portugal y de Aragón con Inglaterra. — Rebelión en Cerdeña. — En Francia se otorga título de «delfín» al príncipe heredero. — Muere el literato don Juan Manuel, sobrino de Alfonso X el Sabio. — Siguen los estragos de la «peste negra» en Europa. — Los «flagelantes» son declarados herejes.

1350. Se reduce a cincuenta años el jubileo secular instituido por Bonifacio VIII. — En el reino de Aragón cesa de contarse la cronología por la «era española», sustituyéndola por la «era cristiana». — Muere de la peste el rey castellano Alfonso XI: le sucede Pedro I el Cruel. Muerte de Felipe VI de Francia: le sucede Juan II el Bueno. — Eduardo III instituye la Orden de la Jarretera. — En el arte de la India, transición entre los estilos pandya de Chidambaram y Bijanagar.

1351. Establecimiento del Estatuto Laboral en Inglaterra.

1352. Privilegios genoveses en Constantinopla. — Victoria catalana sobre los genoveses en el Bósforo.

1353. El geógrafo árabe Ibn-Batuta termina sus viajes por Africa. -Rienzi es nombrado senador de Roma.

1354. El cardenal Gil de Albornoz restaura el poder del papa en los Estados pontificios. — Rienzi es asesinado en Roma. — Viajeros mallorquines en Rusia y en China.

1355. Pedro el Cruel ordena numerosas ejecuciones en Toledo. — Alfonso IV de Portugal manda asesinar a Inés de Castro, esposa de su hijo Pedro. — Coronación imperial de Carlos IV de Alemania. Marino Faliero, dux de Venecia, es decapitado. — Rebelión budista en China.

1356. Pedro I de Portugal toma venganza contra los asesinos de su esposa Inés de Castro. Batalla de Poitiers: derrota francesa y prisión de Juan II el Bueno. — Dieta de Nuremberg; promulgación de la «Bula de Oro» en el imperio germánico. — Los turcos cruzan los Dardanelos y ocupan Gallípoli en Europa. — El preboste Etienne Marcel reclama libertades públicas en París.

1357. Crisis de autoridad en la monarquía francesa.

1358. El preboste Marcel es asesinado. — Rebelión agraria en Francia: la «Jacquerie».

1359. La flota castellana de Pedro el Cruel hostiliza el litoral catalán y es obligada a retirarse.

1360. Tratado de Bretigny entre Francia e Inglaterra.

1361. El ducado de Borgoña revierte a la corona francesa. Amurates I y sus tropas turcas se apoderan de Adrianópolis. 1362. Muere Juan-Alejandro, rey de Bulgaria.

1363. Alianza de Pedro el Cruel de Castilla con el Príncipe Negro de Inglaterra. — Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, inicia la «segunda dinastía» borgoñona. — Dimitri Donskoi, príncipe de Moscú.

1364. Muere Juan II el Bueno: le sucede Carlos V el Sabio, su hijo. — Campañas del guerrillero bretón Beltrán Duguesclin. — Gil de Albornoz funda el Colegio Español de San Clemente de Bolonia. — Casimiro de Polonia establece una academia polaca, origen de la universidad de Cracovia. Empieza la construcción del Alcázar de Sevilla. — Tratado de Brunn: alianza de las casas de Luxemburgo y Austria. — Exploraciones de los navegantes franceses de Dieppe en el Atlántico.

1365. Actuación de las «Compañías blancas» de Beltrán Duguesclin. 1366. Rebelión de Enrique de Trastámara en Castilla: es proclamado en Calahorra y estalla la guerra civil.

1367. La guerra de los Cien Años se reanuda en territorio español. — Batalla de Nájera: Pedro el Cruel derrota a Enrique de Trastámara. — Muerte de Pedro I de Portugal: le sucede Fernando I.- El papa Urbano V traslada su residencia a Roma. — Tamerlán adopta el título de Gran Kan y funda un nuevo imperio mongol.

1368. Nuevas exploraciones de los marinos de Dieppe en el litoral africano. — Se inicia la dinastía Ming en China.

1369. Derrota y muerte de Pedro el Cruel de Castilla en los campos de Montiel. — Los bizantinos piden auxilio a Roma. — Fortificaciones del Kremlin de Moscú.

1370. Muere el papa Urbano V. — Muerte de Casimiro, rey de Polonia: le sucede Luis de Hungría. — Se inicia la construcción de la Bastilla de París.

1372. Campaña de Enrique II de Trastámara contra Portugal. Batalla naval de La Rochela: éxito de la armada castellana. — Los ingleses ocupan el puerto de Brest. Batalla de Altheim: derrota de la Liga de Suabia.

1373. Campañas victoriosas de Beltrán Duguesclin en el norte de Francia. — Tratado de Fürstenwald: anexión del electorado de Brandeburgo a la casa de Luxemburgo.

1374. Muerte del poeta Petrarca.

1375. Groenlandia queda definitivamente sometida al reino de Dinamarca. Muere Boccaccio, narrador y humanista italiano.

1376. Muerte del Príncipe Negro en Inglaterra. — Misión de santa Catalina de Siena.

1377. Gregorio XI en Roma: fin de la «cautividad de Babilonia». — Muere Eduardo III de Inglaterra: le sucede Ricardo II. — Batalla de Reutlingen: nuevo predominio de la Liga de Suabia.

1378. Comienza el Gran Cisma de Occidente: Urbano VI es elegido papa en Roma y Clemente VII en Aviñón.

1379. Muere Enrique II de Castilla: le sucede Juan I. — Unión política de Polonia y Lituania.

1380. Muere Carlos V el Sabio, de Francia: le sucede Carlos VI. — Derrota de la flota inglesa en el Támesis. Los rusos vencen a los tártaros junto al río Don, en Kulikovo.

1381. Propagación de las doctrinas de Wiclef. — Insurrección campesina de 'Wat Tyler en Inglaterra. — El ducado de Atenas revierte a la corona aragonesa.

1382. Derrota de los flamencos en Roosebeke. — Los tártaros atacan Moscú por sorpresa: matanza de 24 000 moscovitas.

1383. Muere Fernando I de Portugal: regencia de Leonor Téllez y del maestre Juan de Avis. En Castilla cesa de computarse la cronología por la «era española», sustituyéndola por la «era cristiana». Los ingleses ocupan Gravelinas y los franceses Hondschoote.

1384. Unión del condado de Flandes al ducado de Borgoña. — Muere el reformador inglés Wiclef. Juan Fernández de Heredia traduce al castellano la obra histórica de Plutarco.

1385. En Portugal es proclamado rey Juan I de Avis: batalla de Aljubarrota y derrota de los castellanos. Guerra angloescocesa.

1386. Alianza angloportuguesa. — Batalla de Sempach: los suizos derrotan de nuevo a los austríacos.

1387. Muere Pedro IV de Aragón: le sucede Juan I el Cazador. — creación del título de «príncipe de Asturias» para los herederos de la corona castellana. — Termina la construcción del Campanile de Florencia.

1388. Victoria escocesa de Otterburn contra los ingleses. — Batalla de Dóffingen: destrucción de la Liga de Suabia.

1389. Elección de Bonifacio IX en Roma. — Asesinato del sultán turco Amurates I: le sucede Bayaceto I el Rayo. Los turcos derrotan a los serbios en Kossowo. — Los catalanes establecen Bolsa de Comercio en Brujas, Flandes.

1390. Enrique III, rey de Castilla. — Los turcos dominan por completo el Asia Menor.

1391. Persecuciones antisemitas en la península Ibérica. — Los turcos se apoderan de Tesalónica.

1392. Concilio de Praga. — Guerra entre los lituanos y los caballeros de la Orden Teutónica.

1393. Lucha entre las casas de Orleans y de Borgoña.

1394. Elección del antipapa Benedicto XIII (Pedro de Luna). Austria reconoce definitivamente la independencia suiza. — Bayaceto I el Rayo domina el territorio búlgaro.

1395. Tregua anglofrancesa. — Intentos de la universidad de París para reducir el Cisma de Occidente. — Pacificación de Cerdeña. — Juan Galeazzo Visconti, primer titular del ducado de Milán. — Campaña de Tamerlán al norte del mar Negro.

1396. Cruzada del emperador Segismundo contra los turcos: es derrotado en Nicópolis, junto al Danubio. Motín de tejedores en Colonia.

1397. Martín I de Aragón se anexiona Sicilia. — Asesinato del duque de Gloucester en Inglaterra. — Unión de Calmar: dinamarqueses, noruegos y suecos reconocen un solo soberano común, Margarita la Grande.

1398. Las doctrinas de Wiclef se difunden en Bohemia. — Tamerlán invade la India: saqueo de la ciudad de Delhi. Los tártaros amenazan el imperio turco.

1399. Tratado de paz castellanoportugués. — Continúa el Cisma: se solicita inútilmente la abdicación de ambos papas contrapuestos. El Parlamento inglés depone a Ricardo II y proclama a Enrique IV de Lancaster. — Fracasa una expedición militar lituana contra los tártaros de la «Horda de Oro».

1400. Sublevación de Gales, acaudillada por Owen Glendowe. — La academia polaca de Cracovia es erigida en universidad. — Se instala en la Giralda sevillana el primer reloj de campana conocido en España.

1401. El emperador Manuel de Constantinopla recorre Europa solicitando inútilmente auxilio contra los turcos.

1402. Batalla de Ankara: Tamerlán derrota y aprisiona a Bayaceto I el Rayo. El marino normando Bethencourt descubre las islas Canarias y toma posesión a nombre de Castilla.

1403. Victoria de Enrique IV de Inglaterra en Shrewsbury contra los escoceses.

1404. Tamerlán se dirige a Persia.

1405. Desembarco de franceses en Gales.

1406. Muere Enrique III de Castilla: le sucede Juan II bajo regencia de su madre Catalina de Lancaster y de su tío Fernando de Antequera. Florencia se apodera de Pisa. Jacobo I de Escocia preso en la Torre de Londres.

1407. Muere el canciller López de Ayala, político y escritor español. 1408. Luchas de catalanes y genoveses en Egipto.

1409. Concilio de Pisa: son depuestos los dos papas rivales y es elegido Alejandro V. Paz de Chartres entre los bandos orleanista y borgoñón. Sublevación de genoveses: matanza de la guarnición francesa.

1410. Fernando de Antequera toma esta ciudad a los moros granadinos. — Muere Martín I de Aragón. — Nueva guerra de polacos y lituanos contra la Orden Teutónica: batalla de Tannenberg. — Muerte de Froissart, historiador francés. — Publicación de la Imago Mundi de Pedro de Ailly.

1411. Interregno en la Confederación catalanoaragonesa. Los borgoñones reclaman apoyo de Inglaterra.

1412. Compromiso de Caspe, para la sucesión en el trono catalanoaragonés: Fernando de Antequera es elegido rey de Aragón. — Predicaciones de Juan Hus en Bohemia. — Los navegantes portugueses exploran el litoral africano hasta el cabo Nun.

1413. Enrique V sucede a su padre Enrique IV en Inglaterra. — París en poder del partido de los Armagnacs.

1414. Fernando I de Antequera, proclamado rey de Aragón, lucha contra su rival, el conde de Urgel, y le aprisiona en Balaguer. Concilio de Constanza: Juan Hus es condenado como hereje. -Alianza inglesa con el duque de Borgoña.

1415. Conquista de Ceuta por los portugueses. — Batalla de Azincourt: Enrique V conquista la Normandía. — La familia de los Hohenzollern adquieren el Brandeburgo. Los venecianos establecen Bolsa de Comercio en Brujas.

1416. Muere Fernando I de Antequera: le sucede Alfonso V. — Amadeo VII funda el ducado de Saboya.

1417. Martín V, papa único: termina el Cisma de Occidente. Enrique V de Inglaterra en Caen.

1418. Clausura del concilio de Constanza. — Siguen las luchas fratricidas entre armagnacs y borgoñones en Francia.

1419. Asesinato de Juan sin Miedo, duque de Borgoña en Montereau: le sucede su hijo Felipe el Bueno. — París cae en poder de los ingleses. — Los rebeldes husitas dominan la cuenca alta del Elba. — Los portugueses avistan la isla de Madera. Misioneros musulmanes en la isla de Java.

1420. Tratado de Troyes: Felipe de Borgoña reconoce a Enrique V de Inglaterra como heredero del trono de Francia. Los venecianos se apoderan del vecino territorio de Friul. Disturbios husitas en Praga: triunfo de éstos en Deutsch-Brod.

1421. Inundaciones en el río Mosa: aniquilamiento de setenta y dos poblaciones y cien mil víctimas.

1422. Muere Enrique V de Inglaterra: le sucede Enrique VI. — Muerte de Carlos VI de Francia: caos político en el país. — Los turcos amenazan Constantinopla. — Felipe María Visconti, duque de Milán, ocupa Brescia y Génova.

1423. Francisco Foscari, dux de Venecia. — Heroica defensa de la abadía Mont Saint-Michel contra los ingleses. Los franceses de la casa de Anjou intervienen en la política de Nápoles. — Los turcos atacan los territorios bizantinos.

1424. Muere en Peñíscola el antipapa Benedicto XIII. — Nuevas luchas entre chinos y birmanos: Pekín se consolida como capital de China.

1425. Alvaro de Luna es nombrado condestable de Castilla. — Basilio V, príncipe de Moscovia.

1426. Victoria de los husitas en Aussig. — Fundación de la universidad de Lovaina. — Muerte del pintor Huberto van Eyck.

1427. El humanista Filelfo en Florencia.

1428. Los ingleses sitian Orleans. — El ejército del duque de Milán es derrotado: tratado de paz con los florentinos y venecianos.

1429. Juana de Arco liberta Orleans: retirada de los ingleses en el Loira. — Solemne coronación de Carlos VII en Reims. — El duque de Borgoña crea la Orden del Toisón de Oro. — Muerte de Juan de Médicis en Florencia. Se predica cruzada contra los husitas en Bohemia. — Muerte de Gerson, canciller de la universidad de París.

1430. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, se apodera de Flandes y del Brabante. — Juana de Arco, prisionera de los borgoñones en Compiègne: es entregada a los ingleses. — Los turcos se apoderan de Tesalónica.

1431. Proceso de Juana de Arco: suplicio y muerte en la hoguera, en Ruan. — Concilio de Basilea. — Triunfo de los husitas en Taus.-Batalla de la Higuieruela contra los moros granadinos. — Los portugueses avistan el archipiélago de las Azores.

1433. Muere Juan I de Portugal: le sucede don Duarte. Tratado de Arras entre Carlos VII y Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Muere asesinado en Játiva el conde Jaime de Urgel. Cosme de Médicis, árbitro de Florencia. — Acuerdos de la «Compactata»: concesiones a los rebeldes husitas.

1434. Los Médicis expulsan de Florencia a la familia Strozzi. — Se fija la extensión y límites de la autoridad pontificia. — Derrota de los husitas en Lipan. Felipe

de Borgoña prohíbe la importación de hilados y tejidos ingleses en el país. Las naves portuguesas llegan a cabo Bojador.

1435. Felipe de Borgoña se alía con Carlos VII de Francia. — Batalla naval de Ponza, cerca de Gaeta: Alfonso V de Aragón es hecho prisionero por los genoveses. — Terminan las obras de la catedral de Florencia.

1436. Los portugueses son derrotados en su expedición a Tánger. — Felipe de Borgoña se incorpora los condados de Holanda, Zelanda y Hainaut.

1437. Los ingleses se retiran de París: Carlos VII entra triunfalmente en la capital. Es asesinado Jacobo I de Escocia.

1438. Muere don Duarte, rey de Portugal: le sucede Alfonso V. — Divergencia entre el concilio de Basilea y la Santa Sede. — Concilio de Ferrara. Alberto III de Habsburgo, emperador de Alemania.

1439. Concilio de Florencia: la Iglesia griega trata de unirse con la latina y es proclamado solemnemente el decreto de dicha unión.

1440. Federico III, emperador de Alemania. Los venecianos ocupan Ravena. — Juan Guttemberg de Maguncia inventa la imprenta. — Fundación de la universidad de Eton en Inglaterra.

1441. Luchas civiles en Castilla, entre el condestable don Alvaro de Luna y sus enemigos. Los portugueses en el litoral africano de cabo Blanco. Muere el pintor Jan van Eyck.

1442. Alfonso V de Aragón en campaña contra el reino de Nápoles.

1443. Alfonso V entra triunfalmente en Nápoles. Felipe de Borgoña se anexiona el Luxemburgo.

1444. Los ingleses solicitan una tregua de Carlos VII de Francia. — Los turcos derrotan una expedición de cristianos en Varna.

1445. Siguen las guerras civiles en Castilla: batalla de Olmedo. Organización del ejército regular francés. — Los portugueses llegan al cabo Verde y reconocen la costa del Senegal.

1447. Muere Felipe María Visconti: se proclama en Milán la llamada República Ambrosiana. — Alemania presta de nuevo obediencia a la Santa Sede. Corinto, Patras y casi toda la península de Morea cae en poder de los turcos. Los portugueses llegan a Sierra Leona. El explorador genovés Antonio Mal. fante recorre Marruecos hasta el oasis de Tuat.

1448. Clausura del concilio de Basilea. — Muere el emperador bizantino Juan VIII y le sucede Constantino Paleólogo.

1449. Construcciones turcas en el Bósforo: se completa el cerco de Constantinopla.

1450. Batalla de Formigny: los franceses derrotan a las tropas inglesas.—Francisco Sforza es proclamado duque de Milán.—Muerte del marqués de Santillana, político y literato.

1451. Batalla de Castillon y nueva victoria francesa contra Inglaterra: Burdeos y Bayona en poder de Carlos VII. — Scanderberg, patriota albanés, defiende su país de los turcos.

1452. Los otomanos se apoderan de Trebizonda en el mar Negro y amenazan Constantinopla. — Luchas entre el príncipe de Viana y su padre Juan de Navarra.

1453. Termina la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra.—Los turcos de Mohamed II toman Constantinopla al asalto: fin del imperio bizantino. El condestable Alvaro de Luna es decapitado en Valladolid.

1454. Muerte de Juan II de Castilla: le sucede su hijo Enrique IV. —Paz de Lodi entre Milán y Venecia, a la que se adhieren casi todos los estados italianos. — Nueva

guerra, llamada «de los trece años» entre Polonia y la Orden Teutónica. -- La población de Dantzig decide libremente unirse al reino polaco.

1455. Calixto III, papa. Estalla en Inglaterra la guerra de las Dos Rosas, entre los York y los Lancaster. — Termina la edificación de las Casas Consistoriales de Bruselas.

1456. Los otomanos en Belgrado: se predica cruzada contra los turcos. — Prosiguen las exploraciones portuguesas en la costa occidental africana.

1458. Muerte de Alfonso V de Aragón: le sucede su hermano Juan rey de Navarra. Cruzada de los portugueses en Marruecos: toma de Alcazarquivir y de su litoral. — Se implanta la enseñanza del griego en la universidad de París.

1459. Congreso de Mantua.

1460. Muerte del infante portugués Enrique el Navegante. Batalla de Wakefield: derrota de los partidarios de la casa de York. Los cristianos de la península balcánica siguen resistiendo el avance turco.

1461. Muere en Barcelona el príncipe de Viana, hijo de Juan II de Aragón. — Luis XI, rey de Francia. Eduardo IV de York, rey de Inglaterra.

1462. Rebelión de Cataluña contra Juan II de Aragón. — El Rosellón y la Cerdeña son dejados en depósito y garantía en poder de Luis XI. Iván III, príncipe de Moscovia.

1463. Los turcos conquistan la región de Bosnia.

1464. Los catalanes sublevados contra Juan II proclaman soberano al condestable don Pedro de Portugal. — Introducción de la primera imprenta en Italia. — Muerte de Cosme de Médicis en Florencia. Hedgeley Moor: últimos intentos yorkistas.

1465. Deposición simbólica de Enrique IV de Castilla en Avila: lucha entre el rey y la nobleza. — Muerte del papa Pío II.

1466. Muere el condestable don Pedro de Portugal. — Enrique VI es destronado y preso en la Torre de Londres. — Muere Francisco Sforza, duque de Milán: le sucede Galeazzo María. -- Muerte del escultor italiano Donatello.

1467. Carlos el Temerario, duque de Borgoña.

1468. Enrique IV de Castilla reconoce a Isabel la Católica como heredera de sus reinos. — Entrevista de Peronne entre Luis XI y Carlos el Temerario. — Toma de la ciudad de Lieja por Carlos el Temerario. — El emperador africano Sonni Ali se apodera de Tombuctú.

1469. Matrimonio de Isabel la Católica y Fernando de Aragón. — Introducción de la imprenta en Francia.

1470. Asamblea de Tours. — Eduardo de Inglaterra huye a Flandes. — Traición de Warwick.

1471. Nueva expedición militar portuguesa al norte de Africa. — Triunfo de los York en Tewkesbury sobre los Lancaster: Eduardo IV regresa a Inglaterra. — Muerte de Warwick. Muere Enrique VI en su prisión de Londres. — Iván III de Rusia conquista Novgorod.

1472. Los portugueses llegan a Fernando Poo y cruzan la línea ecuatorial. El explorador ruso Atanasio Nikitin termina su viaje a la India, Arabia y Persia.

1473. El Rosellón se subleva contra los franceses. Carlos el Temerario adquiere la Lorena. — Introducción de las primeras imprentas en Zaragoza y Valencia.

1474. Isabel la Católica proclamada reina de Castilla por muerte de Enrique IV. — Carlos el Temerario sitia Neuss, en campaña contra alsacianos y suizos. Alianza entre Florencia, Venecia, y Milán.

1475. Las tropas de Luis XI de Francia ocupan el Rosellón. — Tregua de Picquiny entre Luis XI y Carlos el Temerario. — Campaña militar de Carlos el Temerario contra Nancy, capital de la Lorena.

1476. Los Reyes Católicos vencen a los portugueses en Toro. — Cristóbal Colón en Portugal. Galeazzo María, duque de Milán, es asesinado por unos conspiradores. — Los suizos derrotan a Carlos el Temerario en Granson y Morat.

1477. Los Reyes Católicos instituyen la Santa Hermandad. — Carlos el Temerario es vencido y muerto en Nancy. -- Maximiliano de Austria contrae matrimonio con María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario. — Los turcos terminan la conquista de Albania. — Fundación de la universidad de Upsala, en Suecia.

1478. Conspiración de los Pazzi contra los Médicis en Florencia. — Fundación de la universidad de Copenhague. — Los mahometanos conquistan Modjopahit, en la isla de Java.

1479. Muere Juan II de Aragón: le sucede Fernando el Católico. — Tratado de paz hispanoportugués. Los austríacos derrotan a los franceses en Guinegate. — Los tártaros de la Horda de Crimea se someten a los turcos.

1480. Cortes de Toledo. — Los turcos en Otranto: alarma en Occidente. — Los otomanos fracasan en su ataque a Rodas. — Empieza la construcción de la Capilla Sixtina. — Iván III expulsa definitivamente a los tártaros de Rusia.

1481. Establecimiento de la Inquisición en el reino de Castilla. — Los Reyes Católicos inician las hostilidades contra el reino de Granada. — Muere en Cintra el rey de Portugal Alfonso V: le sucede Juan II. — Luis XI se incorpora Provenza. — Muere el sultán Mahomet II: le sucede Bayaceto II.

1482. Derrota de las armas cristianas en Loja: reina Boabdil en Granada. — Paz de Arras: Borgoña y el Artois son incorporados a la corona francesa. — Muere el pintor flamenco Hugo van der Goes.

1483. Derrota cristiana en la Axarquía y triunfo en Lucena: Boabdil prisionero. Muere Luis XI de Francia: le sucede Carlos VIII.—Ricardo III usurpa la corona inglesa al morir Eduardo IV. — Predicaciones de Savonarola en Florencia.

1484. Se establece la Inquisición en el reino aragonés: es mal recibida. — Catalina de Navarra contrae matrimonio con Juan de Albret. — Cristóbal Colón se traslada de Portugal a Castilla. — Violentas represiones de Juan II de Portugal contra la nobleza. — Las naves portuguesas llegan a la desembocadura del Congo. — Nueva sublevación de los cpayeses de remensa» en Cataluña.

1485. Ricardo III es derrotado y muerto en la batalla de Bosworth: Enrique VII, Tudor, rey de Inglaterra, termina la guerra de las Dos Rosas. — Matías Corvino, príncipe húngaro, en Viena.

1486. Sentencia arbitral de Guadalupe: solución del problema de los «remensa». Boabdil ocupa de nuevo el trono granadino. — Entrevista de Colón con los Reyes Católicos. — El portugués Bartolomé Dias llega al cabo de las Tormentas.

1487. Los Reyes Católicos conquistan Málaga. El portugués Pedro de Covilham emprende un viaje al imperio de Etiopía.

1488. Alianza de los Reyes Católicos con Maximiliano de Austria. — Miguel Angel en el taller de Ghirlandajo.

1489. Los cristianos asedian y toman Baza. — Batalla de Bertborg: derrota de los flamencos. — Los venecianos en Chipre.

1490. Empieza el cerco de Granada por los Reyes Católicos. — Maximiliano de Austria reafirma su poder en el país.

1491. Fundación de la ciudad de Santa Fe, frente a Granada. — Se reanudan las conversaciones entre Cristóbal Colón y los Reyes Católicos. Carlos VIII de Francia se casa con Ana de Bretaña.

1492. Los Reyes Católicos ocupan Granada: fin de la Reconquista española. Nebrija publica la primera gramática castellana. — Los Reyes Católicos expulsan de

España a los judíos. — Descubrimiento de América por Cristóbal Colón. — Muere Lorenzo de Médicis, el Magnífico, en Florencia.

1493. Regreso de Cristóbal Colón: bula del papa Alejandro VI confirmando a los Reyes Católicos en la posesión de los territorios descubiertos. — Segundo viaje de Colón a América. - Maximiliano I es elegido emperador de Alemania. — Tratado de Senlis: reincorporación del Artois y del Franco Condado a los estados de Maximiliano.

1494. Firma del tratado de Tordesillas, por el que España y Portugal se reparten el nuevo mundo descubierto. — Expedición de Carlos VIII de Francia a Italia: entrada triunfal en Nápoles.

1495. Tratado de Barcelona entre Carlos VIII y Fernando el Católico: devolución del Rosellón y la Cerdeña. Muere Juan II de Portugal: le sucede Manuel el Afortunado. — Regreso de Carlos VIII a Francia: desarrollo de una epidemia venérea.

1496. Matrimonio de Felipe I el Hermoso, hijo de Maximiliano, con Juana la Loca. — Cisneros inicia una reforma eclesiástica en Castilla. — El rey Juan I Alberto de Polonia promulga el Estatuto de Petrikan, base de la organización política del país.

1497. Muere el príncipe Juan, hijo de los Reyes Católicos. Conquista de Melilla por los españoles. — Vasco de Gama emprende su primera expedición y dobla el cabo de Buena Esperanza. — Juan Cabot atraviesa el Atlántico y descubre Terranova.

1498. Tercer viaje de Colón: descubrimiento de la América meridional. — Vasco de Gama llega a la India. — Muere Carlos VIII de Francia: le sucede Luis VII de Valois-Orleans. Savonarola es procesado en Florencia y condenado a muerte. — Maquiavelo, secretario de la República florentina. — Los turcos invaden Polonia y arrasan algunas comarcas.

1499. Cisneros, misionero en Granada: disturbios entre los moriscos. — Publicación de La Celestina en Burgos. — Matrimonio de Luis XII con Ana de Bretaña. — Expedición de Luis XII a Italia: rendición de Milán. — Exploraciones de Alonso de Ojeda en las costas de Venezuela. — Dorneck, nueva victoria suiza.

1500. Nacimiento de Carlos V en Gande.

**SCG
2009**

Yo amo a F.M.C.C.